

Contemporánea

**JOHN
CHEEVER**

Los Wapshot



DEBOLSILLO

John Cheever

Los Wapshot

La crónica de los Wapshot
El escándalo de los Wapshot

Traducción de Maribel de Juan

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para M. con cariño,
y, con mis mejores deseos,
para todos aquellos a los que conozco*

LA CRÓNICA DE LOS WAPSHOT

PRIMERA PARTE

Saint Botolphs era un lugar viejo, un pueblo viejo junto a un río. Había sido un puerto fluvial en los buenos tiempos de las flotas mercantes de Massachussets y ahora le quedaban una fábrica de plata de mesa y algunas otras pequeñas industrias. Sus habitantes no consideraban que hubiese disminuido mucho ni en tamaño ni en importancia, pero la larga lista de los muertos de la Guerra de Secesión, en una placa atornillada al cañón que había en el césped de la plaza, era un recordatorio de lo populoso que había sido el pueblo durante la década de 1860. Saint Botolphs ya nunca podría reclutar tantos soldados. El césped estaba sombreado por unos cuantos olmos grandes y circundado por un cuadrado de fachadas de almacenes. El Bloque Cartwright, que formaba el lado occidental de la plaza, tenía en el segundo piso una hilera de ventanas ojivales, tan delicadas y severas como las ventanas de una iglesia. Detrás de estas ventanas estaban la oficina de la Eastern Star, la del doctor Bulstrode, el dentista, la de la compañía telefónica y la del agente de seguros. Los olores de estas oficinas —el olor de los preparados dentales, de la cera de los suelos, de las escupideras y de las estufas de carbón— se mezclaban en el portal como un aroma del pasado. Bajo una penetrante lluvia otoñal, en un mundo muy cambiante, la plaza de Saint Botolphs daba una impresión de insólita permanencia. En la mañana del día de la Independencia, cuando el desfile empezó a formarse, el lugar tenía un aspecto próspero y festivo.

Los dos chicos de los Wapshot, Moses y Coverly, estaban sentados en el

verde de Water Street viendo llegar las carrozas. En el desfile se entremezclaban libremente los temas espirituales y comerciales, y cerca del Espíritu de 1876 había una vieja carreta de reparto con un letrero que decía: COMPRE EL PESCADO FRESCO AL SEÑOR HIRAM. Las ruedas de la carreta, las de todos los vehículos que participaban en el desfile, estaban decoradas con papel rojo, azul y blanco, y había colgaduras por todas partes. También engalanaban la fachada del Bloque Cartwright. Colgaban en pliegues sobre la fachada del banco y ondeaban en todos los camiones y carretas.

Los chicos Wapshot estaban levantados desde las cuatro; tenían sueño y, sentados al sol, parecían haber sobrevivido a la fiesta. Moses se había quemado la mano con un cohete. Coverly había perdido las cejas en otra explosión. Vivían en una granja a tres kilómetros del pueblo río abajo y habían remado contracorriente antes del amanecer, cuando el aire de la noche hacía que el agua del río, al levantarse alrededor del canaleta de la canoa y de sus manos, pareciese tibia. Habían forzado una ventana de la iglesia de Cristo, como hacían siempre, y habían tocado la campana, despertando a mil pájaros cantores, a muchos vecinos y a todos los perros dentro de los límites del pueblo, incluyendo al sabueso de los Pluzinski, en Hill Street, muy lejos de allí.

—Son solo los chicos Wapshot —oyó decir Moses a una voz proveniente de la oscura ventana de la vicaría—. Vuelve a dormirte.

Coverly tenía dieciséis o diecisiete años por aquel entonces; era rubio, como su hermano, pero tenía el cuello largo, con una inclinación de cabeza ministerial, y la mala costumbre de hacer crujir sus nudillos. Poseía una mente alerta y sentimental, y le preocupó la salud del caballo del carro del señor Hiram y contempló con tristeza a los residentes del Hogar del Marinero, quince o veinte hombres muy viejos, sentados en bancos en un camión, que parecían injustificadamente cansados. Moses estaba en la

universidad y durante el último año había alcanzado la cima de su madurez física y había demostrado poseer el don de una juiciosa y tranquila autoadmiración. Ahora, a las diez, los chicos estaban sentados en la hierba esperando a que su madre ocupara su sitio en la carroza del Club de Mujeres.

La señora Wapshot había fundado el Club de Mujeres en Saint Botolphs y la ocasión se conmemoraba todos los años en el desfile. Coverly no recordaba un Cuatro de Julio en el que su madre no hubiera aparecido en su papel de fundadora. La carroza era sencilla. Una alfombra oriental cubría el suelo del camión o la carreta. Las seis o siete socias fundadoras iban sentadas en sillas plegables, de cara a la trasera del camión. La señora Wapshot estaba de pie ante un atril, llevaba sombrero, tomaba sorbitos de un vaso de agua de vez en cuando y sonreía tristemente a las socias fundadoras o a algún viejo amigo a quien reconocía a lo largo del recorrido. De este modo, por encima de las cabezas de la gente, ligeramente sacudida por el movimiento del camión o la carreta, exactamente igual que esas imágenes religiosas que llevan en procesión por las calles de la zona norte de Boston en otoño, para aplacar las grandes tormentas en el mar, la señora Wapshot aparecía cada año ante sus amigos y convecinos, y era apropiado que la llevaran por las calles, porque no había nadie en el pueblo que hubiese contribuido más a su ilustración. Ella fue quien organizó una comisión para recaudar fondos con destino a una nueva casa parroquial para la iglesia de Cristo. Fue ella quien recaudó un fondo para el abrevadero de granito que había en la esquina y quien, cuando quedó inutilizado, hizo que se plantaran en él geranios y petunias. El nuevo instituto de enseñanza media que se levantaba en la colina, el nuevo cuartel de bomberos, los nuevos semáforos, el monumento conmemorativo de la guerra, sí, sí, hasta los limpios urinarios públicos de la estación ferroviaria cercana al río, eran fruto del genio de la señora Wapshot. Debía de sentirse satisfecha mientras cruzaba la plaza.

El señor Wapshot —el capitán Leander— no andaba por allí. Estaba al timón del *Topaze*, llevándolo río abajo hacia la bahía. Todas las mañanas de verano, cuando hacía buen tiempo, sacaba la vieja lancha, se detenía en Travertine para enlazar con el tren de Boston y luego cruzaba la bahía hasta Nangasakit, donde había una playa blanca y un parque de atracciones. Había hecho muchas cosas en su vida; fue socio de la compañía de plata de mesa y recibió legados de algunos parientes, pero no había conservado casi nada, y tres años antes, la prima Honora le había dado la capitanía del *Topaze* para tenerle ocupado y que no se metiera en líos. El trabajo era adecuado para él. El *Topaze* parecía creación suya; reflejaba su gusto por lo romántico y lo disparatado, su amor por las chicas de la costa y por los largos y alocados días de verano con olor a salitre. La lancha tenía una línea de flotación de dieciocho metros, un viejo motor Harley de una sola hélice y suficiente espacio en la cabina y en las cubiertas para cuarenta pasajeros. Era un cascarón poco marineramente que se movía —se decía Leander— como un inmueble, con sus cubiertas abarrotadas de colegiales, prostitutas, hermanas de la caridad y otros turistas, su estela sembrada de cáscaras de huevo duro y envoltorios de bocadillos y sus huesos trepidando tan violentamente a cada cambio de velocidad que la pintura se le desprendía del casco. Pero a Leander, desde su puesto al timón, la travesía se le antojaba gloriosa y triste. Las maderas de la vieja lancha parecían mantenerse unidas gracias a la luminosidad y transitoriedad del verano y olía a los desechos veraniegos, a zapatillas playeras, toallas, trajes de baño, y a las tablas, baratas y fragantes, de las viejas casetas de baño. Atravesando la bahía, la lancha pasaba sobre aguas que a veces tenían el color violeta de un ojo, el viento de tierra traía a bordo la música del tiovivo y desde allí se podía ver la lejana costa de Nangasakit; el entramado de insensatos paseos, linternas de papel, comida frita y música, que acometía al Atlántico en tan frágil mezcolanza que parecía

un borde de desperdicios marinos, las estrellas de mar y las pieles de naranja que traen las olas. «Átame al mástil, Perímedes», solía gritar Leander cuando oía la musiquilla del tiovivo. No le importaba perderse la aparición de su mujer en el desfile.

Hubo algunos retrasos en el comienzo del desfile esa mañana. Al parecer, se centraban en torno a la carroza del Club de Mujeres. Una de las socias fundadoras vino a preguntarles a Moses y a Coverly si sabían dónde estaba su madre. Le dijeron que no habían estado en casa desde la madrugada. Empezaban a preocuparse, cuando la señora Wapshot apareció de pronto en la puerta de la tienda de Moody y ocupó su sitio. El maestro de ceremonias tocó el silbato; el tamborilero, con la cabeza envuelta en una venda ensangrentada, tocó un compás y los pífanos y los tambores empezaron a chillar, desalojando a una docena de palomas del tejado del Bloque Cartwright. Del río llegó un vientecillo que trajo a la plaza el oscuro y áspero olor del barro. El desfile recogió sus desperdigados elementos y se puso en marcha.

Los voluntarios del departamento de bomberos habían estado levantados hasta medianoche, lavando y sacando brillo al equipo de la Compañía de Mangueras Niágara. Parecían orgullosos de su trabajo, aunque procuraban tener un aspecto serio. El coche de los bomberos iba seguido por el viejo señor Starbuck, sentado en un coche abierto, vestido con el uniforme del Gran Ejército de la República, a pesar de que era bien sabido que nunca participó en la Guerra de Secesión. A continuación venía la carroza de la Sociedad de Historia, donde una descendiente directa, legalizada, de Priscilla Alden sudaba bajo una pesada peluca. Iba seguida de un camión lleno de alegres muchachas de la compañía de plata de mesa, que arrojaban cupones a la gente. Después venía la señora Wapshot, de pie ante el atril; una mujer de cuarenta años, cuyo hermoso cutis y correctas facciones podían contarse entre

sus dotes de organización. Era bella, pero al probar el agua del vaso sonreía con tristeza, como si esta estuviera amarga, porque, a pesar de su entusiasmo cívico, tenía un gusto por la melancolía —por el olor de la corteza de naranja y del humo de leña— verdaderamente excepcional. Era más admirada entre las señoras que entre los hombres y puede que la esencia de su belleza fuese el desencanto (Leander la había engañado), pero ella había puesto todos los recursos de su sexo en esa infidelidad y había sido recompensada con tal aire de nobleza ofendida y luminosa visión, que algunas de sus partidarias suspiraron al verla atravesar la plaza, como si por su cara vieran pasar una vida.

Entonces algún golfo —debió de ser uno de los extranjeros que vivían al otro lado del río— tiró un petardo debajo de la grupa de la vieja yegua del señor Pincher y esta se desbocó. Mucho más tarde, al recordar este desastre, la gente de Saint Botolphs se acordaba de su parte buena. Decían que había sido providencial que ninguno de las mujeres y los niños que se alineaban a lo largo del recorrido resultara pisoteado. La carroza estaba a solo pocos metros del cruce de las calles Water y Hill y la yegua tomó esa dirección, corriendo como un relámpago, mientras el viejo Pincher gritaba soo, soo. Las primeras carrozas estaban de espaldas al accidente y, si bien oyeron los gritos de excitación y el ruido de los cascos de caballo, no previeron la magnitud del desastre y los pífanos continuaron chillando. El señor Starbuck siguió inclinando la cabeza a izquierda y derecha, las chicas de la fábrica de plata de mesa siguieron arrojando cupones a la gente. Cuando la carreta subía por Hill Street se vio caer el atril de la señora Wapshot y, con él, la jarra y el vaso de agua; pero ninguna de las señoras del Club de Mujeres era cobarde ni tonta y todas se agarraron a alguna parte fija de la carreta y confiaron en el Señor. En aquellos tiempos, Hill Street era un camino de tierra y, como ese verano fue seco, los cascos de la yegua levantaron una columna de polvo tan grande que

a los pocos minutos la carreta había desaparecido.

Los Harcourt y los Wheelwright, los Coffin y los Slater, los Lowell y los Cabot y los Sedgewick y los Kimball —sí, hasta los Kimball— han hecho investigar la historia de sus familias y la han publicado, y ahora les toca a los Wapshot, que no quisieran que se los considerara sin alguna referencia a su pasado. Una prima por matrimonio había encargado un estudio del nombre, que se remontaba a su origen normando: Vaincre-Chaud. La declinación desde Vaincre-Chaud pasando por Fanshaw, Wapeshaw, Wapshafftes, Wapshottes, hasta llegar a Wapshot, fue encontrada en los registros parroquiales de Northumberland y Dorsetshire. En Saint Botolphs le daban una pronunciación nasal que sonaba «Warpshart». La rama de la familia que nos ocupa fue fundada por Ezekiel Wapshot, que emigró de Inglaterra a bordo del *Arbella* en 1630. Ezekiel se instaló en Boston, donde enseñaba latín, griego y hebreo y daba clases de flauta. Le ofrecieron un puesto en el Gobierno Real, pero, juiciosamente, lo rechazó, iniciando así una tradición familiar de meditada y cortés renuncia que, trescientos años más tarde, encantaba a Leander y sus hijos. Alguien escribió respecto a Ezekiel que «detestaba las pelucas y que siempre tenía en mente la prosperidad de la Mancomunidad Británica». Ezekiel engendró a David, Micabah y Aaron. Cotton Mather hizo el panegírico en la tumba de Ezekiel.

David engendró a Lorenzo, John, Abadiah y Stephen. Stephen engendró a Alpheus y Nestor. Nestor —que fue teniente en la guerra contra Inglaterra— fue propuesto para una condecoración por el general Washington y él declinó

el honor. Esto coincidía con la tradición establecida por Ezekiel, y, si bien estas renunciaciones se debían en parte a una ingenua valoración del conocimiento de sí mismo de un hombre, también había en ello algo de astucia yanqui, porque destacar —ser un héroe— podría entrañar algunas enojosas responsabilidades económicas. Ningún hombre de la familia había aceptado nunca un honor y, al mantener esta tradición de desmerecimiento, las mujeres de la familia la habían ampliado hasta tal punto que cuando comían fuera de casa se limitaban a picotear la comida, creyendo que rechazar los sándwiches en la merienda o el pollo de los domingos, rechazar cualquier cosa, era un signo de carácter. Las señoras siempre se levantaban de la mesa con hambre, pero su sentido de la dignidad quedaba igualmente satisfecho. En sus propios dominios, naturalmente, comían como lobas.

Nestor engendró a Lafayette, Theophilus, Darcy y James. James fue capitán del primer *Topaze* y más tarde «mercader» en el comercio con las Indias Occidentales. Engendró a tres hijos y una hija, pero Benjamin es el único que nos interesa aquí. Benjamin se casó con Elizabeth Merserve y engendró a Thaddeus y Lorenzo. Elizabeth murió cuando Benjamin tenía setenta años. Entonces él se casó con Mary Hale y engendró a Aaron y Ebenezer. En Saint Botolphs llamaban a las dos tandas de hijos «la primera cosecha» y «la segunda cosecha».

Benjamin prosperó y fue quien efectuó la mayor parte de las adiciones a la casa de River Street. Entre sus reliquias figura una carta frenológica y un retrato. En la primera se dice que la circunferencia de su cabeza era de veintitrés pulgadas y media «desde el occipital spinalis hasta la individualidad». Medía seis pulgadas y media desde «el orificio del oído hasta la benevolencia». Se calculaba que su cerebro era excepcionalmente grande. Entre sus principales propensiones se encontraba la amatividad, la excitabilidad y la autoestima. Era moderadamente reservado y no mostraba

indicios de capacidad de asombro, religiosidad o veneración. En el retrato aparecía con patillas rubias y unos ojos azules muy pequeños, pero sus descendientes, examinando el retrato y tratando de adivinar qué era lo que, oculto bajo sus adornos capilares, había sido aquel hombre, siempre se quedaban con una impresión de dureza y falta de honestidad; una sensación molesta que se veía aumentada por la convicción de que Benjamin hubiera detestado a esos descendientes de traje de gabardina. El poder de desaprobación mutua del cuadro era tan grande que lo tenían guardado en el desván. Benjamin no se había hecho pintar con su uniforme de capitán. Nada de eso. Aparecía con una gorra de terciopelo amarillo, adornada con piel, y una amplia túnica o bata de terciopelo verde, como si él, criado en aquella costa agreste y destetado con judías y bacalao, se hubiese transformado en un mandarín o en un aguileño príncipe renacentista, arrojando huesos a los mastines y joyas a las prostitutas y bebiendo vino en copas de oro, con los lazos de terciopelo de sus calzas a punto de reventar.

Junto con la carta frenológica y el retrato estaban los diarios de la familia, ya que todos los Wapshot eran prolíficos autores de diarios. Apenas había un hombre en la familia que hubiera capado a un caballo, comprado un barco de vela o escuchado, a altas horas de la noche, el ruido de la lluvia en el tejado, sin dejar constancia escrita de estos hechos. Anotaban los cambios de viento, la llegada y salida de los barcos, el precio del té y el yute y la muerte de los reyes. Se imponían el cultivo de sus mentes y se reprochaban la pereza, la desidia, la lujuria y la ebriedad, porque Saint Botolphs había sido un animado puerto donde se bailaba hasta el amanecer y donde siempre había ron en abundancia. El desván era un lugar muy indicado para estos papeles, pues en esta cumbre de la casa, tan grande como un pajar, con sus baúles, remos, cañas de timón, velas rasgadas, muebles rotos, chimeneas retorcidas, moscardones, avispas y lámparas anticuadas y esparcidas a los pies de uno

como las ruinas de una civilización desaparecida, y con un extraordinario olor a especias en el aire, como si algún Wapshot del siglo XVIII, bebiendo madeira y comiendo nueces en una playa soleada y pensando sobre el paso del verano, hubiese intentado apresar el calor y la luz en un frasco o una canasta y luego hubiese soltado ese tesoro en el desván, pues aquí estaba el olor del verano sin su vitalidad; aquí parecían haberse preservado las luces y los sonidos del verano.

En el pueblo se recordaba a Benjamin —injustamente, sin duda— por un incidente ocurrido a su regreso de Ceilán en el segundo *Topaze*. Su hijo Lorenzo hizo una buena descripción de ello en su diario. Había cuatro volúmenes del mismo, encuadernados con tapas de cartón y con la siguiente introducción:

Yo, Lorenzo Wapshot, de veintiún años de edad, pensando que me servirá de esparcimiento llevar una especie de diario de mi tiempo y situación y de los varios sucesos que puedan tener lugar a medida que transcurre mi vida, he decidido tomar nota diariamente en este libro de todas las circunstancias que puedan presentarse, no solo en lo referente a mis propios asuntos, sino a aquellos que se produzcan en el pueblo de Saint Botolphs hasta donde yo pueda indagarlos adecuadamente.

En el segundo volumen de su diario era donde Lorenzo informaba de los sucesos que condujeron al famoso regreso de su padre.

En este día recibimos noticias del navío *Topaze*, del que mi padre es capitán. Lleva tres meses de retraso. Brackett, del bergantín *Luna*, nos dice ahora que su arboladura resultó muy dañada por una tempestad, que estuvo dos meses en Samoa para que lo repararan y que ahora puede llegar cualquier día. Madre y las tías Ruth y Patience oyeron que había fuerte marejada en Hales Point; yo enganché el calesín y me dirigí allí.

En este día nos visitó David Marshman, el primer oficial del bergantín *Luna*, quien solicitó hablar en privado con madre y con este fin fue conducido a la salita. No le sirvieron el té y, cuando se hubo ido, las hermanas de madre se reunieron con ella y a continuación se oyeron muchos murmullos. Ninguna de las damas quiso cenar y yo lo hice solo en la cocina con el chino. Por la noche me acerqué al almacén de Cody y me pesé. Peso 75 kilos.

Este día fue cálido y agradable; vientos del sur. Durante el día llegaron los siguientes navíos, a saber: El *Resilance*, de Gibraltar. Capitán Tobias Moffet. El *Golden Doge*, de Nueva Orleans. Capitán Robert Folger. El *Venus*, de Quito. Capitán Edg. Small. El *Unicornio*, de Amberes. Capitán Josh Kelley. Me bañé en el río. Esta tarde la tierra sedienta se refrescó con un delicioso chubasco.

En el día de hoy, hacia mediodía, se oyó el grito de «fuego» y he aquí que el tejado de la casa del señor Dexter se había incendiado. No obstante, se aplicaron tan copiosas cantidades de agua que el progreso del incendio se detuvo de inmediato. El tejado sufrió daños insignificantes. Me acerqué esta tarde al almacén de Cody y me pesé. Peso 75 kilos. Mientras estaba allí, Newell Henry me llevó aparte y me dio más noticias del *Topaze*. Tuvo la condenable insolencia de decirme que el retraso de mi padre no era ocasionado por daños en la arboladura sino por su afición a prácticas inmorales, a saber, beber inmoderadamente y entregarse a la lujuria con las nativas, tras lo cual le di una patada en el trasero y me fui a casa.

Esta mañana me visitó en el despacho Prince, presidente del Club Birch Rod, una organización de jóvenes de la localidad para la promoción de la conducta caballeresca y las elevadas cualidades morales. Comparecí ante el club por la tarde debido a una queja presentada por Henry por darle una patada en el trasero. El primer oficial del bergantín *Luna* testificó respecto a la veracidad de las afirmaciones de Henry, y H. Prince, actuando como abogado de la defensa, hizo una muy elegante y conmovedora condena de las habladurías de todas clases, tanto si existe en ellas un ápice de verdad como si no, y el jurado falló a mi favor e impuso al demandante una multa de tres docenas de manzanas buenas. Al regresar a casa, encontré a madre y sus hermanas bebiendo ponche de ron.

El día de hoy amaneció claro. El hijo pequeño del capitán Webb fue atropellado por un caballo y murió antes del crepúsculo. Fui al almacén de Cody y me pesé. Peso 75 kilos. Di un paseo con las señoritas por la pradera. Madre y sus hermanas estaban bebiendo ponche de ron cuando regresé.

El día de hoy estuve ocupado en el jardín transportando estiércol. Madre y sus hermanas bebían ponche de ron. Es el cuento de Marshman sobre Samoa lo que las ha abatido, pero no deberían juzgar severamente al ausente ni olvidar que los anhelos de la carne son contrarios a los del espíritu. He dedicado una parte considerable de mi tiempo de ocio durante este último año a mejorar mi mente, pero descubro que he pasado muchas horas de un modo extremadamente insensato y que paseando por la pradera al atardecer en compañía de virtuosas, amables y distinguidas señoritas no experimento más que sucias pasiones. Comencé a leer la *Europa moderna* de Russell el verano pasado. He leído los dos primeros volúmenes, que encuentro muy interesantes, y aprovecharé la primera oportunidad para concluir la obra. Que una mirada retrospectiva me permita encontrar la sabiduría necesaria para regir y corregir el futuro más provechosamente. Para lograr esto y enmendar mi carácter quiera el Todopoderoso Rector del Universo concederme Su ayuda y guía y dirigirme en todas las cosas buenas.

El día de hoy llegó una caravana de animales salvajes a la Casa del Río y fui allí por la tarde

para ver las curiosidades. A las seis y media se abrieron las puertas de la tienda de lona; anteriormente se había juntado mucha gente que esperaba apiñada con sus mejores galas como un enorme rebaño de ovejas cuando las juntan ante el esquilador. Era absolutamente vergonzoso ver a delicadas damas, incluso las de máxima respetabilidad, así como a muchos apuestos, rectos y altos muchachos apelotonados y estrujados, empujando y dando codazos para conservar sus puestos cerca de la entrada de la tienda y esforzándose por aproximarse lo más que les fuera posible. Finalmente, se abrió la puerta y entonces hubo un tumulto. El supremo esfuerzo de varios porteros apenas consiguió regular y acotar la riada de gente y al poco la tienda estaba atestada. Afortunadamente, obtuve una posición desde la cual, mirando entre varias cabezas, pude ver las curiosidades que incluían un león, tres monos, un leopardo y un oso amaestrado al que le habían enseñado a bailar al ritmo de una música y a sumar unas cifras.

En el día de hoy a las ocho de la mañana Sam Tobridge vino a caballo desde la colina de Saul con la noticia de que el *Topaze* había sido avistado. Hubo mucha animación y ajeteo tanto en casa como en el pueblo entre sus otros armadores. Fui con el juez Thomas en su calesín hasta la desembocadura y John Pendlenton me llevó al *Topaze*. Encontré a padre de excelente humor; me ha traído de regalo una hermosa espada a la que llaman *kriss*. Bebí madeira en el camarote con padre y el juez Thomas. El cargamento es yute. El barco fue llevado a puerto y amarrado y bajaron la pasarela en el lugar donde madre y sus hermanas esperaban para saludar a padre. Llevaban paraguas. Cuando padre se aproximó a las señoras la tía Ruth alzó su paraguas bien alto y lo dejó caer ferozmente sobre la cabeza de padre. La tía Hope le golpeó con furia por el lado de babor y madre cargó contra él por la proa. Cuando las señoras hubieron acabado llevamos a padre en calesín directamente a la consulta del doctor Howland, donde le dieron tres puntos en una oreja y donde pasó la noche conmigo por toda compañía, y donde bebimos vino, comimos nueces y pasamos el rato alegremente pese a que sufría dolores.

Los primeros volúmenes de los diarios de Lorenzo eran los mejores — descripciones de la actividad en el río y de las tardes de verano en que se oía a la guardia montada de Saint Botolphs haciendo la instrucción en el prado—, lo cual era, en cierto modo, sorprendente, ya que logró mejorar su capacidad intelectual, sirvió dos períodos en la legislatura y fundó la Sociedad Filosófica de Saint Botolphs, pero la cultura no favoreció a su prosa y nunca volvió a escribir tan bien como lo hizo acerca de la caravana de animales salvajes. Vivió hasta los ochenta años, nunca se casó y dejó todos sus ahorros a su sobrina Honora, hija única de su hermano menor, Thaddeus.

Thaddeus se marchó al Pacífico en lo que posiblemente fue un viaje de

expiación. Él y su esposa, Alice, pasaron dieciocho años allí como misioneros, distribuyendo ejemplares del Nuevo Testamento, supervisando la construcción de iglesias de coral, sanando a los enfermos y enterrando a los muertos. Físicamente, ni Thaddeus ni Alice eran lo que solemos imaginar como el prototipo de un misionero consagrado. En las fotografías familiares destacan por ser una pareja bien parecida y alegre. Estaban consagrados, sin embargo, y en sus cartas, Thaddeus contaba que una tarde, al aproximarse en bote a una isla, le recibieron y agasajaron bellas mujeres desnudas. «Qué reto para mi devoción», escribía.

Honora nació en Oahn y la mandaron a Saint Botolphs, donde su tío Lorenzo la crio. Ella no tuvo hijos. Ebenezer tampoco tuvo hijos, pero Aaron engendró a Hamlet y a Leander. Hamlet no contrajo matrimonio y Leander se casó con Sarah Coverly y engendró a Moses y Coverly, a los cuales hemos visto en el desfile.

La yegua del señor Pincher galopó unos cien metros, quizá doscientos, por Hill Street y luego, falta de resuello, se puso a un pesado trote. Fatty Titus siguió a la carroza en su coche, con la intención de rescatar a las socias fundadoras del Club de Mujeres, pero cuando las alcanzó, la escena era tan tranquila —parecía un paseo bucólico— que dio la vuelta y regresó al pueblo para ver el resto del desfile. El peligro había pasado para todos, menos para la yegua del señor Pincher. Dios sabe a qué esfuerzos se habían visto sometidos su corazón y sus pulmones, e incluso su voluntad de vivir. Se llamaba Lady, mascaba tabaco y para el señor Pincher era más valiosa que la señora Wapshot y sus amigas. Le gustaba su temperamento dulce y admiraba su perseverancia, y la indignidad de que le hubieran puesto un petardo bajo la grupa le ponía furioso. ¿Adónde iba a parar el mundo? Su corazón se volcaba hacia la vieja yegua y esos tiernos sentimientos se extendían como una manta sobre el ancho lomo del animal.

—Lady se va a casa —le dijo a la señora Wapshot por encima del hombro—. Quiere irse a casa y yo voy a dejarla.

—¿No podría usted dejarnos bajar? —preguntó la señora Wapshot.

—No pienso detenerla ahora —dijo el señor Pincher—. Ella ha tenido que aguantar mucho más que ustedes. Quiere irse a casa ahora y yo no voy a detenerla.

La señora Wapshot y sus amigas se resignaron a la noticia de su cautividad. Después de todo, ninguna de ellas estaba herida. La jarra de agua

se había roto y el atril se había caído, pero estaba entero. Sabían que el establo de Lady estaba en Hewitt Street, lo que significaba subir la colina y atravesar por el campo hasta River Street; pero hacía un día hermoso y era una buena oportunidad para disfrutar del aire salado y del paisaje veraniego; además, no tenían elección.

La vieja yegua había empezado a subir la cuesta de Wapshot Hill y desde aquí, por encima de los árboles, tenían una magnífica vista del pueblo y el valle. Hacia el noreste se hallaban los muros de ladrillo de la fábrica de plata de mesa, el puente del ferrocarril y la torre victoriana de la estación. Hacia el centro del pueblo había una torre menos sentimental, la de la iglesia unitaria, fundada en 1780. El reloj dio la media en ese momento. La campana había sido fundida en Amberes y tenía un sonido claro y dulce. Un segundo más tarde, la campana de la iglesia de Cristo (1870) dio la media hora con una nota lúgubre que sonaba como una sartén. Esta campana venía de Altona. Un poco antes de llegar a la cima de la colina, la carreta pasó por delante de la bonita casa blanca de la anciana señora Drinkwine, con su valla cubierta por las rosas rojas. La blancura de la casa, los olmos como plumas, las puntuales campanas de las iglesias —hasta el tenue olor a mar— fomentaban en los excursionistas una tendencia a pasar por alto la versatilidad de la vida, como si fuera de sentido común olvidar que la señora Drinkwine en un tiempo había sido costurera para Lee y J. J. Shubert y sabía más del peor lado de la vida que Louis-Ferdinand Celine.

Pero, desde la cima de Wapshot Hill, era difícil no extender sobre el pueblo un rico y oscuro barniz de decoro y singularidad, o bien, lamentar la decadencia del que en un tiempo fue bullicioso puerto; señalar que lo que antes se llamaba la Gran Hormiga era ahora el Valle de los Alisos y que lo que fue la Jarra del Marinero ahora era el salón de té Grace Louise. Había belleza ahí abajo, indiscutible y única —muchas cosas hermosas construidas

para satisfacción de hombres curtidos—, y había decadencia —más barcos en botellas que en el agua—, pero ¿por qué apenarse por ello? Mirando el pueblo, podríamos ponernos en el lugar de un hombre nacido en él (con la familia en Cleveland) que vuelve aquí por algún motivo concreto —una herencia, una vajilla de Hawthorne, una camiseta de fútbol americano— y, mientras pasea por las calles con buen tiempo, ¿qué le importa que la herrería se haya convertido en una escuela de arte? Nuestro amigo de Cleveland observaría, al pasar por la plaza al atardecer, que esta decadencia o este cambio no habían alterado su propia humanidad, y que fuera él lo que fuera —un hombre que ha venido para cobrar una herencia o un marinero borracho en busca de una prostituta— daba igual que su camino estuviese iluminado por las parpadeantes velas de los salones de té o no; eso no cambiaba lo que él era.

Pero nuestro amigo de Cleveland solo estaba de paso, pronto se marcharía, mientras que el señor Pincher y sus pasajeras se quedarían. Ahora, pasada la casa de la señora Drinkwine, en la cima de la colina, se extendía ante ellas la parte oeste del pueblo, tierras de labor y bosques y a lo lejos el lago de Parson, donde Parthenia Brown se había ahogado y donde estaba la fábrica de hielo, ahora inútil, con una rampa que descendía hasta el agua azul. Veían, desde este altozano, que no había muros ni barreras en torno al pueblo y no obstante, cuando la carreta bajó lentamente por el lado oeste de la colina y se aproximaron a la casa de Reba Heaslip, es posible que se preguntaran cómo había podido vivir Reba en un lugar que no estaba cercado. Siempre que le presentaban a alguien, Reba exclamaba: «¡YO NACÍ en el santuario del templo masónico!». Lo que quería decir, naturalmente, era que donde ahora estaba el templo masónico había sido la casa de su padre, pero ¿con ese estilo brusco y exclamatorio podía haber llegado muy lejos en un lugar como Chicago? Era una apasionada opositora de la vivisección y estaba consagrada a la alteración

o supresión de las celebraciones navideñas, festividad que, según su parecer, inculcaba y perpetuaba un ruinoso despilfarro, falsas pretensiones y la depravación económica. En Nochebuena compaginaba sus dos entusiasmos y se metía entre los grupos que cantaban villancicos, repartiendo octavillas antiviviseccionistas. Había sido arrestada dos veces por la que ella llamaba «policía fascista». Tenía una casa blanca, como la de la señora Drinkwine, con un letrero clavado en la puerta. ESTA ES LA CASA DE UNA SEÑORA MUY ANCIANA QUE HA DEDICADO LOS ÚLTIMOS DIEZ AÑOS DE SU VIDA A LA CAUSA ANTIVIVISECCIONISTA. MUCHOS DE LOS HOMBRES DE SU FAMILIA MURIERON POR LA PATRIA. NO HAY NADA DE VALOR NI DE INTERÉS AQUÍ. ¡SALUDEN A LA BANDERA! ¡QUE LOS LADRONES Y LOS VÁNDALOS PASEN DE LARGO! El letrero estaba estropeado por el tiempo, pues llevaba allí diez años, y las señoras apenas se fijaron en él.

En el césped de la casa de Reba había un esquife plantado con petunias.

Bajando por el lado oeste de la colina, con todo el peso de la carreta en las varas, la yegua caminaba despacio. Más allá de la casa de Reba había un terreno boscoso, encantadoramente bañado por la luz del sol, y este bosquecillo tuvo sobre todas ellas, incluso sobre el señor Pincher, un efecto positivo, como si fuera una evocación del paraíso —una alegre comprobación de la belleza de la campiña en verano—, porque era el tipo de paisaje que la mayoría de ellos tenía colgado en las paredes de la sala y, sin embargo, no era una fotografía ni un cuadro, este paisaje por el que viajaban con las manchas de luz pasándoles por encima. Todo era real y ellos eran de carne y hueso.

Más allá del bosque llegaron a la propiedad de Peter Covell.

Peter era granjero. Tenía una producción poco rentable —maíz, gladiolos, mantequilla y patatas— y en el pasado había ganado algún dinero construyendo muros de piedra. Era un hombre robusto, de unos setenta años, con herramientas herrumbrosas, un granero derrumbado, pollos en la cocina,

gatos en la sala, lujurioso, a veces borracho y siempre bien hablado, que había arrancado piedras de la tierra con una yegua más vieja que Lady y las había unido, formando muros que durarían más que el pueblo, cualquiera que fuese su destino. Si represaran el río e inundaran el pueblo para hacer un embalse (lo cual podría ocurrir), durante las sequías de verano, la gente vendría en coche o en avión —ya que esto sucedería en el futuro— para ver el diseño de los muros de Covell cuando apareciesen por encima del agua; si la maleza, los vástagos de arce y los espinos se apoderasen del lugar, los pescadores y los cazadores que trepasen esos muros dirían que en aquellas tierras debió de haber pastizales en un tiempo. Su hija Alice no se había casado, tanto quería al viejo, e incluso ahora, los domingos por la tarde subían por la colina cogidos de la mano, llevando un catalejo para mirar los barcos de la bahía. Alice criaba perros de raza collie. En la casa había un letrero: SE VENDEN COLLIES. ¿Quién iba a querer comprar collies? Le habría ido mejor criando niños o vendiendo huevos.

Todos los perros que no vendía se pusieron a ladrar al paso de la carreta.

Pasada la casa de Covell, estaba el río Brown, un arroyuelo o torrentera, con un puente de madera que desencadenó un estrépito de falsos truenos cuando lo cruzaron. Al otro lado del arroyo estaba la granja de Pluzinski, una casita marrón con adornos de cristal en los pararrayos y dos rosales en el patio delantero. Los Pluzinski eran unos extranjeros muy trabajadores que se mantenían apartados de los demás, aunque su hijo mayor había obtenido una beca para la academia. Su granja, rectilínea y recogida, era el polo opuesto de la de Peter Covell, como si, a pesar de no hablar inglés, se hubieran adaptado al valle de una forma mucho más natural que el viejo yanqui.

Después de la granja de Pluzinski, la carretera torcía a la derecha y pudieron ver el hermoso pórtico de estilo griego de la casa de Theophilus Gates. Theophilus era el presidente del banco y de la compañía Trust de

Pocamasset y, como buen defensor del ahorro y la austeridad, se le veía todas las mañanas cortando leña delante de su casa, antes de irse al trabajo. Su casa no estaba sucia, pero necesitaba una capa de pintura, y esto, lo mismo que el cortar leña, lo hacía para demostrar que valoraba más un honrado desaliño que un alarde despilfarrador. En el césped de su jardín había un letrero de SE VENDE. Theophilus había heredado de su padre acciones de empresas públicas de Travertine y Saint Botolphs y las había vendido con un elevado beneficio. El mismo día en que concluyó esta operación, volvió a casa y puso el letrero de SE VENDE en el césped. Naturalmente, la casa no estaba en venta. El letrero tenía el propósito de desatar el rumor de que había vendido las acciones perdiendo dinero y contribuir así a conservar su reputación de hombre pobre, triste, temeroso de Dios y sobrecargado de trabajo. Una cosa más. Cuando Theophilus tenía invitados a cenar pretendía que, después de la cena, salieran al jardín para jugar al escondite.

Al pasar por delante de la casa de Gates, las señoras vieron a lo lejos el tejado de pizarra de la casa de Honora Wapshot en Boat Street. Honora había sido presentada al presidente de Estados Unidos en una ocasión y al estrecharle la mano le había dicho: «Yo soy de Saint Botolphs. Supongo que usted sabrá dónde está eso. Dicen que Saint Botolphs es como una tarta de calabaza. No tiene corteza por arriba...».

Vieron a la señora Jones corriendo por el sendero de su jardín con un cazamariposas en la mano. Llevaba un amplio vestido de estar por casa y un gran sombrero de paja.

Pasada la de los Jones, estaba la casa de los Brewster y otro letrero: TARTAS Y PASTELES CASEROS. El señor Brewster era un enfermo crónico y la señora Brewster mantenía a su marido y había costado los estudios universitarios de sus dos hijos con el dinero que ganaba como pastelera. A los hijos les había ido bien, pero ahora uno de ellos vivía en San Francisco y el otro en Detroit y

nunca iban a verles. Les escribían diciendo que pensaban visitarles en Navidad o en Semana Santa, que el primer viaje que hicieran sería a Saint Botolphs, pero luego se iban al parque nacional Yosemite, o a México, o incluso a París, pero nunca, nunca iban a casa de sus padres.

En el cruce de las calles Hill y River, la carreta torció a la derecha, pasó por delante de la casa de George Humbolt, que vivía con su madre y a quien llamaban tío Pipí Malvavisco. Tío Pipí descendía de curtidos marineros, pero no era tan viril como sus antepasados. ¿Podría, gracias a la imaginación y el anhelo, endurecerse como le habría endurecido el paso del estrecho de Magallanes? De vez en cuando, en las tardes de verano, el pobre tío Pipí vagaba en cueros por los jardines de la ribera. Sus vecinos solo le hablaban con impaciencia. «Vete a casa, tío Pipí, ponte algo encima», le decían. Rara vez le arrestaban y nunca le mandarían a ningún sitio, porque eso repercutiría en la singularidad del pueblo. ¿Qué podría hacer por él el resto del mundo que no se pudiera hacer en Saint Botolphs?

Más allá de la casa del tío Pipí, vieron la de los Wapshot a lo lejos, y la propia River Street, que siempre era una imagen romántica, lo parecía aún más en esta mañana de fiesta. El aire olía a salitre —se estaba levantando el viento del este— y pronto daría al lugar cierto propósito, cierto esplendor y también cierta tristeza, porque mientras las señoras admiraban las casas y los olmos, comprendieron que sus hijos se marcharían. ¿Por qué querían marcharse los jóvenes? ¿Por qué querían marcharse los jóvenes?

El señor Pincher se detuvo el tiempo suficiente para que la señora Wapshot se apeara de la carreta.

—No voy a darle las gracias por el paseo —dijo ella—, pero se las daré a Lady. Fue idea de ella.

Este era el estilo de la señora Wapshot y, despidiéndose con una sonrisa, caminó airosamente por la acera hasta su puerta.

Rosalie Young tomó la carretera de la costa aquella mañana, tan desconocida para los Wapshot como usted lo es para mí, muy, muy temprano, mucho antes de que el desfile empezara a formarse en Saint Botolphs, allá hacia el sur. Su novio detuvo su viejo descapotable delante de la casa de huéspedes donde Rosalie vivía, para que ella subiera al coche. La señora Shannon, la patrona, les vio alejarse a través de los cristales de la puerta principal. La juventud constituía un amargo misterio para la señora Shannon, pero ese día el misterio era más profundo debido al abrigo blanco de Rosalie y al cuidado que había puesto en pintarse la cara. Si fueran a nadar, pensó la patrona, no se habría puesto el abrigo blanco nuevo, y si no iban a nadar, ¿para qué se llevaba una toalla, una de las toallas de la señora Shannon? Lo mismo podían ir a una boda que a una excursión de su oficina, a un partido de pelota que a visitar a unos parientes. Le dio pena pensar que nunca podría saberlo con certeza.

Aunque siempre era difícil para un extraño adivinar el destino de Rosalie, esta emprendía cada viaje con grandes expectativas. A veces, en otoño, su novio les decía a sus padres que se iba de caza y se llevaba a Rosalie —que no estaba sometida a ningún tipo de vigilancia una vez que salía de la casa de huéspedes— a pasar la noche en una cabaña turística de la autopista, y cuando él la recogía esos sábados por la tarde, ella solía llevar un crisantemo y una hoja de roble prendidos en la solapa, y en la mano un maletín con una etiqueta de la Universidad de Amherst o la de Harvard, como si esperase

todos los placeres de un fin de semana centrado en una competición deportiva universitaria, el partido, el baile, la recepción en la facultad y el concierto al aire libre. Nunca se decepcionaba ni se desengañaba. Nunca había un momento, al colgar su abrigo en la cabaña para turistas mientras él intentaba quitar la humedad encendiendo el fuego, en el cual la diferencia entre esta velada clandestina y el baile de estudiantes la deprimiera, ni tampoco parecía llegar nunca a un punto en que estas diferencias redujeran o alteraran sus expectativas. La mayor parte de sus expectativas eran académicas y ahora, cuando salían de la ciudad, se puso a cantar. Las canciones populares pasaban directamente de la radio o de la orquesta a algún espacio retentivo de su memoria, dejando una huella de letras alegres, repetitivas y sentimentales.

Al salir de la ciudad pasaron por esas congestionadas playas que se hallan dentro de sus límites y que se prolongan, con unas cuantas interrupciones industriales, durante muchos kilómetros hacia el sur. Ahora, a media mañana, la vida de las playas estaba en plena efervescencia y el peculiar olor de la grasa de cocinar y la mantequilla de las palomitas de maíz era más fuerte que cualquier emanación del océano Atlántico, que allí, sostenido por las islas de una costa que se hunde, parece una presencia viril y triste. Miles de bañistas semidesnudos oscurecían la playa o titubeaban, metidos en el océano hasta las rodillas, como si esta agua, igual que la del Ganges, fuese purificadora y sagrada, de tal modo que las multitudes desplazadas y desnudas, extendidas a lo largo de kilómetros de costa, conferían a esta superficie festiva y carnavalesca las corrientes ocultas de una peregrinación, en la cual, tanto como cualquiera de los miles que vieron al pasar, participaban Rosalie y su novio.

—¿Tienes hambre? —dijo él—. ¿Quieres comer algo ahora? Mamá nos ha puesto suficiente como para tres comidas. Tengo whisky en la guantera.

La idea de la cesta de la merienda le recordó a Rosalie a la madre de él, fea

y canosa, que habría puesto algo de sí misma en la cesta; vigilante, nunca crítica, pero apenada por los placeres de su único hijo. Él se salía con la suya. Su ordenada, oscura y fea habitación era el eje de la casa y la relación entre este hombre y sus padres era tan intensa y tácita que a Rosalie le parecía misteriosa. Todas las habitaciones estaban dominadas por recuerdos de su crecimiento: escopetas, palos de golf, trofeos obtenidos en colegios y campamentos y, sobre el piano, partituras musicales que había practicado hacía diez años. La fresca casa y sus contritos padres le eran extraños a Rosalie y pensó que la camisa blanca que él llevaba esa mañana olía a los suelos amarillos barnizados donde transcurría su secreta vida con papá y mamá. Su novio siempre había tenido perro. A lo largo de su vida había tenido cuatro perros y Rosalie conocía sus nombres, sus costumbres, sus características y sus trágicos finales. La única vez que ella había estado con los padres, la conversación derivó hacia los perros y ella había tenido la sensación de que ellos pensaban —sin mala intención, solo porque estos eran los únicos términos que podían encontrar— que la relación de su hijo con ella era algo semejante a la que él tenía con un perro. «Me siento enteramente como un perro», dijo.

Cruzaron unas cuantas plazas de pueblos en fiestas, donde se veían los periódicos expuestos delante de la única tienda abierta y donde empezaban a formarse los desfiles. Ahora iban por el campo, unos kilómetros hacia el interior, pero el ambiente no era muy diferente, porque la carretera estaba bordeada de almacenes, restaurantes, tiendas de regalos, invernaderos y cabañas para turistas. La playa a la cual la llevaba no era muy frecuentada, porque la carretera era mala y la playa era de cantos, pero ese día él se quedó desilusionado al encontrar otros dos coches en el claro donde aparcaron. Cogieron la cesta de la merienda y siguieron un camino retorcido que llevaba al mar, aquí el mar abierto. A lo largo del camino crecían rosas silvestres de

color rosa y ella sintió el aire salado en los labios y lo probó con la lengua. Había una estrecha playa pedregosa entre los acantilados y allí abajo vieron a una pareja como ellos y a una familia con niños y, más allá, el mar verde. Renunciando a la intimidad y soledad que él deseaba tan dolorosamente en ese momento y que los acantilados que les rodeaban hacían posible, bajó a la playa llevando la cesta, la botella de whisky y la pelota de tenis y se instaló a la vista de los otros bañistas, como si hiciera este momentáneo gesto hacia los placeres públicos y sencillos en honor de lo que su madre hubiese podido poner de sí misma en los sándwiches. Rosalie se fue detrás de una roca y se puso el bañador. Él estaba esperándola en la orilla y, después de que ella se asegurara de que se había metido todo el pelo dentro del gorro de baño, le cogió de la mano y entraron en el agua.

Allí el agua estaba atrozmente fría, siempre lo estaba, y cuando le llegó a las rodillas, ella le soltó la mano y se sumergió. Había aprendido a nadar al estilo crol pero nunca había olvidado una braza fuerte y apresurada y, con la cabeza medio hundida en el agua verde, nadó mar adentro unos tres metros, se volvió, se sumergió, gritó de dolor a causa del frío y se precipitó hacia la playa. El agua fría y el calor del sol en la playa la exaltaron. Se secó enérgicamente con una toalla, se arrancó el gorro de baño y se quedó de pie al sol, esperando que su calor le llegara a los huesos. Se secó las manos y encendió un cigarrillo. Entonces él salió del mar, se secó solo las manos y se dejó caer junto a ella.

Rosalie tenía el cabello rubio y era hermosa, de miembros largos y busto lleno, con una expresión pícaro que incluso cuando iba vestida con la túnica de miembro de un coro, cosa que había sido, la hacía parecer provocativa y desnuda. Él le cogió una mano y la levantó y rozó con los labios su brazo, cubierto del suave vello del primer plumón.

—Me encantaría coger moras —dijo ella en voz alta, para que la oyeran las

demás personas que había en la playa—. Me encantaría ir a coger moras. Podemos llevar tu sombrero para ponerlas en él.

Treparon por las rocas que rodeaban la playa, cogidos de la mano, pero la búsqueda de un sitio aislado que la satisficiera fue larga y fueron de un lugar a otro, hasta que, al fin, él la detuvo y ella aceptó, tímidamente, que probablemente no había nada mejor. Él le quitó el bañador y, cuando estuvo desnuda, ella se tumbó alegremente en la soleada tierra para recibir el único matrimonio del cuerpo con sus recuerdos que conocía. La ternura y la buena voluntad permaneció entre ambos después de que terminaran y ella se apoyó en su hombre para volver a ponerse el bañador y regresaron de la mano a la playa. Nadaron otra vez y luego desarrollaron los sándwiches que su preocupada madre había preparado la noche anterior.

Había huevos picantes y muslos de pollo, sándwiches, pasteles, galletas y, después de comer lo que pudieron, guardaron el resto en la cesta y él corrió hasta el final de la playa y desde allí le tiró la pelota de tenis. El viento hizo vacilar la ligera pelota, pero ella la cogió y se la lanzó con un impulso que, como su braza, se quedaba corto, y él atrapó la pelota con un floreo y se la tiró de nuevo. Ahora el recibir y lanzar, recibir y lanzar adquirió una agradable monotonía, a través de la cual ella sintió que pasaba la tarde. La marea bajó, dejando en la playa formaciones de piedras más ásperas y tiras de algas, cuyas formas de flor reventaban con un chasquido cuando ella las aplastaba entre los dedos. El grupo familiar había empezado a recoger sus pertenencias y a llamar a sus niños. La otra pareja estaba tumbada, charlando y riendo. Ella volvió a echarse y él se sentó a su lado y encendió un cigarrillo, pidiendo, ahora, ahora, pero ella dijo que no y él se fue al agua. Ella miró y le vio nadando entre las olas. Luego estaba junto a ella, secándose y ofreciéndole un vaso de whisky, pero ella dijo no, no, todavía no, y él bebió y miró hacia el mar.

Los vapores de recreo, gordos, blancos, llenos de gente y pocos marineros, que habían salido por la mañana, regresaban ahora. (Entre ellos estaba el *Topaze*.) La marejada se había calmado un poco. Su novio se terminó el whisky y estrujó el vaso de cartón. La pareja que estaba a su izquierda se levantó para marcharse y, cuando se fueron, él pidió otra vez, ahora, ahora, y ella dijo no, impulsada por una vaga visión de continencia que se le había aparecido. Estaba cansada de intentar separar la fuerza de la soledad de la fuerza del amor y se sentía sola. Se sentía sola, y el sol que se retiraba de la playa y la noche que llegaba la hacían sentirse tierna y asustada. Entonces le miró, conservando, por lo menos en una cámara de su mente, esa visión de continencia. Él se acercó al agua. La lujuria se grabó en su delgado rostro, como una preocupación. Veía los leonados rizos del mar como clavículas y rodillas de mujer. Ni siquiera las nubes del cielo le disuadían. Los barcos de recreo le parecían burdeles que navegaban y pensó que el océano tenía un olor lascivo. Se casaría con alguna mujer de grandes senos, pensó ella, hija de un empapelador, y viajaría vendiendo desinfectantes. Sí, sí, dijo ella, ahora sí.

Entonces bebieron más whisky y comieron otra vez, y los barcos de recreo que regresaban a sus puertos ya habían desaparecido y la playa y todos los acantilados, excepto los más altos, estaban en la oscuridad. Él subió al coche y cogió una manta, pero ahora la búsqueda de intimidad fue breve; ahora era de noche. Las estrellas salieron y, cuando los dos acabaron, ella se lavó en el mar y luego se puso su abrigo blanco y juntos, descalzos, pasearon arriba y abajo de la playa, recogiendo cuidadosamente los envoltorios de los sándwiches, las botellas y las cáscaras de huevo que ellos y los otros habían dejado, porque eran limpios y buenos hijos de la clase media.

El colgó los bañadores húmedos en la portezuela del coche para que se secaran, le dio unas suaves palmaditas en la rodilla —el gesto más tierno de todos— y puso el coche en marcha. Cuando entraron en la carretera principal

el tráfico era intenso, y muchos de los coches que les pasaban llevaban, como el suyo, bañadores colgados en las portezuelas. Él condujo con rapidez y ella pensó que con habilidad, aunque el coche era viejo. Las luces del automóvil eran débiles y, con los faros de un coche que venía de frente inundándole las pupilas, él se mantuvo en la carretera precariamente, como un ciego corriendo. Pero estaba orgulloso de su coche —le había puesto una cabeza de cilindro y un compresor nuevos— y orgulloso de la proeza de manejar aquel vehículo cegato y deteriorado por las carreteras llenas de curvas de Travertine y Saint Botolphs, y cuando se libraron del tráfico y entraron en una carretera secundaria que no estaba vigilada, que él supiera, lo puso al máximo que el coche admitía. La velocidad hizo que Rosalie se sintiera relajada hasta que le oyó soltar un juramento y notó que el coche se escoraba y se metía en un campo.

El corazón de la casa de los Wapshot había sido edificado antes de la Guerra de la Independencia, pero desde entonces se habían hecho muchas obras para agrandarla, las cuales daban a la casa la altura y la anchura de ese sueño recurrente en el que uno abre la puerta de un armario y se encuentra con que, en su ausencia, allí han surgido un pasillo y una escalera. La escalera se eleva y se convierte en un vestíbulo en el cual hay muchas puertas entre estanterías de libros, cualquiera de las cuales lleva de una espaciosa habitación a otra, de tal modo que uno puede vagar ininterrumpidamente, sin buscar nada, por un lugar que, incluso mientras se sueña, no parece en absoluto una casa, sino una construcción sin orden ni concierto, erigida para responder a alguna necesidad de la mente dormida. La casa había estado muy descuidada durante la juventud de Leander, pero él la había restaurado durante sus años de prosperidad en la compañía de plata de mesa. Era lo bastante vieja y lo bastante grande y había visto suficientes sucesos oscuros como para tener un fantasma, pero el único cuarto embrujado era el viejo retrete que estaba al fondo del vestíbulo de arriba. Allí solo había una primitiva cisterna hecha de porcelana vitrificada y madera de caoba. De cuando en cuando —en ocasiones hasta una vez al día— este aparato funcionaba por sí solo. Se oía el estrépito de la maquinaria y el penetrante quejido de las viejas válvulas. Luego llegaba a todas las habitaciones de la casa el ruido de las aguas que arribaban y la succión de las aguas que partían. Y en lo que se refiere a fantasmas eso es todo.

Es bastante fácil describir la casa, pero ¿cómo escribir sobre un día de verano en un viejo jardín? Huele la hierba, decimos. ¡Huelen los árboles! Una bandera cuelga desde las ventanas del desván hasta la puerta principal, dejando el vestíbulo en la oscuridad. Es la hora del anochecer y la familia está reunida. Sarah les ha contado su excursión con el señor Pincher. Leander ha traído el *Topaze* a puerto. Moses ha participado con su velero en una regata en el club de Pocamasset y ahora está extendiendo la vela mayor sobre la hierba para que se seque. Coverly ha visto el partido de pelota desde el tejado del granero. Leander está bebiendo bourbon y el loro está en una jaula, colgada en la puerta de la cocina. Una nube pasa ante el sol poniente, oscureciendo el valle, y ellos experimentan una honda y momentánea inquietud, como si intuyeran de qué modo puede caer la oscuridad sobre los continentes del espíritu. El viento refresca y entonces todos se animan, como si esto les recordara su capacidad de recuperación. Malcolm Peavey conduce su velero río arriba y hay tanto silencio que ellos oyen el ruido que hace al pasar. En la cocina están guisando una carpa y, como todo el mundo sabe, hay que cocerla en clarete con ostras encurtidas, anchoas, tomillo, mejorana, albahaca y cebollitas. Todo esto se puede oler. Pero cuando vemos a los Wapshot, esparcidos por su rosaleta cerca del río, escuchando al loro y sintiendo el bálsamo de esas tardes que, en Nueva Inglaterra, huelen de tal manera a cosas de doncellas —a raíces de lirio y jabón de tocador y habitaciones alquiladas, mojadas porque una ventana quedó abierta y hubo tormenta; a orinales y sopa de acederas y rosas y guinga y césped; a togas de coro y ejemplares del Nuevo Testamento encuadernados en cuero blando y pastos en venta florecidos de ruda y helechos—, cuando vemos las flores que Leander ha sostenido con palos de hockey rotos o con palos de escoba, cuando vemos que el espantapájaros que hay en el maizal lleva el uniforme rojo de la extinta Guardia Montada de Saint Botolphs y que el agua azul del

río parece estar mezclada con nuestra historia, sería erróneo decir como dijo una vez un fotógrafo arquitectónico, después de fotografiar la puerta lateral: «Es exactamente como una escena de J. P. Marquand». Ellos no son así, son gente del campo, y en el centro de la reunión está sentada la tía Adelaida Forbes, viuda de un maestro. Escuchad lo que dice la tía Adelaida.

—Ayer por la tarde —dice la tía Adelaida—, a eso de las tres o tres y media, cuando había suficiente sombra en el jardín para no coger una insolación, salí a arrancar unas zanahorias para la cena. Bueno, pues estaba haciéndolo y, de repente, arranqué una zanahoria rarísima. —Extendió los dedos de la mano derecha sobre su pecho, como si le fallara la capacidad descriptiva, pero luego la recuperó—. Bueno, yo he estado arrancando zanahorias toda mi vida, pero nunca he visto una como esta. Crecía en una hilera normal. No había piedras, ni nada que lo explicara. Bueno, esta zanahoria era tal cual, no sé cómo decirlo, esta zanahoria era igualita a las partes del señor Forbes. —Un rubor le subió a las mejillas, pero el pudor no detuvo ni retrasó su relato. Sarah Wapshot sonreía seráficamente al crepúsculo—. Bueno, pues me llevé las otras zanahorias a la cocina para la cena, y envolví esa tan extraña en un pedazo de papel y se la llevé a Reba Heaslip. Como es una solterona, pensé que le interesaría. Ella estaba en la cocina, así que le di la zanahoria. «Ese es el aspecto que tiene, Reba», le dije. «Es exactamente igual.»

Entonces Lulú les llamó para cenar y entraron en el comedor, donde el olor a clarete, pescado y especias mareaba. Leander pronunció la acción de gracias y les sirvió y, cuando probaron la carpa, todos dijeron que no sabía a agua estancada. Leander había pescado la carpa con un aparejo inventado por él, usando donuts rancios como cebo. Hablaron de otras carpas pescadas en la ensenada de agua dulce. Mencionaron seis en total, seis o siete. Adelaida recordaba una de la que no se acordaban los demás. Leander había pescado

tres y el señor Dexter dos y un obrero de la fábrica que vivía al otro lado del río, un polaco, pescó una. Los peces habían llegado a Saint Botolphs, procedentes de China, para ser utilizados en estanques ornamentales. En la década de los noventa los habían echado en el arroyo para que probaran fortuna y les había ido bastante bien. Leander estaba diciendo que él sabía que había más carpas, cuando todos oyeron el choque que, teniendo en cuenta el ruinoso estado del coche, sonó extraordinariamente rico, como si algún bribón hubiese dado un hachazo a la tapa de un joyero. Leander y sus hijos se levantaron de la mesa y salieron por la puerta lateral.

Era una vasta noche de verano. Había una insólita dulzura en el aire oscuro y en la suave luz de las estrellas y la oscuridad era insólitamente densa, por lo que, incluso en su propia tierra, Leander tenía que moverse con cautela para evitar tropezar con una piedra o meterse en un matorral espinoso. El coche se había salido de la carretera en la curva y había chocado contra un olmo en el viejo prado. El piloto rojo trasero y uno de los faros estaban aún encendidos y, a esta luz, la hierba y las hojas del olmo brillaban con un verde vivo. Mientras se aproximaban al coche, el vapor escapaba silbando del radiador, pero, cuando cruzaban el prado, este silbido disminuyó y, al llegar al coche, ya había parado, aunque el olor de los vapores aún estaba en el aire.

—Está muerto —dijo Leander—. Está muerto. Qué horrible espectáculo. Quédate aquí, Moses. Yo iré a casa y llamaré a la policía. Ven conmigo, Coverly. Quiero que lleves a Adelaida a su casa. Ya habrá bastantes problemas sin ella. Está muerto.

Coverly le siguió por el prado y cruzaron la carretera hasta la casa, donde se iban iluminando todas las ventanas, una por una.

Moses parecía aturdido. No podía hacer nada y en ese momento, un chasquido —pensó que Leander o alguien regresaba y había pisado un matorral al cruzar el prado— le hizo girar en redondo, pero el prado y la

carretera estaban vacíos y él se volvió de nuevo hacia el coche y vio fuego bajo las ranuras del capó. Al mismo tiempo, al pegajoso olor del vapor sucio y la goma se unió el olor del metal recalentado y la pintura quemada y, aunque el capó contenía el fuego, la pintura empezó a formar ampollas. Entonces agarró los hombros del muerto e intentó sacarle del coche mientras el fuego crepitaba, con la alegría del fuego de una chimenea en una casa húmeda al final del día, y comenzaba a arrojar una luz dorada sobre los árboles. El temor de una explosión, que podría enviarle a reunirse con el muerto, hizo los movimientos de Moisés apresurados y constreñidos y, aunque deseaba alejarse del fuego, no podía dejar al hombre allí, en su pira, y tiró y tiró de él hasta que el cuerpo, liberado, les hizo caer a ambos al suelo. Había arena al borde del sendero y la cogió con las dos manos y la arrojó al fuego. La arena controló el fuego y ahora echó más sobre el capó y luego lo abrió con un palo y echó arena sobre la cabeza del cilindro hasta que el fuego se apagó y se le pasó el temor de una explosión y se quedó solo en el prado, pensó, con el coche destrozado y el hombre muerto. Se sentó, exhausto, y vio que todas las ventanas de la casa, al otro lado de la carretera, estaban encendidas y luego oyó una sirena al norte de las cuatro esquinas y comprendió que Leander había avisado a la policía. Se quedaría allí sentado, recuperando el aliento y las fuerzas, pensó, hasta que llegaran, y entonces oyó, desde algún lugar en la oscuridad, que la chica decía:

—Estoy herida, Charlie, me he hecho daño. ¿Dónde estás? Estoy herida, Charlie.

Por un momento, Moisés pensó: «La dejaré ahí»; pero cuando ella volvió a hablar, se puso de pie trabajosamente y dio la vuelta al coche, buscándola.

—Charlie —dijo ella—, me he hecho daño.

Entonces la encontró y, creyendo que Moisés era el hombre muerto, ella dijo:

—Charlie, oh, Charlie, ¿dónde estamos? —Y se echó a llorar.

Él se arrodilló junto a ella, que yacía en la tierra. Para entonces, el sonido de la sirena ya había pasado las cuatro esquinas y se acercaba por la carretera y en ese momento oyó, en la oscuridad, las voces de Leander y los policías y vio sus linternas moviéndose por el prado —perezosa, inquisitivamente— y les oyó suspirar cuando sus perezosas e inquisitivas linternas encontraron al muerto y oyó a uno de ellos decirle a otro que fuera a la casa y trajera una manta. Entonces empezaron, perezosamente, a comentar el fuego, y Moses les llamó y ellos trajeron sus inquisitivas luces a donde él estaba arrodillado al lado de la chica. Ahora pasaron las luces sobre la chica, que seguía sollozando suave y amargamente y que, con su cabello rubio, parecía muy joven.

—No la mueva, no la toque —dijo un policía, dándose importancia—. Puede que haya sufrido lesiones internas.

Entonces uno de ellos le dijo a otro que trajese una camilla y la pusieron en ella —ella continuaba sollozando— y se la llevaron, pasando por delante del coche destrozado y del hombre muerto, que ahora estaba cubierto con una manta, hacia las muchas luces de la casa.

—¿Os acordáis de aquel choque en la 78? —dijo uno, pero hizo la pregunta nerviosamente y los otros no le contestaron.

La extraña noche, las luces escudriñadoras, el distante sonido de los fuegos artificiales y el muerto que habían dejado en el prado les habían alterado a todos y habían acobardado al menos a uno de ellos, y ahora hicieron lo único que podían: llevar a la chica a la casa iluminada. La señora Wapshot estaba de pie en la puerta, con una apenada sonrisa en el rostro; una expresión involuntaria con la cual se enfrentaba siempre a lo desconocido. Supuso que la chica estaba muerta; más aún, supuso que era la única hija de un matrimonio, que estaba comprometida para casarse con un hombre magnífico

y que estaba en el umbral de una vida rica y útil. Pero, sobre todo, pensó que la chica había sido una niña, porque siempre que la señora Wapshot veía a un borracho tirado en la calle o a una prostituta llamando a los cristales de la ventana para atraer clientes, la profunda tristeza que experimentaba se debía al recuerdo de que esos desgraciados habían sido niños fragantes alguna vez. Estaba conmovida, pero se recobró con cierta arrogancia al hablarles a los policías que entraban la camilla.

—Llévenla al cuarto de invitados —dijo, y como ellos vacilaron, puesto que nunca habían estado en la casa y no tenían ni idea de dónde podía estar el cuarto de invitados, les habló como si fueran estúpidos y hubieran causado la tragedia—. Llévenla arriba al cuarto de invitados —ordenó, ya que para la señora Wapshot todo el mundo sabía, o debería saber, la distribución de la casa.

El «arriba» les sirvió de ayuda y empezaron a subir las escaleras. Llamaron al médico, que vino enseguida, y pusieron a la chica en la cama del cuarto de invitados. La arena y las piedrecillas le habían producido cortes en los brazos y en los hombros, y cuando llegó el médico, hubo un momento de indecisión respecto a si primero debía certificar la defunción del hombre que estaba en el prado o examinar a la chica, pero él decidió ver a la muchacha y todos esperaron en el vestíbulo de abajo.

—Prepárele algo caliente, prepárele algo caliente —oyeron que le decía a la señora Wapshot, y ella bajó a la cocina para hacer té—. ¿Duele? —oyeron que le preguntaba a la chica—. ¿Te duele aquí, te duele en lo más mínimo?

Y a todas esas preguntas, ella contestaba que no.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Rosalie Young —dijo ella, y le dio una dirección de la ciudad—. Es una casa de huéspedes. Mi familia vive en Filadelfia.

—¿Quieres que avise a tus padres? —preguntó el médico.

—No, por favor, no lo haga, no hay ninguna razón por la que deban saberlo —dijo ella.

Luego empezó a llorar otra vez y Sarah Wapshot le dio el té y la puerta principal se abrió y entró Emmet Cavis, el dueño de la funeraria del pueblo.

Emmet Cavis había llegado a Saint Botolphs como viajante de la fábrica de cuentas de oro. Impresionó al pueblo por su urbanidad y sus ropas elegantes, porque en aquellos tiempos era responsabilidad de un viajante el representar para la gente de los sitios aislados el bullicio y el colorido de la vida urbana. Hizo unos cuantos viajes y luego volvió con un diploma y abrió una funeraria y una tienda de muebles. Tanto si ello había entrado en sus cálculos como si no, esta transformación de viajante de joyería a dueño de la funeraria le había favorecido, puesto que todas las cosas con las que se le asociaba como viajante —joyería, promiscuidad, viajes y dinero fácil— le apartaban del resto de la población y eran, al menos a los ojos de las mujeres de las granjas, atributos adecuados para el Ángel de la Muerte.

En sus tratos con las aturdidas familias, a veces había sido culpable de prácticas fraudulentas en el intercambio de muebles y bienes por sus servicios; pero es costumbre de este país respetar la habilidad y la falta de honradez. Su astucia le hacía parecer impresionante e inteligente y, como buen yanqui, nunca había amortajado a un difunto sin comentar La Incertidumbre de Todas las Cosas Terrenales. Había conservado y desarrollado todas las dotes del viajante y era el alma de la plaza del pueblo. Sabía cotillear de un modo ingenioso, contar un chiste en dialecto y consolar a una pobre mujer cuyo único hijo se había ahogado en la rompiente. Soportaba, de mala gana, los hábitos mentales adquiridos en su oficio y, mientras estaba hablando con Leander, calculó que duraría unos quince años más, pero sospechó que posiblemente las pólizas de su seguro habrían caducado y que el entierro sería modesto, si no intervenían los hijos, como a

veces ocurría, e insistían en la cremación. ¿Cómo sería el día del juicio final si no había más que cenizas? Les estrechó la mano a todos —ni tan efusivamente que pudiera resultar ofensivo ni tan tímidamente que pareciese falso— y luego salió de la casa con dos policías.

Les dijo lo que tenían que hacer. Aparte de abrir las puertas del coche fúnebre, no movió un dedo.

—Metedlo ahí, chicos, sobre la plataforma. Simplemente dadle un empujón. Empujadlo ahí dentro.

Cerró las puertas de un golpe y comprobó el pestillo. Tenía el coche más grande de Saint Botolphs, como si el primero entre los poderes de la muerte fuese la riqueza; se subió al asiento del conductor y se alejó despacio.

A la mañana siguiente casi todo el mundo en Saint Botolphs sabía la noticia del accidente. La muerte del joven les llenó de tristeza; y se preguntaron qué pensaría Honora Wapshot de la desconocida que estaba en la granja. Era completamente natural que pensarán en ella, porque esta matriarca sin hijos había hecho por la familia mucho más que darle el *Topaze* a Leander. Tenía, como decían en el pueblo, los medios, y Moses y Coverly eran, con condiciones, sus herederos. No es culpa mía que Nueva Inglaterra esté llena de ancianas excéntricas y nos limitaremos a dar a Honora lo que le corresponde.

Nació, como ya sabemos, en la Polinesia, y fue educada por su tío Lorenzo en Saint Botolphs. Asistió a la academia de la señorita Wilbur. «Oh, yo era muy traviesa», decía a menudo, al hablar de su juventud, ocultando una sonrisa con la mano y pensando, probablemente, en retretes volcados, latas atadas al rabo de un perro y otras jugarretas pueblerinas. Puede que echara de menos el cariño de sus padres, que murieron en la Polinesia, o que estuviera oprimida por su viejo tío, o que algo como la soledad la empujase a la conducta de un animal sin dueño, pero el caso es que se comportaba así. Se podría decir de Honora que nunca se había sometido a la disciplina de la continuidad; pero aquí no estamos hablando de grandes ciudades y civilizaciones, sino de la sociedad de un viejo puerto, cuya población disminuía cada año.

Al terminar sus estudios en la academia de la señorita Wilbur, Honora se

trasladó con Lorenzo a la ciudad, donde él servía en la legislatura del estado y ella se dedicó a trabajos de asistencia social que, al parecer, eran principalmente de naturaleza médica. Afirmaba que aquellos eran los años de los que estaba más orgullosa y, siendo ya anciana, decía a menudo que ojalá no hubiera dejado nunca el trabajo social, aunque resultaba difícil imaginar por qué echaba de menos los suburbios con tanta amargura y enojo. Le gustaba, a veces, recordar sus experiencias de samaritana. Sus historias quitaban el apetito y ponían los pelos de punta, pero puede que esto no fuera más que esa atracción por lo morboso que se apodera de muchas mujeres buenas hacia el final de sus vidas. Se las oye en los autobuses y en los trenes, en las cocinas y los restaurantes, hablando de la gangrena con voces tan tristes y musicales que solo parecen expresar su desaliento al descubrir que el cuerpo, a pesar de sus sonoras afirmaciones en sentido contrario, es mortal. A la prima Honora le parecía que no debía utilizar el vocabulario médico y había llegado a una solución de compromiso. Lo que hacía era pronunciar las primeras sílabas de la palabra y farfullar el resto. Así, una histerectomía se convertía en histerblabla, supuración se convertía en supurblabla y testículos en testiblabla.

Cuando murió Lorenzo, le dejó a Honora una herencia mucho mayor de lo que ella podía esperar. La familia Wapshot nunca —ni en la noche más oscura cuando gritan los búhos— había hablado de esa suma. Un mes o dos después de la muerte de Lorenzo, Honora se casó con un tal señor de Sastago, que afirmaba que era marqués y tenía un castillo en España. Recién casada, se embarcó hacia Europa, pero regresó antes de ocho meses. De esta época de su vida solo decía: «Estuve casada con un extranjero, pero me llevé una gran desilusión...». Volvió a usar su nombre de soltera y se instaló en la vieja casa de Lorenzo en Boat Street. La mejor manera de entenderla es observarla durante el curso de un día.

El dormitorio de Honora es agradable. Las paredes están pintadas de azul claro. Los altos y esbeltos postes de la cama sostienen un marco de madera desnudo, sobre el cual debería haber un dosel. La familia le ha insistido en que mande quitar el marco, porque se ha caído varias veces y podría derrumbarse en plena noche y partirle el cráneo a la anciana mientras sueña. Ella no ha hecho caso de estas advertencias y duerme plácidamente bajo esta espada de Damocles. Ello no quiere decir que su mobiliario sea tan inseguro como el de la granja de los Wapshot, pero hay tres o cuatro sillas por la casa que, si fueras un extraño y te sentaras en ellas, se vendrían abajo y te dejarían caer al suelo. La mayor parte de sus muebles pertenecieron a Lorenzo, quien adquirió buena parte de ellos en sus viajes por Italia, porque él pensaba que este Nuevo Mundo en el que vivía había surgido de las mentes de los hombres del Renacimiento. El polvo que lo cubre todo es el polvo del mundo, pero el olor de las marismas, de las esteras de esparto y del humo de madera es el aliento de Saint Botolphs.

Esta mañana, el silbido del tren de las 7.18 al entrar en la estación despierta a Honora y, medio dormida, confunde este sonido con el de la trompeta de un ángel. Es muy religiosa y se ha asociado con entusiasmo a casi todas las organizaciones religiosas de Travertine y Saint Botolphs y más tarde las ha abandonado con amargura. Al oír el tren, ve en su mente un ángel con una túnica nívea y una estilizada trompeta. Ha sido llamada, piensa con alegría. Ha sido convocada para una misión especial. Siempre ha esperado que ocurriera esto. Se incorpora para oír el mensaje y el tren vuelve a pitar. La imagen de una locomotora sustituye a la del ángel, pero no se siente muy decepcionada. Se levanta de la cama, se viste y olfatea el aire y le parece que huele a chuletas de cordero. Baja a desayunar con mucho apetito. Anda con bastón.

Arde un fuego en el comedor en esta mañana de julio y ella se calienta las

manos en la chimenea para sacarse de los huesos el frío de la edad. Maggie, su cocinera, trae a la mesa una fuente tapada, y Honora, que espera chuletas de cordero, se siente desilusionada al descubrir una perca. Esto la irrita mucho, porque padece de fuertes ataques de irritabilidad, sudores nocturnos y otras manifestaciones de nerviosismo. No debe admitir estas flaquezas, ya que si se pone de mal humor es capaz de tirarle el plato a su cocinera. Pone la tapadera de metal sobre la fuente de un golpe, con un sonido como el de un címbalo, y, cuando Maggie entra en el comedor, Honora exclama:

—¡Perca! ¿Se puede saber por qué se te ocurrió que quería perca para desayunar? Perca. Llévatela. Llévatela y prepárame unos huevos con beicon, si no es demasiada molestia.

Maggie retira el pescado y suspira, pero no con desesperación. Está acostumbrada a este trato. A menudo la gente le pregunta a Maggie por qué se queda con Honora. Maggie no depende de Honora —podría conseguir un puesto mejor mañana mismo— y no la quiere. Lo que parece reconocer en la anciana es una pura fuerza humana, completamente al margen de dependencias o afectos.

Maggie hace unos huevos fritos con beicon y los lleva a la mesa. Entonces anuncia que hubo un accidente cerca de la granja de los Wapshot. Murió un hombre y a la muchacha la llevaron a la casa.

—Pobrecillo —dice Honora refiriéndose al muerto, pero no dice más.

Maggie oye los pasos del cartero en la acera y las cartas caen por la ranura de latón y se desparraman por el suelo. La mujer recoge el correo —hay una docena de cartas— y las pone sobre la mesa al lado del plato de Honora. Esta apenas le echa una ojeada a su correo. Puede haber cartas de viejos amigos, cheques de la Compañía Fideicomisaria Appleton, facturas, ruegos e invitaciones. Nadie lo sabrá nunca. Honora mira un segundo la pila de sobres, los coge y los arroja al fuego. Ahora nos preguntamos por qué quema su

correo sin leerlo, pero cuando se aleja de la chimenea y vuelve a su silla, la luz de una emoción muy clara cruza por su rostro y puede que esta explicación sea suficiente. Si admiramos aquello que es más fácilmente comprensible, quizá añoremos la imagen de una dulce anciana, amable con su criada y abriendo sus cartas con un cuchillo de plata, pero cuánta más poesía hay en Honora, desprendiéndose de las demandas de la vida en el mismo instante en que se le hacen. Después de terminar su desayuno, se levanta y le dice a Maggie por encima del hombro.

—Estaré en el jardín, por si alguien me llama.

Mark, su jardinero, ya está trabajando. Viene a trabajar a las siete.

—Buenos días, Mark —dice Honora alegremente.

Pero Mark es sordomudo. Antes de contratarlo, Honora ha tenido a todos los jardineros del pueblo. El último antes de Mark era un italiano que se portó mal. Tiró el rastrillo y gritó.

—No bueno, trabajando para usted, señora Honora. No bueno. Plantar esto, arrancar eso, cambiando de idea en cinco minutos. No bueno.

Cuando acabó, se fue y dejó a Honora llorando. Maggie salió de la cocina y la abrazó, diciendo:

—No le haga ningún caso, no le haga ningún caso, señorita Wapshot. Todo el mundo sabe lo maravillosa que es usted. Todo el mundo sabe que es usted una mujer maravillosa.

Mark, por ser sordo, está a salvo de sus intromisiones y, cuando ella le dice que cambie de sitio todos los rosales, lo mismo podría decírselo a una piedra.

A Honora le cuesta mucho arrodillarse, pero lo hace y trabaja en su jardín hasta media mañana. Luego entra en la casa, se lava las manos silenciosamente, coge un sombrero, unos guantes y un bolso y cruza el jardín para ir a las cuatro esquinas, donde toma el autobús que va a Travertine. Nadie sabrá nunca si esta salida más bien subrepticia es calculada o no. Si

Honora invita a la gente a merendar y no está en casa cuando llegan, vestidos con sus mejores galas, no lo ha hecho conscientemente para que se sientan incómodos, pero ha actuado de una forma característica en ella. En cualquier caso, unos minutos después de que ella salga, un empleado del Banco Appleton llama al timbre de su puerta. Durante los años en que ha vivido de las rentas de la herencia de Lorenzo, Honora nunca ha firmado un papel aprobando la administración del banco. Ahora el empleado ha recibido la orden de no marcharse de Saint Botolphs hasta que consiga su firma. Llama al timbre durante algunos minutos antes de que Maggie abra una ventana y le diga que la señorita Wapshot está en el jardín. Hablar con Mark es inútil, claro está, y cuando llama otra vez al timbre, Maggie le grita:

—Si ella no está en el jardín, no sé dónde está, pero a lo mejor está en la granja donde viven los otros Wapshot. En la carretera 40. Una casa grande al lado del río.

El empleado se dirige hacia la carretera 40 justo cuando Honora sube al autobús que la lleva a Travertine.

Honora no pone una moneda en la caja del dinero como hace el resto de los pasajeros. Como ella dice, no vale la pena. Por Navidad le envía a la empresa de transportes un cheque por veinte dólares. La empresa le ha escrito, le ha telefoneado y ha enviado representantes a su casa, pero no ha logrado nada. El autobús está decrepito y los asientos y algunas ventanas están pegados con cinta adhesiva. Traqueteante y estruendoso, para ser un vehículo produce una insólita impresión de fragilidad. Es una de esas líneas que parece transportara los desheredados de la tierra, mujeres con el ceño fruncido que van a la compra, jorobados y borrachos. Honora mira por la ventanilla el río y las casas, esos paisajes punzantes en los cuales se ha desarrollado casi toda su vida y donde la conocen como la Maravillosa Honora, la Espléndida Honora y la Gran Honora Wapshot. Cuando el autobús se detiene en la esquina, ya en

Travertine, ella sube por la calle hasta la pescadería del señor Hiram. Él está en la trastienda, abriendo un cajón de pescado en salmuera. Honora pasa a la parte de atrás del mostrador, donde hay un pequeño tanque de agua de mar con langostas. Deja su bolso y su bastón, se sube una manga, mete la mano en el tanque y la saca con una hermosa langosta de cerca de dos kilos, justo cuando el señor Hiram sale de la trastienda.

—Suéltela, señorita Honora —grita—. No están muertas, todavía no están muertas.

—Bueno, pues no parece que me ataquen —dice Honora—. Deme una bolsa de papel.

—George Wolf acaba de traerlas —dice Hiram buscando una bolsa— y si una de esas de dos kilos le agarra un dedo, se queda usted sin él.

Sostiene la bolsa de papel abierta y Honora echa la langosta dentro, se vuelve y mete la mano otra vez en el tanque. El señor Hiram suspira, pero Honora saca rápidamente otra langosta y la pone en la bolsa. Después de pagar al señor Hiram, sale a la calle con sus langostas y camina hasta la esquina donde el autobús espera para coger pasajeros que vayan a Saint Botolphs. Le entrega la bolsa de langostas al conductor.

—Tenga —le dice—. Volveré dentro de unos minutos.

Se encamina hacia la tienda de frutos secos pero, al pasar por delante de la tienda de todo a cinco-y-diez centavos, el olor de las salchichas de Frankfurt la atrae. Entra y se sienta en el mostrador.

—Sus salchichas huelen tan bien —le dice a la dependienta— que no puedo resistir la tentación de tomarme una. Nuestra prima Justina solía tocar el piano aquí, ¿sabe? Si ella supiera que yo me acuerdo de eso, se moriría...

Se toma dos salchichas y un plato de helado.

—Estaba riquísimo todo —le dice a la dependienta.

Recoge sus cosas y se dirige otra vez a la parada del autobús cuando se fija

en el cartel del cine Neptuno: ROSA DEL OESTE. ¿Qué hay de malo en que una anciana vaya al cine?, piensa, pero, cuando compra la entrada y penetra en el oscuro y maloliente local, experimenta todas las corrosivas sensaciones de una persona forzada a cometer actos sucios. No tiene el valor de asumir sus vicios. Está mal, y ella lo sabe, entrar en un sitio oscuro cuando el mundo exterior resplandece de luz. Está mal y ella es una miserable pecadora. Compra una caja de palomitas de maíz y ocupa una butaca de pasillo en la última fila, una posición no comprometida que parece aligerar el peso de su culpa. Mastica sus palomitas y ve la película con suspicacia.

Mientras tanto, Maggie le conserva la comida caliente en la parte de atrás del fogón y las langostas, debatiéndose por sobrevivir dentro de la bolsa de papel, han hecho el viaje a Saint Botolphs y están otra vez camino de Travertine. El señor Burstyn, el empleado del banco, ha ido a West Farm. Sarah ha sido cortés y amable.

—No he visto hoy a Honora —le dice—, pero creemos que vendrá. Le interesan unos muebles que tenemos en el granero. Puede que esté allí.

Él va por la senda hasta el granero. El señor Burstyn es un hombre de ciudad y el tamaño del granero y sus fuertes olores le hacen añorar su hogar. Una araña grande y amarilla viene directamente hacia él por el suelo y él describe un amplio círculo para esquivar el insecto. Hay una escalera que sube al altillo. Dos de los travesaños están rotos y un tercero está a punto de romperse y, cuando llega al altillo, no hay nadie allí, aunque es difícil estar seguro, porque este está iluminado por una sola ventana, cubierta de espesas telarañas y del polvo del heno.

Honora ve la película dos veces. Cuando sale del cine se siente cansada y triste, como cualquier pecador. El vestíbulo del cine desciende como una especie de túnel hacia la acera. Aquí hay un pequeño trecho de suelo resbaladizo y en él una mancha de agua o líquido, dejada por la carga del

heladero o por la gaseosa de un niño. Incluso es posible que alguien haya escupido. Honora resbala ahí y cae de golpe sobre el suelo de piedra. Su bolso sale volando en una dirección y su bastón en la otra y su sombrero de tres picos se le viene sobre la nariz. La chica, la mujer, en realidad, la bruja de la taquilla lo ve todo y su corazón casi deja de latir, porque ve ahí, en esa anciana caída, la crueldad del tiempo. Busca a tientas la llave de la caja registradora y la cierra. Luego abre la puerta de su pequeña torre, refugio o fortaleza y corre adonde yace Honora. Se arrodilla a su lado.

—Oh, señorita Wapshot —dice—. Querida señorita Wapshot.

Honora se alza sobre los brazos y consigue ponerse a gatas. Entonces vuelve despacio la cabeza hacia su samaritana.

—Déjeme sola —dice—. Por favor, déjeme sola.

Su voz no es áspera ni imperiosa. Suena débil y dolorida, la voz de un niño con algún problema interior, una súplica de dignidad. Ahora se va acercando más y más gente. Honora sigue apoyada en las manos y las rodillas.

—Por favor, déjenme sola —le dice a la gente—. Por favor, ocúpense de sus asuntos. Por favor, váyanse y déjenme sola.

Ellos comprenden que lo que está expresando es la intimidad del dolor y se apartan.

—Por favor, déjenme sola, por favor, vuelvan a sus asuntos.

Se endereza el sombrero y, usando su bastón como apoyo, se pone de pie. Alguien le da su bolso. Tiene el vestido roto y sucio, pero camina entre la gente hasta donde el autobús a Saint Botolphs está esperando. El conductor que la llevó a Travertine por la mañana se ha ido a comer y ha sido sustituido por uno joven.

—¿Qué ha hecho usted con mis langostas? —le pregunta Honora.

El conductor le dice que ya entregaron las langostas y tiene el buen criterio de no pedirle el precio del billete. Así que van por River Road hasta Saint

Botolphs y Honora se baja en las cuatro esquinas y entra en su jardín por la puerta trasera.

Mark ha hecho un buen trabajo. Los senderos y los parterres de flores parecen bien cuidados a la luz del atardecer, pues ya casi es de noche. El día la ha complacido y le gustó la película. Entornando los ojos, aún puede ver las llanuras coloreadas y a los indios bajando a caballo desde el otero. Las ventanas de la cocina están iluminadas y abiertas esta noche de verano y, al acercarse, ve a Maggie sentada a la mesa de la cocina con su hermana menor.

—Perca —dice Maggie—. Perca, me dice, dando un golpe con la tapadera de la fuente y echando chispas. ¿Se puede saber por qué se te ocurrió que quería perca para desayunar? Llevaba semanas diciéndome que le apetecía una perca y ayer le compré dos al niño de los Townsend con mi propio dinero y se la preparé muy bien y en lugar de las gracias recibo esto. Perca, dice. ¿Se puede saber por qué se te ocurrió que quería perca para desayunar?

Maggie no habla con amargura. Lejos de ello, Maggie y su hermana se ríen a carcajadas acordándose de Honora, que ahora está de pie ante las ventanas iluminadas de su casa, en el crepúsculo.

—Pues entonces —dice Maggie— oigo que el señor Macgrath viene por la acera y echa el correo por la ranura, así que voy y recojo las cartas y se las doy y ¿sabes lo que hace? —Maggie se balancea en su silla, muerta de risa—. Coge las cartas, habría unas doce en total, y las tira al fuego. Madre mía, es mejor que un circo de tres pistas.

Honora pasa ante la ventana, pisando sobre la blanda hierba, pero no la han oído; se lo impiden sus fuertes risas. A mitad de camino, se detiene y se apoya pesadamente, con ambas manos, en su bastón, embargada por una emoción tan violenta y tan incalificable que se pregunta si este sentimiento de soledad y desconcierto no es el misterio de la vida. Esa intensidad parece empaparla hasta que se le doblan las rodillas y anhela tan sinceramente

comprender que alza la cabeza y reza media oración. Luego hace acopio de fuerzas, entra en la casa y le dice alegremente a Maggie desde el vestíbulo:

—Soy yo, Maggie.

Arriba, en su dormitorio, se bebe un vaso de los de agua lleno de oporto y, mientras se está cambiando los zapatos, suena el teléfono. Es el pobre señor Burstyn, que ha cogido una habitación en la Casa del Viaducto, que no es lugar para un hombre respetable.

—Bien, si desea usted verme, venga a visitarme —dice Honora—. No es muy difícil encontrarme. Exceptuando alguna visita a Travertine, hace casi siete años que no he salido de Saint Botolphs. Puede usted decirle a los del banco que si quieren que alguien hable conmigo, será mejor que manden a alguna persona con más perspicacia de la que requiere el encontrar a una anciana.

Entonces cuelga y baja a cenar con buen apetito.

La luz de la mañana y los ruidos de la familia al moverse por el vestíbulo de arriba despertaron a la chica. Al principio sintió que se hallaba en un lugar extraño, aunque ya no había muchos lugares que le fueran familiares. El aire olía a salchichas y hasta la luz de la mañana —dorada con todas sus sombras azules— le parecía extraña de un modo que le hacía daño y recordó que, al despertarse la primera noche que pasó en un campamento, se encontró con que había mojado la cama. Después recordó el accidente y todo eso, pero no con detalle; se alzaba en su mente como una roca, demasiado grande para poder moverla y demasiado dura para poder romperla y revelar su contenido. Todo aquello estaba en su mente como una piedra oscura. Las sábanas, de hilo y húmedas, la devolvieron al dolor de la extrañeza y se preguntó por qué se sentiría una persona, en el mundo en el que debía vivir, tan desdichada y corroída. Se levantó de la cama y descubrió que todo su cuerpo estaba derrengado y dolorido. En el armario encontró su abrigo y algunos cigarrillos en el bolsillo. El sabor del humo disminuyó un poco la dolorosa sensación de extrañeza y se llevó al lado de la cama una concha en lugar de cenicero y volvió a tumbarse. Se estremeció, tembló y trató de llorar sin conseguirlo.

Ahora la casa, o la parte de la casa en que se encontraba, estaba silenciosa. Oyó que un hombre decía adiós. Advirtió que en la pared, detrás de un retrato de una niña holandesa, había una palma del Domingo de Ramos y pensó que ojalá no fuese esta la casa de un sacerdote. Entonces, en el vestíbulo de abajo, oyó sonar un teléfono y alguien que gritaba:

—Hola, Mabel. Quizá no pueda ir hoy. No, no me ha pagado todavía. No tiene dinero. Todo su dinero se lo da Honora. Ella no tiene dinero. No, no puedo pedir más dinero prestado a cuenta de mi seguro. Ya te lo he dicho, ya te lo he dicho, se lo pedí, se lo pedí. Bueno, yo también necesito zapatos nuevos, con la forma en que me tiene subiendo y bajando cincuenta veces al día. Aquí ahora tienen a alguien. ¿Te has enterado de lo del accidente? Anoche hubo un accidente. Un coche se salió de la carretera y un hombre se mató. Terrible. Bueno, iba una chica con él y la trajeron, y ahora está aquí, y eso me da más trabajo. ¿Cómo está Charlie? ¿Qué vais a comer? No pongas el rollo de carne. No tienes bastante. Digo que no pongas el rollo de carne. Abres una lata de salmón y le haces una buena ensalada a Charlie. No hay bastante rollo de carne. Te lo acabo de decir. Abre una lata de salmón y compra esos panecillos tan buenos en la panadería. Hazle un pastel de manzana. ¿Sigue estreñado? Tienen manzanas para pastel, sí que las tienen. Las vi anteayer, las tienen en Tituses. Bajas a Tituses y compras unas manzanas y le haces un pastel de manzana. Haz lo que te digo. Te contaré lo del accidente cuando te vea. No sé cuánto tiempo se va a quedar. No lo sé. Ahora tengo que hacer las camas. Adiós...

Después de esto la casa quedó en silencio de nuevo y luego oyó que alguien subía las escaleras y el grato sonido de los platos sobre una bandeja. Apagó el cigarrillo.

—Buenos días —dijo la señora Wapshot—. Buenos días, Rosalie. Voy a llamarte Rosalie. Aquí no nos gustan las ceremonias.

—Buenos días.

—Lo primero que quiero que hagas es dejarme que llame por teléfono a tus padres. Estarán preocupados. Pero ¿qué les digo? Eso no es lo primero que quiero que hagas. Lo primero que quiero que hagas es comerte este riquísimo desayuno. Deja que te coloque las almohadas.

—Lo siento muchísimo, pero creo que no puedo comer nada —dijo la chica—. Es muy amable de su parte, pero sencillamente no podría.

—Bueno, no hace falta que te comas todo lo que hay en la bandeja —dijo la señora Wapshot amablemente—, pero tienes que comer algo. ¿Por qué no intentas comerte los huevos? Eso es lo único que tienes que comerte, los huevos...

Entonces la chica se echó a llorar. Apoyó la cabeza de lado sobre la almohada y miró fijamente al rincón, donde pareció ver una cadena de altas montañas, tan distante y conmovedora era su mirada. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Oh, lo siento —dijo la señora Wapshot—, lo siento muchísimo. Supongo que estabais prometidos. Supongo que...

—No es eso —sollozó la chica—. Es por los huevos. *No soporto* los huevos. Cuando vivía en casa me hacían tomar huevos para desayunar y, si no me los comía en el desayuno, bueno, entonces me los tenía que tomar en la cena. Quiero decir que todo lo que debía comer y no podía aparecía amontonado en mi plato de la cena y los huevos estaban repugnantes.

—Bueno, ¿hay algo que te apetecería para desayunar? —preguntó la señora Wapshot.

—Me encantaría tomar mantequilla de cacahuete. Si pudiese tomar un sándwich de mantequilla de cacahuete y un vaso de leche...

—Bueno, creo que eso se puede arreglar —dijo la señora Wapshot y, llevándose la bandeja con una sonrisa, salió de la habitación y bajó las escaleras.

No sintió rencor por el fracaso de sus preparativos y estaba contenta de tener a la muchacha en su casa, como si, en el fondo, fuese una mujer solitaria que agradecía cualquier compañía. Había deseado una hija, había ansiado una hija; una niña que se sentara en sus rodillas, que aprendiera a

coser o que hiciera galletas en la cocina en una noche de nieve. Mientras preparaba el sándwich para Rosalie, le pareció que ella poseía una visión de la vida que le gustaría presentar a la desconocida. Podrían coger moras juntas, dar largos paseos al lado del río y sentarse juntas en el banco de la iglesia los domingos. Cuando le subió el sándwich, Rosalie dijo que quería levantarse. La señora Wapshot protestó, pero los argumentos de la chica tenían sentido.

—Me sentiría mucho mejor si pudiera levantarme, pasear un poco y sentarme al sol, solo notar el sol.

Rosalie se vistió después de desayunar y se reunió con la señora Wapshot en el jardín, donde estaban las viejas tumbonas.

—Da tanto gusto notar el sol —dijo subiéndose las mangas del vestido y echándose el pelo hacia atrás de una sacudida.

—Ahora debes dejarme llamar a tus padres —pidió Sarah.

—No quiero llamarles hoy —dijo la muchacha—. Quizá mañana. Es que siempre les molesta que tenga un problema. No me gusta molestarles cuando me pasa algo. Y querrán que vuelva a casa y todo eso. Verá, es que papá es pastor; párroco, en realidad, quiero decir, comunión siete días a la semana y todo lo demás.

—Nosotros pertenecemos a un sector de la iglesia menos formalista —dijo la señora Wapshot—, pero a algunas personas que yo me sé les gustaría que hubiera un cambio.

—Además, es sin duda el hombre más nervioso que he conocido —continuó Rosalie—. Quiero decir, mi padre. Siempre está rascándose el estómago. Es una dolencia nerviosa. La mayoría de los hombres gastan las camisas por el cuello, supongo, pues las de mi padre se gastan en el sitio donde se rasca.

—Oh, creo que deberías llamarles —dijo la señora Wapshot.

—No, no quiero, es solo porque estoy en un apuro. Ellos creen que yo siempre me meto en apuros. Estuve en un campamento, y me dieron una camiseta con una A por ser una campista maravillosa y, cuando mi padre la vio, dijo: «supongo que la A significa Apuros». Simplemente no quiero molestarles.

—No me parece bien.

—Por favor, *por favor*.

Se mordió el labio. La señora Wapshot comprendió que se iba a echar a llorar y cambió rápidamente de tema.

—Huele las peonías —dijo—. Me encanta el olor de las peonías y ya casi no hay.

—Este sol es tan agradable.

—¿Trabajas en la ciudad? —preguntó la señora Wapshot.

—Bueno, estaba haciendo un curso de secretariado.

—¿Decidiste ser secretaria?

—Yo no quería ser secretaria, sino pintora o psicóloga, pero primero fui a la escuela Allendale y no podía soportar al asesor académico, así que no llegué a tomar una decisión. Siempre estaba tocándome y jugueteando con el cuello de mi blusa y yo era incapaz de hablar con él.

—Y entonces ¿te fuiste a la escuela de secretariado?

—Bueno, primero me fui a Europa. Estuve allí el verano pasado con otras chicas.

—¿Te gustó?

—¿Europa, quiere decir?

—Sí.

—Oh, me pareció divina. Quiero decir, algunas cosas me desilusionaron, por ejemplo, Stratford. Quiero decir que no es más que una pequeña ciudad como otra cualquiera. Y Londres, no pude soportarlo, pero me encantaron los

Países Bajos, con toda esa gentecita divina. Era curiosísimo.

—¿No deberías telefonear a esa escuela de secretariado a la que vas y decirles dónde estás?

—Oh, no —dijo Rosalie—. La dejé el mes pasado. Me tumbaron en los exámenes. Me sabía todos los temas, pero simplemente no sabía las palabras. Las únicas que yo sé son palabras como «divino» y, claro, esas no se usan en los exámenes y por eso no entendía las preguntas. Me gustaría saber más palabras.

—Entiendo —dijo la señora Wapshot.

Rosalie podía haberle contado el resto de la historia, que sería algo así: «Quiero decir que parece que la única cosa de la que me hablaron cuando yo estaba creciendo era del sexo. Quiero decir que todo el mundo decía que era simplemente maravilloso y la solución a todos mis problemas y a la soledad y todo eso y, claro, naturalmente, yo lo estaba deseando, y luego, cuando estaba en Allendale, fui a ese baile con ese chico guapo y lo hicimos y yo no dejé de sentirme sola, porque yo siempre he estado muy sola, así que seguimos haciéndolo una y otra vez porque yo continuaba pensando que dejaría de sentirme sola y entonces me quedé embarazada y fue espantoso, claro, siendo mi padre un clérigo y tan virtuoso y eminente, y ellos casi se mueren cuando se enteraron y me mandaron a ese sitio donde tuve un bebé adorable, aunque ellos dijeron a todo el mundo que me estaban operando la nariz y después me mandaron a Europa con esa señora mayor...».

Entonces vino Coverly atravesando el césped desde la casa.

—Ha llamado la prima Honora —informó—, dice que vendrá a merendar o quizá después de cenar.

—¿No quieres sentarte con nosotras? —preguntó la señora Wapshot—. Coverly, esta es Rosalie Young.

—Encantado —dijo él.

—Hola.

Él tenía esa voz de ultratumba que pretendía anunciar que había entrado en el reino de la virilidad, pero Rosalie sabía que aún estaba ante sus puertas y, efectivamente, mientras estaba allí de pie, sonriéndole, se llevó la mano derecha a la boca y empezó a morderse una callosidad que se le había formado en la base del pulgar.

—¿Y Moses?

—Está en Travertine.

—Moses ha hecho vela todos los días durante estas vacaciones —le dijo la señora Wapshot a Rosalie—. Es como si mi hijo mayor no existiera.

—Quiere ganar una copa —aclaró Coverly.

Se quedaron en el jardín hasta que Lulú les llamó para comer.

Después de comer, Rosalie se fue arriba y, tumbada en la silenciosa casa, se quedó dormida. Cuando se despertó, las sombras se alargaban sobre el césped y abajo se oían voces de hombres. Bajó y se los encontró a todos en el jardín otra vez, a todos ellos:

—Es nuestro cuarto de estar al aire libre —dijo la señora Wapshot—. Mi marido y Moses. Rosalie Young.

—Buenas tardes, señorita —dijo Leander, encantado con el cabello rubio, en absoluto castaño, de la joven.

Le habló con un triunfante y animado desinterés, como si fuera la hija de un viejo amigo y compañero de copas. Fue Moses el que se mostró arisco, el que apenas la miró, aunque estuvo correcto. A la señora Wapshot le apenaba ver cualquier impedimento en las relaciones de los jóvenes. Cenaron carpa fría en el acogedor comedor, iluminado a medias por la luz del crepúsculo y a medias por una lámpara que parecía un cuenco de cristal invertido, formado principalmente con colores tristes.

—Estas servilletas, más que buenas, son unas santas —dijo la señora

Wapshot.

La mayor parte de su conversación en la mesa consistió en frases hechas, refranes y juegos de palabras de este estilo. Era una de esas mujeres que parecía haber aprendido a hablar de memoria.

—¿Me disculpáis, por favor? —farfulló Moses no bien terminó su plato, y había salido de la habitación y tenía un pie en la noche antes de que su madre hablara.

—¿No quieres postre, Moses?

—No, gracias.

—¿Adónde vas?

—A casa de los Pendleton.

—Quiero que vuelvas pronto. Va a venir Honora.

—Sí.

—Ojalá venga Honora —dijo la señora Wapshot.

Honora no irá —está haciendo una alfombra de ganchillo—, pero ellos no lo saben, así que, en vez de detenernos en los chejovianos retrasos de esta familia, viendo llegar la noche, podríamos subir las escaleras y curiosear cosas más oportunas. Está el cajón del escritorio de Leander, donde encontramos una rosa marchita —que fue amarilla—, una trenza de cabello rubio, el cabo de un cohete que fue disparado al cambiar el siglo, una camiseta con un explícito dibujo en tinta roja de una mujer desnuda, un collar hecho con corchos de champán y un revólver cargado. O podríamos mirar la librería de Coverly: *Guerra y paz*, *Poesías completas* de Robert Frost, *Madame Bovary*, *La Tulipe Noire*. O mejor aún, podríamos ir a la Compañía Fideicomisaria de Pocamasset, donde el testamento de Honora reposa en una caja fuerte.

El testamento de Honora no era ningún secreto.

—Lorenzo me dejó algo de dinero —le había dicho a la familia— y yo debo tener en cuenta sus deseos además de los míos. Lorenzo valoraba mucho a la familia y a mí, cuanto más vieja me hago, más importante me parece. Me parece que la mayor parte de la gente en la que confío y a la que admiro es de buena estirpe de Nueva Inglaterra.

Continuó en la misma línea y luego dijo que, dado que Moses y Coverly eran los últimos Wapshot, dividiría su fortuna entre los dos, a condición de que tuviesen herederos varones.

—Oh, ese dinero hará mucho bien —había exclamado la señora Wapshot, mientras en su mente bailaban institutos para ciegos e inválidos, hogares para madres solteras y orfanatos.

La noticia de su herencia no volvió engraidos a los muchachos; al principio, no pareció penetrar en su mente ni alterar su actitud ante la vida, y a Leander la decisión de Honora le pareció completamente lógica. ¿Qué otra cosa iba a hacer con el dinero? Pero, considerando lo natural que era su elección, a todos les sorprendió que les condujera a algo tan poco natural como la ansiedad.

El invierno después de que Honora hubiese hecho su testamento, Moses cayó enfermo con unas fuertes paperas.

—¿Está bien? —preguntaba Honora continuamente—. ¿Se pondrá bien?

Moses se recuperó, pero ese verano explotó una pequeña estufa de gasolina

en la cocina del velero familiar, y Coverly se quemó la ingle. Estuvieron otra vez sobre ascuas. Sin embargo, estos directos ataques a la virilidad de sus hijos no preocupaban a Leander tanto como las amenazas a la continuidad de su familia que escapaban a su comprensión. Tal cosa ocurrió cuando Coverly tenía once o doce años y fue con su madre a ver una representación de *El sueño de una noche de verano*. Quedó fascinado. Cuando volvió a la granja, quería ser Oberón. Después de atarse unas corbatas a la cintura, intentó volar desde las escaleras hasta la sala, donde su padre estaba haciendo las cuentas del mes. No pudo volar, por supuesto, y aterrizó en el suelo —el atadizo de corbatas deshecho— y, aunque no le regañó, Leander sintió, mientras estaba de pie junto a su hijo desnudo, la presencia de algo misterioso e inquietante —¡Ícaro! ¡Ícaro!—, como si el muchacho hubiese caído a gran distancia del corazón de su padre.

Leander nunca se llevó a sus hijos aparte para hablarles de la cuestión sexual, pese a que la continuidad de los numerosos favores de Honora dependiera de su virilidad. Si miraban por la ventana durante un minuto podían ver el paso de las cosas. Él sentía que el amor, la muerte y la fornicación, extraídas del rico puré de guisantes de la vida, no eran más que verdades a medias y, por ello, su curso de instrucción era general. Le gustaría que ellos captaran que la inadvertida solemnidad de su vida era un gesto o un sacramento en honor de la riqueza y la continuidad de las cosas. El día de Navidad iba a patinar —sobrio o borracho, enfermo o sano— porque pensaba que tenía la responsabilidad ante el pueblo de aparecer en el lago de Parson. «Allí está Leander Wapshot», decía la gente, él les oía. Un espléndido símbolo de continuada e inocente deportividad, que él esperaba que sus hijos siguiesen. El baño frío que se daba cada mañana era ceremonial, a veces era solo eso, ya que casi nunca se enjabonaba y salía de la bañera oliendo fuertemente a las sales marinas de las viejas esponjas que usaba. La chaqueta

que se ponía para cenar, la oración que rezaba en la mesa, la excursión de pesca que hacía cada primavera, el bourbon que tomaba al anochecer y la flor que llevaba en el ojal, todo ello eran formas que él esperaba que sus hijos comprendieran y quizá imitaran. Les había enseñado a talar un árbol, a desplumar y condimentar un pollo, a sembrar, cultivar y cosechar, a pescar, a ahorrar dinero, a enderezar un clavo, a hacer sidra con una prensa manual, a limpiar una escopeta, a navegar en un bote, etcétera.

No le sorprendía que su mujer contradijera y discutiera sus costumbres; ella tenía sus propios ritos arcanos, tales como arreglar las flores y limpiar armarios. No siempre estaba de acuerdo con Sarah, pero esto le parecía de lo más natural, y la vida se encargaba de regular esas diferencias. Él era impulsivo e impredecible, no había manera de saber cuándo iba a decidir que había llegado el momento de que los chicos cruzasen el río a nado o de que trinchasen el asado. Iba todas las primaveras a pescar truchas a un campamento cerca de la frontera canadiense, y una primavera decidió que ya había llegado la hora de que Moses le acompañase. Por una vez Sarah se mostró enojada y terca. No quería que Moses fuese al norte con su padre y la tarde antes de su partida, le dijo que Moses estaba enfermo. Su actitud era seráfica.

—El pobre muchacho está demasiado enfermo para ir a ningún sitio.

—Nos vamos de pesca mañana por la mañana —dijo Leander.

—Leander, si sacas al pobre chico de la cama estando enfermo y te lo llevas a los bosques, no te lo perdonaré nunca.

—No habrá nada que perdonar.

—Leander, ven aquí.

Continuaron la discusión o pelea detrás de las puertas cerradas del dormitorio de Sarah, pero los chicos y Lulú oían sus voces indignadas y furiosas. Al día siguiente, Leander sacó a Moses de la cama antes del

amanecer. Ya tenía preparados los cebos y las cañas de pescar y salieron camino de los lagos de Langely a la luz de las estrellas, mientras Sarah dormía aún.

Era mayo cuando partieron; el valle del río West estaba todo florecido, y habían tenido unos días de esos en que la tierra huele como los pantalones de un granjero, a alfalfa, estiércol y hierba. Estaban al norte de Concord cuando salió el sol y se detuvieron para comer en algún pueblo de New Hampshire. Los árboles estaban pelados y la posada donde pararon parecía estar aún en la agonía de un frío invierno. El lugar olía a queroseno y la camarera moqueaba.

Ya estaban en las montañas, los pedregosos ríos bajaban llenos de agua negra —nieve derretida— y el reflejo del azul del cielo no contribuía mucho a suavizar la impresión de frío. Al llegar a una garganta, Moses alzó la cabeza jubilosamente hacia la voluptuosa línea de las montañas y el ilusorio azul, estrepitoso y profundo, pero el fuerte ruido del viento en los árboles desnudos le recordó el suave valle que habían dejado esa mañana, mimosas y lilas y ya algunas epigeas bajo los pies. Para entonces estaban en las proximidades del Canadá francés; esas granjas y pueblos que parecían totalmente desprotegidos ante el frío invernal y el tedio: Saint Evariste, Saint Methode, la helada tierra del Espíritu Santo, expuesta al látigo del invierno. Ahora el viento del norte era helado, las nubes tenían un blanco apagado y aquí y allí, en el suelo, vio trozos de nieve antigua. Llegaron ya tarde al pueblo de Langely, donde estaba amarrada la vieja lancha —*Cygnets*— que les llevaría lago arriba al interior del bosque y en la cual Moses puso las bolsas y los aparejos.

En Langely no había nada, excepto una oficina de correos y una tienda de comestibles. Era tarde, pronto anochecería. Las ventanas de la oficina de correos estaban iluminadas, pero las orillas del lago se veían deshabitadas y oscuras. Moses miró la vieja lancha, amarrada al muelle, su larga proa y su timón en forma de rueda. Reconoció en la longitud de su proa de caoba, con

la chimenea de bronce y el mamparo con remaches de bronce, que era uno de esos vapores contruidos hace años, para las tranquilas idas y venidas de otra generación de veraneantes. Había cuatro sillas de mimbre, una junto a la otra, en la profunda cubierta de popa. Curtidos, deshilachados y gastados, habían llevado —¿hacía cuántos años?— a mujeres con vestidos veraniegos y hombres con pantalones de franela, que iban a ver la puesta de sol. Ahora tenía la pintura sucia y el barniz apagado y se lamentaba de su estado frotándose contra el muelle bajo el viento del norte.

Su padre vino por el sendero, trayendo los comestibles; un viejo le seguía. Fue este último quien soltó las amarras y empujó la lancha hasta aguas profundas con un gancho. Debía de tener ochenta años. Había perdido los dientes y su boca se había hundido, acentuando la ligera prominencia de su barbilla. Parpadeaba detrás de unas sucias gafas y sacaba la lengua y, cuando puso la lancha de proa y avante a toda máquina, se sentó muy tieso. Había siete millas hasta el campamento. Llevaron sus cosas a un destartalado refugio con una chimenea hecha con latas de sopa y encendieron el fuego y una lámpara. Las ardillas se habían metido en el colchón. Ratas, ratones y erizos habían entrado y se habían ido. Moses oyó que abajo, en el lago, el viejo ponía en marcha el motor de su *Cygnets* para regresar a la oficina de correos. La helada luz del ocaso, el ruido de la lancha alejándose y los olores de la estufa, todo ello tan distinto del comienzo de aquella mañana en Saint Botolphs que el mundo parecía haberse partido en dos pedazos o mitades.

Aquí, en esta mitad, estaban el profundo lago, el viejo con su inhabilitado *Cygnets* y el sucio campamento. Aquí estaban la sal y la salsa de tomate y los espaguetis de lata y los calcetines sucios. Aquí estaban los montones de latas herrumbrosas cerca de los escalones; aquí estaban las portadas de los *Saturday Evening Post* clavadas en las paredes desnudas junto a la «Oración del Pescador», el «Diccionario del pescador», el «Lamento de la viuda del

pescador» y todas las huera y semicómicas estupideces que se habían publicado sobre la pesca. Aquí estaba el olor a gusanos y tripas, queroseno y tortitas quemadas, el olor a mantas sin airear, humo, zapatos húmedos, lejía y extrañeza. Sobre la mesa, cerca de donde él estaba, alguien había clavado una vela en una raíz y al lado había una novela policíaca, con los primeros capítulos comidos por los ratones.

En la otra mitad estaban la granja de Saint Botolphs, el suave valle y el río impotente y las habitaciones que ahora olían a jacintos y a lilas y los grabados en color de san Marcos y todos los muebles con patas en forma de garra. Había los cuencos de Cantón llenos de nomeolvides, las sábanas de hilo húmedas, la plata en el aparador y el fuerte tictac del reloj de la pared. La diferencia parecía más agotadora que si hubiese cruzado la frontera de un territorio montañoso a otro, más agotadora, supuso, porque él no se había dado cuenta de la profundidad de su compromiso con el dulce provincianismo del valle —el viento del este y los chales de la India— y nunca había comprendido que ese territorio estaba firmemente conquistado por su buena madre y las de su clase: las mujeres de hierro con vestidos de verano. Él se encontraba, por primera vez en su vida, en un lugar donde la ausencia de esas mujeres era notable, y sonrió pensando en que ellas habrían atacado el campamento; habrían quemado el mobiliario, enterrado las latas, fregado los suelos, limpiado el tubo de las lámparas y puesto ramilletes de violetas y de sellos de Salomón en una zapatilla de cristal, o en alguna otra encantadora antigualla. Bajo su administración, el césped se extendería desde el refugio hasta el lago, en la parte de atrás florecerían hierbas para condimentar y verduras para ensalada y pondrían cortinas, alfombras, retretes químicos y relojes que dieran las horas.

Su padre se sirvió whisky y, cuando la estufa se calentó, cogió unas hamburguesas y las cocinó sobre la tapa, dándoles la vuelta con una cuchara

herrumbrosa, como si siguiera algún ritual en el cual despreciaba los excelentes conceptos de su mujer respecto a la higiene y el orden. Cuando terminaron de cenar, los colimbos se pusieron a gritar en el lago y estos gritos trajeron a la cabaña, excesivamente caldeada ahora por la estufa, una hermosa sensación de su lejanía. Moses bajó hacia el lago, orinó en el bosque y se lavó las manos y la cara en un agua tan fría que aún le quemaba la piel cuando se desnudó y se metió entre dos mantas sucias. Su padre apagó la lámpara, se metió en la cama también y ambos se durmieron.

La pesca no era en Langely, sino en los lagos que había más en el interior de los bosques, y salieron camino del lago de Folger a las seis de la mañana siguiente. El viento seguía siendo del norte y el cielo estaba encapotado. Cruzaron el lago en un bote neumático con un motor de dos cilindros, dirigiéndose al pantano de Kenton. A la mitad del lago, el bote empezó a hacer agua. Moses se sentó en la popa y se puso a achicar agua con una lata de cebos. En punta Lovell su padre apagó el motor y metió el bote en un gran pantano. Era un lugar feo y traicionero, pero a Moses el paisaje le pareció sobrecogedor. Fila tras fila de árboles bordeaban la orilla; altos, catatónicos, cenicientos, parecían las ruinas de algún desastre humano. Cuando entraron en aguas poco profundas, Leander inclinó el motor hacia el interior del bote y Moses cogió los remos. El ruido de colocarlos en su soporte levantó una bandada de gansos.

—Un poco a babor —dijo el padre—, un poco más a babor...

Mirando por encima del hombro, Moses vio el punto donde el pantano se estrechaba y se convertía en un arroyo y oyó el rugido de alguna cascada. Vio las formas de las piedras bajo el agua; sus remos golpeaban el fondo y la proa tocó la orilla.

Entonces subió el bote a la orilla tirando de él y lo ató a un árbol, mientras su padre examinaba un resto de pintura dejado por un bote en una piedra

cercana. La mancha parecía del año anterior. Moses comprendió entonces cuánto le importaba a su padre ser el primer hombre que entraba en los bosques, y vio que, mientras descargaba los aparejos, Leander miraba el sendero en busca de huellas humanas. Encontró algunas pisadas, pero cuando las rascó con un cuchillo, vio que estaban bordeadas de moho y que las habían hecho los cazadores. Luego echó a andar aprisa por el sendero. Todo estaba muerto; hojas muertas, ramas muertas, helechos muertos, hierba muerta, toda la obscenidad de la muerte del bosque, maloliente y mohosa, cubría de manera densa el sendero. Un poco de luz blanca escapaba de las nubes y pasaba fugazmente sobre el bosque; el tiempo justo para que Moses viese su propia sombra y ya había desaparecido.

El sendero iba cuesta arriba. Él tenía calor. Sudaba. Miraba la cabeza y los hombros de su padre con sentimientos de admiración y cariño. Era media mañana cuando vieron el claro delante de ellos, entre los árboles. Subieron el último trecho de pendiente y allí estaba el lago y ellos eran los primeros en verlo desde que los cazadores vinieron en otoño. El lugar era feo pero tenía la exultante fealdad del pantano. Leander miró entre los matorrales y encontró lo que buscaba: una vieja barca para la caza de patos. Le dijo a Moses que cogiera algo de leña para hacer una hoguera y, cuando encendieron el fuego, cogió una lata de brea de su macuto, montó un caballete de madera verde sobre el fuego y calentó la brea. Entonces untó las juntas de la barca con brea caliente, que se endureció rápidamente a causa del frío. Pusieron a flote la barca y remarón contra el viento del norte. A pesar de la brea, la barca hacía agua, pero ellos cebaron los anzuelos y empezaron a pescar a la cacea.

Cinco minutos después, la caña de Leander se dobló y, con un gruñido, él clavó el anzuelo y, mientras Moses mantenía la barca en movimiento, pescó una gran trucha que saltó, a unos cien metros de la popa, y se debatió, hasta encontrar su último refugio en la tenue sombra de la barca. Luego Moses

pescó otra y en más o menos una hora tenían una docena de truchas entre los dos. Entonces empezó a nevar. Durante tres horas echaron la caña bajo la nieve, sin pescar nada, y a mediodía se comieron unos sándwiches secos. Esto fue una dura prueba y Moses tuvo el sentido común de comprender que formaba parte de la excursión.

A primera hora de la tarde, la tormenta de nieve se alejó y entonces Leander pescó. Los peces volvieron a picar y, antes de que el cielo empezase a oscurecer, llegaron al límite de sus fuerzas. Subieron la barca a la orilla — embrutecidos y aturridos por el cansancio— antes del anochecer. El viento había cambiado al noreste y desde más allá de la boca del pantano les llegaba el rugido del agua, pero cruzaron al otro lado sanos y salvos —Moses achicando agua— y ataron el bote por la proa y por la popa. Moses encendió fuego mientras su padre vaciaba cuatro truchas y las freía en la tapa de la estufa y, cuando terminaron de cenar, murmuraron «buenas noches», apagaron la lámpara y se durmieron.

Fue una buena excursión y regresaron a Saint Botolphs con suficiente pescado para regalar a todos los amigos y parientes. Al año siguiente le tocó ir a Coverly. Casualmente, este sí que estaba resfriado, pero Sarah ni lo mencionó. Sin embargo, la noche antes de que salieran, entró en la habitación de Coverly con un libro de cocina y se lo puso en la mochila.

—Tu padre no sabe cocinar —le dijo— y no sé qué vais a comer durante cuatro días, así que te dejo esto.

Él le dio las gracias, la besó y al día siguiente se fue con su padre antes del amanecer. El viaje fue igual; la parada para comer, el whisky y la larga travesía por el lago en el *Cygnets*. En el campamento, Leander echó unas hamburguesas sobre la tapa de la estufa y, cuando acabaron de cenar, se acostaron. Coverly preguntó si podía leer.

—¿Qué libro has traído, hijo?

—Es un libro de cocina —dijo Coverly, mirando la portada—. Trescientas maneras de preparar el pescado.

—Oh, maldita sea, Coverly —rugió Leander—. Maldita sea.

Le quitó el libro de las manos, abrió la puerta y lo arrojó a la noche. Luego apagó la lámpara de un soplo, sintiendo una vez más —Ícaro, Ícaro— que el muchacho se había alejado de su corazón.

Coverly comprendió que había ofendido a su padre, pero «culpa» sería una palabra demasiado precisa para el dolor y la inquietud que experimentó y puede que esta sensación estuviera agravada por el conocimiento de las condiciones del testamento de Honora. Tenía la sensación de que al traer un libro de cocina a un campamento no solo se había fallado a sí mismo y a su padre; además había profanado los misteriosos ritos de la virilidad y había defraudado a generaciones enteras de futuros Wapshot, así como a los beneficiarios de la largueza de Honora: el Asilo de los Marineros y el Instituto para los Ciegos. Se sintió desgraciado, y volvería a sentirse así por la sensación de que el testamento de Honora había aumentado anormalmente sus responsabilidades humanas. Esto sucedió algún tiempo después, un año quizá, en cualquier caso más adelante, y el asunto fue simple, más aún que ir de pesca: la feria del pueblo a finales de agosto, a la que fue con su padre, como siempre. (Moses había pensado ir, pero el *Tern* embarrancó en un banco de arena y no volvió a casa hasta las diez.) Coverly cenó temprano en la cocina. Llevaba sus mejores pantalones de dril blanco y una camisa limpia y tenía su asignación en el bolsillo. Leander le hizo una señal con la sirena del *Topaze* cuando este tomó la curva. Viró el barco hacia el muelle, poniéndolo a media máquina y luego en punto muerto, tocando el muelle justo el tiempo necesario para que Coverly saltase a bordo.

Solo había un puñado de pasajeros. Coverly subió a la cabina y Leander le permitió coger el timón. La marea estaba bajando y avanzaban lentamente en

contra de ella. Había hecho un día caluroso y hacia mar abierto ahora había cúmulos o nubes de tormenta envueltas en una luz tan clara y resplandeciente que parecían desconectadas del río y del pueblo. Coverly llevó el barco hasta el muelle limpiamente y ayudó a Bentley, el empleado de cubierta, a amarrarlo y a doblar las viejas sillas, tapizadas con trozos de alfombra, y a tapar la pila de estas con una lona. Se detuvieron en la panadería de Grimes, donde Leander se comió un plato de judías.

—Judías guisadas, el plato musical —dijo la vieja camarera—. Cuantas más comes, más pitas.

La ligera ordinariez del chiste conservaba para ella su frescura. Subiendo por Water Street hacia el ferial, Leander se tiró varios sonoros pedos. La noche de verano era tan espléndida que el poder que ejercía sobre sus sentidos era como el poder de la memoria, y sintieron ganas de saltar de alegría cuando vieron ante ellos la valla de madera y, en su interior y por encima de ella, las luces de la feria, brillando animosamente contra unas nubes de tormenta, en las cuales se veían relámpagos.

Coverly estaba excitado al ver tantas luces encendidas después del anochecer y los aparatos para el equilibrista de la cuerda floja: un poste alto sujeto con cables y coronado por plataformas orladas con flecos y pedestales, todo ello elevándose en el resplandor de dos focos inclinados hacia arriba, en cuyo polvoriento haz luminoso nadaban las polillas blancas como pedacitos de papel. Una muchacha con la piel empolvada, el pelo rojizo y un ombligo (pensó Leander) tan hondo que se podría meter el pulgar en él, y en las orejas y los pechos pedrería que lanzaba destellos rojos y azules, caminó y montó en bicicleta sobre el cable, echándose el cabello hacia atrás de vez en cuando y apresurándose un poco, al parecer, porque los truenos se hacían más frecuentes y las ráfagas de viento olían claramente a lluvia y de cuando en cuando los más aprensivos o más viejos o quienes llevaban sus mejores ropas

se marchaban en busca de un techo, aunque no había caído ni una gota. Cuando terminó el número de la cuerda floja, Leander se llevó a Coverly al principio del pasillo central, donde ya había empezado la presentación del espectáculo sicalíptico.

—Burla burlando, véanlas desnudarse como a ustedes les gusta, véanlas bailar la danza de los tiempos. Si es usted viejo volverá a casa, con su mujer, sintiéndose más joven y más fuerte, y si es usted joven se sentirá contento y animado como debe ser —dijo un hombre cuyo rostro afilado y afilada voz parecían plenamente dedicados a la trapacería y la lascivia, y que se dirigía a la gente desde un pequeño púlpito rojo, aunque ellos permanecían a cierta distancia de él como si fuera el propio diablo o, por lo menos, el abogado del diablo, una serpiente.

A su espalda, atadas a unos postes y ondeando en el viento racheado como velas vacías, había cuatro pinturas grandes de mujeres vestidas como en un harén, tan oscurecidas por los años y la intemperie que las luces daban sobre ellas inútilmente y lo mismo podían haber anunciado un jarabe para la tos o un curalotodo. En el centro había una puerta en la cual ponía, con letras luminosas, ALEGRE PARÍS. La puerta estaba desvencijada y pelada después de un largo verano viajando por Nueva Inglaterra.

—Burla burlando, te veo, no te veo, te veo, no te veo —dijo el diablo, golpeando el borde del púlpito rojo con un rollo de entradas por vender—. Voy a pedir a estas señoritas solo una vez más, una sola vez más, que les den una idea, una ligera idea de lo que verán cuando entren.

De mala gana, hablando entre ellas, tímidamente, tímidamente, como niñas a quienes se les ha pedido que reciten una poesía, un par de chicas, vestidas con faldas de un tejido áspero y transparente como el que se pone en las ventanas de las casas de campo, una al lado de la otra para hacerse compañía, una atrevida, la otra no, sus senos ligeramente sujetos por una tela de modo

que se veía el comienzo de la curva, las dos subieron a una destartalada tarima, cuyas tablas cedieron bajo su peso, y miraron descarada y alegremente al público, una de ellas tocándose la parte de atrás de la cabeza para evitar que el viento la despeinara y sosteniendo la abertura de su falda con la otra mano. Se quedaron allí paradas hasta que el bribón las despidió diciendo que el espectáculo estaba a punto de empezar, a punto de empezar, última oportunidad, es su última oportunidad de ver bailar a estas bellezas, y Coverly siguió a su padre al interior de una pequeña tienda de lona, donde había unos treinta hombres de pie, rodeando apáticamente un pequeño escenario no muy diferente del escenario donde él había visto a su adorada Judy dar garrotazos a Punch en la cabeza cuando era pequeño. El techo de la tienda estaba tan agujereado que las luces de la feria brillaban a través de ellos como las estrellas de una galaxia, una ilusión que encantó a Coverly hasta que recordó para qué habían entrado allí. Fuera lo que fuera, el público parecía sombrío. Leander saludó a un amigo y dejó a Coverly solo, escuchando al chulo de fuera.

—Burla burlando, te veo, no te veo... Voy a pedir a estas señoritas solo una vez más antes de que empiece el espectáculo...

Esperaron y esperaron mientras las chicas subían a la tarima y volvían a bajar; arriba y abajo y la tarde y la feria pasaban fuera. Empezó a llover un poco y las paredes de la tienda a orzar, pero el agua no refrescó el aire y solo despertó en la mente de Coverly recuerdos de un bosque con olor a setas, en el que hubiera querido encontrarse. Entonces las chicas se retiraron, una para dar cuerda a un fonógrafo y la otra para bailar. Era joven —una niña, para Leander—, no era bonita, pero tan plenamente en posesión de la flor de la juventud que eso no importaba. Tenía el pelo castaño y tan liso como las crines de un caballo excepto a los lados, donde se había hecho dos rizos. Lanzó un juramento cuando se pinchó con un alfiler que sujetaba su falda y

siguió bailando con una gota de sangre en el pulgar. Cuando dejó caer la falda, estaba desnuda.

Luego, en aquella tienda apolillada, llena de la fragancia de la hierba pisada, se celebraron los ritos de Dionisio. Un palo astillado de la tienda sirvió de símbolo en el plato —sagrado entre los sagrados—, pero este homenaje al profundo pozo del poder erótico era, paso por paso, tan viejo como el hombre. A través de las delgadas paredes de lona llegaba el mugido del ganado y las voces de los niños. Coverly estaba fascinado. Luego, una chica cogió la gorra de un jornalero de la primera fila e hizo algo muy obsceno. Coverly salió de la tienda.

La feria continuaba a pesar de la lluvia, que había dejado un grato y amargo olor en el aire. El tiovivo y la noria seguían dando vueltas. A su espalda, Coverly oía la chirriante música del espectáculo donde estaba su padre. Para huir de la lluvia, se metió en la exposición agrícola. Allí no había nadie, salvo un viejo, y nada que le interesara ver. Había zumos, tomates, maíz y judías colocados en platos de papel, con premios y etiquetas. La ironía de estar admirando zumos, dadas las circunstancias, no se le escapó a Coverly. «Segundo premio. Olga Pluzinski», leyó, mirando tristemente un frasco de tomates en vinagre. «Maíz dorado Bantam. Cultivado por Peter Covell. Segundo premio, Alcachofas de Jerusalén... ». Aún podía distinguir, por encima del ruido del tiovivo y de la lluvia, la musiquilla de la tienda donde la chica estaba bailando. Cuando paró la música, volvió allí y esperó a su padre. Si Leander había visto salir a Coverly, no lo dijo, pero regresaron al pueblo, donde tenían aparcado el coche, en silencio. Coverly recordó sus sentimientos en Langely. No solo había puesto en riesgo sus propios derechos; estaban en peligro generaciones de futuros Wapshot, además de los ancianos y los ciegos. Había arriesgado incluso esa vejez digna y correcta a la que sus padres tenían derecho y quizá había comprometido su estilo de vida

en West Farm. Todos dormían cuando llegaron a casa y bebieron un vaso de leche, murmuraron «buenas noches» y se acostaron.

Pero los problemas de Coverly no habían terminado. Soñó con la chica. Cuando se despertó era un día húmedo con una niebla salada que subía por el río y se agarraba como lana cardada a los abetos. No había nada en la mañana hacia donde pudiera escapar. Los harapos de niebla hacían que su mente y su cuerpo se volvieran hacia sí mismos y sus preocupaciones. Rebuscó en la pila de ropas que había en el suelo para encontrar su maltratado bañador. Estaba mojado y olía a mar muerto; la lana húmeda sobre la piel le produjo la sensación de una corrupción y, pensando piadosamente en los santos y otros que practicaban la mortificación, Coverly se lo puso y bajó por la escalera de atrás. Pero esa mañana incluso la cocina —el único lugar de la casa con el que se podía contar para que generase luz y sentido en los días negros— parecía un buque abandonado, sucio y frío, y Coverly salió por la puerta trasera y cruzó el jardín hacia el río. La marea estaba baja y el barro de las orillas había quedado a la vista y olía mal, pero no tanto, pensó Coverly, como el calzón húmedo que cubría sus nalgas, el cual, caldeado ahora por su propia carne miserable, a cada movimiento que él hacía, emitía nuevos olores de agua de mar podrida. Fue hasta el extremo del trampolín y se detuvo allí sobre un pedazo de saco de patatas, calentándose el pecho con los brazos y mirando arriba y abajo del frío valle cubierto de niebla, donde una molesta llovizna había empezado a formarse y a caer como la condensación de la humedad en una prisión subterránea. Se sumergió y nadó, tiritando, hasta el centro del río, luego volvió corriendo y cruzó el jardín, preguntándose si la alegría de vivir estaba en él.

Los muchachos llevaron a su madre a la iglesia a las once y Coverly se arrodilló vehementemente, pero no había llegado a la mitad de la primera oración cuando el perfume de la mujer que estaba en el banco de delante

deshizo su trabajo de mortificación y le demostró que el cuerpo literal de la iglesia de Cristo no era una inexpugnable fortaleza, ya que, a pesar de que las puertas de roble estaban cerradas y las únicas ventanas abiertas no eran lo bastante grandes para que un niño pudiera pasar por ellas, el diablo, en lo que a Coverly se refería, iba y venía, se sentaba en su hombro, le impulsaba a mirar por el escote de la señora Harper, a admirar los tobillos de la dama que estaba delante de él y a preguntarse si había algo de verdad en los rumores respecto al párroco y al muchacho con voz de soprano. Su madre le dio con el codo a la hora de la comunión, pero él la miró con la cara pálida y negó con la cabeza. El sermón era agotador y todo el rato que duró, la mente de Coverly repitió incansablemente las palabras de unos versos obscenos que hablaban de un obispo.

Por la tarde, cuando la familia estaba tomando el té, Coverly salió a la parte de atrás de la casa. Olió un viento que despejaría el cielo y oyó cómo movía los árboles y vio levantarse la niebla llevándose la tristeza del día, y una banda de luz amarilla se derramó por el oeste. Entonces supo lo que tenía que hacer y empezó los preparativos; se lavó las axilas y vació su hucha. Tenía suficiente dinero para pagar sus favores. Se incorporaría a la bendita compañía de los hombres, que una lona separaba tan levemente del mugido del ganado y las voces de los niños. Fue andando, corriendo, andando otra vez, tomó un atajo que atravesaba los pastos de los Waylands, hasta el camino de tierra que llevaba a la feria, preguntándose por qué no se le había revelado antes la simplicidad de la vida.

Era de noche cuando llegó al camino de tierra y, a pesar del viento, parecía ser una noche sin estrellas. No se detuvo ni vaciló hasta que, ante las puertas de la feria, vio que todas las luces estaban apagadas. La feria se había acabado, claro está, y los feriantes se habían ido. Las puertas estaban abiertas, y ¿por qué no?, pues una vez que habían retirado los pasteles y los zumos, las

muñecas peponas y las labores de aguja, ¿qué iban a guardar? Con tantos senderos oscuros y lugares sombreados, ni los amantes más impacientes buscarían cobijo en esos terrenos que, ocupados solo tres o cuatro días al año y más viejos que Leander, impregnaban el aire de la noche con el olor de la madera podrida. Pero Coverly entró al espacio donde aún se percibía el olor de la hierba pisoteada, siguió las roderas del camino central hasta donde —o donde creyó ver en la oscuridad— ella había celebrado sus ritos. ¿Qué se puede hacer con un muchacho así?

En lo que a Moses se refiere, era pura casualidad que no fuese padre ya.

Henry Parker trajo la ropa de Rosalie de la ciudad en su camión y ella se quedó en la granja, aunque hablaba de irse a Chicago a visitar a una chica que había conocido en la Allendale. Pero sus planes de marcha, cuando quiera que los hubiera hecho, parecían conferir a la vieja casa cuadrada y al valle una hermosa luz dorada y despertar en ella tanta ternura por todo lo que veía, que retrasaba la partida. A veces, paseando por una playa, cuando no hay ninguna casa cerca, por la tarde, notamos en el viento del este un olor a limones, humo de madera, rosas y polvo; la fragancia de alguna casa grande que hemos visitado de niños; nuestros recuerdos son tenues y gratos —algún lugar donde quisimos quedarnos y no pudimos— y en eso se había convertido la granja para Rosalie.

Cuando más le gustaba la casa era cuando llovía. El despertar por la mañana y oír el sonido de la lluvia en los muchos tejados y claraboyas le daba siempre una gran sensación de comodidad. Se proponía leer en los días lluviosos; ponerse al día en sus lecturas, decía. Todos los libros que elegía eran ambiciosos, pero no pasaba del primer capítulo. Sarah trató de guiarla con delicadeza.

—*Middlemarch* es un libro muy bonito, o ¿has intentado leer *La muerte llama al arzobispo*?

Después de desayunar, Rosalie se instalaba en la sala de atrás con un libro y, al final, cogía de la caja las viejas páginas de tiras cómicas y las leía. Algunas veces iba al pueblo, donde le agradó comprobar que nadie le hacía

preguntas respecto a su identidad. «Usted debe de ser la señorita que está parando con los Wapshot», le decían todos. Intentaba ser útil en la casa, barriendo el cuarto de estar y yendo de un lado para otro con un paño del polvo en la mano, pero se hallaba en esa etapa de la vida en que los adornos y objetos de la madurez parecían piedras y espinas en su camino y siempre estaba tirando cosas. Secretamente no comprendía por qué la señora Wapshot traía tantas flores a la casa y las ponía en búcaros y jarras que siempre se caían. Su risa era alta y dulce y casi todos se alegraban de oír su voz; incluso sus pasos más distantes. Era afable respecto a todo, incluyendo la bomba de agua, que se rompió varias veces. Cuando esto sucedía, Coverly traía agua de un pozo cerca de la leñera para que Rosalie y la señora Wapshot se lavaran, pero los hombres se bañaban en el riachuelo.

Honora no había venido a juzgarla. Nació una broma familiar:

—No puedes irte a Chicago hasta que hayas conocido a la prima Honora—decía Leander.

El repiqueteo de la lluvia en los tejados le aseguraba que su vida ociosa en la granja era natural, que no tenía más obligación que dejar que el tiempo resbalara entre sus manos. Cuando pensaba en su novio trataba de racionalizar su muerte como haríamos todos, tropezando con conclusiones tales como que le había llegado su hora, había nacido para morir joven y otros consoladores sentimentalismos. Soñó con él una vez. Se despertó de un profundo sueño, sintiendo que él estaba en apuros. Era tarde y la casa estaba a oscuras. Oía el riachuelo y, en el bosque, un búho, un pequeño y dulce canto. Está en apuros, pensó entonces, encendiendo un cigarrillo, y le pareció verlo, de espaldas a ella, desnudo porque estaba indefenso, y perdido, lo veía por la posición de la cabeza y de los hombros, perdido o ciego, y vagando por un laberinto con gran dolor. No podía ayudarle —eso lo vio—, aunque podía sentir el dolor de su indefensión por el modo en que movía las manos como

un nadador. Supuso que estaba siendo castigado, aunque no sabía qué pecados había cometido. Luego se volvió a la cama y se durmió, pero el sueño había terminado como si él hubiera salido de su campo de visión o como si su vagar hubiese acabado.

Leander se la llevó a pasar un día en el *Topaze*. Hacía un maravilloso tiempo de playa y ella se quedó de pie en la cubierta de proa, mientras Leander la observaba desde la timonera. Cuando empezaban a cruzar la bahía se le acercó un desconocido y Leander se alegró de ver que ella le hacía muy poco caso y, cuando él insistió, ella le sonrió con frialdad y subió a la timonera.

—Es el barco más tremendamente gracioso que he visto en mi vida —dijo ella.

A Leander no le gustaba que la gente criticara al *Topaze*. La ligereza de esas palabras le irritó. Puede que su respeto por el viejo barco fuera una debilidad, pero él pensaba que la gente que no valoraba al *Topaze* era frívola.

—Estoy hambrienta —dijo Rosalie—. El aire es tan salado. Podría comerme un buey y son solo las diez.

A Leander aún le escocían sus primeras palabras.

—En el lago de ese campamento donde estuve —dijo ella— había una especie de barco que llevaba a la gente de paseo, pero no era tan divertido como este. Quiero decir que yo no conocía al capitán.

Intuía el error que había cometido al hablar con ligereza del *Topaze* y trataba de arreglarlo.

—Y el otro no era tan marinero —dijo—. Supongo que este es tremendamente marinero. Quiero decir que supongo que está construido en los tiempos en que la gente sabía construir barcos marineros.

—Cumplió treinta y dos años esta primavera —dijo Leander con orgullo—. Honora no gasta en él más de doscientos o trescientos dólares cada

temporada y ha transportado pasajeros contra viento y marea sin dañarles ni un pelo.

Bajaron juntos a tierra en Nangasakit y Leander la observó mientras se comía cuatro perritos calientes empujándolos con tónica. No quiso subir a la montaña rusa y él supuso que sus diversiones eran más sofisticadas. Se preguntó si tomaba cócteles en los salones de los hoteles. Hablando de su casa, ella había mencionado riqueza y mezquindad, y Leander imaginaba que en su vida había ambas cosas.

—Mamá da una enorme fiesta en el jardín todos los veranos —había dicho — con una orquesta como escondida en los arbustos y millones de pasteles deliciosos.

Y, una hora más tarde, hablando de su propia ineptitud para las labores de la casa, había dicho:

—En casa, papá limpia los cuartos de baño. Se viste con ropa vieja y se pone a gatas y friega los suelos y las bañeras y todo...

La orquesta contratada y el clérigo que limpiaba la casa le parecían igualmente extraños a Leander y le interesaban, principalmente porque el pasado de Rosalie parecía interponerse entre ella y sus posibilidades de goce en Nangasakit. A él le apetecía montar en la montaña rusa y se quedó desilusionado cuando ella rehusó. Pero pasaron por la ruinosa muralla de mar, por encima de la arena blanca y el mar verde y él estaba contento en su compañía. Pensó —como Sarah— cuánto le hubiera gustado tener una hija, y en su mente se formaron velozmente las imágenes de la vida de esa hija. Se hubiera casado, naturalmente. Incluso se vio a sí mismo tirándole arroz mientras ella bajaba corriendo los escalones de la iglesia de Cristo. Pero por algún motivo su matrimonio fracasaba. Su marido moría en la guerra, quizá, o resultaba ser un borracho o un sinvergüenza. En cualquier caso, ella volvía a casa para cuidar a Leander en su vejez, para traerle el bourbon y prepararle

las comidas y escuchar sus historias en las noches de tormenta. A las tres regresaron al barco.

A todos les gustaba Rosalie menos a Moses, que se mantenía alejado de ella y se mostraba hosco cuando se la encontraba. La señora Wapshot insistía en que la llevara a navegar, pero él se negaba siempre. Puede que fuese porque la asociaba a aquella primera noche en el prado y al incendio o porque —y esto era más probable— ella le parecía una creación de su madre, le parecía que había salido de la cabeza de Sarah. Pasaba la mayor parte del tiempo en el club náutico de Pocamasset, donde hacía carreras con el *Tern* y, a veces, se iba a pescar al riachuelo que corría desde el lago de Parson, pasando por detrás del granero, hasta el río West.

Pensó hacer esto una mañana y se levantó antes del amanecer, pese a que el verano estaba avanzado y sus posibilidades de pescar algo eran escasas. Era de noche cuando se hizo el café y se puso las botas de pescador en la cocina, con la cabeza llena de gratos recuerdos de otras madrugadas similares; el campamento de Langely y el sofocante calor en los refugios de esquí y la mala comida. Beber café en la cocina a oscuras (las ventanas empezaban a mostrar cierta claridad) le recordaba todas estas cosas. Sacó algunos aparejos del armario del vestíbulo, se abrochó las botas en el cinturón y echó a andar por los campos, con la intención de subir al lago de Parson y luego ir bajando por el arroyo pescando con moscas artificiales, que eran las únicas que había podido encontrar.

Se metió por el bosque un poco antes de llegar al lago de Parson. Otros pescadores habían hecho un senderillo. Había humedad en el bosque y el olor de la vegetación se subía a la cabeza y su corazón se alzó cuando oyó el ruido del agua —como las distorsionadas voces de los profetas— y vio la primera rebalsa. Tenía la vejiga llena, pero reservaría eso para que le trajera buena suerte si le hacía falta. Estaba tan deseoso de echar una mosca al agua que

tuvo que reprocharse un exceso de precipitación. Tenía que poner el sedal y atar unos nudos respetables. Mientras lo hacía, vio a una trucha subiendo contracorriente —solo un abrir y cerrar de ojos— tan decidida como un perro que lleva el periódico en la boca.

Había jirones de neblina sobre el agua a esas horas de la mañana y ¿qué era ese olor, tan fuerte como la casca y mucho más delicado? Entró en el arroyo, pisando con cuidado, e hizo un buen lanzamiento. Por lo menos, él quedó satisfecho y, si hubiese sido una trucha, habría picado, con los jugos gástricos fluyendo libremente hasta que sintiera el gancho en la mandíbula. Recogió el sedal y volvió a lanzarlo, metiéndose tan profundamente en el agua que se le mojó la bragueta, una bendición, pensó, esperando que el agua fría desanimara a su mente de abandonar alguna vez tan sencillos placeres, porque, junto con su madurez, Moses había encontrado en sí mismo un gusto por las cosas naturales de la vida. Enganchó una mosca y, mientras ataba otra, vadeó por una zona de aguas rápidas y poco profundas hasta llegar a otra rebalsa, la más bonita de todas, pero en la que nunca había pescado un solo pez. El granito en torno a la poza era cuadrado, como adoquines, el agua era negra y lenta, aquí y allí colgaban sobre ella abetos y manzanas silvestres y, aunque Moses sabía que era una rebalsa en la que perdía el tiempo, no podía creer que no estuviese habitada por las truchas, familias enteras de astutas truchas de un kilo con mandíbulas prominentes. Desde esta oscura rebalsa vadeó por aguas blancas hasta un sitio donde en las riberas había hierba y crecían lirios y rosas silvestres y donde era fácil lanzar. Mientras estaba pescando en esta rebalsa, salió el sol —un torrente de luz dorada que se extendió por todo el bosque y penetró en el agua, de modo que cada piedra azul o canto blanco destacaban— inundando el agua de luz hasta que se puso tan dorada como el whisky. Y, en el instante en que esto sucedió, un pez picó. Sus pies no estaban bien asentados. Casi se cae, jurando en voz alta, pero la

caña estaba inclinada y, entonces, la trucha salió a la superficie con estrépito y se dirigió hacia los troncos que había en la boca de la rebalsa, pero Moses la mantuvo apartada de ellos; la trucha saltaba de un lado a otro y el estremecimiento de su vida ascendía por los brazos y los hombros de Moses. Luego, cuando la trucha se cansó y él sacó la red para recogerla, pensó: ¡Qué vida, qué gran vida! Admiró las manchas rosadas del pez, le rompió el espinazo y lo envolvió en hojas de helecho, preparado para un gran día, un día en el que alcanzaría su cota máxima o la superaría. Pero estuvo pescando en esa rebalsa durante una hora sin lograr otra captura y, entonces, vadeó a la próxima y, luego, a la siguiente, irreflexivo, pero no insensible a la quietud del bosque, al fuerte y profético ruido del agua y, de pronto, cuando miró hacia la rebalsa que había más abajo, al hecho de que no estaba solo. Allí estaba Rosalie.

Había venido a bañarse; realmente se estaba lavando, enjabonándose entre los dedos de los pies, desnuda, sentada en una piedra al sol. Él paró el carrete para que ella no le oyera recoger el sedal, y vadeó con cuidado, evitando hacer ruido, hasta la orilla de la rebalsa, donde ella no podía verle pero él podía mirarla por entre las hojas. Observó a su reluciente Susana, avergonzado, su sueño de los placeres sencillos sustituido por cierta tristeza, cierta pesadumbre que ponía en su boca sabor a sangre y dolor en los dientes. Ella no se animó a lavarse mucho más que los pies. El agua estaba demasiado fría o el sol calentaba demasiado. Se levantó, se quitó una hoja de las nalgas y se internó en el bosque; desapareció. Tendría allí la ropa. Moses se sentía confundido y el olor de la trucha muerta en su bolsillo parecía pertenecer al pasado. Desenvolvió el pez y lo lavó en la corriente, pero parecía un juguete. Después de un intervalo discreto, volvió a la granja, donde su madre le esperaba para pedirle que trajera agua del pozo y, después de comer, él invitó a Rosalie a ir a navegar.

—Me encantaría —dijo ella.

Fueron a Travertine en el viejo coche y resultó que sabía más de navegación de lo que él esperaba. Mientras él sacaba el agua del bote con una bomba, ella puso los listones en la vela y se apartó. Soplaban un fresco viento del suroeste y él tomó el circuito de regatas, dirigiéndose a la primera boya con el viento de popa. Y entonces el viento cambió al este y el día se oscureció tan rápidamente como el aliento lo hace con un cristal. Él dio una amplia virada para dirigirse a la segunda boya, pero el mar estaba picado y, de repente, todo se volvió sombrío, enfurecido y peligroso y él sentía el tirón del viejo mar —la marea que se retiraba— en el casco. Las olas empezaron a romper en la proa y cada una de ellas empapaba a Rosalie.

Esperaba que él diera la vuelta para regresar al club náutico y sabía que no lo haría. Ella había empezado a temblar a causa del frío y pensaba que ojalá no hubiera venido. Había deseado su atención, su amistad, pero, cuando el casco se levantaba torpemente con un ominoso golpe y otra ola rompía sobre sus hombros, le vinieron desalentadores pensamientos respecto a su pasado y a sus esperanzas. Sin una familia cariñosa ni muchos amigos, dependiendo fundamentalmente de los hombres para su saber y guía, los había encontrado a todos entregados a un misterioso peregrinaje que con frecuencia ponía en peligro la vida de ella. Había conocido a un hombre a quien le gustaba escalar montañas y, mientras el *Tern* zozobraba y encapillaba otro golpe de mar, se acordó de su amante alpinista, las cortezas de la fatiga en su boca, el dolor en los pies, los sándwiches secos y las vistas azuladas y neblinosas desde las cimas, que solo despertaban en su mente la pregunta de qué estaba ella haciendo allí. Había caminado tras aficionados a la observación de los pájaros y había esperado en casa a pescadores y cazadores y ahora estaba en el *Tern*, medio helada y medio ahogada.

Rodearon la segunda boya e iniciaron el regreso al club náutico y, al

acercarse al amarre, Rosalie fue a la proa. Lo que sucedió después no fue culpa suya, aunque Moses podía haberlo pensado si no lo hubiera visto. Cuando tiró del esquife hacia sí, la ligera boza se rompió. El esquife descansó pensativamente sobre el oleaje durante un segundo o dos y luego viró enfilando la proa a mar abierto y avanzó en esa dirección, cabeceando y bailando en la marejadilla. Moses se quitó los zapatos de lona y se tiró al agua, tratando de alcanzar el esquife, y nadó tras él algunos metros, hasta que se dio cuenta de que el esquife se movía, llevado por la marea menguante y por el viento, más rápido de lo que él podía nadar. Entonces volvió la cabeza y comprendió toda la magnitud de su error. Cuando la boza se rompió, habían perdido la amarra y, ahora, con las velas bajas y Rosalie llamándole, el *Tern* se alejaba mar adentro.

Ahora había niebla. Apenas veía la playa y el club de Pocamasset y nadó hacia allí, pero sin apresurarse, porque el tirón de la marea menguante era potente y sus fuerzas tenían un límite. Vio que alguien salía al porche del club y agitó un brazo y gritó, pero no le oyeron ni le vieron y, después de flotar un minuto, para descansar, empezó a nadar la larga distancia hasta la orilla. Cuando notó arena bajo los pies, fue una dulce sensación. La vieja motora de la junta estaba amarrada al muelle y él soltó las amarras y se internó con ella en la niebla, tratando de adivinar qué rumbo habría tomado el *Tern*. Luego paró el motor y comenzó a gritar.

—Rosalie, Rosalie, Rosalie, Rosalie...

Ella le contestó al poco rato y él vio el perfil del *Tern* y le dijo qué cabo debía echarle y luego la alzó en sus brazos para subirla a bordo. Ella reía y él había estado tan preocupado que su alegría le pareció una clase de bondad que no había sospechado que tuviera. Luego recogieron el esquife, volvieron a la costa y, una vez amarrado el *Tern*, entraron en el club, que tenía el aspecto de haber sido decorado por ancianas señoras y por ratones y que, de

hecho, había sido transportado por el río desde Saint Botolphs. Moses encendió el fuego y se secaron allí y se hubieran quedado más tiempo, si no hubiese entrado el viejo señor Sturgis para practicar unas carambolas de billar.

Honora terminó su alfombra de ganchillo esa tarde —un campo de rosas rojas—, lo cual, junto con el cambio de tiempo, la decidió a ir a West Farm, al fin, para que le presentaran a la desconocida. Atajó cruzando los prados bajo la lluvia desde Boat Street hasta River Street y entró por la puerta lateral, llamando.

—Hola. Hola. ¿Hay alguien en casa?

Nadie le contestó. La casa estaba vacía. Ella no era curiosa, pero subió las escaleras para ver si la chica estaba en el cuarto de invitados. La cama precipitadamente hecha, las ropas tiradas sobre las sillas y el cenicero lleno de colillas despertaron su hostilidad y suspicacia y abrió la puerta del armario. Estaba en el armario cuando oyó que Moses y Rosalie subían las escaleras y él iba diciendo:

—¿Qué puede haber de malo en algo que a los dos nos hará sentirnos contentos?

Honora cerró la puerta del armario cuando ellos entraban en la habitación.

Lo demás que Honora oyera —y fueron muchas cosas— no nos concierne. Esto no es un informe clínico. Solo consideraremos el dilema de una anciana dama —nacida en la Polinesia, educada por la señorita Wilbur, filántropa y samaritana— llevada, solo por su búsqueda de la verdad, al interior de un estrecho armario en una tarde de lluvia.

Nadie vio a Honora salir de la casa aquel día y, si la hubieran visto, no habrían podido decir si estaba llorando o no, porque la lluvia le corría por la cara al cruzar los pastos de los Waylands en dirección a Boat Street. Puede que la violencia de sus emociones naciera de sus recuerdos del señor de Sastago, cuyos títulos y castillos resultaron ser aire. Su vida había sido virtuosa, su dedicación a la inocencia había sido inalterable y fue recompensada con una visión de la existencia tan inconsistente como una cerilla de papel al viento. No lo entendía. No pagó con Maggie su confusión, como quizá habías supuesto. Se cambió de ropa, bebió su oporto y después de cenar leyó la Biblia.

A las diez, dijo sus oraciones, apagó la luz y se metió en la cama. No bien apagó la luz se sintió desvelada y alerta. Era la oscuridad lo que la desvelaba. Le daba miedo. Miró valientemente a la oscuridad para asegurarse de que no había nada que temer, pero allí, en lo oscuro, parecía haber una agitación, un aumento de actividad, como si fuesen llegando y reuniéndose figuras o espíritus. Carraspeó. Intentó cerrar los ojos, pero esto solo sirvió para agudizar la sensación de que la oscuridad estaba poblada. Volvió a abrir los ojos, decidida a mirar de frente a esa fantasía, ya que no podía huir de ella.

Las figuras, aunque no podía verlas claramente, no eran numerosas. Parecía haber doce o catorce, suficientes para rodear su cama. Parecían estar bailando. Sus movimientos eran feos y obscenos y mirando fijamente en la oscuridad pudo reconocer sus formas. Había cabezas de calabaza con un

corte que formaba una sonrisa de dientes caninos; había caretas de gatos y de piratas, de esas que les venden a los niños la víspera de Todos los Santos; había esqueletos, verdugos enmascarados, los enormes tocados de los brujos de las tribus que ella había visto fotografiados en la revista *National Geographic*; allí estaba todo lo que le había parecido extraño y antinatural.

—¡Soy Honora Wapshot! —dijo en voz alta—. Soy una Wapshot. Siempre hemos sido una familia fuerte y resistente.

Se levantó de la cama, encendió la luz y prendió el fuego en la chimenea, extendiendo los brazos hacia el calor. La luz y el fuego hicieron que las grotescas figuras se desvanecieran.

—Soy una Wapshot —repitió—. Soy Honora Wapshot.

Estuvo sentada junto al fuego hasta medianoche y luego se acostó y se durmió.

Por la mañana temprano, se vistió y, después de desayunar, salió corriendo para coger el autobús de Travertine. Ya no llovía, pero el día era sombrío; la cola de la tormenta. Solo había unos cuantos pasajeros. Uno de ellos, una mujer, se levantó de su asiento en la parte de atrás cuando llevaban unos minutos de viaje y fue a sentarse al lado de Honora.

—Soy la señora Kissel —dijo—. Usted no se acordará de mí, pero yo la he reconocido. Usted es Honora Wapshot. Tengo que decirle algo muy embarazoso: cuando subió usted al autobús, me di cuenta de que —la señora Kissel bajó la voz y murmuró—: lleva usted el vestido todo desabrochado por delante. Es muy violento, pero yo creo que siempre es mejor decirlo.

—Gracias —dijo Honora sujetándose el abrigo con la mano para tapar el vestido.

—Siempre pienso que es mejor decirlo —continuó la señora Kissel—. Cuando alguien me lo dice a mí, siempre lo agradezco. Sea quien sea. Esto me recuerda algo que me sucedió. Hace unos años, el señor Kissel y yo

fuimos de vacaciones a Maine. Él es de Maine y estudió allí. Fuimos en coche-cama. El tren llegó a la estación a primera hora de la mañana y a mí me costó muchísimo vestirme en aquella litera. Nunca había estado en un coche-cama. Bueno, pues cuando nos bajamos del tren, había bastante gente en el andén. Allí estaba el jefe de estación, esperando el correo, supongo, o algo así. Bueno, pues viene directamente hacia mí. Yo no le había visto en mi vida y no podía imaginar qué quería. Se acerca a mí y dice: «Señora», dice en voz baja, «Señora, lleva usted el corpiño desabrochado».

La señora Kissel alzó la cabeza y, por un instante, rio como una muchacha.

—No le había visto nunca —continuó— y no volví a verle, pero se acercó a mí y me dijo eso y no me molestó. No me molestó en absoluto. Le di las gracias y entré en el tocador de señoras para arreglarme y luego cogimos un simón y nos fuimos al hotel. Era en los tiempos en que había simones.

Honora se volvió y contempló a la señora Kissel, embargada por los celos; su vecina parecía ser tan sencilla y tan buena y tener tan pocos problemas. Habían llegado a Travertine y, cuando el autobús se paró, Honora se apeó y caminó decididamente hacia un letrero que decía PINTOR.

A la mañana siguiente, temprano, Leander iba por el camino, que olía a pescado, hasta el muelle donde se encontraba el *Topaze*. Una docena de pasajeros esperaban para comprar sus billetes y subir a bordo. Entonces se fijó en que había un letrero colgado en su timonera. Pensó inmediatamente en Honora y se preguntó qué estaría tramando. El letrero estaba pintado sobre madera y debía de haber costado cinco dólares. PROHIBIDA LA ENTRADA. ESTE YATE ESTÁ EN VENTA. PARA MÁS INFORMACIÓN VER A HONORA WAPSHOT, BOAT STREET, 27. Por un segundo, se le paró el corazón; su espíritu se marchitó. Luego se indignó. El letrero estaba colgado, no clavado, en la timonera; lo cogió y estaba a punto de arrojarlo al río cuando se dio cuenta de que era un buen trozo de madera y que podría servir para algo.

—Hoy no habrá travesía —les dijo a los pasajeros.

Luego se puso el letrero bajo el brazo y pasó entre la gente hacia la plaza. Naturalmente, la mayoría de los tenderos del pueblo habían visto el letrero y le observaban. Él no vio a nadie y le costó un esfuerzo no ir hablando en voz alta. Como sabemos, tenía sesenta y tantos años; era un poco cargado de espaldas, con cierta tendencia a los pies planos, pero era un anciano apuesto con abundante pelo y un aire juvenil. El letrero pesaba y le dormía el brazo, por lo que tuvo que cambiárselo de lado antes de llegar a Boat Street. Para entonces estaba despotricando. No le quedaba mucha sensatez cuando aporreó la puerta de Honora con el borde del letrero.

Ella estaba cosiendo. Se tomó su tiempo antes de abrir la puerta. Primero

cogió su bastón y recorrió la sala recogiendo las fotografías de Moses y Coverly. Las tiró al suelo detrás del sofá. La razón era que, aunque le gustaba tener a la vista las fotografías de los chicos, no quería que nadie de la familia la pillase en tan clara demostración de afecto. Luego se estiró la ropa y se dirigió a la puerta. Leander estaba aporreándola.

—Si me arañas la pintura de la puerta —le gritó—, tendrás que pagarla.

No bien le abrió, él entró en el vestíbulo como un huracán, rugiendo.

—Por todos los clavos de Cristo, ¿qué significa esto?

—No blasfemes —dijo ella. Se tapó los oídos con las manos—. No escucharé blasfemias.

—¿Qué quieres de mí, Honora?

—No oigo una palabra de lo que dices —replicó ella—. No escucharé juramentos.

—No estoy jurando —gritó él—. Ya he parado de jurar.

—Es mío —dijo Honora, quitándose las manos de los oídos—. Puedo hacer con él lo que quiera.

—No puedes venderlo.

—Sí que puedo —dijo Honora—. Los chicos D'Agostino lo quieren para usarlo como barco de pesca.

—Quiero decir que es mi medio de subsistencia, Honora. —No había nada suplicante en su voz. Seguía gritando—. Me lo diste. Estoy acostumbrado a él. Es mi barco.

—Solo te lo presté.

—Maldita sea, Honora, los miembros de una familia no pueden enfrentarse de esta manera.

—No estoy dispuesta a escuchar juramentos —dijo Honora, volviendo a taparse las orejas.

—¿Qué quieres?

—Quiero que dejes de jurar.

—¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué has hecho esto a mis espaldas? ¿Por qué no me dijiste lo que pensabas?

—Me pertenece. Puedo hacer lo que quiera con él.

—Siempre hemos compartido las cosas, Honora. Esa alfombra me pertenece. Es mía.

Se refería a la alfombra larga del vestíbulo.

—Tu querida madre me regaló esa alfombra.

—Te la prestó.

—Quería que me la quedara.

—Es mía.

—Nada de eso.

—Si uno puede jugar este juego, dos también.

Leander dejó el letrero y cogió un extremo de la alfombra.

—Deja esa alfombra, Leander Wapshot —gritó Honora.

—Es mi alfombra.

—Suéltala ahora mismo. ¿Me oyes?

—Es mía. Es mi alfombra.

Tiró de la alfombra, que era larga y estaba tan sucia que el polvo que levantó le hizo estornudar, hacia la puerta. Entonces Honora se fue al otro extremo de la alfombra, lo agarró y llamó a Maggie. Cuando esta salió de la cocina aferró el lado que sostenía Honora —los tres estaban estornudando— y todos empezaron a tirar. Fue una escena desagradable, pero si aceptamos las delicadezas de Saint Botolphs, también debemos admitir el hecho de que era una región donde se levantaban tapias para quitarle al vecino la vista, y que los gemelos Pinchot vivieron hasta su muerte en una casa dividida por una raya de tiza. Perdió Leander, por supuesto. ¿Cómo podría ganar un hombre semejante competición? Dejando a Honora y Maggie en posesión de

la alfombra, salió de la casa con tal torbellino de emociones que no sabía adónde ir y, caminando hacia el sur hasta que llegó a un prado, se sentó en la hierba dulce y masticó las suculentas puntas de unas cuantas briznas para quitarse la amargura de la boca.

A lo largo de su vida, Leander había visto cómo los santuarios de los hombres del pueblo quedaban reducidos a uno solo. La Guardia Montada se había disuelto; el club atlántico estaba cerrado; hasta el club náutico había sido trasladado a Travertine. El único sitio que quedaba era la Compañía de Mangueras Niágara, y él volvió al pueblo y subió las escaleras, al lado del coche de bomberos, y entró en la sala de juntas. En el aire se percibía el olor de muchas cenas animadas a base de filetes, pero en la sala no había nadie más que el viejo Perley Sturgis, y este estaba dormido. En las paredes había muchas fotografías de los Wapshot: Leander cuando era joven; Leander con Hamlet; Benjamin, Ebenezer, Lorenzo y Thaddeus. Sus fotografías juveniles le entristecieron y fue a sentarse en uno de los sillones Morris cerca de la ventana.

Su ira contra Honora se había convertido en una penetrante sensación de inquietud. Sabía que ella se guardaba un as en la manga y hubiera querido saber cuál era. Se preguntó qué podía hacer ella y entonces comprendió que lo que quisiera. El *Topaze* y la granja eran suyos. Ella pagaba los colegios y los intereses de la hipoteca. Incluso les había llenado la carbonera. Se había ofrecido a hacer todo esto de la forma más amable que se pueda imaginar. «Tengo medios; Leander —le había dicho—, ¿por qué no voy a ayudar a mi única familia?» Era culpa suya, no podía acusarla a ella, por no haber esperado nunca que esta largueza trajese consecuencias. Sabía que ella era entrometida, pero había pasado por alto este hecho, sostenido por su creencia en la abundancia de la vida —carpas en la ensenada, truchas en los arroyos, perdices en el huerto y dinero en el bolsillo de Honora—, la sensación de que

el mundo estaba concebido para alegrarle y deleitarle. Se le apareció una andrajosa imagen de su mujer y sus hijos, vestidos con harapos bajo una tormenta de nieve. La imagen no era tan disparatada, después de todo, pues ¿no podía Honora, si quería, hacerles pasar hambre? Esta imagen de su familia despertó en él apasionados sentimientos. Él los defendería y los cobijaría. Los defendería con piedras y palos, con los puños desnudos. Pero esto no cambiaba los hechos de la propiedad. Todo pertenecía a Honora. Incluso el caballito de juguete que estaba en el desván. Debería haber llevado su vida de un modo distinto.

Pero por la ventana veía el cielo azul sobre los árboles de la plaza y él se entusiasmaba con facilidad por la apariencia del mundo. ¿Cómo podía algo ir mal en semejante paraíso?

—Despierta, Perley, despierta y juguemos una partida de chaquete —gritó.

Perley se despertó y jugaron al chaquete, por cerillas, hasta el mediodía. Comieron algo en la panadería y volvieron a jugar al chaquete. A media tarde, se le ocurrió a Leander que lo único que necesitaba era dinero. ¡Pobre Leander! No podemos dotarle de una capacidad de juicio y de invención que no posee, ni darle la amplitud de criterio de un primer ministro. Esto es lo que hizo.

Cruzó la plaza, entró en el Bloque Cartwright y subió las escaleras. Dio las buenas tardes a la señora Barston en la oficina de la compañía telefónica. Esta era una simpática viuda de pelo blanco, rodeada de muchas macetas de plantas, que parecían prosperar y florecer en el fértil clima de su buen carácter. Leander habló con ella de la lluvia y luego siguió a la consulta del médico, en cuya puerta había un letrero de PASE SIN LLAMAR, que colgaba del picaporte como un babero. En la sala de espera había una niña con una mano vendada y la cabeza apoyada en el pecho de su madre, y el viejo Billy Tompkins con un frasco de pastillas vacío. El mobiliario parecía traído de un

porche y la silla de mimbre en la que se sentó Leander chilló tan fuerte como si se hubiera sentado en un nido de ratones. El papel de la pared reproducía la fauna, los setos y los jinetes de una cacería de zorros y, en esas imágenes repetidas, Leander vio un reflejo de la vitalidad del pueblo, de su tendencia a estilos de vida extraños y diferentes. La puerta del despacho se abrió y salió una joven embarazada de piel morena. Entonces entró la niña de la mano vendada con su madre. No estuvieron dentro mucho rato. Luego pasó Billy Tompkins con su frasco vacío. Salió con una receta y entró Leander.

—¿Qué puedo hacer por usted, capitán Wapshot? —preguntó el médico.

—Estaba jugando al chaquete con Perley Sturgis —dijo Leander— y tuve una idea. Pensé que a lo mejor usted me podía dar un trabajo.

—Me temo que no —replicó el médico amablemente—. Ni siquiera tengo una enfermera.

—No es ese el tipo de trabajo en el que yo pensaba —dijo Leander—. ¿Puede oírnos alguien?

—Creo que no —contestó el médico.

—Cójame para un experimento —dijo Leander—. Por favor, hágalo. He decidido que eso es lo que quiero. Firmaré lo que sea. No se lo diré a nadie. Opéreme. Haga lo que quiera. Pero deme un poco de dinero.

—No sabe usted lo que dice, capitán Wapshot.

—Cójame —dijo Leander—. Soy un ejemplar muy interesante. Pura raza yanqui. Piense en la sangre que hay en mis venas. Senadores. Académicos. Capitanes de barco. Héroes. Profesores. Puede usted hacer historia en la medicina. Hacerse un nombre. Será famoso. Yo le daré la historia de mi familia. Le entregaré un pedigrí en regla. No me importa lo que haga usted conmigo. Deme un poco de dinero, nada más.

—Por favor, váyase, capitán Wapshot.

—Ayudaría en algo a la humanidad, ¿no? —preguntó Leander—. Ayudaría

a la humanidad. Nadie tiene por qué saberlo. No se lo diré a nadie. Le prometo que no lo haré. Se lo juro sobre la Biblia. Puede usted utilizar un laboratorio que nadie conozca. No se lo diré a nadie. Iré a donde usted quiera. Iré por la noche si usted quiere. Le diré a la señora Wapshot que estoy de viaje.

—Por favor, váyase de aquí, capitán Wapshot.

Leander cogió su sombrero y se fue. En la plaza, una mujer del otro lado del río estaba llamando a su hijo en italiano.

—Hable en inglés —le dijo Leander—. Hable en inglés. Estamos en Estados Unidos.

Volvió a la granja en su viejo Buick.

Estaba cansado, y contento de ver las luces de la granja. Tenía hambre y sed y su apetito parecía abarcar el paisaje y la casa. A Lulú se le había quemado algo. Olía a comida quemada en el vestíbulo. Sarah estaba en la sala del fondo.

—¿Viste el letrero? —preguntó ella.

—Sí —dijo Leander—. ¿Ha estado aquí hoy?

—Sí. Estuvo aquí esta tarde.

—Lo colgó en la timonera —dijo Leander—. Sospecho que lo hizo ella misma.

—¿De qué estás hablando?

—Del letrero.

—Pero si está en la puerta de la valla.

—¿A qué te refieres?

—Al letrero de la puerta. Lo puso allí esta tarde.

—¿Quiere vender la granja?

—Oh, no.

—Entonces ¿qué es, qué es? ¿Qué diablos es?

—Leander. Por favor.

—No puedo hablar con nadie.

—No hace falta que hables de ese modo.

—Bueno, ¿qué pasa? Dime, Sarah, ¿qué pasa?

—Piensa que deberíamos alquilar habitaciones a los turistas. Ha hablado con los Patterson y dice que, alquilando habitaciones, ellos ganan suficiente dinero como para ir a Daytona todos los años.

—Yo no quiero ir a Daytona.

—Tenemos tres dormitorios de sobra —dijo Sarah—. Ella piensa que deberíamos alquilarlos.

—A esa vieja no le queda ni pizca de sentido de lo que es correcto —gritó Leander—. Va a vender mi barco a unos extranjeros y a llenarme la casa de extraños. No tiene sentido de lo que es correcto.

—Solo quiere...

—Solo quiere volverme loco. No entiendo nada de lo que está haciendo. No quiero ir a Daytona. ¿Qué le hace pensar que quiero ir a Daytona?

—Leander. Por favor. Shhh...

En la luz del atardecer vio los faros de un coche que se acercaba por el camino. Cruzó el vestíbulo, abrió la puerta lateral y salió a la terraza.

—¿Puede usted alojarnos? —gritó un hombre alegremente.

—Creo que sí —dijo ella.

Leander la siguió, pero cuando oyó al desconocido, velado por la oscuridad, cerrar la puerta de su coche se apartó de la puerta.

—¿Cuánto cobra usted? —preguntó el hombre.

—Lo que sea costumbre —dijo Sarah—. ¿Tal vez quieran ustedes ver las habitaciones?

Un hombre y una mujer subieron los escalones.

—Lo único que queremos son unas camas cómodas y un cuarto de baño —dijo el hombre.

—Bueno —dijo Sarah, pensativa—, la cama tiene un buen colchón de crin, aunque hay herrumbre en el depósito de agua caliente y este mes hemos tenido un montón de problemas con la bomba, pero me gustaría que vieran las habitaciones.

Abrió la puerta que daba al vestíbulo y entró para que la siguieran los desconocidos, y Leander, viéndose atrapado allí, abrió la puerta del armario y se metió en la oscuridad entre una colección de abrigos viejos y equipos deportivos. Oyó que los desconocidos entraban en la casa y seguían a Sarah por las escaleras. Justo en ese momento, la vieja cisterna inició las primeras notas de una actuación de excepcional vehemencia. Cuando este ruido disminuyó, Leander oyó que el hombre preguntaba:

—Entonces ¿no tiene usted una habitación con baño privado?

—Oh, no, lo siento —dijo Sarah, y su voz sonaba apenada—. Verá, es que esta es una de las casas más antiguas de Saint Botolphs y nuestro cuarto de baño es el más viejo del condado.

—Bueno, lo que nosotros queríamos era una habitación con baño —dijo el desconocido— y...

—Siempre nos gusta tener un baño privado —continuó la mujer suavemente—. Incluso cuando viajamos en tren nos gusta tener un compartimento.

—*De gustibus non est disputandum* —dijo Sarah amablemente, pero su amabilidad era forzada.

—Gracias por enseñarnos las habitaciones.

—No hay de qué.

La puerta se cerró y, cuando el coche se alejó, Leander salió del armario.

Recorrió el camino a zancadas hasta la puerta de la valla, donde estaba colgado el letrero HOGAR PARA TURISTAS. Era aproximadamente del tamaño y la calidad del letrero del *Topaze* y, levantándolo en el aire con todas sus fuerzas, lo estrelló contra las piedras, partiéndolo en dos y estremeciendo sus propios huesos. Esa noche se fue andando a Boat Street.

La casa de Honora estaba a oscuras, pero Leander se detuvo frente a ella y la llamó. Le dio tiempo para que se pusiera una bata y volvió a llamarla.

—¿Qué pasa, Leander? —preguntó ella. Él no podía verla, pero su voz le llegaba clara y comprendió que se había acercado a la ventana—. ¿Qué quieres?

—Oh, te has vuelto tan noble y poderosa, Honora. Pero no olvides que yo sé quién eres. Te recuerdo dándoles bazofia a los cerdos y volviendo de la granja de los Waylands con los cubos de leche. Tengo algo que decirte, Honora. Tengo algo importante que decirte. Fue hace mucho tiempo. Fue justo después de que volvieras de España. Yo estaba delante de la tienda de Moody con Mitch Emerson. Cuando tú cruzaste la plaza, Mitch dijo algo de ti. No podría repetir lo que dijo. Bueno, yo le agarré y me lo llevé detrás del aserradero, Honora, y le zurré hasta que lloró. Pesaba veinte kilos más que yo y todos los Emerson son duros, pero le hice llorar. Nunca te lo conté.

—Gracias, Leander.

—Y otra cosa. Yo siempre me he portado bien contigo. Habría ido a España para matar a Sastago si me lo hubieses pedido. No hay un pelo en mi cuerpo que no se haya vuelto blanco a tu servicio. Entonces ¿por qué me haces la vida imposible?

—Moses tiene que marcharse —dijo Honora.

—¿Qué?

—Moses tiene que salir al mundo y demostrar lo que vale. Me cuesta decir esto, Leander, pero creo que es lo mejor. No ha movido un dedo en todo el

verano, excepto para pasarlo bien, y todos los hombres de nuestra familia salieron al mundo cuando eran jóvenes, todos los Wapshot. Lo he pensado mucho y creo que necesita marcharse, pero temo que tendrá nostalgia. Oh, yo sentí tanta nostalgia en España, Leander. No lo olvidaré nunca.

—Moses es un buen chico —dijo Leander—. Le irá bien en cualquier sitio. —Se irguió, pensando en su hijo con orgullo—. ¿Qué tienes pensado?

—He pensado que podría ir a algún sitio como Nueva York o Washington, algún sitio extraño y distante.

—Es una idea atrevida, Honora. ¿Ese era el problema?

—¿Qué problema?

—¿Vas a vender el *Topaze*?

—Los chicos D'Agostino han cambiado de idea.

—Hablaré con Sarah.

—No va a ser fácil para ninguno de nosotros —dijo Honora y suspiró.

Leander oyó el trémulo sonido, estremecido y entrecortado como el humo, que parecía surgir de un estrato tan hondo del espíritu de la anciana que la edad no había alterado su ternura ni su pureza, y le afectó como el suspiro de un niño.

—Buenas noches, querida Honora —dijo.

—Fíjate qué brisa tan deliciosa.

—Sí. Buenas noches.

—Buenas noches, Leander.

Las notas de Moses en la universidad no habían sido excepcionales y —salvo algunas amistades— no iba a echar de menos nada; desde luego, no añoraría ni la leche descremada del desayuno ni la Casa Bunster, que colgaba como un lechón sobre las raídas aguas del río Charles. Deseaba ver mundo. Para Leander el mundo significaba un lugar donde Moses podría desarrollar su carácter fuerte, dulce, inteligente; su brillante personalidad. Cuando pensaba en la marcha de su hijo, lo hacía siempre con orgullo y anticipación. ¡Qué bien le irá a Moses! La tradición respaldaba a Honora, ya que todos los hombres de la familia —incluyendo al padre de Leander— habían hecho un viaje en su adolescencia, dando la vuelta al cabo de Hornos antes de que empezaran a afeitarse, algunos de ellos, y en la travesía de vuelta, montando a las bellezas de Samoa, que debían de haber empezado a mostrar signos de desgaste. La habitual tendencia de Sarah a las conclusiones tristes —la vida no es otra cosa que un desprenderse y vivimos de día en día— la ayudó a soportar la pena de que le arrancaran del hogar a su primogénito. Pero ¿en qué situación dejaba todo esto al pobre Coverly?

La relación de los dos hermanos había sido tormentosa hasta más o menos un año antes. Se habían peleado con los puños desnudos, con palos, piedras y bolas de nieve. Se habían insultado y habían considerado que el mundo era un lugar donde se pondría de manifiesto que el otro era un fraude malintencionado. Luego todos estos malos sentimientos se habían convertido en ternura y había florecido una hermandad que tenía todos los síntomas del

amor: el placer de la cercanía y el dolor de la separación. Incluso daban largos paseos juntos en la playa de Travertine, ventilando sus más íntimos e improbables planes. Al saber que su hermano se marchaba, Coverly probó por primera vez el gusto del lado oscuro del amor: era hiel. No veía cómo podría vivir sin Moses. Honora lo organizó todo. Moses iría a Washington y trabajaría para un tal señor Boynton, que le debía algún favor a ella. Si Moses tuvo algún arrepentimiento, se perdió en la confusión de sus sentimientos y fue barrido por su apasionado deseo de salir de Saint Botolphs y poner a prueba sus fuerzas en el mundo.

Sarah reunió las cosas que pensó que Moses podría necesitar al emprender su vida en un lugar extraño: su certificado de confirmación, una cucharilla de recuerdo que había comprado en Plymouth Rock, un dibujo de un acorazado que había hecho a los seis años, su camiseta del equipo de béisbol, un libro de oraciones, su bufanda y dos tarjetas de calificaciones escolares. Pero al oírle gritándole a Coverly en el piso de arriba, intuyó por las notas de su voz que se dejaría estas cosas aquí y volvió a guardarlas. La proximidad de la partida de Moses unió a Sarah y Leander y reavivó esos encantadores autoengaños que constituyen la columna vertebral de muchos matrimonios que han durado largo tiempo. Leander pensaba que Sarah era frágil y, por las tardes, en los días antes de que Moses se fuera, le traía un chal para protegerla del aire de la noche. Sarah pensaba que Leander tenía una hermosa voz de barítono y, ahora que Moses iba a marcharse, quería que Leander se dedicara otra vez a la música. Sarah no era frágil, tenía la fuerza de diez personas, y Leander no podía seguir la melodía más sencilla.

—No olvides que por las noches refresca —le decía Leander al traerle el chal.

—Es una pena que los chicos no te hayan oído cantar nunca —decía ella, mirándole con admiración.

Hubo una fiesta de despedida. Los hombres bebieron bourbon y las damas tomaron cerveza de jengibre y helados.

—Vine atravesando los pastos de los Waylands —dijo la tía Adelaida Forbes— y están completamente cubierta de primulas. Nunca he visto tantas en mi vida. Hay primulas por todas partes. Apenas puedes dar un paso sin pisar una.

Habían ido todos y Reba Heaslip se acercó a Rosalie y le dijo:

—Yo *nací* en el santuario interior del templo masónico.

Todos hablaban de sus viajes. El señor y la señora Gates habían estado en Nueva York y habían pagado dieciocho dólares diarios por una habitación en la que no cabía un alfiler. La tía Adelaida había estado en Buffalo cuando era pequeña. Honora había vivido en Washington. Mildred Harper, la organista de la iglesia, tocó el piano y cantaron los temas de los viejos libros de himnos y canciones; «Hilos de plata entre el oro», «Beulah Land» y «En el ocaso». Mientras estaban cantando, Sarah vio la cara del tío Pipí Malvavisco en la ventana, pero, cuando salió a la terraza para decirle que entrara, él había huido. Al entrar en la cocina por una bebida, Moses se encontró a Lulú llorando.

—No lloro porque te vas —le dijo—. Lloro porque anoche tuve una pesadilla. Soñé que te regalaba un reloj de oro y tú lo rompías contra unas piedras. ¿Verdad que soy tonta? Yo no tengo dinero para comprarte un reloj de oro, claro, y aunque lo tuviera, tú no eres la clase de chico que lo rompería, pero de todas formas tuve este sueño en el que te daba un reloj de oro y tú lo rompías contra unas piedras.

Moses se marchó a la noche siguiente, en el tren de las 9.18, pero nadie fue a despedirle salvo sus padres. Rosalie estaba en su habitación, llorando.

—Yo no iré a la estación —había dicho Honora en el mismo tono de voz que usaba en los funerales familiares para decir que ella no iría al cementerio.

Nadie sabía dónde estaba Coverly, pero Sarah sospechó que estaba dando un paseo por la playa de Travertine. Parados en el andén, oyeron a lo lejos el ruido del tren que venía por la ribera este, un sonido que hizo estremecer a Sarah, pues estaba en una edad en que le parecía que los trenes eran exclusivamente los motores de la separación y de la muerte. Leander le puso una mano en el hombro a Moses y le dio un dólar de plata.

Los sentimientos de Moses eran intensos, pero no tristes, y no se acordaba de la flota velera en el momento del aviso antes de empezar la carrera, ni de los huertos abandonados donde cazaba perdices, ni del lago de Parson y el cañón en el césped de la plaza, ni del agua del río que brillaba entre la ferretería y la tienda de todo a cinco-y-diez centavos donde la prima Justina había tocado el piano. Todos estamos inmunizados, a estas alturas, contra esos poéticos catálogos donde la orquídea y el chancho aparecen uno junto al otro, donde el asqueroso olor del plumaje viejo se mezcla con el olor del mar. Todos hemos partido de lugares sencillos, en tren o en barco, al final de la temporada, mientras generaciones de hojas amarillas se derraman en el viento del norte al mismo tiempo que nosotros derramamos nuestra semilla y perros y niños en la parte de atrás del coche, pero no es verdad que en el momento de la separación corra por nuestras cabezas un tumulto de imágenes brillantes y precisas, como si nos estuviéramos ahogando. Es cierto que hemos regresado a casas iluminadas, percibiendo en el viento del norte el olor a madera de manzano quemada, y hemos visto a una condesa polaca en un refugio de esquí poniéndose grasa en la cara, y hemos oído el grito de la lechuza en celo y hemos notado el olor a ballena muerta en el viento del sur, que también trae la dulce nota de la campana de Amberes y las llamadas de la campana de Altona, pero no recordamos todo esto y más cuando subimos al tren.

Sarah se echó a llorar cuando Moses la besó. Leander la rodeó con un

brazo, pero ella se apartó, así que, cuando Moses les dijo adiós, estaban separados. En cuanto el tren se puso en marcha, Coverly, que lo había cogido en Travertine, salió del lavabo donde estaba escondido y se reunió con su hermano. Y pasaron por delante de la fábrica de plata de mesa; por el granero del viejo señor Larkin, con el letrero SEA BUENO CON LOS ANIMALES; por los campos de los Remsen y el basurero de Waterman; por la pista de hielo y la fábrica de tónico capilar; por la casa de la señora Trimble, la lavandera; por la del señor Brown, que estaba tomándose una loncha de fiambre y un vaso de leche cuando el tren de las 9.18 hizo vibrar sus ventanas; por la casa de los Howard y la de los Townsend; y por el paso a nivel y el cementerio y la casa del viejo que afilaba las sierras, cuyas ventanas eran las últimas del pueblo.

Las desgracias nunca vienen solas. Después de despedirse de Moses, Leander y Sarah volvieron a casa y se encontraron una carta de Coverly sobre la mesa del vestíbulo.

Queridos padres: Me he ido con Moses. Sé que os lo debería haber dicho y que no hacerlo era como mentiros, pero esta es solo la segunda mentira que he contado y nunca diré otra. La otra mentira que dije fue sobre el destornillador de mango negro. Lo robé en la ferretería de Tinicum. Quiero tanto a Moses que no podría vivir en Saint Botolphs sin él. Pero no vamos a estar juntos, porque hemos pensado que, si estamos separados, tendremos más posibilidades de demostrarle a la prima Honora nuestra valía. Yo me voy a Nueva York y trabajaré en la fábrica de alfombras del marido de la prima Mildred y, en cuanto tenga un sitio donde vivir, os escribiré y os daré mis señas. Tengo veinticinco dólares.

Os quiero mucho a los dos y no me gustaría haceros sufrir y sé que no hay mejor sitio en el mundo que Saint Botolphs y nuestra casa y, cuando consiga mi propósito, volveré. No sería feliz en ningún otro sitio. Pero ahora ya soy lo bastante mayor para salir al mundo y hacer fortuna. Sé que es así porque ahora tengo muchas ideas sobre la vida y antes no tenía ninguna. Me he llevado la copia enmarcada del «Si» de Kipling y pensaré en eso y en todos los grandes hombres sobre los que he leído y además iré a la iglesia.

Vuestro amante hijo,

COVERLY

Y dos días después telefonearon los padres de Rosalie para decir que vendrían a recogerla en una hora. Iban en coche a Oysterville. Al cabo de un rato, un automóvil largo y negro, que habría dejado boquiabierto a Emmet Cavis, subió por el camino de West Farm y Rosalie salió corriendo a saludar

a sus padres.

—¿De dónde has sacado ese vestido verde? —Sarah oyó que la señora Young le preguntaba a su hija.

Fue lo primero o, por lo menos, lo segundo que le dijo. Luego salieron del coche y Rosalie, ruborizada y tan azorada y confusa como una niña, se los presentó a Sarah. En cuanto le dio la mano a Sarah, la señora Young se volvió hacia Rosalie.

—¿A que no sabes lo que encontré ayer? Tu pulsera del escarabajo sagrado. Me la encontré en el primer cajón de mi escritorio. Ayer por la mañana, antes de que pensáramos en venir a Oysterville, decidí limpiar el primer cajón de mi escritorio. Lo saqué y lo volqué entero sobre la cama, lo volqué todo encima de la cama y, mira por dónde, allí estaba tu pulsera del escarabajo sagrado.

—Voy a subir a terminar de recoger mis cosas —dijo Rosalie, cada vez más ruborizada.

Se fue, dejando a Sarah con sus padres. El párroco era un hombre rechoncho vestido con ropa de clérigo y, efectivamente, mientras estaba allí de pie, empezó a rascarse el estómago. A Sarah le desagradaban los juicios precipitados y críticos, pero había una llamativa rigidez y sequedad en aquel hombre, y algo tan pomposo y monótono en las notas de su voz que la irritaba. La señora Young era una mujer baja y llenita, engalanada con pieles, guantes y un sombrero bordado con perlas; una de esas señoras de mediana edad, al parecer con dinero, cuya vaciedad suena a tragedia.

—Lo curioso de la historia de la pulsera del escarabajo —dijo— es que yo creía que Rosalie la había perdido en Europa. Estuvo en el extranjero el año pasado, ¿sabe? Ocho países. Pues yo pensé que había perdido la pulsera en Europa y me sorprendió mucho encontrarla en el cajón de mi escritorio.

—¿No quieren entrar? —preguntó Sarah.

—No, gracias, no, gracias. Es una casa antigua muy mona, ya lo veo. Me encantan las cosas viejas y monas. Y algún día, cuando yo sea vieja y James se retire, voy a comprarme una casa ruinoso y mona como esta y la voy a arreglar yo misma. Me encantan los sitios viejos y ruinosos.

El clérigo carraspeó y buscó su cartera.

—Tenemos un pequeño asunto pecuniario que arreglar —dijo— antes de que baje Rosalie. Ya lo he hablado con la señora Young. Pensamos que veinte dólares contribuirían a compensarla por...

Entonces Sarah se echó a llorar; lo hacía por todos ellos —Coverly, Rosalie, Moses y el estúpido clérigo— y sintió un dolor tan agudo en el pecho como si hubiera destetado a sus hijos.

—Oh, discúlpenme por llorar, se lo ruego —sollozó—. Lo siento muchísimo. Perdonen.

—Bueno, entonces aquí tiene treinta dólares —dijo el clérigo, entregándole los billetes.

—Oh, no sé qué me ha pasado —lamentó Sarah—. Oh, Dios mío, Dios mío.

Tiró el dinero al jardín.

—Nunca en mi vida me habían insultado de esta manera —sollozó, y se metió en la casa.

Arriba, en el cuarto de invitados, Rosalie, como la señora Wapshot, también estaba llorando. Su equipaje estaba hecho, pero Sarah se la encontró tumbada boca abajo en la cama y se sentó junto a ella y le puso una mano en la espalda, con ternura.

—Pobrecita —dijo—. Me parece que no son muy simpáticos.

Entonces Rosalie levantó la cabeza y, para asombro de Sarah, habló con rabia.

—Oh, no debería usted hablar así de los padres de alguien —dijo—.

Quiero decir que son mis padres, después de todo, y no me parece muy amable por su parte decir que no le gustan. Después de todo, han hecho por mí todo lo posible, como mandarme a Allendale y a Europa, y todo el mundo dice que él va a ser obispo y...

Se volvió y miró a Sarah, llorosa, y la besó en la mejilla. Su madre la estaba llamando desde abajo.

—Adiós, señora Wapshot —dijo Rosalie— y, por favor, despídame de Lulú y del señor Wapshot. Lo he pasado divinamente... —Luego le gritó a su madre—: Ya voy, ya voy, ya voy.

Y bajó las escaleras, dando golpes con las maletas.

SEGUNDA PARTE

El estilo epistolar del autor (escribía Leander) se ha formado en la tradición de lord Timothy Dexter, que ponía todos los signos de puntuación, preposiciones, adverbios, artículos, etcétera, al final del comunicado y pedía al lector que los distribuyera como juzgara conveniente. West Farm. Día otoñal. Tres de la tarde. Buena brisa marinera de cuarta N.O. Luz dorada. Un reflejo luminoso en el agua. Avispas en el techo. Una casa vieja. Tejados de Saint Botolphs en lejanía. Hoy vieja villa ribereña. Mi familia prominente allí en otro tiempo. Nombre conmemorado en muchos sitios de las proximidades: lagos, carreteras, hasta montes. Ahora Wapshot Avenue es una calleja de pueblo bullanguero más al sur. Olor a perritos calientes y palomitas de maíz, también playa, aire salado y penetrante música del viejo organillo del tiovivo. Casitas de tablas alquiladas por días, semanas o temporadas. El nombre de esta calle en honor de un antepasado que estuvo tres días montado en un mástil en el mar de Java, espantando tiburones a patadas con los pies desnudos.

No hay más que sangre de capitanes y maestros en las venas del autor. ¡Todos grandes hombres! Un verdadero prototipo de Nueva Inglaterra; un ejemplar raro hoy en día. Recuerdos importantes o sin importancia según sea el caso, pero intento de comprender el sentido de lo sucedido retrospectivamente. Muchas historias inconfesables en la familia. Oscuros secretos, sobre todo carnales. Crueldad, amores ilícitos, candor, pero nada de ropa sucia. Por razones de buen gusto. Vacié la vejiga tantas veces; me lavé

los dientes tantas veces; fui al burdel de Chardon Street tantas veces. ¿A quién le importa? Para el autor, mucha novela moderna es de mal gusto por lo anterior.

Puede que haya literatura sobre un puerto de Nueva Inglaterra —ciudad fabril también— desde la década de los años setenta en adelante, pero yo nunca la encontré. Los astilleros prosperaban en la juventud del autor. Virutas de roble en montones de un metro de alto en los astilleros al final del River Street. Troncos transportados por bueyes. Todo el verano se oía ruido de azuelas y martillos. Sonidos esperanzadores. El ruido de calafateado de las juntas se oía a finales de agosto. Pronto llegará el frío del invierno. La botadura en septiembre. En un tiempo la tripulación de los barcos era la flor y nata de la juventud local, luego eran marineros indios y hawaianos o algo peor. Malos tiempos en alta mar. Mi abuelo gritó en su lecho de muerte: «¡La marina mercante ha muerto!». Un próspero patrón. El autor creció entre recuerdos de riquezas marinas. Cojines de terciopelo en los anchos poyetes de las ventanas, ahora desnudos. En la parte de atrás de la casa hubo un largo jardín en esos tiempos. Macetas geométricas. Senderos en ángulo recto. Un seto de boj bajo. De diez centímetros. Las elegantes aves de mi padre. Palomas volteadoras, mensajeras, y otras variedades. Él cuidaba el jardín y de las aves en tiempos pasados. Famoso en el pueblo. Buen hombre. Había navegado. Historias maravillosas. Peces voladores. Tortugas. Perlas. Tiburones. Samoanas. Seis meses en Samoa. El paraíso. No se puso los pantalones en seis meses. Soltaba a las palomas todas las tardes. Cada variedad por separado. Las volteadoras interesaban especialmente al autor.

A veces triste, a veces alegre. Tormentas. Navidades. Sonidos del cuerno con que llamaban al autor para la cena. Navegué con padre en pequeña goleta. *Zoe*. Fondeada en el río al pie del jardín en meses de verano. Borda alta. Bovedilla pequeña. Proa corta y saliente. Buena cabina con yugo y

pequeña cocina. Noventa metros de eslora. Velamen moderado. Vela mayor, trinquete, dos focos en la barbada. Uno de buen tamaño. Estaba seca con mal tiempo. Iba muy bien con el viento a favor navegando a la cuadra o de través a toda vela, pero con el viento de proa se movía como un inmueble. No se mantenía en ceñida yendo a barlovento y se rezagaba de mala manera. La goleta estaba tripulada por David Knight. Marinero retirado. Ya viejo. Un metro setenta. Ochenta kilos. Ancho de espaldas y alegre. Recordaba los aparejos redondos, Calcuta, Bombay, China, Java. Fui al *Zoe* en un bote. La primera ceremonia al subir a bordo fue una reunión con padre y tripulación. Libación de ron Barkham y melaza. Yo no estaba cuando sirvieron las copas, pero lo huelo ahora. El mundo era más sabroso entonces que ahora. Olor del pan hecho en el barco. Los granos de café verdes se tostaban una vez a la semana. El aroma del café tostado flotaba río abajo. El humo de la lámpara. El olor del agua de la cisterna. La lejía del retrete. Fogatas de leña.

La familia formada por mí y por mi hermano, diez años menor. La diferencia de edad parecía abismal en la infancia. Luego disminuyó. Mi hermano se llamaba Hamlet por el príncipe de Dinamarca. Resultado de la admiración de padre por Shakespeare. Muy distinto del sombrío príncipe, sin embargo. Muy vivaracho. Jugó en el equipo de béisbol de la compañía de mangueras; también jugó al lacrosse. Ganó muchas carreras a pie. Adorado por madre. Más tarde, el favorito de las busconas de Chardon Street. Muy conocido en el bar de Narragansett. Buen boxeador, con guantes en el gimnasio y con los puños desnudos en la calle cuando hacía falta.

En los meses cálidos el autor dormía en el desván, rodeado por un museo infantil de minerales y curiosidades. También una reproducción de un junco chino en marfil. De sesenta centímetros de largo. Tres bolas de marfil una dentro de otra. Grandes como manzanas. Corales. Caracolas marinas tan grandes como melones. Otras como guisantes. Al acercarlas a la oreja se oían

las olas romper en la orilla. Algunas caracolas con pinchos. Dos grajos amaestrados entre mis más apreciadas pertenencias. Cogidos de un nido en la isla de Hale en abril. La mandíbula y la cuenca del ojo de un pez espada. Tenían un olor fuerte. El desván iluminado por una claraboya, a la que se llegaba subiendo unos escalones. Hermosa vista del río hasta el mar.

Entonces había esturiones en el río. De unos noventa centímetros. Todos cubiertos de bultos. Saltaban en el aire y volvían a caer al agua. Se veían desde el coche de caballos que hacía el trayecto entre Saint Botolphs y Travertine. Un coche en el que se entraba por detrás. El cochero era Dingey Graves. Había navegado. Un viaje a Calcuta. Siempre me llevaba gratis y a veces me dejaba coger las riendas. Sostener las riendas y ver los saltos del esturión. La felicidad infantil. Dingey tenía mal de amores. Harriet Atkinson era el objeto de su pasión. Ella pertenecía a una de las mejores familias, pero la situación financiera y escolástica de Dingey era un espacio en blanco. Se amaron pero no se casaron. En un lugar así hay muchos caminos oscuros para citas de enamorados. Riberas arboladas y bosquecillos. El hijo del amor fue criado por una hermana solterona. Harriet se exiló en Dedham. Dingey llevó una vida de callada desesperación, conduciendo el coche de caballos.

Dingey era sobrino de Jim Graves, propietario del bar River House, en el puerto. Un jugador honrado. Tórax grande, pelo oscuro, un metro sesenta y cinco, cien kilos. El River House era un bar muy popular. Buen licor o eso decían. Diez centavos por bebida, de la fuerte. Ponían la botella y el cliente se servía. Algunos, cerveza lager, fría. Otros, cerveza de marca. También de barril. Ron Barkham. Hecho aquí desde hace muchos años. No se servían combinados ni cócteles. El tío Jim Graves nunca iba andando. Montaba en simón o coches de punto. De dos caballos. Nunca de uno. Siempre iba con uno o más acompañantes. Tranquilo. Mucha dignidad. Llevaba un diamante de buen tamaño en el alfiler de la corbata. Camisa almidonada. También una

sortija con un rubí grande, con la piedra vuelta hacia la palma. Siempre tenía un fajo de billetes, pero nunca hacía alardes vulgares. Ropa de excelente calidad a la moda de entonces. Chaqueta príncipe Alberto y chalecos cruzados. El pelo un poco largo para la moda actual. Bigote. Sin patillas. Sombrero de seda. Jugaba a las cartas. Golfo. Póquer abierto. Y otros. Juegos de dados, no. Fui con el tío Jim y con Dingey, cuando tuve edad para ello, al burdel de Chardon Street, pared por medio con la iglesia baptista de sulfuro y azufre. La puta tenía acento del interior. Era de Lowell. Muslos grandes. Aliento que olía a violetas. Se oían los cánticos de la iglesia. El tío Jim pidió champán a litros. Le querían en todas partes. Un gran tipo. Apuestas fuertes. Bebidas fuertes. Nunca le fallaban la cabeza ni las piernas. Nunca armaba jaleo. Murió arruinado. En una habitación del tercer piso encima del bar River House. Fría. Fui a verle. Abandonado por todos. Como Timón. Todos los amigos de los buenos tiempos estaban dispersos. No estaba amargado. Un caballero hasta el final. Una capa de hielo en la jarra de agua. Caían tímidos copos de nieve.

El último verano de mi juventud que pasé en el valle, J. G. Blaine, candidato presidencial, vino a cenar. Un domingo. La prima Juliana estaba de visita. Pariete pobre. Llevaba una regla de marfil en el bolsillo del delantal y le hacía al autor un corte en la muñeca cuando silbaba en domingo, subía las escaleras de dos en dos o decía «alucinante» en vez de «bueno». «Un pastel alucinante.» ¡Ras! Entonces había bancos de pargos en el río. Los tiburones —de cuatro metros de largo— persiguieron a los pargos hasta el muelle de la ciudad por la tarde. Mucha excitación. Corrí por la ribera hasta el pueblo. El agua blanqueaba de espuma. Misterios de las profundidades. Una gran tormenta bajaba de los montes. Un aguacero feroz. Me quedé bajo un manzano. Después una magnífica puesta de sol. Los tiburones bajaron con la marea. Una hora hermosa. Los cielos incendiados. Los cuernos de la

diligencia y los pitidos del tren. (Ya había trenes regulares.) Las campanadas de las iglesias. Hasta el último gato salió a ver la partida de los tiburones. Volví a casa al anocheecer. Pedí un reloj de oro con cadena a una estrella vespertina. ¿Venus? La casa como un ascua de luz. Carruajes. Recordé que el señor Blaine venía a cenar. Llegaba tarde. Temí la regla de Juliana.

La lámpara del vestíbulo principal estaba encendida por primera vez en dos años. Polillas alrededor de ella. Raras veces andaba sobre la alfombra del vestíbulo. Áspera bajo los pies desnudos. Cinco o seis lámparas ardían en la sala. Magnífica iluminación para aquellos tiempos. Espléndida compañía. El señor Blaine. Un hombre macizo. Madre con vestido granate, más tarde convertido en cortinas. Algo extraño. Juliana con su mejor vestido negro, collar de oro, cofia de encaje, etcétera, en cuclillas en el suelo. Un gran cigarro en la mano izquierda. Parloteando en alguna jerga. El autor subió las escaleras sin ser visto. Preocupado. El desván olía a baúles y a mandíbula de pez espada. Como para echarse a la calle en día lluvioso. Hice aguas en el orinal. No había ningún cuarto de baño. Me lavé con agua de lluvia recogida en grandes tinajas en la parte de atrás de la casa. Muy preocupado por el espectáculo de Juliana. Más tarde, voces en el jardín. Unos hombres hablaban, prendían los faroles de los carruajes. Los perros ladraban a muchos kilómetros.

Por la tarde le pregunté a Bedelia. Una sirvienta. No preguntar nunca a los padres. A los niños hay que verlos, pero no oírlos. Bedelia, muy solemne. «La señorita Juliana es una famosa vidente. Habla con los muertos a través del espíritu de un indio. Anoche habló con la madre del señor Blaine y con el pequeño Hardwich que se ahogó en el río.» Nunca comprendí que una piadosa anciana hablara con los muertos. No lo veo claro ahora tampoco. Esperé a Juliana todo el día. No apareció para el almuerzo. Cansada de hablar con los muertos. Se presentó para cenar. El mismo uniforme. Vestido negro.

Cabello gris con ricitos. Cofia de encaje. Pronunció la acción de gracias en voz alta. «Señor, te damos las gracias por estos alimentos que has bendecido.» Comió con apetito. Siempre olía a despensa, Juliana. Olía a canela. A salvia, ajedrea y otras especias. No era desagradable. Observé a la vidente, pero solo vi a una anciana severa. Con papada. La pariente pobre.

Otra de indios. Joe Thrum. Vivía en las afueras de la ciudad. Se pintaba la cara color naranja. Cabaña maloliente. Llevaba camisa de seda. Grandes aros de latón en las orejas. Sucio. Comía ratas, o eso creía el autor. El último salvaje. Odio a los indios, incluso en espectáculos sobre el Salvaje Oeste. Un tatarabuelo asesinado por ellos en Fort Duquesne. ¡Pobre yanqui! Tan lejos de su tierra. Agua extraña, árboles extraños. Conducido a un claro, al borde del agua, completamente desnudo, a las cuatro de la tarde. Comenzó la tortura del fuego. A las ocho aún vivía. Gritaba de un modo desgarrador. Odio a los indios, a los chinos, a casi todos los extranjeros. Almacenan el carbón en la bañera. Comen ajo. Dejan un rastro de tierra polaca, italiana, rusa, tierra extraña por todas partes. Lo cambian todo. Lo estropean todo.

Este fue el primer capítulo de la autobiografía o confesión de Leander, un proyecto que le mantuvo ocupado después de que el *Topaze* quedase amarrado el año en que sus hijos se fueron.

Llegas, como le pasó a Moses, a las nueve de la noche a Washington, una ciudad extraña. Esperas tu turno para bajar del vagón, con una maleta en la mano, y caminas por el andén hasta la sala de espera. Ahí dejas la maleta en el suelo y estiras el cuello, pensando qué se propondría el arquitecto. Hay dioses sobre tu cabeza en una luz tenue y, a menos que haya instalaciones privadas, el suelo que pisas ha sido hollado por reyes y presidentes. Sigues a la multitud en dirección al sonido de una fuente y sales de esta media luz a la noche. Vuelves a dejar la maleta en el suelo y te quedas con la boca abierta. A tu izquierda está el Capitolio, inundado de luz. Lo has visto tantas veces en medallones y postales que parecía grabado en tu mente, pero ahora hay una diferencia. Este es el auténtico.

Tienes dieciocho dólares y treinta y siete centavos en el bolsillo. No te has prendido el dinero en la ropa interior, como te sugirió tu padre, pero palpas la cartera continuamente para asegurarte de que no te la ha quitado un ratero. Buscas un sitio donde hospedarte y, pensando que no lo habrá cerca del Capitolio, echas a andar en la dirección contraria. Te sientes ágil y joven; tus zapatos son cómodos y los calcetines de lana están hechos por tu querida madre. Tu ropa interior está limpia, por si te atropella un taxi y tienen que desnudarte unos desconocidos.

Andas y andas y andas, pasándote la maleta de una mano a otra. Pasas por delante de tiendas iluminadas, monumentos, teatros y salas de baile. Oyes música de baile y el estrépito de los bolos proveniente de una bolera en un

piso y te preguntas cuánto tiempo tendrá que transcurrir antes de que tú empieces a desempeñar un papel en este nuevo escenario. Tendrás un trabajo, quizá en ese edificio de mármol de la izquierda. Tendrás una mesa de despacho, una secretaria, una extensión telefónica, obligaciones, preocupaciones, triunfos, ascensos. Mientras tanto tendrás una amante. Conocerás a una chica junto a ese monumento que hay en la esquina, la invitarás a cenar en ese restaurante que hay al otro lado de la calle y ella te llevará a ese apartamento allí lejos. Tendrás amigos y lo pasarás bien con ellos, igual que esos dos hombres en mangas de camisa, que se balancean calle abajo, pasándolo bien juntos. Quizá pertenezcas a un club de bolos que juega en la bolera cuyo estrépito oyes. Tendrás dinero para gastar y quizá te compres ese impermeable del escaparate que está a tu derecha. Puede que — ¿quién sabe?— te compres un descapotable rojo como ese que está girando en la esquina. Puede que seas pasajero de ese avión que vuela hacia el sureste por encima de los árboles, y hasta puede que seas padre, como ese hombre de cabello ralo que está esperando a que cambie el semáforo, llevando a una niña cogida de la mano y, en la otra, un cuarto de helado de fresa. Es solo cuestión de días el que empiece la función, piensas, aunque en realidad debe de haber empezado en cuanto entraste en el escenario con tu maleta.

Andas y andas y al fin llegas a un barrio donde el ambiente es campestre y domesticado y en el que se ven aquí y allá carteles anunciando pensiones y cuartos. Subes unas escaleras y una viuda de pelo gris te abre la puerta y te pregunta tu ocupación, nombre y anterior dirección. Tiene una habitación libre, pero no puede subir las escaleras porque padece del corazón o de alguna otra cosa, así que vas tú solo al tercer piso, donde, al fondo, hay una habitación bastante agradable, con una ventana que da a unos patios traseros. Luego firmas en un registro y cuelgas tu mejor traje en el armario; el mismo que te pondrás para la entrevista de mañana.

O te despiertas —como Coverly—, un chico pueblerino en la mayor ciudad del mundo. Es la hora en que Leander suele comenzar sus abluciones, y el lugar es una habitación amueblada, tan pequeña o más que los armarios de tu casa, que cuesta tres dólares. Adviertes que las paredes están pintadas de un verde funesto que no puede haber sido elegido por sus beneficiosos efectos sobre el espíritu —siempre es deprimente—, así que deben de haberlo elegido porque es barato. Da la impresión de que las paredes sudan, pero cuando tocas la humedad está dura como la cola. Te levantas de la cama y miras por la ventana, que da a una calle ancha por la cual pasan camiones que traen productos de los mercados y de las estaciones; una vista alegre que tú, viniendo de un pueblo de Nueva Inglaterra, contemplas con escepticismo y hasta con compasión, porque, aunque has venido aquí a hacer fortuna, consideras que la ciudad es el último recurso de aquellos que carecen de la fortaleza y el carácter necesario para soportar la monotonía de lugares como Saint Botolphs. Esta es una ciudad, según te han dicho, donde nunca se ha comprendido el valor de la permanencia, y eso, incluso a primera hora de la mañana, te parece lamentable.

En el vestíbulo encuentras un lavabo, donde te pones a afeitarte, y, mientras lo estás haciendo, se te acerca un hombre robusto y te observa críticamente.

—Tienes que estirarte la piel, hijo —dice el desconocido—. Mira. Deja que te enseñe. —Se pellizca la piel y tira de ella—. Así. Tienes que estirla, tienes que ponerla tirante.

Le das las gracias y estiras tu labio inferior, que es lo único que te queda por afeitar.

—Así se hace —dice él—. Esa es la manera. Si te estiras la piel, te queda un afeitado bien apurado. Y te dura todo el día.

Cuando terminas, el hombre ocupa tu sitio en el lavabo y tú te vuelves a la

habitación para vestirte. Entonces bajas las escaleras y sales a una calle llena de sobresaltos y asombros, porque, a pesar de la Sociedad Filosófica, tu villa natal era un lugar muy pequeño y tú nunca has visto un rascacielos ni un perro salchicha; nunca has visto a un hombre con zapatos de ante ni a una mujer sonarse con un pañuelo de papel; nunca has visto un contador de aparcamiento ni has sentido que el suelo temblaba bajo tus pies al pasar el metro, pero lo primero que notas es la claridad del cielo. Has llegado a pensar —o puede que te lo hayan dicho— que todas las bellezas de los cielos se concentraban en tu pueblo natal, y ahora te sorprende encontrar, extendido de una punta a la otra de la disoluta metrópolis, un estandarte o campo del más puro azul.

Es temprano. El aire huele a bollos baratos y el ruido de la descarga —el golpe de las puertas traseras— es fuerte y alegre. Entrás en una panadería para desayunar. La camarera te sonrío abiertamente y piensas: Quizá. A lo mejor. Más tarde. Sales otra vez a la calle y te quedas con la boca abierta. El ruido del tráfico ha aumentado y te preguntas cómo puede vivir la gente en este torbellino. ¿Cómo lo soportan? Un hombre con pies planos pasa a tu lado con un abrigo que parece hecho de retales y tú piensas que esa prenda sería inaceptable en Saint Botolphs. La gente se reiría. En una ventana ves a un viejo en camiseta comiendo algo de una bolsa de papel. La vida parece haberle ignorado tan implacablemente que te da pena. Luego, al cruzar la calle, por poco no te atropella un camión. Ya a salvo en la acera, piensas en el ritmo de vida de esta gran ciudad. ¿Cómo pueden mantenerlo? Por todas partes que mires, ves signos de demolición y creación. La opinión de la ciudad parece estar dividida respecto a sus propósitos y sus gustos. No solo derriban buenos edificios, además levantan buenas calles, y el ruido es tan ensordecedor que si gritaras pidiendo socorro, nadie te oiría.

Echas a andar. Notas los olores a comida de un restaurante español, pan

recién hecho, salpicaduras de cerveza, granos de café tostado y el humo del tubo de escape de un autobús. Contemplando atónito un rascacielos, chocas contra un extintor de incendios y casi pierdes el conocimiento. Miras a tu alrededor, confiando en que nadie haya observado tu equivocación. A nadie parece importarle. En el próximo cruce, una mujer joven está cantando una canción de amor mientras espera a que cambie la luz. La canción apenas se oye a causa del ruido del tráfico, pero a ella le da igual. Nunca habías visto a una mujer cantar en la calle y es tan bien plantada y parece tan contenta que le sonríes. La luz cambia y pierdes la oportunidad de cruzar porque te detiene una riada de mujeres jóvenes que vienen en dirección contraria. Deben de ir a trabajar, pero tienen un aspecto bien distinto del de las chicas de la fábrica de plata de mesa en Saint Botolphs. Ninguna de ellas lleva la carga de modestia que pesa sobre las bellezas de tu pueblo de Nueva Inglaterra. Las rosas florecen en sus mejillas, su cabello cae en suaves rizos, perlas y brillantes destellan en sus muñecas y en sus gargantas, y una de ellas —te da vueltas la cabeza— se ha puesto una rosa de tela en la rica oscuridad que divide sus pechos. Cruzas la calle y casi te atropellan otra vez.

Entonces te acuerdas de que tienes que telefonar a la prima Mildred, que va a conseguirte un trabajo en la fábrica de alfombras, pero, cuando entras en una tienda, te encuentras con que los teléfonos tienen un disco para marcar y tú nunca has utilizado uno de esos. Piensas en pedirle ayuda a un desconocido, pero eso pondría en evidencia —de un modo horrible— tu inexperiencia, tu falta de preparación para vivir en una gran ciudad, como si tus comienzos en un sitio pequeño fueran vergonzosos. Vences estos temores y el desconocido al que te acercas es amable y servicial. Por la fuerza de esta pequeña amabilidad, el sol parece brillar más y te sientes emocionado por una visión de la hermandad entre los hombres. Llamas a la prima Mildred, pero una doncella te dice que está durmiendo. La voz de la doncella te hace pensar

en las circunstancias de la vida de tu prima. Te fijas en tus arrugados pantalones de franela y entras en una sastrería para que te los planchen. Esperas en un húmedo probador con paredes de espejo y, sin pantalones, la imagen que ves es ineludiblemente íntima y desalentadora. ¿Y si bombardearan la ciudad en este momento? El sastre te entrega tus pantalones, calentitos por el vapor, y vuelves a salir.

Ahora te encuentras en una avenida principal y te encaminas, instintivamente, hacia el norte. Nunca has visto tal gentío ni tal apresuramiento. Todos llegan tarde. Todos van llenos de determinación y el discurso interior que se desarrolla detrás de sus frentes parece mucho más vehemente que nada de lo que ocurre en Saint Botolphs. Lo es de tal manera que aquí y allí se manifiesta en palabras. Entonces, delante de ti, ves a una chica que lleva una sombrerera; una chica tan rubia, tan encantadora y tan llena de gracia y, sin embargo, con un ceño tan profundo, como si dudara de su belleza y de su utilidad, que deseas correr tras ella y darle algo de dinero o, al menos, algo de confianza. La chica se pierde entre la gente. Ahora pasas por delante de esas generaciones de mujeres de escayola que, en los escaparates, han desarrollado sus propios ciclos estacionales y han posado ante sus elegantes armarios de lencería, en las galerías de arte, en bodas y paseos, cruceros y cócteles mucho antes de que tú vinieras a la ciudad, y que seguirán haciéndolo mucho después de que tú te conviertas en polvo.

Sigues a la multitud en dirección norte y los miles de rostros parecen un tema alegre. Nunca has visto tanto lujo y elegancia y piensas que hasta la señora de Theophilus Gates parecería zarrapastrosa en un sitio como este. Al llegar al parque, te sales de la avenida y entras en el zoo. Es como un paraíso; verdor, agua e inocencia en peligro, las voces de los niños y el rugido de los leones y, en los pasos subterráneos, obscenidades escritas en las paredes. Saliendo del parque, te sorprende el despliegue de bloques de pisos y te

preguntas quién puede vivir en ellos y puede que incluso confundas los aparatos de aire acondicionado con improvisadas neveras en las que guardan un poco de leche y un cuarto de mantequilla fresca. Te preguntas si alguna vez entrarás en un edificio así, para merendar, cenar o tener algún otro contacto humano. Una ninfa de hormigón con grandes senos que sostiene un dintel de hormigón con la cabeza te produce cierta consternación. Te ruborizas. Pasas delante de una mujer que está sentada en una piedra, con un volumen de las sonatas de Beethoven en el regazo. Te duele el pie derecho. Probablemente tienes un agujero en el calcetín.

Al norte del parque entras en un barrio que parece devastado —no hostigado, sino solo impopular, como si padeciera de acné o mal aliento— y tiene mala cara, descolorida, con cicatrices, y le faltan facciones aquí y allá. Te comes un sándwich en una de esas oscuras tabernas que huelen a urinarios y en las que la soñolienta camarera lleva zapatillas deportivas. Subes las escaleras de ese insulto para la vista que es la catedral de San Juan el Divino, y dices tus oraciones, aunque las desnudas paredes de la inacabada basílica te recuerdan a una solitaria estación de ferrocarril. Al salir de la catedral te tropiezas con una partida de pelota y, a lo lejos, alguien practica el trombón de varas. Ves a una mujer que lleva una media de goma esperando el autobús y en la ventana de una vivienda a una chica con un flequillo amarillo.

Ahora la gente es en su mayoría de color y el aire suena a jazz. Hasta las pastillas y los elixires de las tiendas (económicas) brincan al ritmo del *boogie-woogie* y en la acera alguien ha escrito con tiza: JESÚS EL CRISTO HA RESUCITADO. Una vieja sentada en una silla de tijera canta, leyendo los himnos por el sistema braille y, cuando le pones una moneda en la mano, dice: «Dios te bendiga, Dios te bendiga». Una puerta se abre de golpe y una mujer sale corriendo con una carta en la mano. La echa en el buzón y su actitud es tan precipitada y apasionada que te preguntas a qué hijo, amante,

concurso millonario o amiga ha escrito. Al otro lado de la calle, ves a una hermosa negra con un abrigo de lamé de oro.

—John Chorradas y Cerdo Graso han muerto —afirma un hombre— y yo cinco años casado y sin un mueble. Cinco años.

—¿Por qué me comparas siempre con otras chicas? —dice suavemente una muchacha—. ¿Por qué estás siempre diciéndome que esta y aquella son mejores que yo? A veces parece que solo sales conmigo para hacerme sufrir, comparándome con unas y otras. ¿Por qué me comparas siempre con otras chicas?

Está oscureciendo y tú estás cansado. Seguro que tienes un agujero en el calcetín y una ampolla en el talón. Decides volver a casa en el metro. Bajas las escaleras y coges un tren, confiando en que acabarás en algún sitio cerca de donde empezaste, pero no preguntas la dirección. El temor de hacer el ridículo —de parecer un paleta— es insuperable. Y así, prisionero de tu orgullo, miras pasar los nombres: Nevins Street, Franklin Avenue, New Lots Avenue.

El autor es emprendedor, aunque quizá sea inmodestia decirlo (escribía Leander). Compré becerro enfermo en primavera por dos dólares. Lo curé. Lo engordé. Lo vendí en otoño por diez. Envié el dinero a Boston para comprar enciclopedia de dos volúmenes. Fui andando a correos para recogerla. Descalzo en la tarde otoñal. El corazón latiendo. Recuerdo cada paso del camino con los pies descalzos. Arena, cardos. Hierba áspera o sedosa. Conchas de ostras y tierra blanda. Desenvolví los libros a las afueras del pueblo en un sendero ribereño. Leí a la escasa luz. Anochecía. Aalborg. Silla episcopal. Aardwolf. Aaron. Nunca lo he olvidado. Nunca lo olvidaré. El gozo de aprender. Decidido a leer toda la enciclopedia. A aprenderla de memoria. Una hora memorable. Poniente estaba incendiado. La luna se encendía. Amaba el valle, los árboles y el agua. El río olía a iglesia húmeda. Una noche grandiosa. El regreso a casa, triste.

La estrella de padre declinaba. Un hombre guapo. Derecho. Moreno. La gente decía que estaba mal acostumbrado y era un vago, pero nunca lo creí. Le quería. Había hecho cuatro viajes a las Indias Occidentales. Orgullosa. Los primos le encontraron un trabajo en la fábrica de cuentas de oro, pero lo rechazó. ¿Por qué no? Era un hombre orgulloso, no había nacido para hacer cuentas de oro. Muchos conciliábulos familiares. Oscuro mundo de los parientes de visita. Murmullos en la sala. Ni dinero, ni cena, ni leña para el fuego. Padre, triste.

Y aquel fue un otoño glorioso y magnífico. Las hojas caían como telas

viejas; viejas velas, viejas banderas. Una sólida cortina verde en verano. Luego llega el viento del norte y se la lleva, pedazo a pedazo. Se veían los tejados y las torres, ocultas por las hojas desde junio. Oro por todas partes. Como Midas. ¡Pobre padre! Embrutecido por la pena. Los árboles cubiertos de billetes de oro. Oro por todos sitios. Oro en el suelo hasta la altura de la rodilla. Polvo en sus bolsillos. Trocitos de hilo. Nada más. El tío Moses vino en su ayuda. El hermano de madre. Un hombre grande y gordo. Tosco. Llevaba un negocio de venta al por mayor en Boston. Vendía novedades a las tiendas. Hilo y agujas. Botones. Guinga. Una voz resonante como la de un predicador. Pantalones gastados y brillantes. Hizo a pie los seis kilómetros de Travertine a Saint Botolphs para ahorrarse los ocho centavos del coche de punto. Gran caminante. Una vez anduvo desde Boston a Salem para tramitar un juicio contra un acreedor. Durmió en las cocheras de alquiler. Le ofreció a padre una casa en Boston. Trabajo. «¡En las ciudades es donde está el dinero, Aaron!» Padre odiaba a Moses. No tenía alternativa. Moses hablaba siempre de pérdidas. Triste. Perdió cuarenta mil dólares un año. Perdió seis mil dólares al siguiente. Vivía en Dorchester en una casa grande y cuadrada con un letrero: SE VENDE. Su mujer hacía la ropa interior con los sacos de harina. Dos hijos: los dos muertos.

Adiós a Saint Botolphs. Solté a los grajos domesticados. Cargamos escasas pertenencias en una carreta, incluyendo el piano Hallet & Davis de palo de rosa. No había sitio para la mandíbula del pez espada, las caracolas y los corales. La casa se puso en venta, pero no hubo compradores. Demasiado grande. Anticuada. Sin baño. Los muebles, cargados en la carreta de Tingley la noche anterior a la partida. Los caballos en el granero. Dormí por última vez en el desván. Me despertó la lluvia a las cuatro de la mañana. Dulce música. Dejé mi hogar con la primera luz del alba. ¿Para siempre? ¿Quién sabe? Hermano y autor cabalgarían detrás de la carreta. Madre y padre

viajarían en coche. Poco viento antes del amanecer. No lo bastante para hinchar las velas. Agitaba las hojas. Adiós. Llegamos a la casa de Pinckney Street después de oscurecido. Casa ruinosa. Los escalones podridos. Las ventanas rotas. Moses estaba allí. Pantalones gastados. Voz de predicador. «La casa no está en buenas condiciones, Aaron, pero supongo que no te asusta un poco de trabajo duro.» Dormí en el suelo la primera noche.

Fuimos a visitar a Moses en Dorchester el domingo siguiente. Anduvimos todo el camino. Había coches de caballos de alquiler, pero madre dijo que si Moses podía ir y volver a Salem a pie, nosotros podíamos ir andando a Dorchester. El deber de los parientes pobres es dar buen ejemplo. Una mañana de invierno. Nublado. Viento del norte, noreste. Frío. Ya en el campo, los perros nos seguían, ladrando. Teníamos un aspecto extraño. Vestidos para ir a la iglesia, andando por caminos de tierra. Llegamos a casa de Moses a las dos. Una casa grande, pero el tío Moses y la tía Rebeca vivían en la cocina. Los dos hijos habían muerto. Moses estaba transportando leña de un cobertizo al sótano. «Ayudadme, chicos, y os pagaré», dijo. Hamlet, padre y yo transportamos leña toda la tarde. Nos llenamos de corteza nuestra mejor ropa. Madre en la cocina, cosiendo. Se hace de noche. Vientos fríos. Moses nos lleva al pozo. «Ahora nos tomaremos un vaso de la cerveza de Adán. No hay nada más refrescante.» Esa fue nuestra paga. Un vaso de agua fría. Volvimos a casa al oscurecer. Kilómetros. Sin comer desde el desayuno. Nos sentamos en el camino a descansar.

—Es un condenado estafador, Sarah —dice padre.

—Aaron —le ataja madre.

—Compra y vende como un príncipe —dice padre—, y a mí y a mis hijos nos paga con un vaso de agua por acarrear su maldita leña toda la tarde.

—Aaron —le advierte madre.

—Todo el mundo sabe que es un estafador —dice padre—. Calcula que va

a ganar diez mil y, si solo saca cinco, afirma que ha perdido cinco. Todas las mercancías que vende son falsas y defectuosas de partida. Cuando sus hijos estaban enfermos, fue demasiado tacaño para comprarles medicinas y, cuando murieron, los enterró en una caja de pino y marcó su tumba con una piedra.

Madre y Hamlet siguieron caminando. Padre me rodeó los hombros con un brazo y me estrechó. Mezcla de sentimientos, todos profundos, todos buenos. Cariño y consuelo.

Padre. ¿Cómo describirlo? Rostro severo, corazón triste. Muy querido, nunca protegido. Inspiraba pena, ternura, solicitud, admiración entre sus conocidos. Nunca una fiel amistad. Descendiente de atrevidos hombres de mar. Probó el amor por vez primera en Samoa. Honrado a carta cabal. Quizá desgraciado en su matrimonio. Los valores eran distintos entonces. Fatalista. Nunca peleaba. Únicamente irlandeses. Quizá intransigente en sus principios. El odio hacia Moses se agudizó. Trabajaba duro, pero se quejaba de las prácticas fraudulentas. Las hermanas de madre venían mucho a casa. Padre se quejaba de tantas visitas. «El cerrojo de mi puerta siempre está abierto para mi familia», dijo madre. Padre jugaba a menudo a las damas con el autor. Hábil jugador. Aire ausente.

El autor entró en una escuela de latín. El primero en una clase de cuarenta. (La hoja de las notas adjunta.) Un muchacho campesino con pantalones cortos. En invierno repartía periódicos antes del amanecer. La luna aún estaba en el cielo. Jugaba en el parque. *Lacrosse*. Peleas con bolas de nieve. Patinaba. Algo de béisbol. Reglas vagas. Entonces no había terraplén en el río. Copley Square era un vertedero. Lleno de aros de miriñaque. En marea baja el río olía a combustible de embarcaciones. El autor estaba alegre, feliz. De no ser por padre, ningún mal recuerdo. Difícil reconstruir ahora. Epidemia epizoótica (1873). Murieron todos los caballos de la ciudad. Importaron

algunos bueyes, pero se oían pocas ruedas y cascos. Solo vendedores callejeros. El carbonero. El afilador. Jugando a las damas con padre. Oímos campanas. De iglesia, pero no había ninguna. Fuertes campanadas. De todos los puntos cardinales. Alabanzas. Loas y honores. Entre las campanadas, ruidos de gente corriendo. Subí con padre al tejado. La conmoción aumentaba rápidamente. Las campanas se oían más fuerte en el tejado. Gloria a Dios en las alturas. Clamor. Vimos gran incendio en los muelles: el Gran Incendio de Boston.

Fuimos corriendo, padre y yo, Pinckney Street abajo. ¡Boston está ardiendo! Nos unimos a los bomberos de Charles Street. Corrí junto a padre hasta los muelles. Al principio más humo que llamas. Un olor infernal a enseres ardiendo. Zapatos, papeles pintados, ropas, pieles. Me uní a la brigada de los cubos. Los ojos irritados por el humo. Tosiendo. Padre hizo que el autor descansara fuera del cordón sanitario, pero más tarde volví a la brigada. Trabajé casi toda la noche. Volvimos a casa de madrugada. Rendidos. La ciudad humeante. Desde las calles Washington y Winter se veía el puerto. La vieja iglesia del sur, chamuscada. Hasta Fort Hill todo eran ruinas humeantes. La luz del alba rojiza entre el humo. Mal olor. Tiendas de campaña en el parque para los refugiados. Tintineo de cubos de agua como espectrales cencerros. Escenas de desastre, sufrimiento y humor. En Charles Street, los saqueadores. Peor que indios. Ejércitos de ladrones. Máquinas de coser, platos, cuellos duros, dos docenas de zapatos del pie izquierdo, sombreros de señora. Bárbaros. Caí en la cama ya amanecido.

El negocio de Moses se quemó. Fuertemente asegurado. Sacó diez mil. Esperaba veinte mil. Afirmó haber perdido diez mil. Lágrimas de cocodrilo. Famoso estafador. Abrió nuevo negocio en nuevo edificio seis semanas después. Continuó con las prácticas fraudulentas. Padre se quejaba. Tías y primas salían y entraban sin cesar. Murmullos. Padre no vino a cenar. No

volvió más. Nunca hice preguntas. Ni señales de padre durante tres días. El domingo fui a la iglesia. Di un paseo. Glorioso día de primavera después de las lluvias de Nueva Inglaterra. Alegre. Pasé delante de una casa de ladrillo cerca del cruce de Pinckney con Cedar. Oí una voz de mujer. «¡Chico, chico, eh, tú!» Miré a la ventana. Vi una mujer desnuda. Gran pelambarrera áspera como una barba. Fea de cara. Entra un hombre en escena. Golpea a la mujer. Echa las cortinas. Seguí hasta el río. Resuelto a no volver a pasar por esa calle en busca de la mujer. Resuelto a mantener la mente limpia y el cuerpo sano. Corrí un kilómetro y medio junto al río. Pensamientos limpios. Admiré el cielo, el agua. Creación divina. Volví directo al cruce de Pinckney y Cedar. Todas las resoluciones rotas. Avergonzado. Miré a la ventana y vi a la mujer otra vez. Ahora vestida con una voluminosa bata. Quitando hojas secas de los geranios. Después supe que se llamaba señora Dexter. Miembro activo de la iglesia. Pobrecilla.

Volví a casa al atardecer. Ni señal de padre. El tío Jared estaba tocando la flauta. Madre, el piano de palo de rosa. Flauta de plata de ley. *Faite en France. Acis y Galatea*. El autor oyó la música desde su cuarto. Luego la despedida de Jared. Me llamaron a la cocina, donde madre y hermano estaban confabulando. Oí algún problema. Madre, una santa. ¡Dios la bendiga! Nunca admitía penas ni dolores. Se conmovía por la música, las puestas de sol. Nunca por las cosas humanas. La recuerdo en el río West, enjugándose las lágrimas mientras contemplaba las puestas de sol, las nubes teñidas de color. Los ojos secos en todos los funerales. Me pidió que me sentara. «Tu padre nos ha abandonado —dijo—. Me dejó una nota. La he quemado. Moses lo sabe. Dice que podemos quedarnos aquí si perseveramos. Tendrás que dejar el colegio. Te pondrás a trabajar. Hamlet se va a California. No volveremos a hablar de tu padre.»

El autor probó el pesar por primera vez. Desconcierto. El primero de

muchos golpes duros. Me fijé en la cocina. La bomba de agua. Mancha en el techo con forma de América del Sur. La bolsa de costura de madre hecha con un pedazo de un viejo vestido de seda que llevaba en los felices veranos de Saint Botolphs. Grabado en la estufa: ORGULLO DE LA UNIÓN. Lo vi todo. Las canas en el pelo de madre. Las grietas en el suelo. Humo en el tubo del quinqué. Un rasgo de yanqui pobre. Lo que el autor recuerda del momento de cambio radical en su vida es unos platos rajados, hollín en un cristal, una estufa de carbón y una bomba de agua.

El autor buscó trabajo a la mañana siguiente. Planes para el viaje de Hamlet. Se incorporó a una expedición. La prima Minerva adelantó el dinero. Zarparía en junio. Hamlet, el preferido de madre. Pensaba empezar a mandar dinero al cabo de siete meses. Nos salvaría a todos. Gran fiesta de despedida para Hamlet. Moses, el principal. También todos los otros. Jared, Minerva, Eben, Rebecca, Juliana, muchos más. Jared hizo juegos de manos. Sacó un broche del moño de Minerva. Hizo desaparecer un reloj. Lo sacó de un jarrón hecho de lava del Vesubio. Aguamiel para beber. Hecha en casa. Deliciosa. Madre tocó el piano. Hamlet cantó. Agradable voz de tenor.

*La juventud y el placer van a la par,
pronto llegará el frío invernal.*

Ni un ojo seco en la casa. Una noche oscura. Muchas lámparas. La separación es un pesar tan dulce. Para mí no lo era.

Padre no estaba. Hamlet se iba. El autor se quedaba solo con su querida madre. ¡Dios la bendiga! Severa compañía, sin embargo. El autor llevaba una vida limpia. Un baño frío todas las mañanas. Club de remo de Stone Hill. Botes largos y estrechos de un solo remo. Gimnasio dos veces por semana. Echaba de menos a padre y hermano. Sobre todo a padre. Lugares solitarios.

El vestíbulo de los dormitorios. El recodo de la escalera. Buscaba a padre entre la gente. Espalda recta. Abrigo negro. Al volver a casa del trabajo. Siempre le buscaba. Le busqué en la estación del sur y en la del norte. Le busqué en el puerto. Miré desembarcos de todas clases. Barcos de pasajeros. Barcos de pesca. Los fantasmas hacen sonar las cadenas. Viven en castillos. Seres etéreos con voces generalmente amables. Prefieren la luz azul. Se desvanecen cuando canta el gallo. Que Dios me envíe a ese fantasma, gritaba.

Una vez le pregunté a madre si tenía noticias de padre, pero no me contestó. Después me habló de los viejos tiempos. Me preguntó si me acordaba de Saint Botolphs. Rememoró. Las ciruelas de la isla Hales. Cogía un cesto todos los años. Recordó las famosas meriendas campestres de la parroquia, con veintiuna variedades de tartas. Los veleros. Todas las cosas buenas. La casa aún vacía. Viniéndose abajo. Los viejos ojos de madre brillaban. La primera vez que la veía alegre. Riendo, hablando de la vieja casa del río. Aproveché su buen humor para preguntarle por padre otra vez.

—¿Está vivo o muerto?

—¿Recuerdas una noche del otoño pasado en que cenamos filete y tomates? —dijo—. La policía de Boston me notificó el día anterior, mientras tú estabas en el trabajo, que tu padre había sido encontrado muerto en una pensión de Charles Street. Hice todos los trámites sin ayuda de nadie. A primera hora de la mañana me llevé el cuerpo a Saint Botolphs en el tren. El señor Frisbee dijo la oración fúnebre. No había nadie más en el entierro. Luego volví a casa en el tren y te preparé una buena cena para que no pensaras que pasaba algo malo.

Una carta de Hamlet no alivió ese golpe.

Hola, explorador. Llegamos a esta afortunada tierra después de viajar siete meses y nueve días. Soporté bien el viaje aunque las penalidades de la travesía fueron mayores de lo que esperaba. De una expedición de treinta, a siete de nuestros hermanos argonautas se los llevó la fúnebre

segadora. Pero mi piel es dura y ahora formamos una hermandad resistente, barbuda y tostada, que hará fortuna o se irá al infierno.

Hicimos la travesía desde el istmo a San Francisco en compañía de muchas mujeres y niños que iban a reunirse con sus seres queridos. No hay nada en el mundo como la llegada de un buque a San Francisco para tocar las fibras sensibles. Me gustaría que pudieras venir aquí y admirar las vistas. Te compadezco en esa vieja y triste villa, comparada con la cual San Francisco es una verdadera colmena. No obstante, las necesidades de la vida eran gravosas; la pensión costaba cuatro dólares al día y nos quedamos en San Francisco solo una semana y luego nos vinimos al norte, donde las provisiones se me llevan dos dólares al día. Cuando hables con la tía Minerva no le ocultes la dura realidad.

Entre nosotros hay un irlandés que se llama Clancy y es de Dedham. Ha venido aquí para juntar una dote para su hija a fin de que pueda casarse con un hombre de la clase «iducada». También hay tres carpinteros, dos zapateros, un herrero y muchos otros oficios, incluyendo el elevado arte de la música, porque uno de la expedición se ha traído un violín y nos entretiene por las noches con temas sinfónicos. En cuanto nos instalamos aquí, Howie Cockaigne y yo nos pusimos a trabajar con nuestros picos en el lecho del río y, cuando llevábamos cavando menos de una hora, llegaron dos mexicanos y ofrecieron comprarnos la cava por una onza de oro en polvo, así que aceptamos la oferta y conseguimos nuestro primer oro en menos de lo que se tarda en contarlo y, como verás, con el oro vendiéndose a 5,60 la onza, si se mantiene nuestra suerte podemos ganar cuarenta o cincuenta dólares diarios. Ahora, bajo la dirección del capitán Marsons, estamos haciendo un cauce en el río y desviando su curso para poder sacar el oro del lecho seco.

No esperes muchas cartas mías, explorador, porque esta afortunada tierra aún está salvaje y, mientras te escribo, la tierra es mi silla y la noche es mi techo. Pero qué magnífica sensación es estar aquí, y encima con el profesor tocando temas sinfónicos con su violín y evocándome los dulces recuerdos de los tiempos pasados; no hay un rey ni un príncipe del comercio en este mundo a quien yo envidie, porque siempre supe que había nacido para ser hijo del destino y no para estar sometido a la riqueza, fama o poder de otros ni para ganarme la vida desempeñando trabajos detestables, bajos, degradantes, mezquinos y vulgares.

Crear o construir algún puente entre el mundo de Leander y el mundo donde él buscaba fortuna le parecía a Coverly una tarea que requeriría energía y perseverancia. La diferencia entre la fragante granja y la habitación en que él vivía era abismal. Parecían provenir de las manos de distintos creadores y negarse mutuamente. Coverly pensaba en ello una noche lluviosa, camino de la casa de la prima Mildred, vestido con un esmoquin alquilado.

—Ven a cenar —le había dicho ella— y luego iremos a la ópera. Te gustará. Es lunes por la noche, así que tendrás que ir bien vestido. Todo el mundo se arregla los lunes.

El piso de la prima Mildred estaba en uno de esos grandes edificios en los que Coverly, el primer día, se había preguntado si llegaría a entrar. Mirando el edificio desde abajo, Coverly comprendió que, según los criterios de Saint Botolphs, sería condenado por caro, pretencioso, ruidoso e inseguro. No podía compararse con una bonita granja. Tomó un ascensor que le llevó al piso decimoctavo. Nunca se había aproximado a semejante altitud y se entretuvo pensando en un imaginario regreso a Saint Botolphs, donde obsequiaba a Pete Meacham con una descripción de esta ciudad de torres. Se sintió mundano y melancólico como un personaje de película. Le abrió una bonita doncella y le hizo pasar a una sala que le cogió completamente desprevenido. Las paredes estaban forradas de madera hasta la mitad como las de West Farm. Reconoció la mayor parte de los muebles, porque habían estado guardados en el pajar cuando él era niño. Allí, sobre la chimenea,

estaba colocado el viejo Benjamin en persona, con su bata o ropaje renacentista, observando fijamente la habitación con esa mirada dura y desnuda, de falta de honradez, que le había hecho tan impopular en la familia. La mayoría de las lámparas provenían del granero o del desván y el viejo y apolillado dechado de la abuela Wapshot («Nos ha sido concedido un hijo») colgaba en una pared. Coverly estaba contemplando la mirada de Benjamin cuando la prima Mildred entró como un vendaval; una mujer alta y enjuta, con un traje de noche rojo que parecía cortado para exhibir sus huesudos hombros.

—¡Coverly! —exclamó—. Querido. Cuánto me alegro de que hayas venido. Eres completamente Wapshot. Le encantarás a Harry. Adora a los Wapshot. Siéntate. Tomaremos algo de beber. ¿Dónde estás viviendo? ¿Quién era la mujer que contestó al teléfono? Cuéntame cómo está Honora. Oh, eres cien por cien Wapshot. Te hubiera reconocido en una multitud. ¿No es agradable poder reconocer a la gente? Hay otra Wapshot en Nueva York. Justina. Dicen que tocaba el piano en la tienda de todo a cinco-y-diez centavos, pero ahora es muy rica. Hemos mandado limpiar a Benjamin. ¿No crees que ha quedado mejor? ¿Te has fijado? Claro, sigue pareciendo un sinvergüenza. Toma un cóctel.

El mayordomo le pasó a Coverly un cóctel en una bandeja. Nunca había tomado ninguno y, para ocultar su inexperiencia, se llevó la copa a los labios y la vació. No tosió ni escupió, pero sus ojos se llenaron de lágrimas, la ginebra le abrasó y alguna oscilación o mecanismo de defensa de su laringe se puso a palpar de tal modo que se encontró incapaz de hablar. Se dedicó a tragar desesperadamente.

—Desde luego, esta no es mi idea de una habitación decente —siguió la prima Mildred—. Todo es idea de Harry. Yo hubiera preferido llamar a un decorador y que nos pusiera algo cómodo, pero Harry está loco por Nueva

Inglaterra. Es un hombre adorable y un mago en el negocio de alfombras, pero no viene de ningún sitio, realmente. Quiero decir que no tiene nada bonito que recordar, así que toma prestados los recuerdos de los demás. En realidad, es más Wapshot que tú o que yo.

—¿Sabe lo de la oreja de Benjamin? —preguntó Coverly con voz ronca.

Aún le costaba trabajo hablar.

—Se sabe la historia de la familia del derecho y del revés —dijo la prima Mildred—. Fue a Inglaterra e hizo investigar los orígenes del apellido hasta Vaincre-Chaud y consiguió el blasón. Estoy segura de que sabe más sobre Lorenzo de lo que nunca supo Honora. Le compró todas estas cosas a tu madre y debo decir que pagó por ellas generosamente y no estoy del todo segura de que ella... no quiero decir que mintiera, pero ¿sabes ese viejo escritorio de viaje que siempre estaba lleno de ratones? Pues tu madre escribió diciendo que había pertenecido a Benjamin Franklin y yo no recuerdo haber oído eso nunca.

Esta insinuación o reparo respecto a la veracidad de su madre le hizo sentirse triste y nostálgico, e irritado por la aturullada conversación de la prima y por las pretensiones de su sala de parecer sencilla y hogareña, y quizá hubiera dicho algo sobre ello, pero el mayordomo le llenó de nuevo la copa, y cuando tomó otro trago de ginebra, las oscilaciones de su laringe comenzaron otra vez y no pudo hablar. Entonces entró el señor Brewer. Era mucho más bajo que su mujer, un hombre con una cara sonrosada y alegre y un tono reposado que quizá había cultivado para contrarrestar el ruido que hacía ella.

—Así que eres un Wapshot —le dijo a Coverly al darle la mano—. Bueno, como Mildred te habrá dicho, me interesa mucho la familia. La mayoría de estas cosas provienen del hogar de Saint Botolphs. Esa cuna meció a cuatro generaciones de Wapshot. La hizo el enterrador del pueblo. Esa mesa de palo de rosa está hecha de un árbol que se alzaba en el prado de West Farm.

Lafayette pasó a caballo bajo ese árbol en 1815. El retrato de la chimenea es de Benjamin Wapshot. Este sillón perteneció a Lorenzo Wapshot. Lo usó durante sus dos períodos en la legislatura.

Con estas palabras, el señor Brewer se sentó en el sillón de Lorenzo y, al contacto de esta reliquia con sus posaderas, se extendió por su rostro una sonrisa de tal satisfacción sensual que hubiera podido estar estrujado entre dos mujeres bonitas en un sofá.

—Coverly tiene la nariz —dijo la prima Mildred—. Le he dicho que le habría reconocido entre una multitud. Quiero decir que habría sabido que era un Wapshot. Será estupendo tenerle trabajando para ti. Quiero decir que será estupendo tener un Wapshot en la empresa.

Pasó algún tiempo antes de que el señor Brewer contestara a esto, pero le sonrió a Coverly durante toda la pausa, por lo que no fue un silencio inquietante, y, en ese rato, Coverly decidió que le agradaba enormemente el señor Brewer.

—Naturalmente, tendrás que empezar desde abajo —dijo el señor Brewer.

—¡Oh, por supuesto, señor! —exclamó Coverly, buen hijo de su padre—. Haré lo que sea, señor. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa.

—Bueno, tampoco espero que hagas cualquier cosa —dijo el señor Brewer, moderando el entusiasmo de Coverly—, pero creo que podríamos pensar en una especie de aprendizaje, por así llamarlo; unas condiciones que a ti te permitan decidir si te gusta el negocio de las alfombras y al negocio de las alfombras si le gustas tú. Creo que podemos planear algo. Tendrás que pasar una selección de personal. Lo hacemos con todo el mundo. Grafley y Harmer se encargan de ello para nosotros y te conseguiré una cita con ellos para mañana. Si han terminado contigo el lunes, puedes pasar por mi oficina entonces y empezar a trabajar.

Coverly no estaba habituado a un correcto servicio de mesa, pero,

observando a la prima Mildred, vio cómo tenía que servirse de las fuentes que la doncella pasaba y solo estuvo en un apuro cuando le faltó poco para ponerse el postre en el aguamanil, pero la doncella, sonriendo y haciéndole gestos, le indicó que lo apartara y todo fue bien. Cuando terminó la cena, bajaron en el ascensor, y un coche con chófer les llevó bajo la lluvia a la ópera.

Quizá sea el tamaño de las cosas lo que nos decepciona más a menudo y puede que sea porque la mente misma es una cámara tan enorme y laberíntica que el Panteón y la Acrópolis nos resultan más pequeños de lo que esperábamos. En cualquier caso, Coverly, que esperaba quedar abrumado por el teatro de la ópera, lo encontró espléndido pero acogedor. Sus asientos estaban en el patio de butacas, bien delante. Coverly no tenía el libreto y no podía entender lo que sucedía en escena. De vez en cuando, la trama parecía revelársele, pero siempre se equivocaba y al final quedaba más confuso que antes. Se durmió dos veces. Cuando acabó la ópera, dio las buenas noches y las gracias a la prima Mildred y a su marido en el vestíbulo, e intuyó que le perjudicaría dejarse llevar en el coche al suburbio donde vivía.

A la mañana siguiente, temprano, Coverly se presentó en Grafley y Harmer, donde le entregaron un test de inteligencia corriente. Había problemas aritméticos sencillos, bloques que contar y pruebas de vocabulario, y lo hizo todo sin ninguna dificultad, aunque le llevó casi toda la mañana. Le dijeron que volviera a las dos. Comió un sándwich y callejeó. El escaparate de un zapatero remendón en el East Side, lleno de plantas, le recordó la ventana de la cocina de la señora Pluzinski. Cuando regresó a Grafley y Harmer, le mostraron una docena de tarjetas con dibujos o manchas —algunas coloreadas— y un desconocido le preguntó a qué le recordaban las imágenes.

Esto le pareció fácil, ya que, habiendo vivido siempre entre el río y el mar, los dibujos le recordaban espinas de pescado, algas, conchas y otros restos de la marea. El rostro del médico era inexpresivo y él no podía saber si lo había hecho bien. La reserva del médico le parecía tan impenetrable, que le irritó que dos desconocidos se encerraran en un despacho para cultivar un ambiente tan inhumano. Al marcharse, le dijeron que volviera al día siguiente para hacer dos exámenes más y una entrevista.

Por la mañana se encontró en aguas más extrañas. Otro caballero — Coverly supuso que todos eran médicos— le enseñó una serie de pinturas o dibujos. Si a algo se parecían era a las ilustraciones de una revista, aunque estaban toscamente dibujadas, sin estilo ni imaginación. Le planteaban un problema, porque cuando ojeó las primeras solo le sugerían cosas muy morbosas y desagradables. Al principio se preguntó si había en él una vena oculta de morbosidad y si pondría en peligro sus posibilidades de conseguir un trabajo en el negocio de alfombras por hablar con franqueza. Solo dudó un segundo. La sinceridad era la mejor política. Todos los dibujos se relacionaban con malsanas frustraciones y, cuando terminó, se sentía irritable y descontento. Por la tarde le pidieron que completara una serie de frases. Todas planteaban un problema o buscaban una actitud y como Coverly estaba preocupado por el dinero —casi se le habían acabado sus veinticinco dólares — terminó la mayoría de las frases con referencias al dinero. A la tarde siguiente le entrevistaría un psicólogo.

La idea de la entrevista le puso un poco nervioso. Un psicólogo le parecía algo tan extraño e impresionante como un brujo. Pensaba que podría salir a la luz algún funesto secreto de su vida, pero lo peor que había hecho era masturbarse y, revisando su vida y sabiendo que no había nadie de su edad que no se hubiera dedicado a ese deporte, decidió ser lo más sincero posible con el psicólogo. Esta decisión le consoló un poco y disminuyó su

nerviosismo. Tenía la cita a las tres y le hicieron esperar en una antesala donde florecían muchas orquídeas en macetas. Se preguntó si le estaban observando por un agujerito. Luego el médico abrió una puerta doble o insonorizada y le hizo pasar. Era un hombre joven con una actitud muy distinta de los inexpresivos modales de los anteriores. Pretendía ser amistoso, aunque era una sensación difícil de lograr, ya que Coverly no le había visto nunca, ni volvería a verle y solo se hallaba encerrado con él porque quería un puesto en la fábrica de alfombras. No era un clima adecuado para la amistad. Le ofreció un sillón muy cómodo, pero Coverly hizo crujir sus nudillos nerviosamente.

—Bueno, podría contarme algo de usted —dijo el médico.

Era muy amable y tenía un cuaderno y un lápiz para tomar notas.

—Pues me llamo Coverly Wapshot —dijo— y soy de Saint Botolphs. Supongo que usted sabrá dónde está eso. Todos los Wapshot son de allí. Mi bisabuelo era Benjamin Wapshot. Mi abuelo se llamaba Aaron. El apellido de mi madre es Coverly y...

—Bueno, no es tanto su genealogía lo que me interesa, sino su constitución emocional. —Era una interrupción, pero cortés y amistosa—. ¿Sabe lo que se entiende por ansiedad? ¿Tiene usted sentimientos de ansiedad? ¿Hay algo en su familia, en sus antecedentes, que le predisponga a ella?

—Sí, señor —dijo Coverly—. A mi padre le preocupa mucho el fuego. Tiene mucho miedo de morir abrasado.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Bueno, tiene siempre un traje, y ropa interior y todo, colgado junto a su cama, por si hay un incendio, para poder vestirse y salir de la casa en un minuto. Y tiene cubos llenos de arena y de agua en todos los pasillos de la casa, y el número de los bomberos está pintado en la pared al lado del teléfono y, en los días de lluvia, cuando no está trabajando, porque a veces no

lo hace cuando llueve, se pasa el día andando por la casa y olisqueando. Cree que huele a humo y a veces me parece que pasa casi todo el día yendo de habitación en habitación, olisqueando.

—¿Comparte su madre esa ansiedad? —preguntó el médico.

—No, señor —dijo Coverly—. A mi madre le encanta el fuego. Pero le preocupa otra cosa. Tiene miedo de las multitudes. Quiero decir que le da miedo quedar atrapada. A veces, en las vacaciones de Navidad, yo iba con ella a la ciudad y, cuando nos metíamos entre la gente en uno de esos grandes almacenes, casi le daba un ataque. Se ponía pálida y le faltaba el aire. Jadeaba. Era terrible. Entonces me agarraba de la mano y me arrastraba fuera de allí y se metía por una calleja donde no hubiera nadie y, a veces, pasaban cinco o diez minutos antes de que pudiera respirar normalmente. En cualquier sitio donde mi madre tuviera la sensación de estar confinada se ponía muy inquieta. En el cine, por ejemplo, si en la película metían a alguien en la cárcel o le encerraban en un sitio pequeño, mi madre cogía su bolso y su sombrero y salía corriendo de la sala en un abrir y cerrar de ojos. Yo tenía que echar una carrera para alcanzarla.

—¿Cree que sus padres son felices juntos?

—Bueno, la verdad es que nunca he pensado en ello —dijo Coverly—. Están casados y son mis padres y supongo que están a las duras y a las maduras, como todo el mundo, pero hay una cosa que ella me decía que me impresionó.

—¿Qué era?

—Bueno, siempre que yo me lo pasaba bien con mi padre, siempre que él me llevaba en el barco o algo así, ella parecía estar esperándome cuando yo volvía a casa y me contaba esa historia. Bueno, pues era sobre... era sobre cómo me concibieron, supongo que se podría decir así. Mi padre trabajaba en la fábrica de plata de mesa entonces, y ellos fueron a la ciudad para un

banquete o algo así. Mi madre se tomó unos cócteles y estaba nevando y tuvieron que pasar la noche en un hotel y una cosa llevó a la otra, pero parece que, después de eso, mi padre no quería que yo naciera.

—¿Eso le dijo su madre?

—Oh, sí. Me lo dijo muchas veces. Me dijo que no me fiara de él porque había querido matarme. Me dijo que él trajo a casa a un abortista y que, si no llega a ser por su valor, yo estaría muerto. Me contó esa historia muchas veces.

—¿Cree que esto influyó en su actitud fundamental hacia su padre?

—Pues no lo había pensado nunca, pero supongo que sí. A veces tenía la sensación de que podía hacerme daño. No me agradaba despertarme y oírle dando vueltas por la casa de noche. Pero esto era absurdo, porque yo sabía que él no iba a hacerme daño. Nunca me castigó.

—¿Le castigaba ella?

—Bueno, no mucho, pero una vez me abrió la espalda. Supongo que fue culpa mía. Fuimos a nadar a Travertine, iba con Pete Meacham, y yo decidí subirme al techo de la caseta de baño, desde donde podíamos ver a las mujeres desnudarse. Era feo hacer eso pero, apenas nos pusimos a mirar, nos cogió el vigilante. Bueno, mi madre me llevó a casa, me dijo que me desnudara, agarró el látigo de mi bisabuelo, Benjamin, y me azotó hasta abrirme la espalda. Había sangre por toda la pared. Mi espalda estaba tan mal que ella se asustó, pero, claro, no se atrevió a llamar a un médico porque hubiera sido muy violento, aunque lo peor es que no pude bañarme en todo el verano. Si hubiera ido a nadar, la gente habría visto aquellas heridas. No pude nadar en todo el verano.

—¿Cree que esto ha influido en su actitud básica hacia las mujeres?

—Bueno, señor, en mi pueblo no es fácil enorgullecerse de ser un hombre. Quiero decir que las mujeres tienen mucha fuerza. No son malas y tienen

buena intención, pero a veces resultan abrumadoras. A veces te parece que no está bien ser un hombre. Verá, hay una historia que cuentan sobre Howie Pritchard. Dicen que en su noche de bodas metió el pie en el orinal y se meó por la pata abajo para que su mujer no oyera el ruido. No debería haber hecho eso. Si eres un hombre, yo creo que hay que estar orgulloso y contento de ello.

—¿Ha tenido usted alguna experiencia sexual?

—Dos veces —dijo Coverly—. La primera fue con la señora Maddern. Supongo que no debería decir su nombre, pero en el pueblo todo el mundo sabe cómo es ella y es viuda.

—¿Y la otra experiencia?

—También fue con la señora Maddern.

—¿Ha tenido usted alguna experiencia homosexual?

—Bueno, creo que ya sé a lo que se refiere —dijo Coverly—. Lo hice mucho cuando era pequeño, pero hace mucho tiempo que juré dejarlo. Pero me parece a mí que hay cantidad de esos por aquí. Más de lo que yo esperaba. Hay uno donde yo vivo ahora. Siempre me está pidiendo que entre en su cuarto a ver fotografías. Me gustaría que me dejara en paz. Verá, señor, si hay una cosa en el mundo que no quisiera ser es un marica.

—¿Querría usted hablarme de sus sueños?

—Sueño toda clase de cosas —dijo Coverly—. Sueño que voy en barco, que viajo, que pesco, pero supongo que lo que más le interesa son los sueños malos, ¿no?

—¿Qué entiende usted por eso?

—Bueno, sueño que lo hago con una mujer —dijo Coverly—. Nunca la he visto en la vida real. Es una de esas mujeres maravillosas que se ven en los calendarios de las barberías. Y a veces —añadió, ruborizándose y bajando la cabeza— sueño que lo hago con hombres. Una vez soñé que lo hacía con un

caballo.

—¿Sueña usted en color? —preguntó el médico.

—No me he fijado nunca —contestó Coverly.

—Bueno, creo que se nos acaba el tiempo —dijo el médico.

—Verá, señor —afirmó Coverly—, no quiero que piense que he tenido una infancia desgraciada. Sospecho que lo que le he contado no le da una imagen auténtica, pero he oído algo sobre psicología y supuse que lo que usted quería saber eran cosas así. En realidad siempre lo pasé estupendamente. Vivimos en una granja y tenemos un barco y mucha caza y mucha pesca y casi la mejor comida del mundo. He sido feliz.

—Bien, gracias, señor Wapshot, y adiós —dijo el médico.

El lunes por la mañana, Coverly se levantó temprano y llevó a planchar sus pantalones en cuanto abrieron la sastrería. Luego fue a pie a la oficina de su primo en el centro. Una recepcionista le preguntó si tenía cita y, cuando él contestó que no, le dijo que no podía dársela hasta el jueves.

—Pero soy primo del señor Brewer —dijo Coverly—. Soy Coverly Wapshot.

La secretaria sonrió y le dijo que volviera el jueves por la mañana. Coverly no se preocupó. Sabía que su primo estaba ocupado con muchos detalles y rodeado de ejecutivos y secretarias y que podía haberse olvidado de los problemas de este lejano Wapshot. Su único problema era el dinero. No le quedaba mucho. Tomó una hamburguesa y un vaso de leche para cenar y le pagó el alquiler a la patrona esa noche cuando volvió a casa. El martes se comió una caja de pasas de desayuno, porque había oído en algún sitio que eran muy sanas y llenaban. De cena tomó un bollo y un vaso de leche. El miércoles por la mañana compró un periódico, tras lo cual le quedaron sesenta centavos. En los anuncios de ofertas de trabajo había algunos pidiendo empleados de almacén, así que fue a una agencia de empleo y luego,

atravesando todo el centro, a unos grandes almacenes, donde le dijeron que volviera al final de la semana. Se compró un cuarto de litro de leche y, dividiendo el envase en tres partes con una marca, se bebió una parte como desayuno, otra para la comida y una tercera para la cena.

Los dolores producidos por el hambre en un hombre joven son atroces y, cuando Coverly se acostó el miércoles por la noche, estaba retorciéndose de dolor. El jueves por la mañana no tomó nada y gastó sus últimas monedas en plancharse los pantalones. Fue andando a la oficina de su primo y le dijo a la recepcionista que tenía una cita. Ella se mostró alegre y cortés y le pidió que se sentara y que esperara. Esperó una hora. Tenía tanta hambre que le resultaba casi imposible mantenerse erguido. Entonces la recepcionista le dijo que en la oficina del señor Brewer no sabían nada de la cita, pero que, si volvía por la tarde, quizá conseguiría algo. Se adormiló en un banco del parque hasta las cuatro y luego regresó a la oficina y, aunque los modales de la recepcionista seguían siendo alegres, esta vez su negativa fue terminante. El señor Brewer estaba fuera de la ciudad. Desde allí, Coverly se dirigió a casa de la prima Mildred, pero el portero le detuvo y telefoneó al piso y le dijeron que la señora Brewer no podía recibir a nadie; estaba a punto de salir porque tenía un compromiso. Coverly salió del edificio y esperó y, al cabo de unos minutos, salió la prima Mildred y él se acercó a ella.

—Oh, sí, sí —dijo ella, cuando Coverly le contó lo que había pasado—. Sí, claro. Pensé que te lo habrían dicho en la oficina de Harry. Es algo relacionado con tu perfil emocional. Piensan que es imposible colocarte. Lo siento muchísimo, pero no puedo hacer nada, ¿comprendes? Naturalmente, tu padre era de la segunda cosecha.

Abrió su bolso, sacó un billete, se lo dio a Coverly y se metió en un taxi y se fue. Coverly caminó hasta el parque.

Ya había oscurecido y él estaba cansado, perdido y desalentado. Nadie en

la ciudad sabía su nombre y ¿dónde estaba su hogar, los chales de la India y los cuervos que volaban valle arriba, como hombres de negocios con carteras que van a coger el autobús? Las luces de la ciudad brillaban por entre los árboles, iluminando débilmente el aire con los colores del reflejo de un fuego, y vio las estatuas que se alineaban a lo largo del ancho paseo como las tumbas de los reyes —Colón, sir Walter Scott, Burns, Halleck y Morse— y estas oscuras siluetas le proporcionaron cierto consuelo y esperanza. No eran sus mentes o sus obras lo que amaba, sino la bondad y la cordialidad que debían de poseer en vida, y tan solo y tan desesperado estaba en ese momento, que aquellas piedras y aquellos bronces le hicieron compañía. Sir Walter Scott sería su amigo, su Moses y su Leander.

Después cenó —este amigo de sir Walter Scott— y a la mañana siguiente fue a trabajar como empleado en los almacenes Warburton.

El trabajo de Moses en Washington era altamente secreto; tan secreto que no podemos comentarlo aquí. Le pusieron a trabajar al día siguiente de su llegada, lo cual quizá era una prueba de las obligaciones del señor Boynton respecto a Honora, o de las cualidades de Moses, ya que, por su rostro franco y hermoso y por ser descendiente de un hombre a quien el general Washington había ofrecido una medalla, encajaba bien en aquel marco. No era fino —los Wapshot nunca lo fueron— y, en comparación con el señor Boynton, a veces se sentía como un hombre que come los guisantes con cuchillo. Su jefe parecía haber sido concebido en el ambiente de la diplomacia de carrera. Sus ropas, sus modales, su manera de hablar, sus hábitos mentales estaban tan reglamentados, tan estrechamente interrelacionados que sugerían un sistema de conducta. No se trataba, pensó Moses, de un sistema desarrollado en ninguna universidad de la Costa Este, sino quizá formado en una escuela diplomática. A Moses nunca le fueron reveladas sus reglas, por lo que no podía atenerse a ellas, pero sabía que aquella discreción vestimentaria e intelectual debía de obedecer a unas reglas.

Moses estaba a gusto en la pensión que había elegido por casualidad y descubrió que los demás huéspedes eran en su mayoría gente de su edad: los hijos y las hijas de alcaldes y otros políticos; la prole de respetables guardianes del orden, que, como él, estaban en Washington a consecuencia de alguna deuda. No pasaba mucho tiempo en la pensión, ya que descubrió que buena parte de su vida social, deportiva y espiritual estaba organizada por

el organismo para el que trabajaba. Esto incluía jugar al voleibol, comulgar y asistir a fiestas en la embajada de X y en la legación de Z. Accedía a todo ello, aunque no le estaba permitido beber más de tres cócteles en ninguna fiesta y tenía cuidado de no guiñarle el ojo a ninguna mujer que trabajase para el gobierno o estuviese en la lista diplomática, porque la reglamentación de seguridad había puesto freno a la natural concupiscencia de una ciudad con una gran población flotante. Los fines de semana, en el otoño, a veces iba con el señor Boynton a Clark County, donde montaban a caballo y, en ocasiones, se quedaban a cenar con los amigos de este. Moses sabía mantenerse sobre un caballo, aunque no era su deporte favorito. Era una oportunidad de ver el campo y el decepcionante otoño en el sur con sus luciérnagas y sus brumas; todo lo cual despertaba en él la nostalgia de los brillantes otoños de West Farm. Los amigos de Boynton eran gente hospitalaria que vivía en casas espléndidas y que, sin excepción, había obtenido o heredado su dinero de alguna lejana fuente, como, por ejemplo, colutorios, motores de aviones o cervezas; pero Moses no se dedicaba a sentarse en una amplia terraza y observar que las facturas de esa encantadora escena estaban pagadas por un cervecero muerto; y en lo que se refiere a bebidas alcohólicas, nunca había tomado un bourbon mejor. Es cierto que, viniendo de un sitio pequeño, donde un hombre conoce a sus vecinos a fondo, Moses sentía a veces la melancolía del desarraigo. Su conocimiento de sus compañeros no era mayor que el que los viajeros tienen uno de otro y, para entonces, sabía de la ciudad lo suficiente como para saber que, en la parada del autobús por la mañana, el hombre con barba y turbante lo mismo podía ser un príncipe indio en buena posición que un excéntrico que vivía en un cuartucho. Este ambiente teatral de provisionalidad —esta latitud de la impostura— le impresionó una tarde en un concierto en una embajada. Estaba solo y, en el entreacto, había salido a tomar el aire en los escalones de la entrada. Al abrir las puertas se fijó en

tres ancianas que estaban allí. Una era tan gorda, otra tan delgada y demacrada y la tercera tenía un aspecto tan absurdo que parecían un símbolo de la locura humana. Sus trajes de noche le recordaron la andrajosa elegancia de los niños en carnaval. Llevaban chales, abanicos, mantillas y brillantes, y daba la impresión de que los zapatos les hacían daño. Cuando Moses abrió la puerta, ellas entraron en la embajada —la gorda, la delgada y la loca— tan cautelosas y asustadas, con tal actitud de estar haciendo algo malo, que Moses las observó. En cuanto entraron en el edificio se desplegaron y cada una cogió un programa del concierto, que alguien hubiera dejado en una silla o hubiera caído al suelo. Entonces las vio un vigilante y, no bien fueron descubiertas, se dirigieron a la puerta y huyeron, pero Moses notó que no estaban decepcionadas. El propósito de su incursión era conseguir los programas y se alejaron cojeando, engalanadas y contentas. En Saint Botolphs no se vería nada igual.

El hombre que vivía en la habitación contigua en la pensión de Moses era hijo de un político de algún lugar del Oeste. Era competente y presentable y un modelo de ahorro y sobriedad. No fumaba ni bebía y ahorraba hasta el último centavo de su sueldo para adquirir la mitad de un caballo de silla que estaba en un establo en Virginia. Llevaba dos años en Washington y una noche invitó a Moses a su habitación y le enseñó un gráfico en el cual había señalado su ascenso social. Había cenado en Georgetown dieciocho veces. Había hecho una lista en la que todos sus anfitriones habían sido clasificados de acuerdo con su importancia dentro del gobierno. Había estado en la Unión Panamericana cuatro veces; en la embajada X tres veces; en la embajada B una vez (una fiesta en el jardín) y en la Casa Blanca una vez (una recepción a la prensa). En Saint Botolphs no se encontraría nada igual.

La intensa y general preocupación respecto a la lealtad en la época en que Moses llegó a Washington había hecho posible que hombres y mujeres

fuesen despedidos o cayeran en desgracia sin más pruebas que un soplo de escándalo. A los veteranos les gustaba hablar sobre los tiempos en que se podía concertar un fin de semana clandestino hasta con las chicas de la Biblioteca del Congreso, hasta con las archiveras, pero esa época ya había pasado o, al menos, se había interrumpido, para los funcionarios. Emborracharse en público era imperdonable y la promiscuidad era la muerte. En la empresa privada era otra cosa y un amigo de Moses, que trabajaba en una industria envasadora de carnes, le hizo un día la siguiente proposición:

—Tengo a cuatro furcias de la fábrica de camisas de Baltimore que van a venir el sábado y me las voy a llevar a mi cabaña de Maryland. ¿Qué te parece? Tú y yo solos con las cuatro. Son zorras pero no son feas.

Moses le respondió que no, gracias —lo hubiera dicho de todas formas—, pero le envidió al envasador de carnes su libertad. Pensaba a menudo en esta nueva moralidad y, después de mucho pensar, estableció una débil pero justificada relación entre la lujuria y el espionaje, aunque comprender esto no le sirvió en absoluto para aliviar esta concreta soledad. Incluso le escribió a Rosalie pidiéndole que fuera a verle un fin de semana, pero ella no le contestó. La administración estaba llena de mujeres agraciadas, pero todas evitaban la oscuridad.

Una noche, sintiéndose solo y no teniendo nada que hacer, se fue a dar un paseo. Se encaminó al centro de la ciudad y entró en el vestíbulo del Mayflower para comprar cigarrillos y echar una ojeada a un sitio que, pese a toda su pretendida elegancia, solo le recordaba la vastedad de su tierra natal. A Moses le encantaba el vestíbulo del Mayflower. Había una convención y en el vestíbulo iban reuniéndose grupos de hombres de provincias, con el cuello rojo y muy dignos. Oírles hablar le hizo sentirse más cerca de Saint Botolphs. Luego salió del Mayflower y se internó más por el centro de la ciudad y, al oír música, puesto que andaba despistado, se metió en un sitio

llamado Marine Room y miró a su alrededor. Había una banda y una pista de baile y una chica que cantaba. Sentada sola en una mesa había una mujer rubia que parecía bonita a esa distancia y que no tenía aspecto de trabajar para el gobierno. Moses cogió una mesa al lado de ella y pidió un whisky. Ella no le vio al principio, porque se estaba mirando en un espejo de la pared. Volvía la cabeza, primero a un lado y luego al otro, levantaba la barbilla y con las puntas de los dedos se tensaba la cara devolviéndole las líneas firmes que habría tenido cinco o seis años antes. Cuando ella terminó de examinar su rostro, Moses le preguntó si podía sentarse con ella e invitarla a una copa. Ella se mostró amable, un poco agitada, pero complacida.

—Bueno, me agradaría mucho su compañía —dijo—, pero la única razón de que yo esté aquí es que Chucky Ewing, el director de la banda, es mi marido y, cuando no tengo nada mejor que hacer, me vengo aquí a pasar el rato.

Moses se sentó con ella y la invitó a una copa y, después de unas cuantas miradas de despedida a su imagen en el espejo, ella se puso a hablar de su pasado.

—Antes yo cantaba con la banda —dijo—, pero casi toda mi formación es operística. He cantado en salas de fiesta de todo el mundo. París, Londres, Nueva York...

Tenía, no exactamente un ceceo, sino una dicción que sonaba infantil. Su cabello era bonito y su piel blanca, aunque esto fundamentalmente era debido a los polvos. Moses calculó que haría unos cinco o seis años que había dejado de ser bella, pero como ella parecía decidida a aferrarse a lo que había sido, él estaba dispuesto a seguirle la corriente.

—Desde luego, en realidad no soy una cantante profesional —continuó—. Estudié en un colegio de categoría y mi familia casi se muere cuando empecé a cantar. Eran muy estirados. De buena familia y todo eso.

Entonces la banda paró y el marido se acercó, la mujer se lo presentó a Moses y se sentó con ellos.

—Hay una mesa en el rincón donde beben champán —dijo ella— y los seis caballeros de la mesa cerca de la banda están bebiendo whisky de centeno con agua. Llevan cuatro cada uno. Hay dos mesas de whisky escocés y cinco mesas de bourbon y algunos bebedores de cerveza al otro lado. —Iba contando las mesas con los dedos, mientras hablaba con una voz muy amanerada—. No te preocupes. Sacarás unos trescientos.

—¿Dónde está la convención? —dijo él—. Hay una convención.

—Sí —dijo ella—. Sábanas y fundas de almohada. No te preocupes.

—¿Tiene alguna basura caliente? —le preguntó él a un camarero que se había acercado a la mesa.

—Sí, señor, sí, señor —dijo el camarero—. Tengo algunas basuras calientes deliciosas. Puedo darle posos de café con un poco de grasa de salchicha o unas riquísimas cortezas de limón con serrín.

—Eso suena bien —dijo el director de la banda—. Que sean cortezas de limón con serrín.

Cuando había llegado a la mesa parecía estar preocupado y descontento, pero sus bromas con el camarero le habían animado.

—¿Tiene usted agua sucia? —le preguntó.

—Tenemos toda clase de agua sucia —dijo el camarero—. Tenemos agua sucia grasienta y con porquerías flotando y también tenemos bolas de naftalina y periódicos mojados.

—Bien, deme un poco de periódico mojado con el serrín —dijo el director de la banda— y un vaso de agua sucia grasienta. —Luego se volvió a su mujer—. ¿Te vas a casa?

—Creo que sí —dijo ella afectadamente.

—Bueno —dijo él—. Si aparecen los de la convención llegaré tarde.

Encantado de conocerle.

Saludó a Moses y volvió al estrado, donde habían empezado a subir los otros músicos.

—¿Puedo acompañarla a casa? —preguntó Moses.

—Bueno, no sé —dijo ella—. Tenemos un apartamentito aquí cerca y suelo ir andando, pero no creo que haya nada de malo en que me acompañe usted hasta allí.

—¿Nos vamos?

La chica del guardarropa le dio su abrigo y las dos hablaron sobre una niña de cuatro años que se había perdido en el bosque en Wisconsin. La niña se llamaba Pamela y hacía cuatro días que había desaparecido. Se habían organizado equipos de búsqueda y las dos mujeres hablaron con gran ansiedad respecto a si la pequeña Pamela habría muerto de inanición y de frío o no. Cuando acabaron la conversación, Beatrice —ese era su nombre— se dirigió hacia la puerta, pero la chica del guardarropa la llamó y le dio una bolsa de papel.

—Son dos lápices de labios y unas horquillas —le dijo.

Beatrice le explicó a Moses que la chica miraba siempre en el lavabo de señoras y le entregaba a Beatrice todo lo que se encontraba allí olvidado. Parecía avergonzada del acuerdo, pero se recuperó en un segundo y cogió del brazo a Moses.

Su vivienda estaba cerca del Marine Room. Era un dormitorio en el segundo piso, dominado por un gran armario de cartón que parecía estar a punto de venirse abajo, o camino de ello. Ella abrió trabajosamente una de las combadas puertas, que reveló un guardarropa de urraca; habría unos cien vestidos de todas clases. Entró en el cuarto de baño y volvió vestida con una especie de kimono de mandarín con un dragón en la espalda, bordado con hilos que las manos de Moses encontraron ásperos. Ella cedió fácilmente,

pero, cuando todo terminó, sollozó un poco en la oscuridad y preguntó:

—Dios mío, ¿qué hemos hecho? —Su voz era tan amanerada como siempre—. Nadie me quiere más que para esto, pero yo creo que es por la educación tan rígida que recibí. Me educó una institutriz. Se llamaba Clancy. Y era tan severa. Nunca me dejaban jugar con otros niños...

Moses se vistió, le dio las buenas noches y un beso y salió del edificio sin ser visto.

Allá en la granja, Leander había protegido los cimientos de la vieja casa con algas y había contratado al señor Pluzinski para que limpiara el jardín. Sus hijos le escribían una o dos veces al mes, y él les escribía a los dos una vez por semana. Les echaba de menos y con frecuencia pensaba, mientras bebía su bourbon, en viajar a Nueva York y Washington, pero a la luz de la mañana no se sentía capaz de volver a marcharse de Saint Botolphs. Después de todo, ya había visto mundo. Estaba mucho tiempo solo, porque Lulú pasaba tres días a la semana con su hija, en el pueblo, y la señora Wapshot trabajaba tres días a la semana como dependienta en la tienda de objetos de regalo Anna Marie Louise, en Travertine. La actitud de Sarah dejaba bien claro que no lo hacía porque los Wapshot necesitaran dinero. Lo hacía porque le encantaba, y esa era la verdad. Todas las energías que poseía —y que tan bien había empleado para mejorar el pueblo— parecían haberse concentrado al fin en un interés por las tiendas de regalos. Quería abrir una propia en la sala principal de la granja. Incluso soñó con este proyecto, pero era algo de lo que Leander no quería ni oír hablar.

Es difícil saber por qué el tema de las tiendas de regalos despertaba, por un lado, la voluntad de vivir de Sarah, y por el otro, el más intenso desprecio de Leander. Cuando la señora Wapshot estaba de pie junto a una mesa cargada de jarrones de cristal coloreado, sonriendo a las amigas y vecinas que venían a gastar un poco de dinero y a pasar un rato, su equilibrio parecía maravillosamente firme. Este amor por las tiendas de regalos —este gusto

por la ornamentación— podía haber surgido como reacción a la incolora superficie de aquella costa en forma de tibia, o podía ser un deseo, perfectamente natural, de frivolidades sensuales. Cuando exclamaba, refiriéndose a un tenedor de ensalada labrado a mano o a un vaso pintado a mano, «¿A que es precioso?», lo decía con toda sinceridad. El cotilleo y el trato con las clientas le permitían ser tan sociable como lo había sido siempre en el Club de Mujeres; y la gente siempre había buscado su compañía. El placer de vender cosas y poner las monedas y los billetes en la vieja caja de lata que se usaba para este fin la complacía enormemente, porque nunca había vendido nada en su vida, salvo los muebles que estaban en el granero a la prima Mildred. Le gustaba hablar con los vendedores y Anna Marie Louise le pedía consejo para comprar los cisnes de cristal, los ceniceros y las tabaqueras. Con su propio dinero compró dos docenas de búcaros en forma de capullo que Anna Marie Louise no quiso comprar. Cuando llegaron los búcaros, desempaquetó el cajón ella misma, haciéndose un desgarrón en el vestido con un clavo y llenándolo todo de virutas. Luego lavó los búcaros y, poniendo una rosa de papel en uno de ellos, lo colocó en el escaparate. (Siempre había tenido aversión a las flores de papel, pero ¿qué otra cosa podía hacer después de las heladas?) El búcaro se vendió a los diez minutos de haberlo colocado en el escaparate y a los tres días se habían vendido todos. Estaba entusiasmada, pero no podía comentarlo con Leander y solo pudo decírselo a Lulú en la cocina,

El hecho de que su mujer trabajara le planteó a Leander el delicado asunto de las prerrogativas de los sexos y, habiendo cometido el gran error de endeudarse con Honora, no quería cometer otro. Cuando Sarah anunció que deseaba trabajar para Anna Marie Louise, él lo pensó mucho y decidió que no.

—No quiero que trabajes, Sarah —le dijo.

—Nadie te ha preguntado tu opinión —dijo Sarah.

Y eso fue todo. El asunto iba más allá de las prerrogativas de los sexos y entraba en el terreno de la tradición, porque muchas de las cosas que Sarah vendía estaban decoradas con barcos en el mar y pretendían despertar el romántico recuerdo de los buenos tiempos de Saint Botolphs como puerto. A lo largo de su vida, Leander había visto levantarse, sobre las ruinas de la costa y el puerto, una segunda costa y un segundo puerto de tiendas de regalos y de antigüedades, restaurantes, salones de té y bares donde la gente bebía ginebra a la luz de las velas, rodeados a veces de arados, redes de pesca, lantías y otras reliquias de una forma de vida, ardua y ordenada, de la que nada sabían. Leander pensaba que un viejo bote plantado con petunias quedaba bonito, pero cuando entró en un salón recién abierto en Travertine y se encontró con que la barra misma estaba hecha con un bote bifurcado, se sintió como si hubiera visto un fantasma.

Pasaba mucho tiempo en su hermosa habitación en la esquina sudoeste de la casa, con vistas al río y a los tejados del pueblo, escribiendo su diario. Se proponía ser sincero y, al recordar su pasado, era capaz de alcanzar un grado de franqueza que solo había conocido en sus más afortunadas relaciones de amistad. Tanto de joven como de viejo, siempre se había despojado de sus ropas con rapidez, y ahora esto le recordaba los variopintos placeres de la desnudez.

El autor fue a trabajar al día siguiente de la conversación sobre su pobre padre (escribía Leander). Me levanté antes del amanecer como siempre. Cogí los periódicos matutinos para el reparto y miré los anuncios de ofertas de trabajo. Vacante en J. B. Whittier. Gran fabricante de calzado. Terminé el reparto. Me lavé la cara. Me peiné con agua. Cubrí con tinta el agujero del calcetín. Corrí todo el camino hasta la oficina de Whittier. Estaba en el segundo piso de un edificio. En el centro. El primero en llegar. Poca luz en el

cielo. Amanecer de primavera. Llegaron otros dos chicos para el mismo puesto. Pájaros cantando en el parque. Espléndida hora. Un empleado — Grimes— abrió la puerta a las ocho. Hizo entrar a los solicitantes. Me llevó al despacho de Whittier. Ocho y media. Enfrentarse al león. Hombre robusto, sentado a la mesa, de espaldas a la puerta. No se volvió. Habló por encima del hombro. «¿Sabes escribir una carta? Vete a casa y escribe una carta. Tráela mañana por la mañana. A la misma hora.» Fin de la entrevista. Esperé en el antedespacho y vi a los dos solicitantes entrar y salir con el mismo resultado. Vi que los otros se marchaban. Pedí al empleado —de cara delgada— una hoja de papel y que me prestara una pluma. Lo hizo. Encabecé la hoja con J. B. Whittier. Escribí a un acreedor imaginario. Pedí ver al jefe otra vez. El empleado accedió. Me enfrenté al león por segunda vez. «Ya he escrito la carta, señor.» Tendió la mano sin volverse. Leyó la carta. Me pasó un sobre marrón por encima del hombro. Dirigido a un corredor. Brewster, Basset & Co. «Entrega esto y espera el recibo.» Fui corriendo hasta la oficina del corredor. Recuperé el aliento mientras esperaba el recibo. Regresé corriendo. Le entregué el recibo a Whittier. «Siéntate ahí en el rincón.» Estuve allí sentado durante dos horas sin que me mirara siquiera. En esos tiempos había más despotismo en los negocios. Los comerciantes eran más arbitrarios. Tiránicos. No había sindicatos. Al fin, después de dos horas, habló. «Quiero que te quedes ahí.» Señala el antedespacho. «Limpia las escupideras y luego pregúntale a Grimes lo que tienes que hacer. Él te dará trabajo.»

Recuerdos agradables, todos, hasta las escupideras. Comienzo de la vida comercial. Lleno de confianza en mí mismo. Decidido a triunfar. Llevaba un diario de máximas. Correr siempre. Nunca andar. Nunca anduve delante de Whittier. Sonreír siempre. Nunca poner mala cara. Evitar los pensamientos impuros. Comprar un vestido de seda gris a madre. El cambio de siglo estaba próximo. Progreso por todos lados. Nuevo Mundo. Dirigible en Salón de

Música. Fonógrafo en Salón de Horticultura. Primeras luces de arco en Summer Street. Tenían que cambiar la barra de carbono todos los días. Primera demostración del teléfono en el festival de Concord y Lexington. Frío. Multitudes. Nada de comer. Fui a Boston en el techo de un vagón de tren. Whittier, un príncipe de los negocios. Fábrica en Lynn. Oficina en Boston. El precio de los zapatos de 67 centavos el par a un dólar veinte. Todos vendidos a intermediarios del Oeste y del Sur. Beneficios de un millón al año. Trabajaba de siete a seis. Sonriendo. Corriendo. Aprendiendo.

Grimes, jefe administrativo. Mi mejor amigo en la oficina. Esbelto. Cabello sedoso. Dedos simiescos. Lujurioso, triste. A veces pesado. Hablaba mucho de su mujer. Felicidad conyugal. El color de sus ojos se oscurecía. Se pasaba la lengua por los labios. Conocía costumbres turcas, francesas, armenias, etcétera. A veces pesado, como ya dije. El autor, fascinado por la idea de su mujer. Cabellos dorados. ¿Una zorra, quizá? Fui con Grimes a su casa para conocerla. Excitado. Grimes abrió la puerta. La mujer habló desde la sala. Una voz fuerte. Desapareció la excitación. Una mujer grande, ancha de espaldas. Mejillas coloradas. Pesadas botas cubiertas de barro. «Hay chuletas de cerdo y judías verdes para cenar —dijo—. Quiero estar en el club a las ocho.» Grimes se pone el delantal. Prepara la cena. Corre de la mesa al fogón y del fogón a la mesa. La mujer engulle gran cantidad de comida. No habla mucho. Se pone un pesado abrigo y se marcha a su reunión con las botas embarradas. Una feminista. Grimes lava los platos. Dedos simiescos. Hombre triste.

Me encontré, aunque aún no era mayor de edad, poderosamente atraído por el sexo opuesto. Recogí a una buscona junto al río. Sombrero grande. Ropa interior sucia. Aires añiñados, pero no joven. ¿Qué importaba? Cabello rojo. Ojos verdes. Habló. «Qué bonito está el cielo», dice. Muy distinguida. El río huele a lodo. Al mal aliento del mar. Marea baja. Un beso con lengua.

Vientre contra vientre. Pongo la mano sobre su pecho. Unos niños se ríen detrás de los arbustos. Mentecatos. Caminamos en el crepúsculo, cadera contra cadera. «Tengo un cuartito en Belmont Street», dice. No, gracias. La llevé al terraplén del ferrocarril. Cenizas. Amapolas. Estrellas. La maleza, alta como vegetación tropical. Samoa. Me la t... allí mismo. Una sensación espléndida y magnífica. Olvidar durante media hora todas las pequeñeces. Venalidades. Preocupaciones económicas. Ambiciones. Me sentí renovado, generoso respecto a mi vieja y santa madre. La buscona se llamaba Beatrice. La vi a menudo después. Luego se fue a Nueva York. Llamaba con los anillos de cristal en las ventanas de la calle Veintitrés. Noches de invierno. Intenté encontrarla más adelante. Desaparecida. Puede que lo anterior sea de mal gusto. Si es así, el autor pide disculpas. El hombre ha nacido para las dificultades, como las chispas tienen que saltar hacia arriba.

Olores. Calor. Frío. Todas esas cosas son las que recuerdo más claramente. El aire en la oficina era fétido en invierno. Estufas de carbón. Volver a casa andando bajo el frío. Alegre. El aire en la calle venía de las montañas nevadas. Washington. Jefferson. Lafayette. Franconia, etcétera. Como una ciudad montañesa en invierno. Inhalar el olor de las hojas muertas en el parque. Inhalar el aire del norte. Más perfumado que ninguna rosa. Nunca me cansaba del sol y la luna. Siempre me decían que cerrara la puerta. Me dieron una semana de vacaciones en julio. Grimes informó al autor de que la intención era probar a otro chico —pariente de Whittier— para el puesto. No sirvió. Fui a Saint Botolphs con madre. Nos alojamos con unos primos. La casa seguía vacía. El porche se estaba cayendo. El jardín invadido por la maleza. Pocas rosas. Nadé en el río. Navegué. Pesqué trucha de kilo y medio en el lago de Parson. Un gran placer pasear por playas solitarias. Horas felices. El ruido de las olas como el del ferrocarril de Nueva York, New Haven, Hartford. Rayas muertas bajo los pies. Algas con formas de

cornamentas, flores, enaguas. Conchas, piedras. Todas cosas sencillas. En la luz dorada, recuerdos del paraíso, quizá; de la juventud, probablemente, de la inocencia. En las playas está la alegría y la amargura de la perpetua juventud. Incluso ahora. Oigo el cuerno de Neptuno. Huelo el viento del este. Y me muero por ir. Envuelvo unos sándwiches.

El bañador. Cojo el autobús de la playa. Irresistible. Quizá lo llevo en la sangre. Padre les leía Shakespeare a las olas. Un puñado de guijarros en la boca. ¿Demóstenes?

Planifiqué mi vida cuidadosamente. Gimnasia. Vela en verano. Leer a Plutarco. Nunca falté a la oficina. Ni un solo día. Aumento de sueldo. Aumento de responsabilidad. Otros indicios de éxito. Una noche de invierno. Los empleados se preparan para irse a casa. Limpian las plumas. Resguardan las chimeneas. Whittier me llama a su sanctasanctórum. Hombre de facciones toscas. Fuerte. Sufría de flatulencia. Tenía un barrilito de whisky en un rincón de su despacho. Bebía con una paja directamente. Me tuvo media hora esperando. Oí los pasos del último empleado, Grimes, bajar las escaleras.

—¿Te gusta el negocio, Leander? —dice.

—Sí, señor.

—No seas tan condenadamente servil —dice—. Pareces un criado negro.

Carraspea. Usa la escupidera. De pronto se derrumba en el sillón. ¿Triste? ¿Enfermo? ¿Malas noticias? ¿Bancarrota? ¿Fracaso? ¿Algo peor?

—No tengo ningún hijo —dice.

—Lo siento, señor Whittier.

—No tengo ningún hijo varón —dice otra vez. Levanta la cara. Lágrimas en los ojos. Lágrimas corriendo por sus mejillas—. Trabaja mucho —dice—. Confía en mí. Te trataré como a un hijo. Ahora, buenas noches, muchacho.

Me da una palmadita. Me manda a casa.

Sentimientos mezclados de ambición y ternura. Mi entusiasmo por el

negocio. Whittier y Wapshot. Wapshot y Cía. Enamorado del negocio de calzados. Haría cualquier cosa por el jefe. Visiones de salvarle de un edificio en llamas, de un naufragio. Los herederos, furiosos al abrirse el testamento. Éxito asegurado. Cené deprisa. Leí a Plutarco en la habitación helada. Guantes puestos. Sombrero. El aliento humeaba. Llegué a la oficina media hora antes, al día siguiente. Corrí. Sonreí. Escribí cartas. Compartí el almuerzo con Grimes.

—¿Cómo vas con J. B.? —pregunta.

—Bien.

—¿Te ha llamado ya a su despacho y te ha dicho que no tiene hijos?

—No —dije.

—Pues lo hará —dijo Grimes—. Te llamará a su despacho al final del día y te dirá que trabajes mucho y que confíes en él y que él te tratará como a un hijo. Lo hace con todos. Hasta con el viejo Thomas, que tiene setenta y tres años. Un poco viejo para ser su hijo.

El autor trató de disimular su decepción. Grimes lo sabía. Intenté que me sirviera esa experiencia. Continué haciendo el papel de hijo modelo. Hipócrita, pero eran las reglas del negocio. Oculté mi independencia natural. Parecía sumiso. Obediente. El resultado fue que recibí muchos sermones de padre a hijo. Consejos típicos de los comerciantes de entonces. «Nunca le des crédito a un hombre con el pelo largo. Nunca te fíes de los hombres que fuman cigarrillos, ni de los que llevan zapatos escotados.» El comercio era una religión. Llena de astucia. También de superstición. En mis fantasías empecé a pensar en casarme con la hija de Whittier. Hija única. Harriet. Intenté abandonar esa idea, pero el propio viejo me animó. Me invitó a cenar a su casa.

Me compré un traje negro. Después de vestirme, esa noche histórica, fui a la cocina a despedirme de madre. Sin noticias de Hamlet. Preocupada por su

hijo preferido. «No dejes de limpiarte la boca con la servilleta —dijo—. Supongo que ya sabes que tienes que levantarte cuando entra en la habitación una dama o una persona mayor. Venimos de una familia educada. No siempre hemos sido pobres. No dejes de usar la servilleta.»

Fui a pie a casa de Whittier en la zona sur. Un criado abrió la puerta y cogió mi abrigo. La casa aún está en pie. Ahora el barrio es un suburbio. Una casa de buen tamaño, pero no palaciega como parecía entonces. Flores de invernadero. Papel en las paredes. El reloj dio la hora. Conté las campanadas. Catorce. La señora Whittier salió a mi encuentro en la puerta de la sala, salón. Esbelta, airosa. Dos collares. Cuatro pulseras. Dos anillos. Saludé al jefe, luego a la hija. Un collar. Dos pulseras. Dos anillos. Grande. Cara de caballo. Mis esperanzas frustradas. No había lugar al amor, al matrimonio. Las necesidades humanas no son tan simples. Además me había olvidado de vaciar la vejiga. Incómodo. Aquello condicionaba todo. Conté los cuadros de la pared. Catorce. Todos preciosos. Naturalezas muertas. Tormentas en el mar. Una italiana o una egipcia junto a un pozo. Curas franceses jugando al dominó. Paisajes extranjeros. Papel hasta en el techo.

Cené mucho. Ambiente elegante, pero los modales no tan buenos como en West Farm. Whittier eructó dos veces. Las dos, fuerte. Después de la cena, la señora Whittier cantó. Se puso unos lentes. Colocó lámparas sobre la mesa. Canciones de amor. Voz chillona. Lentes. Lámparas brillantes hacían parecer a la anfitriona vieja, seca. Después del concierto, el autor se despidió. Volví a casa andando. Encontré a madre en la cocina. Cosiendo a la luz de la lámpara. Vieja ya. Echaba de menos a Hamlet. «¿Lo pasaste bien? ¿Te acordaste de usar la servilleta? ¿Te parece ahora esta casa fea y oscura? Cuando yo era joven, más joven que tú, fui a visitar a mis primos Brewster en Newburyport. Tenían carruajes de caballos, criados, una casa grande. Cuando regresé a Saint Botolphs, mi casa me pareció fea y oscura. Me hizo pensar.»

Sermón de padre a hijo cuatro semanas después, ya anochecido como siempre. Los empleados se marchaban. Las chimeneas se apagaban.

—Siéntate, Leander, siéntate —dijo—. Te dije que si confiabas en mí y trabajabas mucho, te trataría como a un hijo, ¿verdad? Nunca le había dicho eso a nadie. Tú lo sabes, ¿verdad? Me crees, ¿verdad? Ahora, voy a demostrarte lo que quería decir. Las prácticas comerciales están cambiando. Voy a mandar a un vendedor a viajar. Quiero que tú seas ese vendedor. Quiero que vayas a Nueva York en mi nombre, representándome. Quiero que visites a mis clientes, como si fueras mi hijo. Consigue pedidos. Comportate como un caballero. Cuando vayas a Nueva York, quiero que te des cuenta de lo que estás haciendo. Quiero que te des cuenta de que J. B. Whittier es más que un negocio. Quiero que pienses en la empresa como si fuera tu madre, nuestra madre. Quiero que pienses que esta viejecita necesita dinero y que tú vas a Nueva York a ganar dinero para ella. Quiero que te comportes y te vistas y hables como si representaras a esta viejecita. Cuando pidas tus comidas y te hospedes en un hotel, quiero que gastes el dinero comprendiendo que pertenece a esta viejecita.

Abundante exhibición de llanto. Los dos nos entendíamos.

Cantar de barcos nocturnos. El autor conoce todo eso. El río Fall, Bangor, Portland, cabo May, Baltimore, el lago Erie, el lago Hurón, Saint Louis, Memphis, Nueva Orleans. Palacios flotantes. Colchones de cáscara de maíz. Música sobre el agua. Partidas de cartas de una noche. Amistades de una noche. Chicas de una noche. Todo acabado con la primera luz del alba. Primera travesía tranquila. El mar como un cristal. Muchas luces brillando en el agua. Pocas luces en la costa. La gente observaba desde los porches, prados, puentes, cúpulas, los palacios que se deslizaban sobre el agua. Ponían sus relojes en hora al verlos pasar. Compartí camarote con desconocido. Metí el reloj, el dinero y los cheques en el calcetín y luego me lo puse. Dormí en el

colchón de cáscara de maíz, anhelando la aparición de las ninfas del barco nocturno. Iba a la gran ciudad a ganar una fortuna para la viejecita. J. B. Whittier y Cía.

Me presenté en la Casa Hoffman, como me habían ordenado. El primer cliente me hizo un pedido de ochocientos dólares. El segundo un pedido un poco más elevado. Vendí cinco mil dólares en tres días. Telegrafíé para confirmar los últimos pedidos. Dormí todas las noches con reloj, dinero, etcétera, en el calcetín. Volví en tren, cansado pero contento. Fui directamente a la oficina. J. B. esperándome. Se me echó al cuello. El regreso del hijo pródigo. El héroe triunfador. Llevó al hijo predilecto a cenar en Casa Parker. Whisky, vino, pescado, aves. Luego, al burdel de Chardon Street. Mi segunda visita. La primera vez con Jim Graves. Murió en Saint Botolphs, como ya dije. Los baptistas seguían cantando. «Guíanos, Luz Benefactora.» Al parecer, su himno preferido.

El muchacho canoso. Pedía consejo sobre fabricación, comercialización, etcétera. Finalmente planteó el tema del matrimonio. El mismo lugar y la misma hora del día que para las charlas confidenciales.

—¿Piensas casarte, muchacho, o vas a quedarte soltero toda la vida? —dice.

—Pienso casarme y formar una familia, señor —digo.

—Cierra la puerta y siéntate. ¿Tienes novia? —pregunta.

—No, señor.

—Bien, yo tengo una novia para ti. Vive con sus padres en Cambridge. Enseña en la escuela dominical. No tiene más que dieciocho años. Toma un trago de whisky. —Se acercó al barrilito del rincón. Bebimos con la paja por turnos. Volvimos a sentarnos—. El hombre nacido de mujer —dijo— tiene una vida corta y llena de miserias. —Empiezan los llantos. Generosa exhibición de lágrimas—. He perjudicado a esta joven, Leander. La forcé.

Pero será una buena esposa para ti. —Fuertes sollozos—. No es ligera ni licenciosa. Yo fui el primero. Si te casas con ella, te daré mil dólares. Si no te casas, me ocuparé de que no consigas trabajo ni en Boston ni en ningún sitio donde conozcan mi nombre. Contéstame el lunes. Vete a casa y piénsalo. — Se puso en pie. Era muy pesado. El muelle de la silla giratoria saltó—. Buenas noches, hijo.

Bajé las escaleras despacio. El aire de la noche olía a montaña, pero no para mí. Gris y detestable ciudad del norte. Todo negro salvo las luces de gas; mantas color mostaza en las caballerizas. Nieve sucia bajo los pies. Mezcla de nieve y bostas de caballo. Cinco años perdidos en el negocio. Padre muerto. Hamlet nunca volvería. Único apoyo de santa madre. ¿Qué hacer? Cené con madre. Subí a mi habitación helada. Me puse el abrigo. Miré el cuaderno de resoluciones. Evitar los pensamientos impuros. Correr, nunca andar. Sonreír. Nunca poner mala cara. Ir al gimnasio dos veces por semana. Comprar a madre vestido de seda gris. No me servía de nada. Pensé en Albany. Encontrar trabajo allí. Vivienda. Empezar de nuevo. Me decidí por Albany. Hacer las maletas el domingo. Marcharme el lunes. No volver a ver a Whittier. Bajé a la cocina. Madre junto al fogón. Cosiendo. Mencioné Albany. «Espero que no estés haciendo planes para marcharte allí —dijo—. Has sido un buen chico, Leander, pero sales a tu padre. Él siempre creyó que, si podía irse a algún sitio donde no le conocieran, sería rico y feliz. Era su gran debilidad. Era un hombre débil. Si quieres marcharte, por lo menos espera hasta que yo me muera. Espera hasta que Hamlet vuelva a casa. Recuerda que soy vieja. El frío me hace daño. Boston es mi único hogar.»

Fui a la iglesia el domingo. Dios comprendería mi aflicción. Me arrodillé. Por primera vez recé con toda mi alma. Festividad de San Marcos. Epístola de san Juan. Miré por toda la iglesia en busca de un símbolo que me revelara la elección. Nudos gordianos, cabezas de ovejas y de leones, palomas,

esvásticas, cruces, espinas y ruedas. Nada. Como preguntarle a una piedra. «He rezado por ti —dijo madre. Me cogió del brazo—. Albany está llena de irlandeses y de otros extranjeros. No irás allí.» Más tarde vino Jared. Tocaron *Acis y Galatea*. Odié la música. ¿Acaso pasaba hambre Acis? ¿Era Galatea el único sostén de su anciana madre? Los mortales tenían tribulaciones más graves.

El lunes me desperté antes del amanecer. A las dos o las tres de la mañana. Indeciso e insomne. Me senté junto a la ventana e intenté tomar una decisión. La ciudad dormía. Pocas luces. Me acordé de West Farm. ¡Aquellos maravillosos veranos! Me acordé de padre. Su vida se había vuelto insoportable por falta de dinero. La moraleja de toda la historia parecía ser: Gana dinero. En el infierno no hay fuego que abraza como la necesidad. La pobreza es la raíz de todos los males. ¿Quién es el ladrón? Un hombre pobre. ¿Quién es el borracho? También un pobre. ¿Quién hace que su hija abra las piernas ante los desconocidos en Chardon Street? El hombre pobre. ¿Quién deja huérfano a su hijo? El pobre.

Estos razonamientos calmaron algo los escrúpulos morales, pero la decisión iba contra instintos más profundos. Románticos quizá. Soñaba a menudo con una bella esposa, que me esperara en la rosaleda al final del día. Una casita blanca. Periquitos en los árboles en flor. Todo esto lo perdía. Sin embargo no veía otro camino. Una suave luz aparecía en el cielo. El amanecer. El ruido de un coche de caballos temprano que subía por Joy Street. Fui a ver a Whittier a primera hora de la mañana. «Estoy dispuesto, señor», dije. Me contó sus planes. Tenía que ir a ver a la chica esa tarde. Casarme con ella al cabo de una semana o dos. Cuando llegara el momento del parto, llevarla a una dirección en Nahant. Dejar a la criatura allí. ¿Infanticidio? Después del nacimiento de la criatura, él depositaría mil dólares en un banco de Nueva York en una cuenta a nombre del autor.

Esa noche me puse mi mejor traje negro después de cenar y fui a la dirección en Cambridge. Noche primaveral. Temperatura de veinte grados. El viento del sur sonaba en los árboles aún pelados como los palillos de un tambor. Muchas estrellas. Luz suave. Diferente de las constelaciones de invierno. La casa en las afueras de Cambridge. Perros hambrientos ladraban al paso del autor. No había aceras. Tablones de madera sobre el barro. Casa pequeña entre unos árboles. Llamé a la puerta con angustia. Abrió un hombre alto. Pelo blanco. Patillas. Cara demacrada. ¿Enfermo, quizá? A su espalda, una mujer lívida, sosteniendo una lámpara. La mecha flotaba en un aceite amarillo. Terminados los saludos, seguí al viejo matrimonio a la sala, vi a mi futura esposa.

Una muchacha bonita. Cabello como el ala del cuervo. Cutis níveo. Muñecas finas. Sentí pena y simpatía por ella. Forzada por el viejo cabrito flatulento entre los matorrales después de la merienda campestre de la escuela dominical. El jefe era mal visto hasta entre las mujeres de Chardon Street. Niños perdidos en el bosque; ella y yo.

—Padre estaba leyendo la Biblia —dice la madre.

—Lucas —dice el viejo—. Capítulo siete, versículo treinta y uno.

Lee la Biblia durante una hora. Termina con oraciones. Todos de rodillas. Entonces me despedí.

—Adiós, señor Wapshot —fueron las únicas palabras que pronunció mi futura esposa.

Volví a casa, pensando. ¿Era estúpida? ¿Sabría cocinar?

Llevé a Clarissa a la iglesia el domingo siguiente. En compañía de sus padres. De camino, le hice una proposición de matrimonio. «Me gustaría casarme con usted, señor Wapshot», dijo. Un poco de felicidad, entonces. El panorama no era desesperado. Pensé en el tiempo después del nacimiento del niño. Ahora venía tiempo tormentoso, pero ¿por qué no iba a haber calma

después? La iglesia era baptista. Día soleado. Me quedé dormido durante el sermón. Esa noche le conté a madre los planes. La santa anciana ni pestañeó. Nunca le conté los hechos, por si acaso. El laconismo, como la ceguera, parece que desarrolla otras facultades. Los poderes de adivinación. Me casé el domingo siguiente en la iglesia de la Ascensión. El padre Masterson ató el vínculo. Un buen tipo. Madre fue el único testigo. Dios bendiga a la querida anciana. Fuimos de la iglesia a la estación del Norte. Cogimos el tren a Franconia.

Viaje tedioso en tren de cercanías. Paraba en todos los patios traseros. O lo parecía. La parte de atrás de todos los graneros del camino tenían anuncios pintados. Elixires. Píldoras para el hígado. Viejos carteles de circo. Bacalao seco. Té. Café. En la parte de atrás de un granero de Saint Botolphs ponía: ALMACENES BOSTON. LOS PRECIOS MÁS BAJOS.

Mi joven esposa morena, vestida con sus mejores galas. Se hacía ella misma toda su ropa. Dulzura, gracia. Recuerdo la finura de sus muñecas y tobillos. Fugaz alegría o tristeza en su rostro. Mucha franqueza. El verdadero sentido de la belleza fluye de una mujer hermosa. Poesía. Música. Hace que todo lo que toque parezca una revelación. La mano del autor. El feo vagón de tren. «Una vez fui a Swamscott en el tren», dijo. Su voz musical convirtió el viaje en un poema. Cisnes. Música de arpas. Fuentes. Swamscott no vale nada y los trenes son iguales en todas partes. Muchacha flexible y fragante, que llevaba la semilla de un duende. Profundo sentimiento de compasión. También plomo en el lápiz.

Llegada a Franconia. Tomamos un simón para ir a la pensión. Ocho dólares a la semana. Región norteña. Noches frías hasta en pleno verano. Cena fría en comedor lúgubre. No importaba. El amor es ciego al pudin frío, a la lívida patrona, a las manchas del techo. La cámara nupcial, un gran dormitorio de granja. El agobiante cabecero de la cama, pintado con uvas

moradas. La estufa de hierro estaba ardiendo. Nos desnudamos a la luz y al calor del fuego.

No había pesca en las cercanías. Paseaba con mi esposa por las colinas. Paisajes preciosos. Azulados montes en la distancia. Viejos lagos. Viejas montañas. Campo agreste, al norte de las ciudades industriales. Entonces florecientes. Ahora arruinadas. (Incapaces de superar la competencia entre el sur y el oeste.) Cultivos marginales. Campos pedregosos. La mayoría de los pueblos de los montes abandonados ya entonces. Cimientos excavados, edificios en ruinas en los bosques. Casas, escuelas, incluso iglesias. Los bosques de las proximidades aún intactos. Ciervos, osos, algunos lince. Joven esposa cogía ramilletes de flores de los jardines plantados por esposas de granjeros que ya se habían marchado. Rosas inglesas. Lirios. Flox y primaveras. Trajo algunas a la cámara nupcial. Las puso en una jarra. Verdadero amor a las flores. Un tiempo perfecto para recoger el heno. El autor trabajó en el campo con los hijos del granjero. Tormenta al final del día. Nubes oscuras acumulándose. Canto del gallo. Profundo sonido de piedras rodando por las colinas. Meter el heno en el granero antes de que llueva. Relámpagos. La pesada carreta se pone a salvo justo cuando caen las primeras gotas. Mucho después del anochecer, del fin de la lluvia, el abrazo de la esposa devuelve al autor todas las cosas buenas. La magia de la recogida del heno. El calor del sol. El fresco de la tormenta.

Las vacaciones se acaban demasiado pronto. Nos despedimos de los montes, los prados, los pastos, los campos, con verdadera pena. Pinckney Street, Whittier, Grimes, etcétera. Santa madre fue cariñosa con mi mujer, nunca fue tan cariñosa con nadie, excepto con Hamlet. Nunca hablaba de los problemas, pero parecía intuir nuestra situación de niños perdidos en el bosque. Nada de conveniencia en este matrimonio, sin embargo. Concertado en el cielo, parecía. La dulce muchacha se levantaba al mismo tiempo que el

autor a primera hora de la mañana. Zurcía calcetines, hacía la cama matrimonial, limpiaba los tubos de las lámparas, daba cera al piano de palo de rosa. Pensaba a menudo en el futuro. Deshacernos del niño del duende y formar una familia propia. Vivir en una casita cubierta de rosas después del fallecimiento de anciana madre. En la iglesia, el autor daba gracias a Dios por la dulzura de la esposa. Rezaba con toda el alma. Nunca había tenido ocasión de agradecer ninguna otra cosa. La esposa cantaba a veces por las noches, acompañada por santa madre en el piano de palo de rosa Hallet & Davis. Voz modesta en registro, pero alta y muy clara. Un espíritu dulce, bueno, cariñoso y amable.

El pequeño duende muy activo. Abdomen hinchado, pero no estaba desfigurada. Se cansaba fácilmente en los días de la canícula. El parto se esperaba para octubre. Me envió recado a la oficina una tarde. Me marché a las tres. Encontré las maletas hechas, la de la esposa y la del autor. Tomamos un tren a Nahant. Alquilamos coche para ir a la granja Rutherford. Llegamos allí a las nueve o más. La casa a oscuras. Olí a sal en el viento. Oí el ruido fuerte y regular de las olas. Usamos la campanilla y el llamador. Abrió la puerta una mujer pálida en camisón y mantón. El pelo con bigudíes. «No sé sus nombres —dijo—. Y no quiero saberlos. Cuanto antes se vayan de aquí, mejor.» Encendimos la lámpara. Deshicimos las maletas. Nos acostamos. Mi esposa durmió mal. Habló en sueños. Palabras confusas. Escuché toda la noche su inquieto dormir; también el afanarse del mar. Por el sonido de las olas, la playa parecía llana y pedregosa. Distinguí el chocar y rodar de las piedras. Antes del amanecer, ruidos del cubo de leche y del ganado. Desperté temprano. Me lavé con agua fría. «Tomarán las comidas en la cocina —dijo la mujer pálida—. En la medida que puedan, se harán sus cosas. No voy a andar recogiendo detrás de ustedes.»

El marido se presentó en el desayuno: metro sesenta y cinco, sesenta kilos.

Escuchimizado. Un ejemplar deficiente. Parecía dominado por su mujer. Antiguo propietario de caballerizas, o eso decía. Historias de prosperidad. En un tiempo poseyó el guardarropa más grande de Nahant. Sesenta y cuatro caballos. Siete caballerizos en plantilla. Todo perdido en la epidemia. Mostró documentos de su esplendor. Factura pagada de mil dólares por forraje. También facturas del sastre, del carnicero, del tendero. Todo perdido. Paseé con Clarissa por la playa. Querida esposa recogió en su falda piedras de colores y conchas. El día pasó despacio. La situación parecía un nudo gordiano y, para cortarlo, expresé sueños de futuro.

Pinté cuadro color de rosa de casita en el campo, niños a nuestro alrededor, vida agradable. El resultado de estas fantasías fue hacer llorar a la esposa.

Los dolores de parto empezaron a las siete. Mojó la cama. Rompió aguas o algo así. El autor no está familiarizado, ni siquiera ahora, con la jerga de obstetricia. «Padre nuestro que estás en los cielos», dijo Clarissa. Rezó todo el rato. El dolor era intenso. Primera experiencia en estas cosas. Sostuve a la esposa en mis brazos cuando empezaron las contracciones. La pálida dueña esperaba en la habitación contigua. Oía el ruido de la mecedora. «Póngale la manta sobre la boca —dijo—. La van a oír en casa de los Dexter.» Contracción más violenta a las once. De pronto, vi sangre, la cabeza de la criatura. La dueña entró corriendo. Me echó de allí. Le pidió al marido calzonazos que trajera agua caliente, trapos, etcétera. Mucho ir y venir. La pálida dueña apareció a las dos de la madrugada. «Tiene usted una hija», dice. ¡Transformación mágica! Parecía que no había roto un plato en su vida. Entré a ver a la niña. Dormida en una caja de jabones. Clarissa también dormía. La besé en la frente. Pasé la noche sentado en una silla. Por la mañana di un paseo por la playa. Nubes formadas como las ondas de una concha de venera. La luz del mar se proyectaba sobre ellas. La imagen del cielo aún está vívida en mi memoria. Volví a la habitación de puntillas. Abrí

la puerta. Clarissa en la cama, sonriente. Cascadas de pelo negro. La criatura en el seno, hinchado por la leche. El autor lloró por primera vez desde que dejó el río West. «No llores —dice Clarissa—. Yo estoy contenta.»

Los pesados pasos de la pálida dueña. La transformación continuaba.

—Dios te bendiga, mi niñita bonita —le dice a la criatura. Voz alta y chillona—. Mira qué deditos tan preciosos. Mira qué piecitos tan lindos. Me la voy a llevar.

—Déjela mamar un rato —pide Clarissa.

—Déjela terminar de comer —digo yo.

—Bueno, ustedes no se van a llevar a la niña —repone ella—, y puesto que no se la van a llevar y no va a ser su hija, no tiene sentido que la amamante.

—Déjela mamar un poco más —dice Clarissa.

—Yo no soy quién para juzgar a los demás —replica la mujer—, y no me meto en lo que no me importa, pero si usted no hubiese hecho algo malo, no habría venido a dar a luz en este lugar dejado de la mano de Dios, y cuando una criatura bebe la leche de una madre que ha hecho algo malo, toda la maldad, la pecaminosidad y la lujuria pasan a la criatura con la leche de la madre.

—Tiene usted muy mala lengua —digo yo—, y le agradeceríamos que nos dejara solos.

—Déjela mamar un poco más —pide Clarissa.

—Yo no hago más que lo que me pagan por hacer —repone la mujer— y, además, ella es una criatura de Dios y no está bien dejar que absorba todas las debilidades de otro nada más nacer.

—Váyase de aquí —digo.

—Tiene razón, Leander —reconoce Clarissa, y aparta a la niña de su hermoso pecho y se la entrega a la intrusa.

Luego volvió la cara y se echó a llorar.

Lloró todo el día, toda la noche. Lloró hasta empapar de lágrimas la cama. Por la mañana la ayudé a vestirse. Estaba demasiado débil para vestirse sola, demasiado débil hasta para recoger su pelo negro, y yo se lo levanté, mientras ella lo sujetaba con horquillas. Salía un tren para Boston a las nueve y envié un recado para que nos recogiese un coche a tiempo de tomarlo. Luego hice las maletas y las llevé al borde del camino. Entonces oí a la dueña gritar.

—Oiga, oiga, ¿dónde está la chica? —Parecía una arpía—. Se ha escapado. Ve a casa de los Dexter, ve por ese camino. Yo iré por el camino de conchas. Tenemos que alcanzarla.

Sale corriendo con sus botas embarradas. Allá va el antiguo propietario de caballerizas con su rastrillo de estiércol. Persiguen a la presa por el horizonte. Oí a la niña llorando en el jardín. Gimiendo, más bien. Clarissa había huido, pero no había ido lejos.

Un peral del jardín estaba podado en forma de fuente, o de sombrilla, quizá. Una airosa tienda de hojas. Debajo estaba sentada Clarissa. El corpiño desabrochado. La camisola desatada. La niña en el pecho. Espantoso llanto. No hablamos, ni ella ni yo. Solo miradas. Nada de explicaciones, ni nombres siquiera. La niña mamaba, pero lloraba al mismo tiempo. Empezó a caer una ligera lluvia, pero no sobre nosotros. El peral nos cobijaba. La niña se durmió. Cuánto tiempo estuvimos allí, no lo sé. Quizá media hora. Observé que el camino de conchas de ostra se oscurecía por la lluvia. Ninguna gota nos tocó.

—Tengo más lágrimas que leche. Tengo más lágrimas que leche. Se me han secado los pechos de tanto llorar.

Llevó a la niña dormida a la casa, protegiéndola de la lluvia con la cabeza y los hombros, y la dejó en la caja de jabones, en la cocina, cerca del fogón. Cogimos el coche para ir a la estación.

No deseo hacer hincapié en asuntos sórdidos, pesadumbres, etcétera. La

bestialidad del dolor. Hay veces en la vida en que solo se puede contar con la voluntad primaria para vivir. Olvidar. Olvidar. (Con esto Leander quería decir que Clarissa se ahogó en el río Charles aquella noche.) A la mañana siguiente cogí el tren a Saint Botolphs con anciana madre y la pobre Clarissa.

Día nublado. No hacía frío. Vientos variables. Sur, suroeste. Ataúd en la estación. Unos pocos curiosos mirando. El padre Frisbee dijo la oración fúnebre. Ya viejo; buen amigo. La sotana ondeando al viento. Se veían botines anticuados, calcetines gruesos. La tumba familiar está en la colina, sobre el río. El agua, los montes, los campos me devolvieron la primera sensación de realidad. Nunca me volvería a casar. El tejado de la vieja casa visible a lo lejos. Morada de ratas, ardillas, puercoespines. Casa embrujada para los chiquillos. El viento amainó en mitad de la oración. Un lejano, eléctrico olor a lluvia. Un sonido entre las hojas; rastrojos. Solo vivimos un breve instante, dice el padre Frisbee. Está muy apenado. La lluvia es más elocuente, consoladora y piadosa. El primer sonido que percibió el oído humano.

El hombre gordo que le había dado consejos a Coverly sobre la manera de afeitarse empezó a ir a su habitación por las noches, después de cenar, y a aconsejarle sobre la manera de progresar en el mundo. Era un viudo que tenía una casa en algún sitio al norte, donde pasaba los fines de semana, pero ahorrraba unos centavos viviendo en una casa de huéspedes, para tener un retiro tranquilo. Tenía un puesto en la Administración y opinaba que Coverly debía ingresar en las nóminas de esta. Le traía esos periódicos en los que aparecen las posibilidades que ofrece la Administración y no paraba de indicarle oportunidades para licenciados de grado medio o para especialistas preparados por las escuelas de la Administración. Ese año había demanda de programadores, y le indicó a Coverly que esto sería lo mejor para él. El gobierno le pagaría la mitad de sus gastos de enseñanza en el instituto MacIlhenney. Era un curso de cuatro meses y si aprobaba los exámenes quedaría contratado por el gobierno a cambio de setenta y cinco dólares a la semana. Aconsejado y animado por su amigo, Coverly se matriculó en clases nocturnas de programación. Esto significaba traducir experimentos de física a símbolos —o cintas— que pudieran introducirse en una computadora.

El horario de Coverly era el siguiente: fichaba en el reloj de Warburton a las ocho y media y bajaba por una escalera al sótano. El aire era de lo más desagradable: el mal olor y el ambiente cerrado de la trastienda de unos grandes almacenes. Los demás empleados del almacén eran de diversas edades —uno de ellos tenía sesenta y tantos años— y a todos les hacía gracia

el acento nasal de Coverly y sus referencias a la vida en Saint Botolphs. Desembalaban la mercancía a medida que llegaba y la enviaban en los montacargas a los distintos departamentos. Cuando había rebajas, a veces trabajaban hasta medianoche, descargando colgadores de abrigos ribeteados de piel o cajas de sábanas. Tres noches a la semana, al terminar el trabajo en Warburton, Coverly firmaba en el registro del instituto MacIlhenney. Este se hallaba en el cuarto piso de un edificio de oficinas que parecía albergar muchas otras escuelas, institutos de fotografía, periodismo y música. El único ascensor que funcionaba por las noches era un montacargas, manejado por un hombre de cierta edad vestido con mono, el cual, frunciendo los labios, conseguía una buena imitación de una trompa. Interpretaba la obertura de *Guillermo Tell* mientras llevaba a sus pasajeros arriba y abajo y le gustaba que le alabasen. Había veinticuatro alumnos en la clase de Coverly y el profesor era un hombre joven que también debía de llevar muchas horas de trabajo cuando llegaba a ellos. La primera clase consistió en una charla de orientación sobre la cibernética o automatización, y si Coverly, con su carácter levemente sardónico, había estado predispuesto a encontrar alguna ironía en sus futuras relaciones con una máquina pensante, fue rápidamente disuadido. Luego se pusieron a memorizar el código.

Era como aprender un idioma y este era rudimentario. Todo se aprendía de memoria. Tenían que memorizar cincuenta símbolos por semana. Les hacían preguntas durante quince minutos al principio de cada clase y, al final de las dos horas, les hacían pruebas de velocidad. Después de un mes, los símbolos —como el estudio de cualquier lenguaje— habían comenzado a dominar la mente de Coverly, quien, mientras iba andando por la calle, había adquirido la costumbre de convertir los números de las matrículas, los precios de los escaparates y las cifras de los relojes en símbolos que pudiera leer la computadora. Al terminar la clase, a veces tomaba un café con un amigo que

iba a clases cinco días a la semana. Se llamaba Mittler y la otra escuela a la que asistía era la Dale Carnegie. A Coverly le tenía impresionado ver cómo había aprendido Mittler a hacerse agradable y atractivo. Moses fue un domingo a ver a Coverly y pasaron el día pateando las calles y bebiendo cerveza, pero, cuando llegó la hora de que se fuera, la separación fue tan dolorosa para ambos que Moses nunca volvió. Coverly pensaba ir a pasar las Navidades en Saint Botolphs, pero le surgió la oportunidad de hacer horas extras en Nochebuena y la aprovechó, ya que, después de todo, estaba en la ciudad para hacer fortuna.

Todas las cosas del mar pertenecen a Venus: las perlas y las conchas y el oro de los alquimistas y las algas y el olor salobre de las mareas muertas, el verde del agua cerca de la costa y el morado más afuera y el gozo de las distancias, todo esto es de Venus, pero ella no sale del mar para todos nosotros. Ella salió para Coverly por la puerta giratoria de una sandwichería, donde él había ido a tomar algo después de las clases en el instituto MacIlhenney. Era una muchacha delgada y morena, que se llamaba Betsey MacCaffery; criada en las malas tierras del norte de Georgia, era huérfana. Esa noche, tenía los ojos rojos de llorar. Coverly era el único cliente que había en el establecimiento. Ella le trajo un vaso de leche y un sándwich dentro de un sobre, y luego se fue al otro extremo del mostrador y se puso a fregar platos. De vez en cuando daba un profundo y trémulo suspiro; un sonido que la hacía parecer, inclinada sobre el fregadero, tierna y desnuda. Cuando se había comido la mitad del sándwich, Coverly le habló.

—¿Por qué llora?

—Dios mío —dijo ella—. Sé que no debería llorar delante de extraños, pero el jefe ha entrado hace un momento y me ha visto fumando un cigarrillo

y me ha echado una bronca. No había nadie en el establecimiento. Siempre hay poca gente a estas horas cuando llueve, pero eso no es culpa mía, ¿verdad? No tengo nada que hacer cuando llueve y no me voy a poner ahí fuera a pedirle a la gente que entre. Pues hacía veinte, veinticinco o treinta minutos que no venía nadie, así que me he metido en la trastienda y he encendido un cigarrillo y enseguida ha entrado él, olfateando como un cerdo, y me ha echado una bronca. Me ha dicho unas cosas horribles.

—No haga caso de lo que diga.

—¿Es usted inglés?

—No —dijo Coverly—. Soy de un sitio que se llama Saint Botolphs. Es un pueblo, al norte de aquí.

—Se lo he preguntado porque no habla usted como los demás. Yo también vengo de un pueblo. No soy más que una chica de pueblo. Creo que a lo mejor ese es mi problema. No tengo la piel dura que hace falta para vivir en esta ciudad. He tenido tantos problemas esta semana. Cogí un apartamento con mi amiga. Tengo, o quizá debería decir tenía, una amiga, Helen Bent. Pensé que era una amiga de verdad. Desde luego ella me hizo creer que era mi mejor amiga. Bueno, pues como éramos tan buenas amigas parecía natural coger un apartamento juntas. Éramos inseparables. Eso decía la gente. No puedes invitar a Betsey sin invitar a Helen, decían. Esas dos son inseparables. Pues cogimos este apartamento juntas, mi amiga y yo. Eso fue hace un mes, un mes o un mes y medio. Bueno, pues en cuanto nos mudamos y nos instalamos e íbamos a empezar a disfrutarlo, descubrí que todo era un plan suyo. La única razón por la que ella quiere compartir un apartamento conmigo era para llevar hombres allí. Antes vivía con su familia en Queens. No es que a mí me parezca mal que lleve un amigo de vez en cuando, pero es un apartamento de una sola habitación y ella los llevaba todas las noches y, claro, era muy violento para mí. Había tantos hombres entrando y saliendo

que aquello no me parecía mi casa. A veces, cuando era hora de irme a casa, a mi propio apartamento, por el que pagaba un alquiler y donde tenía mis muebles, me molestaba tanto llegar y encontrarme con uno de sus amigos, que me iba a la última sesión de un cine. Bueno, al final hablé con ella. Helen, le dije, este sitio no me parece mi casa. No tiene sentido que pague un alquiler, le dije, si voy a tener que instalarme en un cine. Y entonces se quitó la careta. ¡Qué cosas me dijo! Cuando volví a casa al día siguiente, se había marchado, llevándose el televisor y todo. Me alegré de no volver a verla, pero ahora me encuentro con este apartamento y sin nadie que pague la mitad del alquiler, y en un trabajo como este no tengo ocasión de hacer amigas.

Ella le preguntó si quería algo más. Era casi la hora de cerrar y Coverly le preguntó si podía acompañarla dando un paseo.

—Está claro que viene usted de un pueblo —dijo ella—. Cualquiera se daría cuenta de que viene usted de un pueblo al oírle decir si me puede acompañar dando un paseo, pero da la casualidad de que vivo a cinco manzanas de aquí y voy andando, así que supongo que no tiene nada de malo el que me acompañe, siempre que no sea usted un fresco. Estoy harta de frescuras. Tiene que prometerme que no se proparará.

—Lo prometo —dijo Coverly.

Ella siguió hablando sin parar mientras hacía los preparativos para cerrar la sandwichería y, cuando terminó, se puso el sombrero y el abrigo y salió con Coverly a la lluvia. Él estaba encantado con su compañía. Qué neoyorquino, pensó, acompañaría a casa a una dependienta bajo la lluvia. Al acercarse a su casa, ella le recordó su promesa de no propararse y él no le preguntó si podía subir, pero la invitó a cenar con él una noche.

—Me encantaría —dijo ella—. El domingo es mi única noche libre y, si le va bien, me encantaría cenar con usted el domingo por la noche. Hay un restaurante italiano muy agradable a la vuelta de la esquina al que podríamos

ir. Yo nunca he estado allí, pero esta antigua amiga mía me dijo que estaba muy bien, que la cocina es excelente, y si usted puede recogerme a eso de las siete...

Coverly la contempló mientras ella cruzaba el portal iluminado hasta la puerta interior; una muchacha delgada y no muy agraciada, y sintió, con la misma certeza con que el cisne reconoce a su pareja, que estaba enamorado.

Noreste (escribía Leander). El viento soplaba del SO. Tercera perturbación equinoccial de la temporada. En el amor no todo es alegre y retozón. En el desván había empezado la música, como de cuerdas de arpa rotas, del agua goteando sobre los cubos y las cacerolas y, sintiendo frío y tristeza ante la sombría perspectiva del río bajo la lluvia, Leander recogió sus papeles y bajó las escaleras. Sarah estaba en Travertine. Lulú estaba fuera. Entró en la sala de atrás, donde se concentró totalmente en preparar y encender el fuego; absorbo en verlo prender, en oler el perfume de la madera limpia y en sentir el calor que llegaba a sus manos y luego pasaba a través de su ropa. Cuando se calentó, se acercó a la ventana a observar el oscuro día. Le sorprendió ver que un coche daba la vuelta ante las puertas de la granja y subía por el camino. Era uno de los viejos sedanes de la parada de taxis de la estación.

El coche se paró ante la puerta lateral de la casa y él vio a una mujer inclinarse para hablar con el taxista. No reconoció a la pasajera —era fea y de cabello gris— y pensó que sería una de las amigas de Sarah. La observó desde la ventana. Ella salió del coche y caminó hasta la puerta, atravesando la fina cortina de lluvia que caía de los desagües rotos.

Leander se alegraba de tener cualquier compañía y cruzó el vestíbulo y abrió la puerta antes de que ella llamara.

Vio a una mujer fea, con los hombros del abrigo oscurecidos por la lluvia. Tenía la cara larga, el sombrero adornado alegremente con plumas blancas rígidas, como las que se usan para equilibrar los volantes de bádminton, el

abrigo gastado. Leander había visto cientos de mujeres como ella. Eran la marca de Nueva Inglaterra. Respetuosas, pías y duras, parecían haber modelado su espíritu imitando a la maleza que crece en los pastos altos. Eran las mujeres, pensó Leander, que daban nombre a los sucios barcos de la flota de la caballa: Alice, Esther, Agnes, Maybelle, Ruth. Que llevara plumas en el sombrero, que hubiera un feo broche de conchas prendido sobre su pecho plano, que hubiera algo femenino, algún adorno, en una figura tan desalentadora, le pareció conmovedor a Leander.

—Pase —le dijo—. Supongo que busca usted a la señora Wapshot.

—Creo que es usted el caballero a quien busco —dijo ella con una expresión tan preocupada y tímida que Leander se miró la ropa—. Soy la señorita Helen Rutherford. ¿Es usted el señor Wapshot?

—Sí. Soy Leander Wapshot. Pase, no se quede bajo la lluvia. Entre en la sala. Hay fuego encendido.

Ella siguió a Leander por el vestíbulo y él abrió la puerta de la sala de atrás.

—Siéntese —dijo él—. Acomódese en la silla roja junto al fuego para que su ropa pueda secarse.

—Tiene usted una casa muy grande, señor Wapshot —comentó ella.

—Demasiado grande —dijo Leander—. ¿Sabe usted cuántas puertas hay en esta casa? Hay ciento veintidós. ¿Por qué quería usted verme?

Ella sorbió por la nariz como si estuviera acatarrada o como si hubiera estado llorando, y empezó a abrir las hebillas de una pesada cartera que llevaba.

—Un conocido me dio su nombre. Soy representante acreditada del Instituto para la Autoeducación. Tenemos aún unas cuantas suscripciones abiertas para hombres y mujeres idóneos. El doctor Bartholomew, el director del instituto, ha dividido el conocimiento humano en siete ramas. La ciencia,

las artes, tanto las culturales como las del bienestar físico, la religión...

—¿Quién le ha dado mi nombre? —preguntó Leander.

—El doctor Bartholomew opina que es más una cuestión de inclinación que de antecedentes —dijo la desconocida—. Muchas personas que han tenido la suerte de recibir educación universitaria no son idóneas según los criterios del doctor Bartholomew —hablaba sin énfasis y sin convicción, casi con miedo, como si hubiera venido por otro motivo, y mantenía la vista en el suelo—. Educadores de todo el mundo y algunas cabezas coronadas de Europa han avalado los métodos del doctor Bartholomew y su ensayo sobre *La ciencia de la religión* está en la Real Biblioteca de Holanda. Aquí tengo una fotografía del doctor Bartholomew y...

—¿Quién le ha dado mi nombre? —volvió a preguntar Leander.

—Papá —dijo ella—. Papá fue quien me dio su nombre. —Empezó a retorcerse las manos—. Murió el verano pasado. Oh, era tan bueno conmigo, era como un verdadero padre, no había nada en el mundo que no hiciera por mí. Era mi mejor admirador. Los domingos íbamos juntos de paseo. Era tremendamente inteligente, pero le engañaron. Se lo quitaron todo. No tenía miedo, sin embargo, no tenía miedo de nada. Una vez fuimos a un espectáculo en Boston. Era mi cumpleaños. Él compró unas entradas caras. Se suponía que eran butacas de platea pero, cuando llegamos, nos pusieron en la galería. Hemos pagado butacas de platea, me dijo él, y vamos a sentarnos abajo. Así que me cogió de la mano y bajamos y él le dijo al acomodador, que era un tipo muy estirado, hemos pagado butacas de platea y vamos a sentarnos en ellas. Le echo tanto de menos que no puedo pensar en otra cosa. Nunca me dejaba ir a ningún sitio sin él. Pero se murió el verano pasado.

—¿Dónde nació usted? —preguntó Leander.

—En Nahant.

—¿Nahant?

—Sí. Papá me lo contó todo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Leander.

—Papá me lo contó todo. Me contó que llegaron ustedes de noche, como ladrones, dijo, y que el señor Whittier lo pagó todo y que mamá impidió que yo bebiera su leche mala.

—¿Quién es usted? —dijo Leander.

—Soy su hija.

—Oh, no —dijo Leander—. Se ha inventado usted todo esto, usted y esa gente de Nahant. Todo esto es una patraña. Ahora salga de mi casa. Déjeme en paz.

—Ustedes pasearon por la playa —empezó ella—. Papá se acordaba de todo para que usted me creyera y me diera dinero. Se acordaba hasta del traje que usted llevaba. Dijo que era de cuadros. Dijo que pasearon por la playa y cogieron piedras.

—Salga de mi casa —dijo Leander.

—No me iré de aquí hasta que me dé usted dinero. Nunca preguntó usted si yo estaba viva o muerta. Nunca pensó en mí. Ahora necesito dinero. Después de morir papá vendí la casa para tener un poco de dinero, pero luego tuve que coger este trabajo. Es duro para mí. Es demasiado duro para mí. Yo no soy fuerte. Estoy en la calle haga el tiempo que haga. Necesito dinero.

—No tengo nada que darle.

—Ya me lo dijo papá. Dijo que usted intentaría eludirlo, que no querría ayudarme. Papá me dijo que eso es lo que usted diría, pero me hizo prometer que vendría a verle. —Entonces se levantó y cogió su cartera—. Dios le juzgará —dijo en la puerta—, pero conozco mis derechos y puedo llevarle a los tribunales y manchar su nombre.

Entonces atravesó el vestíbulo y, cuando llegó a la puerta, Leander la llamó.

—Espere, espere, espere, por favor —dijo, y cruzó el vestíbulo—. Puedo darle algo. Aún me quedan algunas cosas. Tengo una funda de reloj de jade y una cadena de oro y puedo enseñarle la tumba de su madre. Está aquí, en el pueblo.

—Escupiría sobre ella —replicó la mujer—. Escupiría sobre ella.

Luego salió de la casa y se metió en el taxi que la esperaba y este se alejó.

Una semana o diez días después de su cena con Betsey, Coverly se trasladó al apartamento de ella. Esto requirió mucha persuasión por parte de Coverly, pero esa resistencia le agradaba y le parecía que demostraba la seriedad con que ella se tomaba a sí misma. La argumentación de él se basaba, indirectamente, en el hecho de que necesitaba a alguien que la protegiera, dado que no tenía, como ella misma había dicho, la piel dura que hace falta en la ciudad. Los sentimientos de Coverly en relación con la indefensión de la muchacha eran poéticos y absorbentes y, cuando pensaba en ella en su ausencia, lo hacía con una mezcla de compasión y belicosidad. Vivía sola y él la defendería. Además de esto, estaba el hecho de que su relación se desarrollaba muy bien y este matrimonio o unión no oficial, en el escenario de la gran ciudad desconocida, hacía muy feliz a Coverly. Ella era la amada, él era el amante; nunca hubo ninguna duda al respecto y esto convenía al carácter de Coverly y le daba al cortejo y a su vida en común la vitalidad de una conquista. La búsqueda de amigos de Betsey había sido ardua y decepcionante y eran estas exasperaciones y decepciones las que Coverly pudo reparar. Ella no tenía pretensiones —ningún recuerdo de cacerías de jabalíes o de los bailes con que se celebraban— y estaba dispuesta a prepararle la cena y a calentarle los huesos por las noches. Ella había sido criada por su abuela, la cual quería que fuera maestra, pero a ella le desagradaba tanto el Sur que había aceptado cualquier trabajo con tal de salir de allí. Él reconocía la indefensión de la muchacha, pero también, a un nivel

mucho más profundo, su riqueza humana, las conmovedoras cualidades de una vagabunda, porque eso es lo que era y lo decía ella misma y, aunque desempeñaba todos los papeles del amor, no le decía que estaba enamorada. Los fines de semana daban paseos a pie, en metro y en barco, y hablaban de sus planes y de sus gustos y, al final del invierno, Coverly le pidió que se casara con él. La reacción de Betsey fue dispersa, llorosa y encantadora, y Coverly escribió a Saint Botolphs contando sus planes. Quería casarse en cuanto aprobara sus exámenes para entrar en la Administración y fuera destinado a una de las estaciones de lanzamiento de cohetes donde colocaban a los programadores. Adjuntó una fotografía de Betsey, pero no llevaría a su novia a Saint Botolphs hasta que le dieran vacaciones. Tomó estas precauciones porque se le ocurrió que el acento sureño de Betsey y su actitud pendenciera en ocasiones quizá no le cayesen bien a Honora, y que lo sensato sería casarse y tener un niño antes de que Honora conociera a su mujer. Es posible que Leander intuyera esto —sus cartas a Coverly eran afectuosas y llenas de felicitaciones— y puede que en el fondo pensara que, una vez que Coverly se casara, pronto sería todo un camino de rosas. Eso estaría muy en el fondo de su mente. A Sarah le apenaba saber que Coverly no se casaría en la iglesia de Cristo.

Coverly aprobó sus exámenes con excelentes notas en abril y le sorprendió que el instituto MacIlhenney hiciera una ceremonia de graduación. Esta se celebró en el quinto piso del edificio, en una academia de piano, donde habían unido dos aulas para convertirlas en un auditorio. Todos los compañeros de Coverly se presentaron con sus familias o sus esposas, y Betsey estrenó un sombrero. Una señora, desconocida para todos ellos, tocó al piano «Pompa y ceremonia» y, a medida que pronunciaban sus nombres, ellos se adelantaban y recibían sus diplomas de manos del señor MacIlhenney. Luego bajaron al cuarto piso, donde les esperaba la señora

MacIlhenney de pie junto a una máquina de té alquilada y un plato de pastas. Coverly y Betsey se casaron a la mañana siguiente en la iglesia de la Transfiguración. Mittler fue el único testigo y pasaron tres días de luna de miel en una casita de la isla, que era propiedad de Mittler y que este les prestó. Sarah le escribió a Coverly una larga carta diciéndole lo que les enviaría de la granja cuando estuvieran instalados —la porcelana de Cantón y la sillería pintada— y Leander escribió una carta en la que decía, entre otras cosas, que hacer un hijo era tan fácil como soplar una pluma. Honora les envió un cheque de doscientos dólares, sin ningún mensaje.

Coverly había aprobado sus exámenes de ingreso en la Administración y tenía el título de programador. Para entonces conocía la localización de la mayoría de las bases de lanzamiento del país y, no bien se hubiera instalado, mandaría llamar a Betsey y comenzarían su vida matrimonial. Aunque Coverly era un funcionario civil, su destino era en una base del ejército y sería transportado por la fuerza aérea. Sus órdenes estaban en clave. Una semana después de su boda, subió a bordo de un viejo C-54 y se encontró al día siguiente en un aeropuerto militar en las afueras de San Francisco. Pensó entonces que le mandarían a Oregón o que le llevarían a una de las bases del desierto. Telefonó a Betsey y ella lloró al oír su voz, pero él le aseguró que al cabo de ocho o diez días estarían juntos en su propia casa. Sentía nostalgia y se acostaba todas las noches en su litera con el espectro de Betsey, dormía con su sombra en los brazos y se despertaba cada mañana echando de menos a su Venus de la sandwichería y esposa. Hubo algún retraso en la segunda etapa de su viaje y tuvo que quedarse en la base de la fuerza aérea de San Francisco casi una semana.

Todos nosotros, hombres y muchachos, sabemos cómo son los barracones de un cuartel, y no tendría sentido enumerar esta aridez. El hecho de que Coverly fuera un funcionario civil no le daba más libertad y hasta para ir al

club de oficiales o al cine tenía que informar de ello en el cuarto de ordenanza. Veía las colinas de San Francisco al otro lado de la bahía y, pensando que esta ciudad, o algún campo de tiro de las proximidades, pudiera ser su destino, le escribió a Betsey, esperanzado, diciéndole que tendría que acudir a la Costa Oeste. «Hacía frío en los barracones anoche y deseé que estuvieras en la cama conmigo para calentarla.» Y continuaba en el mismo tono. Vivía entre más o menos una docena de hombres que, al parecer, habían sido trasladados de instalaciones permanentes en el Pacífico porque eran inhábiles. El más coherente de ellos era un mexicano que no había podido tragar el rancho porque no tenía chiles. Le contaba su historia a cualquiera que estuviera dispuesto a escucharla. En cuanto empezó a comer el rancho, perdió peso. Él sabía cuál era el problema. Necesitaba chiles. Los había tomado toda su vida. Hasta la leche de su madre contenía chile. Les rogó a los cocineros y a los médicos del ejército que le consiguieran chiles, pero no tomaron en serio sus ruegos. Le escribió a su mamá y ella le envió unas semillas de chile en un sobre y él las plantó alrededor del emplazamiento de una batería antiaérea, donde el terreno era fértil y daba mucho el sol. Las regó y las cuidó y, justo cuando habían empezado a despuntar, el comandante ordenó que las arrancaran. Era impropio cultivar hortalizas en el emplazamiento de una batería. Esta orden abatió al mexicano. Perdió peso; se quedó tan demacrado que tuvieron que mandarlo a la enfermería; y ahora lo expulsaban del ejército por incompetencia mental. Le habría gustado servir a su bandera, decía, si hubiera podido tomar comidas condimentadas con chiles. Su argumento parecía bastante razonable, pero resultaba aburrido oírlo noche tras noche y, generalmente, Coverly se quedaba fuera de los barracones hasta que apagaban las luces.

Hacía sus comidas en el club de oficiales, ganaba o perdía un dólar en las máquinas tragaperras, tomaba un vaso de cerveza de jengibre en el bar y

luego se iba al cine. Vio películas del Oeste, persecuciones de gánsteres, historias de amores felices o infelices, unas en brillantes colores y otras en blanco y negro. Estaba sentado en el cine una tarde cuando por el sistema de altavoces se oyó: «Atención, atención, atención, todo el mundo. Que los siguientes hombres se presenten con su equipo en el edificio Treinta y Dos: Cabo Joseph Di Gacinto. Cabo Henry Wollaston. Teniente Marvin Smythe. Señor Coverly Wapshot... ». El público gritó y silbó y corearon «Lo sentiréis...» mientras ellos salían en la oscuridad. Coverly cogió su maleta y se presentó en el edificio Treinta y Dos, desde donde le condujeron junto con los otros a las pistas del aeropuerto. Cada uno tenía alguna teoría sobre su destino. Iban a Oregón, a Alaska o a Japón. A Coverly nunca se le había ocurrido que pudieran mandarle fuera del país y estaba preocupado. Puso sus esperanzas en Oregón, pero decidió que, si era Alaska, Betsey podría seguirle allí. Tan pronto subieron a bordo del avión, cerraron las puertas y se deslizaron por la pista y despegaron. Era un viejo transporte con una velocidad moderada, dedujo Coverly, y, si su destino era Oregón, llegarían allí antes del amanecer. En el avión hacía calor y el ambiente era cargado, y Coverly se durmió. Al despertar de madrugada y mirar por la ventanilla, vio que volaban muy alto sobre el Pacífico. Volaron en dirección oeste todo el día, jugando a los dados y leyendo la Biblia, que era lo único que llevaban para leer, y al atardecer vieron las luces de Diamond Head y aterrizaron en Oahu.

A Coverly le asignaron una litera en otro barracón de gente en tránsito y le dijeron que se presentara en el aeródromo por la mañana. Nadie quiso decirle si sus viajes habían terminado, pero adivinó, por las miradas de los empleados del cuarto de ordenanza, que aún le quedaba trayecto. Dejó su maleta y consiguió que un transporte de armas le llevara a Honolulu. Era una noche calurosa, con olor a rancio y truenos en las montañas. Se acordó de

Thaddeus y Alice, de Honora y del viejo Benjamin y siguió los pasos de muchos Wapshot, pero esto no era mucho consuelo. Medio mundo le separaba de Betsey y todos sus planes de felicidad, niños y el honor del nombre familiar parecían cruelmente suspendidos o destruidos. Vio un letrero que decía: ENVÍE A SU AMADA LA ORQUÍDEA LEI POR AVIÓN POR SOLO TRES DÓLARES. Sería una manera de expresarle a Betsey sus tiernos sentimientos, y le preguntó a un policía militar cerca del viejo palacio dónde podría encontrar una lei. Siguiendo las indicaciones del policía militar, llegó a una casa y llamó al timbre y una mujer gorda en traje de noche le hizo pasar.

—Quiero una lei —dijo Coverly con tristeza.

—Pues has venido al sitio adecuado, encanto —replicó ella—. Entra. Entra y tómate una copa y me ocuparé de ti dentro de unos minutos.

Le cogió por el brazo y le condujo a una salita donde había otros hombres bebiendo cerveza.

—Lo siento —dijo Coverly de pronto—. Me he equivocado. Estoy casado, ¿sabe?

—Bueno, eso da igual —dijo la gorda—. Más de la mitad de las chicas que trabajan para mí lo están y yo he estado felizmente casada diecinueve años.

—Ha habido un error —repitió Coverly.

—Bueno, decídetelo —dijo la gorda—. Vienes aquí diciendo que quieres un polvo^[1] y yo hago lo que puedo.

—Oh, lo siento mucho —se disculpó Coverly, y se fue.

A la mañana siguiente subió a bordo de otro avión y voló todo el día. Poco antes de oscurecer empezaron a dar vueltas buscando el aterrizaje y Coverly vio por las ventanillas, bajo una luz de tormenta, un atolón alargado en forma de cimitarra, con las olas rompiendo en una costa, un puñado de edificios y una plataforma de lanzamiento de cohetes. Coverly se descolgó de la puerta y cruzó la pista hasta una oficina, donde un empleado le tradujo sus órdenes.

Estaba en la isla 93, una instalación que era medio militar, medio civil. Su período de servicio sería de nueve meses, con dos semanas de vacaciones en un campamento de reposo en Manila o Brisbane, usted elige.

Moses fue ascendido y se compró un coche y alquiló un apartamento. Trabajaba mucho en su despacho y además tenía que hacer un montón de trabajo por la noche, asignado por el señor Boynton. Veía a Beatrice una vez a la semana. Era una relación agradable y desenfadada, y muy pronto descubrió que el matrimonio de Beatrice se había ido al traste mucho antes de que él entrase en el Marine Room. Chucky salía con la chica que cantaba en la banda y a Beatrice le gustaba hablar de su perfidia e ingratitud. Ella le había dado el dinero para organizar la banda, y le había mantenido. Hasta le había comprado la ropa. Beatrice quería hablar con amargura, pero no era capaz. Su forma amanerada de pronunciar las palabras excluía de ellas las notas más profundas de las penas humanas. Tenía penas, muchas, pero no podía expresarlas con la voz. Estaba pensando en viajar y hablaba de empezar una nueva vida en México, Italia o Francia. Decía que tenía mucho dinero, aunque, si era así, Moses no entendía por qué se conformaba con un armario de cartón desenchajado ni por qué llevaba pieles tan estropeadas. Una noche en que fue a su apartamento inesperadamente, Moses tuvo que esperar un buen rato en la escalera antes de que ella le abriera la puerta. Por los ruidos que se oían dentro, se imaginó que ella estaba haciendo los honores a otro visitante y, cuando finalmente le dejó entrar, se preguntó si su rival estaría escondido en el cuarto de baño o apretado en el armario. Pero no le preocupaba en absoluto la vida que ella llevara y se quedó lo justo para fumarse un cigarrillo y luego se marchó al cine.

Era el tipo de relación que resultaba útil y plácida hasta que Moses perdió interés y entonces Beatrice se volvió ardorosa y exigente. No podía llamarle a la oficina, pero le telefoneaba al apartamento, a veces durante la noche, y, cuando él iba a verla, lloraba y le hablaba de su madre, artificial y socialmente ambiciosa, y de la severidad de Clancy. Ella se trasladó a un hotel y él la ayudó a llevar sus maletas. Una tarde, cuando Moses acababa de llegar después de cenar, le telefoneó para decirle que había conseguido un contrato para cantar en Cleveland y le preguntó si podía llevarla a la estación. Él contestó que sí. Ella dijo que estaba en su casa y le dio una dirección. Moses cogió un taxi.

La dirección era una tienda de delicatessen. Pensó que quizá la madre de Beatrice, algo venida a menos, había alquilado un apartamento encima de la tienda, pero no había ninguna otra entrada y miró dentro del establecimiento. Allí, al fondo, con abrigo y sombrero y rodeada de maletas, estaba sentada Beatrice. Estaba llorando y tenía los ojos rojos.

—Oh, gracias por venir, querido Moses —dijo, de forma tan amañada como siempre—. Estaré lista para marcharme dentro de un minuto. Necesito recobrar el aliento.

El sitio donde estaba era la cocina de la tienda. Había dos mujeres más. Beatrice no explicó quiénes eran ni las presentó, pero Moses comprendió que una de ellas era la madre de Beatrice. El parecido era notable, aunque la madre era una mujer rolliza con una cara saludable y hermosa. Llevaba un delantal sobre el vestido y unos zapatos rotos. La otra mujer era vieja y delgada. Esta era Clancy. Aquí estaba el origen de los espléndidos y desdichados recuerdos de Beatrice. La institutriz era la cocinera de una tienda de delicatessen.

Las dos mujeres estaban haciendo sándwiches. De vez en cuando le hablaban a Beatrice, pero ella no contestaba. No parecían preocupadas por la

cara llena de lágrimas de Beatrice, ni por su silencio, y el ambiente de la cocina revelaba un antiguo y trillado malentendido. El contraste entre las historias que Beatrice le había contado sobre su desgraciada infancia —una madre elegante y dura— y las claras luces de la tienda volvían su dilema tan agudo y conmovedor como las preocupaciones de un niño.

Era una buena tienda de alimentación. De unos barriles que había cerca de la puerta llegaba el ácido olor de los encurtidos en salmuera. Clancy había echado serrín en el suelo; aún tenía un poco adherido al delantal. Desde la puerta hasta el fondo del local, desde el suelo hasta el techo, había apiladas latas de verduras y de frutas, de gambas, cangrejos y langosta, de sopas y de pollo. Había pavos y aves de caza asadas en las vitrinas de cristal, jamones, panecillos en forma de turbante, pepinillos en vinagre cortados en rodajas, crema de queso, salmón, esturión y blanquillo ahumados y, partiendo de esta abundancia de olores ácidos y apetitosos, la pobre Beatrice se había inventado una infancia desgraciada con una madre dura y una institutriz severa.

Se oyó un pequeño sollozo proveniente de Beatrice. Cogió una servilleta de papel de una caja que estaba sobre la mesa y se sonó con ella.

—Si pudieras conseguir un taxi y llevar mis maletas afuera, Moses —dijo ella—. Yo estoy demasiado débil.

Él sabía lo que contenían las maletas —su guardarropa de urraca— y cuando las levantó parecían de piedra. Llevó las maletas a la acera y Clancy le siguió con una bolsa grande de papel llena de sándwiches.

—Se los comerá en el tren —le dijo Clancy a Moses.

Beatrice no le dijo nada ni a la cocinera ni a su madre, y en el taxi sollozó un poco más y continuó sonándose con la servilleta de papel. Moses llevó las maletas por la estación y las puso en el tren de Cleveland, y entonces Beatrice le dio un beso de despedida y se puso a llorar en serio.

—Oh, querido Moses, he hecho algo horrible y tengo que decírtelo. Ya sabes que siempre investigan a la gente, quiero decir que les preguntan sobre ti a todas las personas que conoces, y un hombre vino a verme una tarde y yo le conté una larga historia sobre cómo te habías aprovechado de mí y habías prometido casarte conmigo y te habías llevado todo mi dinero, pero tenía que decirle algo porque, si no, habrían pensado que yo era una inmoral, y lo siento y espero que no te pase nada malo.

Entonces el revisor gritó «¡Viajeros al tren!» y el tren partió hacia Cleveland.

Y ahora llegamos al naufragio del *Topaze*.

Ocurrió el 30 de mayo, la primera travesía del año. Leander y el marinero, Bentley, habían estado dos semanas poniéndolo a punto. Las lilas estaban en flor y en Saint Botolphs había setos de ellas, había verdaderos bosques de lilas en flor a lo largo de River Street, y crecían lilas silvestres alrededor de las bocas de las cuevas al otro lado de la colina. Al ir al muelle a primera hora de la mañana, Leander veía que todos los niños que iban a la escuela llevaban ramas de lilas. Se preguntó si se las daban a sus profesoras, que seguramente tenían lilas en su jardín, o las utilizaban para decorar las aulas. Toda esa semana vio a niños que llevaban ramas de lilas a la escuela. En la mañana del día 30, también él cortó unas lilas, las llevó al cementerio y luego se fue al *Topaze*.

Bentley ya había trabajado antes para Leander como contratado. Era un hombre joven que había navegado y que tenía mala reputación. Todo el mundo sabía que era hijo ilegítimo de Theophilus Gates y una mujer que se hacía llamar «señora Bentley» y que vivía en un edificio de dos viviendas cerca de la fábrica de plata de mesa. Él era uno de esos marineros limpios, taciturnos y eficaces que la emprenden a golpes con el mundo aproximadamente una vez al mes. Las patronas de muchas pensiones en muchas ciudades le habían admirado por su limpieza, sobriedad y laboriosidad, hasta que una noche de lluvia llegaba con tres botellas de whisky en una bolsa de papel y se las bebía, una detrás de otra. Entonces

rompía las ventanas, se orinaba en el suelo y se convertía en un volcán en plena erupción de amargura y obscenidad, hasta el punto de que generalmente había que llamar a la policía, y entonces él volvía a empezar en alguna otra ciudad o en otra habitación amueblada.

Otro pasajero o tripulante ese día era Lester Spinet, un ciego que había aprendido a tocar el acordeón en el Instituto Hutchens para Invidentes. Fue idea de Honora que trabajara en el *Topaze* y pensaba pagarle un sueldo ella misma. Naturalmente, Leander estaba contento de tener música en su barco y descontento consigo mismo porque le desagradaba el sonido del bastón del ciego y su aspecto. Spinet era un hombre pesado, con una cabeza y una cara macizas, echadas hacia atrás, como si aún llegara a sus ojos algún rastro de luz. Spinet y Bentley estaban esperando a Leander aquella mañana cuando este llegó al muelle y embarcaron algunos pasajeros, entre ellos una anciana que llevaba una rama de lilas envuelta en un periódico. El cielo y el río estaban azules y todo, o casi todo, era como debe ser un día de fiesta, aunque la atmósfera estaba un poco cargada o húmeda, y mezclado con el olor de las lilas que venía de las orillas del río había un olor agrio como de papel mojado. Quizá hubiera tormenta.

En Travertine subieron más pasajeros. Dick Hammersmith y su hermano estaban en bañador en el muelle, buceando para coger monedas, pero no hacían mucho negocio. Cuando se dirigía hacia el canal, vio que la playa delante de Mansions House estaba abarrotada de gente y oyó los chillidos de un niño a quien su padre estaba metiendo en el agua. «Papá no va a hacerte daño. Papá solo quiere que veas lo bien que se está en el agua», decía el hombre mientras los gritos del chiquillo se hacían más fuertes y desesperados. Leander pasó el canal entre las rocas de Hale y Gull y entró en la hermosa bahía, verde cerca de la orilla, azul en aguas más profundas y tan roja como el vino a cuarenta brazas. El sol resplandecía y el aire era cálido y

fragante. Desde la timonera veía a los pasajeros instalándose en la cubierta de popa con el encanto y la inocencia de la gente en vacaciones. Se dispersarían, él lo sabía, cuando él pusiera proa al viento y dio un amplio bordo al salir del canal para disfrutar de su compañía el mayor tiempo posible. Había familias con niños y familias sin ellos, pero muy pocos ancianos habían comprado billetes ese día. Los muchachos fotografiaban a sus novias y los padres a sus esposas e hijos y, aunque Leander no había hecho una foto en su vida, sintió simpatía por aquellos fotógrafos o por cualquiera que dejara constancia de algo tan alegre como la travesía a Nangasakit. Adivinó que entre los pasajeros había un hombre que llevaba peluca o peluquín y, al virar cara al viento, observó que el hombre se agarraba la peluca y luego se ponía una gorra para protegerla. Al mismo tiempo, muchas mujeres se sujetaban las faldas y los sombreros, pero el daño estaba hecho. La fresca brisa los dispersó a todos. Recogieron sus periódicos y sus tebeos y, llevándose las sillas de cubierta, se fueron al lado de sotavento o a popa y Leander se quedó solo.

Esta soledad le recordó a Helen Rutherford, a quien había visto la noche anterior. Leander había trabajado hasta tarde en el barco y, al terminar, fue a la panadería de Grimes para cenar. Mientras lo hacía, alzó la vista y la vio junto a la ventana, leyendo el menú que estaba pegado allí. Se levantó de la mesa y salió para hablar con ella. No sabía qué iba a decirle, pero, en cuanto ella le reconoció, retrocedió asustada diciendo:

—Apártese de mí, apártese de mí.

En el atardecer primaveral, la plaza estaba desierta. Estaban solos.

—Solo quiero... —empezó Leander.

—Usted quiere hacerme daño, quiere hacerme daño.

—No.

—Sí, sí. Quiere hacerme daño. Papá me lo dijo. Papá me dijo que tuviera cuidado.

—Por favor, escúcheme.

—No se mueva. No se acerque a mí o llamaré a la policía.

Luego se volvió y caminó por delante del Bloque Cartwright como si el suave aire de la tarde estuviese lleno de piedras y proyectiles —una extraña cojera atemorizada— y, cuando se metió por una calle lateral, Leander regresó a la panadería para pagar su cena.

—¿Quién es esa loca? —le preguntó la camarera—. Ha estado por aquí diciéndole a todo el mundo que tenía un secreto que haría arder el río. No aguanto a los locos.

Cuando Bentley vino a la timonera, Leander notó que había bebido. Considerando sus propios hábitos, tenía un excelente olfato para percibir el olor a fruta podrida en los labios de otros. Bentley conservaba todavía la extraordinaria pulcritud de un hombre que siente a menudo la tentación y está familiarizado con la pereza. Su cabello rizado estaba untado con brillantina, su cara pálida estaba bien afeitada y tenía arañazos de la navaja en el cuello.

Había lavado y restregado sus vaqueros hasta dejarlos gastados y oliendo a jabón, pero mezclado con este agradable aroma estaba el olor a whisky y Leander se preguntó si tendría que hacer solo el viaje de vuelta.

Ya se veían los blancos muros de Nangasakit y se oía la música del tiovivo. En el muelle había un viejo con una tarjeta en el sombrero anunciando las cenas de cuatro, cinco y seis platos en Nangasakit House. Leander salió de la timonera y se puso a gritar su propio anuncio.

—El viaje de vuelta será a las tres y media. El viaje de vuelta será a las tres y media. Por favor, regresen al barco con tiempo. El viaje de vuelta será a las tres y media. Por favor, regresen al barco con tiempo.

El último que salió del barco fue Spinet, que se alejó por el muelle dando golpecitos con su bastón. Leander se fue a su camarote, se comió un sándwich y se quedó profundamente dormido.

Se despertó poco antes de las tres. El cielo estaba oscuro y comprendió que habría tormenta. Echó un poco de agua en una palangana y se refrescó la cara. Al salir a cubierta, vio un banco de niebla más o menos a una milla mar adentro. Necesitaba un marinero en el viaje de vuelta, así que se puso la gorra y se fue al café de Rey, donde Bentley bebía generalmente. Este no estaba en condiciones. Ni siquiera lo encontró en la barra, sino sentado en un cuartito interior con una botella y un vaso.

—Supongo que piensa que estoy borracho —empezó.

Leander se limitó a sentarse cansinamente, preguntándose dónde podría encontrar un marinero en un cuarto de hora.

—Usted piensa que no valgo para nada, pero tengo una novia en Fort Sill, en Oklahoma —dijo Bentley—. Ella piensa que valgo. La llamo «lorito». Tiene la nariz grande. Me vuelvo a Fort Sill, Oklahoma, a querer a mi lorito. Tiene dos mil dólares en el banco y me los quiere dar. No me cree, ¿verdad? Usted cree que yo no valgo nada. Usted cree que estoy borracho, pero yo tengo esta chica en Fort Sill, Oklahoma. Ella me quiere. Ella quiere darme dos mil dólares. Yo la llamo «lorito». Tiene la nariz grande...

No era culpa suya, Leander lo sabía, el ser un bastardo, y quizá ni siquiera era culpa suya el ser un bastardo triste, pero Leander necesitaba un marinero de cubierta y se fue a la barra y le preguntó a Marilyn si su hermano pequeño querría ganarse un dólar en el viaje de vuelta. Ella dijo seguro, seguro, el chico anda loco por ganar unas monedas, y telefoneó a su madre y esta abrió la puerta de la cocina y llamó al chico, pero no estaba en casa, y Leander se volvió al barco.

Observó a los pasajeros que subían a bordo con interés y cierta ternura. Llevaban trofeos —cosas que habían ganado—, mantas delgadas que no protegerían sus huesos del frío otoñal; platitos de cristal para cacahuets o gelatina; animales hechos de hule o de papel, algunos de ellos con brillantes

por ojos. Había una muchacha bonita con una rosa en el pelo, y un hombre con su mujer y tres niños, todos vestidos con camisas de la misma tela floreada. Helen Rutherford fue la última en subir a bordo, pero él estaba ya en la timonera y no la vio. Llevaba el mismo sombrero en forma de tiesto, adornado con plumas de gallo, el mismo broche de concha prendido en el pecho y la vieja cartera en la mano.

Helen Rutherford había estado una semana tratando de vender la sabiduría del doctor Bartholomew en las casitas de Nangasakit. En la mañana de su último día había encontrado un barrio que parecía más importante que ningún otro de ese pequeño lugar de veraneo. Las casas eran pequeñas, pero todas ellas indicaban, con sus buhardillas, barandillas en forma de bobina y el enrejado de los porches, arqueado como la tronera de un calabozo, que no eran residencias de verano; eran viviendas alrededor de las cuales giraban las vidas de hombres y mujeres y donde estos concebían y criaban a sus hijos. La vista de estas casas la hubiera animado de no ser por los perros. El barrio estaba lleno de ellos, y Helen había empezado a pensar que su existencia era un martirio para los perros. No bien oían sus pasos, comenzaban a ladrar, llenándola de timidez y autocompasión. De la mañana a la noche, los perros olfateaban sus talones, le gruñían, mordían el borde de su mejor abrigo gris y trataban de obligarla a salir corriendo con su cartera. Tan pronto entraba en un barrio desconocido, los perros que habían estado tomando el sol tranquilamente en los patios o durmiendo junto a una estufa, los perros que habían estado royendo un hueso o jugando y correteando juntos, dejaban sus pacíficas ocupaciones y daban la alarma. Ella había soñado muchas veces que los perros la desgarraban. Le parecía que era una peregrina y que las suelas de sus zapatos eran tan delgadas que iba prácticamente descalza. Estaba rodeada, día tras día, por casas y gentes extrañas y bestias hostiles y, como a un peregrino, a veces le daban una taza de té y un pedazo de bizcocho rancio.

Su situación era peor que la de un peregrino, porque solo Dios sabía en qué dirección se hallaba su Roma, su Vaticano.

El primer perro que se le acercó ese día fue un collie, que gruñó junto a sus talones; ese sonido la asustaba más que un ladrido fuerte y directo. Al collie se unió un perrito que parecía amistoso, pero nunca se podía estar segura. Había sido un perro con actitud amistosa el que le había hecho un desgarrón en el abrigo. Un perro negro se unió a estos dos y luego un perro policía, que resoplaba y bramaba como un sabueso infernal. Caminó media manzana seguida por cuatro perros y luego todos volvieron a sus ocupaciones, excepto el collie, que continuó gruñéndole, pegado a sus talones. Ella deseó y rezó que alguien abriera una puerta y lo llamara. Se volvió para hablarle.

—Vete a casa, perrito —le dijo—. Vete a casa, perrito bueno, vete a casa, perrito bonito.

Entonces el perro se lanzó a la manga de su abrigo y ella le golpeó con la cartera. El corazón le latía de tal modo que pensó que se iba a morir. El collie hundió los dientes en el cuero viejo de la cartera y empezó a tirar de ella.

—Deja en paz a la pobre señora, chucho asqueroso —dijo alguien.

A la derecha de Helen apareció una desconocida con un cazo de agua y se lo echó encima al perro. Este se fue aullando calle arriba.

—Ahora entre en casa unos minutos —dijo la desconocida—. Entre y cuénteme lo que vende y así descansa un poco.

Helen le dio las gracias y la siguió hasta una de las casitas. Su salvadora era una mujer bajita, con los ojos de un hermoso azul claro y la cara muy colorada. Se presentó como la señora Brown y para recibir a Helen se quitó el delantal y lo dejó sobre el respaldo de una silla. Era una mujer pequeña con una figura extraordinariamente curvilínea. Sus senos y sus nalgas tensaban la tela de su vestido de estar por casa.

—Ahora dígame usted qué vende —dijo— y veré si lo necesito.

—Soy representante autorizada del Instituto para la Autoeducación del doctor Bartholomew —dijo Helen—. Aún quedan unas cuantas suscripciones abiertas para hombres y mujeres idóneos. El doctor Bartholomew opina que no es imprescindible una educación universitaria. Piensa que...

—Vaya, eso está bien —dijo la señora Brown—, porque yo no soy lo que se llama una mujer educada. Estudié en el instituto de Nangasakit, que es uno de los mejores del mundo, conocido en el mundo entero, pero la cantidad de educación que obtuve por el estudio no es nada comparado con la que corre por mis venas. Soy descendiente directa de Madame de Staël y de muchos otros hombres y mujeres educados y distinguidos. Supongo que no me cree, supongo que piensa que estoy loca, pero, si se fija usted en ese cuadro de la pared, es un retrato de Madame de Staël, y si luego se fija en mi propio perfil, verá el parecido, sin duda.

—Hay muchos retratos a cuatro colores de hombres y mujeres famosos —apostilló Helen.

—Me pondré junto al retrato para que compruebe el parecido —dijo la señora Brown, y cruzó la habitación y se colocó junto a la reproducción—. Seguro que ya habrá notado usted el parecido. Lo ve, ¿no? Tiene que verlo. Todo el mundo lo ve. Ayer vino un hombre a vender calentadores de agua y me dijo que me parecía tanto a Madame de Staël que podría ser su hermana gemela. Dijo que parecíamos gemelas. —Se estiró el vestido y luego se acercó y se sentó en el borde de la silla—. El ser descendiente directa de Madame de Staël y de otros hombres y mujeres distinguidos es lo que explica la educación que corre por mis venas. Tengo gustos muy caros. Si entro en una tienda a comprar un libro de bolsillo y hay uno que cuesta un dólar y otro tres, mis ojos van derechos al segundo. Toda la vida he preferido las cosas caras. ¡Yo tenía grandes aspiraciones! Mi abuelo era un comerciante de hielo. Hizo una fortuna vendiéndoselo a los negritos de Honduras. No era partidario

de meter mucho dinero en los bancos y se llevó todo su capital a California y compró lingotes de oro y, cuando volvía, su barco se hundió en una tormenta cerca del cabo Hatteras, con lingotes de oro y todo. Naturalmente, todavía está ahí, dos millones y medio de dólares, y todo es mío, pero ¿cree usted que los bancos de por aquí me prestan el dinero para sacarlo? De eso nada. Hay dos millones y medio de dólares de mi propiedad en el fondo del mar y no hay un hombre o una mujer en esta parte del país que tenga el suficiente sentido común o sentido del honor para prestarme el dinero necesario para sacar a flote mi herencia. La semana pasada fui a Saint Botolphs a ver a esa vieja rica, Honora Wapshot, y me...

—¿Es pariente de Leander Wapshot?

—Son de la misma sangre. ¿Le conoce?

—Es mi padre —dijo Helen.

—Vaya, no me diga, y si Leander Wapshot es su padre, ¿qué hace usted yendo de puerta en puerta, tratando de vender libros?

—Me ha repudiado —dijo Helen, y se echó a llorar.

—¿Ah, sí? Bueno, eso es más fácil de decir que de hacer. A mí se me ha pasado por la cabeza repudiar a mis propios hijos, pero no sé cómo hay que hacerlo. ¿Sabe lo que hizo mi hija, mi propia hija, el día de Acción de Gracias? Nos sentamos todos a la mesa y entonces ella coge el pavo, un pavo de seis kilos, y lo tira al suelo y se pone a saltar sobre él y le da patadas de aquí para allá y luego agarra el plato con la salsa de arándanos y lo lanza al techo, había salsa de arándanos por todo el techo, y luego se echa a llorar. Bueno, entonces pensé en repudiarla allí mismo, pero es más fácil de decir que de hacer y, si yo no puedo repudiar a mi hija, ¿por qué va a poder Leander Wapshot repudiar a la suya? Bueno —dijo, levantándose y volviendo a ponerse el delantal—, ahora tengo que volver a mis tareas y no puedo pasar más tiempo charlando, pero le aconsejo que vaya a ver al viejo

Leander Wapshot y le diga que le compre un par de zapatos decentes. Vaya, cuando la vi andando por la calle con los perros detrás y esos agujeros en las suelas de los zapatos, me pareció que no sería cristiano no acudir en su ayuda, pero, ahora que sé que es usted una Wapshot, me parece que los que tienen que ayudarla son los de su misma sangre. Adiós.

Leander tocó la sirena de aviso para su última travesía. Desde la timonera veía caer la lluvia sobre la montaña rusa. Vio que Charlie Matterson y su hermano echaban una lona sobre los últimos coches que bajaban. El tiovivo seguía dando vueltas. Vio que los pasajeros de una barquilla del túnel de los herreros levantaban la cabeza, sorprendidos, al salir de la boca de un ogro de cartón piedra y encontrarse con que llovía. Vio a un joven que tapaba la cabeza de su novia con un periódico. Vio que la gente de las cabañas de veraneo del farallón encendían las lámparas de queroseno. Pensó que era una pena que en su primer viaje lejos de casa en tantos años les lloviera. No había estufas ni chimeneas en las cabañas. No había modo de escapar a la humedad y al lúgubre sonido de la lluvia, porque las paredes de tablas de las cabañas, empapadas de sal e hinchadas, retumbarían al tocarlas como un tambor y, apenas se hubieran sentado a jugar una partida de naipes a dos manos, el techo empezaría a gotear. Habría una gotera en la cocina y otra sobre la mesa de la partida y una tercera sobre la cama. Los veraneantes esperarían al cartero, pero ¿quién les iba a escribir? Y ellos no podrían hacerlo, porque todos sus sobres se habrían pegado. Solo los amantes, sus camas crujiendo alegremente, se salvarían de esta tristeza. En la playa, Leander vio rendirse a los últimos grupos, gritándose unos a otros «acuérdate de la manta», «acuérdate del abrebotellas», «acuérdate del termo y de la cesta», hasta que no quedó nadie, salvo un viejo a quien le gustaba nadar bajo la lluvia y un

joven a quien le gustaba pasear bajo la lluvia, el cual tenía la cabeza llena de Swinburne y el apodo de Bananas. Leander vio al japonés que vendía abanicos y rascadores de espalda recoger sus linternas de papel y seda. Vio a gente de pie en la puerta de los restaurantes y camareras asomadas a las ventanas. Un camarero se llevó dentro las mesas desnudas del restaurante cantonés Pégola y una mano apartó los visillos de Nangasakit House, pero no pudo ver la cara que se asomó. Vio que las olas, que habían batido fuerte, se calmaban bajo la lluvia y apenas lamían la orilla. El mar estaba en calma. Entonces el viejo, que estaba de pie con el agua hasta la cintura, se volvió de pronto y avanzó trabajosamente hacia la playa, sintiendo el tirón del mar de tormenta. Vio la alegría con que Bananas observaba estas señales de peligro. Entonces el mar, con ruido de piedras, se retiró más allá de la línea de arena hasta el pedregoso comienzo del fondo de la bahía, formando una ola que, cuando rompió (la primera de una marejada que se oiría toda la noche), sacudió la playa y persiguió los talones del viejo. Leander tocó la sirena y soltó amarras. Spinet empezó a tocar «Jingle Bells» y el *Topaze* se hizo a la mar.

Había un canal en Nangasakit; un rompeolas de granito con barbas de algas, y una boya de campana meciéndose en el mar al suroeste, la blanca espuma derramándose sobre ella cuando cabeceaba. La campana, Leander lo sabía, se oía tierra adentro con este viento. La oían los jugadores de naipes mientras colocaban cacharros y ollas debajo de las goteras, la oían las ancianas señoras de Nangasakit House, e incluso los amantes la oían por encima del alegre crujido de sus camas. Era la única campana que Leander había oído en sus sueños. Le encantaban todas las campanas: la campana de la cena, la campanilla de mesa, la campanilla de la puerta, la campana de Amberes y la

campana de Altona, todas le habían alegrado y consolado, pero esta era la única campana que repicaba en el lado oscuro de su mente. Ahora el encantador repique quedaba a popa, cada vez más leve, perdido en el crujir del viejo casco y el ruido de los golpes de mar que rompían contra su proa. En el centro de la bahía había marejada.

El *Topaze* cogía las olas de frente, como un viejo caballito de balancín. Las olas rompían sobre el cristal de la timonera, de tal modo que Leander tenía que mantener una mano en el limpiaparabrisas para poder ver. El agua que corría por las cubiertas empezó a entrar en la cabina. Hacía un tiempo asqueroso. Leander pensó en los pasajeros, en la chica de la rosa en el pelo y en el hombre con los tres niños, todos con camisas hechas con la misma tela que el vestido veraniego de su mujer. ¿Y cómo estaban los pasajeros en la cabina? ¿Estaban asustados? Sí que lo estaban, nueve de cada diez veces, su miedo levemente disfrazado de ociosas especulaciones. Buscaban en sus bolsillos el llavero o el dinero suelto, se colocaban sus partes y, si tenían un talismán, un dólar de plata o una medalla de san Cristóbal, lo acariciaban con los dedos. ¡San Cristóbal, no nos abandones! Se ajustaban las ligas si las llevaban, se apretaban los lazos de los cordones de los zapatos o el nudo de la corbata y se preguntaban por qué su sentido de la realidad parecía suspendido. Pensaban en cosas agradables: campos de trigo y crepúsculos invernales, cuando cinco minutos después de desaparecer por poniente la luz amarillo limón empieza a nevar, o en esconder las pastillas de gelatina debajo de los cojines del sofá la víspera del Domingo de Pascua. El joven miraba a la chica de la rosa en el pelo, recordando la generosidad con que le había abierto las piernas y qué rubia y dulce parecía ahora.

En mitad de la bahía, Leander viró hacia Travertine. Era la peor parte de la travesía, y estaba preocupado. El siguiente golpe de mar castigó la popa. La hélice sacudía todo el casco en la cresta de cada ola y, al descender, escoraba

a babor. Puso proa a Gull Rock, que ya veía claramente, con las cagadas de gaviotas en lo alto y las hierbas marinas agitándose cuando las olas subían y se tragaban la mole de granito. Más allá del canal estaría seguro y no le quedaría por delante nada más que la subida por el tranquilo río hasta casa. Se concentró en esta idea. Oía las sillas de cubierta estrellándose contra la borda de popa y el barco se había llenado tanto de agua que zozobraba. Entonces la cadena del timón se rompió con un ruido como un disparo y él sintió que la fuerza de la caña se desvanecía entre sus manos.

Había una espadilla en la popa. Pensó con bastante rapidez. Puso el barco a media máquina y entró en la cabina. Helen le vio y empezó a chillar:

—Es un demonio, aquel de allí es un demonio del infierno. Nos ahogará. Me tiene miedo. Durante dieciocho semanas, diecinueve el próximo lunes, he estado en la calle con frío y con calor. Él me tiene miedo. Tengo información en mi poder que podría llevarle a la silla eléctrica. Nos ahogará.

No fue el miedo lo que le detuvo, sino un paralizante recuerdo del encanto de la madre de Helen, de la granja cerca de Franconia y la recogida del heno en un día tormentoso. Volvió a la timonera y un segundo más tarde el *Topaze* se estrelló contra Gull Rock. La proa se partió como una cáscara de huevo. Leander tendió la mano hacia el cordón de la sirena y dio la señal de alarma.

En lo que había sido la sala y ahora era el bar de Mansions House le oyeron y se preguntaron qué se proponía Leander. Siempre había sido pródigo con la sirena, la tocaba para las fiestas de cumpleaños de los chiquillos y para los aniversarios de boda o al ver a un viejo amigo. Fue un camarero que estaba en la cocina, que era nuevo en el lugar, quien reconoció la señal y salió corriendo al porche y dio la alarma. Le oyeron en el club náutico y alguien puso en marcha la motora. En cuanto Leander vio que la motora salía del muelle, regresó a la cabina, donde la mayoría de los pasajeros se estaban poniendo los chalecos salvavidas, y les dio la noticia.

Ellos esperaron tranquilamente sentados hasta que la lancha se acercó al costado del barco. Les ayudó a subir a bordo, incluyendo a Spinet y también a Helen, que sollozaba, y la motora se alejó.

Él desatornilló la caja de la brújula de su soporte y sacó de la taquilla sus gemelos y una botella de bourbon. Luego fue a la proa para ver los daños. El agujero era grande y los siguientes golpes de mar lo empujaban contra las rocas. Mientras él estaba mirando, el barco empezó a apartarse de las rocas y él notó que la proa se asentaba. Caminó hacia la popa. Se sentía muy cansado, casi soñoliento. Su energía animal parecía haberse debilitado y su respiración y los latidos de su corazón se hacían lentos. Le pesaban los párpados. A lo lejos vio un bote que venía a recogerle. El que remaba era un hombre joven, un desconocido, y a través de su sensación de torpor y fatiga, le pareció que contemplaba acercarse a alguien de excepcional belleza, un ángel, a un fantasma de sí mismo cuando era joven y estaba lleno de brío. Mala suerte, viejo, dijo el desconocido, y el espejismo de fantasmas y ángeles se desvaneció.

Leander subió al bote. Vio que el *Topaze* se apartaba de las rocas y embocaba el canal a la deriva, con las olas golpeando en su popa; un buque abandonado que, como una de esas inextinguibles leyendas de civilizaciones submarinas y tesoros enterrados, parecía grabarse en el lado más oscuro de su mente como una imagen de la incalculable soledad del hombre. Avanzaba por el canal, pero no podría atravesarlo. A medida que cada ola lo empujaba hacia delante, perdía capacidad de flotación. El agua rompía sobre su proa. Y entonces, con más elegancia de la que solía tener al navegar, la popa levantada —se oyó un fuerte estrépito de sillas chocando contra los costados de la cabina—, el *Topaze* se hundió y bajó al fondo del mar.

Leander les escribió a sus dos hijos. No sabía que Coverly estaba en el Pacífico y que su carta tardaba tres semanas en ser reenviada a la isla 93. Moses nunca recibió la carta de su padre. Le despidieron, por constituir un riesgo para la seguridad, diez días después de que Beatrice se marchase a Cleveland. Era una época en la que estos despidos eran sumarios y sin explicación alguna y, si existía algún tribunal de apelación, Moses no tenía, en aquel tiempo, la paciencia o el sentido común de buscarlo. Una hora después de recibir la expulsión, iba conduciendo en dirección norte con todas sus pertenencias en la parte de atrás del coche. El anonimato de esta expulsión le confería proporciones de oráculo, como si un árbol, una piedra o una voz que saliese de una caverna le hubiese señalado, y el dolor de ser condenado o expulsado por una fuerza velada podía haber explicado su furia. Estaba lejos de los verdes pastos del sentido común. Estaba indignado por lo que le habían hecho e indignado consigo mismo por no haber conseguido llegar a un acuerdo razonable con el mundo, y estaba profundamente preocupado por sus padres, porque, si a Honora le llegaba la noticia de que le habían echado por razones de seguridad, sabía que ellos sufrirían.

Lo que hizo fue irse de pesca. Puede que quisiera recuperar los placeres de sus excursiones a Langely con Leander. La pesca era la única ocupación que quizá refrescara su sentido común. Fue directamente desde Washington a un lago de truchas en el Poconos que ya conocía, donde pudo alquilar una cabaña o choza tan descuidada como la del campamento de Langely. Cenó,

se bebió una pinta de whisky y se fue a nadar en el frío lago. Todo esto le hizo encontrarse mejor y se acostó temprano, con la idea de levantarse antes de amanecer para pescar en el río Lakanana.

Estaba en pie a las cinco y condujo hasta el río, tan deseoso de ser el primer pescador como lo había estado Leander de ser el primer hombre que llegaba al bosque. Se sintió defraudado y perplejo cuando vio delante de él un coche que giraba y aparcaba junto a la carretera que llevaba al arroyo. Luego, el conductor se apeó apresuradamente y volvió la cabeza para mirar a Moses con tal angustia y pánico que este se preguntó —nada más amanecer— si se habría cruzado en el camino de un asesino. Entonces el desconocido se desató el cinturón, dejó caer sus pantalones y evacuó a la vista de la mañana. Moses cogió su aparejo y sonrió al hombre, contento de ver que no se trataba de otro pescador de truchas. El hombre le sonrió por sus propios motivos, y Moses tomó el sendero que conducía al arroyo y ese día no vio a ningún otro pescador.

El lago Lakanana desaguaba en el río, y el agua, regulada por una presa, era profunda y turbulenta y en muchos sitios llegaba por encima de la cabeza de un hombre. La aguda pendiente de los lados y el lecho de granito del arroyo lo convertían en un lugar donde no había respiro al fuerte ruido del agua. Moses pescó una trucha por la mañana y dos más por la tarde. Aquí y allí algún camino de herradura que partía de la posada Lakanana corría paralelo al arroyo y pasaron unos cuantos jinetes, pero hasta avanzado el día ninguno de ellos se paró para preguntarle a Moses qué había pescado.

Para entonces el sol estaba por debajo de los árboles y la temprana oscuridad parecía hacer más profunda la resonancia del arroyo. Era hora de irse y Moses estaba recogiendo su sedal y guardando sus moscas cuando oyó cascotes de caballos y el chasquido de la fusta de unos jinetes. Una pareja de mediana edad se detuvo a preguntarle si había habido suerte, mientras él se

estaba quitando las botas. Fue la urbanidad de la pareja lo que le chocó a Moses, parecían terriblemente fuera de lugar. Los dos eran macizos y carnosos; la mujer, regordeta, y el hombre, colérico, asmático y obeso. Había sido un día caluroso, pero ellos iban correctamente vestidos con ropa de montar oscura, sombrero hongo, fusta y todo lo demás. Todo aquello debía de resultar muy incómodo.

—Bueno, que tenga suerte —dijo la mujer con la alegre y cascada voz de la madurez, y dio media vuelta a su montura.

Por el rabillo del ojo, Moses vio que el caballo se encabritaba, pero, cuando volvió la cabeza, los cascos de este habían levantado tal polvareda que no vio caer a la mujer. Subió corriendo la pendiente y sujetó al caballo rebelde por la brida, mientras el marido empezaba a gritar.

—Socorro, socorro. Está muerta, está muerta, se ha matado.

El caballo se encabritó de nuevo mientras Moses lo tenía sujeto por la brida. Lo soltó y el caballo de alquiler se alejó al galope.

—Voy a buscar ayuda, voy a buscar ayuda —gritó el marido—. Hay una granja aquí cerca.

Se fue hacia el norte y la polvareda se asentó, dejando a Moses con lo que parecía ser una desconocida muerta.

Ella estaba de rodillas, la cara sobre la tierra, los faldones de su chaqueta abiertos sobre las anchas y gastadas posaderas de los pantalones de montar y las botas con las puntas hacia dentro como las de un niño, tan privada de su humanidad, tan derrotada —Moses se acordó de las notas sinceras de su voz— en su intento de disfrutar de aquel día de principios de verano, que él sintió un relámpago de repugnancia. Luego se acercó a ella y, más en consideración a sus propios sentimientos que por otra cosa, más por un deseo de devolverle la forma de una mujer que por salvarle la vida, le enderezó las piernas y ella se volvió de golpe y quedó tumbada de espaldas. Enrolló su abrigo y lo puso

debajo de la cabeza de la mujer. Tenía un corte en la frente, sobre un ojo, que estaba sangrando, y Moses cogió agua y se lo limpió, contento de estar ocupado. Notó que ella respiraba, pero ahí se agotaban sus conocimientos médicos. Se arrodilló a su lado preguntándose en qué forma y cuándo llegaría la ayuda. Encendió un cigarrillo y miró la cara de la desconocida; pastosa, redonda y gastada por preocupaciones tales como cocinar, coger el tren y comprar regalos útiles en Navidad. Era una cara que parecía revelar claramente su historia; era una de dos hermanas, no tenía hijos, podía ser inflexible respecto a la limpieza y probablemente coleccionaba animales de cristal o tazas de café inglesas en modesta escala. Entonces oyó cascos de caballo y fustazos y el desolado marido apareció en una nube de polvo.

—No hay nadie en la granja. He perdido tanto tiempo. Debería estar en una tienda de oxígeno. Probablemente necesita una transfusión de sangre. Tenemos que conseguir una ambulancia. —Luego se arrodilló junto a ella y apoyó la cabeza en su pecho, llorando—. Oh, mi vida, amor mío, cariño, no me dejes, no me dejes.

Entonces Moses subió corriendo por el sendero hasta su coche y, metiéndolo por entre los árboles un trecho, llegó al camino de herradura, donde el hombre seguía arrodillado junto a su mujer. Abriendo las puertas, lograron introducirla en el coche. Entonces se dirigió a la carretera. Las ruedas del coche patinaban en la tierra suelta, pero consiguió que avanzara y se alegró cuando llegaron a la carretera de asfalto. Del asiento de atrás le llegaban sonidos ahogados y gemidos de angustia.

—Se está muriendo, se está muriendo —sollozó el hombre—. Si vive le recompensaré a usted. El dinero no es problema. Por favor, corra.

—Ustedes dos parecen un poco viejos para montar a caballo —dijo Moses.

Sabía que había un hospital en el próximo pueblo y fue a buena velocidad hasta que, en la estrecha carretera, se encontró detrás de un lento camión

cargado con pollos vivos. Moses tocó la bocina varias veces, pero esto hizo que el camionero se pusiera más agresivo y ¿cómo podía explicarle que la vida de una mujer podría depender de su consideración? En la cima de una cuesta adelantó al camión, pero esto solo sirvió para excitar la malevolencia del conductor y, cuesta abajo, con los cajones de pollos balanceándose de un lado a otro, trató de pasar a Moses, sin éxito. Entraron al fin en las arboladas calles del pueblo y tomaron el camino del hospital. Mucha gente iba andando a los lados de la carretera y entonces Moses vio carteles clavados en los troncos de los árboles anunciando una fiesta en los jardines del hospital. No tenían suerte. El hospital estaba rodeado por los puestos, las luces y la música de una feria campesina.

Un policía les detuvo cuando intentaron acercarse a la puerta del hospital y les hizo señas de que fueran al aparcamiento.

—Queremos ir al hospital —le gritó Moses.

El policía se inclinó hacia ellos. Era sordo.

—Llevamos una mujer que se está muriendo —gritó el hombre—. Es cuestión de vida o muerte.

Moses pasó por delante del policía y atravesó la feria para acercarse a un edificio de ladrillo, oscurecido por muchos árboles de sombra. El lugar tenía la forma de una mansión victoriana y quizá lo había sido, alterada ahora por las escaleras de incendio y una chimenea de ladrillo. Moses se bajó del coche y entró corriendo por la puerta de urgencias. La recepción estaba vacía. De allí pasó a un vestíbulo donde encontró a una enfermera canosa que llevaba una bandeja.

—Tengo un caso de urgencia en mi coche —dijo Moses.

El rostro de la enfermera no reflejaba cordialidad. Le miró con esa atroz expresión de amargura que tenemos cuando estamos demasiado cansados o irritados por nuestra propia mala suerte, para que pueda importarnos si

nuestros vecinos viven o mueren.

—¿Qué clase de urgencia es? —le preguntó vivamente.

Apareció otra enfermera. No era más joven, pero no estaba tan cansada.

—La tiró un caballo, está inconsciente —dijo Moses.

—¡Caballos! —exclamó la vieja enfermera.

—El doctor Howard acaba de llegar —dijo la segunda enfermera—. Le llamaré.

Unos minutos después, un médico cruzó el vestíbulo con la segunda enfermera y sacaron una camilla con ruedas por la rampa de la puerta de urgencias y la llevaron hasta el coche. Moses y el médico colocaron a la mujer inconsciente en la camilla. Hicieron todo a la media luz del crepúsculo de verano, rodeados por las voces de los quincalleros y las músicas de la feria que llegaban del otro lado de los árboles.

—¿Es que no pueden parar eso? —dijo el hombre refiriéndose a la música—. Soy Charles Cutter. Pagaré cualquier cantidad de dinero. Dígales que se vayan. Dígales que se vayan. Yo lo pagaré. Dígales que paren la música por lo menos. Ella necesita tranquilidad.

—No podemos hacer eso —replicó el médico tranquilamente y con un marcado acento del interior—. Así es como recaudamos fondos para mantener el hospital.

—Se quedará, se quedará usted un ratito conmigo, ¿verdad? —le preguntó a Moses—. Ella es lo único que tengo y, si ella muere, si ella muere, no sé qué voy a hacer.

Moses dijo que se quedaría y caminó despacio hasta una sala de espera vacía. Una placa de bronce grande decía que esta era donación de Sarah P. Watkins y de sus hijos e hijas, pero resultaba difícil saber qué era lo que habían donado los Watkins. Había tres butacas de imitación de cuero, una mesa y una colección de revistas viejas. Moses esperó allí hasta que el señor

Cutter volvió.

—Vive —sollozó—. Vive. Gracias a Dios. Tiene fracturados el brazo y la pierna y sufre una conmoción. He llamado a mi secretario y he pedido que me envíen un especialista de Nueva York. No saben si vivirá o no. No lo sabrán hasta dentro de veinticuatro horas. Es una persona tan maravillosa. Es tan amable y encantadora.

—Su esposa se pondrá bien —dijo Moses.

—No es mi esposa —sollozó el señor Cutter—. Es tan amable y tan encantadora. Mi esposa no es así en absoluto. Hemos pasado mucho nosotros dos. Nunca pedimos demasiado. Ni siquiera hemos estado mucho tiempo juntos. No puede ser un castigo, ¿verdad? No puede ser un castigo. Nunca le hemos hecho daño a nadie. Hacemos un viajecito cada año. Es el único tiempo que pasamos juntos. No puede ser un castigo.

Se secó las lágrimas, se limpió las gafas y se alejó por el vestíbulo otra vez. Una enfermera joven se acercó a la puerta de entrada, para mirar la feria y la noche de verano, y un médico se unió a ella.

—El 82 cree que se está muriendo —dijo la enfermera—. Quiere un sacerdote.

—He llamado al padre Bevier —respondió el médico—. Pero no está.

Puso una mano en la esbelta espalda de la enfermera y la deslizó hasta sus nalgas.

—Oh, qué bien me vendría eso —dijo la enfermera alegremente.

—Y a mí también —convino el médico.

Él continuó acariciándole las nalgas y el deseo parecía volver quejumbrosa a la enfermera y, en un sentido humano, mejor, y el médico, que tenía aspecto de cansado, parecía reanimado. Entonces, del oscuro interior del hospital, llegó un rugido sin palabras, un gruñido, arrancado por un extremo dolor físico o por el derrumbamiento de una razonable esperanza. El médico y la

enfermera se separaron y desaparecieron en la oscuridad al fondo del vestíbulo. El gruñido se convirtió en grito, en alarido, y para escapar de él, Moses salió del edificio y cruzó el césped hasta el borde del prado. Estaba en alto y la vista abarcaba las montañas, oscurecidas por el resplandor del sol poniente, de un amarillo brillante que en regiones más bajas solo se ve en las noches más frías de febrero.

Entre los árboles, a su izquierda, la feria había encontrado su ritmo tranquilo y campesino. Sobre una tarima, una orquesta tocaba «Sonrisas» y, en el segundo coro, uno de los músicos dejó su instrumento y cantó una estrofa a través de un megáfono. Hileras de bombillas —blancas y en apagados rojos y amarillos— colgaban de caseta a caseta para iluminar, con la débil luz de una vela, la oscuridad de los arcos. El bullicio de las voces no era fuerte y los hombres que ofrecían hamburguesas y ruedas de la fortuna no llamaban con verdadera insistencia. Se aproximó a una caseta y le pidió un café en vaso de papel a una bonita campesina. Después de darle el cambio, ella movió el azucarero unos centímetros a la derecha y a la izquierda, miró el frasco de las rosquillas con un profundo suspiro y se estiró el delantal.

—¿Es usted forastero? —le preguntó.

Él dijo que sí. La chica se fue al otro lado del mostrador para atender a otras personas que se quejaban del fresco anochecer en la montaña.

En la caseta de al lado, un hombre joven estaba lanzando pelotas de béisbol a una pirámide de botellas de leche de madera. Su puntería y su velocidad eran fantásticas. Miraba las botellas, echándose un poco hacia atrás y entornando los ojos como un tirador, y luego lanzaba la pelota con la energía de la malevolencia. Las botellas caían, una y otra vez, y un grupo de chicos y chicas hizo corro para observar su actuación, pero, cuando esta se terminó y el lanzador se volvió hacia ellos, le dijeron hasta luego, hasta luego, Charlie, y se alejaron cogidos del brazo. No parecía tener muchos

amigos.

Más allá del lanzador había una caseta que vendía flores cogidas en los jardines del pueblo y había ruedas de la fortuna y una partida de bingo y la plataforma de madera donde los músicos continuaban tocando, sin una pausa, su selección de música de baile. A Moses le sorprendió que fueran tan viejos. El pianista era viejo, el saxofón, encorvado y canoso, y el batería debía de pesar ciento treinta kilos, y parecían unidos a sus instrumentos por los ritos, conveniencias y costumbres de una larga vida matrimonial.

Cuando terminaron la última selección, un hombre anunció la presencia de una artista local, y Moses vio a una niña al borde de la tarima, esperando para subir. Parecía una niña, pero, cuando la banda atacó su fanfarria, ella levantó las manos, entró bajo los focos arrastrando los pies y comenzó un laborioso número de claqué, llevando el compás penosamente y arrojando al público, de vez en cuando, una risa provocativa. Empolvada, maquillada, absorta en la mecánica de su danza y en el esfuerzo de parecer coqueta, su frescura había desaparecido y toda la amargura y las desilusiones de una madurez lasciva habían caído sobre sus delgados hombros. Al final se inclinó para saludar ante los escasos aplausos, repitió su sonrisa de fulana y corrió hacia las sombras, donde su madre la esperaba para ponerle un abrigo sobre los hombros y decirle unas palabras de aliento; cuando volvió a las sombras, Moses se dio cuenta de que no tendría más de doce o trece años.

Echó su vaso en una papelera y, al concluir el recorrido de la feria, vio, paseando entre el intenso olor a hierba y las tinieblas veraniegas, a un grupo, una familia quizá, en la que había una mujer que llevaba una falda amarilla. El color de la falda le despertó un anhelo, un ansia que le puso los dientes largos, y recordó que una vez había querido a una chica que tenía una falda del mismo color, aunque no pudo acordarse de cómo se llamaba.

—Quiero un especialista, un especialista del cerebro —gritaba su amigo

cuando Moses entró en el hospital—. Flete un avión si hace falta. El dinero no importa. Y si quiere un médico consultor, dígame que se lo traiga. Sí. Sí.

Estaba utilizando el teléfono de un despacho que estaba enfrente de la sala de espera donada por la familia Watkins. El despacho se había quedado a oscuras sin que nadie se hubiera molestado en encender la luz. Al parecer, había muy pocas luces encendidas en el hospital. El desconsolado y maduro amante estaba sentado entre máquinas de escribir y calculadoras y, cuando acabó su conversación telefónica, levantó la cabeza para mirar a Moses y, fuera porque la escasa luz se reflejó en sus gafas o porque su estado de ánimo había cambiado, parecía muy oficioso.

—Quiero que se considere usted como miembro de mi plantilla desde esta mañana —le dijo a Moses—. Si tiene usted otros compromisos que cumplir, puede cancelarlos, con la seguridad de que yo me encargaré de que le merezca la pena. El hospital me ha dado una habitación para pasar la noche y quiero que vuelva usted a la posada y me traiga mis artículos de aseo. He hecho una lista —dijo, entregándole la lista a Moses—. Lleve la cuenta del kilometraje y del tiempo y yo me ocuparé de que le sea reembolsado con creces.

Volvió a coger el teléfono y pidió una conferencia, y Moses salió al oscuro vestíbulo.

No tenía nada que hacer y se alegraba de volver a la posada, no tanto por un encomiable espíritu de caridad y servicio, como por su deseo de examinar desde una perspectiva sensata los sucesos de las últimas horas. Una vez en la posada, le dio al dueño —como buen Wapshot que era— una escueta explicación de lo que había ocurrido.

—Ella tuvo un accidente —dijo.

Subió a la habitación que habían ocupado el pobre señor Cutter y su amada. Encontró fácilmente todas las cosas de la lista, menos una botella de

whisky de centeno, pero, después de mirar en el botiquín y detrás de los libros de la estantería, se le ocurrió echar un vistazo debajo de la cama y encontró un bar bien provisto. Se tomó un poco de whisky escocés en un vaso para el cepillo de dientes. Cuando regresó al hospital, el señor Cutter seguía al teléfono. Lo cubrió con la mano.

—Ahora debes dormir un poco, hijo —dijo, mezclando paternalismo con oficiosidad—. Si no tienes un sitio, vuelve a la posada y diles que te den una habitación. Preséntate aquí a las nueve de la mañana. Recuerda que el dinero no importa. Estás en mi nómina.

Moses volvió al camino de herradura para recoger su caña de pesca, que encontró intacta, aunque húmeda de rocío, y pasó la noche en la choza que tenía alquilada.

Al día siguiente, al atardecer, la amada del señor Cutter recobró la conciencia, y por la mañana Moses encargó que le llevaran su coche a Nueva York y voló a la ciudad con el señor Cutter y la paciente en un avión ambulancia. No estaba muy seguro de en qué posición estaba en la nómina de Cutter, pero no tenía nada mejor que hacer. No bien llegó a Nueva York, fue a la dirección de Coverly, sin saber que su hermano estaba en la isla 93. Encontró a Betsey allí y la invitó a cenar. No era la chica con quien él se hubiera casado, pero le pareció bastante agradable. Un día o dos más tarde tuvo una entrevista con el señor Cutter y unos días después entraba en la plantilla de la escuela Bond de la Compañía Fiduciaria y Fideicomisaria, con mejor sueldo del que había tenido en Washington y con un porvenir más brillante. La carta que Leander le escribió a Washington estaba en el suelo del vestíbulo de su apartamento y decía lo siguiente:

Ligero contratiempo con el *Topaze* el día 30. Todos rescatados con los pies secos. Se hundió en el canal y la Guardia de Costas lo retiró por riesgo para la navegación. Remolcado a la playa y remendado en Mansion House. Ahora está en tu amarradero (el del *Tern*) y ha estado allí desde el contratiempo. A flote pero no en condiciones de navegar. Beecher calcula que el coste de las reparaciones sería de cuatrocientos dólares. Las arcas aquí están vacías y Honora no quiere cooperar. ¿Puedes ayudar tú? Por favor, inténtalo, hijo mío, y mira qué puedes hacer. Es una época enormemente difícil para tu viejo padre.

Sin el *Topaze*, ¿cómo voy a ganarme la vida? Un vejestorio como yo empieza a apreciar el tiempo que le queda en la tierra, pero, sin el *Topaze*, los días pasan sin objetivo, sentido, color, forma, apetito, gloria, miseria, arrepentimiento, deseo, placer o dolor. Anochecer. Amanecer. Todo es igual. A veces, a primera hora de la mañana me siento esperanzado, pero pronto me desanimo.

La única cosa emocionante es escuchar las carreras de caballos en la radio. Si pudiera apostar, reuniría rápidamente el precio de la reparación del *Topaze*. Me falta hasta una pequeña suma para una apuesta digna.

Yo he sido muy generoso. En varias ocasiones di grandes sumas a desconocidos necesitados. Cien dólares a un cochero que empezaba en Parker House. Cincuenta dólares a una anciana que vendía lavanda en Parker Street. Ochenta dólares a un hombre en un restaurante, porque aseguraba que su hijo necesitaba una operación. Otros donativos olvidados. Como tirar pan al agua, por así decirlo. No he recuperado nada hasta hoy. Es de mal gusto el recordártelo, pero cuando estabas en casa tú no te privabas de nada. Velamen nuevo para el *Tern*. Trescientos dólares para bulbos de dalia. Zapatos ingleses, setas, flores de invernadero, cuotas del club náutico y espléndidas comidas consumieron muchos ahorros para el futuro.

Intenta ayudar a tu viejo padre si te es posible. Si no, tantea a los conocidos. En todos los grupos hay un hombre que gasta con facilidad. A veces, un jugador. El *Topaze* es una buena inversión. Ha producido sustanciosos beneficios todas las temporadas, excepto una. Este año se espera mucho negocio en Nangasakit. Muchas posibilidades de devolver el préstamo en agosto. Lamento el tono lacrimoso de la carta. Ríe y el mundo reirá contigo. Lloro y llorarás solo.

El amarradero al que se refería Leander era un arpeo y una cadena en el río, al pie del jardín, desde donde se veía la vieja lancha. La señora Wapshot contempló el *Topaze* una tarde, mientras estaba recogiendo salvia. Sintió un estremecimiento en la mente y en el cuerpo que podría indicar que iba a tener una visión. La verdad es que como tantas de las cosas que había imaginado se habían convertido en realidad que tenía derecho a llamarlas visiones. Hacía muchísimos años, cuando pasaba por delante de la iglesia de Cristo, alguna fuerza ajena la hizo detenerse junto al solar contiguo a esta y tuvo la visión de una casa parroquial de ladrillo rojo con contraventanas y un cuidado césped. Había empezado su campaña a favor de la casa parroquial esa misma tarde y, un año y medio después, su visión —ladrillo por ladrillo— era una realidad. Había imaginado abrevaderos para las caballerías, buenas obras y viajes agradables, y casi siempre se habían materializado. Ahora, al volver del jardín con un ramillete de salvia, miró hacia el río, donde estaba el *Topaze* en su amarradero.

Era una tarde gris por la costa, pero no carente de interés; podría haber

tormenta, y esa perspectiva parecía complacerla, como si tuviese en la lengua, igual que un grano de pimienta, el aroma del viejo puerto y el crepúsculo tormentoso. El aire era salado y se oían las olas que rompían en Travertine. El *Topaze* estaba oscuro, por supuesto, y a esa luz parecía insalvable, como uno de esos cascos de buques que vemos amarrados junto a las carboneras en los ríos de las ciudades, mantenidos a flote por alguna equivocada ternura o esperanza, a veces con el cartel de SE VENDE y a veces convertidos en el último refugio de algún viejo eremita loco y desdentado con el cubil empapelado de bellezas con la piel perlada y las piernas abiertas. Lo primero que pensó cuando vio el barco vacío y oscuro es que nunca volvería a navegar. No volvería a cruzar la bahía. Luego la señora Wapshot tuvo su visión. Vio el barco fondeado en el muelle del jardín, el casco reluciente de pintura nueva y la cabina llena de luz. Vio, al volver la cabeza, una docena de coches o más aparcados en el maizal. Incluso vio que algunos de ellos tenían matrículas de otros estados. Vio un letrero clavado en el olmo junto al camino: VISITE EL VAPOR TOPAZE, LA ÚNICA TIENDA DE REGALOS FLOTANTE DE NUEVA INGLATERRA. Mentalmente tomó el camino y bajó al muelle para subir a bordo. La cabina estaba recién pintada (los salvavidas habían desaparecido) y había lámparas encendidas sobre muchas mesitas, iluminando un cargamento de ceniceros, encendedores, cajas para naipes, objetos de alambre para sostener flores, jarrones, bordados, vasos pintados a mano y cigarreras que tocaban «Cuentos de los bosques de Viena» cuando se abrían. Su visión tenía todos los detalles y estaba espléndidamente iluminada, e incluso caldeada, porque vio una estufa Franklin en un extremo de la cabina con el fuego ardiendo en la rejilla y el perfume del humo de la madera se mezclaba con el de las bolsitas aromáticas y las telas japonesas y aquí y allá el olor a sebo de una vela encendida. El vapor *Topaze*, pensó de nuevo, LA ÚNICA TIENDA DE REGALOS FLOTANTE DE NUEVA INGLATERRA, y entonces dejó que el

tormentoso crepúsculo se apoderara del oscuro barco y entró en casa muy contenta.

Leander no entendía por qué Theophilus Gates no quería prestarle el dinero para reparar la proa del *Topaze* y, sin embargo, estaba dispuesto a prestarle a Sarah todo el dinero que quisiera para convertir la vieja lancha en una tienda de regalos flotante. Eso es lo que sucedió. Al día siguiente de su visión, Sarah fue al banco y al otro día llegaron los carpinteros y comenzaron a arreglar el muelle. Empezaron a venir los vendedores —tres o cuatro cada día— y Sarah comenzó a proveer al *Topaze* gastando el dinero, según decía ella misma, como un marinero ebrio. Su felicidad o embeleso eran auténticos, aunque era difícil saber por qué encontraba tal placer en una partida de perros de porcelana con flores pintadas en el lomo y las patas de tal forma que podían sostener cigarrillos. Puede que hubiera algo de venganza en su entusiasmo, un medio de expresar sus sentimientos sobre la independencia y la santidad de su sexo. Nunca había sido tan feliz. Hizo pintar carteles: VISITE EL VAPOR TOPAZE, LA ÚNICA TIENDA DE REGALOS FLOTANTE DE NUEVA INGLATERRA, y mandó colocarlos en todas las carreteras que conducían al pueblo. Decidió inaugurar el *Topaze* con un té de gala y una venta de cerámica italiana. Se imprimieron y enviaron cientos de invitaciones.

Leander se puso insoportable. Eructaba en la sala y orinaba contra un manzano a la vista de los barcos que pasaban por el río y de los vendedores de cerámica italiana. Afirmaba que estaba envejeciendo rápidamente y hacía notar cómo le crujían los huesos cuando se agachaba para recoger un hilo de la alfombra. Se le saltaban las lágrimas caprichosamente cuando oía una

carrera de caballos en la radio. Seguía afeitándose y bañándose todas las mañanas, pero olía más que nunca como Neptuno y le crecían matojos de pelos en las orejas y en los agujeros de la nariz antes de que se acordara de recortárselos. Sus corbatas tenían manchas de comida y de ceniza, y sin embargo, cuando los vientos nocturnos le despertaban y yacía en la cama siguiendo su curso alrededor de la oscura brújula, aún se acordaba de lo que era sentirse joven y fuerte. Engañado por este hilo de aire frío, se incorporaba en la cama pensando apasionadamente en barcos, trenes y mujeres de grandes senos, o en alguna imagen —una acera mojada cubierta de hojas de olmo amarillas— que parecía representar el desquite y la fuerza. Escalaré la montaña, pensó. ¡Mataré al tigre! ¡Aplastaré a la serpiente con el talón! Pero los frescos vientos se calmaban con la primera luz de la mañana. Le dolían los riñones. No podía volver a dormirse y cojeaba y tosía a lo largo de un día más. Sus hijos no le escribían.

El día anterior a la inauguración del *Topaze* como tienda de regalos, Leander le hizo una visita a Honora. Se sentaron en la sala.

—¿Te apetecería un whisky? —preguntó Honora.

—Sí, por favor —respondió Leander.

—Pues no queda —dijo Honora—. Tómate una galleta.

Leander miró el plato de galletas y vio que estaban cubiertas de hormigas.

—Me temo que hay hormigas en las galletas, Honora —dijo.

—Eso es absurdo —replicó Honora—. Sé que en la granja tenéis hormigas, pero yo nunca he tenido ninguna en esta casa.

Cogió una galleta y se la comió con hormigas y todo.

—¿Vas a ir al té de Sarah? —preguntó Leander.

—No tengo tiempo para las tiendas de regalos —dijo Honora—. Estoy tomando clases de piano.

—Creí que tomabas clases de pintura —repuso Leander.

—¡Pintura! —dijo Honora despectivamente—. Dejé la pintura en la primavera. Los Hammer tenían dificultades económicas, así que les compré el piano y ahora la señora Hammer viene a darme clases dos veces a la semana. Es muy fácil.

—A lo mejor es cosa de familia —dijo Leander—. ¿Te acuerdas de Justina?

—¿Qué Justina? —preguntó Honora.

—Justina Molesworth —dijo él.

—Claro que me acuerdo de ella —dijo Honora—. ¿Por qué no iba a acordarme?

—Quería decir que ella tocaba el piano en la tienda de todo a cinco-y-diez centavos —contestó Leander.

—Bueno, yo no tengo intención de tocar en la tienda de todo a cinco-y-diez centavos —dijo ella—. Fíjate qué brisa tan refrescante.

—Sí —convino Leander.

(No había nada de brisa.)

—Siéntate en la otra silla —pidió ella.

—Estoy cómodo aquí, gracias— dijo él.

—Siéntate en la otra silla. Me la acaban de volver a tapizar. Aunque —añadió ella, cuando Leander se cambiaba obedientemente de una silla a otra— desde allí no podrás mirar por la ventana y quizá estabas mejor donde estabas.

Leander sonrió, recordando que hablar con ella, incluso cuando era una chica joven, siempre le hacía sentirse aporreado. Se preguntó qué motivos tendría. Lorenzo había escrito en alguna parte de sus diarios que si te encuentras al diablo debes cortarlo en dos y pasar entre ambos pedazos. Eso describiría la conducta de Honora, aunque pensó si no sería el miedo a la muerte lo que determinaba que fuera por la vida avanzando como un

cangrejo. Podría ser que esquivando aquellas cosas que por su fuerza —el amor, la incontinencia y la paz de espíritu— nos arrojan a la cara el hecho de nuestra mortalidad, hubiera descubierto el misterio de una alegre vejez.

—¿Quieres hacerme un favor, Honora? —le preguntó.

—No voy a ir al té de Sarah, si eso es lo que quieres —respondió ella—. Ya te he dicho que tengo clase de música.

—No es eso —dijo Leander—. Es otra cosa. Cuando me muera, quiero que en mi entierro lean el parlamento de Próspero.

—¿Qué parlamento es ese? —preguntó Honora.

—Nuestros festejos acabaron ya —dijo Leander, poniéndose de pie—. Nuestros actores, como os predije, no eran sino espectros y se han desvanecido en el aire, en la nada —declamó, y su estilo declamatorio se inspiraba en parte en los actores shakesperianos de su juventud, en parte en la ampulosidad y el sonsonete de la presentación de un combate de boxeo y en parte en el tonillo de los desaparecidos cobradores de tranvías y coches de caballos que habían convertido en una cantinela los nombres de los lugares de su ruta. Su voz se elevaba e ilustraba la poesía con gestos muy literales— y, al igual que el tejido sin urdimbre de esta visión, las torres coronadas de nubes, los espléndidos palacios, los solemnes templos, el gran orbe mismo, sí, todo aquello que este heredó, se disolverá y, así como este inmaterial cortejo se evaporó, no dejará el menor rastro. —Dejó caer las manos, bajó la voz—. Estamos hechos de la misma materia que los sueños, y nuestra breve existencia concluye con un sueño.

Luego se despidió y se fue.

A primera hora de la mañana, Leander comprendió que ese día no hallaría refugio ni paz para él en la granja. Era imposible escapar al bullicio de una

gran fiesta de señoras, aumentado por la venta de cerámica italiana. Decidió visitar a su amigo Grimes, que vivía en una residencia de ancianos en West Chillum. Era una excursión que llevaba años pensando hacer. Después de desayunar, se fue andando a Saint Botolphs y allí cogió el autobús para West Chillum. Al otro lado de Chillum, el conductor del autobús le dijo que habían llegado a la residencia Crepúsculo y Leander se apeó. Desde la carretera, el lugar le pareció semejante a una de las academias de Nueva Inglaterra. Había un muro de granito, salpicado de piedras puntiagudas para impedir que los vagos se apoyaran en él. El camino interior estaba sombreado por olmos, y los edificios a los que conducía estaban contruidos en ladrillo rojo, en un estilo arquitectónico que, cualquiera que fuese el propósito cuando se edificaron, ahora resultaba lúgubre. A lo largo del camino, Leander vio a algunos viejos cavando en las cunetas. Entró en el edificio principal y encontró un despacho, donde una mujer le preguntó qué quería.

—Me gustaría ver al señor Grimes.

—No se permiten visitas entre semana —dijo la mujer.

—He venido desde Saint Botolphs para verle —repuso Leander.

—Está en el dormitorio norte —dijo ella—. No le diga a nadie que le he dejado pasar. Suba esas escaleras.

Leander cruzó el vestíbulo y subió por una ancha escalera de madera. El dormitorio era una habitación grande con una doble hilera de camas de hierro a los lados de un pasillo central. En menos de la mitad de las camas había viejos tumbados. Leander reconoció a su antiguo amigo y se acercó a la cama donde estaba echado.

—Grimes —dijo.

—¿Quién es?

El hombre abrió los ojos.

—Leander. Leander Wapshot.

—Oh, Leander —gritó Grimes, y las lágrimas corrieron por sus mejillas—. Leander, viejo amigo. Eres el primero que viene a verme desde Navidad. —Abrazó a Leander—. No sabes lo que es ver una cara amiga. No sabes lo que es.

—Bueno, se me ocurrió hacerte una visita —dijo Leander—. Hace mucho tiempo que estoy pensando en venir. Alguien me dijo que tenéis una mesa de billar y pensé que podíamos jugar una partidita.

—Tenemos una mesa de billar —dijo Grimes—. Ven, ven, te la enseñaré. —Cogió a Leander por un brazo y le sacó del dormitorio—. Tenemos toda clase de distracciones —siguió, excitado—. En Navidad nos mandan un montón de discos de gramófono. Tenemos jardines. Tomamos el aire y hacemos ejercicio. Trabajamos en el jardín. ¿No quieres ver los jardines?

—Como tú quieras, Grimes —dijo Leander de mala gana.

No deseaba ver los jardines ni mucho más de la residencia Crepúsculo. Si pudiera sentarse tranquilamente en algún sitio y charlar una hora con Grimes, el viaje le habría valido la pena.

—Cultivamos todas nuestras verduras —dijo Grimes—. Tenemos hortalizas frescas cogidas directamente del huerto. Te enseñaré primero el jardín. Luego jugaremos un poco al billar. La mesa no está en muy buen estado. Te enseñaré el jardín. Ven. Ven.

Salieron del edificio principal por una puerta trasera y cruzaron los jardines. A Leander le recordaron a los rígidos y deprimentes huertos de un reformatorio.

—Mira —dijo Grimes—. Guisantes. Zanahorias. Remolachas. Espinacas. Pronto tendremos maíz. Vendemos maíz. Puede que cultivemos parte del maíz que comes en tu mesa, Leander.

Había llevado a Leander a un maizal que estaba empezando a brotar.

—Ahora tenemos que hablar bajo —dijo Grimes en un susurro.

Atravesaron el maizal hasta el borde del huerto y saltaron una tapia con un letrero de PROHIBIDO EL PASO y entraron en un bosquecillo esmirriado. Al cabo de un minuto llegaron a un claro donde había una zanja poco profunda abierta en la arcilla.

—¿Lo ves? —murmuró Grimes—. ¿Lo ves? Muy pocos lo conocen. Esta es la hoyanca. Aquí es donde nos entierran. Dos hombres se pusieron enfermos el mes pasado. Charlie Dobbs y Henry Fosse. Los dos se murieron una noche. Yo ya sospechaba lo que hacían, pero quise asegurarme. Me vine aquí esa mañana y me escondí en el bosque. Efectivamente, a eso de las diez llega un tipo gordo con una carretilla. En ella lleva a Charlie Dobbs y a Henry Fosse. Completamente en pelotas. Tirado uno encima del otro. Boca abajo. No se llevaban bien, Leander. Ni siquiera se hablaban. Pero los enterró juntos. Oh, no pude mirar. No podía verlo. No me he sentido bien desde entonces. Si me muero una noche, me tirarán desnudo en un hoyo, al lado de alguien a quien nunca conocí. Vuelve y cuéntaselo a ellos, Leander. Cuéntalo en los periódicos. Siempre hablaste bien. Vuelve y cuéntaselo...

—Sí, sí —dijo Leander.

Retrocedía, huyendo del claro y de su histérico amigo. Volvieron a saltar la tapia y cruzaron el maizal. Grimes agarró a Leander por el brazo.

—Vuelve y cuéntaselo, cuéntaselo a los periódicos. Sálvame, Leander, sálvame...

—Sí, lo haré, Grimes, lo haré.

Uno junto a otro, los dos ancianos volvieron por el jardín y Leander se despidió de Grimes delante del edificio principal. Luego bajó por el camino, esforzándose para dar la impresión de que no tenía prisa. Se sintió aliviado cuando salió por las puertas del recinto. Pasó mucho rato antes de que llegara un autobús y, cuando apareció uno, gritó.

—Eh, eh. Pare, pare, pare.

No podía ayudar a Grimes; no podía —lo comprendió cuando el autobús se acercaba a Saint Botolphs y vio un letrero, VISITE EL VAPOR TOPAZE, LA ÚNICA TIENDA DE REGALOS FLOTANTE DE NUEVA INGLATERRA— ayudarse a sí mismo. Confiaba en que el té se hubiera acabado ya, pero cuando llegó a la granja encontró muchos coches aparcados en el césped y a los lados del camino. Dio un amplio rodeo y entró en la casa por la puerta trasera, subió las escaleras y se metió en su cuarto. Era ya tarde y desde su ventana veía el *Topaze* —el parpadeo de las velas— y oía las voces de las señoras que estaban tomando el té. Esa visión le hizo sentir que le estaban poniendo en ridículo; que habían convertido sus errores y sus desgracias en un espectáculo público. Entonces se acordó de su padre con ternura y con temor, como si toda su vida hubiera temido tener un final como el de Aaron. Supuso que las señoras estarían hablando de él y le bastó con asomarse a la ventana para oír:

—Lo estrelló contra Gull Rock en pleno día —decía la señora Gates mientras bajaba por el camino hacia el muelle—. Theophilus piensa que estaba borracho.

Qué cosa tan sensible es un hombre, en realidad. Cómo, a pesar de tantas fanfarronadas y tirones de la entrepiera, puede un murmullo convertir su alma en cenizas. El sabor a alumbre en el hollejo de una uva, el olor del mar, el calor del sol primaveral, las bayas dulces y amargas, un grano de arena entre los dientes, todo lo que para él significaba la vida, era como si le hubiesen despojado de ello. ¿Dónde estaban las serenas luces crepusculares de su vejez? Hubiera deseado arrancarse los ojos. Al ver las luces de las velas en su barco —él lo había traído a buen puerto contra viento y marea— se sintió fantasmal y castrado. Entonces fue al cajón de su escritorio y sacó su pistola cargada de debajo de la rosa seca y la trenza de pelo. Volvió a la ventana.

El incendio del día ardía como una conflagración en una ciudad industrial,

y por encima de la cúpula del granero vio la estrella vespertina, tan dulce y redonda como una lágrima humana. Disparó la pistola por la ventana y luego cayó al suelo.

Había subestimado el ruido de las tazas de té y las voces de las señoras y en el *Topaze* nadie oyó el disparo. Solo lo oyó Lulú, que estaba en la cocina hirviendo agua. Subió por las escaleras de atrás y corrió a la habitación y gritó cuando abrió la puerta. Al oír la voz de ella, Leander se puso de rodillas.

—Oh, Lulú, Lulú, no eras tú a quien yo quería hacer daño. No era para ti. No quería asustarte.

—¿Estás bien, Leander? ¿Estás herido?

—Soy un idiota —contestó Leander.

—Oh, pobre Leander —dijo Lulú, ayudándole a levantarse—. Pobrecito. Yo le dije a ella que no debería hacerlo. Se lo dije muchas veces en la cocina, que eso iba a herir tu orgullo, pero no quiso escucharme.

—Yo solo quiero que me respeten —dijo Leander.

—Pobre hombre —se lamentó Lulú—. Pobre hombre.

—No le digas a nadie lo que has visto —dijo Leander.

—No.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Jura que no le dirás a nadie lo que has visto.

—Lo juro.

—Júralo sobre la Biblia. Espera que encuentre la Biblia. ¿Dónde está mi Biblia? ¿Dónde está mi vieja Biblia?

Entonces se puso a rebuscar desordenadamente por el cuarto, levantando y dejando libros y papeles, abriendo cajones y mirando en las estanterías, pero no encontró la Biblia. Había una banderita americana colocada en el espejo, sobre su escritorio; la cogió y se la tendió a Lulú.

—Jura sobre la bandera, Lulú, jura sobre la bandera americana que no le dirás a nadie lo que has visto.

—Lo juro.

—Yo solo quiero que me respeten.

Aunque la administración de la isla 93 era medio militar y medio civil, los militares, que tenían su cargo el transporte, las comunicaciones y las provisiones, dominaban con frecuencia a los administradores civiles. Así que, una tarde, Coverly fue llamado a la oficina militar de comunicaciones y allí le entregaron una copia de un telegrama enviado por Lulú Breckenridge: TU PADRE ESTA MURIÉNDOSE.

—Lo siento, compañero —dijo el oficial—. Puedes ir a comunicaciones, pero no creo que hagan nada por ti. Has firmado por nueve meses.

Coverly tiró el telegrama en la papelera y salió de la oficina. Era después de la cena y estaban quemando las letrinas y el humo se elevaba entre los cocoteros. Dentro de veinte minutos empezaría la película. Cuando había llegado un poco más allá del edificio, Coverly se echó a llorar. Se sentó al borde de la carretera. La luz estaba cambiando; la luz se va rápidamente en las islas y era esa hora en que la primitiva domesticidad de una colonia de hombres sin mujeres empieza a afirmarse: la colada, la escritura de cartas, las labores de artesanía con las que los hombres preservan un resto de razón y dignidad. Nadie se fijó en Coverly, porque no tenía nada de raro que un hombre estuviera sentado al borde de la carretera y nadie podía ver que estaba llorando. Quería ver a Leander y lloraba al pensar que todos sus planes le habían llevado a la hoguera de una isla tropical un rato antes de que empezara la película, mientras su padre se moría en Saint Botolphs. Nunca volvería a ver a Leander. Entonces decidió tratar de regresar a casa y se secó

las lágrimas y se dirigió a la oficina de transportes. Allí había un joven oficial que, a pesar de la ropa de paisano de Coverly, pareció desilusionado de que no se cuadrara.

—Quiero un transporte de emergencia —dijo Coverly.

—¿De qué emergencia se trata?

Coverly notó que el oficial tenía un tic en la mejilla derecha.

—Mi padre está muriéndose.

—¿Tiene usted alguna prueba de eso?

—Hay un telegrama en la oficina de comunicaciones.

—¿Cuál es su trabajo?

—Soy uno de los programadores —dijo Coverly.

—Bueno, podría usted conseguir un permiso de emergencia. El comandante está en el club, pero sé que no va a ayudarlo. ¿Por qué no va usted a ver al capellán?

—Eso haré —dijo Coverly.

Ya había anochecido, la película había empezado y todas las estrellas colgaban en la suave oscuridad. La capilla estaba como a medio kilómetro de las oficinas y cuando llegó allí vio un farol azul de gasolina sobre la puerta y detrás de él un letrero grande que decía BIENVENIDOS. El edificio era un considerable tributo al ingenio humano. Habían hecho una estructura de bambú y la habían cubierto con esterillas de palma, todo ello siguiendo las líneas convencionales de una iglesia de pueblo. Había incluso una torrecita hecha de palma y el lugar tenía un notable aire de impopularidad. La entrada estaba cubierta de letreros de bienvenida y asimismo el interior, y en una mesa cerca de la puerta había artículos de papelería gratis, unas revistas mohosas y una invitación al descanso, la distracción y la oración.

El capellán, un teniente primera de nombre Lindstrom, estaba escribiendo una carta. Llevaba gafas de montura de acero y tenía una cara débil y vulgar.

Era un hombre que pertenecía a los pequeños lugares de la tierra —a los pueblos, con su inocencia, su mojigatería y su endiablado cotilleo— y parecía haberse traído al atolón, intacto, el olor de la ropa secándose de una mañana de marzo y la autocomplacencia y la amarga devoción con que daría las gracias a Dios, en la comida de los domingos, por una lata de salmón y una botella de limonada. Invitó a Coverly a sentarse y le ofreció papel de escribir y Coverly le dijo que necesitaba ayuda.

—No recuerdo tu cara —dijo Lindstrom—, así que supongo que no eres miembro de mi congregación. Nunca olvido una cara. No entiendo por qué no vienen aquí los hombres y oran. Creo que tengo una de las mejores capillas del Pacífico occidental y el domingo pasado solo tuve cinco hombres en el servicio. Estoy intentando conseguir que venga uno de los fotógrafos del cuartel general y haga una foto de este sitio. Creo que debería salir una foto de esta capilla en la revista *Life*. Tengo que compartirla con el padre O’Leary, pero él no me ayudó mucho cuando hubo que trabajar en ella. No parecía importarle dónde rezaban sus hombres. Ahora mismo está en la sala de oficiales, jugando al póquer. No es asunto mío lo que él haga con su tiempo, pero creo que un ministro del evangelio no debería jugar a las cartas. Yo nunca he tenido un naipe en las manos. Desde luego no es asunto mío, pero tampoco me parecen bien los métodos que emplea para atraer a su congregación. El domingo pasado tuvo aquí a veintiocho hombres. Los conté. Pero ¿sabe cómo lo hizo? Hubo reparto de una ración de whisky el sábado, y él fue y sacó a los hombres de la cola y les hizo venir a confesarse. Sin confesión, no había whisky. Cualquiera puede llenar una iglesia haciendo esas cosas. Yo puse artículos de escritorio y revistas y pinté personalmente los letreros de bienvenida y siempre que mi esposa me manda galletas..., mi esposa hace galletas de harina de avena, ¿sabes?, ganaría una fortuna si quisiera abrir una panadería, bueno, pues cuando mi esposa me manda

galletas, las pongo en un plato aquí fuera, pero jamás haría otra cosa.

—Necesito un transporte de emergencia —dijo Coverly—. Necesito volver a casa. Mi padre se está muriendo.

—Oh, lo siento, hijo mío —dijo Lindstrom—. Lo siento mucho. Yo no puedo conseguirte un transporte de emergencia. No sé por qué me mandan a la gente. No sé por qué lo hacen. Puedes ir a ver al comandante. Un hombre consiguió un transporte de emergencia el mes pasado. Por lo menos eso oí. Ve a ver al comandante y yo rezaré por ti.

El comandante estaba jugando al póquer y bebiendo whisky en el club de oficiales y dejó la mesa de juego de mala gana, pero era un bebedor amable o sentimental y, cuando Coverly le dijo que su padre se estaba muriendo, le puso un brazo sobre los hombros, le acompañó a la oficina de transportes y sacó a un oficinista del cine para que cumpliera sus órdenes.

Salió antes del amanecer en un viejo DC-4, cubierto de aceite y con una hermosa bañista pintada en el fuselaje. Durmió en el suelo. Llegaron a Oahu en el desorden de un caluroso atardecer de verano, otra vez con relámpagos danzando en las montañas. Partió para San Francisco en un avión de transporte a las once de la noche siguiente. Había una partida de dados, y en el avión, sin aislamiento, hacía mucho frío, y Coverly se sentó, envuelto en una manta. El ronroneo de los motores le recordó al *Topaze* y se quedó dormido. Cuando despertó, el cielo tenía un color rosado y el auxiliar de vuelo estaba repartiendo naranjas y diciendo que notaba el olor del viento terrestre. El sólido techo de nubes se rompió cuando se acercaban a la costa y pudieron ver las abrasadas colinas de San Francisco. Unas horas después de pasar la aduana militar, Coverly logró que le dejaran viajar en un bombardero hasta Washington y desde allí fue en tren a Saint Botolphs. Cogió un taxi para ir desde la estación a la granja a media mañana y vio, por primera vez, el letrero clavado en un olmo en la carretera principal: VISITE EL VAPOR TOPAZE,

LA ÚNICA TIENDA DE REGALOS FLOTANTE DE NUEVA INGLATERRA. Se bajó del taxi y al mirar en derredor vio a su padre buscando tréboles de cuatro hojas en el prado junto al río, y corrió hacia él.

—Oh, sabía que vendrías, Coverly —gritó Leander—. Sabía que tú o Moses vendrías.

Abrazó a su hijo y apoyó la cabeza en su hombro.

TERCERA PARTE

A principios de siglo había más castillos en Estados Unidos de los que hubo en toda la alegre Inglaterra en los tiempos en que el buen rey Arturo regía aquellas tierras. La búsqueda de una esposa llevó a Moses a uno de los últimos que se conservaban en manos de particulares; la mayor parte de ellos habían sido convertidos en museos, comprados por órdenes religiosas o demolidos. Este era un lugar llamado Clear Haven, la heredad de Justina Wapshot Molesworth Scaddon, pariente lejana suya de Saint Botolphs, que se había casado con un millonario, propietario de unos almacenes de todo a cinco-y-diez centavos. Moses la había conocido en un cotillón o baile al que había ido con un compañero de la escuela Bond y a través de ella conoció a su pupila, Melissa. Esta le pareció a Moses, desde el instante en que la vio, una mujer extraordinariamente deseable y bella. La cortejó y, cuando se hicieron amantes, le pidió que se casara con él. Que él supiera, esta súbita decisión nada tenía que ver con las condiciones del testamento de Honora. Melissa aceptó casarse con él, si estaba dispuesto a vivir en Clear Haven. Él no tenía inconveniente. El lugar —fuera lo que fuese— les cobijaría durante el verano y estaba seguro de que podría convencerla de que se trasladaran a la ciudad en el otoño. Así que una tarde lluviosa tomó el tren para ir a Clear Haven, haciendo planes para amar a Melissa Scaddon y casarse con ella.

Los gustos conservadores y austeros que Moses había adquirido en Saint Botolphs coincidían con los gustos austeros del ambiente bancario de Nueva York y, bajo el impermeable pardo, Moses llevaba las peculiares ropas

oscuras de su viejo puerto. Era casi de noche cuando salió, y el viaje a través de los suburbios del norte, y la lluvia que recogía y devolvía, como una red, los humos y la suciedad de la ciudad, le pusieron sombrío e impaciente. El tren que tomó corría paralelo al río y, sentado junto a la ventanilla, observó un paisaje que, por la multitud de sus anomalías, debería haberle preparado para Clear Haven, si lo hubiera necesitado, porque ya nada era lo que había aspirado a ser o lo que acabaría siendo, y la casa que había querido expresar orgullo mundano era una pensión. Monjas ursulinas vivían en el castillo que pretendió expresar el orgullo de la avaricia pero, a través de esta erosión del propósito original, Moses pensó que en todo se veía la impronta de la bondad y el ingenio humanos. Era un tren de cercanías que traqueteaba de estación en estación, aunque a cierta distancia de la ciudad las paradas eran infrecuentes, y de cuando en cuando vio a alguna de esas familias que esperan, apelotonadas en el andén, a un tren o a un pasajero y que, debido a las pálidas luces, a la lluvia y a sus actitudes, parecen reunidas por algún asunto urgente y triste. Solo quedaban dos pasajeros en el vagón cuando llegaron a Clear Haven y él fue el único que se apeó.

La lluvia era intensa y la noche oscura, y él entró en una sala de espera que le llamó a atención durante un minuto porque en la pared, enmarcada en roble, había una fotografía grande de su lugar de destino. En las numerosas torres de Clear Haven ondeaban banderas, los contrafuertes estaban cubiertos de una espesa hiedra y, teniendo en cuenta que estaba allí por el castillo, no le pareció nada ridículo. Al parecer, Justina había intervenido en la decoración de la sala de espera, ya que había una alfombra en el suelo. Las paredes de tablas estaban pintadas de color caoba y las cañerías que debían de calentar el local en invierno se elevaban airosamente, de dos en dos, para desaparecer como serpientes por unos agujeros en el techo. Los bancos situados a lo largo de las paredes estaban divididos a intervalos regulares por airosos bucles de

madera que servirían a los viajeros para apoyar los brazos e impedirían que los cálidos jamones de los desconocidos se tocaran. Al salir de la sala de espera encontró un solo taxi.

—Le llevaré hasta las puertas de la verja —dijo el taxista—. No puedo acercarle hasta la casa, pero le dejaré en las puertas de la verja.

Las puertas, según vio Moses cuando se bajó del taxi, eran de hierro y estaban cerradas con una cadena y un candado. Había una puerta más pequeña a la izquierda y entró por ella y se dirigió bajo el fuerte aguacero hacia las luces de lo que supuso era la casa de los guardeses. Un hombre de mediana edad, que estaba comiendo, le abrió y pareció encantado cuando Moses le dijo su nombre.

—Io soi Giacomo —dijo—. Io soi Giacomo. Usted viene con me.

Moses le siguió a un viejo garaje, impregnado de esa peculiar humedad del cemento que cala rápidamente hasta los huesos. Allí, bajo la fría luz, había un viejo Rolls Royce con ventanillas en forma de luna creciente, como el retrete de West Farm. Moses se sentó delante, mientras Giacomo empezaba a darle a la bomba de gasolina, y tardó bastante en poner el coche en marcha.

—Está medio muerto —dijo—. No vale para conducir de noche.

Luego dio marcha atrás y salieron a la lluvia como un buque de guerra. No había limpiaparabrisas, o Giacomo no lo usó, y recorrieron sin faros un camino lleno de curvas. Luego, Moses vio de repente las luces de Clear Haven. Parecía haber cientos; eran tan numerosas que iluminaban el camino y le levantaron el ánimo. Moses le dio las gracias a Giacomo y llevó su maleta hasta el cobijo de un gran porche, labrado como el de una catedral. La única campanilla que vio era un objeto con rosas y hojas de hierro forjado, tan caprichoso y viejo que temió que le cayera encima de la cabeza si lo utilizaba, y golpeó en la puerta con el puño. Le abrió una doncella y él entró en una especie de rotonda al mismo tiempo que Melissa aparecía por otra

puerta. Puso la maleta en el suelo, dejó que la lluvia escurriera del ala de su sombrero y abrazó a su amada. Sus ropas estaban mojadas y algo rancias.

—Supongo que podrías cambiarte —dijo Melissa—, pero no hay mucho tiempo...

Él reconoció en su expresión, mezcla de preocupación y de placer, la tensión de alguien que introduce una parte de su vida en otra, sintiéndose insegura porque puede que choquen y exijan una elección o una separación. Percibió la tensión de ella cuando le cogió del brazo y le condujo por el suelo de mármol blanco y negro donde resonaron sus pasos. Era raro en Moses, pero la verdad es que no miró ni a la izquierda, donde oyó el sonido de una fuente, ni a la derecha, donde notó el dulce olor de la tierra de un invernadero, porque, como le sucedía a la prima Honora, le pareció que fingir que uno había nacido y se había criado en cualquier ambiente en que se encontrara era un signo de personalidad.

En cierto sentido, tenía razón al contener la curiosidad, porque Clear Haven había sido concebido con el propósito de impresionar a los extraños. Nadie había contado nunca las habitaciones; es decir, nadie excepto una prima vulgar y ambiciosa, que había pasado de ese modo una tarde lluviosa, creyendo que el esplendor se puede expresar en números. Había llegado a la suma de noventa y dos, pero nadie sabía si había contado las habitaciones del servicio, los cuartos de baño y las estancias que no se usaban, algunas de ellas sin ventanas, creadas por las numerosas adiciones hechas al lugar, porque la casa había ido creciendo como reflejo de los obstinados y excéntricos cambios en la mente de Justina. Cuando compró el gran vestíbulo de la Villa Peschera de Milán, telegrafió al arquitecto, diciéndole que lo adosara a la biblioteca pequeña. No habría comprado el vestíbulo si hubiera sabido que una semana más tarde le ofrecerían el salón del Château de la Muette, y entonces escribió al arquitecto pidiéndole que adosara este al

comedor pequeño, advirtiéndole de que había comprado cuatro fuentes de mármol que representaban las cuatro estaciones. El arquitecto le contestó que ya habían llegado las fuentes y que, dado que no cabían en la casa, ¿aprobaría sus planes de hacer un jardín de invierno adosado al vestíbulo de Milán? Ella le telegrafió su aprobación y esa tarde compró una capillita para ponerla contigua a la habitación pintada que el señor Scaddon le había regalado por su cumpleaños. A menudo la gente decía que compraba más habitaciones de las que sabía usar; pero las utilizaba todas. No era uno de esos coleccionistas que deja que sus tesoros se pudran en un almacén. En el mismo viaje había encontrado un suelo de mármol y unas columnas en Vincenzo, pero la más impresionante aportación a Clear Haven que había encontrado en ese viaje o cualquiera de los posteriores fueron las piedras y las maderas del gran salón Windsor. A este salón expatriado llevó Melissa ahora a Moses.

Justina estaba sentada junto a la chimenea, bebiendo jerez. Tenía, de acuerdo con los cálculos de Leander, unos setenta y cinco años, pero su cabello y sus cejas eran negros como la tinta china, y en la cara, enmarcada por ricitos, se había puesto mucho colorete. Sus ojos eran vidriosos y astutos. El cabello se alzaba sobre su frente en una elevada construcción, evidentemente anticuada, que le recordó a Moses la falsa fachada del Bloque Cartwright de Saint Botolphs. Era de la misma época. Pero fundamentalmente le recordaba lo que había sido: una astuta maestra de baile.

Saludó a Moses con ostensible desinterés, pero esto no resultaba sorprendente en una mujer cuya desconfianza respecto a los hombres era aún más manifiesta que la de la prima Honora. Su vestido era lujoso y sencillo, y su voz, imperiosa y ronca, recorrió una octava completa de ambiciones sociales satisfechas.

—El conde D’Alba, el general Burgoyne y la señora Enderby —dijo, presentando a las otras personas que había en la habitación.

El conde era alto, moreno, con las ventanillas de la nariz cavernosas y peludas. El general era un anciano en una silla de ruedas. La señora Enderby llevaba unos quevedos, cuyas lentes en forma de rombo colgaban de tal modo del puente de su nariz que le daban un aspecto hidrópico. Tenía los dedos manchados de tinta. Melissa y Moses se acercaron a unas sillas que había junto al fuego, pero tenían unas proporciones tan desmesuradas que Moses tuvo que auparse y, una vez sentado, se encontró con que los pies no le llegaban al suelo. Una doncella le pasó una copa de jerez y un platito en el que había unos cuantos cacahuetes rancios. El jerez no se podía beber y, cuando Moses lo probó, Melissa le sonrió y él recordó las historias que le había contado respecto a la mezquindad de Justina, y lamentó no haberse traído una botella de whisky en la maleta. Entonces una doncella se detuvo en el umbral de una puerta lejana y tocó unas campanillas y todos atravesaron un vestíbulo y entraron en una habitación iluminada con velas.

La cena consistió en una taza de caldo, una patata cocida, un trocito de pescado y una especie de flan, y la conversación, que tenía que obedecer a los dictados de Justina, sufrió debido al hecho de que ella parecía cansada, distraída o enfadada por la llegada de Moses. Cuando el general le habló de la enfermedad de una amiga, ella expresó su idea fija respecto a la perfidia de los hombres. En su opinión, el marido de su amiga tenía la culpa de la enfermedad. Las mujeres solteras, dijo, son mucho más sanas que las casadas. Cuando terminaron de cenar, volvieron al salón. Moses se había quedado con hambre y pensó que a lo mejor había algún fallo en la organización de la cocina y confió en que si llegaba a vivir en Clear Haven no tuviera que mantenerse con tan magra pitanza. Justina jugó al chaquete con el general y el conde se sentó al piano y empezó a tocar una miscelánea de esa música lacrimosa que se interpreta en los cócteles y que es tan transparente en su apasionamiento, tan lánguida y nostálgica en su declaración de amor que

ofende los oídos de un hombre enamorado. De repente se fueron las luces.

—Ya se ha fundido otra vez el fusible principal —dijo Justina lanzando los dados a la luz del fuego.

—¿Puedo arreglarlo? —preguntó Moses, deseoso de quedar bien.

—No sé —dijo Justina—. Hay muchos fusibles.

Melissa encendió una vela y Moses la siguió por el vestíbulo. Oían un barullo de voces proveniente de la cocina, donde los criados encendían cerillas y buscaban velas. Ella abrió una puerta que había en un pasillo y empezó a bajar un empinado tramo de escaleras de madera gastada, que llevaba a un sótano que olía a tierra. Encontraron la caja de los fusibles y Moses cambió el fusible viejo por uno nuevo, aunque notó que en algunos casos los cables estaban desnudos o arreglados de cualquier manera con cinta aislante. Melissa apagó la vela y regresaron al salón, donde el conde había reanudado su melancólica música, y el general se acercó con su silla de ruedas a Moses y le condujo a una vitrina cerca de la chimenea, en la que había unos polvorientos ropajes académicos que el difunto señor Scaddon se había puesto cuando le concedieron un título honorario en la Universidad de Princeton.

A Moses le agradó pensar que el palacio y el salón se alzaban sobre los cimientos de aquellos almacenes de todo a cinco-y-diez centavos de su juventud, con sus apetitosos y depravados olores. Sus recuerdos más vívidos eran las chicas —la joven con acné del mostrador de cosméticos, la pechugona que vendía herramientas, la indolente del mostrador de caramelos, la recatada belleza que vendía hules y la puta de cabello pajizo que estaba a prueba en la sección de juguetes mecánicos— y, si no existía una relación evidente entre estos recuerdos y el salón de Clear Haven, el vínculo práctico era indiscutible. Moses notó que al hablar de J. P. Scaddon, el general evitaba la expresión «almacenes de todo a cinco-y-diez centavos» y solo se refería a

mercancías.

—Era un gran comerciante —dijo el general—, un hombre excepcional, distinguido, eso lo reconocían hasta sus enemigos. Durante los cuarenta años en que fue presidente de la empresa, sus días estaban planificados desde las ocho de la mañana hasta, a veces, después de medianoche. Cuando digo que era distinguido, me refiero a que se distinguía por su energía, su capacidad de juicio, su valor y su imaginación. Poseía estas cualidades en grado extraordinario. Nunca estuvo envuelto en negocios oscuros, y el mundo del comercio, tal y como lo concebimos hoy, le debe mucho a su imaginación, inteligencia y sentido del honor. Tenía, por supuesto, una plantilla de más de un millón de personas. Cuando abrió almacenes en Venezuela, en Bélgica y en la India no se proponía enriquecer ni a sus accionistas ni a sí mismo, sino elevar el nivel de vida...

Moses escuchaba lo que el general decía, pero la idea de que se acostaría con Melissa le había conferido a ese día tan obstinada luminosidad y alegría que evitar que su ardor se convirtiera en impaciencia le suponía un esfuerzo, mientras escuchaba las alabanzas del difunto millonario. Ella era hermosa, con ese grado de belleza que llena de solemnes pensamientos hasta al chico de la tienda de comestibles y al mecánico del garaje. El intenso dorado oscuro de su cabello, sus clavículas y su cuello, y los ojos, que a esa distancia parecían negros, tenían tal poder sobre Moses que, mientras la contemplaba, el deseo parecía oscurecer y dorar su figura como las sucesivas capas de barniz sobre una pintura antigua, y él hubiera agradecido que a ella le ocurriera un ligero percance, por esa profunda sensación de implicación que experimentamos cuando vemos a una mujer bella —o incluso a una a quien no le queda más que el encanto de la intención— tropezar en los escalones de hierro de un vagón de tren o en el bordillo de una acera, o cuando, en un día lluvioso, vemos que la bolsa de papel en que lleva sus comestibles se rompe y

derrama en torno a sus pies y sobre los charcos de la acera ramos de apio, barras de pan, naranjas y fiambres envueltos en celofán; esa profunda sensación de implicación que puede explicarse por el daño o la pérdida, estaba presente en Moses sin ninguna explicación. Casi se había levantado de su silla cuando la anciana gritó:

—¡Es hora de acostarse!

Él había subestimado el poder del deseo para grabarse en sus facciones, y le pillaron. Por debajo de sus cejas teñidas, Justina le miró con odio.

—Voy a pedirte que lleves al general a su cuarto —dijo Justina—. Tu cuarto está justo al fondo del vestíbulo, así que no será ninguna molestia. La habitación de Melissa está en el otro extremo de la casa —añadió, triunfante, e hizo un gesto para resaltar la distancia— y no sería conveniente para ella llevar al general...

La impronta del deseo en su cara le había traicionado y no quería que ahora lo hiciera la desilusión o la rabia, así que sonrió efusivamente, pero se preguntó cómo iba a encontrar el camino hasta la cama de Melissa en aquel laberinto de habitaciones. No podía recorrer la casa llamando a las puertas, ni abrirlas para toparse con doncellas que se pondrían a gritar o con la señora Enderby despojándose de sus collares. No podía tropezar con un avispero de criados —o incluso con el conde D’Alba— y provocar un escándalo que acabaría en su expulsión de Clear Haven. Melissa le estaba sonriendo con tanta dulzura que pensó que ella debía de tener algún plan y, cuando le besó públicamente, le susurró:

—Por el tejado. —Luego, para que lo oyeran los demás, dijo—: Te veré por la mañana, Moses. Que tengas felices sueños.

Moses metió la silla del general en el ascensor y apretó el botón del tercer piso. El ascensor subió lentamente y los cables emitieron un sonido lúgubre, pero Moses estaba otra vez lleno de la obstinada alegría y era insensible a los

poderes premonitorios de estos ascensores y montacargas —los de los áticos, castillos, hospitales y almacenes— que, enfermos y dolorosos de oír, parecen rozar nuestro concepto de la maldición.

—Gracias, señor Wapshot —dijo el anciano cuando Moses empujó la silla hasta la puerta de su cuarto—. Ahora ya me arreglo solo. Estamos muy contentos de tenerle con nosotros. Melissa ha sido muy desgraciada, muy desgraciada, y ha estado muy trastornada. Buenas noches.

En su habitación, Moses se quitó la ropa, se lavó los dientes y salió al balcón, donde la lluvia continuaba cayendo y producía un ruido pastoso en la hierba y en las hojas. Sonrió, lleno de un gran amor por el mundo y todo lo que hay en él, y luego, en cueros, empezó a trepar por los tejados.

Esto parecía la mayor de las improbabilidades en Clear Haven, pero, teniendo en cuenta lo que iba buscando, no parecía que hubiera nada realmente irregular o extraño en ir desnudo por los tejados. La lluvia cayéndole sobre la piel y el pelo le daba una sensación fresca y suave y el caos de tejados mojados encajaba bien en la imagen del amor; y era en los tejados de Clear Haven, que solo verían los pájaros y algún avión perdido, donde el arquitecto había dejado al descubierto la complejidad de su tarea — en cierto sentido, su derrota—, porque aquí la azarosa majestuosidad del lugar aparecía precipitada, rectificada y confusa; aquí, ocultos por la lluvia, estaban los secretos del arquitecto y la mayoría de sus fracasos. Tejados inclinados, planos, piramidales, incrustados de claraboyas de cristal de colores y de chimeneas y de un disparatado sistema de desagües se extendían a lo largo de medio kilómetro o más, brillando aquí o allá a la luz de una lejana buhardilla, como los tejados de una ciudad.

Por lo poco que podía ver en la lluviosa oscuridad, el único camino para llegar al otro lado de la casa estaba más allá de esa lejana hilera de buhardillas y había empezado a dirigirse a ellas cuando tropezó con un cable,

tendido a la altura de la rodilla sobre una parte del tejado. Debía de ser la antena de una vieja radio, supuso caritativamente, puesto que no se había hecho daño, y reanudó su camino. Unos minutos después, pasó por delante de una toalla empapada y un frasco de loción bronceadora, y un poco más allá había una botella vacía de vermut, lo que hacía que el tejado pareciese una playa en la que alguien —sin que lo supiera Justina, estaba seguro— se había tumbado a tomar el sol. Al aproximarse al saliente de la primera buhardilla iluminada, vio el interior de un pequeño cuarto decorado con imágenes religiosas, donde una vieja sirvienta estaba planchando. La luz del siguiente tragaluz era rosada y al mirar brevemente hacia dentro, le sorprendió ver al conde D'Alba de pie y desnudo frente a un espejo de cuerpo entero. La siguiente buhardilla era la de la señora Enderby, que estaba sentada a una mesa, vestida igual que en la cena, escribiendo algo en un libro. Moses había salido del campo de la luz del escritorio de la señora Enderby cuando su pie derecho, buscando un punto de apoyo, no encontró nada más que la lluviosa noche y solo balanceándose y echando su peso sobre las planchas de pizarra, logró evitar caerse. La trampa de la que había escapado era un respiradero que atravesaba los tres pisos hasta el vestíbulo. Miró hacia abajo, esperando que la química de su alarmado cuerpo se calmase y escuchando, por si la señora Enderby o los otros habían oído el ruido que hizo al tirarse al suelo. Todo estaba tranquilo e hizo el resto de la escalada más despacio, saltando al fin al balcón del cuarto de Melissa, donde se quedó ante los cristales, contemplándola cepillarse el pelo. Estaba sentada junto a un espejo y su camión era transparente, de modo que, aun en la tenue luz de la habitación, él podía ver la plenitud de sus senos, que se separaban un poco cuando ella se inclinaba hacia el espejo.

—Estás empapado, amor mío, estás empapado —dijo ella.

Su mirada era opaca y lasciva; le ofreció la boca para que la besara y él

desató los lazos del camisón, que cayó hasta su cintura, y ella le guio la cabeza hacia abajo para que saludara a sus senos. Luego, desnuda y desenvuelta, atravesó la habitación y se metió en el cuarto de baño para terminar su aseo y Moses escuchó los ruidos del agua corriendo y de abrir y cerrar cajones, sabiendo que era sensato que un amante fuera capaz de apreciar estos particulares retrasos. Ella volvió, caminando por la gloria, pensó él, y apagando las luces a su paso, y de madrugada, acariciando sus suaves nalgas y escuchando el canto de los gallos, ella le dijo que tenía que marcharse y de nuevo, en cueros, trepó por el caos de tejados.

Ya amanecía y Moses, incapaz de dormir, se vistió y salió. Al bajar las escaleras, vio que toda aquella suntuosidad estaba sucia y gastada. El almohadillado de terciopelo del pasamanos tenía parches, había ceniza de cigarro en la alfombra de la escalera y a la banqueta *petit point* que estaba en el descansillo le faltaba una pata. Al llegar a la rotonda, Moses vio una rata grande y gris. Se miraron y luego la rata —demasiado gorda o arrogante para correr— entró tranquilamente en la biblioteca. A la araña del techo le faltaban cristales, trocitos de mármol del suelo habían desaparecido, y el vestíbulo tenía el aspecto de un viejo hotel donde el lujo y la elegancia han sido abandonados por la compañía y entregados a los ancianos y a los casi pobres. El aire era rancio y los arcones que había a intervalos regulares a lo largo de la pared tenían redondeles blancos dejados por los vasos. A la mayoría de los arcones les faltaba una garra o un herraje. Siguiendo por el vestíbulo, Moses se dio cuenta de que nunca había visto tantos arcones y se preguntó qué contendrían. Pensó si los Scaddon los habrían comprado por correo, encargado a un comerciante o sucumbido a un ansia de poseer estos objetos enormes, recargados y, que él supiera, inútiles. Se preguntó otra vez qué contendrían, pero no abrió ninguno, y salió por una puerta de cristal a una amplia extensión de césped.

Las mujeres que Moses amaba parecían estar en el cielo de la mañana, ahítas de luz, en el río, en las montañas y en los árboles, y con lujuria en sus pantalones y paz en su corazón, él caminó contento sobre la hierba. Más abajo había una anticuada piscina romana, con el borde de mármol y chorros de agua saliendo de la boca de unos leones y, como no tenía nada mejor que hacer, Moses se dio un chapuzón. El día, que había empezado luminosamente, se oscureció de pronto y comenzó a llover, y Moses volvió a la casa para desayunar y hablar con Justina.

Moses le había escrito a Leander hablándole de Justina y Leander contestó, sin saludo y con este título: «El ascenso de una p... mercenaria». Bajo el título había escrito:

Justina: hija de Amos y Elizabeth Molesworth. Hija única. El padre era un caballero deportista. Bien parecido, pero no pudo o no quiso hacer frente a obligaciones domésticas. Abandonó esposa e hija. Nunca más se supo de él. Elizabeth ganó su sustento y el de la hija trabajando de modista. Trabajaba día y noche. Se estropeó la vista. La boca siempre llena de alfileres. La pequeña Justina no era de los nuestros desde el principio, o eso me parecía a mí. Marcado gusto por las cosas principescas. Trozos de terciopelo. Plumas de pavo real, etcétera. El único juego infantil al que se dedicaba era a disfrazarse de reina con las mejores galas. Fuera de lugar en un sitio como Saint Botolphs. Expuesta a hacer el ridículo. Gracie Tolland la cogió como aprendiz de maestra de baile. Bailaba en el Eastern Star Hall encima de la droguería; también casa de comidas. El lugar olía a cera para suelos. Más tarde tocaba el piano durante las proyecciones en el antiguo templo masónico y en los almacenes de todo a cinco-y-diez centavos de J. P. Scaddon. Bailemos el vals otra vez, Willie. El piano siempre estaba desafinado.

J. P. Scaddon competía entonces con Woolworth y Kresge. Millonario pero no por encima de visitar los almacenes pueblerinos. Vio a Justina dándole a las teclas. ¡Amor a primera vista! La trasladó a Nueva York, Amy Atkinsons les sirvió de ama de llaves. Más tarde se casó con Justina. La noticia de los periódicos no hacía la menor mención a Saint Botolphs, a la madre modista, a la maestra de baile. Parecía que había brotado en la alta sociedad ya hecha y derecha. Justina estaba bien dotada para trepar en la cueva de osos de Nueva York. Se hizo benefactora de un hospital para perros y gatos. Salía a menudo fotografiada en los periódicos rodeada de guau-guaus agradecidos. Una vez le pidieron que aportara una pequeña suma para el Hogar del Marinero de aquí. Se negó. Deseosa de mantener los vínculos con su villa natal bien cortados. Se codeó con duques y marqueses. Agasajó a la realeza. Abrió una gran casa en la Quinta Avenida. También

una casa de campo. Clear Haven. Todos sus sueños se volvieron realidad.

Más tarde, Moses encontró a Justina en el jardín de invierno: una especie de invernadero con forma de cúpula, anexo a una de las extremidades del castillo. Muchas de las cristaleras estaban rotas y Giacomo las había arreglado metiendo almohadas en el marco. Al parecer, antes había parterres de flores a lo largo de las paredes, y en el centro quedaba aún una fuente y un estanque. Cuando Moses entró y dijo que quería hablar con ella, Justina se sentó en una silla de hierro.

—Quiero casarme con Melissa.

Justina se tocó la fachada de pelo negro que se parecía al Bloque Cartwright y suspiró.

—Entonces ¿por qué no te casas? Melissa tiene veintiocho años. Puede hacer lo que quiera.

—Nos gustaría tener su consentimiento.

—Melissa no tiene dinero ni expectativas —dijo la anciana—. No posee nada de valor, salvo su collar de perlas. El precio de las perlas de segunda mano es muy decepcionante y además es imposible asegurarlas.

—Eso no importa.

—Sabes muy poco de ella.

—Solo sé que quiero casarme con ella.

—Creo que hay algunas cosas respecto a su pasado que deberías saber. Sus padres se mataron cuando ella tenía siete años. El señor Scaddon y yo la adoptamos encantados, ella tiene un carácter muy dulce, pero hemos tenido problemas. Se casó con Ray Badger. ¿Sabías eso?

—Me lo dijo ella.

—Se convirtió en un alcohólico, sin que Melissa tuviera la culpa, creo yo. Tenía ideas muy soeces respecto al matrimonio. Espero que usted no

comparta tales opiniones.

—No entiendo bien qué quiere usted decir.

—El señor Scaddon y yo dormíamos en habitaciones separadas siempre que fuera posible. Siempre dormimos en camas separadas.

—Entiendo.

—Incluso en Italia y Francia.

—Pasaré algún tiempo antes de que nosotros podamos viajar —dijo Moses, con la esperanza de cambiar de tema.

—No creo que Melissa pueda viajar nunca —replicó Justina—. No ha salido de Clear Haven desde que se divorció.

—Sí, me lo dijo.

—Parecía una vida demasiado aislada para una mujer joven —dijo Justina—. El año pasado le compré un billete para dar la vuelta al mundo. Ella aceptó, pero cuando tenía ya todo el equipaje a bordo y estábamos tomando un vino en su camarote, decidió que no podía irse. Estaba sumamente alterada. La traje a Clear Haven esa misma tarde. —Sonrió a Moses—. Sus sombreros dieron la vuelta al mundo.

—Entiendo —dijo Moses—. Melissa me habló de esto y me gustaría vivir aquí hasta que nos casemos.

—Eso puede arreglarse. ¿Su padre vive aún?

—Sí.

—Debe de ser muy viejo. Mis recuerdos de Saint Botolphs no son agradables. Me marché de allí a los diecisiete años. Cuando me casé con el señor Scaddon recibí algo así como cien cartas de gente del pueblo pidiéndome ayuda económica. Esto no contribuyó a mejorar mis recuerdos. Intenté ayudar. Durante varios años elegí a algún niño, un pintor o un pianista, y les costé los estudios, pero a ninguno le fue bien. —Separó sus manos e hizo un gesto triste, como si dejara caer a los estudiantes desde una

gran altura—. Tuve que abandonarlos a todos. Vosotros vivíais río arriba, ¿no? Supongo que tendréis algunos objetos heredados.

—Sí —dijo Moses.

No estaba preparado para esta pregunta y titubeó.

—¿Podrías darme una idea de qué objetos son?

—Cunas, cómodas, cosas así. Y cristal tallado.

—No me interesa el cristal tallado —dijo Justina—. Sin embargo, nunca he coleccionado muebles americanos antiguos y siempre he deseado hacerlo. ¿Platos?

—Mi hermano Coverly sabe más que yo de este tema —dijo Moses.

—Ya —dijo Justina—. Bueno, a mí no me importa que Melissa y tú os caséis. Creo que la señora Enderby debe de estar ahora en su despacho y puedes pedirle que fije la fecha. Ella enviará las invitaciones. Y ten cuidado con esa baldosa suelta. Podrías tropezar y hacerte daño.

Moses encontró a la señora Enderby y, después de contarle algunos recuerdos rancios de su juventud en la Riviera, le dijo que podía casarse dentro de tres semanas. Él buscó a Melissa, pero las doncellas le dijeron que no había bajado y, cuando empezaba a subir las escaleras para ir a esa parte de la casa, oyó la voz de Justina a su espalda.

—Baje usted, señor Wapshot.

Melissa no bajó hasta la hora del almuerzo, y esta comida, aunque no fue muy abundante, se sirvió con dos clases de vino y se prolongó hasta las tres. Después de comer, pasearon arriba y abajo por la terraza que había debajo de las torres, como dos figuras de un plato ornamental, y, buscando hallar algo de intimidad en los jardines, se encontraron con la señora Enderby. A las cinco y media, cuando llegó la hora de que Moses se fuera y tomó a Melissa

entre sus brazos, una ventana de una de las torres se abrió de golpe y Justina gritó:

—Melissa, Melissa, dile al señor Wapshot que si no se da prisa, perderá el tren.

El lunes, después del trabajo, Moses metió su ropa en dos maletas y una caja de cartón, poniendo entre sus camisas una botella de bourbon, una caja de galletas y un kilo de queso Stilton. De nuevo fue el único pasajero que se apeó en Clear Haven, pero esta vez Giacomo le estaba esperando con el viejo Rolls Royce y le llevó hasta la casa. Melissa se reunió con él en la puerta y esa tarde transcurrió de la misma manera que la anterior, excepto que los plomos no se fundieron. Moses empujó la silla del general hasta el ascensor a las diez, y comenzó otra vez su escalada de los tejados, ahora en una noche tan clara y estrellada que pudo ver el respiradero en el que casi se había matado. De nuevo, al amanecer, hizo el camino inverso para volver a su cuarto, y qué podía resultar más agradable que ver aquel paisaje de colinas densamente boscosas, a la luz del alba, desde los altos tejados de Clear Haven. Iba a la ciudad en tren, regresaba a Clear Haven por las tardes, bostezaba deliberadamente durante la cena y metía al general en el ascensor a las nueve y media.

Mientras Moses comía estas manzanas de oro, Coverly y Betsey se instalaban en una estación de lanzamiento de cohetes llamada Remsen Park. Coverly había pasado solo un día en la granja. Leander le había insistido en que fuera a reunirse con su mujer. Y unos días después, el propio Leander empezó a trabajar en la fábrica de plata de mesa. Coverly se reunió con Betsey en Nueva York y, después de un retraso de unos pocos días, fue transferido a esta nueva estación. Esta vez viajaron juntos. Remsen Park era una comunidad de cuatro mil casas idénticas, que limitaba al oeste con un viejo campamento militar. Como ciudad o pueblo, no se podía criticar el lugar. Había sido construido por la oportunidad, la conveniencia y la prisa cuando se aceleró el programa de cohetes; pero las casas estaban secas cuando llovía y calientes en el invierno; tenían cocinas bien equipadas y chimeneas para la felicidad doméstica, y la saludable necesidad de la defensa nacional era una disculpa más que suficiente para el hecho de que fueran todas iguales. En el corazón de la comunidad había un gran centro comercial con cualquier cosa que quisieras; todo ello albergado en edificios de paredes de cristal. Este lugar era el mayor placer de Betsey. Ella y Coverly alquilaron una casa, amueblada hasta con cuadros en las paredes, y comenzaron a arreglarla con la porcelana azul y las sillas pintadas que Sarah les envió desde Saint Botolphs.

Llevaban poco tiempo en Remsen Park cuando Betsey pensó que estaba embarazada. Tenía náuseas por las mañanas y se quedaba en la cama hasta tarde. Cuando se levantaba, Coverly ya se había ido a trabajar. Le había

dejado el café hecho en la cocina y se había lavado sus platos. Ella desayunaba tarde, sentada junto a la ventana de la cocina para ver las casas de Remsen Park extendiéndose hasta el horizonte como el estampado de una tela. La mujer de la casa de al lado salió para vaciar la basura en el cubo. Era italiana, esposa de un científico italiano. Betsey le dio los buenos días y la invitó a entrar para tomar un café, pero la italiana se limitó a esbozar una sonrisa adusta y volvió a su cocina. Remsen Park no era un sitio muy cordial.

Betsey confiaba en no llevarse una desilusión respecto a su embarazo. Su mente adoptaba una actitud de oración, tan involuntaria como el impulso que la hacía soltar una palabrota cuando se cogía un dedo con una ventana. Dios mío, pensó brevemente, haz de mí una madre. Quería tener niños. Quería cinco o seis. Sonrió de pronto, como si su deseo hubiera llenado la cocina del cariño, el orden y la vitalidad de una familia. Estaba haciéndole las trenzas a su hija, Sandra, una preciosa niña. Los otros cuatro o cinco también se encontraban allí. Estaban alegres y sucios y uno de ellos, un chiquillo con el cuello largo de Coverly, tenía en las manos las dos mitades de un plato roto, pero Betsey no le había regañado, ni siquiera había fruncido el ceño cuando él rompió el plato, porque el secreto de la limpia y fuerte personalidad del chiquillo estaba en que su desarrollo nunca había sido perturbado por consideraciones mezquinas. Betsey intuía que poseía un talento innato para educar niños. Pondría el desarrollo de su personalidad por encima de todo. Los niños fantasma que estaban jugando en torno a su regazo nunca habían recibido de sus padres más que amor y confianza.

Cuando terminó las tareas domésticas, Betsey decidió llevar la plancha para que le arreglaran el cable. Salió del Círculo K y bajó por la calle 325 hasta el centro comercial y entró en el supermercado, no porque necesitara nada, sino porque le gustaba el ambiente. Era enorme, muy iluminado, y de las altas paredes azules descendía la música. Compró un frasco gigante de

manteca de cacahuete bajo los acordes de «El Danubio azul» y luego un pastel de pacana. El cajero parecía un joven simpático.

—Soy nueva aquí —le dijo Betsey—. Acabamos de llegar de Nueva York. Mi marido estuvo destinado en el Pacífico. Tenemos una de esas casas del Círculo K y estaba pensando si podría usted darme un consejo. El cordón de mi plancha está gastado, se me rompió anteayer cuando estaba planchando las camisas de mi marido, y pensé que a lo mejor usted sabía de alguna tienda de electricidad o de reparaciones, por aquí cerca, donde pudieran arreglámela para mañana, porque es el día en que hago la compra de la semana, y así podría venir aquí y comprar los comestibles y luego recoger la plancha de camino a casa.

—Bueno, hay una tienda cuatro, no, cinco puertas más allá en esta misma calle —dijo el joven— y creo que podrían arreglársela. A mí me repararon la radio una vez y no son atracadores, como algunas de las personas que entran aquí.

Betsey le dio las gracias amablemente, salió a la calle y fue a la tienda de electricidad.

—Buenos días —dijo Betsey alegremente, poniendo la plancha sobre el mostrador—. Soy nueva aquí y cuando el cordón de mi plancha se soltó ayer, mientras estaba planchando las camisas de mi marido, me dije que no sabía adónde llevarla a arreglar, pero esta mañana entré en el Gran Mercado de Alimentación, y el cajero, ese tan simpático del pelo ondulado y los ojos oscuros, me recomendó su tienda, así que aquí me vine. Lo que me gustaría hacer es ir al centro mañana por la tarde para comprar y luego recoger la plancha antes de volver a casa, porque tengo que plancharle unas camisas a mi marido para mañana por la noche, y me preguntaba si podrían ustedes tenérmela lista para entonces. Es una buena plancha y pagué mucho por ella en Nueva York, que es donde vivíamos, aunque mi marido estuvo destinado

en el Pacífico. Mi marido es programador. Desde luego, no entiendo por qué se ha gastado tan pronto el cordón de una plancha tan cara, y se me ocurre que quizá usted podría ponerme un cordón especial, porque yo la uso muchísimo. Plancho todas las camisas de mi marido, ¿sabe?, y como él tiene un buen puesto en el departamento de programación, pues tiene que llevar una camisa limpia cada día; y además, plancho toda mi ropa personal.

El hombre le prometió ponerle un cordón duradero y Betsey volvió paseando al Círculo K. Pero sus pasos se hicieron más lentos al acercarse a la casa. Su familia de niños fantasma se había desvanecido y no podía evocarlos de nuevo. Solo llevaba siete días de retraso en la menstruación y su embarazo podía no ser un hecho. Comió un sándwich de manteca de cacahuete y un pedazo de pastel de pacana. Echaba de menos Nueva York y volvió a pensar que Remsen Park era un sitio poco cordial. Por la tarde llamaron al timbre y, al abrir, se encontró en la puerta a un vendedor de aspiradoras.

—Vaya, pase usted —dijo Betsey alegremente—. Pase. No tengo aspiradora y por el momento no tengo dinero para comprar una. Acabamos de trasladarnos desde Nueva York, pero pienso comprarme una en cuanto tenga el dinero y quizá, si tiene usted algunos accesorios nuevos, podría comprarle uno, porque estoy decidida a adquirir una aspiradora nueva antes o después y entonces necesitaré los accesorios. Ahora estoy embarazada y una madre joven no puede hacer todo el trabajo de la casa sin los electrodomésticos adecuados, agachándose y levantándose una y otra vez. ¿Le apetecería una taza de café? Supongo que debe de acabar cansado y con los pies hechos polvo yendo todo el día de acá para allá con ese maletín tan pesado. Mi marido está en el departamento de programación y le hacen trabajar duro, pero es un cansancio distinto, es solo mental, pero yo sé lo que es tener los pies cansados.

El vendedor abrió su maletín de muestras en la cocina, antes de beberse el

café, y le vendió a Betsey dos accesorios y cuatro litros de cera para el suelo. Luego, como estaba cansado y esta era su última visita, se sentó.

—Viví sola en Nueva York durante el tiempo que mi marido estuvo en el Pacífico —dijo Betsey— y luego nos mudamos aquí y, claro, estaba contenta de hacer el traslado, pero encuentro que no es un sitio cordial. Quiero decir que no es tan cordial como Nueva York. Allí tenía muchas amigas. ¿Sabe a qué me refiero? Había una familia que se llamaba Hansen y vivía en la puerta de enfrente. Pensé que eran amigos míos de verdad. Pensé que al fin había encontrado unos amigos para toda la vida. Les veía todos los días y todas las noches, y ella no se compraba un vestido sin pedirme mi opinión, y yo les presté dinero y siempre me estaban diciendo que me querían, pero me engañaron. ¡Qué triste fue el día en que me di cuenta! —La luz de la cocina era escasa y el rostro de Betsey estaba tenso por la emoción—. Eran hipócritas. Eran mentirosos e hipócritas.

El vendedor recogió sus cosas y se marchó. Coverly volvió a casa a las seis.

—Hola, cielo —dijo—. ¿Por qué estás sentada a oscuras?

—Bueno, creo que estoy embarazada —dijo Betsey—. Supongo que estoy embarazada. Llevo siete días de retraso y esta mañana me sentía rara, mareada y con náuseas. —Se sentó en las rodillas de Coverly y puso su cara contra la de él—. Creo que va a ser un niño. Esa es la sensación que tengo. Claro que no tiene sentido contar los pollos antes de que los huevos estén empollados, pero si tenemos un bebé, una de las cosas que quiero comprar es una butaca cómoda, porque voy a amamantarlo y me gustaría tener una butaca cómoda para sentarme en ella mientras le doy de mamar.

—Puedes comprar la butaca —dijo Coverly.

—Bueno, he visto una muy bonita en la tienda de muebles hace dos días —dijo Betsey—, ¿por qué no vamos a echarle una ojeada después de cenar? Yo

no he salido de casa en todo el día, y a ti también te vendría bien un paseíto, ¿no? ¿No te sentaría bien estirar las piernas?

Después de cenar dieron un paseo. Soplaban un viento fresco del norte — proveniente directamente de Saint Botolphs— que hizo sentir a Betsey vigorosa y alegre. Cogió a Coverly del brazo y en la esquina, debajo del farol fluorescente, él le dio un beso con lengua. Una vez que llegaron al centro comercial, Betsey no pudo concentrarse en la butaca. Era preciso juzgar cada traje, vestido, abrigo de pieles o mueble, adivinar su precio y el estilo de vida que sugería y opinar sobre si debería o no debería incorporarse a la imagen de la felicidad que tenía Betsey. Sí, le dijo a un macetero, sí, sí, a un piano de cola, no, a un biombo, sí, sí, a una mesa de comedor y seis sillas, tan reflexivamente como un san Pedro seleccionando los corazones de los hombres. A las diez volvieron a casa. Coverly la desnudó tiernamente, se dieron un baño juntos y se fueron a la cama, porque ella era su babulina, su pachulina, su cuchilina, su todo lo que el lenguaje de Saint Botolphs no puede expresar. Ella era su ardilla pequeñita.

Durante las tres semanas anteriores a su matrimonio, Moses y Melissa engañaron a Justina con tanto éxito que a la anciana le complacía verlos darse las buenas noches delante del ascensor, y varias veces, durante las cenas, habló de la parte de la casa donde estaba la habitación de Melissa como la que Moses no había visto. La experiencia de este último como montañero le impedía cansarse en su viaje nocturno por los tejados, pero una noche en que habían tomado vino en la cena y él iba con prisa, tropezó otra vez con el cable y se cayó, cuan largo era, sobre las planchas de pizarra, haciéndose un corte en el pecho. Entonces, con la piel dolorida, un profundo malestar físico se apoderó de él, y descubrió en sí mismo una intensa antipatía hacia Clear Haven y todas sus rarezas, y una determinación de demostrar que el territorio del amor no es extraño; y se consoló pensando que dentro de pocos días pondría un anillo en el dedo de Melissa y entraría en su habitación por la puerta. Por alguna razón, ella le había hecho prometer que no le insistiría en que se marchasen de Clear Haven, pero él pensaba que para el otoño cambiaría de opinión.

La víspera de su boda, Moses salió a pie de la estación, llevando un chaqué alquilado en una maleta. Dentro de la finca se encontró a Giacomo, que estaba poniendo bombillas a lo largo del camino.

—¡Ela dise dosientas cincuenta bombillas! —exclamó Giacomo—. Ela dise como un día de santo.

Había anochecido cuando las luces le dieron a Clear Haven el alegre

aspecto de una feria de pueblo. Cuando Moses llevó al general a su cuarto, el anciano quiso ofrecerle una copa y un consejo, pero él se excusó y subió a los tejados. Estaba recorriendo el trecho entre la capilla y el reloj de la torre, cuando oyó la voz de Justina, muy cerca. Estaba en la ventana de D'Alba.

—Sin mis gafas no veo nada, Niki —dijo.

—Shhh —chistó D'Alba—, te va a oír.

—Ojalá pudiera encontrar mis gafas.

—Shhh.

—Oh, no puedo creerlo, Niki —dijo Justina—. No puedo creer que me decepcionen.

—Allá va, allá va —soltó D'Alba cuando Moses, que había estado agachado en la oscuridad, buscó el refugio de la torre del reloj.

—¿Dónde?

—Allí, allí.

—Llama a la señora Enderby —dijo Justina—. Llámala y dile que avise a Giacomo de que traiga la escopeta de perdigones.

—Puedes matarle, Justina.

—Cualquier hombre que hace una cosa así, merece que le peguen un tiro.

Lo que Moses sintió mientras escuchaba esta conversación fue una enorme irritación e impaciencia, pues habiendo iniciado su empresa, no tenía reservas para soportar interrupciones o, al menos, por parte de Justina y el conde. Estaba a salvo al abrigo de la torre y, mientras permanecía allí oculto, oyó a la señora Enderby, y luego a Giacomo unirse a los otros.

—No hay nadie allí —dijo Giacomo.

—Pues dispara de todas formas —ordenó Justina—. Si hay alguien, le asustarás. Si no hay nadie, no le harás daño.

—No sirve de nada, señora Scaddon —dijo Giacomo.

—Dispara, Giacomo —mandó Justina—. Dispara o dame esa escopeta.

—Espere hasta que me tape los oídos —dijo la señora Enderby—. Espere hasta...

Entonces se oyó la ensordecedora descarga de la escopeta de perdigones de Giacomo, y Moses oyó que el disparo daba en el tejado cerca de él y, a lo lejos, el ruido de cristales rotos.

—Oh, ¿por qué me siento tan triste? —preguntó Justina quejumbrosamente—. ¿Por qué estoy tan triste?

D'Alba cerró la ventana y, cuando las luces de su cuarto se encendieron y sus cortinas rosas se corrieron, Moses continuó su camino. Melissa corrió hacia él llorando cuando Moses saltó a su balcón.

—Oh, amor mío, pensé que te habían dado —gritó—. Mi vida, creí que te habían matado.

Coverly no podía marcharse de Remsen Park, pero Leander y Sarah fueron a la boda. Debían de haber salido de Saint Botolphs al amanecer. Emmet Cavis les llevó en su furgón funerario. Moses estuvo encantado de verles y orgulloso de ellos, porque desempeñaron sus papeles con la maravillosa sencillez y gracia de la gente del campo. Respecto a las invitaciones para la boda... Justina había desempolvado su vieja agenda, y la pobre señora Enderby, con sombrero y velo, había escrito los cuatrocientos sobres y durante una semana se había sentado a la mesa con manchas de tinta en los dedos y en la blusa, los ojos rojos de comprobar las direcciones que tenía Justina en un ejemplar del *Registro social* que, como muy tarde, se había imprimido en 1918. Giacomo echó las invitaciones al correo con su aprobación («Está presiosa, señora Scaddon»), y las tarjetas fueron entregadas en mansiones de la zona Cincuenta Este de Nueva York que habían dejado de ser hogares para convertirse en boutiques de corbatas

italianas, galerías de arte, tiendas de anticuarios, apartamentos sin ascensor y oficinas de organizaciones tales como la Unión Anglófona y la Svenskamerikanska Förbundet. Más hacia el centro y más al este, las invitaciones las recibieron porteros de librea de edificios de dieciocho y veinte pisos, donde los nombres de los amigos y pares de Justina no le decían nada a nadie. En la Quinta Avenida, las invitaciones fueron entregadas en otros edificios de pisos, así como en institutos de diseño de moda, improvisadas pensiones, colegios elegantes y en las oficinas de la Sociedad Histórica Americano-Irlandesa y en las de la Amistad Chino-Americana. Quedaron expuestas a la polución junto con otras cartas no recogidas (viejas facturas de Tiffany y ejemplares de *The New Yorker*) en casas con los portales cerrados con tablas. Quedaron tiradas en las desvencijadas mesas de guarderías infantiles progresistas, donde se oía a los niños reír y llorar, y cayeron en los anónimos portales de casas que habían sido construidas con esplendidez y remodeladas con tacañería y donde la gente cocinaba en lo que fue la salita o la biblioteca. El Museo Judío, una sucursal de la Universidad de Columbia, el consulado francés y el yugoslavo, la delegación soviética en las Naciones Unidas, varias fraternidades, clubes de actores, clubes de bridge, modistas y sombrereras, todos ellos recibieron invitaciones. Otras las recibieron las madres superiores de las ursulinas, las clarisas y las hermanas de la merced. También recibieron invitaciones los superintendentes de las escuelas y retiros jesuitas, los padres franciscanos, los padres Cowley, los paulistas y las hermanas de la misericordia. Fueron entregadas en mansiones transformadas en clubes de campo, internados, residencias para locos y para alcohólicos, granjas naturistas, santuarios ecológicos, fábricas de papel, estudios de arquitectos y lugares donde los ancianos y los enfermos esperaban al ángel de la muerte frente a un televisor. Cuando las campanas de San Miguel repicaron esa tarde no había más que veinticinco personas en la

nave central de la iglesia, y dos eran dueñas de pensiones que habían venido por curiosidad. Cuando llegó el momento, Moses pronunció las palabras en voz alta y con convicción. Después de la ceremonia, la mayoría de los invitados volvieron a Clear Haven y bailaron con la música de un fonógrafo. Sarah y Leander interpretaron un majestuoso vals y se despidieron. Las doncellas llenaron las viejas botellas de champán con Sauternes barato y, cuando llegó el crepúsculo estival y se encendieron todos los candelabros, los plomos se fundieron una vez más. Giacomo los arregló y Moses y Melissa subieron las escaleras y entraron en la habitación de ella por la puerta.

Las plataformas de lanzamiento de cohetes de Remsen Park estaban a veintidós kilómetros al sur y esto creaba un problema moral, porque había cientos o miles de técnicos, como Coverly, que no sabían nada respecto al principio y el final del proceso en el que trabajaban. La administración resolvió el problema organizando lanzamientos públicos los sábados por la tarde. Les proporcionaban el transporte para que familias enteras pudieran llevar sándwiches y cervezas y sentarse en las gradas de sol para oír el ruido del juicio final y ver el fuego que parecía lamer las entrañas de la tierra. Estos lanzamientos no eran muy diferentes de cualquier otra merienda campestre, aunque no había partidos de pelota ni conciertos de ninguna banda, pero había cerveza y los niños se perdían, y las bromas de la multitud, mientras esperaban una explosión calculada para taladrar la atmósfera de la tierra, eran muy humanas. A Betsey le encantaba todo esto, pero apenas alteraba su impresión de que Remsen Park era un lugar poco cordial. Era importante para ella tener amigos y lo decía: «Yo soy de un pueblito de Georgia, que era un sitio muy cordial y soy partidaria de acercarme a la gente y hacer amigos. Después de todo, solo pasamos una vez por este camino». A pesar de que hacía con frecuencia el comentario respecto a estar aquí de paso, ese comentario no había perdido su fuerza. Había nacido; moriría.

La señora Frascati continuó respondiendo a sus intentos de aproximación con adustas sonrisas, y entonces Betsey invitó a la mujer de la casa siguiente, la señora Galen, a tomar una taza de café, pero esta tenía varios títulos

universitarios y un aire de elegancia y privilegio que hacía que Betsey se sintiera incómoda. Se sentía examinada, y con dureza, y comprendió que allí no había lugar para la amistad. Betsey era tenaz y finalmente dio con lo que buscaba.

—He conocido a una mujer de lo más vital, simpática y cariñosa —le dijo a Coverly al darle un beso en la puerta—. Se llama Josephine Tellerman y vive en el Círculo M. Su marido es delineante y dice que ha vivido en casi todas las bases de lanzamiento de cohetes de Estados Unidos, y es la mar de divertida y su marido también es simpático y viene de una buena familia y nos ha dicho que por qué no vamos una noche a tomar una copa en su casa.

Betsey quería a su vecina. Este sencillo acto de amistad le proporcionó todos los placeres y los riesgos del amor. Coverly sabía lo triste y vacío que le había parecido el Círculo K hasta el momento en que conoció a Josephine Tellerman. Ahora estaba dispuesto a oír hablar de ella durante semanas y meses. Se alegraba de ello. Betsey y la señora Tellerman harían compras juntas. Betsey y la señora Tellerman hablarían por teléfono todas las mañanas. «Mi amiga Josephine Tellerman me ha dicho que tienen ustedes unas chuletas de cordero muy buenas», decía Betsey en la carnicería. «Mi amiga Josephine Tellerman me recomendó que viniera aquí», diría en la lavandería. Hasta el vendedor de aspiradoras, al llamar a su puerta al final de un día duro, la encontraría cambiada. Estaría amable, pero no le abriría. «Ah, hola —le diría—, me gustaría charlar con usted, pero esta tarde no tengo tiempo, lo siento. Estoy esperando una llamada telefónica de mi amiga Josephine Tellerman.»

Los Wapshot fueron una noche a tomar una copa en casa de los Tellerman y Coverly los encontró bastante agradables. La casa de los Tellerman estaba amueblada exactamente igual que la de los Wapshot, incluido el Picasso encima de la chimenea. En el cuarto de estar, las mujeres hablaron de

cortinas, y Coverly y Max Tellerman lo hicieron de coches en la cocina, mientras Max preparaba los cócteles.

—He estado mirando coches —dijo Max—, pero he decidido no comprarme uno este año. Tengo que reducir gastos. Y en realidad no necesito un coche. Le estoy pagando la universidad a mi hermano pequeño, ¿sabes? Mis padres se han separado y yo me siento responsable del chico. No tiene a nadie más que a mí. Yo trabajé para pagarme la carrera. Dios, hice de todo, y no quiero que él tenga que pasar por eso. Quiero que estudie con tranquilidad durante cuatro años. Quiero que tenga todo lo que necesite. Quiero que durante unos años sienta que vale tanto como cualquiera...

Volvieron al cuarto de estar, donde las mujeres seguían hablando de cortinas. Max le enseñó a Coverly una foto de su hermano y continuó hablándole de él, y a las diez y media se despidieron y regresaron a casa andando.

Betsey no servía para la jardinería, pero compró unas sillas de lona para el patio trasero y un enrejado de madera para ocultar el cubo de la basura. Podían sentarse allí en las noches de verano. Estaba contenta de lo que había hecho y una noche de verano vinieron los Tellerman a bautizar —como dijo Betsey— el patio trasero con ron. Era una noche calurosa y la mayoría de sus vecinos estaban en los patios. Josie y Betsey estaban hablando de chinches, cucarachas y ratones. Coverly hablaba con afecto de West Farm y de la pesca allí. Él no bebía y le desagradaba el olor a ron que despedían los otros, quienes estaban bebiendo mucho.

—Bebe, bebe —decía Josie—. Es una noche especial.

Era una noche especial. El aire era cálido y fragante y desde la cocina, donde estaba preparando las bebidas, Coverly miró por la ventana al patio

trasero de los Frascati. Allí vio a la hija adolescente de los Frascati con un bañador blanco que acentuaba cada línea de su cuerpo, menos la raya entre sus nalgas. Su hermano la rociaba suavemente con una manguera. No había bromas, ni gritos, no había el menor sonido mientras el joven rociaba a su bella hermana. Cuando tuvo las bebidas preparadas, Coverly las llevó al patio. Josie había empezado a hablar de su madre.

—Oh, me gustaría que hubierais conocido a mi madre —dijo—. Me gustaría mucho que la hubierais conocido.

Cuando Betsey le pidió a Coverly que volviera a llenar los vasos, él dijo que el ron se había acabado.

—Corre al centro comercial y compra una botella, cielo —pidió Josie—. Es una noche especial. Solo se vive una vez.

—Solo pasamos una vez por este camino —afirmó Betsey.

—Iré a comprarlo —dijo Coverly.

—Deja, deja —dijo Max—. Iremos Betsey y yo.

Tiró de Betsey para levantarla de su silla y fueron caminando hacia el centro comercial. Betsey se sentía de maravilla. Es una noche especial, era lo único que podía pensar, pero la fragante oscuridad y las casas llenas de gente, en las que las luces empezaban a apagarse, y el ruido de los irrigadores y los fragmentos de música, todo le hacía sentir que la angustia del viaje, la mudanza, la extrañeza y el vagabundeo se habían terminado y que le habían servido para aprender el valor de la permanencia, la amistad y el amor.

En ese momento le encantaba todo —la luna en el cielo y las luces de neón del centro comercial— y, cuando Max salió de la tienda de licores, ella pensó qué distinguido y qué atlético y qué guapo es. Al volver, él la miró con tristeza, la abrazó y la besó. Fue un beso robado, pensó Betsey, y era una noche especial, una en la que se puede robar un beso. Cuando llegaron al Círculo K, Josie y Coverly estaban en el cuarto de estar. Josie seguía

hablando de su madre.

—Nunca una palabra desagradable, nunca una mirada dura —estaba diciendo—. Era una pianista bastante buena. Oh, siempre había un montón de gente en casa. Los domingos por la noche nos reuníamos en torno al piano, cantábamos himnos y lo pasábamos estupendamente.

Betsey y Max fueron a la cocina a preparar las bebidas.

—No fue feliz —seguía diciendo Josie—. Él era un verdadero hijoputa, no hay vuelta de hoja, pero ella se lo tomaba con filosofía, ese era su secreto; se lo tomaba con filosofía y oyéndola hablar habrías pensado que era la esposa más feliz del mundo, pero él era...

—Coverly —chilló Betsey—. Coverly, ayúdame.

Coverly salió corriendo, Max estaba de pie junto a la cocina. Le había rasgado el vestido a Betsey. Coverly le asestó un puñetazo, le dio en un lado de la mandíbula y lo tiró al suelo. Betsey chilló y se fue corriendo al cuarto de estar. Coverly se quedó de pie junto a Max, haciendo crujir sus nudillos. Tenía lágrimas en los ojos.

—Pégame otra vez si quieres, patéame —dijo Max—. Yo no podría hacer un agujero en una bolsa de papel. Ha sido una guarrada lo que he hecho, lo sé, pero a veces no puedo contenerme y me alegro de que haya pasado ya y juro por Dios que no volveré a hacerlo nunca, pero, por Dios santo, Coverly, a veces me siento tan solo y no sé adónde volverme y si no fuera por este hermano mío al que estoy pagando los estudios, creo que me cortaría el cuello, cosa que, Dios me perdone, he pensado muchas veces. No pensarías, al verme, que tenía tendencias suicidas, ¿verdad?, pero la mayor parte del tiempo estoy pensando en suicidarme, que Dios me perdone.

»Josie no tiene la culpa. Es una buena persona —continuó Max, todavía desde el suelo—, y se quedará a mi lado pase lo que pase, lo sé, pero es muy insegura, ¿sabes?, es muy insegura y yo creo que es porque ha vivido en

muchos sitios distintos. Le dan ataques de melancolía, ¿sabes?, y entonces la toma conmigo. Dice que me aprovecho de ella. Dice que no traigo dinero para la comida. Que no traigo dinero para el coche. Necesita vestidos nuevos, necesita sombreros nuevos y qué sé yo lo que necesita, y entonces se pone verdaderamente resentida, y sale y se compra medio mundo y a veces tardo seis meses o un año en poder pagar las cuentas. Tengo cuentas sin pagar por todo Estados Unidos. A veces creo que voy a liar el petate y largarme. Eso es lo que creo, creo que tengo derecho a un poco de diversión, a un poco de felicidad, ¿sabes? Y entonces me propaso con alguien, pero siento lo de Betsey porque ella y tú habéis sido unos amigos de verdad, pero a veces creo que no puedo continuar si no me divierto un poco. Sencillamente creo que no tengo energía para continuar. Sencillamente creo que no puedo soportarlo más.

En el cuarto de estar, Josie había abrazado a Betsey.

—Ya, ya, cielo —decía Josie—, ya, ya. Ya ha pasado todo. No ha sucedido nada. Yo te arreglaré el vestido. Te compraré uno nuevo. Ha bebido demasiado, eso es todo. Tiene las manos muy largas. Tiene las manos muy largas y ha bebido demasiado. Esas manos tuyas, siempre las está poniendo donde no debe. Esta no es la primera vez, cielo. Incluso cuando está dormido, sus manos están palpando todo el tiempo hasta que agarran algo. Incluso mientras duerme. Bueno, bueno, no te preocupes más por eso. Piensa en mí, piensa en lo que yo tengo que aguantar. Gracias a Dios que tú tienes un marido sano y decente como Coverly. Piensa en mí, piensa en la pobre Josie intentando estar alegre todo el rato y yendo detrás de él para arreglar las cosas. Oh, estoy tan harta. Estoy tan harta de tratar de corregir sus equivocaciones. Y si nos sobran dos dólares se los manda a su hermanito en Cornell. Está enamorado de su hermanito, le quiere más que a mí, o que a ti o a cualquiera. Le mima y le maleduca. Oh, me hierva la sangre. Está viviendo

allí como un verdadero príncipe, en un dormitorio con su propio baño, y con ropa de lujo, mientras yo coso, arreglo y restriego para ahorrar el sueldo de una asistenta y que él pueda mandarle a este chico una asignación, una chaqueta deportiva nueva, una raqueta de tenis o cualquier cosa. El año pasado estaba preocupado porque el chico no tenía un abrigo grueso superespecial, y yo le dije, Max, le dije, espera un momento. Estás enfermo de preocupación porque él no tiene un abrigo de invierno, ¿y yo, qué? ¿Se te ha ocurrido alguna vez que yo no tenía un buen abrigo de invierno? ¿Se te ha pasado por la cabeza que tu amante esposa tiene tanto derecho a un abrigo como tu hermanito? ¿Has pensado en eso alguna vez? ¿Y sabes lo que me dijo? Dijo que hacía más frío en el sitio donde está esa universidad que en Montana, donde estábamos viviendo nosotros. No le hizo la menor impresión. Oh, es terrible estar casada con alguien que tiene una obsesión como esa. A veces me hierve la sangre al ver cómo le mima. Pero hay que estar a las duras y a las maduras, ¿no? En toda verdadera amistad hay algún nubarrón. Finjamos que fue eso, ¿eh, cielo?, finjamos que fue solo una nube pasajera. Vamos a buscar a los hombres y nos tomamos una copa por la amistad, y lo pasado, pasado. Vamos a imaginar que no fue más que una nube pasajera.

En la cocina encontraron a Max sentado aún en el suelo y a Coverly de pie al lado del fregadero, haciendo crujir sus nudillos, pero Betsey se acercó a Coverly y le rogó en un susurro que olvidara el asunto.

—Todos vamos a ser amigos otra vez —dijo Josie en voz alta—. Venga, venga, todo está olvidado. Vamos al cuarto de estar y beberemos una copa por la amistad y el que no la beba es un desgraciado.

Max la siguió al cuarto de estar y Betsey llevó a Coverly detrás. Josie llenó un vaso grande con ron y Coca-Cola.

—Por los viejos tiempos —dijo—. Lo pasado, pasado. Por la amistad.

Betsey se echó a llorar y todos bebieron del mismo vaso.

—Bueno, creo que somos amigos otra vez, ¿verdad? —dijo Betsey— y voy a decirles algo, os lo diré para demostrar que somos amigos, os diré algo que tenía medio pensado y que después de esto es aún más importante para mí. El sábado es mi cumpleaños y quiero que tú y Max vengáis a cenar y hacer una auténtica celebración, con champán y esmoquin, una fiesta de verdad, y creo que es aún más importante ahora que hemos sufrido este pequeño incidente.

—Oh, cariño, es la invitación más encantadora que he recibido —dijo Josie, y se levantó y besó a Betsey y luego a Coverly y se cogió del brazo de Max.

Max le tendió la mano a Coverly, y Betsey volvió a besar a Josie y se dieron las buenas noches, muy bajito, muy bajito, porque ya era tarde, eran más de las dos y las suyas eran las únicas luces encendidas en el círculo.

Josie no llamó a Betsey por la mañana y cuando esta intentó llamar a su amiga o la línea estaba ocupada o nadie contestaba al teléfono, pero Betsey estaba demasiado absorbida por los preparativos de la fiesta para preocuparse mucho. Se compró un vestido nuevo y unos vasos y unas servilletas y, la noche antes de la fiesta, Coverly y ella cenaron en la cocina para conservar limpio el comedor. Él tenía que trabajar el sábado y no volvió a casa hasta después de las cinco. Todo estaba listo para la fiesta. Betsey aún no se había puesto el vestido nuevo y estaba en albornoz y con pinzas en el pelo, pero se encontraba excitada y contenta, y cuando le dio un beso a Coverly le dijo que se diera prisa y que se bañara. La mesa estaba puesta con uno de los manteles, los candelabros antiguos y la porcelana azul de West Farm. En todas las mesas había platitos con nueces y otras cosas para picar con los cócteles. Betsey había sacado la ropa de Coverly y él se dio una ducha y se estaba vistiendo cuando sonó el teléfono.

—Sí, cielo —le oyó decir a Betsey—. Sí, Josie. Oh, oh. Entonces quieres decir que no podéis venir. Comprendo. Sí. Comprendo. Bueno, ¿qué te parece mañana por la noche? ¿Por qué no lo dejamos para mañana por la noche? Ya, oh, entiendo. Bueno, entonces ¿por qué no venís esta noche solo por un ratito? Podemos envolver a Max en unas mantas y luego podéis marcharos nada más cenar si queréis. Ya, ya veo. Sí, claro. Bueno, adiós. Sí, adiós.

Betsey estaba sentada en el sofá cuando Coverly entró en el cuarto de estar. Tenía las manos sobre el regazo, la cara macilenta y llorosa.

—No pueden venir —dijo—. Max está enfermo, tiene un resfriado, y no pueden venir.

Entonces dio un fuerte sollozo, pero, cuando Coverly se sentó a su lado y la rodeó con un brazo, ella se resistió.

—Durante dos días no he hecho otra cosa que trabajar y pensar en mi fiesta. No he hecho nada más durante dos días —gritó—. Quería celebrar una fiesta. Sencillamente quería celebrar una fiesta bonita. Eso es todo lo que quería.

Coverly insistió en que no importaba y le dio una copa de jerez y entonces ella decidió llamar a los Frascati.

—Lo único que quiero ahora es celebrar mi fiestecita —dijo— y tengo toda esa comida y a lo mejor a los Frascati les gustaría venir. No han sido unos vecinos muy amables, pero quizá es porque son extranjeros. Voy a invitar a los Frascati.

—¿Por qué no lo dejamos? —dijo Coverly—. Podemos tomar nosotros la cena, o irnos a un cine o algo. Podemos pasarlo bien juntos.

—Voy a invitar a los Frascati —dijo Betsey, y se acercó al teléfono—. Soy Betsey Wapshot —dijo alegremente—. He pensado en llamarles un montón de veces, pero me temo que he sido una mala vecina. Hemos estado tan

ocupados desde que nos mudamos que no he tenido tiempo y estoy avergonzada de haber sido tan mala vecina, pero estaba pensando si a usted y a su marido les gustaría venir a cenar esta noche con nosotros.

—Gracias, pero ya hemos cenado —dijo la señora Frascati, y colgó.

Entonces Coverly oyó que Betsey llamaba a los Galen.

—Soy Betsey Wapshot y siento no haber llamado antes, porque me apetecía conocerles mejor, pero estaba pensando si su marido y usted querrían venir a cenar con nosotros esta noche.

—Oh, lo siento muchísimo —dijo la señora Galen—, pero los Tellerman... creo que también son amigos suyos, pues el hermano menor de Max Tellerman acaba de llegar de la universidad y van a traerle para que le conozcamos.

Betsey colgó.

—Hipócrita —sollozó—. La muy hipócrita. Matándose por hacerse amiga de los Galen y sin decirme a mí, su mejor amiga, ni una palabra, sin tener el valor de decirme la verdad.

—Bueno, bueno, cariño —dijo Coverly—. No es tan importante. Da igual.

—A mí no me da igual —gritó Betsey—. Para mí es una cuestión de vida o muerte, eso es lo que es. Voy a ir allí a ver qué pasa. Voy a ver si esa señora Galen me ha dicho la verdad. Voy a ir allí para ver si Max Tellerman está enfermo en la cama o no. Me voy a ver qué pasa por allí.

—No, Betsey —dijo Coverly—. No lo hagas, cariño.

—Sencillamente voy a ver qué pasa por allí, eso es lo que haré. Oh, he oído más que suficiente sobre ese hermano suyo, pero cuando llega el momento de presentarlo, sus viejos amigos no tienen bastante categoría. Voy a ver.

Se levantó. Coverly intentó detenerla, pero ella salió. En albornoz y zapatillas marchó belicosamente hasta el próximo círculo. Las ventanas de

los Tellerman estaban iluminadas, pero, cuando llamó al timbre, nadie abrió y no se oyó ningún ruido. Fue a la parte de atrás de la casa, donde las cortinas del ventanal no estaban corridas y miró dentro del cuarto de estar. Estaba vacío pero había unas copas de cóctel sobre la mesa y junto a la mesa una maleta de cuero amarillo con una pegatina de Cornell. Y mientras estaba allí de pie, en la oscuridad, las furias atacaron a Betsey; le pareció que a través de cada incidente, de cada momento de su vida, corría el hilo cortante, el alambre, de la soledad, y que, cuando creyó que era feliz, únicamente estaba engañada, porque por debajo de toda su felicidad se encontraba el dolor de la soledad y todos sus viajes y todos sus amigos no eran nada y todo era nada.

Volvió a casa y esa misma noche tuvo un aborto.

Betsey estuvo dos días en el hospital y luego volvió a casa, pero no parecía mejorar. Se sentía desdichada además de enferma, y Coverly pensó que ella estaba empujando alguna piedra que nada tenía que ver con su vida inmediata, ni siquiera con el aborto, sino con algún momento de su pasado. Todas las noches, cuando volvía del laboratorio, él le hacía la cena y hablaba, o trataba de hablar, con ella. Cuando ella llevaba en la cama dos semanas o más, él le preguntó si podía llamar al médico.

—No te atrevas a llamar al médico —dijo Betsey—. No te atrevas a hacerlo. La única razón por la que quieres llamar al médico es para que venga y demuestre que no me pasa nada. Simplemente quieres dejarme mal. Es pura mezquindad.

Se echó a llorar, pero cuando él se sentó en la cama, ella se apartó.

—Voy a preparar la cena —dijo él.

—Bueno, para mí no hagas nada —replicó Betsey—. Estoy demasiado enferma para comer.

Cuando Coverly entró en la cocina a oscuras, vio la cocina iluminada de los Frascati, donde el señor Frascati estaba bebiendo vino y dándole palmaditas en el trasero a su mujer, mientras ella iba y venía de allí a la mesa. Bajó las persianas de un golpe y encontró unos alimentos congelados y los cocinó a su manera, que no era muy buena. Puso la cena de Betsey en una bandeja y se la llevó a su habitación. Displícitamente, ella se incorporó hasta quedar sentada contra las almohadas y dejó que él le pusiera la bandeja

sobre las piernas, pero cuando él volvió a la cocina ella le llamó.

—¿No vas a comer conmigo? ¿No quieres comer conmigo? ¿Ya no quieres ni mirarme?

Él llevó su plato al dormitorio y comió en el tocador, contándole las noticias del laboratorio. La larga cinta en la que había estado trabajando estaría terminada dentro de tres días. Tenía un nuevo jefe que se llamaba Pancras. Le trajo a Betsey un plato de helado, fregó los cacharros y fue al centro comercial para comprarle a ella unas novelas de misterio. Luego durmió en el sofá, tapado con un abrigo, sintiéndose triste y lujurioso.

Betsey permaneció en la cama otra semana y parecía cada vez más desgraciada.

—Hay un médico nuevo en el laboratorio, Betsey —le dijo Coverly una noche—. Se llama Blennar. Le he visto en la cafetería. Es un tipo agradable. Es una especie de consejero matrimonial y he pensado...

—No quiero oír hablar de él —dijo Betsey.

—Pero yo sí, Betsey. Quiero que hables con el doctor Blennar. Creo que podría ayudarnos. Iremos juntos. O puedes ir tú sola. Si pudieras contarle tus problemas...

—¿Para qué le voy a contar mis problemas? Yo sé cuáles son. Odio esta casa. Odio este sitio, este Remsen Park.

—Si hablaras con el doctor Blennar...

—¿Es un psiquiatra?

—Sí.

—Quieres demostrar que estoy loca, ¿no?

—No, Betsey.

—Los psiquiatras son para los locos. A mí no me pasa nada. —Se levantó de la cama y fue al cuarto de estar—. Oh, estoy harta de ti, harta de tu condenada actitud de sinceridad, harta de la forma en que estiras el cuello y

haces crujir tus nudillos, y harta de tu viejo padre y sus obscenas cartas preguntando si hay noticias, si hay buenas noticias, si hay alguna noticia. Estoy harta de los Wapshot y me importa un bledo que lo sepa todo el mundo.

Entonces fue a la cocina y salió con los platos de porcelana azul que Sarah les había mandado de West Farm y empezó a tirarlos al suelo. Coverly abandonó el cuarto de estar y se fue a la puerta de atrás, pero Betsey le siguió y rompió el resto de los platos fuera.

El día después de casarse habían tomado un vapor más o menos de la misma cosecha que el *Topaze*, pero mucho más grande. Era un día hermoso, suave y dulce, con una neblina suspendida a su alrededor de tal modo que, de no ser por la estela que se desenroscaba a popa, su sentido de la orientación y del tiempo habría quedado oscurecido. Pasearon por las cubiertas, cogidos de la mano, encontrando amabilidad y humor en las caras de los demás pasajeros. Fueron de la proa al abrigo de la popa, donde sentían el latido de la hélice bajo los pies y donde muchos vientos cálidos procedentes de la cocina y de la sala de máquinas soplaban en torno a ellos, y vieron a las gaviotas camino de Portugal. No se distinguía la isla —había demasiada neblina— y remolcados por el solitario repique de las campanas marinas vieron el lugar alzarse ante ellos entre la niebla: campanarios y cabañas y dos chiquillos haciendo carreras en la playa.

La casita estaba lejos. Pertenecía a los tiempos de Leander y estaba en un grupito de doce o dieciséis cabañas, tan retorcidas y maltratadas por la intemperie que podrían parecer improvisadas para acomodar a las víctimas de una catástrofe, si uno no supiera que habían sido construidas para la gente que todos los veranos peregrina al mar. La casita a la que fueron era como

West Farm, una madriguera o habitáculo humano que en todos sus puntos había cedido a los caprichos y los meandros de una familia en crecimiento. Dejaron sus bolsas y se desnudaron para ir a nadar.

Era fuera de temporada, antes o después, y la posada y la tienda de regalos estaban cerradas a cal y canto, y bajaron por el sendero cogidos de la mano; tan desnudos como el día que nacieron, sin pensar en taparse, bajaron por el sendero, polvo y en algunos puntos ceniza, y luego por la arena fina, tanto como el más fino azúcar, y crujiente —ponía los dientes largos— hasta la arena más gruesa, mojada por la marea alta, resonante con la música de puertas que se cierran violentamente. Había una roca en el mar y Betsey nadó hacia allí. Coverly la siguió por los ricos y medicinales caldos del Atlántico Norte. Cuando él se acercó ella estaba sentada desnuda sobre la roca y peinándose con los dedos, y, cuando él trepó a la roca, ella se tiró al mar y él la siguió hasta la playa.

En aquel momento hubiera podido rugir de alegría, bailar una jiga, chocando los talones en el aire, y cantar a voces, pero lo que hizo fue pasear por la orilla recogiendo piedras planas y lanzándolas más allá de la rompiente, donde unas veces se deslizaban a saltos y otras se hundían. Y entonces una gran tristeza de satisfacción pareció envolverle —un gozo tan puro que le caldeó la piel y los huesos suavemente, como las primeras lumbres del otoño— y volvió hacia ella, aún recogiendo piedras y lanzándolas, despacio, porque no había prisa, y se arrodilló a su lado y cubrió la boca de ella con la suya y el cuerpo de ella con el suyo, y entonces —con el cuerpo estremecido y exaltado— tuvo una abrasadora visión de una edad de oro que floreció en su mente hasta que se quedó dormido.

Cuando Coverly llegó a casa a la noche siguiente, Betsey se había ido. El

único mensaje que le dejó fue la cartilla de ahorros cancelada. Se paseó por la casa a la escasa luz. No había nada allí que ella no hubiera tocado o arreglado, nada que no estuviera marcado por su personalidad y sus gustos, y a la luz crepuscular sintió una premonición de muerte, le pareció oír la voz de Betsey. Se puso un sombrero y salió a dar un paseo. Pero Remsen Park no era un sitio muy adecuado para pasear. La mayoría de los sonidos vespertinos eran mecánicos y la única zona arbolada era una pequeña franja al final del campamento militar, y allí se dirigió Coverly. Al pensar en Betsey, la imaginó en escenas de viaje —en trenes y andenes y en hoteles y pidiendo a desconocidos que la ayudaran con las maletas— y sintió gran amor y compasión por ella. Lo que no entendía era la intensidad de su inversión emocional en una situación que ya no existía. Dando un rodeo al bosquecillo y regresando a través del campamento militar y viendo las casas de Remsen Park, sintió una gran nostalgia de Saint Botolphs, de un lugar cuyas calles eran tan erráticas y retorcidas como la mente humana, del agua brillando entre los árboles, de los sonidos humanos al anochecer, hasta del tío Pipí abriéndose paso por el aligustre en cueros vivos.

Fue un largo paseo, era más de medianoche cuando regresó y se arrojó desnudo sobre el lecho matrimonial, que aún conservaba la fragancia de la piel de ella, y soñó con West Farm.

El mundo está lleno de distracciones —encantadoras mujeres, música, películas francesas, boleras y bares— pero a Coverly le faltaba vitalidad o imaginación para distraerse. Iba a trabajar por las mañanas. Regresaba a casa al anochecer, llevando una cena congelada, que descongelaba y se comía en el mismo cacharro. Su realidad parecía asediada o atacada; su capacidad de esperanza parecía dañada o destruida. Hay cierto aldeanismo en algunos tipos de desgracia —una lejanía geográfica como en la vida que lleva el guarda de un paso a nivel—, un punto en el que la vida se vive o se soporta con el

mínimo de energía y percepción y en el que la mayor parte del mundo parece pasarnos velozmente por delante como los pasajeros de los maravillosos trenes de Santa Fe. Esa clase de vida tiene sus compensaciones —solitarias y soñadoras—, pero es una vida carente de amistad, relaciones y amor y hasta de una viable esperanza de huida. Coverly se encerró en esta ermita emocional y entonces llegó una carta de Betsey.

«Cariño —escribía—, vuelvo a Bambridge para ver a la abuela. No intentes seguirme. Siento haberme llevado todo el dinero, pero en cuanto tenga trabajo te lo devolveré. Puedes pedir el divorcio y casarte con alguien que te dé hijos. Sospecho que yo soy nómada y ya estoy errando otra vez.» Coverly fue al teléfono y llamó a Bambridge. Le contestó la abuela.

—Quiero hablar con Betsey —gritó—, quiero hablar con Betsey.

—No está aquí —dijo la anciana—. Ya no vive aquí. Se casó con Coverly Wapshot y vive con él en algún sitio.

—Yo soy Coverly Wapshot.

—Y si es usted Coverly Wapshot, ¿para qué me molesta? —preguntó la anciana—. Si es usted Coverly Wapshot, ¿por qué no habla directamente con Betsey? Y cuando hable con ella, dígame que se ponga de rodillas para decir sus oraciones. Dígame que si no se arrodilla, no valen.

Luego colgó.

Y ahora llegamos a la parte desagradable u homosexual de nuestro cuento y animamos al lector no interesado a saltársela. Sucedió de la siguiente manera. El jefe inmediato de Coverly era un hombre llamado Walcott, pero el que estaba a cargo de todo el departamento de programación era un hombre joven que se llamaba Pancras. Tenía una voz sepulcral y una hermosa dentadura, blanca y uniforme, y conducía un coche de carreras europeo. Nunca le dirigía la palabra a Coverly más allá de un buenos días y una sonrisa de aliento cuando pasaba por la larga sala de programadores. Puede que sobreestimemos nuestra capacidad de disimulo y que la marca de la soledad y la insatisfacción sea más notoria de lo que pensamos. El caso es que Pancras de repente se aproximó a Coverly una tarde y le ofreció llevarle a su casa. Este hubiera agradecido cualquier compañía y además el achatado coche de carreras tuvo un considerable efecto en su ánimo. Cuando salieron de la calle 325 y se metieron en el Círculo K, Pancras dijo que le sorprendía no ver a la mujer de Coverly esperándole en la puerta. Este respondió que ella estaba visitando a unos parientes en Georgia. Entonces tienes que venirte a casa y cenar conmigo, dijo Pancras. Y se alejaron con el motor rugiendo.

La casa de Pancras era, por supuesto, exactamente igual a la de Coverly, pero estaba más cerca del cuartel y se levantaba en una parcela más grande. Estaba elegantemente amueblada y para Coverly supuso un cambio agradable respecto al desorden de su propia casa. Pancras le preparó una copa y empezó a dorarle la píldora.

—Hace tiempo que tenía ganas de hablar contigo —le dijo—. Tu trabajo es excelente, brillante, realmente, y deseaba decírtelo. Vamos a mandar a alguien a Inglaterra dentro de unas semanas; yo también voy a ir. Queremos comparar nuestros programas informáticos con los de los ingleses. Y queremos que sea alguien que sepa desenvolverse, claro está. Necesitamos a alguien presentable, alguien con habilidades sociales. Hay muchas posibilidades de que vayas tú, si te interesa.

Estas palabras de aprecio alegraron a Coverly, aunque Pancras le abrumaba con tantas miradas abiertas y prolongadas que él se sentía incómodo. Su amigo no era afeminado, ni mucho menos. Su voz era de bajo profundo, su cuerpo parecía cubierto de vello y sus movimientos eran atléticos, pero Coverly tenía la sensación de que si se tocaba su punto débil se desmayaría. Se daba cuenta de que era desagradecido e injusto aceptar su hospitalidad en aquella casa encantadora, mientras tenía sospechas respecto a su vida privada; y la verdad era que se lo estaba pasando estupendamente. Coverly no podía considerar la consumación de una amistad semejante, pero podía disfrutar del ambiente de halagos y ternura que Pancras creaba y en el cual él parecía deleitarse. La cena fue lo mejor que había comido desde hacía meses y después de esta Pancras propuso que dieran un paseo por la guarnición y el bosquecillo. Era exactamente lo que a Coverly le apetecía, así que salieron a la noche y dieron una vuelta por el bosque, charlando en tono serio y amistoso sobre su trabajo y sus gustos. Luego Pancras llevó a Coverly a su casa.

Por la mañana, antes de empezar a trabajar, Walcott advirtió a Coverly de que Pancras era marica. La noticia provocó en Coverly desconcierto, tristeza y cierta terquedad. Sintió lo que sentía la prima Honora respecto al caballo del carro. No quería ser un caballo de tiro, pero tampoco quería verlos expuestos a la crueldad. No vio a Pancras durante uno o dos días y luego una

tarde, cuando él estaba a punto de tomarse la cena directamente del cacharro, el coche de carreras entró rugiendo en el Círculo K y Pancras llamó al timbre. Se llevó a Coverly a cenar en su casa y pasearon otra vez por el bosque. Este nunca había encontrado a nadie que se mostrara tan interesado por sus recuerdos de Saint Botolphs y estaba contento de poder hablar del pasado.

Tras otra velada con Pancras, a Coverly le resultó evidente cuáles eran las intenciones de su amigo, aunque él no sabía qué actitud tomar y no veía ninguna razón por la cual no debiera cenar con un homosexual. Se decía que él era inocente e ingenuo, pero esta excusa no se sostenía. En realidad, el marica nunca nos sorprende. Elegimos nuestras corbatas, nos peinamos con agua y nos atamos el cordón de los zapatos con la intención de agradar a las personas que deseamos; lo mismo hacen ellos. Coverly tenía suficientes experiencias en la amistad para saber que las exageradas atenciones que recibía de Pancras eran amorosas. Quería seducir y, cuando dieron su paseo después de cenar, parecía emanar una onda de actividad o angustia erótica. Llegaron al final de las casas y alcanzaron las instalaciones militares, los barracones, una capilla y un paseo bordeado de un muro encalado y un hombre sentado en un escalón martilleando un trozo de una pieza de cohete para hacer una pulsera. Era la tierra de nadie emocional de la mayoría de los destacamentos militares, relativamente tolerable en una situación de guerra, pero más aislada y solitaria que nunca en este momento. Atravesaron la zona de los barracones, entraron en el bosque y se sentaron en unas piedras.

—Nos vamos a Inglaterra dentro de diez días —le comunicó Pancras.

—Te echaré de menos —dijo Coverly.

—Tú te vienes conmigo —replicó Pancras—. Ya lo tengo todo arreglado.

Coverly se volvió hacia su compañero e intercambiaron una mirada de tal pesar que pensó que nunca se recobraría. Era una mirada que había rehuído en varias ocasiones —el médico de Travertine, un camarero de Washington,

un sacerdote en una travesía nocturna, un dependiente de una tienda—, la exasperante mirada de pesadumbre sexual entre hombres; pesadumbre y el perverso deseo de escapar —de mear en la sopera de porcelana fina, de escribir una palabra soez en la pared del granero, de hacerse a la mar con un indecente y sucio marinero—, de escapar, no de las leyes y costumbres del mundo, sino de su fuerza y vitalidad.

—Solo diez días más —suspiró su compañero.

Y de pronto, Coverly sintió un leve alboroto de lujuria homosexual en la entrepierna. Duró menos de un segundo. Luego el látigo de su conciencia golpeó con tal fuerza que sintió dolor en el escroto ante la perspectiva de unirse a este compañero de ojos pálidos, vagando en la oscuridad como el tío Pipí Malvavisco. Un segundo después el látigo fustigó de nuevo, esta vez por haber despreciado una condición humana. Era el destino del tío Pipí vagar por los jardines y en la visión del mundo de Coverly debería haber un lugar donde ese desamparo fuera admitido. Entonces el látigo volvió a golpear, esta vez manejado por una hermosa mujer que le despreciaba por tener aquel amigo y cuyos ojos le decían que ahora estaba desterrado para siempre del paraíso de las muchachas, esas criaturas matutinas. Había pensado con deseo en hacerse a la mar con un homosexual y Venus le volvía la espalda desnuda y se alejaba de su vida para siempre.

Era una pérdida que le dejaba marchito. Sus aires y sus confesiones, sus recuerdos y sus teorías sobre la bomba atómica, sus escondrijos de pañuelos de papel y loción para las manos, la tibieza de sus senos, su capacidad de sucumbir y perdonar, esa dulzura del amor que había escapado a su comprensión, todo eso estaba perdido. Venus era su adversaria. Él había dibujado un bigote sobre su boca suave y ella le diría a sus validas que le desdeñarían. Quizá le permitiera hablar con una vieja de vez en cuando, pero nada más.

Era verano, el aire estaba lleno de semillas y de polen, y con esa extraordinaria amplificación del dolor —era como si estuviera mirando a través de una lupa— Coverly vio la abundancia de bayas y vainas de semillas que había en el suelo junto a sus pies y pensó cuán generosamente estaba dotada toda la naturaleza para inseminar a los de su especie; a todos menos a Coverly. Pensó en sus pobres padres en West Farm, que dependían para su felicidad, su seguridad y su alimentación de una potencia que él no poseía. Luego pensó en Moses y sintió un apasionado deseo de ver a su hermano.

—No puedo viajar a Inglaterra contigo —le dijo a Pancras—. Tengo que ir a ver a mi hermano.

Pancras suplicó y luego se enfadó y volvieron por el bosque en fila india.

Por la mañana, Coverly le dijo a Walcott que no quería ir a Inglaterra con Pancras, y Walcott dijo que de acuerdo y sonrió. Coverly le miró ceñudo. Era una sonrisa cómplice —él sabía lo de Pancras—, era la sonrisa de un filisteo, un hombre satisfecho de haber salvado su propia piel; era el tipo de sonrisa grosera que mantenía unido y alimentaba a todo el malsano mundo del fingimiento, la censura y la crueldad. Pero luego, fijándose más, se dio cuenta de que era una sonrisa de lo más amable y simpática, la sonrisa de un hombre que reconoce que otro le ha comprendido. Coverly pidió dos días del permiso anual para ir a ver a Moses.

Salió del laboratorio a mediodía, hizo la maleta y cogió el autobús para ir a la estación. Había algunas mujeres esperando en el andén, pero Coverly apartó la vista de ellas. Ya no tenía derecho a admirarlas. Era indigno de su encanto. Una vez en el tren cerró los ojos para no ver cualquier cosa que pudiera resultar grata, porque una mujer bella le hubiera hecho sentirse asqueado de su propia indignidad y un hombre bien parecido le hubiera recordado la sordidez de la vida que estaba a punto de comenzar. En aquel momento solo hubiese podido viajar tranquilamente en la espectral compañía

de duendes y arpías, por algún extraño lugar donde los riesgos de la gracia y la belleza estuvieran prohibidos.

En Brushwick un hombre de cabello gris, que llevaba una de esas bolsas de sarga verde para libros que solían verse en Cambridge, ocupó el asiento junto al suyo. La gastada tela verde le recordó a Coverly los inviernos de Nueva Inglaterra, un estilo de vida sencillo y tradicional; volver a la granja para Navidad y la oscuridad de la próxima nevada acumulándose sobre el lago donde patinaban y el ladrido de los perros en la lejanía. Con la bolsa de libros entre ellos, el desconocido y Coverly empezaron a charlar. Su compañero era un erudito. La literatura japonesa era su campo. Le interesaban *La sagas de los samuráis* y le enseñó a Coverly la traducción de una de ellas. Trataba de un samurái homosexual y, cuando Coverly comprendió esto, su compañero de viaje sacó unos grabados del samurái en acción. Entonces Coverly sintió las válvulas de su corazón corroídas y escuchó a sus órganos, como se hace para oír el ruido de una puerta, por si percibía en ellos alguna excitación culpable. Luego, ruborizándose como Honora —ruborizándose como cualquier solterona que nota que todo el altísimo y frágil edificio de su castidad se tambalea—, Coverly cogió su maleta y huyó a otro vagón. Como sentía náuseas, fue al lavabo, donde alguien había escrito en la pared, con lápiz, una proposición homosexual para que la leyese cualquiera que entrase por allí silbando. ¿Cómo podría renovar su sentido de la realidad moral? ¿Cómo podría poner otras palabras en la boca de Pancras, o fingir que los grabados que le habían enseñado mostraban a una geisha cruzando un puente bajo la nieve? Miró fijamente por la ventanilla el paisaje, buscando en él, con toda su alma, algún retazo de verdad creativa y utilizable, pero lo que veía eran las oscuras planicies de la experiencia sexual americana, por las cuales aún vaga el bisonte. Ojalá en lugar de ir al instituto MacIlhenney hubiera ido a alguna escuela de amor.

Vio la fachada y la entrada de esa escuela y se imaginó el programa de estudios. Habría clases sobre el mortal error de confundir la adoración con la ternura; habría simposios sobre los impulsos eróticos indiscriminados y sobre la compleja y demoníaca naturaleza del hombre, y habría descripciones del poder de la ansiedad para iluminar el mundo con morbosos y atractivos colores. Representaciones de Venus desfilarían ante ellos y recibirían una puntuación de acuerdo con sus reacciones. Esos lamentables hombres que cuentan con que las mujeres les confirmen su naturaleza sexual confesarían sus pecados y miserias, y los libertinos que hubieran abusado de las mujeres también testificarían. Las noches que había pasado tumbado en la cama, escuchando los trenes y las lluvias y notando bajo la cadera las migas de pan y las manchas frías del amor —esas noches en que su alegría había sobrepasado su comprensión— le serían explicadas con detalle y le enseñarían a darle una interpretación práctica y exacta a la figura de una mujer hermosa que trae flores a casa al anochecer antes de la helada. Aprendería a valorar sensatamente todas esas figuras tiernas y hermosas: mujeres cosiendo, con un montón de tela azul en el regazo, mujeres cantándoles a sus niños al atardecer las baladas de esa causa perdida. Las mujeres saliendo del mar o sentadas en una roca de los cuadros de Charles Stuart. Habría cursos especiales para Coverly sobre el matriarcado y su sutil influencia —en esos tendría que hacer trabajo de recuperación— y cursos respecto a los peligros de la gurrumina que, disfrazándose de amor, expresa escepticismo y amargura. Habría conferencias científicas sobre la homosexualidad y su fluctuante lugar en la sociedad y sobre la veracidad o falsedad de su relación con la voluntad de morir. La imprecisa frontera donde los amantes dejan de nutrirse y empiezan a devorarse; el delicado punto en el que la ternura corroe la autoestima y el espíritu empieza a hacer ampollas como la herrumbre, ambos serían puestos en el microscopio y amplificados

hasta que fueran tan grandes y reconocibles como una viga de acero. Habría gráficas del amor y de la melancolía y las miradas de reproche que tendríamos derecho a echar los libidinosos incorregibles estarían medidas al milímetro. Coverly sabía que para él sería un curso difícil y que estaría a prueba la mayor parte del tiempo, pero obtendría la licenciatura. Un piano vertical tocaría «Pompa y circunstancia» y él cruzaría la tarima y recibiría el diploma y luego bajaría las escaleras y saldría de allí en plena posesión de su capacidad de amar y consideraría la tierra con candor y placer, un mundo sin fin.

Pero no existía tal escuela y, cuando llegó a Nueva York esa noche, ya tarde, estaba lloviendo y las calles cercanas a la estación parecían exhalar un ambiente de conducta licenciosa. Alquiló una habitación en un hotel y, buscando la verdad, decidió que él era un homosexual virgen en un hotel barato. Él nunca se daría cuenta de su parecido con la prima Honora, pero, mientras hacía crujir sus nudillos y estiraba el cuello, la línea de su pensamiento era igual a la de la anciana. Si era un homosexual lo sería abiertamente. Llevaría pulseras y se prendería una rosa en el ojal. Sería un organizador de homosexuales, su portavoz y su profeta. Obligaría a la sociedad, al gobierno y a la ley a admitir su existencia. Tendrían clubes, no lugares de encuentro clandestinos, sino organizaciones legales como la Unión Anglófona. Lo que más le preocupaba era su incapacidad para descargar su responsabilidad sobre sus padres, y se sentó y le escribió una carta a Leander.

Un tren llevó a Coverly a Clear Haven a la mañana siguiente y cuando vio a su hermano pensó cuán sólida era su amistad. Se abrazaron, se aporrearon las espaldas, se metieron en el viejo Rolls y un segundo después Coverly había descendido de las cotas de la angustia a un nivel en que la vida parecía sana y sencilla y solo le recordaba cosas buenas. ¿Podría estar mal, se preguntó, que hubiera regresado, en espíritu, a la casa de su padre? ¿Podría

estar mal que se sintiera como si estuviese de vuelta en la granja, haciendo una simple excursión a Travertine para navegar en el *Tern*? Pasaron las puertas y cruzaron el parque mientras Moses le explicaba que solo viviría en Clear Haven hasta el otoño, que este había sido el hogar de Melissa. Coverly quedó impresionado por las torres y almenas, pero no sorprendido, ya que formaba parte de su visión del mundo que Moses tuviera siempre más suerte que él. Melissa estaba todavía en la cama pero bajaría pronto. Tomarían algo en la piscina.

—Esta es la biblioteca —dijo Moses—. Este es el salón de baile, este el comedor oficial, esto es lo que llaman la rotonda.

Entonces Melissa bajó las escaleras. Coverly se quedó sin aliento al verla; su piel dorada, su cabello rubio oscuro.

—Me alegro mucho de conocerte —dijo ella.

Y aunque su voz era bastante agradable, no se podía comparar con el impacto de su presencia. A Coverly le pareció una belleza triunfante —un ejército con estandartes— y no pudo apartar sus ojos de ella hasta que Moses le empujó hacia un cuarto de baño, donde se pusieron los bañadores.

—Creo que será mejor que nos pongamos sombreros —dijo Melissa—. El sol es muy fuerte.

Moses abrió un armario de abrigos, le dio un sombrero a Melissa y, revolviendo en busca de uno para sí mismo, encontró un sombrero tirolés verde con una pluma.

—¿Este es de D'Alba? —preguntó.

—Ni hablar —dijo Melissa—. Los maricas *nunca* llevan sombrero.

Era lo que Coverly necesitaba. Se metió en el armario y agarró el primer sombrero que vio, un viejo Panamá que debía de haber pertenecido al difunto señor Scaddon. Le estaba demasiado grande y le caía sobre las orejas, pero teniendo al menos este símbolo de su virilidad intacto, siguió a Moses y a

Melissa hacia la piscina.

Melissa no se bañó ese día. Se sentó en el bordillo de mármol, extendió el mantel para el almuerzo y preparó las bebidas. Todo lo que hizo o dijo encantó y entusiasmó al pobre Coverly y le indujo a hacer tonterías. Buceó. Hizo cuatro veces el largo de la piscina. Intentó tirarse de espaldas y falló, salpicando de agua a Melissa. Bebieron cuatro martinis y hablaron de la granja, y Coverly, que no estaba acostumbrado a beber, se puso achispado. Empezó a hablar del desfile del Cuatro de Julio, se desvió por un recuerdo de la tía Adelaida y acabó describiendo los lanzamientos de cohetes de los sábados por la tarde. No mencionó la marcha de Betsey y, cuando Moses le preguntó por ella, habló como si continuaran viviendo juntos y felices. Cuando terminaron el almuerzo, hizo otro largo y luego se tumbó a la sombra de un boj y se durmió.

Estaba cansado y, cuando se despertó, al ver el agua manando de las cabezas verdes de los leones, y las torres y almenas de Clear Haven al final de la explanada de césped, por un momento no supo dónde estaba. Se salpicó agua en la cara. El mantel seguía extendido sobre el bordillo de mármol. Nadie había retirado las copas de cóctel ni los huesos de pollo. Moses y Melissa habían desaparecido y la sombra de un abeto del Canadá caía sobre la piscina. Entonces los vio por un sendero del jardín, viniendo del invernadero, donde habían pasado un rato agradable, y había tanta suavidad y dulzura entre ellos que a él le pareció que se le partía el corazón; porque la belleza de Melissa solo podía despertar en él tristeza, únicamente sentimientos de separación y abandono, y al pensar en Pancras le pareció que este le había ofrecido mucho más que amistad; le había ofrecido un sutil medio de deformar y rebajar el encanto de una mujer. ¡Oh, era preciosa, y él la había traicionado! Él había enviado espías a su reino en noches de lluvia y había respaldado al usurpador.

—Perdona que te hayamos dejado solo, Coverly —dijo ella—, pero estabas dormido, estabas roncando...

Era tarde, era hora de que Coverly se vistiera y cogiera el tren.

Cualquier estación de ferrocarril en un domingo por la tarde parece encontrarse próxima al corazón del tiempo. Incluso en pleno verano, las sombras parecen otoñales y la gente allí reunida —el soldado, el marinero, la vieja señora con unas flores envueltas en un papel— parecen tan arbitrariamente elegidas entre la comunidad, como aquellos a quienes visita la enfermedad o la muerte, que nos acordamos de esas solemnes obras de teatro en las que hacia el final del primer acto se descubre que todo los personajes están muertos.

—Haz tu paso de claqué, Coverly —pidió Moses—. Haznos tu solo de claqué.

—Estoy desentrenado, hermano —repuso Coverly—. Ya no puedo hacerlo.

—Oh, inténtalo, Coverly —dijo Moses—. Inténtalo...

Clac, clac, clac, hizo Coverly arriba y abajo del andén, acabando con un torpe paso atrás, un reverencia y un rubor.

—Somos una familia muy dotada —le dijo a Melissa.

Entonces llegó el tren y los sentimientos de los tres, como los pedazos de papel tirados en el andén, se revolvieron en una confusa turbulencia. Coverly los abrazó a ambos —parecía estar llorando— y subió al tren.

Cuando volvió a la casa vacía de Remsen Park se encontró una respuesta de Leander a la carta que le había escrito desde Nueva York. «Anímate», le escribía Leander.

El autor tampoco es inocente y nunca presumió de serlo. Hice de hombre con muchos colegas

que hacían de novia. Lujurias de leñera. Domingos lluviosos. Theophilus Gates trataba de provocar pedos con cabos de vela. Luego fue presidente del Banco y Cía. Fideicomiso de Pocamasset. Tuve desdichada experiencia en mi juventud. Desagradable recuerdo. Sucedió después de la desaparición de padre. Me hice amigo de un desconocido en el gimnasio. De nombre Parminter. Parecía buen compañero. Ingenioso. Buen físico. El autor en su época más solitaria. Padre se había ido. Hamlet también. Llevé a Parminter a cenar en casa varias veces. Vieja madre encantada de sus elegantes modales. Ropa fina. Me alegro de que seas amigo de un caballero, dice ella. Parminter le traía ramos de flores. También cantaba. Buena voz de tenor. Me regaló unos gemelos de oro por mi cumpleaños. Con una inscripción sentimental. Halagado. Yo.

La vanidad era mi perdición. Muy orgulloso de mi físico. Con frecuencia me contemplaba en el espejo, casi desnudo. Posaba de gladiador moribundo. De discóbolo. De Mercurio en vuelo. Culpable de narcisismo, quizá. Puede que lo siguiente fuera el castigo. Parminter aseguró ser un artista aficionado. Ofreció pagar al autor buen dinero por posar. Me pareció una perspectiva agradable. Contento de que apreciaran mi bien formada figura. Fui la noche concertada al supuesto estudio. Subí una estrecha escalera hasta un cuarto maloliente. No muy grande. Parminter estaba con unos amigos. Me pidieron que me desnudara. Obedecí alegremente. Fui muy admirado. Parminter y amigos empezaron a desnudarse. Al parecer eran homosexuales.

El autor agarró sus pantalones y huyó. Noche lluviosa. Rabia. Perturbación. Mi pobre escroto parecía asiento de encontradas sensaciones. Subía y bajaba. Era como si lo hubieran pasado por una máquina de escurrir la ropa. Estas sensaciones dieron lugar a la pregunta: ¿Era el autor homosexual? Las cuestiones sexuales eran un hueso duro de roer en el oscurantismo del siglo XIX. Me preguntaba: ¿Era homosexual? En la ducha, después de un partido de pelota. Nadando en cueros con los compañeros de Stone Hills. En los vestuarios. Me preguntaba: ¿Era homosexual?

No deseaba ver a Parminter después de aquello. No era fácil quitárselo de encima. Apareció en casa a la noche siguiente. Sin regenerarse. Sin avergonzarse. Ramo de flores para madre. Miradas encendidas para mí. Imposible explicar la situación. Sería como decirle a madre que la luna era un queso. No es que fuera ignorante respecto a estas cosas, puesto que Saint Botolphs había producido varios ejemplares, pero nunca se le había ocurrido que mi distinguido amigo perteneciera a esa categoría. El autor no quería enfrentarse a la situación de una manera mezquina. Acepté cenar con Parminter en el hotel Young. Confiaba en mantener un tono de inmaculada racionalidad. Una tranquila despedida en la encrucijada. Tú te vas por tu camino y yo por el mío.

Parminter estaba de un humor cambiante. Ojos de sabueso. Bebió mucho whisky. Comió poco. El autor hizo su discurso de despedida. Esperaba continuar la amistad, etcétera. El resultado final fue como pinchar a una culebra con un palo. Recriminaciones. Amenazas. Lisonjas. Etcétera. Me pidió que le devolviera los gemelos de oro. Me acusó de coquetería. Y de ser un conocido homosexual. Pagué mi parte de la cuenta y me fui. Me acosté. Más tarde oí que me llamaban. Piedrecitas en la ventana. Parminter me llamaba desde el patio trasero. Entonces pensé en la bacinilla. Pecado de orgullo, quizá. Me aguarda el fuego del infierno. Cada cosa a su tiempo. Abrí la puerta del lavabo. Quité la tapa del orinal. Abundante suministro de munición. Lo llevé a la

ventana y vacié los dos cañones sobre la figura del patio. Se acabó.

El hombre no es un ser sencillo. La espectral compañía del amor está siempre con nosotros. Con quienes enseñan el culo en la ventana. Con quienes se masturban en las duchas de los clubes juveniles. Caballeros andantes, poetas, ingenios en este naufragio del amor. Pañeros. Pequeños comerciantes. Dóciles. Aseados. Discretos. Cortos de entendederas. Insulsos. Anhelan al estudiante que corta la hierba. Se mueren por los abrazos del talador. En la vida hay problemas peores. Barcos que se hundan. Casas fulminadas por el rayo. La muerte de niños inocentes. Guerras. Hambrunas. Caballos desbocados. Anímate, hijo mío. Crees tener problemas. Pártete el cráneo antes de llorar. En el amor no todo es alegre y retozón. Recuérdalo.

Sería, pensó Moses, un verano sentimental, porque desde su habitación oían las fuentes y ella convertía su cama en una especie de Venecia y ¿a quién le importaban las sopas aguadas y las natillas que solían darles de cena? Melissa estaba cariñosa y satisfecha y ¿cómo podría Justina intervenir en nada de esto? Unos días después de la boda, la señora Enderby hizo entrar a Moses en su despacho y le dijo que se le cobrarían trescientos dólares al mes por pensión completa. Él sintió entonces la sospecha de que estar enamorado de una mujer que no puede moverse de un sitio concreto podía crear algunos problemas, pero esto fue solo una sospecha y aceptó cortésmente pagar la factura. Unas noches después, al volver de la escuela Bond, se encontró a su mujer llorando por primera vez desde que la conocía. El regalo de boda de Justina había llegado. Giacomo había retirado la espaciosa y blanca cama de matrimonio y había colocado dos camas gemelas, estrechas y duras como la pizarra. Melissa estaba de pie junto a la puerta del balcón, llorando por este motivo, y Moses pensó entonces que quizá se le había escapado la profundidad de la relación existente entre su mujer de piel dorada y aquella truculenta y bien conservada vieja que era su guardiana. Secó las lágrimas de Melissa y a la hora de la cena le dio las gracias a Justina por las camas. Después de cenar, él y Giacomo se llevaron las camas gemelas al cuarto trastero de donde habían salido y volvieron a poner la cama grande. Viendo desnudarse a Melissa esa noche (a su espalda veía, a la luz de la luna, el césped, los jardines y la piscina), y resistiéndose a la idea de que este baluarte

fuera real para ella, que creyera que las espinas de las rosas que rodeaban los muros pinchaban, le preguntó si podían marcharse antes del otoño, y ella le recordó que había prometido no hablar de eso.

Una mañana, poco después, al abrir su armario, Moses descubrió que todos sus trajes habían desaparecido, salvo el traje de rayitas azules y blancas que llevaba el día anterior.

—Oh, ya sé lo que ha pasado, cielo —dijo Melissa—. Justina ha cogido tu ropa y se la ha dado a la iglesia para el rastrillo —Se levantó de la cama, desnuda, y se acercó a su propio armario—. Eso es lo que ha hecho. Se ha llevado mi vestido amarillo y el gris y el azul. Iré a la iglesia y los recuperaré.

—¿Quieres decir que se ha llevado mi ropa a un rastrillo sin preguntarme nada?

—Sí, cariño. Nunca ha entendido que no todo lo que hay en Clear Haven le pertenece.

—¿Cuánto tiempo hace que sucede esto?

—Años.

Melissa pudo recuperar la ropa de los dos por unos cuantos dólares y, olvidado el incidente, Moses pudo iniciar su vida sentimental. Había olvidado hacía tiempo la manía que le tomó a Clear Haven cuando se cayó en el tejado, y empezaba a parecerle un lugar excelente para pasar los primeros meses de su matrimonio, ya que hasta los bancos del jardín estaban sostenidos por figuras de mujeres con enormes senos de mármol y en el vestíbulo su mirada tropezaba continuamente con hombres y mujeres, desnudos y hermosos, en la búsqueda o en el resplandor del amor. Los había en las sillas *petit point*, se inclinaban el uno hacia el otro desde lo alto de los inmensos morillos, sostenían los candelabros de la mesa y la copa de cristal que usaba Justina para tomarse las píldoras. Moses transformaba hasta los lirios del jardín en su imagen del amor, y cuando Melissa los cogía y los llevaba en los brazos

como si fueran leña, soltando su perfume verdaderamente fúnebre por todos lados, él daba brincos de alegría. Noche tras noche tomaban un poco de whisky en su habitación, un poco de jerez en el salón, soportaban la espantosa cena y luego se iban juntos a la piscina. Una tarde, después de cenar, se estaban disculpando cuando Justina dijo:

—Vamos a jugar al bridge.

—Nosotros vamos a nadar —dijo Moses.

—Las luces de la piscina se han estropeado —dijo Justina—. No podéis nadar en la oscuridad. Haré que Giacomo las arregle mañana. Esta noche jugaremos al bridge.

Jugaron al bridge hasta pasadas las once y, con la compañía del viejo general, del conde y de la señora Enderby, resultó una noche pesada. A la noche siguiente, cuando Moses y Melissa se disculparon, Justina tenía preparada la respuesta.

—Las luces de la piscina no están arregladas aún —dijo— y a mí me apetece jugar al bridge.

Jugando al bridge esa noche y la siguiente, Moses estaba inquieto y le parecía significativo que él fuera el único que salía de Clear Haven, que desde el día de su boda no hubiera visto una cara nueva en la casa y que, por lo que él sabía, ni siquiera Giacomo salía nunca de la finca. Se quejó a Melissa y ella dijo que invitaría a algunos amigos a tomar una copa el sábado y, al día siguiente, durante la cena, le pidió permiso a Justina.

—Claro, claro —dijo Justina—, es natural que os apetezca recibir gente joven, pero no puedo permitir que invitéis a nadie hasta que mande limpiar las alfombras. Pediré presupuestos y dentro de una semana o dos estarán limpias y podréis dar una fiestecita.

El sábado por la mañana Justina anunció, por medio de la señora Enderby, que se sentía cansada y pasaría el fin de semana en su habitación. Melissa,

animada por Moses, telefoneó a tres parejas que vivían cerca y las invitó a tomar una copa el domingo. El domingo por la tarde, Moses encendió la chimenea del salón y sacó las botellas de su escondite. Melissa preparó algo de comer y luego se sentaron en el único sofá cómodo de la habitación a esperar a sus invitados.

Era una tarde lluviosa y la lluvia interpretaba una agradable melodía en los complicados tejados del viejo monumento. Melissa encendió una lámpara cuando oyó llegar un coche y cruzó el vestíbulo y la rotonda. Moses oyó su voz a lo lejos, saludando a los Trenholme, y atizó el fuego. Se puso de pie cuando una pareja, que por su juventud y sus correctos modales parecían inocuos, entró en la habitación. Melissa ofreció unas galletitas saladas y, cuando llegaron los Howe y los Van Bibber, la anodina música de sus voces se mezcló gratamente con los sonidos de la lluvia. Entonces Moses oyó en el umbral las roncadas y fuertes notas de la voz de Justina.

—¿Qué significa esto, Melissa?

—Oh, Justina —respondió esta cortésmente—. Creo que conoces a todas estas personas.

—Puede que las conozca —dijo Justina—, pero ¿qué hacen aquí?

—Les he invitado a tomar un cóctel —dijo Melissa,

—Pues es de lo más inconveniente. Precisamente hoy. Le he dicho a Giacomo que quitara las alfombras y las limpiara.

—Podemos irnos al jardín de invierno —dijo Melissa tímidamente.

—¿Cuántas veces he de decirte, Melissa, que no quiero que lleves invitados al jardín de invierno?

—Llamaré a Giacomo —le dijo Moses a Justina—. Deja que te sirva un whisky.

Moses le dio un whisky a Justina y ella se sentó en el sofá y examinó a los atónitos presentes con una encantadora sonrisa.

—Si te empeñas en invitar gente aquí, Melissa —dijo—, deberías pedirme consejo. Si no tenemos cuidado, se nos va a llenar la casa de rateros y vagabundos.

Los invitados se retiraron hacia la puerta y Melissa los acompañó. Cuando volvió al salón se sentó en una silla, no al lado de Moses, sino enfrente de su guardiana. Él nunca había visto su rostro tan sombrío.

La lluvia había parado. Cerca del horizonte las densas nubes se habían partido como si las hubiesen alanceado y una luminosidad líquida manaba del corte, bañaba el jardín y entraba por las puertas de cristal, iluminando el salón y el rostro de la anciana. El resplandor de los cientos de ventanas se veía a kilómetros de allí. Monjas ursulinas, ornitólogos, motoristas y pescadores admirarían la ilusión de una casa bañada en llamas. Sintiendo la luz en la cara e intuyendo que la favorecía, Justina sonrió del modo más narcisista; una mirada patricia que producía la impresión de que el mundo entero estuviera cubierto de espejos.

—Solo hago esto por lo mucho que te quiero, Melissa —dijo, y movió los dedos, cargados de brillantes y esmeraldas, a la luz que se desvanecía.

Entonces la quietud de un remanso de truchas pareció apoderarse de la habitación. Justina tendía el señuelo de falsas promesas y Melissa observaba su sombra que caía sobre el agua hasta la arena, intentando encontrar algo de verdad en las traicioneras palabras de su guardiana. La cara de Justina brillaba por el colorete y sus cejas relucían por el tinte negro, y Moses pensó que en alguna parte debajo del maquillaje debía de estar la imagen de una vieja. Su cara estaría arrugada, sus ropas serían negras, su voz estaría cascada y ella haría mantas y jerséis para sus nietos, cortarías las rosas antes de que se helaran y hablaría principalmente de amigos y parientes que habían abandonado esta vida.

—Esta casa es un gran peso —dijo Justina— y no tengo a nadie que me

ayude a soportarlo. Me encantaría dártelo todo a ti, Melissa, pero sé que si tú fallecieras antes que Moses, él se la vendería al primero que llegase.

—Prometo no hacerlo —replicó Moses en tono alegre.

—Oh, ojalá pudiera estar segura —suspiró. Luego se levantó, aún resplandeciente, y se acercó a su pupila—. Pero que no quede ningún rencor entre nosotras, cariño mío, aunque te haya estropeado la fiestecita. Te advertí lo de las alfombras, pero nunca has tenido mucho sentido común. Siempre he podido hacer contigo lo que quería.

—No voy a tolerar esto, Justina —dijo Moses.

—No te metas en esto, Moses.

—Melissa es mi mujer.

—No eres su primer marido y no serás el último y ha tenido cientos de amantes.

—Eres mala persona, Justina.

—Soy mala persona, como tú dices, y soy grosera y ordinaria y descubrí, cuando me casé con el señor Scaddon, que podía ser todo eso y mucho más y que seguiría habiendo mucha gente dispuesta a lamerme los zapatos.

Entonces se volvió hacia él con su mejor sonrisa y él comprendió por primera vez que esta antigua maestra de baile había sido verdaderamente poderosa en sus tiempos de apogeo y que era como una vieja princesa del Rin, una exiliada de los abandonados ducados de la Quinta Avenida y de los polvorientos reinos de Riverside Drive. Luego Justina se inclinó, le dio un beso a Melissa y salió airoosamente de la habitación.

Melissa tenía los labios apretados, como si tratara de contener el llanto. Moses se acercó a ella ansiosamente, pensando que podría sacarla del ambiente de ruptura que la vieja había dejado tras de sí, pero, cuando le puso las manos en los hombros, ella se apartó de él.

—¿Quieres otra copa?

—Sí.

Él le puso un poco de whisky y hielo en el vaso.

—¿Subimos?

—Bueno.

Ella caminó por delante de él; no quería tenerle a su lado. El enfrentamiento había dañado su aplomo y suspiró mientras subía. Sostenía su vaso de whisky ante su cuerpo con las dos manos, como un cáliz. Emanaba fatiga y dolor. Tenía la encantadora costumbre de desnudarse donde él pudiera verla, pero esta noche se metió en el cuarto de baño y cerró de un portazo. Cuando salió llevaba puesto un vestido gris pardusco que Moses no le había visto nunca. Era informe y viejísimo; él lo notó porque tenía agujeros de polilla. Una hilera de botones de acero en forma de velero corría desde el cerrado cuello hasta el colgante borde, y la línea de la cintura y los senos desaparecía entre los pliegues de tela gris. Se sentó ante el tocador y se quitó los pendientes, las pulseras y el collar de perlas y empezó a estirarse el pelo con el cepillo.

Moses sabía que las mujeres pueden adquirir muchas formas; que, en las convulsiones del amor, son capaces de adquirir el aspecto de cualquier bestia o belleza de la tierra o del mar —fuego, cuevas, la dulzura del tiempo de la cosecha— y de proyectar en la mente, como la luz en el agua, su más brillante imaginación, y no le preocupaba que este don para la metamorfosis fuera utilizado en apoyo de toda clase de intrigas venales y mezquinas para engrandecerse. Moses había aprendido que era conveniente tener en cuenta las actitudes que con mayor frecuencia adoptaban las mujeres que amaba, de manera que cuando una mujer cariñosa parecía transformarse de repente, por algún motivo que solo ella conocía, en una solterona, él estuviera preparado para ello y no hubiese mucho peligro de que perdiera la esperanza que sustentaba su paciencia, porque, si bien las mujeres podían metamorfosearse

a voluntad, él había descubierto que no eran capaces de mantener estos papeles durante mucho tiempo y que, si él lograba soportar, pacientemente, un disfraz, una destemplanza o una falsa modestia, esta desaparecía pronto. Ahora observó los cambios que se habían producido en su mujer de piel dorada, intentando descubrir qué papel estaba representando.

Representaba la castidad, una castidad desdichada e implacable. Representaba a una solterona insatisfecha. Ella miró despectivamente al lugar donde él había dejado caer su ropa, apartando los ojos al mismo tiempo del punto donde él se erguía en cueros.

—Quisiera que aprendieses a recoger tus cosas, Moses —dijo con un sonsonete que él no reconocía.

Su voz tenía la forzada dulzura de una mujer solitaria y paciente, obligada, por haber venido a menos, a cuidar a un crío insoportable. Después de hacer todo lo que pudo por eliminar la suavidad y la ondulación de su pelo, se levantó y fue hacia la puerta a pasitos.

—Voy abajo.

—Espera un momento, cariño.

—Creo que si voy *abajo* ahora, quizá pueda ayudar. Después de todo, los pobres sirvientes tienen mucho que hacer.

Su sonrisa era pura hipocresía. Salió del cuarto. La determinación de Moses de ver más allá de este torpe disfraz le ponía en una situación rayana en la estupidez y, mientras se vestía, su rostro preocupado resplandecía de falsa alegría. Ella se habría cansado del papel antes de medianoche, pensó, así que su ansia tendría que esperar hasta entonces; pero allí estaba, una sensación de plenitud y de fuerza que parecía aumentar con la luz artificial. Cuando bajó al salón, se dio cuenta de que las botellas que tontamente había dejado allí se las había apropiado Justina y nunca volvería a verlas. Se tomó una copa de jerez malo y un cacahuete. Melissa estaba entre los limoneros,

arrancando las hojas muertas. Mientras lo hacía, parecía que suspiraba. Ahora era la pariente pobre, una figura borrosa que no podía desempeñar un papel importante en la vida, pero que se resignaba filosóficamente a las cosas pequeñas. Cuando terminó de limpiar los limoneros, cogió un cenicero de la mesa y lo vació, llamativamente, en la chimenea. Cuando dieron las campanadas, empujó la silla del general hacia la puerta, después de arrojarle cariñosamente las piernas con la manta, y en la mesa comió poco y habló del hospital de gatos y perros.

Jugaron al bridge hasta las diez y entonces Melissa bostezó afectadamente y dijo que tenía sueño. Moses también se disculpó y se sintió desalentado al ver con qué menudos pasitos ella le precedía por el vestíbulo. En las escaleras él le pasó un brazo por la cintura —tuvo que palpar para encontrarla entre los pliegues del vestido pardusco— y la besó en la mejilla. Ella no intentó zafarse de su brazo. Una vez en el dormitorio, cuando cerró la puerta, aislándose del resto de la casa, la observó para ver qué hacía. Ella se sentó en una silla y cogió una circular enviada por una tintorería del pueblo y se puso a leerla. Moses le quitó el papel de las manos con suavidad y la besó.

—Bueno, de acuerdo —dijo ella.

Él se desnudó, gozoso, pensando que dentro de un momento la tendría en sus brazos, pero ella se acercó a su tocador, sacó muchas horquillas de una cajita de oro, separó un mechón de pelo con los dedos, lo enroscó, se lo puso aplastado contra el cráneo y se lo sujetó con una horquilla. Él confió en que se hiciera solo unos cuantos rizos y miró el reloj, pensando que tardaría diez o quince minutos. Le gustaba que ella llevara el pelo suelto y hueco y la observó con una sensación de mal presagio mientras ella separaba un mechón tras otro, lo enroscaba y se lo sujetaba pegado a la cabeza. Esto no retrasó ni alteró su esperanza, ni disminuyó su necesidad y, tratando de distraerse, abrió una revista y miró algunos anuncios, pero con el reino del amor tan próximo

a ser suyo, las fotografías no tenían sentido. Cuando ya tenía todo el cabello de encima de la frente sujeto al cráneo, empezó con los lados y él comprendió que tenía ante sí una considerable espera. Se incorporó, bajó los pies al suelo y encendió un cigarrillo. La sensación de plenitud y fuerza en sus ingles estaba en su punto culminante, y ni duchas frías, ni largas caminatas bajo la lluvia, ni las tiras cómicas ni los vasos de leche le hubieran servido de nada. Ella había comenzado a recogerse el cabello de la nuca, cuando la sensación de plenitud se transformó sutilmente en una sensación de angustia que se extendía desde la entrepierna hasta el fondo de sus entrañas. Apagó el cigarrillo, se puso unos pantalones de pijama y salió al balcón. La oyó cerrar la puerta del cuarto de baño. Luego, con un suspiro de auténtico sufrimiento, la oyó empezar a llenar la bañera.

Melissa nunca tardaba menos de tres cuartos de hora en bañarse. Muchas veces Moses la esperaba alegremente, pero esa noche sus sentimientos eran dolorosos. Permaneció en el balcón, nombrando a las estrellas que conocía y fumando. Cuando tres cuartos de hora más tarde, la oyó quitar el tapón de la bañera, volvió a entrar en el cuarto y se tumbó en la cama, su deseo alcanzó nuevas cimas de pureza y felicidad. En el cuarto de baño se oían los ruidos de frascos contra el cristal y de abrir y cerrar cajones. Entonces ella abrió la puerta y salió, pero no desnuda, sino con un camisón cerrado y suelto y pasándose un trozo de seda dental por entre los dientes.

—Oh, Melissa —dijo él.

—Dudo de que me quieras —dijo ella, con la voz tenue y desapasionada de una solterona, que le recordó cosas tenues como el humo y el polvo—. A veces pienso que no me quieres en absoluto y, desde luego, te importa demasiado el sexo, oh, demasiado. El problema es que no tienes en qué pensar. Quiero decir que, en realidad, no te interesan los negocios. J. P. estaba tan cansado cuando llegaba a casa después de trabajar que apenas

podía cenar. La mayoría de los hombres están demasiado cansados para pensar en hacer el amor todas las mañanas, todas las tardes y todas las noches. Están cansados y preocupados y llevan vidas normales. A ti no te gusta tu trabajo y por eso piensas en la cama todo el tiempo. No creo que sea porque eres realmente depravado. Es solo porque estás ocioso.

Moses oyó el rechinar de la tiza. El dormitorio fue sustituido por el ambiente de un aula y las rosas empezaron a marchitarse. En el espejo vio el hermoso rostro de ella —apagado y cruel— hecho para expresar pasión y dulzura, y pensando en las capacidades que ella poseía, se preguntó por qué las había dejado a un lado. Que él tenía defectos —los altibajos de un carácter sentimental—, que a veces eructaba o se hurgaba los dientes con una cerilla, que no era ni brillante ni guapo, todo eso entraba en el cuadro... pero no lo entendía. No entendía, repasando sus palabras, qué derecho tenía ella a convertir el amor que mantenía abierta su mente, que hacía que hasta el gotear de un canalón tuviera un sonido musical, en un invento de la simple ociosidad.

—Pero yo te quiero —dijo él, esperanzado.

—Hay hombres que se traen trabajo a casa de la oficina —continuó ella—. La mayoría de los hombres lo hacen. La mayoría de los hombres que conozco. —Su voz parecía secarse mientras él la escuchaba, perder sus notas más profundas a medida que sus sentimientos se estrechaban—. Y la mayoría de los hombres de negocios tienen que viajar mucho. Pasan mucho tiempo lejos de sus mujeres. Tienen otros desahogos además del sexo. Al menos, la mayoría de los hombres sanos. Juegan al squash.

—Yo juego al squash.

—Nunca has jugado al squash desde que yo te conozco.

—Pues antes jugaba.

—Desde luego —dijo ella—, si es absolutamente necesario para ti hacerme

el amor, lo haremos, pero creo que deberías comprender que no es algo tan crucial.

—Con tanto hablar has conseguido ahorrarte un polvo —replicó él fríamente.

—Oh, qué odioso y egoísta eres —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Tu manera de pensar es grosera y mezquina. Lo único que quieres es hacerme daño.

—Lo que quería es hacerte el amor —repuso él—. Esa idea me ha alegrado durante todo el día. Cuando te lo pido tiernamente, te vas al tocador y te llenas la cabeza de horquillas. Yo me sentía cariñoso —añadió con tristeza—, ahora me siento furioso y violento.

—¿Y supongo que todos tus malos sentimientos están dirigidos hacia mí? —preguntó ella—. Ya te he dicho que no puedo ser todo lo que tú deseas. No puedo ser esposa, hija y madre, todo al mismo tiempo. Es demasiado pedir.

—Yo no deseo que seas mi madre ni mi hija —dijo él ásperamente—. Tengo madre y tendré hijos. No me faltarán. Deseo que seas mi mujer y tú te llenas la cabeza de horquillas.

—Creí que ya estábamos de acuerdo en que no puedo darte todo lo que deseas...

—No tengo ganas de charla —dijo él.

Se quitó el pijama, se vistió y salió. Bajó por el camino del jardín y tomó la carretera que llevaba al pueblo de Scaddonville. Eran seis kilómetros y, cuando llegó allí y se encontró las calles a oscuras, se metió por una senda que atravesaba el bosque, donde la suavidad de la noche de verano pareció, al fin, calmar su enojo. Los perros de las casas lejanas le oyeron y siguieron ladrando mucho después de que él hubiera pasado. Los árboles se movían un poco impulsados por el viento y las estrellas eran tan numerosas y claras que las líneas arbitrarias que forman la Pléyade y Casiopea en su trono casi

parecían visibles. Parecía haber algo indestructiblemente saludable en una senda oscura y en una noche estival, en ese lugar y esa estación era imposible albergar malos sentimientos. En la distancia vio las oscuras torres de Clear Haven y regresó por el camino del jardín y se fue a la cama. Melissa dormía cuando él salió por la mañana.

Melissa no estaba en su habitación cuando él volvió a casa por la tarde y, mirando a su alrededor con la esperanza de encontrar algún signo de un cambio en su humor, vio que habían hecho una limpieza a fondo en el dormitorio. Esto en sí mismo podría haber sido una buena señal, pero vio que ella había retirado de su tocador los frascos de perfume y había tirado todas las flores. Se lavó, se puso una chaqueta ligera y bajó. D'Alba estaba en el salón, sentado en el trono dorado, leyendo un tebeo del ratón Mickey y fumando un gran puro. Su gusto por los tebeos era auténtico, pero Moses sospechaba que el resto de la imagen era una pose, un guiño a la tradición de J. P. de príncipes del comercio semianalfabetos. D'Alba dijo que Melissa estaba en el lavadero. Esto fue una sorpresa. Desde que Moses la conocía, nunca se había acercado al lavadero. Cruzó el descuidado vestíbulo que separaba la zona de servicio del resto de la casa y bajó las sucias escaleras de madera que llevaban al sótano. Melissa estaba en el lavadero, metiendo sábanas en una lavadora. Su cabello dorado estaba oscurecido por el vapor. No le contestó cuando él le habló y, después de tocarla, dijo:

—Déjame en paz.

Dijo que no se había lavado la ropa de cama desde hacía meses. Que las criadas iban sacando sábanas de los armarios de ropa blanca y que ella se había encontrado los cestos de ropa sucia llenos de sábanas. Moses se abstuvo de sugerir que las mandara a la lavandería. Intuyó que la limpieza no era su objetivo. Había logrado desvirtuar su belleza. El vestido que llevaba debía de haberlo encontrado en el armario de las escobas, y sus brazos

dorados estaban rojos a causa del agua caliente. Tenía el pelo desgredado y la boca apretada en una expresión de extremo disgusto. Él la amaba apasionadamente y, al verla así, se deprimió.

Aparte de una oscura fotografía de su madre, sentada en una silla labrada, sosteniendo una docena de rosas cabeza abajo, él no conocía nada de su familia. Los padres, las tías, los tíos, hermanos y hermanas, que a veces pueden darnos una pista de un cambio de carácter, le eran desconocidos, y si en este momento ella estaba poseída por la sombra de una tía suya, era una a la que él no había visto nunca. Mientras la veía meter sábanas en la lavadora, deseó, por una vez, que ella no fuese huérfana. La energía que ella estaba desplegando parecía una penitencia y él decidió no decir nada. No se había enamorado de ella por su don para la aritmética, ni por su limpieza o su mente razonable, ni por ninguna otra virtud humana. Fue porque percibió en ella una extraordinaria hermosura o elegancia interiores que satisfacían sus necesidades.

—¿No tienes otra cosa que hacer que estarte ahí sentado? —dijo ella amargamente.

Él dijo sí, sí, y se fue arriba. Justina le saludó en el vestíbulo con gran cordialidad. Con los ojos muy abiertos y en un murmullo excitado le preguntó si Melissa estaba en el lavadero.

—Quizá deberíamos habértelo dicho antes de que te casaras, pero ya sabes que Melissa ha sido muy, muy... —la palabra que buscaba era demasiado brutal y prefirió una inflexión más suave—, nunca ha sido muy tratable. Ven, ven a tomar una copa. D'Alba tiene whisky, creo. Esta noche necesitamos algo más que jerez.

La imagen que evocaba era acogedora e íntima y, aunque Moses notó el agudo filo de su mala intención, no tenía nada mejor que hacer que dar un paseo por el jardín y mirar las rosas. Cruzó el vestíbulo al lado de ella.

D'Alba sacó una botella de whisky de debajo del trono y bebieron.

—¿Está pasando una crisis depresiva? —preguntó D'Alba.

Estaban a media sopa cuando apareció Melissa, con su vestido del armario de las escobas. Cuando se acercó a la mesa, Moses se puso de pie, pero ella no le miró y tampoco habló durante toda la cena. Después de cenar, Moses le preguntó si le apetecía dar un paseo, pero Melissa dijo que tenía que tender las sábanas.

Justina recibió a Moses en la puerta a la tarde siguiente, con cara larga y excitada, y le dijo que Melissa estaba enferma.

—Indispuesta sería, quizá, la palabra adecuada —dijo.

Invitó a Moses a tomar una copa con ella y con D'Alba, pero él dijo que subiría a ver a Melissa.

—No está en vuestro cuarto —dijo Justina—. Se ha trasladado a uno de los otros dormitorios. No sé a cuál. No quiere que la molesten.

Moses miró primero en el dormitorio de ellos para asegurarse de que no estaba allí y luego avanzó por el vestíbulo llamándola, pero no tuvo respuesta. Abrió la puerta de la habitación contigua a la suya y vio un dormitorio con una cama con dosel, pero en alguna ocasión una buena parte del techo se había venido abajo y de la cavidad colgaban trozos de escayola. Las cortinas estaban echadas y la humedad de la habitación era sepulcral; fantasmal, habría dicho si no sintiera tanto desprecio por los fantasmas. La siguiente puerta que abrió daba a un cuarto de baño que no se usaba —la bañera estaba llena de periódicos atados en montones— y que estaba siniestramente iluminado por una ventana de cristal coloreado. La puerta siguiente era un trastero donde había cabeceros de latón y mecedoras, repisas de chimenea en roble y máquinas de coser, *chiffonniers* de caoba de deplorable línea y otros muebles respetables y anticuados, apilados hasta el techo, desde antes de que Justina tuviera el primer vislumbre de Italia, según

supuso Moses. El cuarto olía a murciélagos. La puerta siguiente daba a una buhardilla donde había un depósito de agua tan grande como la piscina, y en la próxima que abrió había un arpa eólica conectada a ella y, aunque su música era asmática y tenue, se le puso la carne de gallina cuando empezó a sonar, como si hubiera oído el silbido de una culebra. Esta puerta conducía a las escaleras de la torre y subió hasta llegar a una habitación grande con vigas vistas y ventanas ojivales, totalmente vacía, y sobre la chimenea, en letras doradas, este lema: APARTA LOS OJOS DEL CUERPO Y MIRA A LA VERDAD Y LA LUZ. Bajó corriendo las escaleras de la torre y había abierto la puerta de un cuarto infantil —el de Melissa, supuso— y de otra habitación con el techo caído, antes de que la absurda musiquilla del arpa eólica se apagara. Entonces, con la nariz y los pulmones llenos de aire viciado, abrió una ventana y se asomó al anochecer estival en el que se oía los ruidos de la cena. Luego abrió la puerta de una habitación limpia y luminosa, donde estaba Melissa, quien, al verle, hundió la cara en las almohadas y, cuando él la tocó, gritó:

—Déjame en paz, déjame en paz.

La indisposición, como su castidad, parecía ser una impostura y él se repitió que debía tener paciencia, pero sentado junto a la ventana, contemplando cómo caía la noche en el jardín, se sintió desesperado por tener una esposa que había prometido tanto y que ahora se negaba a hablar con él del tiempo, de los asuntos bancarios o de la hora del día. Esperó allí hasta que oscureció y luego bajó las escaleras. Se había quedado sin cenar, pero aún había luz en la cocina, y una irlandesa gorda y vieja que estaba fregando el escurrerplatos le preparó algo de cena y se la sirvió en una mesa junto al fogón.

—Supongo que tiene usted problemas con su enamorada —le dijo cordialmente—. Pues yo estuve casada con el pobre señor Reilly catorce años y me lo sé todo sobre los altibajos del amor. Era un hombre pequeñajo, el

señor Reilly, y cuando vivíamos en Toledo, Ohio, todo el mundo decía que era canijo. Nunca pesó más de cincuenta kilos y míreme a mí. —Se sentó en una silla enfrente de Moses—. Claro que yo no estaba tan gorda en aquellos tiempos, pero hacia el final yo abultaba tres veces lo que él. Era uno de esos hombres que siempre parecía un chiquillo. Su forma de moverse y todo. Incluso ahora, a veces, mirando por la ventanilla de un tren en una ciudad desconocida, veo a un hombre bajito y me recuerda al señor Reilly. Era hijo de vieja. Su madre tenía más de cincuenta años cuando él nació. Fíjese, después de casados, a veces entrábamos en un bar a tomar una cerveza y no le querían servir, pensando que era un chiquillo. Claro, cuando se hizo viejo, la cara se le arrugó y hacia el final parecía un niño arrugado, pero era muy cariñoso.

»Nunca tenía bastante —continuó—. Siempre que me acuerdo de él, así es como lo recuerdo, con esa cara triste que se le ponía que quería decir que estaba cariñoso. Siempre quería su ración y era encantador, me decía unas cosas preciosas mientras me acariciaba y me desabrochaba. Le gustaba una ración por la mañana. Luego se peinaba el pelo hacia el lado izquierdo, se abrochaba los pantalones y se iba a trabajar en la fundición, tan alegre y tan gallito. En Toledo venía a comer a casa a mediodía y quería otra ración entonces y no podía dormirse sin una nueva ración. No podía dormir. Y si le despertaba en mitad de la noche para decirle que me parecía haber oído ladrones, no me hacía caso y otra vez a lo mismo. La noche en que se quemó la casa de Mabel Ransome y yo me quedé levantada hasta las dos viendo el fuego, no escuchó lo que le conté. Cuando le despertaba por la noche una tormenta o el viento del norte en el invierno, siempre se despertaba cariñoso.

»Pero yo no siempre me sentía cariñosa —siguió en tono triste—. El ardor de estómago o los gases me molestaban, y entonces había de tener mucho cuidado con él. Tenía que elegir mis palabras. Una vez le rechacé sin pensar.

Una vez, cuando empezó a tocarme, le contesté de malos modos. Olvídate un poco de eso, Charlie, le dije. Helen Sturmer dice que su marido solo lo hace una vez al mes. ¿Por qué no intentas ser como él? Bueno, pues fue como el fin del mundo. Tenía que haber visto usted cómo se le oscureció la cara. Era terrible. Hasta la sangre de sus venas se oscureció. Nunca le vi tan enfadado en mi vida. Se fue de casa. Llega la hora de cenar y no ha vuelto. Me acosté esperando que llegara, pero, cuando me desperté, la cama estaba vacía. Cuatro noches esperé que volviera a casa, pero no apareció. Al fin, pongo un anuncio en el periódico. Eso era cuando vivíamos en Albany. «Por favor, vuelve a casa, Charlie.» Eso es todo lo que digo. Me costó dos dólares cincuenta. Bueno, pues puse el anuncio el viernes por la noche y el sábado por la mañana oigo su llave en la cerradura. Sube las escaleras, todo sonrisas, con un gran ramo de rosas en la mano y una sola idea en la cabeza. Bueno, son solo las diez de la mañana y tengo casi toda la casa por hacer. Los platos del desayuno están en el fregadero y la cama está sin hacer. Es muy difícil para una mujer ponerse cariñosa antes de tener hecho su trabajo, pero, aunque todas las mesas estaban cubiertas de polvo, yo sabía cuál era mi obligación.

»Algunas veces —dijo— se me hacía cuesta arriba. Me impedía cultivarme. Hay muchas cosas importantes que él me impidió ver, como después de la guerra cuando el desfile pasó justo debajo de nuestras ventanas con el mariscal Foch y todo. Yo estaba deseando ver el desfile y no llegué a verlo. Él estaba sobre mí cuando Lindbergh voló sobre el Atlántico y cuando ese rey inglés, como se llame, dejó la corona por amor e hizo un discurso por la radio, no pude oír ni palabra. Pero cuando me acuerdo de él ahora, así es como le recuerdo, con esa cara tan triste que quería decir que estaba cariñoso. Nunca tenía bastante, y ahora, Dios le bendiga al pobrecito, está en una fría tumba.

Melissa no bajó hasta el sábado y, al preguntarle si quería dar un paseo con

él después de cenar, Moses notó que ella titubeaba en la puerta de la terraza, como si temiera que la noche estival pudiera poner fin a su impostura. Luego fue con él, pero conservando una significativa distancia entre ambos. Él sugirió que fueran atravesando el jardín, confiando en que el olor de las rosas y el sonido de las fuentes prevalecería, pero ella continuó manteniendo la distancia protectora entre ellos, aunque, cuando llegaron al final del jardín, tomó un sendero entre pinos que él no había visto antes y que terminaba en una parcela que resultó ser un cementerio de animales. Había una docena de lápidas, medio tapadas por la maleza, y Moses siguió a Melissa y leyó las inscripciones:

Aquí yacen los huesos y plumas de un pajarito,
murió un frío atardecer de diciembre.
Nunca se oyó su dulce canción
porque el pájaro era muy pequeñito.

Aquí yacen los huesos de Sylvia Coneja.
Melissa Scaddon se sentó encima de ella
y murió de contusiones.

Aquí yacen los huesos de Teseo, el galgo.

Aquí yacen los huesos de Prince, el collie.
Todos le echaremos de menos.

Aquí yacen los huesos de Aníbal.

Aquí yacen los huesos de Napoleón.

Aquí yacen los huesos de Lorna, la gata de la cocina.

La parcela transmitía el poder de una familia, pensó Moses, y el placer que les proporcionaban sus propias tonterías; y apartando la vista de las lápidas

para mirar a Melissa, vio esperanzado que su expresión parecía suavizada gracias al absurdo cementerio, pero decidió darse más tiempo y la siguió fuera de la parcela y por un sendero que llevaba a los graneros e invernaderos, donde ambos se detuvieron para escuchar el canto, fuerte y musical, de un ave nocturna. Sonaba a lo lejos, en la temprana oscuridad, con el brillo de un cuchillo, y Melissa estaba cautivada.

—¿Sabes que J. P. quería tener ruiseñores? —dijo ella—. Importó cientos y cientos de ruiseñores de Inglaterra. Tenía un cuidador y una casa para ruiseñores. Cuando volvíamos de Inglaterra en el barco, la primera cosa que hacíamos después de desayunar era bajar a la bodega y alimentar a los ruiseñores con gusanos. Se murieron todos...

Entonces, al mirar al tejado del granero, donde parecía estar posada el ave nocturna, Moses vio que no se trataba de un pájaro; era la quejumbrosa canción de un ventilador herrumbroso que giraba en el viento de la noche. Pensando que este descubrimiento podría cambiar el estado de ánimo sentimental que la media luz, el cementerio y la canción prometían, la llevó apresuradamente al viejo invernadero, y allí hizo una cama en el suelo con su propia ropa. Esa noche, mucho más tarde, cuando habían vuelto a la casa, y Moses, con los huesos ligeros y limpios por el amor, estaba esperando el sueño, tenía muchos motivos para preguntarse si ella no se había transformado en alguna otra cosa.

Esta sospecha se renovó a la noche siguiente cuando entró en su dormitorio y se la encontró sobre la cama, con una sola media puesta y leyendo una novela de amor que le había pedido prestada a una de las doncellas y, cuando la besó y se tumbó a su lado, notó que su aliento olía a caramelos, lo cual no resultaba desagradable. Pero al día siguiente, al atravesar el césped viniendo de la estación, Moses se acordó de aquellos malsanos detalles del pasado de Melissa que a Justina tanto le gustaba comentar. Estaba en la terraza con

Jacopo, uno de los jardineros jóvenes. Le estaba cortando el pelo. Incluso a esa distancia, la imagen inquietó y apenó a Moses, porque la avidez que él adoraba dejaba abiertas las posibilidades de la inconstancia, y él concibió un odio asesino por Jacopo. Licenciosa, guapa y risueña mientras le cortaba el pelo, a Moses le pareció una de esas figuras que permanecen fuera de los centros iluminados de nuestra conciencia y vencen a nuestro amor por la inocencia y nuestra confianza en la dulzura de la vida, pero Melissa echó a Jacopo cuando Moses se reunió con ellos y le demostró su afecto espléndidamente al saludarle y Moses no volvió a preocuparse por el jardinero ni por nada hasta que, unos días después, al cruzar el vestíbulo, oyó risas en su dormitorio y encontró a Melissa bebiendo whisky en el balcón con un desconocido. Era Ray Badger.

La dudosa oportunidad de visitar a una exmujer no era de su incumbencia, pensó Moses. Su rival, si es que Badger aún lo era, llevaba un traje impecable, tenía un defecto en un ojo y el pelo acharolado. Intentó ser simpático cuando Moses se reunió con ellos, pero los recuerdos que compartía con Melissa —había dado de comer a los ruiseñores— se referían al pasado en Clear Haven y dejaban a Moses al margen de la conversación. Melissa apenas había hablado de Badger y, si había sido desgraciada con él, esa tarde no se notaba. Estaba encantada con su compañía y sus recuerdos; encantada y apenada, porque cuando él les dejó le habló a Moses de su exmarido en tono sentimental.

—Es como un muchacho de dieciocho años —dijo—. Siempre ha hecho lo que los demás querían y ahora, a los treinta y cinco, acaba de darse cuenta de que nunca ha expresado su voluntad. Me da tanta pena...

Moses se reservó su opinión respecto a Badger y a la hora de la cena descubrió que Justina estaba de su parte. No le dirigió la palabra al invitado y parecía estar muy alterada. Anunció que iba a vender todos sus cuadros al

Museo Metropolitano de Nueva York. Al día siguiente vendría a comer un conservador para valorarlos.

—No puedo fiarme de que nadie conserve mis cosas —dijo—. No puedo fiarme de ninguno de vosotros.

Badger le ofreció un puro a Moses después de cenar y salieron juntos a la terraza.

—Supongo que te estarás preguntando por qué he vuelto —dijo Badger— y será mejor que me explique. Yo estoy en el negocio de la juguetería. No sé si lo sabías o no, y acabo de tener un golpe de suerte. He conseguido la patente de una hucha, es una reproducción en plástico de una antigua hucha de hierro, y Woolworth me ha hecho un pedido de sesenta mil. Tengo la confirmación del pedido en Nueva York. He invertido veinticinco mil dólares de mi bolsillo en este asunto, pero ahora mismo se me ha presentado la oportunidad de conseguir la patente de una pistola de juguete y vendería mis derechos de la hucha por quince mil. Estaba pensando a quién vendérselo y me acordé de Melissa y de ti, leí lo de vuestra boda en el periódico, y se me ocurrió venir aquí y daros la primera opción. Solo con el pedido de Woolworth doblaréis la inversión y podéis contar con otros sesenta mil de las ventas en papelerías. Si te vienes a tomar una copa en el Waldorf mañana a última hora de la tarde, te enseñaré el diseño, la patente y la correspondencia con Woolworth.

—No me interesaría —dijo Moses.

—¿Quieres decir que no *deseas* ganar dinero? —replicó Badger—. Oh, Melissa se va a llevar una desilusión.

—Tú no has hablado de esto con Melissa.

—Bueno, en realidad, no, pero sé que se llevará una desilusión.

—No tengo quince mil dólares.

—¿Quieres decir que no tienes quince mil dólares?

—Eso es —respondió Moses.

—Ah —dijo Badger—. ¿Qué me dices del general? ¿Sabes si tiene dinero?

—No lo sé —contestó Moses.

Entró detrás de Badger en el salón y le vio darle un puro al anciano y llevarle a la terraza en su silla de ruedas. Cuando Moses le contó esta conversación a Melissa, ella no cambió su actitud sentimental hacia Badger.

—No está en el negocio de juguetes —dijo—. Nunca ha estado realmente en ningún negocio. Simplemente trata de ir tirando y me da mucha pena.

El hecho de que Justina se separara de sus tesoros artísticos porque no conocía a nadie digno de confianza hizo que el día siguiente fuese elegíaco y emocionante a un tiempo.

El señor Dewitt, el conservador, tenía que llegar a la una y dio la casualidad de que fue Moses quien le abrió y le hizo pasar a la rotonda. Era un hombre esbelto y llevaba un sombrero de fieltro marrón, tantas tallas menor de lo que le correspondía que le hacía parecerse a Boob McNutt. Moses pensó que a lo mejor lo había cogido por equivocación al marcharse de una fiesta. Tenía un rostro delgado con profundas arrugas; ladeaba un poco la cabeza como si sus ojerosos ojos fueran miopes, y la longitud y la forma triangular de su nariz eran algo extraordinario. Este órgano delgado y anguloso resultaba elegante y lascivo —un vicio, una penitencia, un don del diablo—, y reforzaba una impresión general de lascivia y elegancia. Debía de tener unos cincuenta años —las bolsas que había debajo de sus ojos no podían haberse formado en menos tiempo— pero su porte era airoso y hablaba con un ligero impedimento, como si tuviera un pelo en la lengua.

—¡Nada de cerdo, nada de cerdo! —exclamó olfateando el aire viciado de la rotonda—. Tengo el estómago hecho polvo.

Cuando Moses le aseguró que tomarían pollo, se puso unas gafas con montura de asta y, mirando a su alrededor, se fijó en el gran cuadro que había a la izquierda de las escaleras.

—Qué encantadora falsificación —gritó—. Desde luego yo creo que las falsificaciones más encantadoras son las de los mexicanos, pero esta es deliciosa. Está hecha en Zurich. Allí había una fábrica a principios de este siglo que las hacía a montones. Lo interesante es su generoso empleo del carmín. Ninguno de los originales es tan brillante, ni mucho menos.

En ese momento algún olor en la rotonda hizo que sus pensamientos volvieran a la comida.

—¿Está usted seguro de que no es cerdo? —preguntó otra vez—. Tengo el estómago hecho polvo.

Moses le tranquilizó y fueron por el largo vestíbulo al lugar donde les esperaba Justina. Se mostró triunfante y encantadora y empleó todas las ricas notas de ambición social satisfecha que hacían que su voz pareciera ascender a los montes y descender a las sombras de los valles.

El señor Dewitt se apretó las manos cuando vio todos los cuadros que había en el salón, pero Moses se preguntó por qué su sonrisa era tan fugaz. Se aproximó con su cóctel al gran Tiziano.

—Asombroso, asombroso, perfectamente asombroso —dijo el señor Dewitt.

—Encontramos ese Tiziano en un palacio en ruinas en Venecia —dijo Justina—. Un caballero que estaba en el hotel, un inglés, recuerdo, lo conocía y nos enseñó el camino. Fue como una historia policíaca. El cuadro pertenecía a una condesa muy anciana y había sido de su familia desde hacía muchas generaciones. No recuerdo exactamente cuánto pagamos por él, pero ¿quieres mirar el catálogo, Niki?

D'Alba cogió el catálogo y lo hojeó.

—Sesenta y cinco mil —dijo.

—Encontramos el Gozzoli en otra choza. Era el cuadro favorito del señor Scaddon. Lo encontramos con ayuda de otro desconocido. Creo que le conocimos en un tren. El cuadro estaba tan sucio y tan cubierto de telarañas cuando lo vimos por primera vez, y colgado en una habitación tan oscura, que el señor Scaddon decidió no comprarlo, pero luego comprendimos que no podíamos ser demasiado exigentes y por la mañana cambiamos de opinión.

El conservador se sentó y permitió que D'Alba le llenase la copa de nuevo y, cuando se volvió hacia Justina, ella estaba recordando el sucio palacio donde había encontrado el Sano de Pietro.

—Todo esto son copias y falsificaciones, señora Scaddon.

—Eso es imposible.

—Son copias y falsificaciones.

—La única razón por la que dice usted eso es porque quiere que le done mis cuadros a su museo —dijo Justina—. Es eso, ¿no? Quiere usted llevarse mis cuadros gratis.

—No tienen valor.

—Conocimos a un conservador en casa de la baronesa Grachi —dijo Justina— y vio nuestros cuadros en Nápoles cuando los estaban embalando para llevarlos en el barco. Se ofreció a dar fe de su autenticidad.

—No tienen valor.

Una doncella se acercó a la puerta y tocó las campanillas para avisar de que la comida estaba servida, y Justina se puso de pie, recuperando de pronto su aplomo.

—Seremos cinco para comer, Lena —le dijo a la doncella—. El señor Dewitt no se quedará. ¿Y quiere usted telefonar al garaje y decirle a Giacomo que el señor Dewitt irá andando a la estación?

Tomó el brazo de D'Alba y se dirigió al comedor.

—Señora Scaddon —llamó el conservador—. Señora Scaddon.

—No puede usted hacer nada —dijo Moses.

—¿A qué distancia está la estación?

—Algo más de medio kilómetro.

—¿No tiene usted coche?

—No.

—¿Y no hay taxis?

—En domingo, no.

El conservador miró por la ventana a la lluvia.

—Oh, esto es una afrenta, en mi vida me había sucedido una cosa igual. Yo solo he venido aquí por hacerle un favor. Tengo una úlcera y debo comer regularmente y serán las cuatro antes de que llegue a la ciudad. ¿No podría darme un vaso de leche?

—Me temo que no —dijo Moses.

—Qué calamidad, qué calamidad, ¿y cómo diablos pudo suponer que esos cuadros eran auténticos? ¿Cómo pudo engañarse así?

Hizo un gesto de renuncia y se dirigió a la rotonda, donde se puso el sombrero que le hacía parecerse a Boob McNutt.

—Esto me matará —dijo—. Debo comer regularmente y evitar los disgustos y el esfuerzo físico...

Y se fue bajo la lluvia.

Cuando Moses se reunió con los demás en la mesa, no había ninguna conversación y el silencio era tan opresivo que su gran apetito empezó a decaer. De pronto, D'Alba dejó caer su cuchara y dijo, con voz lacrimosa:

—¡Señora, oh, señora!

—Documento —cortó Justina. Luego volvió la cabeza hacia Badger y dijo

con furia—. ¡Por favor, trata de comer con la boca cerrada!

—Perdona, Justina —dijo Badger.

Las doncellas retiraron los platos de la sopa y trajeron el pollo, pero, al ver la fuente, Justina hizo un gesto con la mano para que se lo llevaran.

—No puedo comer nada —dijo—. Lléveselo a la cocina y métalo en la nevera.

Todos bajaron la cabeza, apenados por Justina y privados de una comida, ya que los domingos por la tarde las neveras estaban cerradas con candados. Ella puso las manos en el borde de la mesa, miró intensamente a Badger y se levantó.

—Supongo que estás deseando volver a la ciudad y contarle esto a todo el mundo, Badger.

—No, Justina.

—Si me entero de que has dicho una palabra de esto, Badger —dijo ella—, le contaré a todo el mundo que tú has estado en la *cárcel*.

—Justina.

Ella se encaminó a la salida, no encorvada sino más erguida que nunca, con D'Alba tras ella, y al llegar a la puerta, alzó los brazos y gritó:

—Mis cuadros, mis cuadros, mis preciosos cuadros.

Luego oyeron que D'Alba abría y cerraba las puertas del ascensor y después el fúnebre canto de los cables cuando subía.

Era una tarde sombría y Moses la pasó estudiando sindicalismo en la biblioteca pequeña. Cuando empezó a oscurecer cerró los libros y vagó por la casa. La cocina estaba vacía y limpia, pero las neveras seguían cerradas con candados. Oyó música en el salón y pensó que D'Alba estaría tocando, porque era música de cóctel —la lánguida música de plausible tristeza y

fingido anhelo, de bares a media luz y cacahuets rancios; de ardor de estómago y gastritis y de esas servilletas de papel que se adhieren como hojas mojadas al pie de la copa—, pero cuando entró en el salón vio que era Badger. Melissa estaba sentada a su lado en la banqueta del piano y Badger cantaba lastimeramente:

*Tengo la tristeza de los cuartos de hotel,
me siento siempre triste,
tengo la tristeza de los cuartos de hotel,
rodeado de cosas que no son mías.
La cama es dura y me duele la espalda,
y oigo el pitido del tren que me llevará a casa,
tengo la tristeza de los cuartos de hotel...*

Cuando Moses se acercó al piano, los dos levantaron la vista. Melissa suspiró profundamente y Moses se sintió como si hubiera violado el ambiente de un lugar de citas amorosas. Badger miró a Moses con actitud de acosado y cerró el piano. Parecía encontrarse en una turbulencia emocional que a Moses le costó trabajo no malinterpretar. Se levantó de la banqueta del piano y salió a la terraza, una imagen de dolor e inquietud, y Melissa volvió la cabeza y le siguió con los ojos y con toda su atención.

Moses sabía que si concedemos que en los hombres hay vestigios de ritos sexuales —que si la naturalidad de su postura cuando le pusieron en las manos por primera vez un palo de hockey, el placer que le proporcionaban los equipos de deportes que había en el armario de West Farm, o la sensación, experimentada durante la melé de un partido de pelota un día de lluvia, de estar mirando, en los últimos minutos de luz y de juego, al pasado remoto de su especie, si todo eso tenía alguna validez— debe de haber ritos y ceremonias equivalentes para el sexo opuesto. Con esto Moses no se refería a la habilidad para metamorfosearse velozmente, sino a otra cosa, relacionada

quizá con la capacidad que tienen las mujeres hermosas de evocar paisajes, una sensación de terrible distancia, como si sus ojos descansaran en un horizonte que ningún hombre hubiese visto. Había cierta evidencia física de ello; sus voces se hacían más suaves y sus pupilas se dilataban y parecía que estuvieran recordando una travesía femenina por aguas femeninas hasta una isla amurallada en la que se entregaban, por la naturaleza de su mente y de sus órganos, a ritos secretos que renovarían sus encantadoras y creativas reservas de tristeza. Moses no esperaba llegar a saber nunca lo que sucedía en la mente de Melissa, pero, al ver ahora que sus pupilas se dilataban y su hermoso rostro adquiría una expresión profundamente pensativa, comprendió que sería inútil preguntarle. Ella estaba recordando la travesía o había visto el horizonte y el efecto era el de despertar en ella vagas y tormentosas ansias, pero que Badger encajara de algún modo en esos recuerdos era lo que le preocupaba.

—¿Melissa?

—Justina es tan odiosa con él —dijo Melissa— y no tiene derecho a serlo. Y a ti no te cae bien.

—No me cae bien —dijo Moses—, eso es cierto.

—Oh, me da tanta pena.

Se levantó de la banqueta y salió a la terraza, siguiendo a Badger.

—Melissa —dijo Moses, pero ella había desaparecido en la oscuridad.

Eran las diez cuando Moses subió a su dormitorio. La puerta estaba cerrada con llave. Llamó a su mujer y ella no le contestó y entonces se puso furioso. Entonces una parte de él tan poco susceptible a contemporizar como su orgullo sexual se inflamó y esta furia se le concentró en las tripas como una piedra. Aporreó la puerta y trató de romper la cerradura con el hombro, y estaba descansando de estos esfuerzos cuando el aire frío que se colaba entre la puerta y el umbral le recordó que Badger dormía en la habitación que había

ocupado él cuando hizo su primera excursión por los tejados.

Bajó corriendo las escaleras de atrás, cruzó la rotonda y tomó el viejo ascensor para ir a los dormitorios del otro lado de la casa. La puerta de Badger estaba cerrada, pero, cuando llamó, nadie le contestó. Al abrir y entrar, lo primero que oyó fue el fuerte ruido de la lluvia en el balcón. No había ni rastro de Badger en la habitación. Moses salió al balcón, trepó al tejado y, efectivamente, a unos cien metros estaba Badger, avanzando muy cautelosamente, doblado por la cintura y agitando las manos en torno a sus pies (probablemente había tropezado con el viejo cable de radio). Moses le llamó. Badger echó a correr.

Parecía conocer el camino; al menos evitó el respiradero. Corrió hacia el tejado piramidal que formaba la capilla y luego torció a la derecha y corrió a lo largo del tejado de pizarra inclinado del salón. Moses fue hacia él por el otro lado, pero Badger retrocedió y echó a correr hacia la buhardilla de D'Alba, donde había luz. A mitad de camino del tejado plano, Moses le alcanzó y le agarró por el hombro.

—No es lo que tú crees —dijo Badger.

Entonces Moses le golpeó y Badger cayó de culo y debió de sentarse en un clavo, porque lanzó tal rugido de dolor que el conde asomó la cabeza por la ventana.

—¿Quién está ahí, quién está ahí?

—Badger y yo —respondió Moses.

—Si Justina se entera se pondrá furiosa —dijo el conde—. No le gusta que nadie ande por los tejados. Provoca goteras. ¿Y qué demonios están haciendo ahí?

—Yo me voy a la cama —contestó Moses.

—Oh, me gustaría que alguna vez diera una respuesta educada a una pregunta razonable —dijo el conde—. Estoy harto de su sentido del humor, y

Justina también. Es terrible para ella tener en su casa gente como usted, después de haberse pasado la vida en la más alta sociedad, incluyendo la realeza, y ella misma me ha dicho...

La voz iba desvaneciéndose a medida que Moses avanzaba por el borde hasta quedar encima del balcón de Melissa, donde estalló de rabia. Entonces se sentó en el tejado, con los pies dentro del canalón de desagüe, y estuvo allí media hora, redactando mentalmente una obscena acusación al carácter intratable de ella y lanzándola a la noche, hasta que la pétrea furia que había en sus tripas disminuyó. Entonces, comprendió que, si podía hallar alguna verdad útil en esta situación, tendría que hallarla en sí mismo, saltó al balcón, se desnudó y se metió en la cama donde Melissa dormía ya.

Pero Moses había juzgado mal a Badger. No había una sola idea lasciva en su cabeza cuando empezó a trepar por los tejados. Estaba muy borracho. Pero quedaba algo de grandeza en el hombre —un rastro de la materia prima de la perfección humana— o, al menos, suficiente amplitud en sus emociones como para preparar la escena para un conflicto y, cuando se despertó a la mañana siguiente, muy temprano, se reprochó su borrachera y sus disparatados planes. En ese momento, a través de su ventana, el mundo se veía todo azul y oro y tan redondo como el ojo de un toro, pero todas las luces de color zafiro del cielo solo servían para helar el ánimo de Badger y despertar en él un deseo de retirarse a algún lugar oscuro y mal ventilado. El mundo, a la luz parcial de la mañana, le parecía hipócrita y ofensivo, como la sonrisa de un vendedor a domicilio. Nada era verdad, pensó Badger; nada era lo que parecía ser, y la enormidad de este engaño —la sutileza con que el color del cielo se hacía más intenso mientras él se vestía— le indignaba. Cruzó la rotonda sin encontrarse con nadie —ni siquiera una rata— y

telefoneó a Giacomo, aunque aún no eran las seis, y este le llevó a la estación.

El primer tren de la mañana era un cercanías y todos los pasajeros eran obreros del turno de noche que regresaban a sus casas. Mirando sus caras cansadas y sucias, Badger sintió nostalgia de lo que él consideraba que eran las humildes costumbres de aquellos hombres. Si le hubieran educado de una manera sencilla, su vida habría tenido más sentido y valor, los mejores aspectos de su carácter hubieran tenido una oportunidad de desarrollarse y él no habría desperdiciado sus dotes. Trastornado por el alcohol y el autorreproche, esa mañana le parecía evidente que los había desperdiciado más allá de toda posibilidad de recuperación, y le vinieron a la mente imágenes de su primera juventud —un muchacho guapo y alegre metiendo en la casa los muebles de la terraza antes de una tormenta— para reforzar su autocondena. Entonces, en el nadir de su depresión, un rayo de luz penetró en la mente de Badger, la fuerza de su imaginación rebelándose contra el desaliento total, para alzar construcciones blancas en su cabeza —ciudades o arcos, como mínimo de mármol—, signos de prosperidad, de triunfo, de esplendor.

Luego, palacios enteros empezaron a crecer como hongos debajo del pelo acharolado de Badger, las ciudades y las mansiones de un mundo más joven, y entró en Nueva York con un espíritu optimista. Pero sentado ante una taza de café en el cuchitril donde vivía, se dio cuenta de que sus civilizaciones de mármol blanco estaban indefensas ante los invasores. Estas construcciones, níveas y aiosas, de los principios, la moralidad y la fe —estos palacios y monumentos— eran arrasados por hordas de hombres semidesnudos, que lanzaban gritos de guerra y se cubrían con malolientes pieles de animales. Entraban a caballo por la puerta norte y Badger, encogido ante su taza, vio desaparecer, uno por uno, todos sus templos y palacios. Por la puerta sur

salieron galopando los bárbaros, dejando al pobre Badger sin tan siquiera el consuelo de una ruina; dejándole con la nada y con su propia esencia, que nunca fue mucho mejor que el perfume de una violeta silvestre arrancada.

—*Mamma e Papa Confettiere arrivano domani sera* —dijo Giacomo.

Estaba enroscando bombillas en los largos cables eléctricos que colgaban entre los árboles del camino de entrada. Melissa recibió a Moses en la puerta, con una dulce sonrisa, como había hecho la primera noche en que él llegó allí, y le dijo que unos viejos amigos de Justina llegaban a la noche siguiente. La señora Enderby estaba en su despacho, invitando a la gente por teléfono, y D'Alba, con delantal, correteaba por el salón, dando órdenes a una docena de doncellas que Moses no había visto nunca. Toda la casa estaba patas arriba. Se abrieron las puertas de habitaciones que olían a murciélago y Giacomo quitó las almohadas de las ventanas del jardín de invierno, donde estaban descargando palmeras y rosales de un camión. No había donde sentarse y tomaron sándwiches y bebidas en el salón, mientras la Orquesta Sinfónica de Scaddonville (ocho mujeres) despojaba al arpa de su cuarteado impermeable y afinaba sus instrumentos. Entonces, la animación del viejo palacio patas arriba en la víspera de la fiesta le recordó a West Farm, como si esta casa, igual que la otra, se hallase en lo más hondo de la conciencia de todos; incluso en los sueños de las fugaces doncellas, que exhumaban y pulían las viejas habitaciones como si con ello estuvieran aumentando su sabiduría. Se encontraron murciélagos en las grandes cocinas del sótano y dos de las chicas subieron las escaleras chillando y tapándose la cabeza con paños de cocina, pero este pequeño incidente no desanimó a nadie y más bien pareció intensificar el ambiente arcaico, porque ¿quién es, hoy en día, tan rico como para tener murciélagos en la cocina? Los grandes cajones de la bodega se

llenaron de carne, vino y flores y manaron todas las fuentes de los jardines y los leones verdes de la piscina echaron agua por la boca y mil luces o más se encendieron en la casa y en el camino de entrada había guirnaldas de luces, como en una feria de pueblo, y en el jardín, aquí y allá, ardían luces, desnudas y desamparadas como las bombillas de los portales de las casas de huéspedes y, con todas las puertas y ventanas abiertas a las diez o las once y el aire de la noche repentinamente frío y una delgada luna en el cielo, encima de los prados más extensos, Moses pensó en algún lugar en tiempo de guerra, la intensidad de las licencias y las separaciones, los titulares de periódico y los bailes de despedida en puertos con olor a cerveza, como Norfolk y San Francisco, donde los barcos oscuros esperaban en las carreteras a los amantes que estaban en sus camas y puede que nada de esto volviera a suceder.

¿Y quiénes eran Mamma y Papa Confettiere? Eran los Belamonte, Luigi y Paula, los últimos del *haut monde* de las *botteghe prezzo unico*. Ella era la hija de un granjero calabrés y Luigi había crecido en la trastienda de una barbería romana que olía a violetas y a pelo cortado, pero a los dieciocho años ya había ahorrado suficiente dinero para abrir una tienda de *prezzo unico*. Era el Woolworth, el Kress, el J. P. Scaddon italiano y había hecho de sí mismo un millonario que tenía villas en el sur y castillos en el norte antes de cumplir los treinta. Se había retirado a los cincuenta y durante los últimos veinte se había dedicado a recorrer Italia con su mujer en un Daimler, tirando caramelos por la ventanilla a los niños de la calle.

Salían de Roma después de Pascua. La fecha se anunciaba en la prensa y en la radio, de modo que ante las puertas de su casa se arremolinaba la gente para recibir los primeros caramelos de la temporada. Iban hacia el norte, a Civitavecchia, repartiendo caramelos a derecha e izquierda —cincuenta kilos aquí, cien kilos allí—, circunvalando Civitavecchia y todas las ciudades grandes, porque una vez casi los descuartiza en Milán una multitud de veinte

mil niños y también habían causado serios disturbios en Turín y Livorno. El Piamonte y la Lombardía les veían pasar y luego viajaban hacia el sur, pasando por Portomaggiore, Lugo, Imola, Cervia, Cesena, Rímini y Pesaro, arrojando puñados de gotas de limón y menta, barritas de regaliz, gotas de marrubio y anís, ciruelas de azúcar y chupachups de cereza por las calles que, cuando subían al Monte Sant'Angelo y bajaban a Manfredonia, empezaban ya a cubrirse de hojas secas. Ostia estaba cerrada cuando pasaban por allí y cerrados estaban los hoteles del Lido di Roma, donde repartían los restos de su cargamento entre los hijos de pescadores y guardeses, para luego torcer hacia el norte y regresar a casa bajo los claros cielos del invierno romano.

Moses se llevó una maleta al ir a trabajar a la mañana siguiente y a la hora de comer alquiló un frac. Fue andando de la estación a la casa en un crepúsculo de finales de verano en el que el aire olía ya a otoño. Vio Clear Haven en la primera oscuridad con todas las ventanas iluminadas en honor de Mamma y Papa Confettiere. Era una visión alegre y, al entrar por las puertas de la terraza, le alegró ver cómo habían restaurado la casa, qué reluciente y tranquila estaba. Una doncella pasaba por el vestíbulo con algunos objetos de plata en una bandeja, andando de puntillas y, aparte del sonido de una fuente en el jardín de invierno y del rumor del agua subiendo por las cañerías, la casa se hallaba en silencio.

Melissa ya estaba vestida y bebieron juntos un vaso de vino. Moses estaba en la ducha cuando se fue la luz. Entonces todas las voces de lo que había sido un lugar tranquilo se alzaron alarmadas y preocupadas y alguien que se había quedado atrapado en el ascensor empezó a golpear las paredes. Melissa llevó una vela encendida al cuarto de baño y, cuando Moses se estaba poniendo los pantalones, volvió la luz. Giacomo había intervenido. Bebieron

otro vaso de vino en el balcón, viendo llegar los coches. Jacopo les indicaba que aparcaran en el césped. Dios sabe de dónde había sacado la señora Enderby a los invitados, pero esta vez había encontrado bastantes y el ruido de la charla, aun desde el tercer piso, sonaba como el mar en Travertine en el mes de octubre.

Habría unas cien personas en el salón cuando Moses y Melissa bajaron. D'Alba estaba en un extremo y la señora Enderby en el otro, dirigiendo a los criados hacia la gente que tenía las copas vacías, y Justina estaba de pie junto a la chimenea al lado de una pareja italiana, ancianos, atezados, con cuerpos ovalados, alegres. Moses descubrió cuando les estrechó la mano que no sabían una palabra de inglés. La cena fue espléndida, con tres clases de vino, y luego, puros y coñac en la terraza. Entonces la Orquesta Sinfónica de Scaddonville empezó a tocar «Un beso en la oscuridad» y todos entraron para bailar.

Badger estaba allí, aunque no había sido invitado. Llegó andando desde la estación después de la cena y se quedó al borde de la pista de baile, un poco borracho. No sabía por qué había ido. Entonces le vio Justina y la corrosiva mirada que le lanzó y el hecho de que ella no llevase puesta ninguna joya le recordó su propósito. Esa noche se sentía como el hombre que encuentra su destino y le encanta. Esta era su hora culminante. Subió las escaleras y empezó a trepar por esos tejados (oía la música a lo lejos) que también él había cruzado muchas veces por amor, pero que ahora cruzaba con una sensación mucho más fuerte de tener un objetivo. Se encaminó hacia el balcón de Justina en el lado norte de la casa y entró en la enorme cámara con el techo abovedado y una inmensa cama. (Justina nunca dormía allí, sino en un pequeño catre detrás de un biombo.) La decisión de no ponerse las joyas

debió de tomarla de repente, porque estaban todas amontonadas sobre la cuarteada y pelada superficie de su tocador. Encontró una bolsa de papel en el armario —ella guardaba papeles y cuerdas— y la llenó con las joyas. Luego, confiando en la Divina Providencia, salió audazmente por la puerta, bajó las escaleras, cruzó el jardín, oyendo la música cada vez más débil, y cogió el tren de las 11.17 hacia la ciudad.

Cuando Badger subió al tren no tenía la menor idea de cómo iba a disponer de las joyas. Quizá había pensado desmontar algunas de las piedras y venderlas. El tren era un cercanías —el último— que llevaba de vuelta a la ciudad a gente que había estado visitando a amigos o parientes. Todos parecían cansados; algunos, borrachos; y, sudando y durmiendo entrecortadamente en el vagón demasiado caldeado, parecían compartir un gran fondo común de intimidad y fatiga. La mayoría de los hombres se habían quitado el sombrero pero tenían el pelo aplastado por su peso. Las mujeres vestían su mejor ropa, pero la llevaban torcida y sus rizos habían empezado a deshacerse. Muchas de ellas dormían con la cabeza apoyada en el hombro de sus compañeros, y los olores —y las caras distendidas que veía— hicieron que Badger se sintiera como si el vagón fuese una enorme cama o cuna en la que todos yacían juntos en un estado de insólita inocencia. Compartían la incomodidad del vagón, compartían un destino y, a pesar de su fatiga y desaseo, a Badger le parecía que compartían cierta belleza de espíritu y propósito, y mirando el pelo teñido de rojo de la mujer del asiento de enfrente, le atribuyó la capacidad de encontrar, un punto por debajo del nivel de conciencia, una imaginería de belleza y grandiosidad, como esos grandes y ruinosos palacios que se alzaban en su cabeza.

Los amaba a todos, Badger los amaba a todos, y lo que había hecho lo había hecho por ellos, porque solo fallaban en su incapacidad de ayudarse unos a otros y, robándole las joyas a Justina, él había hecho algo que

disminuía este fracaso. La pelirroja del asiento de enfrente le conmovía, despertaba en él amor y piedad, y se tocaba los rizos con tanta frecuencia y tan sencilla vanidad, que él adivinó que acababa de teñirse el pelo y esto, a su vez, le conmovió como lo hubiese hecho ver a una dulce criatura arrancando los pétalos de una margarita. De súbito la pelirroja se incorporó y preguntó con voz pastosa:

—¿Qué hoga es? ¿Qué hoga es?

Las personas que iban frente a ella, a quienes la pregunta iba dirigida, no respondieron, y Badger se inclinó y dijo que era algo más de medianoche.

—Grashias, grashias —dijo ella, muy efusiva—. Esh usted un caballero como a mí me gusta. —Hizo un gesto indicando a los demás—. Ni quieren desirme la hoga pogque piensan que estoy bogacha. He tenido un pequeño asidente. —Señaló unos cristales rotos y un charco en el suelo en el lugar donde, al parecer, se le había caído una botella de cuarto—. Sí, pogque he tenido este asidente y me se ha caído mi buen whisky, ninguno de esos hijoputas me dishe la gora. Usted esh un caballero, usted esh un caballero y si no llevo a tener el asidente y tengo mi whisky, le doy un poco.

Entonces el movimiento de la cuna de Badger la venció y se quedó dormida.

La señora Enderby había dado la alarma veinte minutos después del robo y dos policías de paisano y un agente de la compañía de seguros estaban esperando a Badger cuando se bajó del tren en Grand Central. Vestido de frac y llevando una bolsa de papel que parecía llena de artículos de ferretería, no fue difícil reconocerle. Le siguieron, pensando que podría conducirles a una banda. Badger caminó alegremente por Park Avenue hasta la iglesia de San Bartolomé y trató de abrir las puertas, pero estaban cerradas con llave. Entonces cruzó Park Avenue y Madison y subió por la Quinta hasta San Patricio, cuyas puertas estaban aún abiertas y donde había muchas mujeres de

la limpieza fregando los suelos. Se dirigió al altar mayor, se arrodilló y dijo la oración «Cordero de Dios». Luego —la barandilla estaba abierta y él se encontraba demasiado exaltado para preocuparse por llamar la atención— cruzó el presbiterio y vació su bolsa en el altar. Los policías de paisano le cogieron cuando salió de la catedral.

Aún no era la una cuando la policía llamó a Justina y le dijo que tenían sus joyas. Comprobó la lista de la policía con una lista mecanografiada que estaba pegada en la tapa de su joyero.

—Una pulsera de brillantes, dos pulseras de brillantes y ónice, una pulsera de brillantes y esmeraldas...

Puso a prueba la paciencia del policía cuando le pidió que contara las perlas del collar, pero este lo hizo. Entonces Papa Confettiere pidió música y vino.

—*Ballare, cantare* —gritó, y le dio a la orquesta femenina un billete de cien dólares.

Iniciaron los primeros compases de un vals y entonces se fundieron los plomos por segunda vez en esa noche.

Moses sabía que Giacomo andaba por allí —le había visto en el vestíbulo—, pero se dirigió a la puerta del sótano de todas maneras. Notó un olor raro, pero no pensó en ello y no se dio cuenta de que, mientras cruzaba el vestíbulo de atrás, empezaba a sudar. Al abrir la puerta del sótano, se encontró un pozo de fuego, y una bocanada de aire caliente le quemó todo el vello de la cara y casi le hizo perder el sentido. Entonces, tambaleándose, fue a las cocinas, donde las criadas estaban fregando los últimos platos y le preguntó al

mayordomo si alguien del servicio estaba arriba. Él contó a las chicas y dijo que no, y entonces Moses les dijo que salieran; que la casa estaba ardiendo. (Cómo le hubiera decepcionado a la señora Wapshot esta afirmación directa; con qué habilidad habría llevado ella a los invitados y sirvientes a ver la luna nueva en los jardines.)

Luego Moses llamó a los bomberos desde el teléfono de la cocina, notando, al levantar el auricular, que se había quemado buena parte de la palma de la mano derecha con el pomo de la puerta del sótano. Tenía los labios hinchados por la adrenalina y se sentía curiosamente a gusto. Después fue corriendo al salón donde los invitados seguían bailando el vals y le dijo a Justina que había un incendio en la casa. Se mostró perfectamente dueña de sí y, cuando Moses mandó parar la música, ella pidió a los invitados que salieran a los jardines. Se empezó a oír la alarma en el pueblo. Había muchas puertas que daban a la terraza y, cuando los invitados salieron del salón, alejándose de las luces de la fiesta, entraron en el resplandor rosado del fuego, porque las llamas habían ascendido por la torre del reloj y, aunque todavía no había signos del incendio en el salón, la torre ardía como una antorcha. En ese momento oyeron los coches de bomberos que venían por la carretera hacia el camino y Justina se dirigió hacia la puerta principal para recibirles, como había hecho con J. C. Penney, Herbert Hoover y al príncipe de Gales, pero, cuando iba a cruzar el vestíbulo, una viga de la torre se desprendió de su apuntalamiento, cayó sobre el techo de la rotonda y lo atravesó, y entonces todas las luces de la casa parpadearon y se apagaron.

Melissa llamó a su guardiana en la oscuridad, y la anciana se reunió con ellos —ahora parecía encorvada— y salió entre los dos a la terraza, donde D'Alba y la señora Enderby la cogieron del brazo. Entonces Moses corrió a la parte de delante para cambiar de sitio los coches de los invitados. Parecía que era lo único que valía la pena salvar.

—Llevo seis noches intentando cumplir con mis deberes conyugales —decía uno de los bomberos— y, cada vez que me pongo a ello, suena esa maldita alarma...

A topetazos, Moses llevó una docena de coches a un lugar seguro y luego pasó entre el gentío, buscando a su mujer. Estaba en el jardín con la mayor parte de los invitados y él se sentó con ella junto a la piscina y metió su mano quemada en el agua. El incendio debía de verse ya a muchos kilómetros, porque multitud de hombres, mujeres y niños estaban saltando las tapias y entrando por todas las puertas. Entonces se prendió la sala veneciana y, saturada de sales del Adriático, ardió como papel, y los hierros, las campanas y la maquinaria del viejo reloj empezaron a caer por los restos de la torre. Un vientecillo fresco llevaba las llamas hacia el noroeste y luego, poco a poco, el jardín y todo el valle comenzó a llenarse de un humo acre. El edificio ardió hasta la madrugada y, a la luz de la mañana, solo con las chimeneas en pie, parecía el casco de un vapor fluvial.

A la tarde siguiente, Justina, la señora Enderby y el conde volaron a Atenas y Moses y Melissa se fueron a Nueva York felices y contentos.

Pero Betsey había vuelto, mucho antes de esto. Al regresar una noche, Coverly se encontró toda la casa iluminada y resplandeciente y a su Venus con una cinta en el pelo. (Había estado viviendo con una amiga en Atlanta y se había llevado una desilusión.) Mucho más tarde, esa noche, tumbados en la cama, oyeron la lluvia y entonces Coverly se puso unos calzoncillos, salió por la puerta trasera y cruzó el patio de los Frascati y el de los Galen para llegar al patio de los Harrow, donde habían plantado unos rosales en un pedazo de tierra en forma de media luna. Era muy tarde y todas las casas estaban a oscuras. En el jardín de los Harrow Coverly cogió una rosa, y luego

volvió a cruzar el patio de los Galen y de los Frascati y entró en su casa y colocó la rosa entre las piernas de Betsey —en el punto donde se bifurcaba— porque ella era, una vez más, su babulina, su pachulina, su cuchilina, su ardilla pequeña.

CUARTA PARTE

A principios de verano tanto Melissa como Betsey tuvieron hijos varones y Honora cumplió su palabra con creces. Un fideicomisario del Banco Appleton les trajo la buena noticia a Coverly y a Moses y ellos estuvieron de acuerdo en mantener las aportaciones de Honora al Hogar del Marinero y al Instituto para los Ciegos. La anciana no quería saber nada más del dinero. Coverly fue de Remsen Park a Nueva York y Moses y él planearon ir juntos un fin de semana a Saint Botolphs. Lo primero que harían con el dinero de Honora sería comprarle un barco a Leander y Coverly le escribió a su padre diciéndole que irían.

Leander dejó su trabajo en la compañía de plata de mesa, anunciando que volvía a la mar. Se despertó temprano el sábado por la mañana y decidió ir a pescar. Antes del amanecer, la lucha para meterse las botas altas de goma le recordó lo desvencijados que estaban sus miembros, sus muebles, como él los llamaba. Se torció una rodilla y el dolor se multiplicó y le recorrió todo el esqueleto. Cogió la caña para truchas, cruzó los campos y se puso a pescar en la rebalsa donde Moses había visto a Rosalie. Estaba absorto en su propia destreza y en la cuestión de intentar engañar a un pez con una pluma de ave y un poco de pelo. El follaje era denso y punzante y en los robles había parlamentos enteros de quisquillosos cuervos y grajos. Muchos de los árboles grandes del bosque habían caído o habían sido talados a lo largo de la vida de Leander, pero la belleza del agua en nada había cambiado. De pie en una rebalsa profunda, el sol pasando por entre los árboles para iluminar las

piedras del fondo, a Leander le pareció un averno separado por una finísima película de luz de esa creación donde el sol caldeaba sus manos, donde los cuervos y grajos discutían sobre impuestos y donde se oía el viento; y cuando vio una trucha le pareció una sombra —un espíritu de entre los muertos— y se acordó de todos sus compañeros de pesca que habían muerto, a quienes conmemoraba alegremente al vadear este arroyo. Lanzando el anzuelo, recogiendo el hilo, poniendo las moscas y hablando consigo mismo, estaba atareado y contento, y pensó en sus hijos, en cómo habían salido al mundo y habían demostrado su valía y habían encontrado esposas y ahora serían ricos, modestos y preocupados por el bienestar de los ciegos y los marineros retirados y tendrían muchos hijos que llevaran su nombre.

Esa noche Leander soñó que estaba en una tierra extraña. No veía llamas ni olía a azufre, pero pensó que iba solo por el infierno. El paisaje se parecía a los montones de rocas rotas y erosionadas que había cerca del mar, pero en todos los kilómetros que caminó no vio ni rastro de agua. El viento era seco y cálido y el cielo carecía de esa luminosidad que se ve encima del agua, incluso a gran distancia. No oyó el ruido de la rompiente ni vio un faro, aunque puede que en las costas de esa tierra no hubiera ninguno. Los miles o millones de personas a quienes adelantó iban, con la excepción de un viejo que llevaba algún calzado, descalzas y desnudas. Las piedras les cortaban los pies y les hacían sangrar. El viento, la lluvia y el frío y todos los demás tormentos a los que habían estado sometidos no habían disminuido la sensibilidad de su carne. Eran vergonzosos o impúdicos. Por el camino vio a una joven, pero cuando él le sonrió, ella se cubrió con las manos, con el rostro ensombrecido por la pena. En la siguiente curva del camino vio a una vieja tumbada sobre el suelo de pizarra. Tenía el pelo teñido y su cuerpo era obeso, y un hombre, tan viejo como ella, estaba chupándole los senos. Vio a hombres y mujeres montados unos sobre otros a la vista de todo el mundo,

pero los jóvenes, en pleno apogeo de su belleza y virilidad, parecían más castos que sus mayores, y vio a jóvenes, en muchos sitios, uno al lado del otro, dulcemente, como si la lujuria, en esta extraña tierra, fuese una pasión de la vejez. En otra vuelta del camino, un hombre tan viejo como Leander se acercó a él, con el cuerpo cubierto de pelo hirsuto y en un estado de extrema lujuria. «Este es el principio de toda sabiduría —le dijo a Leander, mostrando sus inflamados genitales—. Este es el principio de todo.» Desapareció por el camino con el índice metido por el culo, y Leander se despertó a los dulces sonos del viento del sur y de una suave mañana estival. Separado de su sueño, se sintió asqueado por su fealdad y agradecido por las luces y sonidos del día.

Sarah dijo que esa mañana estaba demasiado cansada para ir a la iglesia. Leander sorprendió a todos al arreglarse para ir él. Verle en la iglesia, dijo, haría que los ángeles del cielo empezaran a batir las alas. Fue al primer servicio, poco convencido del valor de sus oraciones, pero contento porque de rodillas en la iglesia de Cristo estaba, más que en ningún otro lugar en el mundo, cara a cara con la verdad desnuda de su humanidad.

—Señor, te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos —dijo en voz alta, preguntándose todo el tiempo quién era el barítono al otro lado del pasillo y quién era esa mujer guapa, a su derecha, que olía a flor de manzano.

Se le removieron los intestinos y le picaron los testículos y, cuando la puerta crujió a su espalda, se preguntó quién llegaba tarde. ¿Theophilus Gates? ¿Perley Sturgis? Incluso cuando el servicio llegaba al punto culminante del pan y el vino, se fijó en que el cojín de felpa de los acólitos estaba clavado en el suelo del presbiterio y que el mantel del altar tenía tulipanes bordados, pero también se fijó, arrodillado ante la barandilla, que en la maloliente y eclesiástica alfombra había unas cuantas agujas de abeto o pino que probablemente estaban allí desde Adviento, y esto le regocijó, como

si ese puñado de agujas secas hubiesen caído del Árbol de la Vida y le recordasen su fragancia y vitalidad.

El lunes por la mañana, a eso de las once, el viento vino del este y Leander se apresuró a coger los prismáticos y el bañador y a prepararse un sándwich y tomó el autobús de Travertine para ir a la playa. Se desnudó detrás de una duna y se sintió defraudado al encontrarse con que la señora Sturgis y la señora Gates se disponían a almorzar en el trozo de playa donde él quería bañarse y tomar el sol. También le defraudaron sus propias miradas de indignación a las ancianas señoras, que estaban conversando sobre los alimentos enlatados y la ingratitud de las nueras mientras la rompiente hablaba con voz fuerte de naufragios y travesías y de la similitud de las cosas; porque el pez muerto era rayado como un gato y el cielo estaba rayado como el pez y la concha de caracol tenía la forma de una oreja y la playa tenía ondas como la boca de un perro y los objetos que había en la rompiente se astillaban y desmoronaban como las murallas de Jericó. Él se metió en el agua hasta las rodillas y se mojó las muñecas y la frente para preparar su circulación al impacto del agua fría, y así evitar un ataque al corazón. Desde lejos parecía que se estaba persignando. Luego, empezó a nadar —una braza lateral, con media cara en el agua, alzando el brazo derecho como el aspa de un molino— y nunca se le volvió a ver.

Así que, cuando llegaron para regalarle un barco, sus hijos oyeron la oración que se dice por aquellos que se han ahogado en el mar. Moses y Coverly vinieron en coche desde Nueva York, sin sus esposas, y llegaron al pueblo el día en que se celebraba el funeral. Sarah no lloró hasta que vio a sus hijos y les tendió los brazos para abrazarlos, pero los modales y el lenguaje del pueblo ayudaron a sostenerla.

—Fue una relación larga—dijo.

Se sentaron en la sala, bebieron whisky y Honora vino a verlos, besó a los muchachos y también se tomó una copa.

—Creo que cometéis una equivocación haciendo el servicio fúnebre en la iglesia —le dijo a Sarah—. Todos sus amigos han muerto. No iremos más que nosotros. Sería mejor hacerlo aquí. Y otra cosa. Él quería que en su entierro se dijera el monólogo de Próspero. Creo que deberíais ir a la iglesia y hablar con el párroco. Preguntadle si podríamos hacer el funeral en la capillita y decidle lo del monólogo.

Los chicos fueron a la iglesia de Cristo y les hicieron pasar a un despacho, donde el párroco estaba intentando manejar una calculadora. Parecía impaciente por la escasa ayuda que le proporcionaba la Divina Providencia en asuntos prácticos. Se negó suave y firmemente a las peticiones de Honora. No se podía usar la capilla porque la estaban pintando y él no podía consentir en meter a Shakespeare en un servicio sagrado. Honora se quedó decepcionada al enterarse de lo de la capilla. Esta preocupación por la iglesia

vacía parecía ser la forma en que se manifestaba su dolor.

Ese día parecía vieja y desconcertada, con la cara demacrada y leonina. Cogió unas tijeras de podar y se fue al campo a cortar flores para Leander: salicarias, acianos, amapolas y margaritas. Durante toda la comida habló de la iglesia vacía. Al subir las escaleras de la iglesia, se cogió del brazo de Coverly —se aferró a él como si se sintiera cansada o frágil— y, cuando abrieron las puertas y vio una multitud de gente, se detuvo en el umbral y preguntó en voz alta:

—¿Qué hace aquí toda esta gente? ¿Quiénes son?

Eran el carnicero, el panadero, el chico que le vendía los periódicos y el conductor del autobús de Travertine. Allí estaban Bentley y Spinet, la bibliotecaria, el jefe de bomberos, la camarera de la panadería de Grimes, la taquillera del cine de Travertine, el hombre del tiovivo de Nangasakit, el jefe de la oficina de correos, el lechero, el jefe de estación, el viejo afilador y el anciano que arreglaba los relojes. Todos los bancos estaban llenos y había gente de pie en la parte de atrás. La iglesia de Cristo no había visto tanta gente desde Pascua.

Honora levantó la voz durante el servicio, cuando el párroco empezó a leer un párrafo de san Juan.

—Oh, no —dijo en voz alta—. Siempre hemos leído de los Corintios.

El párroco cambió la lectura y esta interrupción no pareció una descortesía, porque era la manera de ser de Honora y en cierto sentido la misma de la familia y este era el funeral de un Wapshot. El cementerio estaba contiguo a la iglesia y caminaron detrás de Leander, de dos en dos, hasta la colina donde estaba la tumba familiar, en ese estupor de pesadumbre con el que seguimos a nuestros muertos a su sepultura. Cuando acabaron las oraciones y el párroco cerró su libro, Honora le dio un empujón a Coverly.

—Dilo, Coverly. Di lo que él quería.

Entonces Coverly se acercó al borde de la tumba de su padre y aunque estaba llorando habló claramente.

—Nuestros festejos acabaron ya —dijo—. Nuestros actores, como os predije, no eran sino espectros y se han desvanecido en el aire, en la nada. Estamos hechos de la misma materia que los sueños, y nuestra breve vida concluye con un sueño.

Después del entierro, los muchachos se despidieron de su madre con un beso y le prometieron volver pronto. Sería el primer viaje que hicieran y Coverly sí regresó, el Cuatro de julio, con Betsey y su hijo, William, para ver el desfile. Sarah cerró su tienda de regalos flotante el tiempo suficiente para aparecer una vez más en la carroza del Club de Mujeres. Tenía ya el cabello blanco, y solo quedaban dos de las socias fundadoras, pero sus gestos, la tristeza de su sonrisa y el aire de encontrar que el vaso de agua tenía un sabor amargo eran los mismos. Mucha gente recordaría el día de la Independencia en que un gamberro le tiró un petardo a la yegua del señor Pincher.

Honora no estaba allí y cuando, después del desfile, Coverly le telefoneó para ver si podía llevar a Betsey y al niño a Boat Street, ella le dijo que no. Coverly se sintió desilusionado, pero no se sorprendió.

—En alguna otra ocasión, Coverly, querido —le dijo—. Ahora no tengo tiempo.

Alguien que no la conociera bien podría pensar que llegaba tarde a su clase de piano, pero en cuanto dominó «El alegre molinero» había cerrado la tapa de su piano y se había convertido en una forofa del béisbol. A lo que llegaba tarde era al saque en el estadio de Fenway Park. Había acordado con un taxista del pueblo que este la llevaría al partido y la recogería allí una o dos veces por semana, cuando los Red Sox jugaran en Boston.

Lleva su sombrero de tres picos y su ropa negra al partido y sube por la rampa hasta su asiento en la galería, con la devoción de un peregrino. El

ascenso es largo y se detiene en una vuelta para recobrar el aliento. Se lleva una mano, con los dedos abiertos, al pecho, donde la respiración es ruidosa.

—¿Puedo ayudarla? —le pregunta un desconocido, pensando que se encuentra mal—. ¿Puedo ayudarla, señora?

Pero esta intrépida y absurda anciana no parece oírle. Ocupa su asiento, coloca el programa y la tarjeta de puntuación en la falda y le da un golpecito en el hombro con su bastón a un sacerdote católico que está sentado cerca de ella.

—Discúlpeme, padre —le dice— si utilizo un lenguaje incorrecto, pero es que me exalto...

Se sienta en la clara luz de la inocuidad y, a medida que el partido avanza, hace bocina con las manos y grita:

—¡Juégatela, imbécil, *juégatela!*

Es la imagen de una vieja peregrina caminando por el mundo entero, guiada por sus propias luces, que ve en su mente una nación noble y pujante, alzándose como un hombre después del sueño.

A Betsey le encantó la tienda de regalos flotante y pasó allí la mayor parte de la tarde con Sarah, admirando los flotadores de redes de pesca, montados para sostener la hiedra, las planchas y los cubos de carbón pintados a mano, los juegos de mesa de las islas Filipinas y los saleros y pimenteros en forma de perros y gatos. Coverly dio vueltas solo por las habitaciones vacías de la granja. Se preparaba una tormenta. Estaba oscureciendo y el teléfono del vestíbulo había empezado a sonar erráticamente, sensible a las cargas de electricidad estática. Miró las alfombras gastadas, los ladrillos, cuidadosamente enfundados en pedazos de alfombra, que servirían para sujetar las puertas y evitar que golpearan ahora que el viento se había

levantado, y en una rinconera una vieja jarra de estaño, llena de laurel y dulcamara, todo cubierto de polvo. A la luz de la tormenta, las hermosas habitaciones cuadradas representaban una forma de vida excepcionalmente deseable, aunque puede que fuera la tensión de la tormenta que iba a estallar lo que explicara la intensidad de las emociones de Coverly. Puede que también se mezclaran recuerdos de infancia; aquellas tormentas —Lulú y el perro se escondían en el armario de los abrigos— que sumergían en la oscuridad el cielo, el valle y las habitaciones de la casa, y la ternura con que se buscaban, llevando cubos, jarras y velas encendidas de cuarto en cuarto. Fuera se oían las sacudidas de los árboles agitados por el viento y la mesa de madera de teca —ese famoso barómetro— dio un crujido.

Entonces, antes de que comenzara a llover, la vieja casa representaba, no un estilo de vida que se había perdido o que debiera imitarse, sino una visión de la vida tan sentida y fugaz como una risa y algo así como los conceptos por los que él se regía.

Pero fue Leander quien dijo la última palabra. Al abrir el ejemplar de las obras de Shakespeare que perteneció a Aaron, cuando ya había comenzado a llover, Coverly encontró una nota escrita por su padre.

Consejos a mis hijos. No poner nunca whisky en botella de agua caliente al cruzar fronteras de países o estados secos. La goma estropeará el sabor. No hacer nunca el amor con los pantalones puestos. Después de whisky, cerveza, se sube a la cabeza. Al revés, nada que temer. No tomar nunca manzanas, melocotones, peras, etcétera., bebiendo whisky, excepto en comidas largas estilo francés que terminan con fruta. Otras viandas tienen efectos mitigantes. No dormir nunca a la luz de la luna. Comprobado por los científicos que induce a la locura. Si la cabecera de la cama está junto a la ventana, en las noches claras correr las cortinas antes de acostarse. No sostener nunca un puro en ángulo recto con los dedos. Muy paleta. Sostener el puro en diagonal. Quitar la vitola o no, como se prefiera. No llevar nunca corbata roja. En las fiestas tener siempre bebidas ligeras para las señoras. El efecto de las fuentes en el sexo débil es a veces desastroso. Bañarse en agua

fría todas las mañanas. Desagradable pero estimulante. También reduce las callosidades. Cortarse el pelo una vez por semana. Llevar traje oscuro después de las seis de la tarde. Tomar un plato fresco para desayunar, si es posible. Evitar arrodillarse en los suelos de piedra de iglesias no caldeadas. La humedad eclesiástica produce canas prematuras. El miedo tiene el sabor de un cuchillo herrumbroso, no dejarle entrar en casa. El valor tiene el sabor de la sangre. Erguir la espalda. Admirar el mundo. Gozar del amor de una mujer dulce. Confiar en el Señor.

EL ESCÁNDALO DE LOS WAPSHOT

Para W. M.

Todos los personajes de esta obra son ficticios, como lo es gran parte de la ciencia.

PRIMERA PARTE

Comenzó a nevar en Saint Botolphs a las cuatro y cuarto del día de Nochebuena. El viejo señor Jowett, el jefe de estación, salió al andén con su faro en la mano y lo sostuvo en alto. Los copos de nieve brillaban como limaduras de hierro en el rayo de luz, aunque en realidad allí no había nada. La nevada le alegró, le reanimó y le sacó —con toda el alma, al parecer— de su caparazón de preocupaciones y trastornos digestivos. El tren de la tarde llevaba ya una hora de retraso, y la nieve (cuya blancura parece formar parte de nuestros sueños, puesto que la llevamos con nosotros a todas partes) caía con tan generosa velocidad, con tal rapidez, que parecía que el pueblo se hubiese separado de su contexto en el planeta y estuviese impulsando sus tejados y sus torres hacia lo alto. Los restos de una cometa colgaban de los cables del teléfono, como un recordatorio de la versatilidad del año.

—Oh, ¿quién metió el guardapolvo en la sopa de pescado de la señora Murphy? —cantó el señor Jowett en voz alta, aun sabiendo que era inadecuado para la época del año, el día y la dignidad de un empleado de estación, el guardián de los verdaderos y antiguos límites de la ciudad, de su Puerta de Hércules.

Bordeando la estación, veía las luces de la Casa del Viaducto, donde en ese mismo momento un solitario viajante de comercio se inclinaba para besar la foto de una muchacha bonita en un catálogo de ventas por correo. El beso le dejó un ligero sabor a tinta. Más allá de la Casa del Viaducto estaban las luces rectilíneas del parque del pueblo, pero el pueblo en sí era circular y no

se ajustaba en absoluto a la carretera principal que serpenteaba hacia el mar hasta Travertine, ni a las vías del ferrocarril, ni tan siquiera a la curva del río, sino a las necesidades peatonales de sus habitantes, situándolos a corta distancia del parque. Tenía, en realidad, la forma de una población antigua y, vista desde el aire en un día más claro, podría haber estado en Etruria. El señor Jowett podía ver a través de las ventanas, al otro lado de la Casa del Viaducto y por encima de la casa del proveedor de equipos para barco, el interior del piso de los Hastings, donde el señor Hastings estaba adornando el árbol de Navidad. Este estaba de pie en una escalera de mano y su mujer y sus hijos le iban pasando los adornos y diciéndole dónde debía colgarlos. De repente se inclinó y le dio un beso a su mujer. Era el compendio de los sentimientos que la fiesta y la tormenta despertaban en él, pensó el señor Jowett, y esto le hizo feliz. Le parecía sentir la felicidad en las tiendas y en las casas, por todas partes. Tray, el viejo perro, trotó alegremente calle arriba, camino de su casa, y el señor Jowett pensó con afecto en todos los perros de Saint Botolphs. Había perros inteligentes, perros tontos, perros ladrones y sanguinarios, y cuando saqueaban el tendedero, volcaban los cubos de la basura, mordían al cartero, perturbaban el sueño de los justos, parecían diplomáticos y emisarios. Parecían, a su manera burlona, mantener unido el lugar.

Las últimas personas que venían de hacer compras volvían a casa con un par de mitones para el basurero, un broche para la abuela y un osito de peluche relleno de serrín para la pequeña Abigail. Como el perro viejo, Tray, todo el mundo regresaba a casa, y todo el mundo tenía una casa a la que volver. Era un lugar entre un millón, pensó el señor Jowett. Aunque tenía un pase, nunca le había apetecido mucho viajar. El pueblo, él lo sabía, tenía, como cualquier otro, a sus brutos y a sus arpías, a sus ladrones y a sus perversos, pero, como cualquier otro, procuraba ocultar estos hechos bajo

una capa de decoro que no era hipocresía, sino una manera o una forma de esperanza. A esa hora la mayoría de los habitantes estaban poniendo sus árboles de Navidad. El significado druídico de traer a casa un árbol verde en el solsticio ciertamente nunca había pasado por la cabeza de ninguno de los nativos, pero trataban los árboles elegidos (en la época acerca de la cual escribo) con más respeto instintivo del que demuestran hoy en día. Cuando los árboles habían cumplido su cometido, no los metían en el cubo de la basura ni los tiraban en la cuneta junto a las vías del tren con algunas hebras de cabello de ángel prendidas en las ramas. Los hombres y los muchachos los quemaban ceremoniosamente en el patio trasero, admirando las llamaradas y el olor del humo balsámico. La gente no decía, como harían ahora, que el árbol de los Tremaine era escuálido, que el de los Wapshot tenía un trozo pelado en el centro, que el de los Hastings era achaparrado y que los Guilfoyles debían de haber sufrido reveses económicos, ya que solo habían pagado cincuenta centavos por su árbol. Las luces espectaculares, la competencia y el desprecio por los símbolos llegarían, pero lo harían más tarde. Las luces, en la época a la que me refiero, eran escasas y rudimentarias y los adornos eran conmemorativos, como los cubiertos de plata, y se manejaban con respeto, como si uno estuviese contando los huesos de su familia. Naturalmente, estaban estropeados, los pájaros sin colas, las campanillas sin badajos y a veces los ángeles sin alas. La que realizaba esta ceremonia de la decoración del árbol era una población vestida de un modo tradicional. Todos los hombres llevaban pantalón y todas las mujeres falda, excepto la señor Wilston, que era una viuda, y Alby Hooper, que era un carpintero ambulante. Ambos llevaban dos días bebiendo bourbon y estaban completamente desnudos.

En el lago helado —el lago de Parson en el norte de la ciudad— dos chicos se esforzaban por dejar despejado un espacio suficiente de hielo para jugar un

partido de hockey a la mañana siguiente. Patinaban de acá para allá, empujando ante sí unas palas. Era una tarea imposible. Ambos lo comprendían claramente, y sin embargo continuaban yendo y viniendo, acercándose y alejándose del estruendo de las cataratas de la presa con una inexplicable ansia. Cuando la capa de nieve se volvió demasiado espesa para poder patinar, apoyaron las palas contra un pino y se sentaron a su cobijo para desatarse los patines.

—¿Sabes, Terry? Te echo de menos cuando te vas fuera, al colegio.

—Allí me ponen tantos deberes que yo no tengo posibilidad de echar de menos a nadie.

—¿Quieres fumar?

—No, gracias.

El primer chico sacó del bolsillo una petaca llena de raíz de saсаfrás molida con un afilalápices limpio, echó un poco en un cuadrado de papel higiénico basto, amarillo, y lio un cigarrillo flojo que se encendió como una antorcha, iluminando su cara delgada, que tenía una momentánea expresión de afabilidad, y soltando chispas sobre sus pantalones. Cuando aspiró, notó el sabor de todos los componentes del cigarrillo, el áspero aroma del papel higiénico al quemarse y la dulzura del saсаfrás. Se estremeció cuando el humo tocó sus pulmones, pero el cigarrillo le proporcionó una sensación de sabiduría y poder. Una vez que se quitaron los patines y la brasa del cigarrillo se apagó, echaron a andar hacia el pueblo. La primera casa por la que pasaron fue la de los Ryder, conocida en Saint Botolphs porque, desde siempre, las persianas de la ventana de la sala estaban bajadas y la puerta de esta cerrada con llave. ¿Qué ocultaban los Ryder en su sala? No había una sola persona en el pueblo que no se lo hubiera preguntado. ¿Tenían allí un cadáver, una máquina del movimiento continuo, una colección de muebles del siglo XVIII, un altar pagano, un laboratorio para infernales experimentos con perros y

gatos? Algunas personas habían hecho amistad con los Ryder en la esperanza de entrar en su sala, pero nadie lo había conseguido nunca. Los Ryder, una familia extraña pero no antipática, estaban adornando su árbol en el comedor, que era donde hacían la vida. Junto a la casa de los Ryder estaba la de los Tremaine y, al pasar delante de ella, los chicos vieron un destello de algo amarillo —cobre o latón— que daba una pista de la riqueza de colorido en aquella casa. Cuando viajó por Persia en su juventud, el doctor Tremaine le curó al sha unos diviesos y este le recompensó con alfombras. Los Tremaine tenían alfombras persas sobre las mesas, encima del piano, en las paredes y en el suelo, y sus luminosos tintes se veían a través de las ventanas. De repente, para uno de los chicos —el fumador— la inclemencia de la tormenta y los cálidos colores de la casa de los Tremaine convergieron. Fue como un descubrimiento, y tan excitante que echó a correr. Su amigo se apresuró a su lado hasta la esquina, donde oyeron las campanadas de la iglesia de Cristo.

El párroco estaba a punto de bendecir a los que habían venido a cantar villancicos, que estaban de pie en su cuarto de estar. Sus ropas despedían un rancio y estimulante olor a la tormenta. El cuarto estaba ordenado, limpio y caldeado, y había estado —antes de que ellos entraran con sus ropas nevadas— fragante. Sabían que el señor Applegate había limpiado el cuarto personalmente, porque era soltero y no tenía ama de llaves. No le agradaba que entrasen mujeres en su refugio. Era alto, con una sorprendente, y en cierto modo elegante, curvatura de la espina dorsal, producida por un abultado abdomen que portaba de una forma majestuosa y satisfecha, como si contuviese dinero y valores. De vez en cuando se daba palmaditas en la panza: su orgullo, su amiga, su solaz, su margen de error. Con las gafas puestas daba la impresión de un clérigo gordo y benigno, pero cuando se las quitaba para limpiárselas, su mirada era penetrante y ojerosa, y su aliento olía a ginebra.

Su vida era solitaria y, cuanto más envejecía, más agobiado se sentía por las dudas respecto al Espíritu Santo y la Virgen María, y era cierto que bebía. Cuando llegó a la parroquia, las solteronas le bordaban las estolas y le iluminaban los libros de oración, pero cuando se hizo evidente que él no apreciaba sus atenciones, apremiaron a la sacristía y al obispo para que lo despidieran por borracho. No eran sus borracheras lo que las enfurecía. Su insistencia en permanecer célibe, su soltería, las ofendía como mujeres y anhelaban verle deshonorado, secularizado, flagelado y hostigado a lo largo de Wilton Trace, pasando ante la antigua fábrica de píldoras, hasta más allá de los límites del pueblo. Además, el señor Applegate había comenzado recientemente a sufrir una alucinación. Le parecía que cuando les repartía el pan y el vino oía el contenido de las oraciones y peticiones de sus feligreses. Sus labios no se movían, por eso sabía que era una alucinación, una especie de locura, pero a medida que iba de una figura arrodillada a otra le parecía oírles preguntar:

—Señor Dios, ¿debo vender las gallinas ponedoras?

—¿Debo acortarme el vestido verde?

—¿Debo talar los manzanos?

—¿Debo comprarme una nevera nueva?

—¿Debo mandar a Emmett a Harvard?

—Bebe esto en memoria de la sangre de Cristo que fue derramada por ti, y da las gracias —dijo, con la esperanza de purgar su mente de esta mortificante ilusión, pero le parecía que seguía oyéndoles preguntar:

—¿Debo servir salchichas fritas de desayuno?

—¿Debo tomar una píldora para el hígado?

—¿Debo comprar un Buick?

—¿Debo regalarle a Helen la pulsera de oro, o esperar hasta que sea mayor?

—¿Debo pintar las escaleras?

Era la sensación de que toda experiencia humana exaltada era una impostura, y que las cadenas del ser eran cadenas de humildes preocupaciones. Si hubiera confesado que tenía el vicio de la bebida y serias dudas sobre la santidad, habría acabado pegando sellos en alguna oficina diocesana y se sentía demasiado viejo para eso.

—Dios Todopoderoso —dijo en voz alta—, bendice a estos Tus siervos en la tarea de celebrar el nacimiento de Tu único Hijo, por el Cual y con el Cual en unidad del Espíritu Santo recibe todos los honores y la gloria, oh Padre Todopoderoso, por los siglos de los siglos. Amén.

La bendición olía claramente a enebro. Cantaron un amén y una estrofa de «Christus Natus Hodie».

Absortos y desarmados en el acto de cantar, sus rostros le parecieron desacostumbradamente abiertos, como otras tantas ventanas, y al señor Applegate le complació mirarlos, tan variados le parecieron en ese momento. La primera era Harriet Brown, que había trabajado en el circo cantando música romántica para las estatuas vivientes. Estaba casada con un manirroto, y era ella quien mantenía a la familia hoy en día, haciendo pasteles y tartas. Su vida había sido dura, y su cara pálida estaba duramente marcada. Al lado de Harriet estaba Gloria Pendleton, cuyo padre era dueño del taller de bicicletas. Eran la única familia de color del pueblo. El collar de diez centavos que llevaba Gloria parecía de incalculable valor, y ella dignificaba todo lo que tocaba. La suya no era una belleza primitiva o bárbara, sino extraordinaria y racial, que parecía acentuar la gordura y palidez de Lucille Skinner, que estaba a su derecha. Lucille había estudiado música en Nueva York durante cinco años. Se calculaba que su educación había costado cerca de diez mil dólares. Le habían prometido que podría hacer carrera en la ópera, y ¿a quién no se le subiría a la cabeza la idea de cantar en San Carlo y

La Scala, y esos estruendosos aplausos que parecen constituir la esencia de la mejor y más calurosa sonrisa del mundo? ¡Zafiros y chinchillas! Pero el terreno está copado, como todo el mundo sabe, y dominado por gente sin escrúpulos, y ella regresó a casa para ganarse la vida honradamente dando clases de piano en la sala de su madre. Su amor por la música —esto era aplicable a la mayoría de ellos, pensó el señor Applegate— había sido una pasión absorbente y decepcionante. Junto a Lucille estaba la señora Coulter, la esposa del fontanero. Era vienesa y había sido modista antes de su matrimonio. Era una mujer frágil, de piel morena, con sombras como de tizne bajo los ojos. A su lado estaba el viejo señor Sturgis, que llevaba un cuello de celuloide y una bufanda de brocado, y había cantado en público siempre que había podido desde que fue admitido en el orfeón de su universidad cincuenta años antes.

Detrás del señor Sturgis estaban Miles Howland y Mary Perkins, los cuales iban a casarse en la primavera pero eran amantes desde el verano anterior, aunque nadie lo sabía. Él le había quitado la ropa por primera vez en el pinar que había detrás del lago de Parson, durante una tormenta, y desde entonces casi no habían pensado más que en cómo, dónde y cuándo podrían hacerlo la próxima vez; moviéndose, al mismo tiempo, en un mundo iluminado por las caras inteligentes y confiadas de sus padres, a los cuales querían. Se llevaron un almuerzo campestre a la isla de Bascom y no se vistieron en todo el santo día. Maravilloso, fue maravilloso. ¿Era pecado? ¿Se abrasarían en el infierno, sufrirían tormentos? ¿Caería él fulminado por un rayo durante un partido de béisbol? Más tarde, esa Nochebuena, ayudaría en el altar durante la Sagrada Comunión, vestido de monaguillo, escudriñando la iglesia oscura, mientras aparentaba rezar, en busca de la cara de ella. A la luz de todos los votos que había tomado, aquello era atroz, pero ¿cómo podía serlo, puesto que si su carne no hubiera informado a su espíritu él nunca habría conocido esta

sensación de fuerza y ligereza en sus huesos, esta plenitud de corazón, esta absoluta creencia en la gozosa nueva de la Navidad, la estrella y los Reyes? Si la acompañaba a casa bajo la nieve, al salir de la iglesia, puede que sus amables padres le invitaran a pasar la noche y quizá ella vendría a su cuarto. En su mente oyó el crujido de las escaleras, vio la planta de su pie y pensó, en su inocencia, qué maravillosa era su naturaleza, que le permitía alabar a su Salvador y ver la forma del pie de su amada al mismo tiempo. Al lado de Mary estaba Charlie Anderson, que tenía el don de una voz de tenor excepcionalmente dulce, y junto a él estaban los gemelos Basset.

Con las ropas oscuras y heterogéneas que se habían puesto para salir bajo la nevada, los cantores de villancicos tenían un aspecto inusitadamente triste, pero en el momento en que se pusieron a cantar se transformaron. La negra parecía un ángel, y la rolliza Lucille alzó la cabeza airoso y pareció desprenderse de su juventud malgastada en las lluviosas calles próximas al Carnegie Hall. Esta instantánea transformación del grupo era emocionante, y el señor Applegate sintió que su fe se renovaba, que ante él se abría una infinidad de posibilidades no realizadas, una tremenda abundancia de paz, un renacimiento sin bandoleros, un éxtasis de luz y color, ¡un reino! ¿O era la ginebra? Los cantores parecieron absueltos y purificados mientras duró la música, pero cuando la nota final se apagó, volvieron a ser ellos mismos con igual prontitud. El señor Applegate les dio las gracias y ellos se dirigieron a la puerta. Él se llevó a un lado al viejo señor Sturgis y le dijo con tacto:

—Ya sé que goza usted de buena salud, pero ¿no cree que esta nevada es un poco demasiado intensa para que usted salga? Han dicho por la radio que no hemos tenido una nevada semejante en cien años.

—Oh, no, gracias —contestó el señor Sturgis, que era sordo—. Tomé un tazón de leche con galletas antes de salir.

Los cantores de villancicos salieron de la rectoría y se encaminaron hacia

el parque.

La música se oía en la tienda de comestibles, que Barry Freeman estaba ya cerrando. Barry se había graduado en la academia Andover, y durante las vacaciones de Navidad de su último curso había ido al baile de la Estrella Oriental con un esmoquin nuevo. Hubo una carcajada general no bien apareció. Sacó a una chica y luego a otra, y cuando todas se negaron a bailar con él, intentó meterse en la pista, pero le echaron, riéndose de él. Se quedó apoyado en la pared durante casi media hora antes de ponerse el abrigo y marcharse a casa bajo la nieve. Su aparición vestido de esmoquin no había sido olvidada. «Mi hija mayor —podía decir una mujer— nació dos años después de que Barry Freeman fuera vestido de mono al baile de la Estrella Oriental.» Fue un punto crucial en la vida de Barry. Puede que esa fuera la explicación de que nunca se casara y de que esta Nochebuena se encaminara a una casa vacía.

La música se oía en los almacenes Bryant («Precios de saldo»), donde la vieja Lucy Markham estaba hablando por teléfono.

—¿Tiene usted Príncipe Alberto en lata, señorita Markham? —le preguntó la voz de una niña.

—Sí, guapa —contestó esta.

—Deja de molestar a la señorita Markham —dijo Althea Sweeney, la telefonista—. No se debe utilizar el teléfono para molestar a la gente en Nochebuena.

—Va contra la ley —dijo la niña— intervenir en conversaciones telefónicas privadas. Simplemente le estoy preguntando a la señorita Markham si tiene Príncipe Alberto en lata.

—Sí, guapa —dijo la señorita Markham.

—Pues suéltelo —dijo la niña, con la voz quebrada por la risa.

Althea prestó atención a una conversación más interesante, una llamada de

ochenta y cinco centavos a New Jersey, desde la tienda de Prescott.

—Soy Dolores, mamá —decía una voz desconocida—. Estoy en un sitio que se llama Saint Botolphs... No, no estoy borracha, mamá. Solo quería desearte feliz Navidad, mamá... Solo quería desearte feliz Navidad. Y también al tío Pete y a la tía Mildred. Feliz Navidad a todos... —estaba llorando.

«... por San Esteban —cantaba el grupo de los villancicos— cuando todo estaba nevado...»

Pero la voz de Dolores, con su profecía de gasolineras y moteles, autopistas y supermercados abiertos toda la noche, tenía más que ver con el mundo del porvenir que las canciones del parque.

Los cantores tomaron Boat Street para ir a casa de los Williams. Sabían que allí no les ofrecerían nada; no porque el señor Williams fuese tacaño, sino porque pensaba que invitarles podría poner en entredicho la probidad del banco del cual era presidente. Hombre conservador, tenía en su despacho una fotografía de Woodrow Wilson enmarcada en un viejo asiento de retrete de caoba. Su hija, que estudiaba en el internado de Miss Winsor, y su hijo, que estudiaba en Saint Mark, estaban de pie en la puerta con su padre y su madre y les gritaron:

—¡Feliz Navidad! ¡Feliz Navidad!

Junto a la casa de los Williams estaba la de los Brattle, donde les invitaron a entrar para tomar una taza de cacao. Jack Brattle se había casado con la hija de los Davenport de Travertine. No fue un matrimonio feliz y, cuando Jack oyó en algún sitio que el perejil era un afrodisíaco, plantó ocho o diez hileras de perejil en su jardín. En cuanto el perejil maduró, los conejos empezaron a comérselo, y una noche en que Jack salió al jardín con una escopeta, le abrió un boquete irreparable en el estómago a un pescador portugués llamado Manuel Fada, que era el amante de su mujer desde hacía años. Fue sometido

a juicio en el tribunal del condado, acusado de homicidio y absuelto, pero su mujer se fugó con un vendedor de objetos de jardín, y ahora Jack vivía con su madre.

Al lado de los Brattle vivían los Dummer, en cuya casa los cantores de villancicos tomaron licor de diente de león y galletas dulces. El señor Dummer era un hombre frágil que a veces hacía labores de aguja y que era padre de ocho hijos. Sus enormes vástagos se alineaban detrás de él en el cuarto de estar, como una demostración excesiva de su vigor. La señora Dummer parecía estar embarazada de nuevo, aunque no resultaba fácil asegurarlo. En el vestíbulo había una fotografía suya de cuando era una chica joven y bonita, posando al lado de un ciervo en hierro forjado. El señor Dummer le había puesto una etiqueta: DOS GACELAS. Los cantores se la señalaron unos a otros al salir de la casa.

Al lado de los Dummer vivían los Bretagne, que diez años antes habían estado en Europa, donde habían comprado un nacimiento que todos admiraban. Su hija única, Hazel, estaba allí con su marido y sus hijos. Durante la ceremonia de la boda de Hazel, cuando el señor Applegate preguntó quién entregaba a la muchacha, la señora Bretagne se levantó de su banco y dijo: «Yo. Es mía, no de él. Yo la cuidé cuando estaba enferma. Yo le hice la ropa. Yo la ayudé con los deberes del colegio. Él nunca hizo nada. Es mía, y soy yo quien la entrego». Este comportamiento poco convencional no parecía haber afectado la felicidad matrimonial de Hazel. Su marido parecía próspero y sus niños eran guapos y bien educados.

Al final de la calle estaba la casa de la anciana Honora Wapshot, donde sabían que les darían ron con mantequilla, y bajo la tormenta de nieve la vieja casa, con todos los fuegos ardiendo y todas las chimeneas humeando, parecía una hermosa obra del hombre, el tipo de casa que un pintor de tarjetas navideñas o un marinero desesperadamente solo habría dibujado, ladrillo por

ladrillo, habitación por habitación, en Nochebuena. Maggie, la doncella, les abrió y pasó el ron. Honora estaba de pie al fondo de la sala, una señora anciana con un vestido negro generosamente espolvoreado con harina o polvos de talco. El señor Sturgis hizo los honores.

—Recítenos el poema, Honora —dijo.

Ella retrocedió hasta el piano, se estiró el vestido y comenzó:

*Anunciada por todas las trompetas del cielo,
llega la nieve y, pasando sobre los campos,
nunca parece posarse; el aire blanqueado
oculta los montes y los bosques, el río y el cielo,
y vela la granja al fondo del jardín...*

Llegó hasta el final sin equivocarse, y luego cantaron «Regocijo para el mundo». Era el villancico favorito de la señora Coulter y la hizo llorar. Los acontecimientos de Belén no le parecían una revelación, sino una afirmación de lo que ella siempre había sabido, en sus huesos, que era la sorprendente abundancia de la vida. Era por esta casa, esta compañía, esta noche tormentosa por lo que Él había vivido o muerto. ¡Y qué maravilla, pensó, que el mundo hubiese sido bendecido con un salvador! ¡Qué maravilla que ella tuviera tanta capacidad de gozo! Cuando acabó el villancico, se secó las lágrimas y le dijo a Gloria Pendleton:

—¿A que es maravilloso?

Maggie volvió a llenarles los vasos. Todos protestaron, todos se bebieron su copa, y al salir otra vez a las calles nevadas sintieron, como el señor Jowett, que había felicidad en todas partes, que estaban rodeados de ella.

Pero había por lo menos una figura solitaria en el escenario, solitaria y furtiva. Era el anciano señor Spofford, que avanzaba con la especial agilidad del ladrón por la senda que conducía al río. Llevaba un misterioso saco. Vivía en las afueras del pueblo y se ganaba la vida arreglando relojes. Su familia

había tenido una posición desahogada, y él había viajado y había ido a la universidad. ¿Qué podía llevar al río en Nochebuena bajo una tormenta de las que hacen época? Debía de ser un secreto, algo que quería destruir, pero ¿qué documentos podía poseer un viejo solitario? ¿Y por qué elegiría precisamente esta noche para esconder su secreto en el río?

El saco que llevaba era una funda de almohada, y en ella había nueve gatitos vivos. Constituían una abultada carga, maullaban con fuerza pidiendo leche, y su errónea vitalidad le apenaba. Había intentado dárselos al carnicero, al pescador, al basurero y al farmacéutico, pero quién quiere un gatito callejero en Nochebuena, y él solo no podía ocuparse de nueve gatos. No era culpa suya que su vieja gata hubiera concebido, no era culpa de nadie, pero cuanto más se acercaba al río, más pesada se volvía su carga de culpa. Era la destrucción de su vitalidad, de su vida, lo que le dolía. Se supone que los animales no pueden comprender la muerte y, sin embargo, la forma en que se debatían dentro de la funda de almohada era vigorosa y aprensiva; y él tenía frío.

Era un viejo, y odiaba la nieve. Avanzando hacia el río, le pareció ver en la nevada la mortalidad del planeta. La primavera no volvería nunca. El valle del río West jamás volvería a ser un cuenco de hierba y violetas. Las lilas nunca más florecerían. Viendo cómo se arremolinaba la nieve sobre los campos, conoció en sus huesos la muerte de las civilizaciones: París enterrado en la nieve, el Gran Canal y el Támesis helados, Londres abandonado y, en las cuevas de la montaña de Innsbruck, unos pocos supervivientes encogidos junto a una hoguera de patas de sillas y mesas. Este invierno ruso, cruel, doloroso, pensó; esta muerte de la esperanza. La alegría, el valor, todos los buenos sentimientos se habían extinguido dentro de él a causa del frío. Trató de proyectar esta hora en el futuro, de inventarse un suave deshielo, un clemente viento del suroeste, agua azul corriendo en el río,

tulipanes y jacintos en flor, las gordas estrellas de una noche de primavera colgadas en el árbol del cielo; pero, en cambio, sentía en los huesos y en los dolorosos latidos de su corazón el frío de los glaciares, la edad de hielo.

El río estaba helado, pero había algo de agua junto a las riberas donde la corriente cambiaba. Lo más fácil sería meter una piedra en la funda de almohada, pero esto podría herir a los gatitos a los que se proponía matar. Hizo un nudo en la boca del saco y, cuando se aproximó al agua, los maullidos se hicieron más fuertes y quejumbrosos. Las riberas estaban cubiertas de hielo. El río era profundo. La nieve era cegadora. Cuando metió el saco en el agua, flotó, y al intentar sumergirlo, perdió el equilibrio y se cayó al agua.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! —gritó—. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!
¡Me ahogo!

Pero nadie le oyó, y pasaron varias semanas antes de que le echaran de menos.

Entonces se oyó el silbido del tren; el tren de la tarde que con su rastrillo delantero se había abierto paso entre las masas de nieve, trayendo a casa a los que llegaban tarde, trayéndolos a esas viejas casas de Boat Street, donde nada había cambiado y nada era extraño y nadie se preocupaba y nadie sufría, donde dentro de una o dos horas se cribarían las almas de los hombres, los buenos recibirían toboganes y trineos, patines y botas de nieve, caballitos y monedas de oro, y los malos solo recibirían un pedazo de carbón.

La familia Wapshot se instaló en Saint Botolphs en el siglo xvii. Yo los conocía bien; me dediqué a examinar sus asuntos, de hecho, pasé los mejores años de mi vida, la culminación de la misma, entregado a su crónica. Eran bastante cordiales. Cuando te los encontrabas por la calle en Saint Botolphs se comportaban como si este encuentro casual fuese algo que habían anticipado, pero si les contabas cualquier cosa —que el río West se había desbordado o que Pinkham's Folly había ardido por completo— te daban a entender, con una sonrisa fugaz, que habías cometido una equivocación. A los Wapshot no había que contarles nada. Su resistencia a recibir información parecía ser un rasgo de familia. Tenían buena opinión de sí mismos; se consideraban tan sanos que les parecía imposible no haberse enterado de la inundación o el incendio, aunque hubieran estado en Europa. Yo fui al colegio con los chicos, participé en regatas con Moses en el club náutico de Travertine y jugué a fútbol americano con ambos. Se animaban el uno al otro como si gritando el apellido familiar en un terreno de juego les confiriera una especie de inmortalidad. Pasé muchos ratos agradables en su casa de River Street y, sin embargo, lo que recuerdo es que siempre estaba en su poder el hacerme sentir solo, el dejar dolorosamente claro que yo era un extraño.

Moses, en la época en que más le traté, poseía la clase de buena presencia que facilita que un muchacho tenga un gran éxito en el instituto y la decepción de no ir mucho más allá. Tenía el cabello rubio oscuro y la tez cetrina. Todo el mundo quería a Moses, incluyendo a los perros del pueblo, y

él se comportaba con la más pura e impulsiva humildad. No todo el mundo quería a Coverly. Tenía el cuello largo y la desagradable costumbre de hacer crujir sus nudillos. Sarah Wapshot, su madre, era una mujer rubia y esbelta que llevaba quevedos, pronunciaba mal la palabra «interesante» y afirmaba haber leído *Middlemarch* dieciséis veces. Solía dejarse los libros en el jardín y su colección de George Eliot estaba manchada y estropeada por la lluvia. El padre, Leander, era uno de esos yanquis de Massachusetts que siempre conservan un aspecto de uno, aunque hacia el final tenía el aspecto de uno que hubiera visto a la Gorgona. Tenía el color encendido, unos hermosos ojos azules y el pelo blanco y abundante. Pasó los últimos años de su vida llevando una lancha entre Travertine y el parque de atracciones de Nangasakit. Leander se ahogó mientras estaba nadando. La señora Wapshot murió dos años después y subió al cielo, donde debió de estar ocupadísima, ya que perteneció a esa primera generación de mujeres americanas que disfrutó de la igualdad sexual. Se había agotado haciendo buenas obras. Había fundado el Club de Mujeres y el Club de Sucesos de Actualidad, y fue directora de la Liga para la Defensa de los Animales y del Hogar Lambert para Madres Solteras. A consecuencia de todas estas actividades, la casa de River Street siempre estaba llena de polvo, las flores de los jarrones muertas desde hacía tiempo y los relojes parados. Sarah Wapshot era una de esas mujeres cuya comprensión de las cuestiones vitales las obligaba a considerar que las sencillas tareas de una casa eran en cierto modo perversas. Coverly se casó con una chica que se llamaba Betsey MacCaffery y procedía de las tierras baldías de Georgia; trabajaba en la barra de una cafetería de la calle 42. En la época acerca de la que escribo él trabajaba en la base de misiles de Talifer. Moses había dejado su puesto de auxiliar en un banco para trabajar en Leopold y Compañía, una sospechosa firma de corretaje. Se casó con Melissa Scaddon. Tanto Moses como Coverly tenían hijos varones.

Obsérvalos una tarde de verano repartidos por el césped que se extiende entre su casa y la orilla del río West, en la agradable hora que antecede a la cena. La señora Wapshot le está dando a Lulú, la cocinera, una lección de pintura paisajística. Han instalado el caballete un poco a la derecha del grupo. La señora Wapshot sostiene un marco de papel delante de la vista del río y está diciendo: «*Cherchez la motif, Lulu. Cherchez la motif*». Leander está bebiendo bourbon y admirando la luz. Para un hombre que es, en todas sus costumbres, claramente provinciano, la vida de Leander ha tenido más latitud de lo que cabría suponer. Una vez viajó al oeste, hasta Cleveland, con una compañía de teatro que representaba obras de Shakespeare y, unos años más tarde, ascendió treinta y ocho metros en un globo aerostático en la feria del condado. Está orgulloso de sí mismo y de sus hijos; el orgullo forma parte de la mirada tranquila e inquisitiva con que contempla las riberas del río, pienso que todos los ríos del mundo son antiguos pero que los de su país parecen los más antiguos.

Coverly está fumigando a las mariposas nocturnas de los manzanos. Moses pliega una vela. A través de las ventanas abiertas de la casa oyen la sonata de Waldstein interpretada por el primo Devereaux, que está practicando para el concierto de su debut en el otoño. Devereaux tiene una cara morena y abrumada y aún no ha cumplido los doce años. «Luz y sombra, luz y sombra», dice la anciana prima Honora, refiriéndose a la música. Lo mismo diría si se tratara de Chopin, Stravinski o Thelonious Monk. Es una formidable anciana de setenta y tantos años, vestida enteramente de blanco. (Se pondrá de negro el día del Trabajo.) Su dinero ha salvado repetidas veces a la familia de la deshonra o algo peor y, aunque su propia casa está al otro extremo del pueblo, contempla este paisaje con mirada de propietaria. El loro, en su jaula colgada junto a la puerta de la cocina, exclama: «Julio César, estoy completamente *asqueado*». Es lo único que sabe decir.

Qué ordenado, limpio y sensato parece el mundo; sobre todo, qué luminoso, como si este fuese el comienzo del mundo, de una cadena de mañanas. Es tarde en el día, tarde en la historia de esta parte del mundo, pero lo tardío del momento en nada eclipsa su ardor. Entonces sale una nube de humo de la cocina —se han quemado los panecillos— pero no importa. Cenan en un comedor lúgubre, juegan un poco al whist, se dan las buenas noches con un beso y se van a dormir y a soñar.

El problema empezó una tarde, cuando Coverly Wapshot se apeó del tren lento, el único en dirección sur que todavía paraba en el pueblo de Saint Botolphs. Era a finales de invierno, justo antes de anochecer. La nieve había desaparecido pero la hierba estaba quemada y el lugar no parecía haberse repuesto de las tormentas de febrero. Coverly le dio la mano al señor Jowett y le preguntó por su familia. Le hizo un gesto de saludo al barman de la Casa del Viaducto y luego a Barry Freeman, de la tienda de comestibles, y le dijo hola a Miles Howland, que salía del banco. El cielo del atardecer estaba luminoso y turbulento pero no arrojaba nada de sus luces y fuegos teatrales sobre la oscuridad del parque. Este impresionante espectáculo se quedaba en el aire. Entre los edificios vio el río West con su, para él, enorme carga de gratos recuerdos y de su brillo sacó la improbable impresión de que la larga historia del río había sido una fuerza purificadora que había vuelto sus aguas aptas para beber. Al llegar a Boat Street, torció a la derecha. La señora Williams estaba sentada en su sala, leyendo el periódico. La única luz en la casa de los Brattle era la de la cocina. El hogar de los Dummer estaba a oscuras. La señora Bretainne, que estaba despidiendo a una visita, le dio la bienvenida. Entonces él se metió por el camino del jardín de la prima Honora.

Maggie abrió la puerta y él le dio un beso.

—No hay nada más que cecina —dijo Maggie—. Tendrás que matar un pollo.

Cruzó el largo pasillo, pasando por delante de las siete vistas de Roma, y

entró en la biblioteca, donde encontró a su anciana prima con un libro abierto en el regazo. Aquí estaba el hogar, dulce hogar, los metales bruñidos, el fuego de madera de manzano.

—Querido Coverly —dijo Honora en un impulso de afecto, y le besó en los labios.

—Honora —respondió Coverly abrazándola.

Luego se separaron y se examinaron astutamente para ver qué cambios se habían producido.

El cabello blanco de Honora seguía siendo abundante y su cara leonina, pero su nueva dentadura postiza no le ajustaba bien y le hacía parecer un caníbal. Esta sugerencia de salvajismo le recordó a Coverly el hecho de que su prima nunca había sido fotografiada. En todos los álbumes familiares aparecía de espaldas a la cámara, de la cual huía, o con el rostro oculto por las manos, un bolso, un sombrero o un periódico. Un extraño que mirase los álbumes pensaría que se la buscaba por asesinato. Honora pensó que Coverly parecía desnutrido y se lo dijo.

—Estás flaco.

—Sí.

—Le diré a Maggie que te traiga un oporto.

—Preferiría un whisky.

—Tú no bebes whisky —repuso ella.

—Antes no —dijo Coverly—, pero ahora sí.

—¿Nunca acabarán las sorpresas? —preguntó Honora.

—Si vas a matar un pollo —dijo Maggie desde la puerta—, más vale que lo hagas ahora porque, si no, cenarás a medianoche.

—Lo mataré ahora —contestó Coverly.

—Tendrás que hablarle más alto —dijo Honora—. No oye.

Coverly siguió a Maggie a la cocina.

—Está más loca que nunca —le dijo Maggie—. Ahora asegura que no puede dormir. Asegura que no ha dormido desde hace años. Pues una tarde entro en la sala a llevarle el té y allí está. Dormida como un tronco. Roncando. Así que le digo: «Despierte, señorita Wapshot. Aquí tiene el té». Y me dice: «¿Qué quieres decir con eso de que me despierte? No estaba dormida. Solo estaba sumida en una profunda meditación». Y ahora está pensando en comprar un automóvil. Jesús, sería como soltar a un león hambriento por la calle. Atropellaría a niños inocentes si es que no se mataba ella primero.

La relación entre las dos ancianas se basaba en una especie de franca maledicencia que parecía contener tan poco de cierto que podría pasar por cómica. Maggie oía perfectamente, pero desde hacía años Honora le decía a todo el mundo que estaba sorda. Honora era excéntrica, pero Maggie le contaba a todo el mundo en el pueblo que estaba loca. Las enfermedades físicas y mentales que se inventaban la una de la otra tenían una calidad prístina que hacía casi imposible creer que hubiese ningún encarnizamiento en la contienda.

Coverly encontró un hacha pequeña en la despensa y salió al jardín bajando unos escalones de madera. A lo lejos se oían unas voces de niños, en las que se percibía claramente la pronunciación nasal típica de esa parte del mundo. Se oyó un cacareo procedente del gallinero que estaba detrás del seto. Se sintió inusualmente feliz en ese lugar escasamente poblado; notó que sus descontentos se diluían. Sabía que era la hora en que los jugadores de pinnacle atravesaban tranquilamente el parque camino del cuartel de bomberos y en que los anhelos de la adolescencia, exacerbados por la pequeñez del pueblo, se aproximaban a su clímax. Recordaba haberse sentado en los escalones de la puerta trasera de su casa en River Street, atormentado por un anhelo de amor, de amistad y de renombre que le había hecho aullar.

Cruzó el seto y entró en el gallinero. Las gallinas ponedoras ya se habían retirado pero cuatro o cinco gallitos picoteaban en el patio. Los persiguió hasta hacerlos entrar en el gallinero y después de una refriega poco digna, agarró a uno por las patas. El ave graznó suplicando piedad y Coverly le habló para tranquilizarla, eso esperaba, mientras ponía su cuello sobre el bloque y le cortaba la cabeza. Sostuvo el cuerpo convulso lejos de sí para que la sangre cayera al suelo. Maggie le trajo un cubo de agua hirviendo y un número atrasado del *Enterprise* de Saint Botolphs y él desplumó y destripó al ave, perdiendo las ganas de comer pollo durante ese proceso. Llevó el cadáver a la cocina y se reunió con la prima Honora en la biblioteca, donde Maggie había servido whisky y agua.

—¿Podemos hablar ahora? —preguntó Coverly.

—Supongo que sí —dijo Honora. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas—. ¿Quieres hablar de la casa de River Street?

—Sí.

—Pues nadie quiere alquilarla ni comprarla y me daría una pena enorme verla demoler.

—¿Qué le pasa?

—Los Whitehall la alquilaron en octubre. Se mudaron y casi inmediatamente la dejaron. Luego la cogieron los Haverstraw. Duraron una semana. La señora Haverstraw le dijo a todo el mundo en las tiendas que la casa estaba embrujada. Pero ¿quién iba a embrujarla? —preguntó, levantando la cara—. Nuestra familia siempre ha sido feliz. Ninguno de nosotros hemos hecho caso de los fantasmas. Pero, de todas formas, el asunto se comenta en todo el pueblo.

—¿Qué dijo la señora Haverstraw?

—Ella extendió el rumor de que es el fantasma de tu padre.

—Leander —dijo Coverly.

—Pero ¿para qué iba a venir Leander a molestar a la gente? —preguntó Honora—. Él no es que no creyera en fantasmas, sencillamente no le interesaban. Le oí decir muchas veces que pensaba que los fantasmas frecuentaban malas compañías. Y ya sabes lo bueno que era. Solía acompañar a las moscas y las mariposas a la puerta como si fueran visitas. ¿Para qué iba a volver, de no ser para tomarse un cuenco de leche con galletas saladas? También tenía sus defectos, naturalmente.

—¿Estabas tú con nosotros el día en que encendió un cigarrillo en la iglesia? —preguntó Coverly.

—Eso debes de habértelo inventado —dijo Honora, defendiendo el pasado.

—No —contestó Coverly—. Era Nochebuena y fuimos a la Sagrada Comunión. Recuerdo que él parecía muy devoto. Se ponía de pie, se arrodillaba, se persignaba y respondía a gritos. Luego, antes de la bendición, sacó un pitillo del bolsillo y lo encendió. Entonces me di cuenta de que estaba terriblemente borracho. Le dije: «No se puede fumar en la iglesia, papá», pero estábamos en uno de los primeros bancos y mucha gente le había visto. Lo que deseé en ese momento fue ser hijo del señor Pluzinski el granjero. No sé por qué, salvo que toda la familia era muy seria. Me parecía que si fuera hijo del señor Pluzinski, sería feliz.

—Deberías avergonzarte —dijo Honora. Luego suspiró, cambió de tono y añadió, incómoda—: Había otra cosa.

—¿Qué?

—¿Recuerdas que solía repartir monedas el Cuatro de Julio?

—Oh, sí.

Entonces Coverly vio la fachada de su casa en muchos colores. Una gran bandera colgaba desde el segundo piso, con las franjas carmesí descoloridas hasta adquirir el tono de la sangre vieja. Su padre estaba de pie en el porche, después del desfile y antes del partido, repartiendo monedas nuevas a una fila

de niños que llegaba hasta la calle. Todos los árboles estaban cubiertos de hojas y en su fantasía la luz era verdosa.

—Pues, como recordarás, guardaba las monedas en una caja de puros que había pintado de negro. Cuando revisé la casa encontré la caja. Aún había algunas monedas dentro. Muchas de ellas no eran auténticas. Creo que las hacía él mismo.

—¿Quieres decir que...?

—Shhh —dijo Honora.

—La cena está lista —anunció Maggie.

Honora parecía cansada después de cenar, así que él le dio las buenas noches con un beso y se marchó andando a su casa en la otra punta del pueblo. El lugar había estado vacío desde el otoño. Había una llave en el alféizar y al abrir la puerta notó un fuerte olor a cerrado. Este era el lugar donde él había sido concebido, donde nació y despertó a la excelencia de la vida, y sintió una intensa tristeza al descubrir que el escenario de tantos recuerdos deslumbrantes olía a podrido; pero esto, él lo sabía, no era más que la bobería instintiva que nos lleva a amar la permanencia, cuando no existe. Encendió las luces del vestíbulo y de la sala y trajo unos troncos del cobertizo. Se concentró en preparar y encender la chimenea, pero una vez que el fuego estuvo ardiendo comenzó a sentir, rodeado de tantas habitaciones deshabitadas, una irracional carga de celos, como si su presencia allí fuese una intromisión.

La casa era suya y de su hermano, por contrato, por herencia y por recuerdos. Sus goteras y demás achaques eran responsabilidad suya. Era él quien había roto el jarrón que estaba sobre la chimenea y quien había hecho una quemadura en el sofá. No creía en fantasmas, sombras, espíritus o cualquier otra manifestación de inquietud por parte de los muertos. Tenía veintiocho años, estaba felizmente casado y era padre de un niño. Pesaba

setenta kilos, gozaba de perfecta salud y había tomado pollo para cenar. Estos eran los hechos. Cogió un ejemplar de *Tristram Shandy* de la librería y se puso a leer. Oyó un fuerte ruido en la cocina y se sobresaltó de tal modo que empezaron a sudarle las manos. Alzó la cabeza el tiempo suficiente para incluir este ruido en el terreno de los hechos comprobables. Podía ser una contraventana, un trozo de leña, un animal o uno de esos vagabundos legendarios que formaban parte de la demonología local y que se suponía que habitaban las granjas vacías, dejando un rastro de hogueras, latas de picadura vacías, una vaca ordeñada y una solterona asustada. Pero él era joven y fuerte y aunque se encontrara a un vagabundo en el vestíbulo podría defenderse. ¿Por qué se sentía tan inmensamente incómodo? Fue al teléfono con la intención de preguntarle la hora a la telefonista, pero no había línea.

Continuó leyendo. Hubo un ruido en el comedor. Dijo algo en voz alta y enérgica para expresar su impaciencia y aprensión, pero el efecto que esto tuvo fue el de convencerle abrumadoramente de que le habían oído. Alguien estaba escuchando. Había un remedio para toda esta tontería. Se fue derecho al cuarto vacío y encendió la luz. Allí no había nada, pero el latir de su corazón era acelerado y doloroso y el sudor le corría por las palmas de las manos. Entonces la puerta del comedor se cerró sola lentamente. Esto era natural, ya que la vieja casa se combaba, por lo que la mitad de las puertas se cerraban solas mientras que la otra mitad no lo hacía en absoluto. Pasó por las puertas de vaivén a la despensa y a la cocina. Aquí tampoco vio nada, pero de nuevo tuvo la sensación de que había alguien en la habitación cuando encendió la luz. Había dos hechos: las habitaciones vacías y el estado de alarma de su piel. Decidido a poner fin a esto, salió de la cocina al vestíbulo y subió las escaleras.

Las puertas de todos los dormitorios estaban abiertas y, en la oscuridad, pareció sucumbir a la densidad de las vidas que se habían vivido allí a lo

largo de casi dos siglos. El peso del pasado era palpable, los gritos y los gemidos de la concepción, el nacimiento y la muerte, las canciones de la reunión familiar de 1893, el polvo levantado por el desfile del Cuatro de julio, el sobresalto de los amantes al encontrarse por casualidad en el pasillo, el crepitar de las llamas en el incendio que destruyó el ala oeste en 1900, la cortesía en los bautizos, la alegría de un joven esposo al traer a la novia a casa después de la boda, las inclemencias de un cruel invierno: todo eso se volvía palpable en el aire oscuro. Pero ¿por qué en esa oscuridad el ambiente era claramente de problemas y fracasos? Ebenezer había hecho una fortuna. Lorenzo había introducido en las leyes del estado una legislación de protección de menores. Alice había convertido al cristianismo a cientos de polinesios. ¿Por qué ninguno de estos fantasmas y espíritus parecía satisfecho de su obra? ¿Sería porque habían sido mortales, porque para cada uno de ellos el dolor de morir había sido amargo?

Regresó a la chimenea de la sala. Aquí estaba el mundo físico, iluminado por el fuego, terco y entrañable y, sin embargo, su respuesta física no era a la sala, sino a la oscuridad de las habitaciones que le rodeaban. ¿Por qué, sentado tan cerca del fuego, sentía un frío que le bajaba por el hombro izquierdo y un momento después le erizaba la piel del pecho, como si le hubieran puesto una mano allí? Si había fantasmas, opinaba como su padre que frecuentaban las malas compañías. Se asociaban con los pobres de espíritu y los débiles. Sabía que a veces dejamos tras nosotros, en una habitación, un aliento de amor o de rencor. Creía que lo que pagamos por nuestros amores en dinero, enfermedades venéreas, escándalo o éxtasis, lo dejamos atrás en los hoteles, cuartos de invitados, prados y campos donde descargamos esta parte de nosotros, sea como un aroma de bondad o un olor de maldad, para influir a quienes vienen detrás de nosotros. Por lo tanto era posible que ese rastro apasionado y excéntrico hubiese dejado tras de sí un

ambiente que hiciera que su presencia pareciese una intromisión. Era hora de acostarse, así que cogió unas mantas de un armario y se hizo la cama en el cuarto de los invitados, el más próximo a las escaleras.

Se despertó a las tres de la madrugada. Había suficiente resplandor de la luna o del propio cielo nocturno para iluminar la habitación. Lo que le había despertado, lo supo inmediatamente, no era un sueño, ni una fantasía ni un recelo; era algo que se movía, algo que él podía ver, algo extraño y antinatural. El terror se inició en los nervios ópticos y reverberó por toda su persona, pero era en sus ojos donde el terror había comenzado. Podía seguir el rastro de la perturbación por su sistema nervioso hasta las pupilas. El ojo contaba con la realidad y lo que había visto, o creía haber visto, era el fantasma de su padre. El caos que desencadenó esta alucinación fue horrendo; se puso a temblar de frío psíquico y físico, a temblar de terror, y sentándose en la cama, gritó:

—Oh, padre, padre, padre, ¿por qué has vuelto?

Su voz le sirvió de consuelo. El fantasma parecía haber salido de la habitación. Le pareció oír que los peldaños de la escalera cedían. ¿Había vuelto a buscar un cuenco de leche con galletas, a leer algo de Shakespeare? ¿Había vuelto porque sentía, como todos los otros, que el dolor de la muerte era cruel? ¿Había vuelto para revivir ese momento en que había renunciado a los supremos privilegios de la juventud, cuando despertó sintiéndose menos vital que de costumbre y comprendió que el médico no tenía ninguna cura para el otoño, ninguna medicina contra el viento del norte? El olor de sus años mozos permanecería aún en su nariz —el fuerte olor del trébol, la fragancia de los senos de las mujeres, tan parecido al viento de tierra, que huele a hierba y árboles— pero era hora de que dejase el campo a alguien más joven. Artrítico y encanecido, no deseaba menos que cualquier joven perseguir a las ninfas. Por colinas y valles. Ahora las ves, ahora no las ves. El

mundo, un paraíso, ¡un paraíso! Padre, padre, ¿por qué has vuelto?

En el cuarto de al lado se oyó el ruido de un objeto al caer. Saber que era una ardilla, que es lo que era, no le habría servido a Coverly para recobrar el juicio. Estaba totalmente fuera de sí. Agarró sus ropas, bajó las escaleras despavorido y dejó la puerta principal abierta. Se detuvo en la acera el tiempo justo para ponerse los calzoncillos. Luego corrió hasta la esquina. Allí se vistió con los pantalones y la camisa, pero corrió todo el camino hasta casa de Honora descalzo. Garabateó una nota de despedida, la dejó en la mesa del vestíbulo y cogió el tren de la leche en dirección norte poco después del amanecer. Pasó ante la casa de los Markham, luego Wilton Trace, más tarde la casa de los Lowell, que habían cambiado el letrero de SED BUENOS CON LOS ANIMALES, pintado en su granero, por el de DIOS RESPONDE A LAS ORACIONES, y luego la casa donde antes vivía y reparaba relojes el viejo señor Spofford.

En el viaje de vuelta a Talifer, donde vivía con Betsey, Coverly tuvo que llegar a la conclusión de que o estaba loco o había visto el fantasma de su padre. Optó por lo segundo, naturalmente, y sin embargo no podía decírselo a su mujer; no podía explicarle a su hermano Moses por qué estaba vacía la casa de River Street. El espectro de su padre parecía ir sentado junto a él en el avión que le llevó al oeste. Oh, padre, padre, ¿por qué has vuelto? Se preguntó qué pensaría su padre de Talifer.

La base para investigación y desarrollo de misiles tenía una población de veinte mil personas, divididas, como cualquier sociedad, sean cuales sean sus aspiraciones, en primera, segunda y tercera clase. La numerosa aristocracia se componía de físicos e ingenieros. Los comerciantes constituían la clase media, y había un vasto proletariado de mecánicos, tripulación de tierra y obreros de las torres de los misiles. A la mayoría de los aristócratas les habían dado refugios subterráneos y, aunque esto nunca se había hecho público, se sabía que en caso de que hubiera un cataclismo dejarían que el proletariado se escaldase. Este hecho producía ciertos rencores. Las partes vitales del lugar eran las veintinueve torres de los misiles al borde del desierto, el reactor atómico en forma de mezquita, los laboratorios y hangares subterráneos y el centro de ordenadores y administración de tres kilómetros cuadrados. Los fines de la base eran enteramente extraterrestres, y si bien el sentido común descartaría cualquier ironía sentimental y obvia respecto a la vastedad de la investigación científica emprendida en Talifer y a la capacidad para la tristeza

irracional, la soledad y el éxtasis que se daba entre los científicos era una forma de vida que presentaba algunos contrastes intelectuales muy fuertes.

La seguridad era siempre un problema. Nunca se mencionaba a Talifer en los periódicos. No existía públicamente. Esta preocupación por la seguridad parecía inhibir la vida en todos los planos. Un sábado por la tarde, Betsey estaba viendo la televisión. Coverly se había llevado a Binxy al centro comercial. Por la ventana vio que el señor Hanson, que vivía al otro lado de la calle, estaba desmontando las contraventanas y colocando los toldos. Tenía una escalera de mano, que plantó con cuidado sobre un parterre, luego se subió y desenganchó las contraventanas y se las llevó al garaje. Su mujer y sus hijos debían de haber salido. No había ningún otro signo de vida en la casa. Después de quitar las contraventanas de la planta baja, empezó con los dormitorios del piso de arriba. La escalera no llegaba hasta esa altura, por lo que tenía que trabajar sacando medio cuerpo por la ventana, desenganchando la hoja y metiéndola sesgada. Los enganches de una de las ventanas parecían estar torcidos o herrumbrosos; no se soltaban. Él se puso a caballo en el alféizar y dio un tirón de la hoja. Se cayó y aterrizó con un golpe sordo en la terracita que había cubierto de cemento pocas semanas antes. Betsey se quedó mirando el tiempo suficiente para ver que su cuerpo estaba inerte. Luego volvió a mirar la televisión. Veinte minutos después oyó una sirena, vio llegar una ambulancia y se llevaron la figura aún inerte en una camilla. Esa noche se enteró de que había muerto instantáneamente. Unos niños habían dado la alarma. Pero ¿por qué no lo había hecho ella? ¿Cómo podía explicar su extraña conducta? La general preocupación por la seguridad parecía estar en el fondo de su negligencia. No quería hacer nada que llamase la atención sobre ella, que implicara hacer declaraciones y contestar preguntas. Probablemente su preocupación por la seguridad la había llevado a pasar por alto la muerte de un vecino.

A Coverly le habría resultado difícil explicarle a Leander que, aunque había estudiado para ser perforista y subprogramador, le habían pasado a relaciones públicas cuando le trasladaron a la base de Talifer. Esto fue un error, cometido por uno de los ordenadores del departamento de personal, pero no había apelación. Vivían en un barrio heterogéneo. Betsey quería tener un refugio y Coverly había solicitado el traslado a otro barrio, pero la oficina inmobiliaria gubernamental estaba inundada de solicitudes similares y además Coverly no estaba mal allí. Habían plantado ginkgos a lo largo de las aceras por donde los niños patinaban, y los pájaros cantores habían anidado en ellos. Sentado en el patio trasero antes de cenar podía contemplar el deslucido y conmovedor crepúsculo de la montaña —ese resplandor acre y potente— más allá de las lejanas torres de los misiles. Tenían un jardincito y una parrilla para asar carne. La casa que había a su derecha era propiedad de un hombre llamado Armstrong, que trabajaba en el departamento de relaciones mundiales. Armstrong había desarrollado una prosa monosilábica, seca y viril para escribir las crónicas que firmaban los astronautas. La casa que había a su izquierda era propiedad de un hombre que trabajaba en una de las torres y se llamaba Murphy, el cual se emborrachaba y pegaba a su mujer todos los sábados por la noche. Una mañana, cuando Coverly estaba trabajando, el panel de señales indicó que había una llamada para él. Salió de la zona de seguridad para acudir al teléfono. Era Betsey.

—Me ha robado el cubo de la basura —dijo.

—No te entiendo, cielo —repuso Coverly.

—La señora Murphy —dijo Betsey—. El basurero ha venido esta mañana, como todos los martes, y cuando ha recogido la basura, ella se ha llevado mi estupendo cubo nuevo de metal galvanizado a su patio trasero, dejándome a mí ese cubo de plástico, viejo y rajado que trajeron desde Cabo Cañaveral.

—Bueno, no puedo hacer nada ahora —le dijo Coverly—. Estaré en casa a

las cinco y media.

Betsey aún estaba furiosa cuando él llegó.

—Ve allí ahora mismo y recupéralo —le dijo—. Lo llenarán de basura y dirán que es suyo. Deberías haber pintado nuestro nombre en el cubo. Ve allí ahora mismo y quítaselo. Ahí le tienes a él, cortando el césped.

Coverly salió de la casa y cruzó la línea de demarcación de su parcela. Pete Murphy acababa de poner en marcha su cortacésped. Las lejanas montañas parecían azules. La hora del día, la uniformidad de las casas, el ruido del motor de un cilindro y los dos hombres en mangas de camisa blanca conferían a la escena una insólita irrealidad, como si Coverly no estuviera a punto de acusar de robo a su vecino, o a la mujer de su vecino, sino a punto de comentar que los índices de comercialización mostraban, en su tendencia al alza, la indiscutible eficacia de la publicidad directa por correo. En resumen, su realidad y sus pasiones parecían puestas en duda. Las lejanas montañas habían sido formadas por el fuego y el agua, pero las casas del valle tenían un aspecto tan inconsistente que, al anochecer, daba la impresión de que olían a cartones de camisa. Coverly hizo crujir sus nudillos, nervioso, y llamó la atención de Pete con un movimiento brusco de la cabeza. Este pasó justo delante de él empujando el cortacésped y ahogando las palabras de Coverly con el ruido del motor. Coverly esperó. Pete hizo un segundo recorrido, luego apagó el motor y se paró frente a Coverly.

—Mi mujer me ha dicho que ustedes le han robado el cubo de la basura —dijo Coverly.

—¿Y qué?

—¿Tienen ustedes la costumbre de apropiarse de lo ajeno? —Coverly estaba más perplejo que enfadado.

—Escucha, pollito —dijo Murphy—. Donde yo crecí si no mangabas lo que podías, comías mierda.

—Pero da la casualidad de que este no es el sitio donde usted creció —dijo Coverly. Era una mala táctica. Parecía que estaba anotando a pie de página la disputa. Luego, seguro de que la razón estaba de su parte, habló con voz firme y severa, estropeada por cierta altivez anticuada o provinciana—. ¿Sería tan amable de devolvernos nuestro cubo de la basura?

—Escucha —dijo Murphy—. Has entrado ilegalmente en mi propiedad. Estás en mi terreno. Si no sales de aquí ahora mismo, vas a volver a tu casa mutilado de por vida. Te voy a sacar los ojos, te voy a romper las narices y te voy a arrancar las orejas.

Coverly le asestó un gancho con el puño derecho y Murphy, un hombre grande y al parecer cobarde, cayó al suelo. Coverly se quedó parado, un poco desconcertado. Entonces Murphy se le acercó gateando y le clavó los dientes en la espinilla. Coverly dio un grito. Betsey y la señora Murphy salieron corriendo de sus respectivas cocinas. Justo en ese momento un misil despegó de su rampa y, en el crepúsculo, derramó una luz tan fuerte como la de un día de verano sobre el valle y la base, arrojando las sombras de los combatientes, de sus casas y de sus árboles sobre la hierba, mientras las ondas aéreas desfiguraban el estremecedor estruendo de modo que sonó como el humilde clic de las juntas de una vía.

El misil ascendió, la luz se fue desvaneciendo y las dos mujeres se llevaron a sus maridos a casa.

Oh, padre, padre, ¿por qué has vuelto?

Visto desde lejos, el centro de ordenadores y administración donde trabajaba Coverly parecía un gran edificio de una sola planta, pero esta solo sostenía las terminales de los ascensores y las oficinas de seguridad. Las demás oficinas y las máquinas estaban bajo tierra. El único piso visible era de cristal coloreado de un tono como de agua aceitosa. El cristal oscurecido no disminuía la luz del día, pero la alteraba. Más allá de estas paredes de cristal

ahumado se veían unos pastizales llanos y los edificios de una granja abandonada. Había una casa, un establo, un grupo de árboles y una cerca, y aquellas construcciones abandonadas, con las torres de los misiles detrás, tenían cierto encanto nostálgico. Eran signos del pasado y, fuese o no verdad, parecían muestras de una forma de vida rica y natural. La granja abandonada evocaba un torrente de imágenes vulgares y bucólicas —hogueras, cubos de leche fresca y muchachas bonitas columpiándose en los manzanos— que, no obstante, eran persuasivas. Luego uno apartaba la mirada de ella y la volvía hacia los cristales de color aceitoso y penetraba en otro mundo, enterrado seis pisos por debajo de los pastos. Era un nuevo mundo en todos los sentidos. Su condición de nuevo se notaba especialmente en un ambiente de entusiasmo y utilidad que hoy en día la mayor parte de nosotros hemos perdido. Observar que a veces los ascensores no funcionaban, que una de las paredes de cristal estaba rajada y que las guapas recepcionistas de la oficina de seguridad tenían un atractivo primitivo e inmemorial sería como cargarse con las observaciones de un viejo, a quien el tiempo ha empujado más allá de las fronteras de cualquier utilidad. Las numerosas personas que iban y venían del centro de ordenadores tenían un aire de satisfacción y propósito que no se encuentra en el metro de Nueva York o de París, donde parece que nos miramos unos a otros con el horror y el desaliento de una civilización de caricaturistas. Una noche, al salir de su despacho ya tarde, Coverly había oído al doctor Cameron, el director de la base, dar por terminada una disputa con uno de sus ayudantes. El doctor gritaba:

—Nunca pondrás un condenado hombre en la maldita luna, y si llegas a hacerlo, no te servirá de nada.

Oh, padre, padre, ¿por qué has vuelto?

Betsey había esperado que les destinaran a Cabo Cañaveral y Talifer la decepcionó. Llevaban dos meses allí y nadie había venido a visitarles. Ella no

había hecho amistades. Por las tardes oía risas y charlas, pero a ella y a Coverly nunca les incluían en estas reuniones. Desde su ventana Betsey veía a la señora Armstrong trabajando en el jardín e interpretaba este interés por las flores como signo de un carácter amable. Un día, cuando Binxey estaba durmiendo la siesta, Betsey fue a la casa de al lado y llamó al timbre. La señora Armstrong le abrió la puerta.

—Soy Betsey Wapshot —dijo—. Soy su vecina de al lado. Mi marido, Coverly, hizo cursos de subprogramador, pero ahora le han puesto en relaciones públicas. Te he visto en el jardín y se me ha ocurrido hacerte una visita.

La mujer la invitó amablemente a pasar. No parecía antipática, pero sí poco animada.

—Quería preguntarte sobre mis vecinos —dijo Betsey—. Ya llevamos dos meses aquí pero hemos estado demasiado atareados para hacer amigos, parece ser. No conocemos a nadie, así que he pensado que me gustaría dar una fiestecita y ver quién es quién. Quería saber a quién invitar.

—Verás, querida, yo en tu lugar esperararía un poco —repuso la señora Armstrong—. Por alguna razón esta parece ser una comunidad muy conservadora. Creo que sería mejor que conocieras a tus vecinos antes de invitarlos.

—Bueno, yo soy de un pueblo pequeño —dijo Betsey—, donde todos éramos vecinos, y muchas veces me digo que si no puedo confiar en la amabilidad de los desconocidos, entonces ¿en qué puedo hacerlo?

—Comprendo lo que quieres decir —contestó la señora Armstrong.

—He vivido en muchos sitios distintos —continuó Betsey—. Con la alta sociedad, con la baja sociedad. La familia de mi marido llegó aquí en el *Arbella*, el barco que vino después del *Mayflower*, que trajo gente de mejor clase. Yo pienso que todo el mundo es igual, por debajo de la piel. Lo que

quiero es que me des una lista de veinticinco o treinta de las personas más interesantes de la vecindad.

—Pero, querida, creo que no podría hacerlo.

—¿Por qué no?

—No hay tiempo.

—Bueno, no tardaríamos mucho, ¿no crees? —dijo Betsey—. Tengo papel y lápiz aquí mismo. Ahora dime quién vive en la casa de la esquina.

—Los Seldon.

—¿Son interesantes?

—Sí, son bastante interesantes, pero no demasiado cordiales.

—¿Cómo se llama él?

—Herbert.

—¿Quién vive al lado de ellos?

—Los Trampson.

—¿Son interesantes?

—Sí, son muy interesantes. Él y Reginald Tappan descubrieron la constante de Tappan. Él ha sido propuesto para el Premio Nobel, pero tampoco es muy cordial.

—¿Y al otro lado de ellos?

—Los Harneck —dijo la señora Armstrong—. Pero debo advertirte, querida, de que cometerás un error si les invitas sin que os hayan presentado antes.

—Creo que en eso te equivocas —dijo Betsey—. Espera y verás. ¿Quién vive al otro lado de ellos?

Al final salió de allí con una lista de veinticinco nombres. La señora Armstrong le explicó que ella no podría asistir a la fiesta porque se iba a Denver. Ocupada con los planes para la fiesta, Betsey estaba feliz y en paz con el mundo. Le explicó sus planes al propietario de una tienda de bebidas

en el centro comercial. Él le dijo lo que necesitaría y le dio el número de teléfono de una pareja —una doncella y un barman— que le prepararían las bebidas y la comida. En la papelería compró una caja de invitaciones y se pasó toda una tarde, alegremente, escribiéndolas. El día de la fiesta la pareja llegó a las tres de la tarde. Betsey se vistió y arregló a su niño. Coverly volvió a las cinco, que era cuando esperaban a los primeros invitados, y el escenario ya estaba preparado.

A las cinco y media no había venido nadie y Coverly se abrió una cerveza y el barman le sirvió un whisky con ginger ale a Betsey. Los coches pasaban por la calle en ambas direcciones pero ninguno se detenía ante la casa de los Wapshot. Ella oía los sonidos de un partido de tenis que estaban jugando en una pista de la manzana siguiente: risas y charlas. El barman comentó amablemente que ese barrio era muy raro. Él había trabajado en Denver y estaba deseando volver a un sitio donde la gente fuera más cortés y previsible. Partió por la mitad las limas, exprimió limones, colocó una hilera de copas de cóctel sobre la mesa y las llenó de hielo. A las seis la doncella sacó de su bolso una novela barata y se sentó a leer. Poco después de las seis se oyó el timbre de la puerta trasera y Betsey se precipitó a abrir. Era el repartidor de la tintorería. Coverly oyó que Betsey le decía que entrase a tomar una copa.

—Me encantaría, señora Wapshot —respondió el hombre—, pero tengo que irme a casa para hacerme la cena. Ahora vivo solo, me parece que ya se lo dije. Mi mujer se fugó con uno de los carniceros del supermercado. El abogado me dijo que metiera a los niños en un orfanato. Me dijo que de ese modo obtendría la custodia más pronto, así que ahora estoy completamente solo. Estoy tan solo que hablo con las moscas. Hay un montón donde yo vivo, pero no las mato, sino que hablo con ellas. Son como mis amigas. Les digo: «Hola, moscas. Estamos solos, vosotras y yo. Tenéis buen aspecto, moscas».

Supongo que usted podría pensar que estoy loco porque hablo con las moscas, pero así es. No tengo nadie más con quien hablar.

Coverly oyó cerrar la puerta. Betsey abrió el grifo del fregadero. Cuando volvió estaba pálida.

—Bueno, vamos a celebrar la fiesta —dijo Coverly—. Vamos a celebrarla tú y yo.

Le trajo otra copa y le ofreció una bandeja de sándwiches, pero ella estaba tan rígida a causa del dolor que apenas podía mover la cabeza, y al beber el whisky se le derramó un poco por la barbilla.

—Las cosas que se leen en estos libros de bolsillo —comentó la doncella—. No sé. Yo he estado casada tres veces, pero aquí, en este libro, hacen algo que no sé lo que es. Quiero decir que no sé lo que están haciendo...

Miró un momento al niño y siguió leyendo. Coverly preguntó a la pareja si querían beber algo, pero ambos rehusaron cortésmente y dijeron que no bebían cuando estaban de servicio. Su presencia parecía amplificar un sentimiento de turbación que se iba transformando rápidamente en vergüenza; sus ojos parecían ser los ojos del mundo, a pesar de su corrección, y finalmente Coverly les dijo que se fueran. Ellos se sintieron enormemente aliviados. Tuvieron el buen gusto de no decir que lo sentían, de no decir nada más que adiós.

—Lo dejaremos todo puesto para los que lleguen tarde —dijo Betsey valientemente cuando ellos salían por la puerta.

Fue su último acto de valentía. El dolor que sentía en el pecho amenazaba con desbordarla. Su espíritu parecía a punto de quebrarse bajo el peso de la crueldad organizada del mundo. Ella le había ofrecido a la comunidad su inocencia, su visión de unos desconocidos cordiales, y había sido cruelmente desdeñada. No les había pedido dinero, ni ningún tipo de ayuda, tampoco amistad; solo les pedía que vinieran a su casa, se bebieran su whisky y

llenaran las habitaciones vacías con el ruido de las conversaciones durante un rato, y ninguno de ellos había tenido la amabilidad de venir. Era un mundo que le parecía tan hostil, incomprensible y amenazador como las hileras de las torres de los misiles en el horizonte, y cuando Coverly la rodeó con un brazo y le dijo:

—Lo siento, cielo.

Ella le apartó de un empujón y contestó ásperamente:

—Déjame en paz, déjame en paz.

Finalmente, para consolarla, Coverly llevó a Betsey a un café del centro comercial. Pagaron sus tíquets y se sentaron en unas sillas de lona mientras tomaban un café. Había una joven con el pelo rubio por detrás de las orejas tocando un arpa pequeña y cantando:

*Oh, mamá, mamaíta, mamá,
¿por qué está el cielo tan oscuro?
¿Por qué huele el aire a insecticida?
¿Por qué no hay nadie en el parque?*

*No pasa nada, hijita mía,
esto no es el fin del mundo,
la lavadora está centrifugando,
y yo estoy esperando a unos amigos.*

*Pero, mamá, mamaíta, dime:
¿por qué suena tu contador Geiger?
¿Por qué se tiran al río
todas esas personas?*

*No pasa nada, bonita,
no pasa nada en absoluto,
mi contador Geiger registra
un aumento de la radiactividad.*

Pero, mamá, mamaíta, dime,

*antes de que me vaya a la cama.
¿Por qué se me caen mis rizos rubios?
¿Y por qué está el cielo tan rojo?
¿Por qué está el cielo tan rojo?*

Había algo en el carácter de Coverly —algo provinciano, sin duda— que hacía que este tipo de lamentación le resultara intolerable, así que agarró a Betsey de la mano y salió del café, gruñendo como un hombre mucho más viejo. No fue una noche muy agradable.

Oh, padre, padre, ¿por qué has vuelto?

Moses y Melissa Wapshot vivían en Proxmire Manor, un lugar que era conocido a lo largo de la línea de cercanías como el sitio donde había sido arrestada la señora. El incidente había tenido lugar cinco o seis años antes, pero poseía la persistencia de una leyenda, y al parecer la señora había sido por un breve período de tiempo el genio del bonito lugar. Los hechos eran simples. Con la excepción de un robo sin resolver, los ocho hombres del cuerpo de policía de Proxmire Manor nunca habían tenido nada que hacer. Su única utilidad era dirigir el tráfico cuando había bodas o grandes fiestas. Día y noche escuchaban en la radio de la policía los crímenes y las alarmas que se producían en otras comunidades —robos de coches, disturbios, borracheras y asesinatos— pero el registro de Proxmire Manor estaba en blanco. Esta ociosidad pesaba mucho en su autoestima mientras, armados con pistolas y cartucheras, se pasaban los días poniendo multas de aparcamiento indebido a los coches que dejaban en la estación de ferrocarril. Era como un juego de niños, multar a los viajeros de cercanías por las más triviales infracciones de unas normas que la propia policía se inventaba, y lo jugaban con entusiasmo.

La señora —la esposa de Lemuel Jameson— tenía un problema parecido. Sus hijos estaban en el colegio, una sirvienta le hacía las tareas domésticas, y mientras jugaba a las cartas o almorzaba con sus amigas, un aburrimiento corrosivo la ponía de mal humor con frecuencia. Una tarde, al volver a casa después de un infructuoso viaje a Nueva York para hacer compras, se encontró con que le habían puesto una multa por aparcar ligeramente encima

de una raya blanca. Hizo trizas el papel. Más tarde, un policía encontró los pedazos en el suelo y se los llevó a la comisaría, donde los pegaron.

Naturalmente, este desafío abierto a su autoridad enardeció a los policías. La señora Jameson recibió una citación. Llamó a su amigo el juez Flint —que era miembro del club— y le pidió que arreglara el asunto. Él le dijo que lo haría, pero esa misma tarde tuvo un ataque agudo de apendicitis y se lo llevaron al hospital. Cuando llamaron a la señora Jameson en el tribunal y ella no compareció, la policía dio la alerta. Se ordenó su detención, la primera orden de arresto que tenían en años. Por la mañana, dos policías, fuertemente armados, con uniformes limpios, y acompañados de una mujer policía, se presentaron en casa de la señora Jameson con la orden de arresto. Una doncella les abrió la puerta y les dijo que la señora estaba durmiendo. Al menos con un amago de fuerza, entraron en el hermoso salón y le dijeron a la doncella que despertara a la señora. Cuando esta supo que la policía estaba abajo, se indignó y se negó a moverse. La doncella bajó, y al cabo de un minuto o dos la señora Jameson oyó los pesados pasos de la policía. Se quedó horrorizada. ¿Se atreverían a entrar en su dormitorio? El oficial le habló desde el vestíbulo.

—Levántese de la cama, señora, y acompáñenos, o de lo contrario, la sacaremos nosotros.

La señora Jameson se puso a chillar. La mujer policía, echando mano a su cartuchera, entró en el dormitorio. La señora Jameson continuó chillando. La mujer le dijo que se levantara y se vistiera si no quería que se la llevaran a la comisaría en camisón. Cuando la señora Jameson se dirigió al cuarto de baño, la mujer policía la siguió y ella empezó a chillar otra vez. Estaba histérica. Les gritó a los policías cuando se los encontró en el pasillo del piso de arriba, pero se dejó conducir al coche en el que la llevaron a la comisaría. Allí comenzó a gritar de nuevo. Finalmente pagó una multa de un dólar, y la

mandaron a casa en un taxi.

La señora Jameson estaba decidida a conseguir que echaran a los policías y, nada más entrar en su casa, comenzó a organizar su campaña. Repasando los nombres de sus vecinos en busca de alguien que fuera elocuente y solidario, pensó en Peter Dolmetch, un guionista de televisión freelance, que alquilaba la casa de los guardeses de los Fulsom. No le caía bien a nadie, pero la señora Jameson le invitaba a veces a sus fiestas, así que él estaba en deuda con ella. Le llamó y le contó su historia.

—No puedo creerlo, querida —dijo Peter.

Ella dijo que, por su natural elocuencia, quería pedirle que la defendiera.

—Estoy en contra del fascismo —declaró él—, dondequiera que alce su fea cabeza.

Entonces ella llamó al alcalde y exigió una vista oral. Fue fijada para las ocho y media de esa tarde. El señor Jameson estaba en viaje de negocios. Ella llamó a unos cuantos amigos, y a mediodía todo el mundo en Proxmire Manor sabía que la había humillado una mujer policía, que la siguió al cuarto de baño y se sentó en el borde de la bañera mientras ella se vestía, y que la habían llevado a la comisaría a punta de pistola. Quince o veinte vecinos acudieron para presenciar la vista. El alcalde y sus concejales eran siete, y también estaban allí la mujer policía y los dos hombres que arrestaron a la señora Jameson. Cuando se inició la vista, Peter se levantó y preguntó:

—¿Ha llegado el fascismo a Proxmire Manor? ¿Se pasea el fantasma de Hitler por nuestras arboladas calles? ¿Es que debemos temer, en la intimidad de nuestros hogares, oír las pisadas de las botas de las Tropas de Asalto sobre nuestras aceras y sus puños aporreando nuestras puertas?

Y siguió dale que dale. Debía de haberse pasado el día entero escribiendo su discurso. Iba todo dirigido a Hitler, con solo unas cuantas menciones de pasada a la señora Jameson. El público empezó a toser, a bostezar y a

excusarse. Cuando la protesta fue rechazada y concluyó la vista, no quedaba en la sala nadie más que los protagonistas, y el caso de la señora Jameson se perdió, pero no se olvidó. El cobrador del tren, al pasar por esas verdes colinas, decía. «Ahí arrestaron a una señora ayer»; luego: «Ahí arrestaron a una señora el mes pasado»; y ahora: «Ese es el sitio donde arrestaron a una señora». Así era Proxmire Manor.

El pueblo se alzaba sobre tres colinas muy verdes al norte de la ciudad, era elegante y cómodo, y parecía haber eliminado, por medio de hábiles presiones sociales, el lado espinoso de la naturaleza humana. Esta revelación se le impuso a Melissa una tarde en que una vecina, Laura Hilliston, la visitó para tomar un jerez con ella.

—Lo que quería decirte —empezó Laura— es que Gertrude Lockhart es una puta.

Melissa oyó las palabras desde el otro extremo de la habitación, donde estaba sirviendo el jerez, y se preguntó si había oído bien, por lo brutal que parecía el comentario. ¿Qué clase de nuevas eran estas para ir llevándolas de casa en casa? Nunca estaba segura —¿cómo iba a estarlo, siendo todo tan experimental?— de la naturaleza y la intención exactas de la sociedad en que vivía, pero, ¿cabía realmente en ella este tipo de cosas?

Laura Hilliston se echó a reír. Su risa era sana y sus dientes blancos. Estaba sentada en el sofá, una mujer maciza con los pies bien plantados sobre la alfombra. Tenía el cabello castaño, y también eran castaños sus grandes y dulces ojos. La cara era carnosa, pero fresca. Llevaba muchos años casada y tenía tres hijos ya adultos, pero recientemente había abandonado el país del amor, con paso rápido y sin mirar atrás, como si hubiese pasado demasiado tiempo en sus humeantes junglas. Había terminado con todo eso, le dijo a su pobre marido. Se había perfumado para esta visita y llevaba un grueso collar de oro falso que arrojaba un reflejo metálico sobre sus facciones. Sus zapatos

eran de tacón alto y su vestido, ajustado, pero estos adornos pretendían establecer su posición social, no atraer las miradas de los hombres.

—Pensé que debías saberlo —dijo Laura—. No es simple cotilleo. Ha tenido relaciones íntimas prácticamente con todo el mundo. Por ejemplo, el lechero y el viejo ese que lee el contador del gas. Ese simpático muchacho de cara lozana que trae la ropa de la lavandería perdió su puesto por culpa de ella. La camioneta se pasaba las horas aparcada delante de su casa. Luego empezó a comprar los comestibles en la tienda de Narobi, y uno de los chicos de reparto tuvo muchos problemas. Su marido parece agradable y dicen que la aguanta por los hijos. Él adora a los hijos. Pero lo que realmente quería decirte es que vamos a echarla. Tienen una hipoteca de veintiocho mil dólares con una cláusula de reparaciones, y Charlie Peterson, el del banco, les ha dicho que tienen que poner un tejado nuevo en la casa. Por supuesto, no pueden permitirse ese lujo, así que Bumps Trigger les va a dar lo que ellos pagaron por la casa, y tendrán que marcharse a otro sitio. Pensé que te gustaría saberlo.

—Gracias —dijo Melissa—. ¿Quieres más jerez?

—Oh, no, gracias. Tengo que irme. Vamos a casa de los Wishing. ¿Vosotros no?

—Sí, sí vamos —dijo Melissa.

Laura se puso una chaqueta de visón y salió de la casa con esa elegancia, esa circunspección, ese suave e inconfundible aplomo de la señora que se ha despedido del amor.

Entonces llamaron al timbre de la puerta de atrás. La cocinera había salido con el niño, así que Melissa fue a abrir y dejó entrar a uno de los chicos de la tienda de Narobi. Se preguntó si sería el que la señora Lockhart había intentado seducir. Era un joven esbelto con el pelo castaño y unos ojos azules que desprendían una luz constante, como sucede con los ojos de los jóvenes,

tan diferentes de los ojos de los viejos, esos faroles apagados que no dan ninguna luz. Le hubiera gustado preguntarle por la señora Lockhart, pero, claro está, eso no era posible. Le dio una propina de un cuarto de dólar y él se lo agradeció cortésmente. Luego subió a bañarse y a vestirse para el baile de los Wishing.

El baile de los Wishing era un acontecimiento anual. Como explicaba la señora Wishing insistentemente, lo daban todos los años antes de poner las alfombras. Había una orquesta de tres músicos, una buena cena, con salmón glaseado, *boeuf en daube*, un clarete oscuro y perfumado y un bar para las bebidas. A las diez y cuarto Melissa estaba ya aburrída y le hubiese pedido a Moses que la llevara a casa, pero él se hallaba en otra habitación. Encantadora y animada, Melissa se aburría raras veces. Observando a la gente que bailaba, pensó en la pobre señora Lockhart, a quien iban a expulsar de esta sociedad. Por otra parte, sabía lo fácil y erróneo que era suponer que las excepciones —los borrachos y los lujuriosos— penetran, por sus excesos, en el caparazón de la sociedad inmortal. ¿Sabía más la señora Lockhart acerca de la humanidad que ella, Melissa? ¿Quién tendría el poder de la penetración? ¿El sacerdote que veía cómo temblaban las manos de los fieles cuando las tendían para coger el cáliz? ¿El médico que los había visto despojados de sus ropas? ¿O el psiquiatra que los había visto despojados de su obstinado orgullo, y que ahora estaba bailando con una mujer gorda que llevaba un vestido rojo? ¿Y de qué valía la penetración? ¿Qué importaba que la mujer borracha e infeliz que estaba en el rincón soñara con frecuencia que una veintena de poetas líricos desnudos la perseguían por un bosquecillo? Melissa se aburría y pensó que también los otros invitados al baile se aburrían. La soledad era una cosa, y ella sabía cuán dulces puede hacer que parezcan las luces y la compañía, pero el aburrimiento era otra distinta, ¿y por qué, en este mundo tan próspero y equitativo, parecían todos tan

aburridos y decepcionados?

Melissa se dirigió al cuarto de baño. La casa de los Wishing era grande y se perdió. Entró por equivocación en un dormitorio a oscuras. En el momento en que lo hizo, otra mujer, que debía de estar esperando, la abrazó, gimiendo con ardor. Entonces comprendió su error y dijo:

—Lo siento muchísimo.

Y se marchó. Melissa solo vio que tenía el cabello oscuro y que llevaba una falda de vuelo. Se quedó en la habitación oscura durante un momento, intentando, sin el menor éxito, encajar este encuentro en el sonido distante de la música de baile. Solo podía significar que dos de sus vecinas, dos amas de casa, se habían enamorado y habían concertado una cita durante el baile de los Wishing. Pero ¿quiénes serían? No le parecía posible que fueran ninguna de sus vecinas. Tenían que ser de fuera; mujeres del perverso mundo que se hallaba más allá de Proxmire Manor. Salió al vestíbulo iluminado y encontró el camino hacia donde se dirigía en primer lugar, y no pudo hacer otra cosa que olvidar el encuentro. No había tenido lugar.

Le pidió a Bumps Trigger que le trajera una copa y él volvió con un vaso de bourbon oscuro. Ella sintió una profunda nostalgia, un anhelo de alguna isla o península emocional que ni siquiera había vislumbrado en sus sueños. Le parecía conocer algo de su carácter —no era un paraíso— pero sus sublimes posibilidades de riqueza y libertad emocional la conmovían. Era la espléndida sensación de que podía conseguir algo mucho mejor que esto; que la realidad no era el baile de los Wishing, que el mundo no estaba dividido en rígidos parlamentos de bien y mal, sino regido por la autoridad absoluta de la variedad de su deseo.

Entonces empezó a bailar, y lo hizo hasta las tres, cuando la orquesta dejó de tocar. Sus sentimientos habían pasado del aburrimiento a una rabiosa avidez de placeres. Deseaba que la fiesta no terminase nunca, y se quedó

hasta el amanecer, cuando cedió a las atenciones de Moses. Era un marido muy atento. Se mostraba atento en los embarcaderos, en canoas que hacían agua, en las playas y las riberas musgosas, en las habitaciones de los moteles y los hoteles y en los cuartos de invitados, en los sofás y en las camas. En la casa resonaban todas las noches sus alegres gritos de abandono, pero dentro de esta espuma de amor había rígidos cánones de decencia y ciertas formas de comercio sexual le parecían escandalosas y de mal gusto. A la luz del día (excepto sábados, domingos y días de fiesta) sus normas de decencia eran inflexibles. Le partiría la nariz a cualquier hombre que contara un chiste verde en presencia de mujeres y una vez le dio una bofetada a su hijito por decir «maldito». Era el tipo de paterfamilias que inspira compasión por el libertino. Todas las noches le hacía el amor a Melissa, todas las noches se metía confiado en su cama, mientras que el pobre libertino no goza de semejante seguridad. Este —vagabundo del amor— tiene que escribir cartas, gastarse el suelo en flores y joyas, escoltar a las mujeres a restaurantes y teatros, escuchar interminables recuerdos: «Mi hermana se portó fatal conmigo» y «La noche en que murió el gato». Debe aplicar su inteligencia y su destreza manual a las casi laberínticas complicaciones de la ropa femenina. Debe prever problemas geográficos, caprichos del gusto, maridos celosos, cocineras suspicaces, todo para unas pocas horas, a veces pocos minutos, de ternura robada. Se le niegan los placeres de la amistad, para la policía es un tipo sospechoso, y a veces le resulta difícil encontrar empleo, mientras que el mundo le sonríe dulcemente a ese bruto peludo que es su vecino casado. Esta área volcánica que Moses compartía con Melissa era inmensa, pero era la única. No estaban de acuerdo en casi ninguna otra cosa. Bebían distintas marcas de whisky, leían diferentes libros y periódicos. Fuera del oscuro círculo del amor casi parecían extraños y, al ver a Melissa al otro extremo de una larga mesa en la que cenaban con otras personas, se había preguntado

alguna vez quién sería aquella rubia tan guapa. Que esta turbulencia y estas atenciones no eran enteramente espontáneas se le reveló a Melissa una mañana cuando abrió un cajón de la mesa del vestíbulo y encontró una serie de memorandos, que cubrían un mes o seis semanas, titulados: «Recuento de bebidas». Las anotaciones decían: «12 mediodía, 3 martinis. 15.20, 1 cóctel. 17.36 a 18.40 en el tren 3 bourbons. 4 bourbons antes de cenar. Medio litro de mosela. 2 whiskies después». Las anotaciones no variaban mucho de un día a otro. Volvió a guardarlas en el cajón. Era una cosa más que había que olvidar.

Por muy increíble que parezca, Honora Wapshot nunca había pagado impuestos. El juez Beasely, que teóricamente estaba encargado de sus asuntos, supuso que ella estaba al corriente de las leyes fiscales y nunca le preguntó nada sobre ese tema. Su descuido, su negligencia criminal, podría atribuirse a su edad. Puede que se considerase demasiado vieja para iniciar una nueva actividad como la de pagar impuestos, o puede que pensara que se moriría antes de que la pillaran. De vez en cuando la idea de su negligencia cruzaba por su mente y sufría una fugaz punzada de culpa, pero, en su opinión, uno de los privilegios de la edad era un alto grado de irresponsabilidad. El caso es que nunca había pagado un impuesto, por lo que un hombre llamado Norman Johnson bajó una tarde del mismo tren que había traído a Coverly a Saint Botolphs la noche en que vio al fantasma de su padre.

El señor Jowett adivinó por su indumentaria que era un viajante y le recomendó la Casa del Viaducto. Mabel Moulton, que llevaba el hotel desde que su padre sufrió un derrame cerebral, le condujo a una habitación en la parte de atrás del primer piso.

—No vale mucho —explicó—, pero es la única que tenemos.

Le dejó solo para que ampliara su observación. Desde la única ventana se veía el río y, al otro lado, la fábrica de plata de mesa. En un rincón del cuarto había una jarra y una palangana para lavarse. Vio un orinal debajo de la cama. Estos remedios primitivos le desagradaban. ¡Mira que usar un orinal en

una época en que los hombres exploraban el espacio! Pero ¿utilizaban orinales los astronautas? ¿Qué usaban? Dejó el tema para olfatear el aire, pero la Casa del Viaducto era un hotel muy viejo y solo podías perdonarle sus olores. Colgó en el armario el traje que llevaba puesto y el que llevaba en la maleta. La colección de perchas metálicas dieron la media cuando las tocó. Esta musiquilla fantasmal le sobresaltó y luego la quietud del lugar se le vino encima. Se oían pasos en la habitación del piso superior. ¿De hombre? ¿De mujer? Los tacones sonaban fuerte, pero los pasos eran pesados y supuso que se trataba de un hombre. Pero ¿qué estaba haciendo? El desconocido anduvo primero de la ventana al armario. Luego fue del armario a la cama. Después de la cama al lavabo y del lavabo otra vez a la ventana. Su paso era rápido y apremiante, pero sus idas y venidas carecían de sentido. ¿Estaba haciendo el equipaje? ¿Vistiéndose? ¿Afeitándose? ¿O simplemente, como Johnson sabía por experiencia, moviéndose sin objeto por un lugar vacío, preguntándose qué había olvidado?

Johnson, en camisa y calzoncillos, se sentó en el borde de la cama. (Sus calzoncillos tenían un estampado de jugadas de póquer y dados.) Abrió una botella de jerez y se bebió un vaso. En la heterogénea y recurrente riada de rostros que nos rodea hay algunos que parecen las monedas de un reino determinado, que parecen ser iguales en rasgos y en valor. Uno habría visto a Johnson antes y volvería a verle. Tenía una de esas caras largas a las cuales no se les puede aplicar la palabra «madurez» en ningún sentido. El tiempo había supuesto una serie de pérdidas inesperadas y duros golpes, pero a media luz o con luces indirectas esas cicatrices emocionales eran invisibles y la cara parecía honrada, sencilla e inescrutable. Algunos de nosotros damos tres veces la vuelta al mundo, nos divorciamos, volvemos a casarnos, nos divorciamos de nuevo, nos separamos de nuestros hijos, ganamos y despilfarramos una fortuna, y al regresar a nuestros orígenes nos encontramos

las mismas caras en las mismas ventanas, le compramos los cigarrillos y los periódicos al mismo viejo, damos los buenos días al mismo ascensorista y las buenas noches al mismo recepcionista, a todos los que, como Johnson, parece que la desgracia los ha clavado en la vida como clavos en el suelo.

Era un viajante acostumbrado a las penas de la soledad, a la violencia de la sexualidad, a las imágenes semiconscientes de autopistas y carreteras como proyecciones de un espíritu confuso; a ese limbo venéreo y triste que debió de haber inundado el mundo antes de la invención de Venus, ignorado por el bien y el mal, regido por el dolor. Su padre había muerto cuando él era niño y fueron su madre y su tía, una maestra y una modista, quienes le criaron. Había sido un niño bueno, aplicado y trabajador, y mientras los demás chicos corrían por la calle detrás de un balón, él vendía tirantes, suscripciones a revistas, bolsas de agua caliente, tarjetas de Navidad y periódicos. Guardaba las monedas de cinco y de diez centavos en tarros vacíos de zumo de ciruelas y las depositaba en su cartilla de ahorros una vez a la semana. Se costeó los estudios universitarios durante dos años y luego le llamaron a filas en infantería. Podía haber conseguido un destino de prórroga en los muelles de carga de mineral en Superior y haber ganado una fortuna durante la guerra, pero eso no lo supo hasta que fue demasiado tarde.

Desembarcó en Normandía el cuarto día de la invasión. Su fornido sargento primero se pegó un tiro en el pie en cuanto desembarcaron y su sanguinario comandante se vino abajo después de tres horas de combate. Los hombres modestos y honestos como él fueron los verdaderamente valientes. Cayó herido al tercer día de combate y le trasladaron en avión a un hospital en Inglaterra. Cuando regresó a su compañía le destinaron al cuartel general y permaneció allí hasta que le licenciaron. Eso supuso cuatro años de su vida, cuatro años eliminados de la carrera profesional de un hombre joven. Al volver a Superior su tía había muerto y su madre se estaba muriendo.

Después de enterrarla, le quedaron tres mil dólares de facturas de médicos, una factura de mil cuatrocientos del entierro y una hipoteca de siete mil de una casa que nadie quería comprar. Tenía veintisiete años. Se sirvió otro vaso de jerez.

—Nunca he tenido un tren eléctrico —dijo en voz alta—. Nunca he tenido un perro.

Consiguió un trabajo en la Administración de Veteranos en Duluth y aprendió otra lección. La mayoría de los hombres nacen, viven y mueren endeudados. La laboriosidad y la diligencia no pueden competir con la carga de las deudas. Lo que necesitaba era una inspiración, un golpe de suerte, y una noche, en una pequeña colina en las afueras de Superior, tuvo una inspiración. En la distancia veía las luces de Duluth. A sus pies veía los tejados planos de una industria conservera. El viento vespertino venía de Duluth y le traía el ladrido de los perros. Su pensamiento tomó el siguiente derrotero: Dos mil personas vivían en ese monte. Todos tenían un perro. Todos los perros comían por lo menos una lata de alimento al día. La gente quería a sus perros y estaba dispuesta a pagar un buen dinero para darles de comer, pero ¿quién sabía lo que ponían en una lata de alimento para perros? ¿Qué les gustaba a los perros? Sobras de comida, basura y boñigas de caballo. Los chuchos vagabundos siempre tenían buen pelaje y buena salud. Lo único que necesitaba era un punto de venta. ¡Comida para perros Nueva Inglaterra! La mayoría de la gente asociaba Inglaterra con el rosbif. Poniendo una etiqueta así en las latas, los dueños de los perros pagarían hasta veinticinco centavos. El ruido de la fábrica de conservas encajaba con sus pensamientos y se fue contento a la cama.

Hizo experimentos con los perros del vecindario y estableció una fórmula consistente en un noventa por ciento de las basuras de la fábrica de alimentos para el desayuno, diez por ciento de boñigas de caballo recogidas en los

establos y suficiente agua para que la mezcla quedase jugosa. Hizo dibujar e imprimir una etiqueta con un escudo heráldico y las palabras «COMIDA PARA PERROS NUEVA INGLATERRA» en una caligrafía muy florida. La conservera aceptó hacerle un lote de mil y él alquiló un camión y llevó una carga a la conservera en cubos de la basura. Cuando las latas estuvieron etiquetadas, metidas en cajones y almacenadas en su garaje, le pareció que poseía algo valioso y estupendo. Se compró un traje nuevo y comenzó a visitar los supermercados de Duluth con una lata de muestra de Nueva Inglaterra.

La historia era la misma en todas partes. Los tenderos compraban a los mayoristas y cuando habló con los mayoristas, estos le explicaron que no podían vender su producto. La comida para perros que vendían se la imponían los empaquetadores de carne de Chicago a un precio global junto con sus otros productos y ellos no podían competir con Chicago. Intentó vender en persona su producto en la colina pero no se puede vender comida para perros de puerta en puerta y aprendió una amarga lección. El autónomo no tiene nada que hacer. Duluth estaba lleno de perros hambrientos y él tenía mil latas de comida almacenadas en su garaje pero como autónomo le era imposible unir a unos y otras provechosamente. Mientras recordaba esto, se tomó otro jerez.

Ya había oscurecido. La luz había desaparecido de la ventana y se vistió para bajar a cenar. Era el único cliente en el comedor, y Mabel Moulton le trajo un cuenco de sopa grasienta en la cual nadaba una cerilla quemada. La cerilla quemada, como el orinal, hicieron que su odio por Saint Botolphs fuese implacable.

—Oh, lo siento muchísimo —dijo Mabel cuando él le enseñó la cerilla—. Lo siento muchísimo. Es que mi padre tuvo un derrame cerebral el mes pasado y andamos de cabeza. Las cosas no marchan como nosotros quisiéramos. El piloto de la cocina de gas no funciona y la cocinera tiene que

encender el gas con cerillas y supongo que ha sido así como ha llegado una a su sopa. Bueno, me llevaré el plato y le traeré el asado y me aseguraré de que no caigan cerillas en él. Observe que le retiro el plato con la mano *izquierda*. El invierno pasado me torcí la muñeca izquierda y no me ha quedado bien pero procuro hacer cosas con esa mano para ver si así la recupero. El médico me dice que si la uso, se pondrá mejor. Claro, me resulta más fácil usar siempre la derecha, pero de vez en cuando...

La mujer se dio cuenta de la actitud poco amistosa de Johnson y se alejó. Había servido a mil hombres solitarios y a la mayoría les gustaba oírle hablar de sus dolores, molestias y torceduras mientras ella admiraba las fotos de sus esposas, sus hijos, sus casas y sus perros. Era un puente de comunicación ligero pero era mejor que nada y servía para pasar el rato.

Johnson se tomó el asado y la tarta y se metió en el bar. Estaba crudamente iluminado por anuncios luminosos de cerveza y olía como una excavación. Los únicos clientes eran dos granjeros. Él se dirigió al extremo de la barra más alejado de ellos y se bebió otro vaso de jerez. Luego jugó una partida de bolos en miniatura en la máquina y salió a la calle por la puerta lateral. El pueblo estaba a oscuras; vuelto hacia dentro, totalmente ignorante de las necesidades de los viajeros, los vagabundos, el gran mundo que fluye. Todas las tiendas estaban cerradas. Echó una ojeada a la iglesia unitaria al otro lado del parque. Era un edificio blanco con columnas, un campanario y una aguja que se difuminaba a la luz de las estrellas. Le parecía increíble que sus compatriotas, ese pueblo imaginativo, los primeros en explotar los escaparates, las luces brillantes y la música continua, hubieran sido tan retrógrados como para construir una clase de templo que pertenecía al viejo mundo. Bordeó el parque y subió por Boat Street hasta la casa de Honora. Había algunas luces encendidas en la vieja casa, pero no vio a nadie. Regresó al bar y vio un combate de boxeo en la televisión.

El favorito era un boxeador del club, no muy joven, llamado Mercer. El aspirante era un hombre llamado Santiago que podía haber sido italiano o puertorriqueño. Era carnosos, musculoso y estúpido. Mercer dominó la pelea durante los dos primeros asaltos. Era rubio, esbelto, con el rostro arrugado por las preocupaciones domésticas corrientes, pensó Johnson. Se habría despedido de su mujer en la cocina dándole un beso y boxeaba para pagar los plazos de la lavadora. Ágil, inteligente y duro, parecía invencible hasta que al principio del tercer asalto Santiago le partió la ceja derecha. La sangre le corría por la cara y el pecho y resbaló en la lona ensangrentada. En el quinto, Santiago le abrió otra vez el corte y Mercer, cegado de nuevo, se tambaleó por el cuadrilátero. En el sexto suspendieron el combate. El ánimo de Mercer estaría por los suelos, su mujer y sus hijos se disgustarían y los de la tienda se llevarían la lavadora. Johnson subió a su cuarto, se puso un pijama estampado con escenas de caballos saltando obstáculos y leyó una novela barata.

Su novela trataba de una joven que tenía millones de dólares y casas en Roma, París, Nueva York y Honolulu. En el primer capítulo lo hacía con su marido en una cabaña de esquí. En el segundo lo hacía con un mayordomo en la despensa. En el tercer capítulo, su marido y el mayordomo lo hacían en la piscina. Luego la protagonista lo hacía con una doncella. Su marido las descubría y participaba en la diversión. Después la cocinera lo hacía con el cartero y la hija de la cocinera, que tenía doce años, lo hacía con el mozo de las caballerizas. Y así durante seiscientas páginas. La historia acabaría, estaba seguro, en alguna institución religiosa. La protagonista, después de haber practicado todas las indecencias conocidas, terminaría en una orden de clausura, con la cabeza rapada y un anillo de plomo. Lo último que se vería de su depravado esposo serían los pies calzados con unas toscas sandalias de monje mientras caminaba bajo una tormenta de nieve para llevar un vial de antibióticos a una prostituta enferma que vivía en las montañas. Parecía un

pobre alimento para un hombre solitario y en el duro colchón sobre el que estaba tumbado sintió una acumulación de soledad procedente de los miles de hombres que como él se habían acostado allí, ansiando no estar solos. Apagó la luz, se durmió y soñó con cisnes, una maleta perdida, una montaña nevada. Vio a su madre quitando los adornos del árbol de Navidad con manos temblorosas. Por la mañana se despertó sintiéndose natural, de excelente humor y hasta cariñoso, pero el desconocido con la cara oculta siempre está esperando junto al lago, siempre hay una víbora en el jardín, una nube oscura hacia el oeste. Los huevos que Mabel le trajo para desayunar nadaban en grasa. Tan pronto salió de la Casa del Viaducto, un perro empezó a ladrarle. El animal le siguió por el parque, intentando morderle los tobillos. Corrió por Boat Street y unos niños que iban al colegio se rieron a carcajadas de su pánico. Cuando llegó a casa de Honora no le quedaba nada de su buen humor.

Maggie le abrió la puerta y le condujo a la biblioteca, donde Honora estaba sentada junto a la ventana, examinando un gran surtido de fuegos artificiales apilados en una cesta. Al oír pasos de hombre, se quitó las gafas. Esperaba parecer más joven. No veía bien sin gafas y cuando Johnson entró en la biblioteca, la visión borrosa de su cara le hizo creer que se trataba de un joven con grandes apetitos y entusiasmos y un corazón abierto. Experimentó un impulso de amistad o compasión hacia su difuminada imagen.

—Buenos días —dijo—. Por favor, siéntese. Estaba mirando mis fuegos artificiales. Los compré el año pasado, ¿sabe?, pensando dar una fiestecita, pero en julio todo estaba muy seco, no llovió durante seis semanas, y el jefe de bomberos me pidió que no los lanzase. Los metí en el armario de los abrigos y me olvidé de ellos por completo hasta esta mañana. Me encantan los fuegos artificiales. Me encanta leer las etiquetas de los paquetes e imaginarme cómo serán. Me encanta el olor de la pólvora.

—Me gustaría saber algo acerca de su tío Lorenzo —pidió Johnson.

—Oh, sí —dijo Honora—. ¿Se trata de la placa conmemorativa?

—No —respondió Johnson, y abrió su cartera.

—Bueno, el año pasado vino un hombre —explicó Honora—, y me insistió en que hiciésemos una placa conmemorativa para Lorenzo. Al principio pensé que representaba a alguna comisión pero luego descubrí que no era más que un vendedor. ¿No será usted un vendedor?

—No —contestó Johnson—. Soy del gobierno.

—Pues Lorenzo sirvió en la asamblea legislativa, ¿sabe? —dijo Honora—. Introdujo las leyes sobre el trabajo infantil. Verá, mis padres eran misioneros. Nadie lo diría al verme, ¿verdad?, pero yo nací en la Polinesia. Mis padres me mandaron a un colegio aquí, pero murieron antes de que yo pudiera regresar. Lorenzo me crió. Nunca fue un hombre demasiado cariñoso. — Parecía profundamente pensativa—. Pero se podría decir que fue mi padre y mi madre —dijo con un suspiro de evidente descontento.

—¿Esta era su casa?

—Oh, sí.

—¿Su tío le dejó a usted sus bienes?

—Sí, no tenía otra familia.

—Tengo aquí cierta correspondencia del Banco y Compañía Fideicomisaria Appleton. Estiman que el valor de la herencia de su tío en la época de su muerte sería de un millón de dólares aproximadamente. Afirman que le han abonado a usted una renta anual que oscila entre los setenta mil y los cien mil dólares.

—No sé —dijo Honora—. Dono la mayor parte de mi dinero.

—¿Tiene usted alguna prueba de eso?

—No llevo las cuentas.

—¿Ha pagado el impuesto sobre la renta alguna vez, señorita Wapshot?

—Oh, no —contestó Honora—. Lorenzo me hizo prometer que nunca le daría su dinero al gobierno.

—Va usted a tener graves problemas, señorita Wapshot. —Johnson se sintió alto y fuerte, experimentó la suprema importancia de quienes son portadores de malas noticias—. Esto la llevará a un tribunal.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Honora.

Estaba atrapada y lo sabía; atrapada como cualquier ladrón torpe amenazando con una pistola de agua al cajero del banco. Aunque su conocimiento de las leyes fiscales no era mucho más que un sueño, sabía que eran las propias de su país y de su tiempo. Lo que hizo en ese momento fue acercarse a la chimenea y prender fuego a la pila de virutas, papel y leña que el jardinero había dispuesto sobre los hierros. La razón de que hiciera esto es que el fuego suponía para ella un soberbio analgésico. Cuando estaba descontenta consigo misma, preocupada, confusa o aburrida, encender el fuego parecía incinerar sus descontentos y transformar sus agobios en humo. Se aproximaba a la luz y al calor del fuego como un aborigen. Las virutas y el papel estallaron en llamas, llenando la biblioteca de un calor seco y gaseoso. Honora echó leña de manzano al fuego; tenía la sensación de que cuando el fuego calentara lo bastante habría quemado sus temores de acabar en una granja-asilo miserable o en la cárcel. Estalló un leño y una brasa cayó en el cesto de los fuegos artificiales. La primera en prenderse fue una vela romana.

—¡Dios mío! —dijo Honora.

Medio cegata, sin sus gafas, agarró un jarrón de flores para apagar la vela romana, pero falló la puntería y le arrojó a Johnson en plena cara como medio litro del agua amarga de las flores y una docena de jacintos. Mientras tanto la vela romana había empezado a eyacular sus chispas de colores y estas prendieron algo llamado El Vesubio Dorado. Un cohete salió disparado hacia el piano y luego estallaron todos.

Las dos historias sobre Honora Wapshot que con más frecuencia se contaban en la familia se referían a su despertador y a su caligrafía. Más que relatarlas, las representaban; cada uno de los miembros de la familia interpretaba un papel, cantaba un aria, por así decirlo, y todos participaban en la Grand Finale como en una primitiva anticipación de las convenciones de la ópera italiana del siglo XIX. El incidente del despertador pertenecía a una época remota, cuando vivía Lorenzo. Él estaba decidido a parecer muy pío y le gustaba llegar al oficio matutino en la iglesia de Cristo exactamente a las once menos cuarto. Honora, que quizá fuese auténticamente religiosa pero detesta las apariencias, nunca encontraba los guantes o el sombrero y siempre se retrasaba. Un domingo por la mañana, Lorenzo, furioso, cogió a su sobrina de la mano y se la llevó a la tienda para comprarle un despertador. A continuación, fueron a la iglesia. El señor Briam, el antecesor del señor Applegate, había comenzado un interminable sermón acerca de las cadenas de san Pablo cuando el despertador empezó a sonar. Como la mayoría de los feligreses estaban dormidos, se despertaron sobresaltados y confusos. Honora sacudió el paquete del reloj y luego empezó a desenvolverlo, pero cuando llegó a la caja, el reloj había dejado de sonar. Entonces el señor Briam retomó las cadenas de san Pablo y el despertador se puso a sonar de nuevo. Esta vez Honora hizo como si el reloj no fuera suyo. Sudando abundantemente, permaneció sentada al lado de aquel aparato impío, mientras el señor Briam seguía hablando del significado de las cadenas, hasta que al mecanismo se le

acabó la cuerda. Fue un domingo histórico. Las historias acerca de su caligrafía se centraban en una mañana en que había escrito al carbonero protestando de sus precios y luego al señor Potter para darle su sentido pésame por la repentina pérdida de su santa esposa. Se equivocó al meter las cartas en los sobres, pero como el señor Potter no consiguió leer nada de la carta salvo la firma, quedó conmovido por el detalle y como el señor Sumner, el carbonero, fue incapaz de leer la carta de pésame, se la devolvió a Honora. Ella había aprendido caligrafía mediante el método Spencer, pero este estilo dejaba sin expresar algún rasgo terrible o grosero de su carácter y el conflicto entre sus pasiones y las herramientas a su disposición hacía ilegible su letra.

Más o menos por entonces, Coverly recibió una carta de su anciana prima.

Alguien más perseverante hubiese analizado la carta palabra por palabra y diagnosticado el contenido, pero Coverly no poseía ni las dotes ni la paciencia necesarias para eso. Pudo descifrar unos cuantos hechos. Un acebo que crecía detrás de su casa estaba atacado por la roya y ella quería que Coverly fuese a Saint Botolphs para ocuparse de que lo fumigaran. A continuación venía un párrafo indescifrable sobre el Banco y Compañía Fideicomisaria Appleton de Boston. Honora había puesto dinero en usufructo para Coverly y su hermano y él supuso que se refería a eso. Las rentas le permitían a Coverly vivir mucho más cómodamente de lo que hubiera podido hacerlo con su sueldo del gobierno y confió en que no hubiese algún problema con ese dinero. Luego había una frase clara donde afirmaba que el doctor Lemuel Cameron, director de la base de Talifer, había obtenido una vez una beca creada por Lorenzo Wapshot. Concluía con sus acostumbradas observaciones sobre las lluvias, los vientos y las mareas.

Coverly adivinó que la mención al acebo quería decir algo muy diferente pero no tenía el estado de ánimo necesario para descubrir qué se ocultaba en la mente de la anciana. Si había problemas con el Banco y Compañía

Fideicomisaria Appleton —y su cheque trimestral debería haberle llegado ya — él no podía hacer mucho al respecto. El comentario acerca del doctor Cameron podía ser verdad o no, ya que Honora exageraba a menudo la generosidad de Lorenzo y, como cualquier anciana, tenía dificultades para recordar nombres. La carta llegó en un mal momento y se la reenvió a su hermano.

Betsey no se había repuesto del fracaso de su fiesta. Odiaba Talifer y culpaba abiertamente a Coverly por hacerla vivir allí. Se vengaba durmiendo sola y no hablando con su marido. Protestaba en voz alta, como para sí, del ruido, del barrio, de la cocina, del tiempo y de las noticias de los periódicos. Insultaba al puré de patatas, maldecía al asado, condenaba a los cacharros al infierno y les decía obscenidades a las tartas de manzana congeladas, pero no le dirigía la palabra a Coverly. Todas las superficies de la vida —la mesa, los platos y el cuerpo de su marido— parecían haberse convertido en las punzantes aristas de una piedra que yacía en su camino. Nada le parecía bien. El sofá le hacía daño en la espalda. No podía dormir en su cama. Las luces eran demasiado tenues para leer, los cuchillos no cortaban ni la mantequilla, los programas de televisión la aburrían aunque los veía fielmente. El mayor sufrimiento de Coverly era la ruptura de sus relaciones sexuales. Constituían la esencia, la fuente constante de vitalidad en su matrimonio, y sin eso la compañía de Betsey se le hacía penosa.

Coverly intentó arrojar un círculo de luz en torno a la figura de ella y vio, o creyó ver, que quizá estaba cruelmente sobrecargada por un pasado del cual él nada sabía. Todos hemos pagado un rescate a nuestros orígenes, pensó, y puede que en su caso la suma haya sido exorbitante. Eso podría explicar ese lado oscuro de su carácter que a él le parecía más misterioso que la cara oscura de la luna. ¿Existían instrumentos de amor y paciencia que pudieran explorar esa oscuridad, descubrir los manantiales de su desdicha y, trazando

un mapa de todo ello, llevarlo al terreno de la razón? ¿O estaba en la naturaleza de esa clase de mujer permanecer para siempre con la mitad de sí en una oscuridad desconocida para ella misma? Sentada ante el televisor, no se parecía en absoluto a una diosa lunar, pero, de todo lo que había en el mundo, su espíritu junto con sus caras irreconciliables, era para él lo más parecido a la luna.

Un sábado por la mañana, cuando se estaba afeitando, oyó la voz de Betsey —estridente, iracunda— y bajó las escaleras en pijama para ver qué pasaba. Ella estaba regañando a una asistente nueva.

—No sé dónde vamos a parar —decía Betsey—. Realmente no lo sé. Supongo que espera usted que le pague un buen dinero simplemente por quedarse sentada, sentarse a fumar mis cigarrillos y ver mi televisión. —Betsey se volvió hacia Coverly—. Apenas habla inglés —dijo—, y ni siquiera saber manejar la aspiradora. Ni eso sabe hacer. Y tú. Mírate. Son las nueve y todavía estás en pijama y me imagino que piensas pasarte el día sin hacer nada. Me asquea y me harta. Bueno, llévatela arriba y enséñale a utilizar la aspiradora. Marchaos los dos. Subid y haced algo útil para variar.

La asistente tenía el cabello oscuro y la piel olivácea. Sus ojos estaban llorosos. Coverly cogió la aspiradora y subió las escaleras, admirando el amplio trasero de la desconocida. Se produjo entre ellos la instantánea relación que se establece entre los niños desgraciados. Coverly enchufó el cable y conectó el motor pero, cuando sonrió a la desconocida, las cosas tomaron un giro diferente.

—Ahora la ponemos aquí —le oyó decir Betsey—. Así. Eso es. Tenemos que meterla por los rincones, hasta el fondo. Despacio, despacio, despacio. Adelante, atrás. Adelante, atrás. No demasiado rápido...

En el piso de abajo, Betsey pensó airadamente que Coverly había encontrado al fin algo útil que hacer los sábados por la mañana y que por lo

menos una habitación estaría limpia. Se metió en el cuarto de baño, donde tuvo una visión, no tanto de la emancipación de su sexo como de la esclavización del macho.

El habitual progreso —una presidenta y un Senado femenino— no aparecía en la fantasía de Betsey. De hecho, en su visión los hombres continuaban realizando la mayor parte del trabajo en el mundo, si bien ampliado para incluir las tareas domésticas y las compras. Sonrió al imaginar a un hombre inclinado sobre la tabla de la plancha, un hombre limpiando el polvo de la mesa, un hombre untando el asado. En su visión todos los monumentos públicos en homenaje a grandes hombres serían derribados y arrojados a los vertederos. Generales a caballo, sacerdotes con sotana, estadistas de frac, aviadores, exploradores, inventores, poetas y filósofos serían reemplazados por atractivas representaciones de mujeres. Estas tendrían independencia sexual completa y harían el amor con desconocidos con la misma despreocupación con que compraban un libro de bolsillo, y al volver a casa por la tarde, les describirían con descaro a sus deprimidos maridos (que estarían preparando un asado a la parrilla) los momentos más destacados de sus aventuras eróticas. No fue tan lejos como para imaginar una legislación que limitara los derechos de los hombres; pero les veía tan cabizbajos, insulsos y deprimidos que habrían perdido la posibilidad de que los tomaran en serio.

Ahora la canción de amor de Coverly Wapshot se había convertido en algo grotesco y vano, y en la época acerca de la que escribo él había adquirido la desafortunada costumbre de hablar como los papelitos chinos de la fortuna. «El tiempo todo lo cura», decía. «El pobre va antes que el ladrón». Además de su costumbre de hacer crujir los nudillos adquirió otra aún más irritante: la de carraspear nerviosamente. A intervalos regulares emitía con la laringe un ruido irresoluto, quejumbroso, exculpatorio y reflexivo.

—Grrgrum —se decía mientras fregaba los platos—. Arjem, arriem, grramf.

Como si estos ruidos expresaran de forma sutil su descontento. Era la clase de hombre que en los congresos a los que, a veces, asistía tiraba siempre a la papelera la tarjeta con su nombre (¡Hola! ¡Soy Coverly Wapshot!) junto con el clavel blanco que solían darles a los delegados. Parecía creer que vivía en una ciudad pequeña donde todos se conocían. Nada más lejos de la realidad, por supuesto. Betsey era una de esas mujeres que, como las heroínas de las leyendas antiguas, era capaz de transformarse de una bruja en una belleza y de nuevo en una bruja a tal velocidad que dejaba a Coverly sobresaltado.

Coverly, como un déspota, era dado a reorganizar a capricho los hechos de su historia. Decidía alegre y esperanzadamente que lo ocurrido no había tenido lugar, aunque nunca fue tan lejos como para afirmar que lo que no había ocurrido si había pasado. Que lo sucedido no había sucedido era un estribillo en su canción de amor tan frecuente como esas estrofas líricas que celebran la felicidad erótica. Ahora Betsey era una mujer quejumbrosa o, como decía Coverly, Betsey no era una mujer quejumbrosa. Se había sentido desgraciada en Remsen y había deseado que les destinaran a Cabo Cañaveral, donde se veía a sí misma sentada en una playa blanca contando las olas y poniéndole ojos tiernos al socorrista. Si a Betsey le hubieran hecho un retrato la habrían pintado contra un fondo de paisajes del norte de Georgia, donde pasó su misteriosa infancia. Habría jabalíes, un árbol moribundo, una casa de madera que necesitaba una mano de pintura y, hasta donde alcanzaba la vista, hectáreas de polvo rojo que al menor aguacero se volvería lodo y sería arrastrado por el agua. En esa parte del estado la capa superficial de tierra no era suficiente para llenar una lata. Coverly había visto este paisaje fugazmente desde la ventanilla del tren y del pasado de ella solo sabía que tenía una hermana que se llamaba Caroline.

—Me llevé una gran decepción con Caroline —le había dicho Betsey—. Era mi única hermana, la única, y yo solo quería tener una verdadera hermandad con ella, pero me llevé una desilusión. Cuando yo trabajaba en el almacén de todo a cinco-y-diez centavos, le daba todo mi sueldo para que se hiciera el ajuar, pero cuando se casó, se fue de Bambridge y no me escribió ni una vez, ni me informó de su paradero de ninguna forma o manera.

Luego Caroline empezó a escribirle y se produjo un cambio en los sentimientos de Betsey hacia su hermana. Coverly se alegró de ello, ya que, con la excepción del televisor, la soledad de Betsey en Talifer era absoluta y no parecía que Coverly pudiese volver más sociable a la gente del lugar. Finalmente, invitaron a Caroline, que estaba divorciada, a visitarles.

Lo que no había sucedido, o lo que quizá podía haber tenido lugar y a él le había pasado desapercibido de acuerdo con la forma de pensar de Coverly, empezó con la visita de Caroline. Llegó un jueves. Todas las ventanas estaban iluminadas cuando Coverly volvió a casa después del trabajo y al entrar oyó sus voces procedentes del cuarto de estar. Betsey parecía feliz por primera vez en varios meses y le recibió con un beso. Caroline levantó la cabeza y le sonrió; el color y la expresión de sus ojos quedaban ocultos por unas grandes gafas que reflejaban la habitación. No era una mujer gruesa, pero se sentaba como si lo fuera, con las piernas muy separadas y los brazos colgando desgarbadamente entre ellas. Llevaba un conjunto de viaje: zapatillas azules que le apretaban los pies y una falda estrecha del mismo color que estaba arrugada como una piel. Su sonrisa era dulce y lenta y se puso de pie y le dio a Coverly un beso húmedo.

—Vaya, es igualito a Harvey —dijo—. Harvey era un chico de Bambridge y eres igualito a él. Era un chico que estaba muy bien. Su familia tenía una casa muy bonita en Spartacus Street.

—No vivían en Spartacus Street —corrigió Betsey—. Vivían en

Thompson Avenue.

—Vivieron en Spartacus Street hasta que a su padre le dieron la representación de Buick —dijo Caroline—. Luego se mudaron a Thompson Avenue.

—Yo creía que siempre habían vivido en Thompson Avenue —repuso Betsey.

—El que vivía en Thompson Avenue era ese otro chico —dijo Caroline—. El que tenía el pelo rizado y los dientes torcidos.

Había una botella de bourbon en la mesita del café y los tres se tomaron un vaso. Cuando Betsey se fue a la cocina para calentar la cena, Caroline se quedó con Coverly. En ese momento fue cuando él decidió que lo que había sucedido no había tenido lugar. Caroline le habló en un susurro.

—Estaba muerta por conocer al hombre con el que se había casado Betsey. En Bambridge nadie creía que ella se casaría. Es tan *rara*.

Hubo un momento, antes de decidir que ella no había dicho lo que había dicho, en que Coverly tuvo que enfrentarse con el veneno que contenía el comentario. Solo pudo llegar a la conclusión de que en Georgia «rara» quería decir encantadora, original y buena.

—No te entiendo —dijo.

—Bueno, es rara, sencillamente —murmuró Caroline—. En Bambridge todo el mundo sabía que Betsey lo era. Yo creo que no era culpa suya. Creo que fue por lo mal que la trató nuestro padrastro. Le pegaba con la correa, se quitaba el cinturón y le daba con él sin la menor provocación. Yo creo que le quitó el sentido común a fuerza de correazos.

—No sabía nada de eso —dijo Coverly, o no lo dijo.

—Bueno, Betsey nunca le ha contado nada a nadie —susurró Caroline—. Esa era una de sus rarezas.

—La cena está servida —dijo Betsey con su tono más cariñoso y confiado.

Retrospectivamente, esto sí parecía cierto.

La conversación sobre Bambridge continuó durante toda la cena y, conducida por Caroline, parecía extrañamente morbosa.

—Bessie Pluckette tiene otro niño mongólico —exclamó Caroline, no con alegría pero sí con claro entusiasmo—. Desgraciadamente está sanísimo, así que la pobre Bessie tendrá que pasarse el resto de su vida cuidándole. Pobrecilla. Por supuesto podría meterlo en un asilo, pero no tiene valor para dejar a su hijito en un sitio donde lo maten de hambre, y eso es lo que hacen en el asilo, matarlos de hambre. Alma Pierson también tuvo un niño mongólico pero, afortunadamente, ese se murió. Betsey, ¿te acuerdas de Brasie, la chica que tenía un brazo encogido? —Se volvió a Coverly y le explicó—: Tenía el brazo derecho corto, no más largo que hasta el codo, y al final tenía una mano diminuta. Pues aprendió a tocar el piano. ¿No es fantástico? Con la manita solo podía tocar los acordes, claro, pero el resto de la música lo tocaba con la otra mano. La izquierda la tenía normal. Recibió clases de piano y todo, bueno, hasta que su padre se cayó por el hueco del ascensor en la fábrica de algodón y se rompió las dos piernas.

¿Esto era morbosidad, se preguntó Coverly, o era la realidad de la vida en Georgia?

Caroline pasó tres días con ellos y fue (si se olvidaba su comentario de antes de la cena) una huésped tolerante, exceptuando que su conocimiento de las experiencias humanas trágicas era inagotable y que dejaba marcas de lápiz de labios por todas partes. Tenía una boca ancha y se la pintaba mucho, así que había manchas de lápiz de labios púrpura en las tazas, en los vasos, en las toallas y las servilletas; los ceniceros estaban llenos de colillas manchadas y en el retrete siempre había un pañuelo de papel manchado de rojo. A Coverly le parecía que esto no era descuido, sino mucho más que eso; una forma atávica de dejar su huella en una casa en la que iba a pasar tan poco tiempo.

Las manchas rojas parecían definirla como una mujer solitaria. Cuando Coverly salió para la base, el día en que se marchaba Caroline, ella estaba durmiendo y cuando regresó a casa, ya se había ido. Había dejado una señal de lápiz de labios púrpura en la frente del niño; parecía haber en todas partes donde miraba, como si ella hubiese señalado su partida de este modo. Betsey estaba viendo la televisión y comiendo caramelos de una caja que le había regalado Caroline. No levantó la vista cuando él entró y se limpió con la mano la mejilla en el punto donde él la besó.

—Déjame en paz —dijo—, déjame en paz...

Después de la marcha de Caroline, los descontentos de Betsey parecieron aumentar. Hubo una noche en especial que, de acuerdo con la costumbre de Coverly de eliminar los hechos, no sucedió. Tuvo que quedarse en la base hasta tarde y no volvió a casa hasta las siete y media. Betsey estaba sentada en la cocina, llorando.

—¿Qué te pasa, cielo? —le preguntó, o no le preguntó.

—Me he preparado una taza de té —sollozó Betsey— y una tostada y, justo cuando iba a sentarme a disfrutarlas, ha sonado el teléfono y era una mujer que vendía suscripciones a revistas y se ha puesto a hablar y para cuando ha terminado, mi té y mi tostada estaban fríos.

—Está bien, cielo —dijo Coverly—. Puedes volver a calentarlos.

—No está bien —contestó Betsey—. No está bien en absoluto. Nada está bien. Odio Talifer. Lo odio. Te odio a ti. Odio la tapa del retrete mojada. La única razón por la que vivo aquí es porque no tengo otro sitio en el mundo donde ir. Soy demasiado perezosa para conseguir un trabajo y demasiado fea para encontrar otro hombre.

—¿Quieres hacer un viaje, cielo? ¿Te gustaría un cambio?

—He viajado por todo el país y en todas partes es igual.

—Oh, vamos, cielo, vamos —dijo hablándole con gran cariño y cansancio

—. Me siento como si estuviera andando por una calle llamándote, pidiéndote que regreses, y tú nunca vuelves la cabeza. Sé cómo es esa calle, la he visto muchas veces. Es de noche. Hay un sitio en la esquina donde venden cigarrillos, periódicos y objetos de papelería. Te veo andando por la calle y yo voy detrás de ti, llamándote, gritándote que regreses, que regreses, pero tú nunca vuelves la cabeza.

Betsey siguió sollozando, y Coverly, pensando que sus palabras la habían conmovido, le rodeó los hombros con el brazo, pero ella se soltó con un movimiento convulsivo y chilló.

—Déjame.

El chillido, como el penetrante y desagradable chirrido de unos frenos, parecía fuera de lugar.

—Pero, cielo...

—Me pegaste —chilló ella—. Te quitaste el cinturón y me pegaste, me pegaste, me pegaste.

—Yo no te he pegado nunca, cielo. Jamás le he pegado a nadie, excepto al señor Murphy cuando nos robó el cubo de la basura.

—Me pegaste, me pegaste, me pegaste —chilló ella.

—¿Cuándo fue eso, cielo, cuándo lo hice?

—El martes, el miércoles, el jueves, el viernes, no recuerdo todas las veces.

Salió corriendo y se encerró en su cuarto. Él se quedó aturdido (o lo hubiera hecho si algo de esto hubiese ocurrido) y tardó un minuto o dos en darse cuenta (o hubiera tardado) de que Binxey estaba llorando, aterrado. Cogió al niño como un objeto de razón, de amor, de calor animal. Lo estrechó entre sus brazos y se lo llevó a la cocina. No era el momento, al parecer, para la reflexión o la decisión. Preparó unas hamburguesas y después de cenar le contó al niño un estúpido cuento de viajes espaciales, como hacía todas las

noches. Estas historias no eran peores que las de conejos parlantes que le contaban a él cuando era pequeño, pero los conejos parlantes tenían el encanto de la inocencia. Apagó la luz, le dio un beso al niño y se detuvo en el cuarto de Betsey para preguntarle si quería algo de cena.

—Déjame en paz —contestó ella.

Coverly se tomó una cerveza, leyó un número atrasado de *Life*, se acercó a la ventana y miró las luces de la calle.

Aquí estaban (o habrían estado si él hubiese admitido los hechos) la tristeza y el dolor de un dilema sin igual. El ladrón y el asesino tienen su hermandad y sus profetas, pero él no tenía nada. Psiquiatría, psiquiatría, la palabra le vino a la mente del mismo modo que ponemos un pie delante del otro, pero si acudía a un médico pondría en peligro su acreditación de seguridad y su puesto de trabajo. Cualquier contacto con el desequilibrio mental impedía que un hombre trabajara en Talifer. La única forma de poder aferrarse a su convicción de que los demoledores impactos de la vida caían en una secuencia útil era afirmar que estos golpes especiales no habían caído; y así, haciendo esta afirmación, se preparó la cama en el sofá y se durmió.

Este curioso proceso de afirmar que lo sucedido no había tenido lugar y que lo que estaba sucediendo no estaba ocurriendo continuó por la mañana cuando Coverly fue a coger una de sus camisas y descubrió que Betsey había arrancado los botones de todas. Esto era inadmisibile. Se sujetó la camisa con una corbata, se la metió por dentro de los pantalones y se fue al trabajo, pero a media mañana fue al lavabo de hombres y le escribió a Betsey una nota:

Querida Betsey, me marchó. Estoy desesperado y no me gusta la desesperación, especialmente la que es callada. No tengo dirección, pero supongo que eso no importa mucho, puesto que en todos los años que llevamos juntos nunca me has enviado una postal y me imagino que no vas a empezar ahora a escribirme montones de cartas. He pensado en llevarme a Binxey, pero por supuesto esto sería contrario a la ley. Le quiero más de lo que he querido a nadie en el mundo. Por favor, sé buena con él. Quizá desees saber por qué me marchó y por qué estoy desesperado,

aunque en realidad no te imagino haciéndote preguntas acerca de mi desaparición. No conozco a nadie de tu familia, excepto a Caroline, y a veces quisiera conocerlos mejor, porque a veces pienso que me confundes con alguien que te hizo daño hace mucho tiempo. Sé que tengo un carácter difícil, mi familia siempre decía que Coverly era muy raro, y quizá yo tenga mucha más culpa de lo que nunca sabré. No me gusta albergar rencores, no me gusta estar amargado o resentido y, sin embargo, a menudo lo estoy. En las mañanas de nuestra vida, cuando suena el despertador lo primero que deseo hacer es abrazarte, pero sé que si lo hago te apartarás bruscamente de mí y así es como empieza el día y generalmente como acaba. No me molestaré en decir nada más. Como dije al principio, no me gusta la desesperación, especial mente la que es callada, así que me marchó.

Coverly echó la carta al correo, compró unas camisas, consiguió un permiso anual y esa noche se fue a Denver, donde se alojó en un hotel de cuarta categoría. Había colillas en el suelo del cuarto de baño y un espejo deformante a los pies de la cama por razones sospechosas. Se tomó unas copas y se fue al cine. Cuando volvió al hotel a eso de medianoche, el ascensorista le preguntó si quería una chica, un chico, fotos sucias o historietas cochinas. Dijo que no, gracias, y se acostó. Por la mañana fue a un museo, luego a ver otra película y estaba tomando una copa en un bar al anochecer cuando sintió que su espíritu hacía una genuflexión, se inclinaba, se doblaba y se arrodillaba ante la imagen de los gastados mocasines indios, adornados con cuentas, que Betsey solía llevar por casa. Se tomó otra copa y fue a ver otra película. Cuando volvió al hotel, el ascensorista le preguntó si quería una chica, un chico, un masaje porno, fotos cochinas o historietas obscenas. Él quería a Betsey.

Los secretos de un matrimonio se guardan muy escrupulosamente. Coverly podría hablar de forma abierta de sus infidelidades; su pasión por la fidelidad es lo que ocultaría. No importaba que ella le hubiera acusado de manera injusta y le hubiera arrancado los botones de las camisas. No importaría que le hiciera agujeros en los calzoncillos con un pitillo y que le sirviera arseniato de plomo. Si ella le cerraba la puerta, él entraría por la ventana. Si ella echaba

la llave de un dormitorio, él rompería la cerradura. Si le recibía con una bronca, un chaparrón de amargas lágrimas, un hacha o un cuchillo de trinchar, a él no le importaría. Ella era su piedra de molino, su bola y su cadena, su ángel, su destino, y tenía entre sus manos la materia prima de los más ilustres sueños de Coverly. Entonces la llamó por teléfono y le dijo que volvía a casa.

—Está bien —dijo Betsey—. Está bien.

En el viaje de regreso tuvo algunas dificultades para hacer las conexiones y no llegó a casa hasta las diez de la noche siguiente. Betsey estaba en la cama, limándose las uñas.

—Hola, cielo —saludó él, y se sentó en la cama con un quejido.

—Bueno, está bien —dijo Betsey, pero tiró la lima sobre la mesilla, preservando un poco de su soberanía.

Entró en el cuarto de baño y cerró la puerta, y Coverly oyó los diversos sonidos del agua al correr, variados y alegres como las fuentes de Tivoli. Pero ella no volvía. ¿Qué pasaba? ¿Se habría hecho daño? ¿Había saltado por la ventana? Abrió violentamente la puerta y se la encontró sentada en el borde de la bañera, desnuda, leyendo un número atrasado de *Newsweek*.

—¿Qué ocurre, cielo?

—Nada —contestó Betsey—. Estaba leyendo.

—Pero ese es un número atrasado —dijo Coverly—. Es de hace casi un año.

—Pues es muy interesante —repuso ella—. Yo lo encuentro muy interesante.

—Pero si a ti no te interesan los sucesos de actualidad —dijo él—. Quiero decir que ni siquiera sabes el nombre del vicepresidente, ¿no es cierto?

—Eso no es asunto tuyo —respondió ella.

—Pero ¿sabes el nombre del vicepresidente?

—Eso a ti no te importa —dijo ella.

—Oh, cielo —gimió Coverly inundado de amor, y la levantó en sus brazos.

Entonces el verdor de Venus, la más espesa de las vegetaciones, llenó los cuartos. Rumores de agua que corre. Vuelos de canarios silvestres. Leve, muy levemente, ayudándose el uno al otro a cada vuelta, comenzaron su ascensión sin esfuerzo por la pared rocosa, por el cañón, luego la escalada oblicua, subiendo y subiendo hasta el último risco, desde donde se veía todo el ancho mundo y Coverly era el hombre más feliz que habitaba allí. Pero, según él, nada de esto había sucedido. ¿Cómo podía tener lugar?

Las oficinas del juez Beasely estaban en el primer piso del Bloque Cartwright. Enid Moulton, la hermana de Mabel, hizo pasar a Honora al despacho del fondo, donde el juez estaba examinando, o fingiendo examinar, unos papeles. Honora sospechó que había estado durmiendo y le miró con expresión sombría. El tiempo, al cual ella había visto convertir a tantas cosas y personas en sus opuestos, le había dado al juez el aspecto de un halcón. Honora no se refería a que tuviera un aire predatorio, sino a que la delgadez de su rostro hacía que su nariz, que siempre fue afilada, se curvara como un pico y que su ralo cabello gris se pareciera a las plumas en la época de la muda. Encorvaba los hombros como un pájaro que se dispone a dormir. Tenía la voz rota, pero siempre había sido así. La nariz se le había pelado en algunos puntos, revelando una segunda piel color violeta. Había sido un tenorio —ella lo recordaba— y a los ochenta años aún parecía orgulloso de sus proezas. En la pared, sobre su escritorio, había un gran cuadro barnizado que representaba a unos ciervos de gran cornamenta saliendo de un bosque tenebroso para beber en un lago. El marco todavía estaba festoneado con espumillón navideño. Honora lanzó una ojeada al cuadro.

—Veo que ya estás preparado para la Navidad —comentó con mala intención.

—Humm —dijo él, sin entenderla.

Honora le contó su problema, tratando de calcular la magnitud del mismo por los grados de consternación que reflejaba su delgado rostro. La memoria

y la razón del juez no parecían deterioradas, pero sí ralentizadas. Cuando ella terminó, él hizo un templo con las manos.

—El tribunal del condado no se reunirá hasta dentro de cinco semanas —dijo—, así que no te citarán hasta entonces. ¿Han intervenido tus cuentas corrientes?

—Creo que no —contestó Honora.

—Entonces, mi consejo, Honora, es que vayas directamente al banco, retires una suma importante y te marches del país. Los procedimientos de extradición son complicados y prolongados y las autoridades fiscales no son totalmente implacables. Te pedirán que regreses, por supuesto, pero no creo que a una dama tan venerable como tú la sometan a nada desagradable.

—Soy demasiado vieja para viajar —dijo Honora.

—Eres demasiado vieja para ir a la granja-asilo —replicó él.

Su mirada era tan inexpresiva como la de un ave y, al parecer, tenía que girar la cabeza de un lado a otro, como un pato, para poder verla. Ella no dijo nada más, ni gracias ni adiós, y salió del despacho. Se detuvo en la ferretería y compró una cuerda de tender la ropa. Cuando llegó a su casa subió directamente al ático.

Honora admiraba todo lo que fuese fresco: la lluvia, la fría luz de las mañanas, todos los vientos, todos los sonidos del agua al correr, en los cuales le parecía oír la cadena de la existencia, la alta mar, pero, en especial, la lluvia. Dado que amaba todo esto, al entrar en el desván cerrado llevando en la mano una cuerda con la que pensaba ahorcarse, se sintió ajena a sí misma. El aire estaba tan cargado que mareaba; oloroso a especias como un horno. Las moscas y las avispas al otro lado de la ventana eran los únicos sonidos de vida. Había baúles de Calcuta, sombrereras, un timón con incrustaciones de nácar; junto a la ventana, una vela mayor rasgada y un par de remos. Ató la cuerda que traía a una viga en la que se veían impresas las palabras: GRAN

CIRCO DE ANIMALES PEREZ WAPSHOT. De la viga colgaban unas cortinas rojas que formaban el escenario en el cual habían actuado en los días borrascosos, con la lluvia suavizando ese pequeñísimo mundo. Rodney Townsend la despertaba con un beso cuando ella interpretaba a la Bella Durmiente. Era el papel que más le gustaba. Se acercó a la ventana para ver el atardecer, preguntándose por qué la última luz del día le exigía símiles y resoluciones. ¿Por qué, todos los días de su vida, había comparado los colores del crepúsculo con las manzanas, con las páginas marchitas de los libros viejos, con una tienda de campaña iluminada, con zafiros y cenizas? ¿Por qué había contemplado siempre la luz del atardecer como si esta pudiera enseñarle honradez y valor?

El día era gris, lo había sido desde por la mañana. Sería gris en el mar, gris en el muelle del ferry donde esperaban los pasajeros, gris en las ciudades, gris en el istmo, gris en la prisión y en la granja-asilo. Era una luz dura y fea, que se extendía como una arpillera de tapicería bajo el damasco del año. Sensible a todas las luces, la oscuridad le daba una sensación de vaguedad y tristeza. Las recompensas de la virtud, lo sabía, son pueriles, inodoras y mezquinas, pero a pesar de todo son recompensas, y ella no conseguía encontrar suficiente virtud en su conducta para reflexionar sobre ella. Se había propuesto llevarle un caldo de pollo a la señora Potter cuando estaba moribunda. Se había propuesto asistir a su funeral cuando murió. Se había propuesto esparcir las cenizas de la chimenea por el césped. Se había propuesto devolverle a la señora Bretainne su ejemplar de *La amargura del general Yen*. Había contado cada tachuela, clavo, banco, luz y tubo de órgano en la iglesia de Cristo mientras el señor Applegate, año tras año, desvelaba la palabra de Dios. ¡Patrona, Benefactora, Virgen y Santa!

Se había enorgullecido de sus tobillos, de su pelo, de sus manos, de su poder sobre los hombres y las mujeres, aunque sabía lo suficiente del amor

para saber que este impulso es irreprochable. Orgullosamente, había dado sus juguetes a los pobres en Navidad. Orgullosamente, había sonreído ante esta imagen de su magnanimidad. Orgullosamente, se había imaginado un coro de murmullos de admiración. La Gloriosa Honora. La Generosa Honora. La Sin Par Honora Wapshot. Uno traía energía a la vida, no había nada equiparable a su velocidad, a su discernimiento, pero ¿acaso podía el espíritu de una anciana volar en el viento que trae la lluvia? No le quedaba vitalidad. Su utilidad se había agotado. Hizo un lazo corredizo y arrastró un baúl hasta ponerlo debajo de la viga. Le serviría de trampilla para su horca. La tapa del baúl estaba abierta y vio que los papeles que había dentro estaban revueltos. Eran papeles de la familia, cosas personales. ¿Quién los habría tocado? Maggie. Metía la mano en todo: en el escritorio de Honora, en sus bolsillos. Reconponía las cartas rotas que encontraba en la chimenea. ¿Para qué? ¿Era como la magia que una casa vacía ejerce sobre una niña? El rey y la reina han muerto. Ella rebusca en la caja de los gemelos de papá, se pone los collares de mamá, revuelve el humilde contenido de los cajones. Honora se puso las gafas y miró los desordenados papeles. «El presidente y el consejo de administración del Instituto Hutchens para Invidentes solicita...» Debajo había una carta con la tinta borrosa: «Querida Honora: me voy a Boston pa comprar ropa de berano y otono pero volbere el jueves. Me pareze que está bastante claro que a Lorenzo le gustaría aver comprado mis tierras cuando estuvo ayi. Yo estoy deseando vender. Se que no ay esperanca de sacarle un prezio justo, a juzgar por el pasado. La falta de onradez es su norma, pero si tú hablas con él a lo mejor eso ace que la venta...». Más abajo leyó: «Aquel que me lea cuando yo sea cenizas será el hijo de mis deseos».

Estaba escrito con la letra de Leander, y eran unas páginas de ese execrable diario o autobiografía que había ocupado los últimos meses de su vida.

La prima Honora Wapshot es una tacaña (había escrito Leander). Organizadora de todas las obras de caridad del pueblo. Reparte pollos esqueléticos y huevos de pollita a los pobres. Reza ruidosamente en la iglesia por los que se afanan y sufren estrecheces, pero no le presta cien pavos a su único, único primo para inversión segura con rentas garantizadas en fábrica de tachuelas impulsada por agua. No hay trabajo en Saint Botolphs. Ni gota. Pueblo moribundo o muerto. A los diecinueve el autor se vio obligado por la tacañería de Honora a aceptar un puesto de recepcionista de noche en la Mansión Hoyse de Travertine, quince kilómetros río abajo.

Hotel a la altura de las maravillas del mundo. Comparable con una licencia literaria a los monumentos de Karnak, la Acrópolis en Grecia y el Panteón en Roma. Grande, estructura de madera, empapada de salitre, una ratonera en caso de incendio, con galerías de dos pisos, salones palaciegos, ochenta dormitorios, ocho baños. Lavabos y orinales aún muy corrientes. Debido a ese penetrante olor en los vestíbulos. Salones y algunas suites iluminados con luz de gas pero muchos cuartos todavía dependían de las lámparas de queroseno para iluminación. Palmeras en el vestíbulo. Música en todas las comidas, excepto desayuno. Plan americano. Doce dólares diarios como mínimo. El autor trabajaba en recepción desde seis de la tarde hasta que se disparaba el último pistoletazo, generalmente hacia medianoche. El sueldo eran diecisiete dólares incluyendo manutención. Llevaba chaqué y flor en el ojal. Tubos acústicos pero no teléfono. Sistema de timbres limitado conectado a baterías. Hermosa vista de la playa desde la galería. Pistas de tenis y campo de croquet junto al hotel. Algunos caballos de montar traídos del establo. Algo de vela. Principal distracción por las noches asistir a conferencias. Maravillas de Roma. Maravillas de Venecia. Maravillas de Atenas. También temas filosóficos y religiosos.

Entre los huéspedes una actriz de Shakespeare. Lottie Beauchamp. Pronunciado Bicham. Interpretaba papeles secundarios en la Compañía Farquarson Grant Stratford y Avon. Viajaba con su propia ropa de cama, cubiertos de plata, mermeladas y jaleas. Mademoiselle Beauchamp, como entonces la llamaba el autor, apareció una noche en recepción con una triste historia. Había perdido su collar de perlas en la playa. Recordaba dónde lo había dejado pero le daba miedo aventurarse sola en la playa en la oscuridad. El autor acompañó a la huésped importante en la búsqueda. Hermosa noche. Luna, estrellas, etcétera. Suave oleaje. Encontramos el collar sobre una roca en una cala recogida. Admiramos paisaje, templado aire nocturno, luna ascendiendo por el oeste. Mademoiselle Beauchamp respiraba agitadamente. Siguió una hora muy agradable. El autor se adormiló. Al despertar se encontró a la famosa actriz dando saltos a la luz de la luna sujetándose los senos para evitar que saltaran. ¿Lunática? ¿Qué haces? No querrás que tenga un bebé, ¿verdad?, dice ella. Continuó brincando. Nunca vi tal conducta ni antes ni después. Parece que dio resultado.

Lottie Beauchamp medía metro sesenta y seis y pesaba cincuenta y nueve kilos. Edad desconocida. Tez, Polvos Apio de Paine. Cabello castaño claro. Hoy la llamarían rubia. Espléndidas formas pero excesiva abundancia en parte superior para el gusto moderno. Voz de oro. Podía poner los pelos de punta y llenar de lágrimas los ojos. Acento inglés perceptible pero que no sonaba extranjero ni desagradable en ningún otro sentido. Gustos refinados. Viajaba con su propia ropa de cama, como ya dije. Flores de invernadero en la habitación. Sin embargo, hablaba de orígenes modestos. Hija de un obrero textil de Leeds. Madre alcohólica. Pasó hambre, frío, pobreza, abandono, etcétera en la infancia. Una rosa de estercolero. Poseía grandes dosis de temperamento artístico. Muy volátil. Se quejaba mucho a la dirección por falta de agua caliente y los bultos en el colchón, pero siempre era amable con

los sirvientes. A veces se lamentaba de su vida de actriz. Toda farsa y engaño. Necesitaba ternura. El autor encantado de complacerla. No hacíamos mal a nadie o eso parecía.

A fines de septiembre la actividad en el hotel estaba estancada como melaza fría. Algunos vientos del norte. También buen tiempo. Mucho sol. Aire cálido. Brisa acariciaba el mástil. No echaría a una mariposa posada en la vela mayor. Paseaba por la playa con la actriz antes de empezar mi turno. Deliciosa compañía. Nos entreteníamos en varias calas, rincones, también a bordo del velero. Propiedad del hotel. Quince pies de eslora. Aparejo Marconi. Ancho de manga. Navegaba como una mantequera. Pequeño camarote sin comodidades. Así pasaban los días.

Al final de temporada la mayor parte de la clientela compuesta por solteras. Algunas damas encantadoras; otras, limones. El grupo del porche delantero dominado por la doctora Helen Archibald. Famosa especialista en dietética. También higienista. Dirigía clases diarias de calistenia solo para mujeres. Nunca tuve el privilegio de asistir pero sospecho consistía en flexiones de rodillas realizadas con las melodías de una vieja gramola. Gramola grande llamada Regina. La música la producían unos discos de metal planos de sesenta centímetros de diámetro. Amplia selección. Ópera, marchas, canciones de amor.

El grupo del porche aburrido de contar las olas. Sospecharon el romance. La famosa dietética reveló un repentino interés en las conchas marinas. Las conchas de la playa de Travertine nada interesantes. Estrellas de mar, etcétera. El producto habitual de las aguas frías del norte. Algunas piedras de colores que brillaban como joyas cuando estaban húmedas. Incoloras al secarse. El propósito de las excursiones playeras de la famosa doctora era espiar. Nos seguía a Lottie y a mí como un guardián de la moral, fingiendo buscar conchas. Implacable consigo misma. Recorría la playa durante horas.

Arena en los zapatos. Varios vestidos estropeados. Su vigilancia fue recompensada. El autor, al levantarse de una postura yacente en una cala recoleta, vio a la famosa doctora regresando apresuradamente al hotel en posesión de hechos perjudiciales. Perdido todo interés por las conchas. No pude seguirla por estar como mi madre me echó al mundo. Lottie muy tranquila. Planeó estrategia. Ella volvería al hotel sola. Valerosa. Sin miedo a enfrentarse al grupo del porche. El autor daría un rodeo campo a través y llegaría al hotel desde la dirección opuesta. Así lo hicimos. Crucé un pinarcillo hasta el pueblo de Travertine y luego cogí el camino de tierra hacia la costa. Me cambié de ropa y ocupé mi puesto en recepción a las seis en punto con una flor fresca en el ojal. El trío de cuerda afinaba sus instrumentos en el gran comedor. Un hombre encendía las arañas de gas. (No era época de ahorrar gas. En septiembre anochece rápidamente.) Se armó un jaleo infernal.

El grupo del porche encabezado por la doctora Helen Archibald, autodesignada gran mariscal y principal metomentodo, se acercó al director y le dio un ultimátum. No podía oír las condiciones desde recepción pero deduje que se trataba de Lottie. Luego el grupo entró en el comedor con gran pompa, se sentaron y se pusieron los impertinentes y otros anteojos, fingiendo examinar los menús. (Se imprimían menús para cada comida.) Entraron otros huéspedes y se sentaron. La música del trío de cuerda no sirvió para aliviar la tensión. Están sirviendo la sopa cuando Lottie baja las escaleras con un vestido color salmón o coral. ¡Guapísima! El propietario del hotel la lleva a un lado y le insiste sotto voce en que cene en su suite por cuenta de la casa. No se deja convencer. Lottie entra majestuosa en la cueva de los leones. Considerable ruido de cucharas al caer en los platos. También de anteojos. Luego silencio. El gran mariscal enemigo asesta el primer y único golpe.

—No comeré en los mismos platos que esa puta —dice.

Entonces interviene el recepcionista con su chaqué.

—Pídale disculpas a la señorita Beauchamp, doctora Archibald.

—Está usted despedido —dice el director.

—¿Desde cuándo? —replico yo.

—Desde anteayer —dice él, y las fuerzas de Venus se retiran confusas.

Lottie se dirigió a Travertine y allí cogió un mercancías cargado de arándanos para ir a Boston. Yo me fui andando a Saint Botolphs con mi maleta de mimbre y, al encontrar la casa de la prima Honora a oscuras, pasé la noche en Casa del Viaducto. Mi única preocupación era la indignación por haber sido despedido. Nunca fui despedido ni antes ni después durante cincuenta y cinco años de trabajo.

Fui a Boston en el tren del mediodía. Me reuní con Lottie en el hotel Brown según lo acordado. Hotelucho de mala muerte. Lottie preparándose para gira de dos semanas con Farquarson y Freedom. Insistió al autor para que trabajara con la compañía como figurante, tramoyista y hombre para todo. El teatro más libre y fácil que ahora. La gran atracción de la época era Count Johannes. El público venía armado con frutas y hortalizas pasadas. Empezaban a volar proyectiles antes de acabar el primer acto. Los actores servían de blancos móviles durante el resto de la representación. A veces sacaban cestos y redes para recoger las verduras. Ninguna intención crítica respecto a los grandes del teatro. Julia Marlowe como Parthenia en *Ingomar*. ¡Fabulosa! E. H. Sothern en *Romeo y Julieta*. El rey Lear de Basset D'Arcy. El Ateneo Howard se inauguró entonces. También el Museo Boston, el viejo teatro Boston y el teatro de Hollis Street.

Acepté el puesto con Farquarson y Freedom. Interpreté a Marcelo en el estreno de *Hamlet* con Farquarson como Hamlet y Lottie de Ofelia. Hice numerosos papeles de soldado, marinero, guardián y vigía durante esas dos semanas. Comenzamos la gira nacional en el Teatro del Congreso en

Providence.

La gira incluía Worcester, Springfield, Albany, Rochester, Buffalo, Syracuse, Jamestown, Ashtabula, Cleveland, Columbus y Zanesville. Sospeché infidelidad de Lottie en Jamestown. Encontré a un desconocido desnudo en su armario en Ashtabula. La pillé con las manos en la masa en Cleveland. Vendí gemelos de oro y regresé a Boston el 18 de marzo. Sin resentimientos. Ríe y el mundo reirá contigo. Lloro y llorarás solo.

Cuando Moses recibió la carta de Honora se alarmó mucho más que su hermano. Había hipotecado su fideicomiso confiando en la edad de Honora, y escribió directamente a Boston. El Banco y Compañía Fideicomisaria Appleton no le contestó, y cuando telefoneó, le dijeron que el encargado de los fideicomisos estaba esquiando en Perú. El domingo por la noche Moses se fue en avión a Detroit, emprendiendo una búsqueda desatinada por el país para intentar reunir cincuenta mil dólares basándose, fundamentalmente, en su encanto. Esa cantidad apenas cubriría sus deudas.

El lunes por la noche, sola en casa con la cocinera y el niño, Melissa tuvo un sueño sentimental. El paisaje era romántico. Era de noche y, como no había el menor indicio en ninguna parte de nada mecánico —huellas de coches o ruido de aviones—, le pareció que era un anochecer de otro siglo. El sol ya se había puesto, pero un suave resplandor iluminaba el cielo. Había un serpenteante arroyo con alisos y, en la otra orilla, las ruinas de un castillo. Ella extendía un mantel blanco sobre la hierba y colocaba encima unas botellas de vino de cuello largo y una barra de pan recién hecho, cuyo aroma y tibieza eran parte del sueño. Río arriba, un hombre estaba bañándose desnudo en un remanso. Él se dirigió a ella en francés y formaba parte del encanto del sueño que todo sucediera en otro país, en otro tiempo. Vio que el hombre se subía a la orilla y se secaba con un paño mientras ella continuaba sacando cosas para la cena.

El ladrido de un perro la despertó de ese sueño. Eran las tres de la

madrugada. Oyó el viento. Estaba cambiando de dirección y empezando a soplar desde el noroeste. Melissa estaba a punto de volver a dormirse cuando oyó que la puerta principal se abría. Notó que le sudaban las axilas y que su joven corazón tensaba los músculos, aunque ella sabía que no era más que el viento el que había abierto la puerta. No hacía mucho, un ladrón había entrado en una casa de la urbanización. En el jardín, detrás del arbusto de lilas, encontraron un montón de colillas, pues debía de haber esperado allí pacientemente durante horas hasta que se apagaran todas las luces de la casa. Había cortado con un instrumento el cristal de una ventana, cogido el dinero y las joyas que contenía la caja de caudales, y salido por la puerta principal. Cuando denunciaron el robo, la policía describió con detalle sus movimientos: Había esperado en el jardín. Entrado por la ventana trasera. Cruzado la cocina y la despensa y entrado en el comedor. Pero ¿quién era? ¿Era alto o bajo, robusto o esbelto? ¿Su corazón latía aterrado en las habitaciones oscuras, o había experimentado esa suprema sensación de triunfo del ladrón sobre una sociedad pretenciosa y crédula? Había dejado huellas de su presencia —colillas, pisadas, cristales rotos, una caja saqueada—, pero nunca le habían encontrado, y por tanto seguía sin tener cuerpo ni rostro.

Era el viento, se dijo; ningún ladrón dejaría la puerta abierta de par en par. Ahora notaba que el aire frío se extendía por la casa, ascendiendo por las escaleras y moviendo las cortinas del vestíbulo. Se levantó de la cama y se puso una bata. Encendió la luz del vestíbulo y comenzó a bajar las escaleras, preguntándose qué temía de las habitaciones oscuras de abajo. Temía la oscuridad, como un ser primitivo o un niño, pero ¿por qué? ¿Qué había en la oscuridad que la amenazara? Le daba miedo la oscuridad como le daba miedo lo desconocido, ¿y qué era lo desconocido sino la fuerza del mal, y por qué había de temerla? Fue encendiendo las luces una tras otra. Las habitaciones

estaban vacías y el viento recorría libremente el lugar, desperdigando el correo sobre la mesa del recibidor y metiendo la nariz por debajo del borde de la alfombra. El viento era frío y ella se estremeció mientras cerraba la puerta de la calle y echaba la llave, pero ya no sentía miedo y era dueña de sí misma. A la mañana siguiente tenía un constipado.

El médico vino varias veces esa semana y, en vista de que no mejoraba, le dijo que tenía que ir al hospital. A media mañana subió a su cuarto para preparar su maletín. En los últimos años solo había estado una vez en el hospital, cuando tuvo al niño, y entonces había realizado sus preparativos sin pensar en nada debido a los dolores de parto. Esta vez no llevaba ninguna vida dentro de ella, sino una infección. Y, a solas en su dormitorio, eligiendo un camisón y un cepillo de pelo, se sintió como si la hubieran seleccionado para hacer una misteriosa travesía. No era una mujer sentimental y no le daba pena alejarse de la agradable habitación que compartía con su marido. Se sentía cansada pero no enferma, aunque notaba un dolor cortante en el pecho. Un extraño que la observara pensaría que estaba loca. ¿Por qué tiró los claveles en la papelera y enjuagó el jarrón? ¿Por qué contó sus medias, cerró con llave el joyero y escondió la llave, le echó un vistazo a su saldo bancario, sacó el polvo de la repisa de la chimenea y se quedó parada en medio de la habitación, como si estuviera escuchando una música lejana? El absurdo impulso de limpiar la repisa fue irresistible, pero no tenía la menor idea de por qué lo hizo, y ya era hora de irse.

El hospital era nuevo, y se habían realizado concienzudos esfuerzos para que fuera un lugar alegre, pero la belleza de Melissa —su elegancia, podríamos decir— quedaba perjudicada por el inconfundible ambiente de estricta reglamentación y allí parecía terriblemente fuera de lugar. Le trajeron una silla de ruedas pero se negó a usarla. Sabía que habría tenido un aspecto abatido y ridículo con el abrigo arrugado en torno a sus caderas y el bolso en

el regazo. Una enfermera la acompañó al piso de arriba y la condujo a una habitación agradable, donde le dijo que se desnudara y se metiera en la cama. Mientras lo hacía, alguien le trajo el almuerzo en una bandeja. No tenía importancia, pero le resultó desconcertante que le dieran una chuleta y un poco de fruta de lata mientras estaba semidesnuda y cuando aún no era mediodía. Se comió el almuerzo obedientemente y a las dos vino el médico y le dijo que contara con estar en el hospital entre diez días y dos semanas. Él llamaría a Moses. Ella se quedó dormida y se despertó a las cinco con fiebre.

Las imágenes de su fiebre eran similares a las del amor. Sus fantasías eran espaciales, y le parecía que le prometían la revelación de alguna verdad que se hallaba en el centro de las estructuras laberínticas y palaciegas por las que vagaba. La fiebre, al subir, le aliviaba el dolor del pecho y la volvía indiferente a las fuertes palpitaciones de su corazón. Los sueños febriles parecían una saludable ocupación de su imaginación para distraerla del combate que tenía lugar en su pecho. Estaba al pie de una ancha escalera con paredes rojas. Había mucha gente subiendo las escaleras. Tenían actitud de peregrinos. La subida era larga y trabajosa, y cuando ella llegó arriba se encontró en un limonar y se tumbó en la hierba a descansar. Cuando despertó de este sueño, tenía el camisón y las sábanas empapados de sudor. Llamó a una enfermera para que se los cambiara.

Se sintió mucho mejor con la ropa limpia, y le pareció que la fiebre había sido una crisis y que, habiéndola pasado, había triunfado sobre su enfermedad. A las nueve, la enfermera le dio una medicina y las buenas noches. Algún tiempo después notó la lasitud indicadora de que volvía la fiebre. Llamó al timbre, pero no acudió nadie, y ella no pudo resistir la confusión de su mente a medida que la temperatura subía. El complicado latir de su corazón le sonaba como un tambor. Mentalmente lo confundió con un tambor y vio un círculo de bailarines bárbaros. La danza fue larga y ascendió

hacia una culminación, y en el momento de esta, cuando ella pensaba que le iba a estallar el corazón, se despertó, temblando de frío y bañada en sudor. Al fin vino una enfermera y le cambió de nuevo el camisón y la ropa de cama. Le alivió estar seca y calentita. Los dos ataques de fiebre la habían debilitado pero le habían dejado una sensación de alegría infantil. Se sentía desvelada, se levantó y, apoyándose en los muebles, se acercó a la ventana para mirar la noche.

Mientras estaba mirando, las nubes cubrieron la luna. Debía de ser tarde porque la mayoría de las luces estaban apagadas. Entonces se iluminó una ventana en la pared a su izquierda y vio que una enfermera hacía entrar a una mujer joven y su marido en una habitación idéntica a esa en la que ella estaba sentada en la oscuridad. La joven estaba embarazada pero no tenía dolores de parto. Se desnudó en el cuarto de baño y se metió en la cama mientras su marido deshacía el maletín. La ventana, como todas las demás, tenía persiana, pero nadie se había molestado en bajarla. Cuando terminó de deshacer el maletín, el hombre le desabrochó el camisón a su mujer, se arrodilló junto a la cama y apoyó la cabeza sobre sus senos. Permaneció así varios minutos, sin moverse. Luego se levantó —probablemente había oído acercarse a la enfermera— y tapó a su esposa. La enfermera entró y bajó la persiana.

Melissa oyó la llamada de un pájaro nocturno y se preguntó cuál sería, qué aspecto tendría, qué buscaba, cuál sería su presa. Hubo una profunda octava de trueno, magnífica y hogareña, como si alguien en el cielo hubiese corrido una pesada cómoda. Luego hubo algunos relámpagos, distantes y descoloridos, y un momento después un chubasco vistió la tierra. El sonido de la lluvia le produjo el efecto a Melissa, con su punzante dolor en el pecho, de las repetidas atenciones de un amante. Caía sobre los tejados planos del hospital, sobre el césped y las hojas del bosque. El dolor de su pecho parecía extenderse y agudizarse proporcionalmente a su obstinado amor por la noche,

y por primera vez en su vida sintió una resistencia a dejar todo esto; un temor tan insensato y poderoso como su miedo a la oscuridad cuando bajó a cerrar la puerta; un horror a la muerte.

Ese fue el año en que las ardillas se convirtieron en una plaga y todo el mundo andaba preocupado por el cáncer y la homosexualidad. Las ardillas volcaban los cubos de la basura, mordían a los repartidores y se metían en las casas. El cáncer era algo frecuente, pero a los hombres y mujeres que lo padecían se les decía que ese dolor era una complicación intrascendente mientras, a sus espaldas, sus hermanos y hermanas, sus maridos y sus esposas murmuraban: «Lo único que podemos esperar es que muera pronto». Esta hipocresía absoluta y cruel tenía que volverse en contra de sus practicantes y al final nadie podía saber, ni contar con que se lo dijeran, si ese dolor que sentía en el estómago era la llamada de la muerte o unos gases sin importancia. La mayoría de las enfermedades poseen su mitología, su población, su escenario y sus chistes negros. La peste negra tenía mascaradas, canciones y bailes callejeros. La tuberculosis, en su momento culminante, era como una civilización donde un grupo de hombres y mujeres condenados, brillantes y distinguidos se enamoraban, bailaban valsos y se inventaban privilegios para su enfermedad; pero aquí las garras de la muerte habían sido desinfectadas por una conspiración social y privada de toda su realidad. «Vamos, dentro de nada, estará usted levantado y paseando», le dice la enfermera al moribundo. «Querrá usted bailar en la boda de su hija, ¿verdad? ¿No quiere usted ver a su hija casada? Pues, entonces, no puede usted esperar ponerse mejor si no se anima, ¿verdad?» Le limpia el brazo con alcohol y prepara la jeringuilla. «Su mujer me ha dicho que es usted un gran

montañero, pero si quiere mejorar y volver a subir montañas, tiene que animarse. Le apetece volver a escalar una montaña, ¿no es cierto?» El contenido de la jeringuilla fluye por sus venas. «Yo nunca he subido a una montaña —dice la enfermera—, pero supongo que debe de ser muy emocionante cuando se llega a la cumbre. Creo que la escalada no me gustaría mucho pero la vista desde la cima debe de ser preciosa. Me han dicho que en los Alpes crecen rosas entre la nieve y si desea usted volver a ver todas esas cosas, tendrá que cuidarse más.» Ahora el hombre está amodorrado y ella levanta la voz. «¡Estará usted levantado y paseando dentro de poco!», exclama, sale de la habitación cerrando la puerta muy suavemente y le dice a la familia, que está reunida en el pasillo: «Le he puesto otra vez el somnífero y lo único que podemos hacer es confiar y rezar para que no se despierte más». Melissa fue una de esas desdichadas personas que sufrió por culpa de esa actitud.

Moses regresó de su imposible empresa no bien se enteró de la enfermedad de Melissa, habiendo conseguido que le prestaran suficiente dinero para dar al menos la impresión de solvencia. El hecho de que Melissa estuviera convaleciente cuando él regresó podría parecer una explicación de que no le contara sus apuros económicos, pero no era así. No habría sido capaz de hacerlo en ninguna circunstancia; del mismo modo que Coverly no podía contar que había visto al fantasma de su padre. Si Moses hubiese vivido en Parthenia se habría sentido libre de poner un cartel de SE VENDE en la ventana de su cuarto de estar y otro en el parabrisas de su descapotable, pero hacer esto en Proxmire Manor habría sido subversivo. Sus preocupaciones no se manifestaban por la vía de la irritabilidad, sino en una actitud jovial y jocosa. Así que Melissa tenía que hacer frente a esta forzada jovialidad además de a la absurda convicción de que tenía cáncer. No lograba convencerse de que estaba curada ni podía confiar en lo que el médico le decía. Telefonó al

hospital y pidió hablar con su enfermera. Le preguntó si podían verse para tomar una copa.

—¿Por qué no? —contestó la enfermera—. Claro. ¿Por qué no?

Terminaba su guardia a las cuatro y Melissa quedó en recogerla en el semáforo cerca del hospital a las cuatro y cuarto.

Fueron a un bar cercano, un sitio de carretera. La enfermera pidió un martini doble.

—Estoy cansada —dijo—. Estoy agotada. Mi hermana, que está casada, me llamó ayer y me preguntó si podía quedarme con su niña mientras ella y su marido iban a un cóctel. Le dije que sí, que me quedaría con la niña si era solo una o dos horas. Así que fui a su casa a las seis y ¿sabe a qué hora volvieron? ¡A medianoche! La niña no pegó ojo. Se pasó todo el rato berreando. Una buena hermana, eso es lo que soy yo.

—Quería preguntarle acerca de mis radiografías —dijo Melissa—. Usted las vio.

—¿Qué es lo que teme? —preguntó la enfermera—. ¿Un cáncer?

—Sí.

—Eso es lo que temen todos.

—¿No tengo cáncer?

—No, que yo sepa. —Levantó la cabeza y miró las hojas arrastradas por el viento pasar ante la ventana—. Hojas —dijo—, hojas y más hojas. Mírelas. Tengo un pequeño apartamento con un patio trasero y soy yo la que recoge las hojas. Me paso todo mi tiempo libre recogiendo hojas con el rastrillo. En cuanto he retirado un montón, cae otro. Y en cuanto te libras de las hojas empieza a nevar.

—¿Quiere otra copa? —preguntó Melissa.

—No, gracias. ¿Sabe? Me preguntaba por qué quería verme, pero no pensé en lo del cáncer. ¿Sabe lo que pensé que quería?

—¿Qué?

—Heroína.

—No la entiendo.

—Pensé que a lo mejor quería que le sacara heroína. Le sorprendería la cantidad de gente que cree que yo puedo conseguirles drogas. Personas de mucha categoría. Algunas de ellas. Oh, podría dar nombres. ¿Nos vamos?

Una tarde, Melissa estaba ante su ventana contemplando el anillo de luz dorada que coronaba las colinas del este en esa época del año y a esa hora del día. Daba sobre el césped de los Babcock, el rancho de los Filmore, los muros de piedra de la iglesia, la chimenea de los Thompson; suave, y tan amarilla y clara como la miel refinada, y un anillo porque, mientras miraba, vio al pie de las colinas una clara demarcación entre la luz amarilla y la naciente oscuridad y observó cómo la banda de luz se retiraba del césped de los Babcock, el rancho de los Filmore, los muros de piedra de la iglesia y la chimenea de los Thompson, y se desvanecía en el aire. La calle estaba vacía, o casi. En Proxmire Manor todo el mundo tenía dos coches y nadie iba a pie, con excepción del anciano señor Cosden, que pertenecía a la generación que tomaba reconstituyentes. Aquí venía, con sus ojos azules clavados en la última luz amarilla que daba en la torre de la iglesia, como exclamando para sí: «¡Qué maravilla, qué maravilla!». Luego pasó de largo, y una figura mucho más extraña atrajo la atención de Melissa: un hombre alto con unos brazos extraordinariamente largos. Un vagabundo, decidió; probablemente vivía en los suburbios de Parthenia. En la mano derecha llevaba un paraguas y unos chanclos. Estaba muy encorvado y para ver por dónde iba tenía que extender el cuello hacia delante y hacia arriba como una serpiente. No se había encorvado por inclinarse sobre una piedra de amolar o un banco de trabajo o bajo el peso de una carga de ladrillos o cualquier otra tarea honrada. Era el encorvamiento de la debilidad mental, la abnegación y el desconcierto.

Nunca había tenido ocasión de erguir su espalda por autoestima. Inclinado por timidez de niño, inclinado por la soledad de joven, inclinado ahora bajo el peso de una invisible carga de desprecio social, caminaba con sus largos brazos casi llegándole a las rodillas. Su ancha boca delgada mostraba una semisonrisa boba, sin sentido y triste, pero era la mejor expresión que había podido encontrar. A medida que el hombre se aproximaba a su casa, los latidos del corazón de Melissa parecían sincronizados a los pasos de él, el dolor penetrante volvió a su pecho, y ella experimentó el retorno de su miedo a la oscuridad, al mal y a la muerte. Con el paraguas y los chanclos en la mano, aunque no había ni una nube en el cielo, el hombre se perdió de vista con su andar patoso.

Unos días después, Melissa volvía de Parthenia en el coche. La calle estaba irregularmente iluminada por las pocas tiendas que había en las afueras del pueblo, tiendas que olían a pan rancio y naranjas amargas, donde aquellos vecinos demasiado perezosos, demasiado cansados o demasiado enfermos para ir a los palaciegos centros comerciales compraban sus filtros para la cafetera, cerveza o hamburguesas. La oscuridad de la calle estaba salpicada al azar por manchas de luz y vio al hombre alto cruzar una de ellas, arrojando una larga y retorcida sombra ante él sobre el pavimento. Llevaba una pesada bolsa de comestibles en cada brazo. No iba más encorvado que antes —la curvatura de su espina dorsal parecía ser permanente—, pero las bolsas debían de pesarle, y le dio pena. Melissa siguió adelante, evocando, a la defensiva, el mundo de diferencias que se interponía entre ellos y las probabilidades de que él interpretase mal su amabilidad si ella se ofrecía a llevarle. Pero cuando terminó su defensa, le pareció tan superficial, ociosa y egoísta que giró en su mismo carril y volvió hacia Parthenia. Su mejor instinto la impulsaba a ayudarlo —a hacer las paces entre la figura del hombre y su propio miedo irracional a la muerte— y ¿por qué iba a

negárselo? Él ya habría pasado las tiendas iluminadas, supuso, y condujo despacio por la calle oscura, buscando su figura encorvada. Cuando le vio, dio la vuelta y paró el coche.

—¿Puedo ayudarle? —le preguntó—. ¿Quiere que le lleve a algún sitio? Parece usted muy cargado.

Él se volvió y miró a la hermosa desconocida sin abandonar su media sonrisa y ella se preguntó si no sería sordomudo además de débil mental. Entonces en su sonrisa apareció un aire de desconfianza. No había duda de lo que sentía. Ella pertenecía al mundo que le había estafado, le había tirado bolas de nieve y le había robado la tartera. Su madre le había advertido de que no debía fiarse de los desconocidos y esta era una bella desconocida, quizá lo más peligroso de todo.

—¡No! —dijo—. ¡No, no!

Ella se alejó, preguntándose qué había en el fondo de su propio impulso; preguntándose, finalmente, por qué tenía que analizar un simple intento de ser amable.

El jueves la sirvienta salió, y Melissa se ocupó de su hijo. El bebé durmió la siesta y ella le despertó a las cuatro, dejando caer las mantas al sacarle de la cuna. Estaban solos. La casa estaba en silencio. Le llevó a la cocina, le puso en su silla alta y abrió una lata de higos. Adormilado, dócil y pálido, la seguía con la vista y sonreía cuando sus ojos se encontraban. El niño tenía la blusa manchada y húmeda y ella llevaba una bata. Se sentó a su lado a la mesa, con la cara a pocos centímetros de la suya, y se tomaron los higos con una cuchara directamente de la lata. Él se estremecía de vez en cuando, aparentemente de placer. La casa tranquila, la cocina silenciosa, el chiquillo pálido y dócil con la camisa manchada, sus propios brazos redondos sobre la mesa, el cómodo descuido de comer de una lata, todo contribuía a darle una sensación de intimidad tan intensa y a la vez tan plácida que le pareció que

ella y el niño eran la misma carne y la misma sangre, dependientes del mismo corazón, entremezclados y a gusto. Qué consuelo es la propia piel, pensó... Pero era la hora de cambiar al crío, de vestirse, hora de asumir alegremente el otro aspecto de su vida. Al cruzar el cuarto de estar con el niño en brazos vio por la ventana la figura encorvada con su paraguas y sus chanclos.

El viento soplaba y él se movía con indiferencia entre una lluvia diagonal de hojas amarillas, estirando el cuello como una serpiente, la espalda doblada bajo su imposible carga. Ella apretó la cara del chiquillo contra su pecho, tonta, instintivamente, como para proteger sus ojos de un mal comunicable. Se apartó de la ventana y, poco después, oyó unos golpes fuertes en la puerta trasera. ¿Cómo habría descubierto dónde vivía, y qué querría? Puede que hubiera reconocido su coche; puede que hubiese preguntado quién era, el pueblo era tan pequeño... No había venido a agradecerle su gesto de amabilidad. De eso estaba segura. Había venido —en su estupidez— a acusarla de algo. ¿Sería peligroso? ¿Quedaba algún peligro en Proxmire Manor? Dejó al niño y se dirigió a la puerta, haciendo acopio de su autoestima. Cuando abrió, allí estaba el guapo chico de los recados de la tienda de Narobi. Hizo que todo pareciera cómico, al entrar sonriente y con una especie de luminosidad que la liberó de aquella absurda cadena de ansiedades.

—¿Eres nuevo? —le preguntó.

—Sí.

—No sé cómo te llamas.

—Emile. Es un nombre raro. Mi padre era francés.

—¿Nació en Francia?

—Oh, no, en Quebec. Era francocanadiense.

—¿A qué se dedica?

—Cuando la gente me preguntaba eso, yo solía contestar: «¡A tocar el

arpa!» Murió cuando yo era pequeño. Mi madre trabaja en la floristería de Green Street, en Barnum's. Puede que la conozca.

—Creo que no. ¿Quieres una cerveza?

—Sí. ¿Por qué no? Es mi último servicio.

Le preguntó si quería algo de comer y le trajo unas galletas saladas y queso.

—Siempre tengo hambre —dijo él.

Ella trajo al niño a la cocina y los tres se sentaron a la mesa mientras él comía y bebía. Con la boca llena de queso, parecía un chaval. Su mirada transparente desarmaba. No podía cruzar sus ojos con los de él sin que se le alterase la sangre. ¿Acaso era esto lascivia? ¿Era peor que la señora Lockhart? ¿La sacarían, en sentido figurado, de Proxmire Manor atada a la trasera de un carro? No le importaba.

—Nadie me ha ofrecido nunca una cerveza —dijo él—. A veces me dan una Coca-Cola. Supongo que piensan que no tengo edad para beber. Pero yo tomo martinis, whisky, de todo.

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve. Ahora me tengo que ir.

—Por favor, no te vayas —dijo ella.

Él se quedó de pie junto a la mesa, abarcándola con su amplia mirada, y ella se preguntó qué pasaría si lo tocaba. ¿Saldría él corriendo de la cocina? ¿Gritaría «¡Suélteme!»? Parecía maduro, listo para la cosecha; y, sin embargo, había alguna cosa más en sus ojos: reserva, cautela. Quizá tenía una visión de algo mejor, y si así era, ella le animaría con toda sinceridad. Ve y ama a la animadora, o a la vecina de al lado.

—Oh, me gustaría quedarme —dijo él—. Se está bien aquí. Pero es jueves y tengo que llevar a mi madre a hacer la compra. Muchas gracias.

Él iba a la casa tres o cuatro veces por semana. A media tarde Melissa solía

estar sola y él se las arreglaba para llegar a esa hora. A veces parecía que ella le estaba esperando. Nadie se había mostrado tan atento con él. Ella parecía interesarse por todo lo relacionado con su vida: el hecho de que su padre había sido topógrafo, que él tenía un Buick de segunda mano, de que había sacado buenas notas en el colegio. Generalmente le daba una cerveza y se sentaba con él en la cocina. Su compañía le resultaba estimulante. Le hacía sentir que podría irle bien en el futuro. Algo de su aplomo mundano, algo de su finura se le contagiaba y le sacaría de la tienda de comestibles. Una tarde, de repente, ella le dijo con bastante timidez:

—¿Sabes? Eres divino.

Él se preguntó si no le faltaría un tornillo. Había oído que a las mujeres a veces les ocurría eso. ¿Había estado perdiendo el tiempo? Él no quería tontear con una mujer a la que le faltara un tornillo. Él sabía que no era divino. Si lo fuera, ya se lo habría dicho alguien, y si fuese divino y estuviera convencido de ello, lo habría ocultado, no por modestia sino por instinto de conservación.

—A veces pienso que soy guapo —dijo con franqueza para intentar modificar su alabanza—. Ahora tengo que volver a la tienda.

Unos días después Melissa fue de compras a Nueva York. Estaba en el andén con su vecina, Gertrude Bender, esperando el tren de media mañana. Cuando el tren apareció tras la curva, el jefe de estación sacó en una carretilla uno de esos cajones de madera amarilla que se utilizan para transportar féretros. Este simple hecho de la vida fue un golpe para el buen humor de Melissa.

—Debe de ser Gertrude Lockhart —murmuró su amiga—. La envían a Indiana.

—No sabía que había muerto —dijo Melissa.

—Se ahorcó en el garaje —le contó su amiga, aún en un murmullo, y subieron al tren.

Así que no era verdad que nunca sucediera nada en Proxmire Manor; la verdad era que los sucesos tomaban unos giros tan excéntricos en la comunidad que resultaban difíciles de comprender. No era la fuerza de la discreción lo que impidió que Melissa conociese la historia de Gertrude Lockhart; era que la historia resultaba más fácil de olvidar que de entender. Considerando su extendida reputación de mujer licenciosa, había sido una mujer especialmente encantadora; de huesos finos, rápida, un poco nerviosa. Tenía la piel muy blanca. Esto no constituía un rasgo de belleza, una palidez sugerente. Simplemente tenía un cutis muy blanco. Su cabello era rubio ceniza pero había perdido brillo. Sus ojos eran brillantes, oscuros, pequeños y juntos. Sus orejas eran demasiado grandes, lo cual le daba un aspecto básicamente poco serio. En el cuarto o quinto internado en el que había

estado la llamaban Gertie la Indecente. Estaba casada —y bastante felizmente — con Pete Lockhart, y tenían tres hijos pequeños. Su desgracia no comenzó por unos anhelos inmortales, sino por un invierno excepcionalmente crudo en el que la conducción principal de su casa a la fosa séptica se heló. Los desagües de los retretes rebosaban por las bañeras y los fregaderos. Nada drenaba. Su marido se fue a la oficina. Los niños cogieron el autobús del colegio. A las ocho y media se encontró sola en una casa que, en cierto sentido, había dejado de funcionar. La vivienda no era lujosa pero parecía civilizada, parecía prometer algo mejor que tener que evacuar en un cubo. A las nueve se tomó un trago de whisky y empezó a llamar a los fontaneros de Parthenia. Había siete y todos estaban ocupados. Gertrude no paraba de repetir que su caso era urgente. Una empresa ofreció, como un favor, avisar a un fontanero retirado, y poco después se presentó un hombre viejo en un coche viejo. Contempló con pena la porquería que había en las bañeras y en las pilas y le dijo que él era fontanero, no un cavador de zanjas, y que tendría que encontrar a alguien que le abriera una para que él pudiera arreglar la tubería. Gertrude se tomó otra copa, se pintó los labios y se fue en coche a Parthenia.

Primero se dirigió a la oficina de empleo, donde había unos dieciocho o veinte hombres sentados buscando trabajo, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a abrir una zanja y ella se dio cuenta de que uno de los hechos de su vida, de su tiempo, era que los niveles de autoestima habían avanzado hasta el punto de que nadie era capaz de hacer un hoyo. Se fue a la tienda de bebidas para comprar whisky y le contó al empleado su problema. Él le dijo que creía que podría conseguirle ayuda. Hizo una llamada telefónica.

—Tengo alguien para usted —le dijo—. No es tan malo como parece. Le da usted dos dólares la hora y todo el whisky que quiera. Su suegro le echó de casa hace dos semanas y está parado, pero es buena persona.

Gertrude volvió a casa y se tomó otra copa. Un rato después llamaron a la puerta. Ella había esperado que fuera un viejo tembloroso pero lo que vio fue a un hombre de treinta y tantos años. Llevaba unos vaqueros ajustados y un jersey oscuro y estaba parado en los escalones con las manos metidas en los bolsillos de atrás, sacando el pecho de una forma curiosa, como en un gesto de orgullo, de amistad o de cortejo. Tenía la piel oscura, con arrugas en torno a la boca profundas como las costuras de una bota, y los ojos castaños. Su sonrisa era puro erotismo. Era su única forma de hacerlo, pero ella no podía saberlo. Le sonreiría amorosamente a su pala, amorosamente a su whisky, amorosamente al hoyo que acababa de cavar y, cuando llegara la hora de marcharse, le sonreiría amorosamente a la llave de encendido del coche. Le ofreció un whisky, pero él dijo que esperaría. Le enseñó dónde estaban las herramientas y él se puso a cavar.

Trabajó durante dos horas y destapó y desatrancó la conducción helada. Gertrude pudo limpiar las bañeras y las pilas. Cuando él le devolvió las herramientas, ella le dijo que entrara a tomarse un whisky. Para entonces ya estaba bastante borracha. Él se sirvió un vaso de agua lleno de whisky y se lo bebió casi de un tirón.

—Lo que realmente me hace falta es una ducha —dijo—. Estoy viviendo en una habitación amueblada. Hay que hacer turnos para bañarse.

Gertrude le dijo que podía ducharse, sabiendo perfectamente lo que iba a ocurrir. Él se bebió otro vaso entero de whisky y ella le llevó al piso de arriba y abrió la puerta del baño.

—Voy a quitarme esta ropa —dijo él, sacándose el jersey y bajándose los pantalones vaqueros.

Aún estaban en la cama cuando los niños volvieron del colegio. Ella abrió la puerta del dormitorio y les dijo desde arriba, cariñosamente:

—Mamá está descansando. Tenéis galletas encima de la nevera. No os

olvidéis de tomar las vitaminas antes de salir a jugar.

Cuando los niños salieron, le dio diez dólares y un beso de despedida y lo sacó por la puerta de la cocina. No le vio nunca más.

El viejo fontanero arregló la cañería y el fin de semana Pete cubrió la zanja. El tiempo continuó siendo muy frío. Una mañana, una semana o diez días más tarde, la despertaron los jadeos y resoplidos de su marido.

—No hay tiempo, cariño —le dijo.

Se puso una bata, bajó y trató de abrir un paquete de beicon. El paquete prometía conservar el aroma del beicon ahumado, pero ella no conseguía abrirlo. Se rompió una uña. El envoltorio transparente que aprisionaba el beicon parecía una especie de inmutable transparencia en su vida, una barrera invisible de frustración que se interponía entre ella y lo que se merecía. Pete se reunió con ella mientras estaba luchando con el beicon y reanudó su ataque. Casi había conseguido su propósito —la tenía acorralada contra la cocina de gas— cuando oyeron el estrépito de los pasos de los niños en el recibidor. Pete se marchó para coger el tren con sentimientos contradictorios y turbulentos. Ella les sirvió el desayuno a los niños y les miró comer con la extraordinaria densidad de una familia reunida en torno a la mesa de la cocina en una oscura mañana de invierno. Cuando los niños se fueron para tomar el autobús del colegio, ella encendió el termostato. Hubo una sorda explosión en el cuarto de la caldera. Por la puerta del sótano comenzó a salir humo. Gertrude se sirvió un whisky para calmar sus nervios y abrió la puerta. El cuarto estaba lleno de humo, pero no había fuego. Entonces llamó al técnico en calderas de gasóleo que solía hacerles las reparaciones.

—Oh, Charlie no está aquí —contestó su mujer alegremente—. Está en Utica con su equipo de bolos. Han llegado a semifinales. No volverá hasta dentro de diez días.

Llamó a todos los técnicos en calderas de gasóleo que venían en la guía

telefónica pero ninguno estaba libre.

—Pero alguien tiene que venir a ayudarme —le dijo a una de las mujeres que contestó al teléfono—. Estamos a cero grados y no tengo ninguna calefacción. Se me va a helar todo.

—Pues lo siento, pero hasta el jueves no podré mandarle a nadie —respondió la desconocida—. ¿Por qué no se compra una estufa eléctrica? Puede mantener la casa caldeada con una de esas.

Se tomó otro poco de whisky, se pintó los labios y se fue a la ferretería de Parthenia, donde compró una estufa eléctrica grande. La enchufó en la cocina y le dio al interruptor. Se apagaron todas las luces de la casa, y ella se sirvió otro whisky y se echó a llorar.

Lloraba por sus incomodidades, pero lo hacía con más amargura porque eran efímeras, por el misterioso daño que un paquete transparente de beicon y una caldera de gasóleo podían producir en la parte más delicada de su espíritu; lloraba por un mundo que parecía carecer de leyes y profetas. Continuó llorando y bebiendo. Vinieron unos operarios y repararon las averías, pero cuando los niños volvieron del colegio ella estaba tumbada en el sofá, inconsciente. Se tomaron las vitaminas y salieron a jugar. A la semana siguiente, la lavadora se estropeó y le inundó la cocina. El primer técnico al que llamó se había ido de vacaciones a Miami. El segundo no podría venir hasta una semana después. El tercero estaba en un funeral. Secó el suelo de la cocina, pero pasaron dos semanas antes de que viniera un operario. Mientras tanto se le estropeó la cocina de gas y tuvo que cocinar sobre una placa eléctrica. No era capaz de aprender a mantener y reparar los electrodomésticos y sentía la trágica inadaptación que había observado en los parados de Parthenia, que necesitaban trabajo y dinero pero eran incapaces de cavar un hoyo. Fue esta sensación de inadaptación lo que la empujó a la bebida y a la promiscuidad.

Una tarde que estaba muy borracha le echó los brazos al cuello al lechero. Él la empujó bruscamente.

—Oiga, señora, pero ¿qué clase de hombre se cree que soy? —dijo él.

Con una actitud chantajista, el hombre le llenó la nevera de huevos, leche, zumo de naranja, queso fresco, ensalada de verduras y ponche. Gertrude cogió una botella de whisky y se la llevó a su dormitorio. A las cuatro, la caldera se estropeó de nuevo. Ella empezó a hacer llamadas. Nadie podía venir hasta dentro de tres o cuatro días. Fuera hacía mucho frío y ella vio la noche invernal aproximándose a la casa con el horror de un aborigen. Notaba que el frío iba invadiendo las habitaciones. Cuando oscureció, se fue al garaje y se quitó la vida.

Se celebró una pequeña ceremonia en la funeraria de Parthenia. La sala donde estaba su monumental ataúd tenía una iluminación suave y un mobiliario como el de un pub y la música del órgano eléctrico sonaba prácticamente como la que podría oírse en el bar de un hotel de Cleveland, por ejemplo. Se descubrió que no tenía amigos en Proxmire Manor. La única compañía que su marido consiguió reunir fueron un puñado de casi desconocidos con quienes habían coincidido en algún crucero. Habían hecho un crucero de dos semanas por el Caribe todos los inviernos y al funeral asistieron los Robinson del *Homeric*, los Howard del *United States*, los Gravely del *Gripshold* y los Leonard del *Bergensford*. Un clérigo pronunció unas palabras incisivas. (Los electricistas, mecánicos y fontaneros culpables de su muerte no asistieron.) Mientras el clérigo hablaba, la señora Robinson (del *Homeric*) comenzó a llorar con una violencia y una angustia que nada tenían que ver con el lugar ni la ocasión. Gimió con fuerza, se balanceó en su silla, sollozó convulsivamente. La señora Howard y la señora Leonard y luego los hombres comenzaron a sollozar. No lloraban por la pérdida de Gertrude; apenas la conocían. Lloraban al darse cuenta de lo terriblemente

decepcionante que había sido la vida de la difunta. Melissa no sabía nada de esto, naturalmente, cuando aquella mañana viajó en el mismo tren que transportaba los restos mortales de la señora Lockhart en la primera etapa de su viaje de regreso a Indiana.

Gertrude Bender, con la cual se sentó Melissa, tenía el cabello de plata dorada recogido en un moño con tal precisión y habilidad que Melissa se preguntó cómo lo habría logrado. Llevaba unas pieles plateadas a juego y seis brazaletes de oro que tintineaban. Era una mujer bonita y superficial que ejercía el indiscutible poder de una gran riqueza y tenía la voz chillona. Estaba hablando de su hija, Betty.

—Está preocupada por los deberes del colegio, pero yo le digo: «Betty, no te preocupes por los deberes. ¿Crees que he conseguido lo que ahora tengo gracias a lo que aprendí en el colegio? Ocúpate de tener una buena figura y aprende a manejar los cubiertos. Eso es lo único que importa».

En el asiento enfrente de Melisa iba una anciana con la cabeza inclinada bajo el peso de un sombrero cubierto de rosas de tela. Una familia ocupaba los asientos de delante al otro lado del pasillo, una madre y tres niños. Eran pobres. Vestían ropa barata y gastada, y la mujer tenía el rostro ajado. Uno de los niños estaba enfermo e iba echado en el regazo de su madre, chupándose el pulgar. Tendría dos o tres años, pero era difícil adivinar su edad, por lo pálido y delgado que estaba. Tenía llagas en la frente y en las delgadas piernas. Los surcos a los lados de su boca eran tan profundos como los de un viejo. Tenía aspecto de enfermo y desgraciado, pero al mismo tiempo de obstinado e inflexible, como si en el puño guardara una promesa de algo sorprendente y festivo que no entregaría a pesar de su enfermedad y el ambiente extraño del tren. Se chupaba el pulgar ruidosamente y no se movería de su puesto en medio de la vida. Su madre se inclinaba sobre él en la misma postura en que debía de haberlo hecho cuando le amamantaba y le

iba cantando una nana mientras pasaban por Parthenia, Gatesbridge, Tuxon Valley y Tokinsville.

—No entiendo a la gente —dijo Gertrude— que se abandona sin necesidad. Quiero decir que: ¿qué sentido tiene ir por la vida con el aspecto de un saco de ropa sucia? Por ejemplo, Molly Singleton. Va al club los sábados por la noche con esas gafas enormes y un vestido horroroso y luego se pregunta por qué no se lo pasa bien. No tiene sentido ir a las fiestas si vas a deprimir a todo el mundo. Yo ya no soy una niña, y lo sé, pero todavía tengo los admiradores que quiero y me gusta excitar a los chicos. Me gusta verlos animarse. Es asombroso lo que una puede hacer. Hasta uno de los chicos de la tienda de comestibles me ha escrito una carta de amor. No se lo pienso contar a Charlie, ni a nadie, porque el pobre chico podría perder su puesto, pero ¿qué sentido tiene vivir si no generas un poco de emoción de vez en cuando?

Melissa se puso celosa. Que el sentimiento que experimentaba fuese por completo ridículo no disminuía su fuerza. Al parecer, sin darse cuenta, se había convencido de que Emile la adoraba, y la posibilidad de que las adorase a todas, de que ella estuviese al final de su lista de atracciones, fue un golpe. Era totalmente absurdo, y totalmente cierto. Parecía haber reorganizado todos sus valores en torno a la imagen del muchacho, haber llegado de manera inconsciente a depender de su admiración. El hecho de que le importasen lo más mínimo sus coqueteos era dolorosamente humillante, pero no dejaba de hacerle daño.

Salió de Nueva York a primera hora de la tarde y al volver a casa llamó a Narobi. Pidió una barra de pan, sal de ajo, endivias, nada que necesitara. Él llegó quince o veinte minutos después.

—¿Emile? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Le has escrito alguna vez una carta a la señora Bender?

—¿La señora qué?

—La señora Bender.

—No he escrito ninguna carta desde las Navidades pasadas. Mi tío me mandó diez dólares y le escribí para darle las gracias.

—Emile, seguro que sabes quién es la señora Bender.

—No. Probablemente compra los comestibles en otra tienda distinta.

—¿Me estás diciendo la verdad, Emile?

—Claro.

—Oh, estoy haciendo un ridículo espantoso —dijo ella, y se echó a llorar.

—No se ponga triste —la consoló él—. ¡Por favor! Me gusta usted mucho. Me parece usted fascinante, pero no quiero ponerla triste.

—Emile, me voy a Nantucket el sábado para cerrar la casa de allí. ¿Te gustaría venir conmigo?

—Jesús, señora Wapshot —dijo él—. No podría. Quiero decir, no sé.

Al salir, tropezó con una silla y la volcó.

Melissa no había visto nunca a la señora Cranmer. No podía imaginar qué aspecto tendría. Entonces cogió el coche y se fue a la floristería de Green Street. Había una campanilla que sonaba al abrir la puerta y dentro se percibía el olor de las flores. La señora Cranmer salió de la trastienda, sacándose un lápiz del pelo descolorido y sonriendo como una niña.

La madre de Emile era una de esas mujeres que se mantienen en un permanente estado de disponibilidad para una llamada, una invitación, un encuentro que nunca tendrá lugar porque el amante ha muerto. Te las encuentras contestando al teléfono en las paradas de los taxis de las ciudades pequeñas, con el pelo recién teñido, las uñas recién pintadas, los zapatos de tacón alto, listas para bailar con alguien que no puede venir. Venden camisones, flores, objetos de papelería y caramelos, y las más modestas

dentro de su clase son taquilleras en un cine. Están siempre en situación de disponibilidad, todas han conocido el amor de un buen hombre y, en recuerdo de él, se tambalean sobre sus tacones altos por entre la nieve y el barro. La señora Cranmer iba maquillada, llevaba un vestido de seda y lazos en los zapatos. Era bajita y gordita, con la cintura firmemente marcada, como un cojín con un lazo atado en medio. Parecía un personaje que se hubiera escapado de una historieta, aunque no había nada de cómico en ella.

Melissa pidió unas rosas y la señora Cranmer le pasó el pedido a alguien en la trastienda y dijo:

—Estarán listas en un minuto.

Sonó la campanilla y entró otro cliente, un hombre de facciones toscas con un botón de plástico blanco en la oreja derecha conectado por medio de un cable eléctrico a su chaleco. Habló con un fuerte acento.

—Quiero algo para una persona que ha fallecido —dijo.

La señora Cranmer era diplomática y con una serie de delicadas indirectas trató de descubrir qué relación tenía con el cadáver. ¿Querría una corona de flores de unos cuarenta dólares, o algo un poco menos caro? Él suministraba la información fácilmente, pero solo en respuesta a preguntas directas. La muerta era su hermana. Los hijos de ella estaban desperdigados.

—Sospecho que soy el pariente más próximo que le quedaba —dijo él confusamente, y Melissa, esperando sus rosas, tuvo una premonición de muerte.

Ella iba a morir; ella sería el tema de una discusión similar en una floristería, y sus ojos se cerrarían para siempre a un mundo que la distraía con su belleza. La imagen, trillada y punzante, que le vino a la mente era la de la vida como una diversión, un festival del cual se la llevaba la policía secreta de la extinción, justo cuando el baile y la música estaban en su mejor momento. No quiero irme, pensó. No quiero irme nunca. La señora Cranmer

le entregó sus rosas, y ella volvió a casa.

El autocine Moonlite estaba dividido en tres magníficas partes. Había un campo de golf, una pista de patinaje y el vasto anfiteatro, en el cual miles de coches con las luces apagadas se alineaban en la disposición de un circo antiguo, bajo el árbol de la noche. Por encima del profundo trueno procedente de la pista de patinaje y del ruido de la pantalla, se oía —en el aire, y tan parecido al mar que un ciego podría engañarse— el ruido del tráfico de la gran Autopista del Norte, que corre en dirección sur desde Montreal hasta el Shenandoah, engullendo en sus hojas de trébol y sus desniveles brillantemente diseñados los verdes campos de juego, las rosaedas, los graneros, las granjas, los prados, los arroyos trucheros, los bosques, los hogares y las iglesias de un pasado dorado. La población de esta autopista se reunía para comer en una hilera de restaurantes idénticos, donde los murales, los urinarios, los menús y las máquinas expendedoras de medallas sagradas eran uniformes. Un aspecto conmovedor de la noche otoñal y de los riesgos de la carretera era que muchos de estos viajeros rogaran por la protección especial del bondadoso san Cristóbal y la bendición de la Santísima Virgen.

Una salida (la 307) se alejaba de la Autopista del Norte en dirección al Moonlite, y aquí se encontraba todo lo que un hombre pudiera necesitar: los medios para un viaje veloz, la comida, el ejercicio, la habilidad (campos de golf) y, en los coches oscuros del anfiteatro, un lugar para realizar los ritos de la primavera, o, en este caso, los del otoño. Era una noche otoñal, y el aire estaba lleno de polen y decadencia. Emile estaba en el asiento de atrás con

Louise Mecker. Charlie Putney, su mejor amigo, estaba delante con Doris Pierce. Los cuatro estaban bebiendo whisky en vasos de papel y se encontraban en diversos grados de desnudez. En la pantalla una mujer exclamó: «Quiero vestirme de inocencia, ponérmela como un vestido nuevo y luminoso. ¡Quiero volver a sentirme limpia!». Luego dio un portazo.

Emile estaba orgulloso de su piel, pero la mención a la limpieza despertó sus dudas y recelos. Se ruborizó. Estas fiestas eran típicas de su generación, y si no hubiese participado en ellas habría adquirido fama de puritano o de marica. Cuatro chicos de su clase en el instituto habían sido arrestados por vender pornografía y heroína. Le habían abordado, pero la idea de utilizar narcóticos y fotos obscenas le repugnaba. El hecho de que estuviera desnudo en la parte de atrás de un coche podría explicarse porque la música con la que bailaba y las películas que veía trataban cada vez menos del corazón y cada vez más de la sexualidad abierta, como si las rosaledas y los campos de juego enterrados bajo la autopista se estuvieran vengando. ¿En qué estaría pensando el guardabarreras de pie bajo el sol otoñal? ¿Por qué tiene el jefe de correos una expresión tan soñadora? ¿Por qué parece tan inquieto el juez que preside la sesión? ¿Por qué frunce el ceño y suspira el taxista? ¿En qué piensa el limpiabotas con la mirada perdida en la lluvia? ¿Qué ensombrece la mente y atormenta la carne del camionero en la autopista? ¿Cuáles son los pensamientos del viejo jardinero que limpia el polvo de sus rosas, del mecánico tumbado bajo un Chevrolet, del abogado ocioso, del marinero que espera a que se levante la niebla, del borracho, del soldado? Los tiempos eran venéreos y Emile era un hijo de ellos.

Louise Mecker era una chica fácil, pero su conducta disoluta parecía ser solo un aspecto de su carácter alegre. Hacía lo que se esperaba de ella para complacer, y esto formaba parte de ello. Sin embargo, con su disponibilidad a veces parecía degradar y ridiculizar el centro del deseo, hacia el cual él

conservaba aún un vago y tierno sentimiento. Cuando las lilas que había bajo la ventana de su dormitorio florecían en la primavera y él olía su fragancia tumbado en la cama, cierto sentimiento, tan fuerte como la ambición pero sin nombre, le estremecía. Oh, quiero... quiero que me vaya muy bien, pensó, sentado en el Moonlite, desnudo. Pero ¿qué deseaba hacer? ¿Ser piloto de un jet? ¿Descubrir una catarata en África? ¿Dirigir un supermercado? Fuera lo que fuese, deseaba algo que correspondiera a su impresión de que la vida era imponente; algo que confirmase la sensación que tenía, cuando miraba desde el escaparate de la tienda de Nairobi a los hombres y mujeres que pasaban por la acera y la corriente de nubes que cruzaba el cielo, de que la procesión que veía era majestuosa.

Pensó en Melissa, la cual había penetrado en sus consideraciones al invitarle a una cerveza. Durante los últimos seis u ocho meses le había desconcertado el súbito interés que los hombres y mujeres demostraban por su compañía. Parecían querer algo de él y parecían quererlo ardientemente, y aunque no era un inocente ni un tonto, tenía verdaderas dudas respecto a qué era lo que querían. Sus propios deseos eran violentos. Mientras se estaba afeitando por la mañana, un ataque de necesidad sexual le hizo doblarse de dolor y gemir.

—¿Te has cortado, hijo? —le preguntó su madre.

Ahora pensó en Melissa. Pensó en ella —curiosamente— como en una figura trágica, frágil, solitaria e incomprendida. Su marido, quienquiera que fuese, debía de ser obtuso, estúpido y torpe. ¿Acaso no lo eran todos los hombres de esa edad? Ella era una hermosa prisionera en una torre.

A mitad de la película se vistieron y, con el tubo de escape abierto y la radio altísima transmitiendo «Take It Easy, Greasy», salieron del Moonlite a toda velocidad y cogieron la autopista, poniendo en peligro sus vidas y las de aquellos que iban en cada coche que pasaba (hombres, mujeres y niños

pequeños), pero el bondadoso san Cristóbal o las mercedes de la Santísima Virgen les protegieron, y dejaron a Emile en su casa sano y salvo. Subió las escaleras, le dio un beso a su madre —que estaba estudiando un artículo del *Reader's Digest* acerca del páncreas— y se acostó. Echado en la cama, decidió, inocentemente, que estaba cansado de chicas atractivas, películas y vasos de papel, y que iría a Nantucket.

Melissa había comprado los billetes de avión y se había ocupado de todos los preparativos, y le había pedido a Emile que no le hablara en el avión. Él llevaba zapatos y calzoncillos nuevos, y caminaba con un ligero rebote para notar el grosor de las suelas nuevas y el agradable juego de los músculos que subía por sus piernas hasta sus hombros. Nunca había viajado en avión, y le decepcionó descubrir que ese no era tan brillante como los que salían en los anuncios de las revistas y que el fuselaje estaba abollado y manchado de humo. Cogió un asiento de ventanilla y observó la actividad en la pista, sintiendo que en cuanto el avión despegase él comenzaría una nueva vida de movimiento, comodidad y libertad. ¿No había soñado siempre con ir de acá para allá y hacer amistades en diferentes lugares y ser aceptado fácilmente como un hombre de fuerza e inteligencia y no como un chico de los recados sin futuro ni destino, y acaso había dudado alguna vez de que sus sueños se harían realidad? Melissa fue la última en subir a bordo; llevaba un abrigo de piel, y con esas pieles oscuras a él le pareció una visitante de otro continente donde todo fuera bello, ordenado y lujoso. Ella no miró en dirección a él. Un marinero borracho ocupó el asiento al lado de Emile y se durmió. Al ver los aviones que pasaban sobre Parthenia y Proxmire Manor, él había supuesto que las personas que viajaban en ellos pertenecían a un orden superior. Al poco rato estaban en el aire.

Era precioso. A una distancia de centenares de metros, todas las confusas y erróneas obras del hombre parecían ordenadas. Sonrió a la tierra y a su

población. La sensación de estar suspendido en el aire que había esperado no era como él había anticipado, y le parecía que los motores del avión se esforzaban por resistir la gravedad y mantenerles en su sitio entre las finas nubes. El mar que sobrevolaban era oscuro e incoloro, y cuando perdieron de vista la tierra, él tuvo una correspondiente sensación de pérdida, como si en ese punto se hubiera cortado un vínculo que le unía a su pasado inmaduro. La isla, cuando la vio allá abajo en el mar, con un volante de espuma en el extremo noroeste, le pareció tan pequeña y tan plana que se preguntó por qué querría nadie ir allí. Cuando bajó del avión, ella le estaba esperando junto a la escalerilla y cruzaron el aeropuerto y cogieron un taxi.

—Primero iremos al pueblo a comprar unos comestibles y luego a Madamquid —le dijo ella al taxista.

—¿Para qué quiere usted ir a Madamquid? —preguntó este—. Ahora no hay nadie allí.

—Tengo una casita allí —dijo ella.

Atravesaron un paisaje pelado, pero para ella estaba tan estrechamente asociado con su juventud y la felicidad que no percibía su tristeza. En el pueblo pararon ante la tienda de comestibles donde siempre había comprado, y le pidió a Emile que esperase fuera. Cuando compró los comestibles, un chico con un delantal blanco, inclinado exactamente en la misma postura que tenía Emile cuando ella le vio por primera vez, se los llevó hasta el taxi. Le dio una propina, y miró a un lado y a otro de la calle buscando a Emile. Estaba delante del bar con otros jóvenes de su edad.

Entonces el valor la abandonó. La sociedad de los aburridos y los decepcionados, de la cual había esperado escapar, le pareció almenada, implacable y espléndida; una creación útil para concertar escuelas, hospitales, puentes y tribunales en la cual ella no era digna de entrar. Había deseado aportar a su vida la frescura de un viaje y no había conseguido nada más que

una mortificante sensación de pobreza moral.

—¿Quiere que vaya a llamar a su novio? —le preguntó el taxista.

—No es mi novio —dijo Melissa—. Ha venido para ayudarme a trasladar unos muebles.

Emile la vio, cruzó la calle, y se dirigieron a Madamquid. Se sentía tan desesperada que le cogió la mano; no esperaba su apoyo, pero él se volvió hacia Melissa con maravillosa generosidad, una sonrisa tan amplia y tan tierna que ella sintió que la sangre retornaba a su corazón. Se dirigían al punto donde no había nada que ver excepto unas dunas color crema con sus mechones de hierba y el oscuro mar otoñal. Esto le dejó perplejo. Una de las diferentes partes de su mundo la constituía el grupo de gente que veraneaba —que cerraba sus casas en junio y no volvía a comprar comestibles hasta septiembre—, y no habiendo disfrutado nunca de tales privilegios migratorios, se había imaginado que los lugares adonde iban tendrían arenas doradas y mares púrpura, y casas palaciegas con paredes rosas, patios y piscinas, como las que veía en las películas. Aquí no había nada semejante, y no podía creer que ni siquiera en los días largos y calurosos del verano este lugar tuviese un aspecto menos desértico. ¿Habría flotas de barcos de vela, tumbonas y sombrillas? Ahora no había ni rastro del mobiliario de verano. Ella le señaló la casa y él vio un edificio grande con techumbre de tejas sobre un risco. Se dio cuenta de que era enorme —era muy grande— pero si uno va a levantar una casa de verano, ¿por qué no construir algo bonito y compacto que fuera agradable a la vista? Pero puede que estuviera equivocado, puede que hubiese algo que aprender aquí; ella parecía tan complacida al ver la vieja casa que él estaba dispuesto a posponer su juicio. Melissa pagó al taxista y trató de abrir la puerta, pero la cerradura se había oxidado por el salitre y él tuvo que ayudarla. Finalmente consiguió abrir la puerta; ella entró y él cogió las bolsas y luego, naturalmente, los comestibles.

Ella sabía de sobra que el lugar era hogareño —estaba pensado para serlo—, pero el olor a limón de las paredes de tablas imbricadas le pareció la fragancia de las vidas que habían pasado allí durante los meses soleados. Las viejas partituras de violín de su hermana, los libros de texto de alemán de su hermano, la acuarela de un cardo que su tía había pintado le parecían la esencia de sus vidas. Y aunque se había peleado con su hermano y con su hermana y ya no se hablaban, ahora todos sus recuerdos eran amables y dulces.

—Siempre he sido feliz aquí —dijo—. Siempre he sido muy feliz aquí. Por eso he querido volver. Ahora hace frío, claro, pero podemos encender algunas chimeneas.

Entonces advirtió, en la pared a su izquierda, las marcas a lápiz donde cada Cuatro de Julio su tío les hacía ponerse contra la pared y señalaba su crecimiento. Temerosa de que él viera esta prueba incriminatoria de su edad, dijo:

—Metamos la comida en la nevera.

—Que palabra tan rara, nevera —dijo él—. No la había oído nunca. Es raro llamar así a un frigorífico. Pero vosotros habláis distinto, ya sabes, la gente como tú. Decís muchas cosas diferentes. Por ejemplo, tú dices divino, dices que montones de cosas son divinas, pero ¿sabes qué? Mi madre nunca usaría esa palabra, excepto para hablar de Dios.

Asustada por las marcas del recibidor, se preguntó si habría alguna otra cosa incriminatoria en la casa y se acordó de la galería de fotografías familiares en el vestíbulo de arriba. Había fotos suyas con el uniforme del colegio, en botes de vela, y muchas jugando con su hijo en la playa. Mientras él guardaba los comestibles, subió y escondió las fotos en un armario. Luego bajaron por los riscos hasta la playa.

La temperatura era sorprendentemente templada para esa época del año. El

viento venía del sur; por la noche probablemente cambiaría a suroeste y traería lluvia. A todo lo largo de la playa, batían las olas procedentes de Portugal. Se oía el ruido de una detonación, el rugido del agua al recogerse y, luego, la brillante descarga se abría sobre la arena, se desvanecía y se hundía. Delante de ella, en la señal de la marca alta, vio una botella sellada con una nota dentro y corrió a cogerla. ¿Qué esperaba? ¿El secreto del tesoro Spada o una proposición de matrimonio de un marinero francés? Le pasó la botella a Emile y él la rompió contra una piedra. La nota estaba escrita a lápiz. «A quienquiera que en todo el ancho mundo lea esto, soy un universitario de dieciocho años, sentado en la playa de Madamquid el 8 de septiembre...» Su impresión del acto de arrojar al mar su nombre y dirección era rapsódica, pero la botella debía de haber regresado a donde él estaba poco después de que él se alejara. Emile le preguntó si podía bañarse y luego se agachó para desatarse los zapatos nuevos. Uno de los cordones se le anudó y él se puso colorado. Ella se arrodilló y deshizo el nudo. Él se desvistió apresuradamente para demostrar su juventud y su fuerza, pero le preguntó muy serio si le importaba que se quitara los calzoncillos. Se puso de espaldas a ella para hacerlo, y luego se metió en el mar. Estaba más frío de lo que esperaba. Sus hombros y sus nalgas se tensaron y su cabeza tembló. Desnudo y tiritando, tenía un aspecto patético, vanidoso y mediocre: un joven vulgar tratando de encontrar algo de placer y aventura en su vida. Se sumergió en una ola y luego volvió corriendo a donde ella estaba. Le castañeteaban los dientes. Ella le echó su abrigo sobre los hombros y regresaron a la casa.

Ella había acertado respecto al viento. Pasada la medianoche o más, vino del suroeste, trayendo lluvia a raudales, y como había hecho desde que era niña, se levantó de la cama y cruzó la habitación para cerrar la ventana. Él se despertó y oyó el sonido de sus pies desnudos en el suelo de madera. No podía verla en la oscuridad, pero cuando volvía hacia la cama sus pasos

sonaron pesados y como de vieja.

Llovió por la mañana. Pasearon por la playa, y Melissa cocinó un pollo. Buscando una botella de vino, encontró una botella verde de cuello largo de mosela, como la que ella había puesto en su sueño de la merienda campestre y el castillo en ruinas. Emile se comió la mayor parte del pollo. A las cuatro de la tarde cogieron un taxi para ir al aeropuerto y volaron a Nueva York. En el tren que les llevaba a Proxmire Manor, él se sentó varias filas delante de ella y leyó el periódico.

Moses la recibió en la estación, contento de que estuviera de vuelta. El niño estaba despierto; Melissa se sentó en una silla en el dormitorio y le cantó: «Duerme, mi niño, duerme. Tu padre guarda las ovejas...». Cantó hasta que el bebé y Moses se quedaron dormidos.

Mientras tanto el ambiente en casa de los Wapshot, en Talifer, era muy melancólico. No recibían cheques de Boston ni tampoco explicaciones, y Betsey se quejaba. Un domingo por la tarde después de que Coverly hubiese preparado la comida y lavado los platos, Betsey volvió a su televisor. El niño había estado llorando desde antes de comer. Coverly le preguntó por qué lloraba, pero él se limitó a seguir sollozando. ¿Le gustaría dar un paseo? ¿Quería un chupachups? ¿Quería que le hiciera una casa con bloques de madera?

—Oh, déjale en paz —dijo Betsey y subió el volumen—. Puede ver la tele conmigo.

El chiquillo, sollozando aún, se acercó a su madre y Coverly se puso una chaqueta y salió. Cogió un autobús hasta el centro de cálculo y se fue a la granja caminando a través de los campos. Era a finales de la estación, a lo largo del sendero florecían ásteres púrpura y el aire estaba tan cargado de polen que le produjo una irritación no desagradable en la nariz; el mundo entero olía como una alfombra gastada y brillante. Los arces y las hayas habían cambiado de color y las luces móviles de esta tarde entre los árboles hacían que el sendero que tenía ante él pareciese una cadena de corredores y cámaras, consistorios y vaticanos amarillos y dorados, pero a pesar de ese espectáculo de luz aún le parecía oír la música de la televisión y ver el rictus de la boca de Betsey y escuchar el llanto de su hijo. Había fracasado. Había fracasado en todo. El pobre Coverly nunca llegará a nada. Se lo había oído

decir a sus tías muy a menudo detrás de la puerta de la sala. Se casará con una mujer huesuda y engendrará un niño enfermizo. Nunca triunfará en nada. Nunca pagará sus deudas. Se agachó para apretarse el lazo de un zapato y en ese momento exacto una flecha de caza pasó silbando sobre su cabeza y se clavó en el tronco de un árbol a su derecha.

—¡Eh! —gritó Coverly—. ¡Eh! Casi me mata.

No hubo respuesta. El arquero estaba oculto por una pantalla de hojas amarillas y ¿por qué iba a confesar su error casi criminal?

—¿Dónde estás? —gritó Coverly—. ¿Dónde demonios estás?

Se metió corriendo por entre la maleza que había al lado del sendero y a lo lejos vio a un arquero, todo vestido de rojo, trepando un muro de piedra. Parecía exactamente el diablo.

—¡Tú, tú! —le llamó Coverly.

Pero la distancia era demasiado grande para que pudiese alcanzar al bruto. No hubo respuesta, ni eco. Sobresaltó a un par de cuervos que echaron a volar hacia las torres de los misiles. Que la flecha le habría matado si no se hubiera detenido para apretarse el lazo del zapato le estalló en la conciencia, aceleró los latidos de su corazón y le hinchó la lengua. Pero estaba vivo, había escapado a la muerte por casualidad como la habría evitado en otras mil ocasiones, y de repente el color, la fragancia y la forma del día parecieron agitarse y rodearle con gran fuerza y claridad.

No vio nada sobrenatural ni oyó voces, llegó a la experiencia por un solo hecho —la flecha mortal—, y, sin embargo, le pareció la más volcánica, la más semejante a un punto crucial, que había tenido en su vida. Tuvo una sensación de sí mismo, de su ser único, un arrobamiento que nunca había notado antes. Las sílabas de su nombre, el color de su pelo y de sus ojos, la fuerza de sus muslos adquirieron una intensidad similar al éxtasis. Las voces de sus detractores detrás de la puerta de la sala —y se las había tomado en

serio todos los años de su vida— ahora le parecían transparentemente codiciosas y dañinas, voces de personas cariñosas, pero que serían más felices si él no hacía ningún descubrimiento de sí mismo. Su lugar en la tarde otoñal y en el mundo parecía indiscutible, y con tal sensación de resistencia, ¿cómo podría herirle algo? La sensación no era la de ser invulnerable, sino voluntarioso, y de que si la flecha le hubiese dado habría caído con toda la luminosidad de ese día en los ojos. No era la víctima de una tragedia emocional y genética; tenía los supremos privilegios de un niño a quien hubiesen cambiado por otro y haría algo ilustre en su vida. Examinó la flecha y trató de arrancarla del árbol, pero se le rompió. Las plumas eran carmesí y pensó que si le daba la flecha rota a su hijo, este dejaría de llorar, y cuando el chiquillo vio las plumas carmesí dejó de hacerlo.

La resolución de Coverly de hacer algo ilustre se concretó en un plan de establecer el vocabulario de John Keats, un proyecto que a su vez dependía de un amigo llamado Griza. La mayoría de los empleados almorzaban en la cafetería subterránea, pero Coverly generalmente tomaba el ascensor y se comía un sándwich al sol. Esta elección era lo bastante insólita para servir de base a una amistad. Uno de los técnicos de la sala de ordenadores también comía un sándwich al sol, y esto, junto con el hecho de que ambos eran de Massachusetts, les convirtió en grandes amigos. En primavera se lanzaban una pelota de béisbol; en otoño se arrojaban un balón de fútbol americano con una clara sensación de cosas más sencillas que la hilera de torres de misiles en el horizonte. Griza era hijo de un emigrante polaco pero había crecido en Lowell y su mujer era nieta de un granjero yanqui. Era uno de los técnicos que se ocupaba del gran ordenador y se le podría haber reconocido como tal. No había ninguna reglamentación respecto a la indumentaria en el centro de cálculo, ni tampoco unas jerarquías establecidas, pero a lo largo de los meses había comenzado a surgir el esbozo de una sociedad y una lista de

leyes suntuarias, que expresaban, al parecer, un amor oculto por las castas. Los físicos llevaban jerséis de cachemir. Los programadores llevaban chaquetas de tweed y camisas de color. El rango de Coverly llevaba traje entero y los técnicos parecían haber optado por un uniforme que incluía camisa blanca y corbata oscura. Los separaba del resto del centro el privilegio de manipular la consola y el privilegio, aún mayor, de tener conocimientos técnicos y responsabilidad limitada. Si un programa fallaba repetidas veces, podían estar seguros de que no era culpa suya, y esto les confería a todos la rapidez y ligereza que a veces se observa en los marineros de cubierta de un ferry. Griza nunca había navegado, pero andaba como si estuviese sobre una cubierta oscilante y tenía el aire de dormir en una litera, hacer guardias y lavarse su ropa. Era un hombre esbelto que carecía de vientre, toda esa zona de su cuerpo parecía flexible y cóncava; usaba fijador en el pelo y se lo peinaba cuidadosamente cruzado en la nuca, un estilo que había estado de moda entre la juventud diez años antes. Por eso parecía tener un pie en el pasado inmediato. Coverly esperaba que, más tarde o más temprano, le confesara alguna excéntrica ambición. ¿Estaba construyendo una balsa en el sótano para bajar por el Mississippi? ¿Estaba perfeccionando una máquina para comprimir latas de cerveza vacías? ¿Un anticonceptivo simplificado? ¿Un disolvente químico para las hojas otoñales? Un proyecto semejante parecía necesario para fijar las líneas de su carácter, pero Coverly se equivocaba. Griza esperaba trabajar en la base hasta la edad de la jubilación, y luego pensaba invertir sus ahorros en un aparcamiento en Florida o California.

Desde su puesto junto al ordenador, Griza se enteraba de muchas cosas acerca de las interioridades de la base. No parecía tener vocación de cotilla, pero todos los días Coverly salía del almuerzo con alguna información. La recepcionista del centro de seguridad estaba embarazada. Cameron, el

director de la base, no iba a durar ni seis semanas. Las altas esferas estaban fuertemente divididas en sus opiniones. Discutían sobre si se habían recibido o no señales de radio coherentes de Tau Ceti y Epsilon Eridani, disputaban sobre la existencia de otras civilizaciones en el sistema solar, ponían en tela de juicio la inteligencia de los delfines. Griza comunicaba sus noticias con indiferencia, pero siempre las había en abundancia. Coverly cultivaba la amistad de Griza con la esperanza de que este le ayudara. Quería que él procesara el vocabulario de Keats en el ordenador. Griza no parecía decidido, pero invitó a Coverly a cenar en su casa una noche.

Cuando terminaron de trabajar cogieron un autobús hasta el final de la línea y luego echaron a andar. Era una parte de la base que Coverly no conocía.

—Estamos en la sección de viviendas de emergencia —le explicó Griza.

Era un campamento de remolques, aunque la mayoría de ellos estaban fijos sobre bloques de cemento. Algunos eran enormes y tenían dos niveles. Había faroles, jardines, vallas e, inevitablemente, un par de ruedas de carreta pintadas, un talismán del pasado rural y mítico. Coverly se preguntó si las habrían encontrado en la granja que estaba cerca del centro de cálculo. Griza se paró ante la puerta de uno de los remolques más modestos, la abrió e hizo pasar a Coverly.

Había una habitación larga y agradable que parecía servir para diversos propósitos. La madre de Griza estaba de pie junto al fogón. Su mujer le estaba cambiando los pañales a la niña. La anciana señora Griza, que era gruesa y canosa, llevaba prendido en el vestido un adorno del árbol de Navidad. Faltaba mucho tiempo para final de año y este adorno tenía el atractivo de esas granjas por las que se pasa, al bajar de las pistas de esquí en el norte, donde las luces de colores de los árboles de Navidad continúan encendidas bien pasada la Epifanía y a veces no las quitan hasta que la nieve

se derrite. Ella tenía una cara ancha y bondadosa. La joven señora Griza llevaba una camisa de hombre rota y unos pantalones de tartán que se le habían quedado chicos. Su rostro era grande, su cabello largo y bonito estaba despeinado, sus ojos eran hermosos cuando estaban bien abiertos, cosa que apenas sucedió esa tarde. La forma de sus ojos y de su boca era hacia abajo, lo cual sugería mal humor y era este, tan rápidamente contradicho por la luminosidad y autoridad de su sonrisa, lo que volvía su rostro atrayente. Acariciando y vistiendo al bebé parecía casi imperiosa. Griza abrió dos latas de cerveza y Coverly y él se sentaron en el extremo de la habitación más alejado de la estufa.

—Ahora estamos un poco apretados aquí —dijo la anciana—. Oh, quisiera que hubiese usted visto la casa que teníamos en Lowell. Doce habitaciones. Oh, era una casa preciosa; pero teníamos ratas. Oh, qué ratas. Una vez bajé al sótano para coger leña para la estufa y una rata grande saltó sobre mí, ¡saltó sobre mí! Bueno, falló, gracias a Dios, y me pasó por encima del hombro, pero desde entonces les cogí miedo. Quiero decir, cuando vi lo atrevidas que eran. Teníamos un bonito centro de mesa en el comedor. Fruta, ya sabe, o flores de cera, pero al bajar una mañana me encontré el centro de mesa todo roído. Las ratas. Me dio mucha pena. Quiero decir que me dio la sensación de que no tenía nada que fuera mío. Y ratones. También teníamos ratones. Se metían en la despensa. Un año hice un gran pastel de gelatina y los ratones se comieron la tapa de cera y estropearon la gelatina. Pero los ratones no eran nada comparado con las termitas. Yo siempre había notado que el suelo del cuarto de estar no estaba firme y una mañana, cuando estaba pasando la aspiradora, un trozo enorme del suelo cedió y cayó al sótano. Termitas y hormigas carpinteras. Era una combinación de las dos. Las termitas se comían los apuntalamientos de la casa y las hormigas carpinteras el porche. Pero lo peor eran las chinches. Cuando mi primo Henry murió me dejó una

cama muy grande. A mí no se me ocurrió sospechar de ella. Notaba cosas raras por la noche, ya sabe, pero en mi vida había visto una chinche y no podía imaginarme qué me pasaba. Pues una noche encendí la luz de repente y allí estaban. ¡Vaya si estaban! Para entonces se habían extendido por toda la casa. Había chinches por todos lados. Tuvimos que fumigarlo todo y, oh, Dios mío, el olor era espantoso. Y pulgas. También teníamos pulgas. Teníamos un perro viejo que se llamaba Spotty. Bueno, él tenía pulgas y de él pasaron a las alfombras y, como era una casa húmeda, las pulgas criaron en ellas y había una alfombra que cuando la pisabas levantabas una nube de pulgas, densa como el humo, pulgas por todo tu alrededor. Bueno, la cena ya está lista.

Cenaron carne congelada, patatas fritas congeladas y guisantes congelados. Con los ojos vendados, uno no habría podido identificar los guisantes, y a lo único a lo que sabían las patatas era a jabón. Era la monótona alimentación de los sitiados, la misma que se serviría en todas partes de la base esa noche, pero, ¿dónde estaban las murallas y los arietes? ¿Dónde el enemigo que justificara estas gachas insulsas? Coverly se sintió a gusto allí y hablaron de Nueva Inglaterra durante la cena. Mientras las mujeres fregaban los platos, Coverly y Griza hablaron de introducir el vocabulario de Keats en el ordenador. La invitación de Griza a cenar parecía haber sido un gesto de confianza o de consentimiento, y aceptó introducir el vocabulario en la máquina si Coverly hacía los preparativos. Bebieron un vaso de whisky con ginger ale y luego Coverly se fue a casa.

A partir de la noche siguiente Coverly organizó su vida de acuerdo con un plan. Salía del centro de cálculo a las cinco, preparaba la cena, bañaba y acostaba a su hijo. Luego regresaba al centro con su ejemplar de Keats encuadernado en suave piel y se ponía a traducirlo, en una máquina de escribir eléctrica, a dígitos binarios. «Yo estaba de puntillas sobre un

montículo —comenzó—, refrescaba el aire y estaba tan inmóvil...» Tardó tres semanas en pasarlo todo, incluyendo *King Stephen*. Eran más de la una y media una noche cuando tecleó: «Sentir para siempre su suave vaivén, / despierto para siempre por esta dulce inquietud, / aún, aún oír su tierno aliento, / y así vivir siempre, o si no, desfallecer y morir».

Griza dijo que si todo salía según lo previsto, procesaría la cinta el sábado por la tarde. Telefonó a Coverly el viernes por la noche y le dijo que fuera a las cuatro. Coverly tenía la cinta guardada en su despacho y a esa hora la subió a la sala donde estaba la consola. Se sentía muy excitado. Al parecer, él y Griza estaban solos en el centro. En alguna parte sonaba un teléfono que nadie contestaba. Sus instrucciones, convertidas en dígitos binarios, pedían a la máquina que contase el número de palabras en la poesía, además del vocabulario, e hiciese una lista de las palabras utilizadas con mayor frecuencia por orden de su uso. Griza metió las instrucciones y la cinta en dos torres y luego tocó algunas teclas de la consola. Se encontraba en el medio donde se sentía más él mismo y se pavoneaba como un marinero de cubierta. Coverly sudaba por la excitación. Por hablar de algo le preguntó a Griza por su madre y su mujer pero este, ennoblecido por la presencia de la consola, no le contestó. La máquina de escribir empezó a teclear ruidosamente y Coverly se volvió. Cuando la máquina se detuvo, Griza arrancó el papel y se lo pasó a Coverly. El número de palabras en la poesía de Keats ascendía a quince mil trescientas cincuenta y siete. El vocabulario era de ocho mil quinientas tres y las palabras por el orden de su frecuencia eran: «El silencio armoniza la consciente caída del dolor / Los dorados reinos de la muerte lo abarcan todo / La amargura del amor excede a su gracia / Esa bestial cicatriz en el rostro angélico / Marca al cielo con hiel».

—Dios —dijo Coverly—. Rima. Es poesía.

Griza iba de un lado a otro apagando luces. No contestó.

—Pero es poesía, Griza —insistió Coverly—. ¿No es maravilloso? Quiero decir que hay poesía dentro de la poesía.

La indiferencia de Griza era implacable.

—Ya, ya —dijo—. Más vale que salgamos de aquí. No quiero que nos pillen.

—Pero te das cuenta, ¿no?, de que dentro de la poesía de Keats hay otra poesía.

Era posible imaginar que existiera cierta armonía numérica subyacente a la composición del universo, pero que esta abarcase a la poesía era una posibilidad asombrosa y entonces Coverly sintió que él era un ciudadano del mundo que emergía; una parte del mismo. La vida estaba llena de novedad: ¡había algo nuevo en todos lados!

—Supongo que tendré que contárselo a alguien —dijo Coverly—. Es un descubrimiento, ¿comprendes?

—Tómalo con calma —le pidió Griza—. Si se lo cuentas a alguien, sabrán que yo he utilizado la consola en horas libres y se me caerá el pelo.

Ya había apagado todas las luces y salieron al pasillo. Entonces se abrió una puerta al final del corredor y el doctor Lemuel Cameron, el director de la base, vino hacia ellos.

Cameron era un hombre bajo. Caminaba un poco encorvado. Su ferocidad y su inteligencia eran legendarias, y Griza y Coverly estaban asustados. El cabello de Cameron era de un negro apagado y lo llevaba tan largo que le caía un rizo sobre la frente. Tenía la piel de un moreno cetrino con un saludable toque sonrosado en las mejillas. Sus ojos eran tristes, pero eran las cejas, los toldos, el peludo marco de esos ojos lo que daba a su apariencia un aire distinguido y formidable. Sus cejas tenían dos centímetros de grosor, estaban jaspeadas de gris y eran hirsutas como la piel de una bestia. Parecían

vigas estructurales colocadas en una posición que soportara el peso de su conocimiento y su autoridad. Sabemos que las cejas espesas no soportan nada, ni siquiera aire, y que tampoco están arraigadas en el intelecto ni en el corazón, pero fueron sus cejas lo que intimidó a los dos hombres.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

La pregunta iba dirigida a Coverly.

—Wapshot —contestó él.

Si Cameron había sido beneficiario de la generosidad de Lorenzo, no dio muestras de ello.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó.

—Acabamos de contabilizar el vocabulario de John Keats —respondió Coverly con su expresión más sincera.

—Ah, sí —dijo Cameron—. A mí también me interesa la poesía, aunque poca gente lo sabe.

Luego, levantando la cabeza y dedicándoles una sonrisa que era presuntuosa o falsa, recitó con expresión ensayada:

¡Cuántos mundos en torno a sus soles
han tejido noche y día,
para incontables seres pensantes como el hombre
ahora sumidos en piedra o arcilla!
Su historia atrapada en la luz viene ahora
a nosotros, inhábiles para conocer
la comedia, la tragedia, el destello del amigo o enemigo.
En ese tenue y críptico mensaje
que proviene de tan lejos en el espacio y el tiempo.

Coverly no dijo nada y Cameron le miró atentamente.

—¿Le he visto a usted antes? —preguntó.

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—En la montaña.

—Venga a mi despacho el lunes —dijo—. ¿Qué hora es?

—Las siete menos cuarto —respondió Coverly.

—¿He comido? —preguntó.

—No lo sé, señor —respondió Coverly.

—No estoy seguro —dijo—. No estoy seguro.

Subió solo en el ascensor.

Coverly se presentó en el despacho de Cameron el lunes por la mañana. Recordaba claramente su primer encuentro con el viejo genio. Fue en las montañas, a cuatrocientos cincuenta kilómetros al norte de Talifer, donde Coverly había ido a esquiar un fin de semana con unos amigos de la oficina. Llegaron allí por la tarde con el tiempo justo para un solo descenso antes de que anocheciera. Estaban esperando el telesilla cuando les pidieron que se apartaran. Era Cameron.

Iba con dos generales y un coronel, que eran mucho más jóvenes y fuertes que él. Hubo un perceptible revuelo a su llegada, ya que, después de todo, era un esquiador legendario. Su contribución a la teoría del calor termal había sido elaborada a partir de sus observaciones de la acción molecular en la base de sus esquíes. Llevaba ropa de esquiar elegante y una banda roja sobre sus famosas cejas. Esa tarde sus ojos brillaban y avanzaban hacia el telesilla con la precisión y la elegancia —pensó Coverly— de alguien que goza de una autoridad indiscutida. Subió a lo alto de la montaña seguido de su séquito y luego de Coverly y sus amigos. En la cima había una cabaña o refugio donde se detuvieron para fumar un cigarrillo. Allí no había fuego y hacía mucho frío. Cuando Coverly terminó de ajustarse los esquíes descubrió que él y Cameron estaban solos. Los demás ya habían descendido. La presencia del director de la base le puso nervioso. Sin hablar, sin hacer ruido, parecía proyectar en torno a sí algo tan palpable como un campo electromagnético. Era tarde, oscurecería pronto, pero todos los picos de las montañas, cubiertos

de nieve, se destacaban en la oblicua luz del día como los abismos y los fosos de un antiguo fondo marino. Lo que conmovía a Coverly del paisaje era su vitalidad. Era un despliegue de las inestimables energías del planeta; aquí, a la última luz del día, se tenía una sensación de su inmensa historia. Coverly era lo bastante discreto para no hablarle de ello al doctor. Fue Cameron quien habló. Su voz era fuerte y juvenil.

—¿No es extraordinario —dijo— pensar que hace solo dos años se creía que la heterosfera estaba dividida en dos regiones?

—Sí —respondió Coverly.

—Primero, por supuesto, tenemos la homosfera —explicó el doctor. Hablaba con la forzada cortesía de algunos catedráticos—. Dentro de ella los componentes primarios del aire están uniformemente mezclados en las habituales proporciones por peso de 76 por ciento de nitrógeno, 23 por ciento de oxígeno y 1 por ciento de argón, aparte del vapor de agua.

Coverly se volvió a mirarle. Su rostro estaba contraído por el frío. Su aliento humeaba. Su hábito de dar explicaciones parecía impermeable a la majestad de las circunstancias. Coverly pensó que apenas veía la luz y las montañas.

—Dentro de la homosfera —continuó Cameron— tenemos la troposfera, la estratosfera y la mesosfera con, más allá de la mesopausa, oxígeno y ácido nítrico, ionizada por componentes Lyman Beta y, por encima de este oxígeno y algo de óxido nítrico, ionizada por rayos ultravioleta cortos. La densidad electrónica por encima de la mesopausa es de cien mil por metro cúbico. Por encima de esto se eleva a doscientos mil y luego a un millón. Después la densidad de átomos se vuelve tan baja que la densidad de electrones disminuye...

—Creo que deberíamos bajar —dijo Coverly—. Está oscureciendo. ¿Quiere usted hacerlo primero?

Cameron rehusó y le deseó suerte a Coverly cuando este se lanzaba. Tomó la primera curva y la segunda pero la tercera estaba ya oscura y al cogerla se cayó. No se hizo daño y, al ponerse de pie, miró casualmente hacia arriba y vio al doctor Cameron descendiendo plácidamente en el telesilla.

Coverly se reunió con sus amigos más abajo de la estación del telesilla y se fueron a una posada, donde tomaron una copa en el bar. Pocos minutos después entraron Cameron y su séquito y ocuparon una mesa en un rincón. No era difícil oír lo que Cameron decía. Al parecer, no podía controlar la potencia de su voz. Estaba hablando del recorrido de la pista y lo hacía con todo detalle; las curvas cerradas, el largo trecho de tabla de lavar, los puntos helados, la nieve en polvo. Este hombre era responsable, en cierto sentido, de la seguridad de la nación, pero no era de fiar a la hora de decir la verdad sobre sus habilidades como esquiador. Era bien conocido por su insistencia respecto a las verdades demostrables y, sin embargo, en este asunto era un mentiroso consumado. Coverly estaba fascinado. ¿Había traído a la montaña un sentido de la verdad distinto y más fino? ¿Había juzgado desde el telesilla que la pista era demasiado empinada y rápida para sus fuerzas? ¿Había supuesto que si reconocía una juiciosa timidez podría perjudicar la respetabilidad de su equipo? ¿Su desprecio por la verdad común abarcaba a un sentido más amplio de la verdad? Coverly no sabía si Cameron le había visto desde el telesilla.

Esa mañana una secretaria condujo a Coverly al despacho de Cameron.

—Su interés por la poesía —dijo el viejo enseguida— es la razón principal de que le haya pedido que viniera, pues ¿qué puede ser más poético que esos cien mil millones de soles que componen la deslumbrante joyería de nuestra galaxia? Esa inmensidad de poder escapa por completo a nuestra comprensión. Parece cierto que recibimos luz de cien trillones de soles. Según un cálculo conservador, una estrella de cada mil tiene un planeta que

puede albergar alguna forma de vida. Aun suponiendo que este cálculo resultase un millón de veces demasiado alto, habría cien mil millones de tales planetas en el universo conocido. ¿Le gustaría trabajar para mí? —le preguntó el doctor.

—Creo que usted no lo ha entendido, doctor Cameron —dijo Coverly—. Verá, yo solo tengo formación como subprogramador. Cuando me trasladaron desde Remsen la máquina cometió un error y acabé en relaciones públicas; pero creo que usted no comprende que...

—No me diga lo que comprendo y lo que no —gritó Cameron—. Si lo que está tratando de decirme es que su ignorancia es transparente y abismal, eso es algo que ya sé. Es usted un zopenco. Lo sé. Por eso le quiero conmigo. No se encuentran muchos zopencos hoy en día. Al salir dígame a la señorita Knowland que se ocupe de que le transfieran a mi personal. Escríbame una conferencia de apertura de veinte minutos en la línea de lo que acabo de decir y prepárese para viajar conmigo a Atlantic City la semana que viene. ¿Qué hora es?

—Las diez menos cuarto —dijo Coverly.

—¿Oye a ese pájaro? —preguntó el doctor.

—Sí —contestó Coverly.

—¿Qué dice? —preguntó el doctor.

—No estoy seguro —contestó Coverly.

—Pronuncia mi nombre —dijo Cameron, un poco airado—. ¿No lo oye? Pronuncia mi nombre. Cameron, Cameron, Cameron.

—Así es como suena —dijo Coverly.

—¿Conoce la constelación Pernacia?

—Sí —respondió Coverly.

—¿Se ha dado cuenta de que contiene mis iniciales?

—No se me había ocurrido —dijo Coverly—. Pero ahora lo veo. Sí.

—¿Cuánto tiempo puede aguantarse la respiración? —preguntó Cameron.

—No lo sé —dijo Coverly.

—Pues inténtelo.

Coverly hizo una inspiración profunda y Cameron miró su reloj. Contuvo el aliento durante un minuto y ocho segundos.

—No está mal —dijo Cameron—. Y ahora váyase.

Nacemos entre dos estados de conciencia; nos pasamos la vida entre la oscuridad y la luz, y escalar las montañas de otro país, expresar nuestros pensamientos en otro idioma o admirar el color de un cielo distinto nos sumerge más profundamente en el misterio de nuestra condición. Viajar ha perdido los atributos del privilegio y la moda. Ya no se trata de zarpar a medianoche en transatlánticos de tres cubiertas, travesías de doce días, baúles Vuitton y los deslumbrantes vestíbulos de los Grand Hotel. Los viajeros que toman el avión en Orly llevan bolsas de papel y niños dormidos, y podrían estar volviendo a casa después de un día de duro trabajo en la fábrica. Podemos cenar en París y, si Dios quiere, desayunar en casa, y en ello hay toda una nueva creación de autoconocimiento, nuevas imágenes para el amor y la muerte y para la intrascendencia y la importancia de nuestros asuntos. La mayoría de nosotros viaja para mejorar el conocimiento que tiene de sí mismo, pero nada de esto era cierto en relación con la prima Honora. Ella iba a Europa como fugitiva.

A lo largo de los años, había llegado a la convicción de que Saint Botolphs era la creación más hermosa en la faz de la tierra. Oh, no era magnífica, lo sabía bien; nada comparable a las postales de Karnak y de Atenas que su tío Lorenzo le enviaba cuando ella era niña. Pero a ella no le gustaba la magnificencia. ¿En qué otro lugar del mundo había tales matas de lilas, vientos tan suaves, cielos tan brillantes, pescado tan fresco? Había vivido allí toda su vida, y cada acto constituía una variación de algún otro acto, cada

sensación que experimentaba estaba ligada a una sensación similar, remontándose en la sucesión de los años de su larga vida a cuando era una niña bonita e intratable, que se desataba los patines, mucho después de anochecer, al borde del lago de Parson, cuando todos los demás patinadores se habían marchado y los ladridos de los collies de Peter Howland sonaban claros y amenazadores porque el frío intenso daba al cielo oscuro la acústica de una concha. El fragante humo de su chimenea se mezclaba con el de todas las chimeneas de su vida. Algunos de los rosales que podaba habían sido plantados antes de que ella naciera. Su querido tío le había hablado de los vínculos que unían su mundo con la Europa del Renacimiento, pero ella nunca le había creído. ¿Quién que hubiera visto las cataratas de las montañas de New Hampshire se interesaría por los juegos de agua de los reyes? ¿Quién que hubiese olido el rico caldo del Atlántico Norte se interesaría por la sucia bahía de Nápoles? Ella no deseaba dejar su hogar y entrar en un elemento donde sus sensaciones estuvieran desarraigadas, donde las rosas y el olor del humo solo le recordaran las horribles distancias que la separaban de su propio jardín.

Fue sola a Nueva York en tren, durmió inquieta en una habitación de hotel, y una mañana subió a bordo de un barco con destino a Europa. En el camarote descubrió que el viejo juez le había enviado una orquídea. Ella detestaba las orquídeas y el despilfarro, y la llamativa flor era las dos cosas. Su primer impulso fue tirarla por el ojo de buey, pero no pudo abrirlo, y, pensándolo mejor, le pareció que quizá una flor fuera una parte necesaria del atuendo de una viajera, un signo de partida, una prueba de que una dejaba amigos atrás. Se oían fuertes risas, y conversaciones, y el ruido de copas y botellas. Solo ella, al parecer, estaba sola.

Apartada del escrutinio del mundo, podía parecer un poco tonta; pasó algún tiempo tratando de encontrar un sitio donde esconder el cinturón de

lona en el que llevaba su dinero y sus documentos. ¿Debajo del sofá? ¿Detrás del cuadro? ¿En el jarrón vacío? ¿En el botiquín? Una esquina de la moqueta estaba suelta y escondió allí el cinturón del dinero. Luego salió al pasillo. Iba vestida de negro y llevaba un sombrero en forma de tricornio, y tenía un poco el aspecto de George Washington si hubiese vivido hasta esa edad.

Las celebraciones en los atestados camarotes se habían trasladado al pasillo, donde había hombres y mujeres de pie bebiendo y charlando. No podía negar que habría sido más agradable si unos cuantos amigos hubiesen acudido a dar la bendición social a su partida. Sin la orquídea en el hombro, ¿cómo podrían estos desconocidos adivinar que ella era una mujer célebre, que todos la conocían y era famosa por sus buenas obras? ¿No era posible que, al verla pasar, la confundieran con una de esas viejas tercas que vagan por la faz de la tierra tratando de ocultar o paliar la amarga soledad que es la justa recompensa a su terquedad y egoísmo? Se sentía dolorosamente desarmada y casi sin pruebas de su identidad. Lo que quería ahora era encontrar una sala común donde sentarse y observar.

Localizó una sala, pero estaba llena de gente y todos los asientos se encontraban ocupados. La gente bebía y hablaba y lloraba, y en un rincón había un hombre despidiéndose de una niña. Él tenía la cara bañada en lágrimas. Honora nunca había visto ni imaginado una confusión tan tremenda. Estaba sonando el aviso para que los visitantes bajaran a tierra, y aunque numerosas despedidas eran alegres, muchas otras no. La visión de un hombre alejándose de su hija —tenía que ser su hijita, de la que se separaba por un golpe de mala suerte— apenó terriblemente a Honora. De pronto el hombre se arrodilló y abrazó a la niña. Ocultó la cara en el delgado hombro de la chiquilla, pero se veía su espalda sacudida por los sollozos, mientras el sistema de altavoces repetía que había llegado la hora, el momento. Honora sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero lo único que se le ocurría

para animar a la chiquilla era regalarle su orquídea, y los pasillos estaban ya demasiado abarrotados para que ella pudiera volver a su camarote. Pasó sobre el alto umbral de latón y salió a cubierta.

Las pasarelas estaban atestadas de visitantes que abandonaban el barco. El bullicio era tremendo. Abajo veía una franja del agua sucia del puerto, y en lo alto había gaviotas. Las personas se gritaban palabras sobre esta corta distancia, esta separación aún no consumada, y ya se habían levantado todas las pasarelas menos una, y la banda empezaba a tocar algo que parecía música de circo. Soltaron las gigantescas amarras y a continuación se oyó el asombroso pitido de la sirena, tan fuerte que debió de sobresaltar a los ángeles del cielo. Todo el mundo gritaba, todo el mundo agitaba los brazos... todo el mundo menos ella. De todas las personas que estaban en cubierta, únicamente ella no tenía de quién despedirse, únicamente su marcha era solitaria y sin sentido. Por simple orgullo, sacó un pañuelo del bolso y empezó a ondearlo ante las caras que tan rápidamente iban perdiendo sus perfiles y su atractivo.

—Adiós, adiós, mi queridísimo amigo —le gritó a nadie—. Gracias... Gracias por todo... Adiós y gracias... Gracias y adiós...

A las siete se puso su mejor ropa y subió a cenar. Compartió mesa con el señor y la señora Sheffield, de Rochester, que viajaban al extranjero por segunda vez. Viajaban con guardarropa de orlón. Durante la cena le contaron a Honora cosas de su primer viaje a Europa. Primero fueron a París, donde tuvieron buen tiempo, es decir, tiempo bueno para que se secase la ropa. Por la noche se turnaban para lavar la ropa en la bañera y colgarla a secar. Bajando por el Loira tuvieron lluvias y no pudieron hacer la colada durante casi una semana, pero una vez que llegaron a la costa el tiempo se volvió seco y soleado, y lo lavaron todo. Volaron a Munich en un día soleado e hicieron la colada en el Regina Palast, pero en plena noche hubo una

tormenta y toda su ropa, tendida en el balcón, se empapó. Tuvieron que meter la ropa mojada en la maleta para ir a Innsbruck, pero llegaron allí en una noche clara y estrellada y lo pusieron todo a secar. Venecia fue maravillosa para la colada. En Italia tuvieron pocos problemas y, durante la audiencia papal, la señora Sheffield se convenció de que las vestiduras del Papa eran de orlón. Recordaban Ginebra por el tiempo lluvioso, y Londres fue una desilusión. Tenían entradas para el teatro, pero nada se secaba y tuvieron que pasarse dos días metidos en la habitación. Edimburgo fue todavía peor, pero en Skye las nubes se levantaron y salió el sol, y en Prestwick cogieron un avión de vuelta a casa con todo limpio y seco. La suma de su experiencia fue advertir a Honora de que no contara con hacer muchos lavados en Baviera, Austria, Suiza y Gran Bretaña.

Hacia el final de este relato, Honora enrojeció y de repente se inclinó sobre la mesa y les dijo:

—¿Por qué no se quedan en casa y lavan la ropa? ¿Por qué recorren medio mundo, poniéndose en evidencia ante los camareros y camareras de Austria y Francia? En mi vida he tenido nada de orlón, o como se llame eso, pero espero encontrar lavanderías y tintorerías en Europa, igual que las hay en Estados Unidos, y estoy segura de que nunca viajaría por el gusto de tender ropa a secar.

Los Sheffield se quedaron indignados y azorados. La voz de Honora era alta, y los pasajeros de las mesas cercanas se habían vuelto a mirarla. Ella trató de salir de la situación llamando al camarero.

—La cuenta —pidió—. La cuenta. ¿Quiere usted traerme la cuenta, por favor?

—No hay cuenta, señora —repuso el camarero.

—Ah, sí —dijo ella—. Se me había olvidado.

Y salió cojeando del comedor.

Estaba demasiado enfadada con los Sheffield para sentir remordimientos, pero tenía que reconocer una vez más que su mal genio era uno de sus peores defectos. Paseó por las cubiertas para calmarse, admirando las luces amarillentas de los obenques y pensando que eran como un segundo conjunto de estrellas. Estaba parada en la cubierta de popa cuando se le acercó un hombre joven vestido con un traje de rayas finas. Mantuvieron una agradable conversación sobre las estrellas, y luego ella se fue a la cama y durmió profundamente.

Por la mañana, después de un abundante desayuno, Honora alquiló una tumbona de sotavento. Luego se instaló en ella con una novela (*Middlemarch*) y se dispuso a relajarse y disfrutar del saludable aire marino. Nueve días de tranquilidad repondrían sus fuerzas y puede que incluso le prolongaran la vida. Era la primera vez en su vida que planeaba un descanso. A veces, después del almuerzo, en un día caluroso, cerraba los ojos cinco minutos, pero nunca más de eso. En los hoteles de montaña adonde iba para un cambio de aires siempre había sido muy madrugadora, campeona en balancearse en una mecedora y una jugadora de bridge incansable. Hasta ahora siempre había tenido cosas que hacer, siempre había asuntos que absorbían su tiempo, pero ahora su viejo corazón estaba fatigado y ella debía descansar. Apretó la cabeza contra el cojín de la tumbona y se echó la manta sobre las piernas. Había visto miles de anuncios de viajes en los cuales unas personas de su edad tendidas en tumbonas contemplaban el mar. Siempre se había preguntado qué gratas fantasías pasarían por sus mentes. Ahora esperó a que esa envidiable tranquilidad se apoderase de ella. Cerró los ojos, pero lo hizo enérgicamente; tamborileó con los dedos en el brazo de madera y movió los pies. Se aconsejó esperar, esperar, esperar a que el reposo la dominara. Aguardó unos diez minutos antes de incorporarse impaciente e irritada. Nunca había aprendido a estarse quieta y, como con tantas otras cosas de la

vida, al parecer ahora era demasiado tarde para aprenderlo.

Su sentido de la vida era de movimiento y conflicto, y, aunque moverse le produjera un dolor agudo en el corazón, no tenía más remedio que hacerlo. Estar echada en una tumbona tan temprano la hacía sentirse ociosa, inmoral e inútil y —lo más doloroso de todo— como un fantasma, ni viva ni muerta; como una espectadora totalmente involuntaria. Es posible que andar por las cubiertas la cansara, pero estar tumbada bajo una manta como un cadáver era cien veces peor. La vida era como una serie de brillantes reflejos en el agua, quizá sin relación con el movimiento de esta en sí pero absorbentes por el colorido y el brillo. ¿Acabaría matándose por su amor a las cosas? ¿Eran idénticas las fuerzas de la vida y de la muerte? ¿Sería la emoción de levantarse en un día hermoso la violencia que rompiese las arterias de su corazón? La necesidad de moverse, de hablar, de hacer amigos y enemigos, de implicarse, era irresistible, y procuró ponerse de pie, pero su torpeza, su peso, la edad de su cuerpo y la forma de la tumbona hacían imposible el intento. Estaba atrapada. Aferró los brazos de la silla y se esforzó por levantarse, pero volvía a caer irremediabilmente. De nuevo luchó por ponerse de pie. De nuevo cayó sentada. Experimentó un dolor agudo y súbito en el corazón y su cara enrojeció. Luego pensó que iba a morir dentro de unos minutos; moriría en su primer día en el mar, la envolverían en una bandera americana y la arrojarían por la borda, y su alma descendería al infierno.

Pero ¿por qué tendría que ir al infierno? Lo sabía muy bien. Porque había sido una ladrona de comida toda su vida. De niña esperaba y vigilaba hasta que la cocina se quedaba vacía y entonces abría las enormes puertas de la nevera, cogía un muslo de pollo frío y metía los dedos en la salsa solidificada. Si la dejaban sola en casa, se subía a una torre de sillas y taburetes para llegar al estante más alto de la despensa y comerse todos los terrones de azúcar que había en el azucarero de plata. Había robado

caramelos de la alacena, donde los guardaban para los domingos. Cuando la cocinera estaba de espaldas, había arrancado un trozo de piel del pavo del día de Acción de Gracias antes de que hubiesen rezado. Había robado patatas asadas frías, rosquillas puestas a enfriar, huesos del asado, patas de langosta y trozos de tarta. La madurez no la había curado de su vicio, y cuando, siendo una mujer joven, invitó a la cofradía del altar a merendar, se comió la mitad de los sándwiches antes de que llegaran. Incluso ya de vieja, apoyada en un bastón, había bajado a la despensa en plena noche y se había atiborrado de queso y de manzanas. Ahora había llegado la hora de responder de su glotonería. Se volvió desesperadamente al hombre que estaba en la tumbona a su izquierda.

—Usted perdone —dijo—, pero ¿podría...?

El hombre parecía dormido. La tumbona a su derecha estaba vacía. Cerró los ojos y llamó a los ángeles. Un segundo después, en cuanto sus oraciones se elevaron al cielo, un joven oficial se acercó para darle los buenos días y extenderle una invitación del capitán para que se reuniera con él en el puente. El oficial la ayudó a levantarse de la tumbona.

En el puente apuntó al sol con un sextante de mano y evocó sus recuerdos.

—Cuando yo tenía nueve años, mi tío Lorenzo me regaló un balandro de tres metros y medio —dijo—, y durante los tres años siguientes no había un pescador en Travertine a quien yo no pudiera superar navegando.

El capitán la invitó a un cóctel por la tarde. A la hora de comer el camarero la sentó con un niño italiano de doce años que no hablaba inglés. Se las arreglaron con sonrisas y señas. Por la tarde jugó a las cartas hasta la hora de bajar a arreglarse para la fiesta del capitán. Fue a su camarote y sacó de su maleta unas herrumbrosas tenacillas para rizar el pelo que le habían servido fielmente durante treinta años o más. Las enchufó en el cuarto de baño. Se apagaron todas las luces del camarote y ella desenchufó de un tirón.

Un momento después se oyeron carreras en los pasillos y gente llamándose confusamente en italiano y en inglés. Ella escondió sus tenacillas en el fondo de la maleta y se bebió un vaso de oporto. Era una mujer honrada, pero en ese momento estaba demasiado aturdida para confesarle al capitán que había fundido un fusible.

Al parecer había hecho mucho más que eso. Al abrir la puerta de su camarote se encontró el pasillo a oscuras. Un camarero pasó corriendo con una linterna. Ella cerró la puerta y miró por el ojo de buey. Poco a poco, el barco perdía velocidad. La alta cresta blanca de la proa disminuía.

En los pasillos y en la cubierta hubo más llamadas y carreras. Honora se sentó en el borde de su litera, muy abatida al haber detenido por torpeza la travesía de ese gran buque. ¿Qué harían ahora? ¿Subir a los botes y remar hasta una isla desierta, racionando las galletas y el agua? Todo era culpa suya. Los niños sufrirían. Ella les daría su ración de agua y compartiría con ellos sus galletas, pero no creía que tuviera el valor de confesar. Podrían meterla en el calabozo o tirarla por la borda.

El mar estaba en calma. El barco iba a la deriva y había empezado a balancearse un poco. Las voces de hombres, mujeres y niños resonaban en los pasillos.

—Son los generadores —oyó decir a alguien—. Se han parado los dos generadores.

Honora se echó a llorar. Luego se secó las lágrimas y se quedó junto al ojo de buey, mirando la puesta de sol. Oía la orquesta tocando en el salón de baile, y se preguntó si la gente estaría bailando en la oscuridad. Allá abajo, en la zona de la tripulación, alguien había lanzado un anzuelo. Debían de estar tratando de pescar bacalao. Pensó que a ella también le gustaría tener una caña, pero no se atrevía a pedir una, porque entonces podrían descubrir que ella había parado el barco.

Unos minutos antes de que anocheciera, volvieron todas las luces, hubo vítores en cubierta, y el buque siguió su curso. Honora observó cómo se formaba y se alzaba la blanca cresta de la proa mientras se dirigían de nuevo a Europa. No se atrevió a subir al comedor, y cenó galletas saladas y oporto. Más tarde se dio una vuelta por las cubiertas, y el joven del traje de rayas finas le preguntó si podía acompañarla. Ella estaba encantada de contar con su compañía y el apoyo de un brazo. Él dijo que viajaba para alejarse de todo, y ella se imaginó que era un hombre de negocios joven y de éxito que quería, como es natural, ver el mundo antes de formar una familia. Deseó, fugazmente, tener una hija con quien él pudiera casarse. Entonces ella le conseguiría un buen puesto en Saint Botolphs, y ellos vivirían en una de esas casas nuevas de la zona este del pueblo e irían a verla los domingos con los niños. Cuando se cansaba, andaba con dificultad, y él la ayudó a bajar a su camarote y le dio las buenas noches. Tenía excelentes modales.

Al día siguiente, lo buscó en el comedor, y se preguntó si el joven viajaría en otra clase, o si pertenecía al grupo que no bajaba a almorzar sino que se tomaba unos sándwiches en el bar. Él se le acercó en cubierta al anochecer, cuando ella estaba esperando la campanilla que avisaba para la cena.

—No le veo a usted en el comedor —comentó ella.

—Paso la mayor parte del tiempo en mi camarote —dijo él.

—No debería ser tan poco sociable —repuso ella—. Debería hacer amistades, un joven atractivo como usted...

—Creo que si supiese usted la verdad yo no le gustaría.

—Pues no sé a qué se refiere —dijo ella—. Si pertenece usted a la clase obrera o algo así, a mí me daría igual. El verano pasado fui a Jaffrey para tomarme un descanso, ¿sabe?, y conocí a una señora muy simpática y me hice amiga de ella, y me dijo lo mismo. «No creo que yo le gustara si supiera quién soy», me dijo. Entonces le pregunté quién era, y me dijo que era

cocinera. Bueno, era una mujer muy agradable y yo continué jugando a las cartas con ella, y no me importó nada que fuera cocinera. No soy estirada. El señor Haworth, el basurero, es uno de mis mejores amigos, y muchas veces entra en casa a tomarse una taza de té.

—Soy un polizón —dijo el joven.

Ella inhaló una profunda bocanada de aire de mar. La noticia fue un golpe. Oh, ¿por qué la vida tenía que ser una serie de misterios? Ella se había imaginado que era un hombre próspero y con éxito, y no era más que un marginado fuera de la ley.

—¿Dónde duerme? —le preguntó—. ¿Dónde come?

—Duermo en la proa —contestó él—. No he comido desde hace dos días.

—Pero debe usted comer.

—Lo sé —dijo él, melancólico—. Lo sé. Verá, lo que pensé que podría hacer es confiar en alguien, un pasajero, y si esa persona era amable, podría pedir la cena en su camarote y compartirla conmigo.

Por un segundo ella desconfió. Parecía inoportuno. Había actuado con demasiada precipitación. Entonces las tripas del joven se revolviéron ruidosamente, y la idea del hambre que debía de estar pasando aniquiló sus sospechas.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó.

—Gus.

—Bueno, yo estoy en el camarote 12 de la cubierta B —le dijo—. Baje dentro de unos minutos y yo me ocuparé de que cene algo.

Cuando llegó a su camarote, llamó al camarero y le encargó una cena de seis platos. El joven llegó y se escondió en el cuarto de baño. Cuando la mesa estuvo puesta con los platos cubiertos, él salió de su escondite, y el corazón de Honora se alegró al verle comer.

Cuando él terminó de cenar, sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno

como si ella no fuera una anciana sino una amiga y compañera querida. Ella se preguntó si, bajo la benéfica influencia del aire marino, su aspecto había rejuvenecido. Aceptó un cigarrillo y apagó cuatro cerillas tratando de encenderlo. Cuando al fin lo encendió, el humo le cortó la garganta como una navaja mohosa. Le dio un ataque de tos, y derramó cenizas sobre su vestido. Él no pareció notar esa pérdida de dignidad —le estaba contando la historia de su vida—, y ella sostuvo el cigarrillo con elegancia entre los dedos hasta que se apagó. Decididamente, fumar la hacía sentirse más joven. Le contó que estaba casado. Tenía dos hijos pequeños —Heidi y Peter— pero su mujer se había fugado con un marinero y se había llevado a los niños a Canadá. Él no sabía dónde estaban. Trabajaba como archivero en una compañía de seguros y llevaba una vida tan solitaria y vacía que un día había subido al barco durante su hora libre para el almuerzo y se había quedado a bordo cuando el buque zarpó. ¿Qué podía perder? Al menos vería algo de mundo, aunque le mandaran a casa en el calabozo.

—Echo de menos a los críos —dijo—. Eso es lo peor. ¿Sabe lo que hice las Navidades pasadas? Compré uno de esos árboles pequeñitos que hay en los almacenes de todo a cinco-y-diez centavos, lo decoré en la habitación donde vivo, compré regalos para los críos y el día de Navidad fingí que habían venido a verme. Por supuesto, era una comedia, pero abrí los regalos y todo, como si ellos estuvieran allí.

Después de la cena, Honora le enseñó a jugar al backgammon. Él aprendió el juego muy rápido, pensó, y era un joven sumamente inteligente. Le parecía una verdadera pena que desperdiciase su juventud y su inteligencia en la soledad, la tristeza y el aburrimiento. No era guapo; su rostro era demasiado cambiante y su sonrisa, un poco boba. Pero es que en realidad era solo un muchacho, pensó, y con experiencia y bondad su rostro cambiaría. Jugaron al backgammon hasta las once y, en honor a la verdad, ella no se había sentido

tan feliz, o por lo menos tan a gusto, desde que comenzó su viaje. Cuando se despidieron, él permaneció un poco en la puerta y pareció, con su sonrisa tímida y bobalicona —¿o era astuta?— insinuar que ella debería dejarle dormir en la litera libre de su camarote. Estaría bueno, y le cerró la puerta en las narices.

No apareció al día siguiente, y ella se preguntó en qué parte de ese enorme buque estaría escondido, hambriento y solo. El caldo y los sándwiches que ofrecieron en la cubierta de paseo solo sirvieron para recordarle las crueles desigualdades de la vida, y no disfrutó del almuerzo. Pasó la mayor parte de la tarde en su camarote, por si él necesitaba su ayuda. Justo antes de que sonara la campanilla de la cena, oyó un golpecito en su puerta y entró él. Después de comer ella sacó el tablero de backgammon, pero él parecía inquieto y ella ganó todas las partidas. Honora comentó que le hacía falta un corte de pelo, y cuando él contestó que no tenía dinero, le dio cinco dólares. Se despidió a las diez, y ella le invitó a volver a la noche siguiente para cenar.

Él no vino. Cuando tocaron la campanilla de la cena a las siete, ella llamó a un camarero y le pidió la cena para que estuviese lista cuando él llegara, pero no vino. Entonces ella se convenció de que le habían cogido y arrojado al calabozo, y pensó en ir a ver al capitán, como defensora del joven, y explicarle cuán solitaria y vacía era su vida. Decidió, sin embargo, no hacer nada hasta la mañana siguiente, y se acostó. Por la mañana, cuando estaba contemplando el océano, vio al joven en cubierta, riendo y charlando con la señora Sheffield.

Se indignó. Se sintió celosa, aunque intentó racionalizar esta debilidad diciéndose que era un lógico temor a que si confiaba en la señora Sheffield, esta le traicionara. Él vio a Honora, sin ninguna duda —le hizo un gesto con la mano—, pero continuó hablando alegremente con la señora Sheffield. Honora estaba enfadada. Incluso le parecía sentir dolores, privada como

estaba de esa sensación de alegría y comodidad que había disfrutado mientras jugaba con él al backgammon en su camarote, privada de la sensación de ser útil en exclusiva, de ser indispensable. Se fue, dando la vuelta por la proa, al lado de sotavento para admirar las olas desde allí. Notó que, estando alterada, las grandes olas color de ágata, entreveradas de blanco, le parecían más poderosas. Oyó pasos en cubierta y se preguntó si sería él. ¿Habría venido al fin a disculparse por hablar con la señora Sheffield y a darle las gracias por su generosidad? De una cosa estaba segura: la señora Sheffield no metería a un polizón en su camarote y le daría de cenar. Los pasos pasaron de largo, y luego algunos otros, pero la intensidad de su espera no desapareció. ¿Acaso no vendría nunca? Entonces, alguien se detuvo a su espalda y dijo:

—Buenos días, querida.

—No me llame «querida» —dijo ella volviéndose.

—Pero es usted una persona querida para mí.

—No se ha cortado el pelo.

—Perdí el dinero en las carreras de caballos.

—¿Dónde estuvo anoche?

—Un hombre muy simpático me invitó a sándwiches y a copas en el bar.

—¿Qué le estaba contando a la señora Sheffield?

—Yo nada. Ella me estaba contando lo de su vestuario de orlón, pero me ha invitado a tomar el aperitivo con ellos antes de comer.

—Muy bien, luego pueden invitarle a comer.

—Pero ellos no saben que soy un polizón, querida. La única que lo sabe es usted. No me fiaría de nadie más.

—Bueno, si quiere almorzar, puede que esté en mi camarote a las doce.

—Será mejor a la una y media o dos. No sé cuándo terminaré con los Sheffield —dijo él, y se alejó.

A las doce y media Honora bajó a su camarote para esperarle, porque,

como muchos ancianos, viajaba con los relojes quince o veinte minutos adelantados, y llegaba con media hora de antelación a todas sus citas, por lo que tenía que sentarse con las manos vacías en salas de espera, vestíbulos y pasillos, sintiendo claramente que su tiempo se agotaba. Él entró un poco después y al principio se negó a meterse en el cuarto de baño.

—Si quiere que vaya al capitán y le diga que hay un polizón a bordo, lo haré —dijo ella—. Si es eso lo que quiere, lo haré. No tiene sentido dejar que la noticia se filtre desde las cocinas, y eso es lo que sucederá si le ve el camarero.

Al final él se escondió en el cuarto de baño y ella encargó la comida. Después de comer, él se tendió en el sofá y se quedó dormido. Ella se sentó en una butaca, observándole, dando golpecitos con el pie sobre la moqueta y tamborileando con los dedos en el brazo de la butaca. Él roncaba y murmuraba en sueños.

Entonces se dio cuenta de que no era joven. Tenía arrugas y la piel amarillenta; había canas en su cabello. Se dio cuenta de que su aire juvenil era un ardid, una impostura calculada para atraer a alguna vieja tonta como ella; aunque, sin duda, ella no sería la única boba. Dormido, parecía envejecido, pecador y astuto, y ella pensó que su historia de los dos niños y las Navidades solitarias había sido una mentira. No había inocencia en él más allá de la ingenuidad que suponía contar con explotar a los solitarios. Parecía un fraude, un fraude pobretón, pero ella no era capaz de denunciarle; ni siquiera era capaz de despertarle. Él durmió hasta las cuatro; cuando se despertó, desinfló todo su escepticismo con una de sus más juveniles y conmovedoras sonrisas, dijo que se le hacía tarde y se fue. La siguiente vez que le vio eran las tres de la mañana y él estaba sacando el cinturón del dinero de debajo de la moqueta.

Había chocado con algo o hecho algún ruido que la despertó. Ella se quedó

aterrada, no por él, sino por las posibilidades de maldad que había en el mundo; por el temor de que su sentido de la realidad, su cordura, no fueran más inviolables que las puertas y ventanas que la protegían. Estaba demasiado enfadada para tenerle miedo.

Honora le había dado al interruptor más próximo a la cama. Este encendía una sola bombilla en el techo, una luz débil y triste que hacía que esta escena de robo y traición en la hora más oscura y en la vastedad del océano pareciese una fantasía de náusea. Él se volvió hacia ella con su sonrisa más astuta y su expresión de hijo amante largo tiempo perdido.

—Siento haberla despertado, querida —dijo.

—Deje ese dinero en su sitio.

—Bueno, bueno, querida.

—Deje ese dinero ahora mismo.

—Bueno, bueno, querida, no se excite.

—Ese dinero es mío —dijo ella—, y usted va a dejarlo donde lo encontré.

Se echó una bata sobre los hombros y bajó los pies al suelo.

—Escuche, querida, quédese donde está. No quiero hacerle daño.

—Conque no, ¿eh? —dijo ella, y cogió una lámpara de bronce y le golpeó de lleno en el cráneo.

Al hombre se le pusieron los ojos en blanco y su sonrisa se desvaneció. Se tambaleó de un lado a otro y luego se derrumbó, golpeándose en la cabeza con el brazo de una butaca. Ella le arrebató el cinturón del dinero y luego le habló. Le sacudió por los hombros. Le tomó el pulso. No parecía tener pulso. «Está muerto», se dijo. No sabía su apellido y, como no creía nada de lo que él le había contado de sí mismo, no sabía nada del hombre al que había matado. Su nombre no estaría en la lista de pasajeros, él carecía de legitimidad. Incluso el papel que había desempeñado en la vida de ella era una impostura. Si arrojaba su cuerpo por el ojo de buey al mar, ¿quién iba a

enterarse? Pero eso no estaba bien. Lo correcto era llamar al médico, fueran cuales fueran las consecuencias. Entró en el cuarto de baño y se vistió apresuradamente. Luego salió al corredor desierto. Los despachos del sobrecargo de navío y del médico estaban cerrados y a oscuras. Subió un tramo de escaleras hasta la cubierta principal, pero el salón de baile, el bar y las alas estaban vacíos. Un anciano en pijama se le acercó saliendo de la oscuridad.

—Yo tampoco puedo dormir, hermana —dijo—. La ginebra enreda las preocupaciones. ¿Sabe usted cuántos años tengo? Tengo siete días menos que Herbert Hoover y ciento cinco días más que Winston Churchill. No me gusta la gente joven. Hacen demasiado ruido. Tengo tres nietos y puedo soportarlos diez minutos. Ni un segundo más. Mi hija se casó con un príncipe. El año pasado le di quince mil dólares. Este año necesita veinticinco mil. Lo que me pone frenético es la forma en que lo pide. «Me resulta muy penoso pedirte veinticinco mil. Muy penoso y humillante», me dice. Mis nietos no saben hablar inglés. Me llaman *nonno*... Quítele el peso de encima a sus pies, hermana. Siéntese y charlemos para pasar el rato.

—Estoy buscando al médico —dijo Honora.

—Tengo la desafortunada costumbre de citar a Shakespeare —siguió el anciano—, pero se lo ahorraré. También sé muchas poesías de Milton. Y la «Elegía» de Gray y «El estudiante gitano» de Arnold. ¡Cuán lejanos parecen esos arroyos y prados! Mi conciencia está intranquila. He matado a un hombre.

—¿Sí? —preguntó Honora.

—Sí. Yo tenía un negocio de combustible en Albany. Soy de allí. Tenía unos ingresos brutos de más de dos millones al año. Combustible y mantenimiento. Una noche me llamó un hombre y me dijo que su caldera estaba haciendo un ruido muy raro. Le dije que no se podía hacer nada hasta

el día siguiente. Podía haberle mandado a alguien, o haber ido yo mismo, pero estaba bebiendo con unos amigos y ¿por qué tenía que salir en una noche fría? Media hora después, la casa ardió, causa indeterminada... Había un hombre, su mujer y tres niños pequeños. Cinco ataúdes en total. Pienso en ellos muchas veces.

Honora recordó entonces que había dejado la puerta de su camarote abierta y que cualquiera que pasara podría ver el cadáver.

—Siéntese, hermana —dijo el anciano, pero ella le hizo un gesto con la mano y bajó las escaleras cojeando.

La puerta de su camarote seguía abierta, pero el cadáver había desaparecido. ¿Qué habría sucedido? ¿Había venido alguien y se había llevado el cuerpo? ¿Estarían ahora buscándola por todo el barco? Escuchó, pero no oyó ruido de pasos, nada sino la titánica respiración del mar, y en alguna parte un portazo cuando el buque se balanceó un poco. Cerró su puerta con llave y se sirvió un poco de oporto. Si venían a buscarla, quería estar completamente vestida, y además, no podría dormir.

Permaneció en su camarote hasta mediodía, cuando sonó el teléfono y el sobrecargo del navío le pidió que se pasara por su despacho. Solo quería saber si ella deseaba que le enviaran el equipaje de Nápoles a Roma. Como se había preparado para una serie de preguntas y respuestas totalmente diferente, dio la impresión de estar muy distraída. Pero ¿qué había ocurrido? ¿Tenía ella un cómplice a bordo que había tirado el cuerpo por el ojo de buey? Casi todo el mundo le sonreía, pero ¿qué sabían? ¿Habría el hombre salido de su camarote por su propio pie y estaría ahora curándose las heridas en alguna parte? La enormidad del navío y sus miles de puertas la desanimaron de intentar encontrarle. Le buscó en el bar y en el salón de baile, y miró en el armario de las escobas al final del pasillo. Al pasar ante la puerta abierta de un camarote, le pareció oírle reír, pero cuando ella se detuvo, la risa se

interrumpió y alguien cerró la puerta. Examinó los botes salvavidas —un refugio tradicional de los polizones, como ella sabía— pero las lonas que cubrían los botes estaban bien sujetas. Se habría sentido menos desdichada si hubiera tenido alguna tarea habitual que hacer, por ejemplo, rastrillar y quemar hojas secas, y hasta pensó en pedirle al camarero que la dejara barrer el pasillo, pero se dio cuenta de que esto sería indecoroso.

No volvió a ver al polizón hasta el día en que llegaban a Nápoles. El cielo y el mar estaban grises. El aire era húmedo. Era uno de esos días intemporales, pensó, tan distintos de algunos espléndidos de primavera y otoño; uno de esos días tristes de los cuales, después de todo, se compone el año. Él avanzó por la cubierta a media tarde contoneándose con una mujer cogida de su brazo. La mujer no era joven y tenía mal cutis, pero iban mirándose a los ojos y riendo. Al pasar junto a Honora, le habló.

—Disculpe —le dijo.

Esta última mezquindad la enfureció. Bajó a su camarote. Ya lo había guardado todo —su libro y su labor—, y no tenía nada para distraerse. Lo que hizo entonces es difícil de explicar. No era una mujer despistada ni desconsiderada, pero había crecido a la luz de las velas y del gas y nunca había llegado a hacer las paces con los aparatos eléctricos u otro tipo de maquinaria doméstica. Le parecían misteriosos y a veces caprichosos, y como los manejaba precipitadamente y con absoluta ignorancia, a menudo se le rompían o le estallaban en la cara. Nunca se le ocurría que ella tuviese la culpa, más bien pensaba que un oscuro velo se interponía entre ella y el mundo de las máquinas. Esta indiferencia hacia los motores, junto con su impulsividad y su indignación con el polizón, pueden quizá explicar lo que hizo entonces. Se miró al espejo, se encontró mal arreglada, sacó sus viejas tenacillas del fondo de la maleta y las enchufó.

Entraron en la bahía de Nápoles sin una sola luz. Sin motores ni timón,

flotaron llevados por la marea con la popa por delante. Dos remolcadores salieron del puerto para llevarlos hasta el muelle, y conectaron un generador portátil a la instalación del buque para que hubiese suficiente luz para desembarcar. Honora fue una de las primeras en bajar a tierra. El ruido de las voces napolitanas le sonó como un desierto, y al pisar el Viejo Mundo, sintió en los huesos la emoción de aquel viaje que sus antepasados habían hecho cientos de años antes, cuando habían llegado a otro continente para fundar una nación nueva.

SEGUNDA PARTE

El elenco de personajes en la Revolución Nuclear cambió tan rápidamente que el doctor Cameron ha quedado olvidado desde hace mucho tiempo, exceptuando por unos cuantos trastornos que provocó. En la pared de detrás de su mesa de despacho colgaba un crucifijo. La figura de Cristo era de plata o de plomo y era la clase de objeto que los turistas compran en las callejas de Roma y luego llevan al Vaticano para la bendición papal. Carecía de valor y de belleza y su única utilidad era manifestar que el doctor era un converso, un converso pecador, sin duda, ya que era sabido que no creía ni en la ecología divina ni en la científica, pero el sacerdote que le instruyó había resaltado la misericordia de Nuestro Señor y el viejo creía apasionadamente que había algo de bendito en la naturaleza de las cosas, aunque sus transgresiones eran repetidas y espectaculares. Creía, y lo decía públicamente, que el matrimonio no era una forma adecuada de selección genética. Había dirigido para las Fuerzas Aéreas unos experimentos de manipulación de estructuras cromosómicas para la producción de lo que llamamos valor. Tenía fe en los bancos de esperma y también, para un futuro inmediato, en un claro dominio de la química de la personalidad. Justificaba de forma imprecisa su creencia en la santidad, su ciencia y su temperamento inquieto considerándose un hombre de transición, que se aproximaba a un futuro en el cual quedaría obsoleto. Era un gourmet y sabía que era estúpido atiborrarse de caracoles, de filetes de ternera, de salsas y de vinos, pero clasificaba su interés por la buena comida como un signo de obsolescencia. Igualmente clasificaba como

obsoletos sus propios impulsos sexuales, esa molesta inquietud en el centro de su cuerpo. Su mujer había muerto veinte años antes y él había tenido una serie de amantes y amas de llaves, pero cuanto más viejo y más poderoso se hacía, más discreción se le exigía y no podía disfrutar con tranquilidad de una relación con nadie en Estados Unidos.

Era uno de esos viejos intachables que descubren que la lascivia es el mejor medio de aferrarse a la vida. En el acto del amor su corazón producía un redoble como el tambor de la horca en la calle, pero la lujuria era la mejor manera de olvidar, el mejor modo de enfrentarse a la desgraciada realidad del tiempo. Con la edad sus deseos se habían vuelto más irresistibles, a medida que aumentaba su temor a la muerte y a la corrupción. Una vez, estando en la cama con Luciana, su amante, entró un moscardón por la ventana y se puso a zumbar en torno a los blancos hombros de la mujer. El moscardón le pareció a su mente de anciano un recordatorio de la corrupción y se levantó de la cama, desnudo como un arrendajo, y corrió y saltó por toda la habitación con un ejemplar enrollado de *Il Corriere della Sera* tratando, sin éxito, de matar al insecto, pero cuando regresó a la cama allí estaba el moscardón, zumbando aún alrededor de sus senos.

En los brazos de su amante sentía que el frío de la muerte se alejaba de sus huesos; en los brazos de su amante se sentía invencible. Ella vivía en Roma y él iba a verla allí aproximadamente una vez al mes. Había un aspecto legítimo en estos viajes —el Vaticano quería un misil— y un aspecto más clandestino que su deporte erótico. Era en Roma donde se reunía con los jeques y marajás que querían un cohete propio. Las órdenes de una parte de su cuerpo a otra comenzaban con una sensación de cosquilleo que al cabo de un día o dos, dependiendo de cuánto la fomentara, se volvía irresistible. Entonces tomaba un avión a Italia y regresaba unos días después en un estado de ánimo sumamente relajado y magnánimo. Así, voló de Talifer a Nueva York una

tarde y pasó la noche en el hotel Plaza. Su necesidad de Luciana aumentaba hora tras hora como el simple impulso del hambre y, tumbado en su cama del hotel, se concedió el privilegio de imaginarla: labios, senos, brazos y piernas. ¡Oh, el viento y la lluvia y abrazar a una amada complaciente! Sufría, como él habría dicho, de una inflamación común.

Por la mañana había niebla y al salir del hotel aguzó el oído tratando de oír el ruido de los aviones para averiguar si el aeropuerto estaba cerrado, pero era imposible oír nada por encima del estruendo del tráfico. Tomó un taxi hasta Idlewild e hizo cola para recoger su billete. Habían cometido un error y tenía reserva en clase turista.

—Quisiera que me cambiaran el billete a primera clase —dijo.

—Lo siento, señor —contestó la chica—, pero no hay sitio en primera clase.

Continuó archivando papeles sin mirarle.

—He hecho treinta y tres vuelos en esta línea durante el último año —dijo él—, y creo que tengo derecho a un trato algo preferente.

—No damos trato preferente —respondió la chica—. Va contra la ley.

Evidentemente, nunca lo había visto en televisión y el volumen de sus cejas no la impresionaba.

—Escúcheme, jovencita. —Su voz cortaba, se levantaba, le creaba enemigos entre todos los que le oían—. Soy el doctor Lemuel Cameron. Viajo por asuntos del gobierno y si informase de su actitud a sus superiores...

—Lo siento mucho, señor —dijo ella—, pero todo va retrasado debido a la niebla. El único asiento disponible que tenemos en primera clase es para el vuelo del próximo jueves por la noche, si usted desea esperar.

La insensibilidad de la muchacha a su importancia, su indiferencia o manifiesto desagrado le pusieron nervioso y le recordaron a todas las demás personas que le habían mirado con escepticismo o incluso antagonismo,

como si toda su brillante carrera hubiese sido un fatuo autoengaño. Era especialmente este tipo de chicas, las de uniforme con gorras extranjeras, el pelo teñido, las faldas estrechas, quienes parecían tan distantes de él como una generación de hojas. ¿Adónde iban cuando terminaba el vuelo o cerraban las oficinas? Parecían bajar un cierre entre él y ellas, parecían hechas de ingredientes diferentes a los de los hombres y mujeres de sus tiempos, parecían absolutamente indiferentes a su aspecto de sabiduría y autoridad.

—Debo explicarle —dijo, hablando suavemente— que tengo prioridad máxima y que puedo exigir un asiento si es necesario.

—Su vuelo está entrando por la puerta ocho —repuso ella—. Si quiere esperar hasta el jueves por la noche puedo darle un asiento en primera.

Cameron recorrió un largo pasillo hasta donde un grupo de hombres y mujeres de aspecto pobretón esperaba para subir a bordo. En su mayoría eran italianos, en su mayoría de clase obrera, camareros y criadas que iban a pasar un mes en casa para ver a la *mamma* y presumir de sus ropas de confección. A él le gustaba extender las piernas en primera clase, beber un vino de primera clase y admirar las cuevas del cielo desde una ventanilla de primera clase mientras viajaba velozmente hacia Roma, pero el vuelo turista era muy diferente de aquello a lo que él estaba acostumbrado y le recordaba los primeros tiempos de la aviación. Cuando encontró su asiento, llamó a la azafata, otra muchacha impermeable con una luminosa sonrisa, falda estrecha y pelo teñido de plata y oro.

—Me han prometido un asiento en primera clase si hay una cancelación —le dijo, en parte para informarla y en parte para dejarle claro al grupo de medio pelo que le rodeaba que él no era uno de ellos.

—Lo siento mucho, señor —dijo la azafata con una sonrisa deslumbrante por su falsedad—, pero no hay sitio en primera clase en este vuelo.

Luego condujo amablemente a los asientos al lado de Cameron a un niño

italiano de aire enfermizo y a su madre, que llevaba un bebé en brazos. Él les sonrió fugazmente y les preguntó si iban a Roma.

—Sí —dijo la mujer con voz fatigada—, *ma non speaka the English*.

No bien se sentaron, ella sacó un frasco de medicina de una bolsa de papel marrón y se la ofreció a su hijo. El niño no quería la medicina. Se tapó la boca con las manos y se volvió hacia Cameron.

—*Si deve, si deve* —dijo la mujer.

—*No, mamma, no, mamma* —rogó el chico, pero ella le obligó a beber.

Un poco del líquido se derramó sobre su ropa y tenía un repugnante olor sulfuroso. La azafata cerró la cabina y el piloto anunció en italiano y luego en inglés que la visibilidad era cero y que no habían recibido permiso para despegar, pero se esperaba que la niebla, la *nebbia*, se levantara.

Las piernas de Cameron estaban agarrotadas y para alejarse de este desagradable entorno se puso a pensar en Luciana. Repasó todos sus puntos, sus rasgos, como si se los describiera a un conocido. Le explicó, que, aunque era toscana, no era robusta, ni siquiera en las nalgas, y que de no ser por sus andares, esos maravillosos andares romanos, podría pasar por parisina. Era fina, le señaló a su conocido. Tenía una finura que raras veces se encuentra en las bellezas italianas: las muñecas finas, las manos finas, los brazos esbeltos y redondos. ¡Oh, el viento y la lluvia y abrazar a una amada complaciente! Esa corriente de sangre que salta de las ingles al cerebro había hecho su recorrido y él padecía de nuevo una dolorosa inflamación. Recordó, con bastante detalle, una representación de comedia erótica que había realizado en su última visita. Su inflamación incrementó y con ella aumentaba un freno de autodesprecio, un terco amor a la decencia que se mantenía por delante de su carne rebelde. Que su cuerpo era un estúpido lo sabía bien; que exigiera una satisfacción instantánea en un avión público teniendo como compañeros más próximos a un niño enfermo y a su madre era una prueba de esa estupidez,

pero su conciencia, aferrada a una imagen de decencia, parecía todavía más estúpida. Entonces el niño sentado a su izquierda se volvió y vomitó la medicina que su madre le había obligado a tomar. El vómito tenía un olor amargo, amargo como el agua de las flores.

Esta fea realidad de la vida sacó de golpe a Cameron de sus fantasías venéreas. El vómito del chico enfrió al instante sus pensamientos lujuriosos. Ayudó a la azafata a limpiar la porquería con toallas de papel y aceptó cortésmente las disculpas de la madre. Volvía a ser él mismo, juicioso, dueño de sí, civilizado. Entonces el piloto anunció en dos idiomas que iban a meter el avión en un hangar en espera de poder despegar. La visibilidad seguía siendo nula pero se esperaba un cambio en el viento y que aclarase dentro de una hora.

Llevaron el avión a un hangar, donde no había nada que ver. Algunos de los pasajeros pasearon por el pasillo para estirar las piernas. Nadie protestó, excepto riendo, y la mayoría hablaba en italiano. Cameron cerró los ojos y trató de descansar pero Luciana se coló en sus sueños. Él le insistió en que se fuera, en que le dejara en paz, pero ella se rio y empezó a desnudarse. Abrió los ojos para despejar su cabeza con una visión del mundo. El bebé estaba llorando. La azafata le trajo un biberón, y el capitán anunció que la niebla era general. Dentro unos minutos les transportarían en autobús a un hotel de Nueva York y allí esperarían. Se les serviría una comida por cortesía de la compañía aérea y el vuelo estaba previsto para las cuatro de la tarde.

El doctor gruñó. ¿Por qué no podían llevarles al hotel Internacional?, le preguntó a la azafata. Ella le explicó que se habían suspendido todos los vuelos y los hoteles del aeropuerto estaban llenos. Un autobús entró en el hangar y todos subieron a él con absoluta pasividad y regresaron a la ciudad, donde les recibieron en un hotel que era claramente de tercera categoría. Era casi mediodía y Cameron entró en el bar y pidió una bebida y el almuerzo.

—¿Es usted del vuelo siete? —preguntó la camarera.

Él contestó que sí.

—Pues lo siento mucho —dijo ella—, pero los pasajeros del vuelo siete tienen que almorzar en el comedor, donde les servirán el plato del día.

—Yo pagaré mi comida —repuso Cameron—. Y haga el favor de traerme una copa.

—Los pasajeros de clase turista no tienen derecho a bebidas alcohólicas —dijo la camarera.

—Pagaré mi copa y pagaré mi comida —afirmó Cameron.

—Eso no será necesario si entra usted en el comedor.

—¿Le parece a usted que tengo aspecto de no poder pagarme la comida? —preguntó Cameron.

—Solo trataba de explicarle —dijo la camarera— que sus comidas corren por cuenta de la compañía aérea.

—Entendido —dijo Cameron—. Ahora, por favor, tráigame lo que le he pedido.

Después de comer vio un telefilme en su habitación del hotel y a las cuatro pidió una botella de whisky. A las seis llamaron de la compañía para decir que el vuelo saldría a medianoche y que tenían que tomar el autobús delante del hotel a las ocho. Cenó algo en un restaurante a la vuelta de la esquina y se reunió con los otros pasajeros, a quienes había empezado a detestar. Subieron al avión a las once y media y despegaron a la hora prevista, pero el avión era viejo y ruidoso, y volaba tan bajo que vio claramente las luces de Nantucket cuando pasaron sobre la isla. Llevaba consigo la botella de whisky y estuvo bebiendo sorbitos hasta que se quedó dormido y tuvo un sueño insoportable acerca de Luciana. Cuando despertó era de madrugada y estaban aterrizando, pero no en Roma, sino en Shannon, donde tuvieron que hacer una escala imprevista para reparar los motores. Le telegrafió a Luciana desde Shannon,

pero eran las cinco antes de que despegaran de nuevo y no llegaron a Roma hasta un poco después del amanecer del día siguiente.

El bar y el restaurante del aeropuerto estaban cerrados. Telefonó a Luciana. Ella estaba durmiendo, naturalmente, y le molestó que la despertara. No había recibido su telegrama. No podía verle hasta la noche. Quedaron en Quinterella a las ocho. Él le suplicó que le permitiera verla antes, que le permitiera ir a su casa ahora.

—Por favor, cariño, por favor —gimió.

Ella le colgó. Él tomó un taxi y consiguió una habitación en el Eden. Era aún muy temprano y la gente que iba por la calle estaba vestida para ir a trabajar y andaba de prisa, con esa igualdad internacional de las personas que van corriendo al trabajo en una mañana calurosa en cualquier parte. Se dio una ducha y se tumbó en la cama a descansar, deseándola y maldiciéndola, pero su rabia no sirvió para paliar su necesidad y la crudeza de sus pensamientos le pareció una de las realidades del infierno. ¡Oh, el viento y la lluvia y abrazar a una amada complaciente!

Tenía que matar el tiempo durante el día. Nunca había visto la Capilla Sixtina ni ninguno de los otros monumentos de la ciudad y pensó que podía hacerlo ahora. Quizá le despejara la cabeza. Se vistió y salió a la calle en busca de uno de esos famosos museos o iglesias de los que uno ha oído hablar tanto. Pronto llegó a una plaza donde había tres iglesias de aspecto antiguo. Las puertas de la primera y de la segunda estaban cerradas pero las de la tercera estaban abiertas y entró en un lugar oscuro que olía fuertemente a especias. Había cuatro mujeres en uno de los primeros bancos y un sacerdote con encajes sucios estaba celebrando misa. Cameron miró a su alrededor, ansioso de apreciar los tesoros artísticos, pero había una gotera en el techo de la capilla que estaba a su derecha y, aunque supuso que los frescos debían de ser valiosos y bellos, estaban cuarteados y manchados por

el agua como la pared de una habitación amueblada. La siguiente capilla estaba decorada con unos hombres desnudos tocando trompetas y la tercera estaba tan oscura que no pudo ver nada. Había un letrero en inglés diciendo que si metías diez liras en la ranura se encenderían las luces y así lo hizo, revelando un cuadro grande y sanguinario de un hombre pasando las agonías de la muerte al ser crucificado cabeza abajo. No le gustaba que le recordaran la susceptibilidad de su carne al dolor y rápidamente salió de la iglesia a la luz y el calor aplastantes de la plaza. Había un café con un toldo y se sentó allí a tomar un campari. Una mujer joven que cruzaba la calle le recordó a Luciana, pero, aunque fuese una fulana, era a Luciana y no a ella a quien deseaba. Luciana era una fulana, pero era su fulana, y en medio de la crudeza de sus impulsos había una conmovedora vena de romanticismo. Luciana, pensó, era el tipo de mujer capaz de hacer que el simple acto de ponerse las zapatillas pareciese como si hubiera dado un portazo a tiempo.

¡Oh, el viento y la lluvia y abrazar a una amada complaciente! ¿Por qué le acosaba la vida tan implacablemente? ¿Por qué la única realidad parecía ser obscena? Pensó en la teoría cuántica, en la constante de Mittedorf, en el descubrimiento del helio en la tetrasfera, pero no tenían ninguna relación con su dolor. ¿Estamos todos despiadadamente inmersos en el tiempo, somos insensatos, ciegos, vanidosos, insensibles a las solicitudes del amor y la razón y se nos ha privado de nuestras dotes de reflexión y autoafirmación? ¿Le había llegado la hora, y el único recordatorio de su racionalidad, del hombre valeroso que había sido, era un olor a vómitos? Había visto a brillantes colegas perderse en una vanidad y una tontería impermeables, reivindicando descubrimientos que no habían hecho, sustituyendo a hombres útiles por aduladores, presentándose como candidatos al Congreso, pidiendo firmas y destapando imaginarias redes internacionales de enemigos. No tenía menos interés por la limpieza y la decencia del que había tenido en el pasado, pero

parecía estar peor equipado para hacer honor a estos intereses. Sus pensamientos poseían la repugnante crudeza de la pornografía. Le parecía ver una imagen de sí mismo, separada y distante como una figura en una película, desamparado e irremisible, dedicado a autodestruirse en las callejas lluviosas de una ciudad desconocida. ¿Dónde estaban su bondad, su excelencia, su sentido común? Yo era un hombre bueno, pensó con pena. Cerró los ojos, angustiado, y en esa película que se proyectaba interminablemente en la delicada piel de sus párpados se vio tambaleándose por un empedrado mojado bajo unos faroles antiguos, cayendo, cayendo, cayendo de la utilidad a la imbecilidad, de la alegría a la crudeza. Luego le atormentó ese cretino y sórdido cilindro que tenemos en la cabeza o en la mente, donde se inscriben viejos himnos y canciones bailables, el basurero musical, ese territorio donde las canciones de campamento, las sintonías publicitarias y las marchas se acumulan y se enconan con su repetitiva idiotéz y aparecen a voluntad, con sus versos pueriles y sus vulgares melodías en un estado de perfecta conservación. «*Got those racetrack blues*», cantaba esa cámara de su mente. Era una canción que escuchó hacía cuarenta años en un fonógrafo de cuerda pero no podía dejar de cantarla:

*Got those racetrack blues,
I'm feeling blue all the time.
Got those racetrack blues,
With all my dough on the line.*

Se fue del café y echó a andar hacia el Eden pero su mente seguía canturreando:

*But the track is muddy, and I don't mean maybe,
And I'll never get the money to buy shoes for baby.*

Subió por la Via Sixtina y la canción continuaba:

*I've got those racetrack blues,
I'm feeling blue all the time...*

En el vestíbulo del hotel le esperaba un joven; uno de esos muchachos con un elegante corte de pelo que merodean por el Pincio. Se presentó como el hermano de Luciana y le dijo que pagara a la modista el vestido que ella llevaría esa noche. Sacó un sobre del bolsillo y le entregó a Cameron una nota escrita por Luciana y una factura de cien mil liras. Cameron se la devolvió al desconocido y le dijo que pagaría la factura esa noche.

—Ela dise no venir si uté no pagar —dijo el joven.

—Dígale que me llame —contestó Cameron.

Subió en el ascensor y el teléfono estaba sonando cuando entró en la habitación. Era ella. Se la imaginó retorciendo el cordón del teléfono entre los dedos.

—Tú pagas cuenta —le dijo—, o no te veo. Tú das dinero a él.

Por un segundo pensó en cortar la comunicación, en cortar la relación, pero el ruido del tráfico romano en las calles romanas le recordó lo lejos que estaba de casa, que de hecho no tenía casa, ni amigos, y que un océano le separaba de su utilidad. Había llegado demasiado lejos. La conducta y el tiempo eran lineales y seriales: a uno le lanzaban a la vida con la perra del remordimiento mordiéndole la pantorrilla. Ningún poder de la razón, la justicia o la virtud podía hacerle recobrar el juicio.

Llamaron suavemente a la puerta y entró el agente de los ojos dulces enviado por Luciana. Cameron le hizo esperar pero los ruidos de la calle anunciaban su perdición. Después de una hora con ella recuperaría su habitual actitud magnánima y desprendida, pero para conseguirlo tenía que dejarse chantajear, humillar y tomar el pelo. Ella le había situado en una

posición de impotencia.

—De acuerdo —dijo.

Fueron juntos bajo el calor al Banco di Santo Spirito, donde sacó trescientas mil liras y le dio al chico cien mil. Luego, y esa era la única manifestación de desdén o de autoafirmación que le quedaba, dejó al chico y salió del banco.

Pasó el día sintiéndose desdichado. Se dio una ducha a las siete y salió a tomar un campari en Via Veneto. Ella siempre llegaba tarde —nunca había conocido a una mujer que no lo hiciera— y probablemente darían las nueve antes de que apareciese en Quinterella. Era posible que, por una vez, se anduviese con cuidado; puede que hubiese comprendido que su paciencia no era inagotable y que tenía voluntad propia. Pero ¿no era así? Si ella le pidiera que se pusiese de rodillas y ladrase como un perro, ¿se atrevería a negarse? Permaneció en el café hasta las ocho y luego echó a andar cuesta abajo. Sus emociones le pesaban —lujuria y melancolía— y le deprimía que al pensar en Luciana su mente revelase tanta suciedad. Empezó a cruzar la Piazza del Popolo. En alguna parte sonó la campana de una iglesia. Las discordantes campanas de hierro romanas siempre le habían sorprendido, pues sostenían, junto con sus contemporáneas las fuentes, una batalla desigual con el ruido del tráfico. Luego, de las colinas llegó un trueno. La explosión le trajo un eco de la excitación de su juventud y del muchacho fuerte y bueno que había sido. Un segundo después el aire de Roma estaba lleno de una densa lluvia gris. Parecía caer con una vehemencia malévola.

Cameron quedó atrapado junto a la fuente en el centro de la plaza. Cuando el tráfico se detuvo, estaba tan empapado como si se hubiera tirado a la fuente; pero cruzó corriendo y se refugió en el porche de una iglesia. El porche estaba abarrotado de romanos y tuvo que empujar para encontrar un hueco entre ellos. No había ninguna delicadeza ni timidez en la forma en que

la gente se daba empujones, pero él mantuvo la mayor dignidad que pudo. Cuando paró de llover, y lo hizo tan bruscamente como había comenzado, salió a la plaza y examinó sus ropas. Tenía la camisa pegada a la piel, la corbata estaba deformada, los pantalones habían perdido la raya y cuando se colocó la chaqueta notó que le habían robado la cartera.

Esto fue un golpe. Le dejó paralizado. Lo que sentía era demasiado violento para ser indignación. Era la enorme tristeza de haber perdido algo vital —doce centímetros de intestino, la vesícula biliar o unas cuantas muelas—, la melancolía y el trauma debilitante de la cirugía. Podía reemplazar su cartera, había mucho dinero en el lugar de donde había venido este, pero por un momento la pérdida le pareció hiriente e irreparable y se sintió culpable. Ni una distracción, ni una borrachera ni ningún otro fallo suyo había ayudado al ladrón y, sin embargo, sentía que había hecho el primo, era un viejo idiota que había llegado a una época de la vida en que empezaría a extraviar sus pertenencias, a perder sus billetes de avión y su dinero y a convertirse en una carga para el mundo. En algún sitio una campana dio la media y la cruda nota férrea le hizo acordarse de Luciana, de la crudeza y conveniencia del limitador acto del amor. El pensar en ella borró su sensación de pérdida, y se irguió a pesar de su ropa mojada. ¡Oh, el viento y la lluvia y abrazar a una amada complaciente! Pisó un montón de excrementos de perro.

Tardó casi cinco minutos en limpiarse el zapato y, como había sucedido con el vómito del niño en el avión, esto tuvo un efecto tonificante en sus emociones; despertó en él algunas dudas momentáneas. Era la suma de obstáculos —el vuelo retrasado, el niño enfermo, la tormenta— lo que finalmente podría curar su ardor. Pero el restaurante estaba a un paso y dentro de pocos minutos estaría con su cisne, su cisne que le conduciría a un paraíso todo adornado de verde y oro. Llegó a la puerta del restaurante, pero estaba cerrada. ¿Por qué estaban oscuras las ventanas? ¿Por qué parecía abandonado

el lugar? Entonces vio sobre la puerta una fotografía de Enrico Quinterella enmarcada en una corona de boj y con un lazo. Esa misma tarde, en algún lugar de Roma, rodeado por su esposa y sus hijos, Enrico había recibido la extremaunción y abandonado esta vida.

La muerte había cerrado el restaurante; apagado las luces. *Il signore* Quinterella había muerto. Entonces experimentó una exultante liberación, un regreso a sí mismo; su mente pareció llenarse de la astringencia de las cosas decentes. Luciana era una puta, su cama una trampa y él era libre de vivir sensatamente, libre de juzgar lo que era bueno y lo que era malo. Tenía una sensación de pureza sin la fuerza de la represión, y su gratitud por las casualidades que le habían liberado era pía. Volvió caminando al Eden como un hombre nuevo, durmió profundamente y en las profundidades del sueño sintió que se le había otorgado una riqueza. Cogió un avión a Nueva York por la mañana y estaba de regreso en Talifer por la tarde, convencido de que existía algo bendito en la naturaleza de las cosas.

Coverly, sin tener ninguna pista respecto a cuál sería su función, hizo la maleta y salió hacia Atlantic City una tarde con Cameron y su equipo. La ambigüedad de su posición le resultaba embarazosa. Uno de los del equipo le dijo que Cameron iba a hablar ante un congreso de científicos sobre una fuerza detonante que tenía un millón de veces la potencia de un rayo terrestre y cuya producción era barata. Esto fue todo lo que Coverly pudo entender. Cameron se sentó separado de los demás y se puso a leer un libro de bolsillo titulado *Cimarrón: Rosa del Sur*, según pudo ver Coverly estirando el cuello. Era la primera vez que trataba con hombres de este nivel y, como es natural, sentía curiosidad, pero no podía comprender su punto de vista; en realidad no podía comprender su lenguaje. Hablaban acerca de reuniones termales, tolópteros, estrabómetros y pódulos. Era otro lenguaje y le parecía que debía de tener orígenes siniestros. Aquí no se podían rastrear las elisiones y cambios producidos por una cordillera, un gran río o la proximidad del mar. Coverly supuso que el más anodino de ellos podría hacer volar una montaña pero eran las personas que menos imaginaría uno que tuvieran el poder de provocar una catástrofe irreversible. Hablaban del rayo en su lenguaje sintético pero con voces de hombres: tensas por el nerviosismo de vez en cuando, entrecortadas por la tos o la risa, matizadas un poco por las diferencias regionales. Uno de ellos era un homosexual agresivo y Coverly se preguntó si este cinismo sexual tendría algo que ver con su actitud como científico. Otro llevaba un traje que le sentaba mal en los hombros. Otro —

Brunner— llevaba una corbata con una herradura pintada. Otro más tenía la manía de tirarse de las cejas, y todos fumaban muchísimo. Eran hombres nacidos de mujer y sujetos a los salvajes caprichos de la carne. Podían destruir una ciudad de forma poco costosa, pero ¿habían avanzado algo en la solución del enfrentamiento entre el día y la noche, la cabeza y el sexo? ¿Los impulsos de la lujuria, la ira y el dolor eran menores en su caso? ¿Se salvaban de los dolores de muelas, las erecciones inoportunas y la fatiga?

Se alojaron en el Haddon Hall, donde a Coverly le dieron una habitación individual. Brunner, que era simpático, sugirió que a Coverly podría interesarle asistir a algunas de las conferencias abiertas, y así lo hizo. La primera la daba un chino y trataba sobre los problemas legales del espacio interestelar. El chino hablaba en francés y transmitían por transistores una traducción simultánea. El vocabulario legal le resultaba familiar, pero Coverly no entendía cuál era su aplicación al cosmos. No le era fácil aplicar frases como «soberanía nacional» a la luna. La siguiente conferencia trataba sobre experimentos para mandar a un hombre al espacio en un saco lleno de fluido. La dificultad consistía en que los hombres inmersos en el fluido sufrían una grave, y a veces incurable, pérdida de memoria. Coverly deseaba tomarse la situación con la mayor seriedad —con una total ausencia de humor— pero ¿cómo podía encajar la imagen de un hombre en un saco con el pueblo de Nueva Inglaterra donde había crecido y se había formado su carácter? En esta etapa de la Revolución Nuclear parecía que el mundo que le rodeaba estaba cambiando con incomprensible rapidez, pero si estos cambios eran verdaderamente incomprensibles, ¿qué actitud podía tomar él? ¿Qué consejos podía dar a su hijo? ¿Acaso su sistema básico para juzgar lo verdadero y lo falso había quedado superado? Al salir de la sala de conferencias se encontró con Brunner y le preguntó si quería almorzar con él. Lo movía la curiosidad. Comparados con la altruista probidad científica de

Brunner, los ritmos de su propia naturaleza le parecían caprichosos y sentimentales. La compostura de Brunner cuestionaba su propia disciplina y utilidad y se preguntó si disfrutar del poco científico panorama del paseo marítimo de tablas de Atlantic City era algo obsoleto. A su derecha estaban las olas cantarinas y a su izquierda un generoso muestrario de esa misteriosa cultura que surge a la orilla del mar y que, con su evidente interés por lo misterioso —videntes, quirománticos, echadores de cartas, tahúres y adivinadores—, parece un producto del estruendoso diálogo entre el océano y el continente. Al parecer los videntes prosperan en el aire salado. Se preguntó si Brunner veía la escena. ¿El olor a cerdo frito estimularía su memoria o lo que él llamaba su proyector? ¿El suspiro de las olas le sugeriría una romántica visión de las posibilidades de aventura? Coverly miró a su compañero, pero Brunner contemplaba la escena con una expresión tan impasible que no se lo preguntó. Supuso que Brunner veía lo que tenía delante —el paseo marítimo de tablas, algunas tiendas— y que si iba más allá del momento, cosa que parecía improbable, vería las tiendas demolidas y sustituidas por zonas de recreo, campos de juegos y bosquecillos. Pero ¿quién estaba equivocado? La posibilidad de que fuera él hizo que Coverly se sintiera incómodo. Brunner dijo que nunca había comido langosta, así que entraron en un viejo palacio de la langosta construido de madera que encontraron en el paseo.

Coverly pidió un bourbon. Brunner bebió una cerveza y dio un fuerte silbido al ver los precios. Tenía la cabeza muy grande y una barba muy cerrada pero no oscura. Debía de haberse afeitado esa mañana, quizá descuidadamente, pero al mediodía los límites de su barba castaña estaban ya claramente definidos. Era pálido y su palidez quedaba realzada por unas orejas grandes y rojas. El color rojo se detenía bruscamente en el punto donde las orejas se unían a la cara. Todo lo demás era pálido; no era una palidez

levantina o mediterránea —probablemente se trataba de una característica heredada o el resultado de una dieta inadecuada— pero era, en honor a la verdad, una palidez viril, de piel gruesa e iluminada por esas orejas llameantes. Tenía sus encantos, todos los tenían, y la impresión de Coverly era que estos se basaban en una visión de barreras superables, un sentido de futuro, un medio para expresar su natural afán de progreso y cambio. Bebía su cerveza como si temiera que le incapacitara y esta era otra diferencia. Con una sola excepción, todos eran hombres comedidos. Coverly no lo era, pero ello era debido a su sentido de la abundancia de la vida.

—¿Vives en Talifer? —le preguntó Coverly.

Sabía que sí.

—Sí. Tengo una casita en el lado oeste. Vivo solo. Estuve casado, pero no salió bien.

—Lo siento —dijo Coverly.

—No hay nada que sentir. El matrimonio no. No éramos compatibles.

Atacó su ensalada.

—¿Vives solo? —preguntó Coverly.

—Sí —contestó con la boca llena.

—¿Qué haces por las tardes? —preguntó Coverly—. Quiero decir, ¿vas al cine?

Brunner se rio.

—No, no voy al cine. Algunos miembros del equipo tienen otros intereses, pero la verdad es que yo no.

—Pero si no tienes otros intereses, ¿qué haces por las tardes?

—Estudio. Duermo. A veces voy a un restaurante que hay en la carretera 27, donde te dan todo el pollo que seas capaz de comer por dos dólares cincuenta. Me gusta mucho el pollo y cuando me dejo llevar por mi apetito puedo comerme una cantidad muy satisfactoria.

—¿Vas con amigos?

—No —contestó con dignidad—. Voy solo.

—¿Tienes hijos? —inquirió Coverly.

—No. Esa es una de las razones por las que mi mujer y yo no pudimos llegar a un acuerdo. Ella quería tener hijos y yo no. Yo lo pasé mal cuando era pequeño y no quería someter a nadie a eso.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, mi madre murió cuando yo tenía dos años y me criaron mi padre y mi abuela. Él era un ingeniero autónomo, pero ningún trabajo le duraba mucho. Era un alcohólico terrible. Yo sentía más que la mayoría de la gente, ¿sabes?, creo que sentía más que la mayoría que tenía que largarme. Nadie me comprendía. Quiero decir que mi nombre no significaba nada, salvo el nombre de un viejo borracho. Yo tenía que hacer que mi nombre significara algo. Así que cuando surgió este asunto del rayo, me sentí mejor, empecé a sentirme mejor. Ahora mi nombre significa algo, al menos para algunas personas.

Entonces ahí estaba el rayo, una pura fuerza de energía, veteado cuando se ve entre las nubes, como todo el mundo es veteado —la hoja y la ola—, y ahí estaba un hombre solitario, acostumbrado a la ampolla y la indigestión, cuyos humildes motivos para inventar una fuerza detonante capaz de destruir el mundo eran los mismos que los de la actriz infantil, el inventor excéntrico o el político provinciano. «Yo solo quería que mi nombre significara algo.» Debía de haber sido obligado, más que la mayoría de los hombres, a incluir en el misterio de la muerte la incineración del planeta. Al ser despertado por un trueno debía de haberse preguntado más que la mayoría si aquello no era el fin, precipitado de algún modo por su deseo de poseer un nombre.

La camarera les trajo las langostas y Coverly puso fin a su interrogatorio.

Cuando regresó al hotel había una nota para él escrita por Cameron. Tenía

que reunirse con él en la puerta de la sala de conferencias del tercer piso a las cinco y conducirlo al aeropuerto. Supuso por ello que le habían asignado al equipo de Cameron como chófer. Pasó la tarde en la piscina del hotel y a las cinco subió a la tercera planta. La puerta de la sala estaba cerrada y sellada con alambre y dos policías secretos de paisano esperaban en el pasillo. Cuando la reunión terminó les avisaron por teléfono y ellos rompieron los sellos y abrieron la puerta. La escena en el interior era chocante y confusa. Las ventanas y puertas de la sala habían sido tapadas con mantas, como medida de seguridad. Había físicos y científicos subidos a las sillas y las mesas para retirar las mantas. El aire estaba lleno de humo. Coverly tardó un momento en darse cuenta de que nadie hablaba. Saludó a Brunner, pero su compañero de almuerzo no le respondió. Tenía la cara verde y la boca crispada en un gesto de amargura y repugnancia. ¿Sería la tragedia y el horror de lo que Cameron les había contado la explicación de este silencio? ¿Eran estas las caras de hombres a quienes les habían comunicado los hechos del milenio? ¿Les habían dicho que el planeta era inhabitable?, se preguntó Coverly. Y si así era, ¿a qué podía uno agarrarse en este pasillo de hotel con sus recuerdos de prostitutas elegantes, parejas de luna de miel y ancianos que venían a pasar un fin de semana largo para disfrutar del aire marino? Coverly, confuso, apartó la vista de estas caras pálidas, evidentemente aterrorizadas, y miró a las rosas oscuras que florecían en la alfombra. Cameron, como los demás, pasó junto a Coverly sin hablarle y él le siguió obedientemente hasta el coche. Cameron no dijo nada durante el viaje al aeropuerto y ni siquiera se despidió de él. Subió a un pequeño Beechcraft —iba a Washington— y, después de que el avión hubiera despegado, Coverly se dio cuenta de que se había olvidado la cartera de mano.

Las responsabilidades que llevaba consigo este sencillo objeto eran aterradoras. Debía de contener la esencia de lo que Cameron había dicho esa

tarde y, a juzgar por las caras de su audiencia, Coverly supuso que lo que había dicho estaba relacionado con el fin del mundo. Decidió regresar al hotel enseguida y entregarle la cartera a un miembro del equipo. Volvió a la ciudad conduciendo con la cartera en el regazo. Preguntó por Brunner en recepción y le dijeron que ya había dejado la habitación. Todos los demás se habían ido también. Mirando a su alrededor las caras sospechosas, o al menos heterogéneas, que había en el vestíbulo, se preguntó si alguno de ellos sería un agente extranjero. Actuar de un modo que no llamara la atención parecía ser lo mejor, así que entró en el comedor para cenar. Conservó la cartera en su regazo. Hacia el final de la cena oyó una serie de explosiones fuera del hotel y pensó que el fin había llegado, hasta que la camarera le explicó que había una exhibición de fuegos artificiales para entretener a un congreso de propietarios de tiendas de regalos.

Con la cartera bajo el brazo salió del hotel para ver los fuegos. Le parecía apropiado que una reunión que había tratado de fuerzas detonantes acabara con el derroche de una exhibición tan encantadora y absolutamente inofensiva. Habían puesto sillas plegables para el público en el paseo de tablas. Una serie de morteros disparaban los fuegos artificiales desde la playa. Oyó el ruido de un proyectil y siguió su trayectoria por un ligero rastro de cenizas a medida que ascendía hasta más allá de la estrella vespertina. Hubo una explosión de luz blanca —el ruido tardó un momento en llegarles—, y luego una confusión de chorros dorados, arqueados como tallos, que acababan en silenciosas bolas de fuego de colores. Todo ello se reflejaba en los cristales de las ventanas de los hoteles, y los rostros de los propietarios de tiendas de regalos se alzaron para admirar el ingenioso espectáculo. Hubo aplausos, una conmovedora muestra de cortesía y entusiasmo, el tipo de aplauso que se oye cuando termina la música de baile. El humo negro se veía claramente a la media luz, cambiando de formas a medida que el viento lo

arrastraba hacia el mar. Coverly se sentó para pasarlo bien, para oír las andanadas de los disparos de mortero, para seguir la trayectoria de las cenizas, el arco de estrellas, los colores que surgían, los suspiros de cientos de bocas y el decoro de los aplausos. El espectáculo terminó con una cortina de fuego, dulce burla de la guerra, un estrépito demoníaco y los miles de ventanas de los hoteles resplandecientes de fuego blanco. La última explosión sacudió el paseo de tablas de forma inofensiva, hubo una salva de aplausos de escuela de baile, y Coverly regresó al hotel. Al entrar en su habitación se preguntó si no la habrían registrado. Todos los cajones estaban abiertos y había ropa tirada sobre las sillas; pero tuvo que recordar que este caos se debía al hecho de que él no era un viajero ordenado. Durmió con la cartera entre los brazos.

A la mañana siguiente, llevando la cartera contra su pecho como las chicas portan los libros de la escuela, voló desde Atlantic City a un aeropuerto internacional donde esperó un avión que se dirigiera al Oeste. Existía, por una parte, la estación de ferrocarril de Saint Botolphs, con su rica aura de llegadas y partidas, sus olores a carbón, cera del suelo y retretes, y su oscura sala de espera, donde una fuerza de amplificación parecía pesar sobre las vidas de los pasajeros que esperaban su tren; y por otra parte, este desván, o palacio, con sus paredes de cristal abiertas al cielo nublado, donde el espacio, la eficacia y el olor a cuero artificial parecían disminuir, en lugar de ampliar, el conocimiento que los pasajeros tenían unos de otros. El avión de Coverly tenía anunciada su salida a las dos, pero a las tres menos cuarto aún estaban esperando en la puerta. Algunos pasajeros protestaban, y dos o tres llevaban un periódico de la tarde que informaba del accidente de un jet en Colorado con una lista de setenta y tres muertos. ¿El avión que se había estrellado sería el que esperaban? Allí parados bajo la débil luz del sol, ¿acababan de recibir una merced singular? ¿Habían salvado la vida? Coverly fue al mostrador de

información a preguntar qué pasaba con su vuelo. La pregunta era ciertamente legítima, pero el empleado tuvo una reacción de mal humor, como si la adquisición de un billete de avión fuera un contrato para caminar humildemente y en la oscuridad.

—Hay algo de retraso —dijo de mala gana—. Puede que haya algún problema de motores o que el vuelo procedente de Europa llegue con retraso. No subirán ustedes a bordo hasta las tres y media.

Coverly le dio las gracias y subió al bar. En un caballete dorado, a la derecha de la puerta, había una fotografía de una guapa cantante en traje de noche, una delegada de esos miles que nos sonrían desde el umbral de los bares y los comedores de hotel; pero su actuación no comenzaba hasta las nueve de la noche y probablemente ahora estaría durmiendo o llevando su ropa a la lavandería.

Dentro había hilo musical y el barman llevaba una librea militar. Coverly se sentó en un taburete y pidió una cerveza. El hombre que estaba a su lado se balanceaba, incómodo, en su taburete.

—¿Adónde va usted? —le preguntó a Coverly.

—A Denver.

—Yo también —exclamó el desconocido dándole una palmada en la espalda—. Hace tres días que estoy de camino a Denver.

—Así es —dijo el barman—. Ya ha perdido ocho vuelos. ¿No son ocho?

—Ocho —confirmó el desconocido—. Es porque quiero a mi mujer. Ella está en Denver, y la quiero tanto que no consigo subir al avión.

—Al negocio le viene bien —dijo el barman.

En las tinieblas al fondo del bar dos homosexuales con el pelo teñido de amarillo bebían ron. Una familia que estaba comiendo en una mesa mantenía una conversación a base de frases publicitarias. Parecía ser una broma familiar.

—¡Vaya! —exclamó la madre—. Prueba estos deliciosos bocaditos de blanca carne de pavo, reforzados con rivo flavina para darles más sabor.

—Me encantan las patatas fritas crujientes —afirmó el chico—. Tostadas en un horno de infrarrojos, doraditas y espolvoreadas con sal importada.

—Me gustan las habitaciones de reposo impecables —dijo la chica—, que funcionan bajo la supervisión de una enfermera titulada y están higiénicamente selladas para nuestra comodidad, conveniencia y tranquilidad mental.

—Winston sabe bien —chilló el pequeño desde su sillita—, como debe saber un cigarrillo. Winston tiene *sabor*.

El oscuro bar tenía la autoridad de una creación, pero era una realizada con independencia de la iconografía del universo. Con excepción de las etiquetas de las botellas, no había nada en el lugar que resultase familiar. La iluminación era lúgubre, las paredes eran de espejo oscuro. No había ni siquiera un pedazo truncado de madera de deriva o un trineo en forma de hoja que le recordara a Coverly el mundo exterior. Se había perdido esa belleza de la igualdad que hace que la estrella y la concha, el mar y las nubes parezcan provenir de la misma mano. Interrumpieron la música para anunciar que el vuelo de Coverly iba a salir, y él pagó su cerveza y agarró su cartera. Se detuvo en el lavabo de caballeros, donde alguien había escrito en la pared algo sumamente humano, y luego siguió los números iluminados a lo largo de un pasillo hasta su puerta. Aún no había ningún avión a la vista, pero ninguno de los pasajeros había decidido cambiar sus planes a causa del retraso o de la noticia del accidente aéreo. Esperaban pasivamente como si el empleado antipático realmente les hubiera vendido humildad con los billetes. El abrigo de Coverly era demasiado grueso para ese clima, pero la mayoría de los pasajeros venían de lugares que eran más fríos o más cálidos que este. Desde un altavoz que estaba directamente sobre sus cabezas, la música continua se

vertía suavemente en sus oídos.

—No pasará nada —le murmuraba una anciana que estaba al lado de Coverly a una compañera todavía más vieja—. No hay peligro. No es más peligroso que un tren. Transportan millones de pasajeros al año. No pasará nada.

Los dedos de la más vieja, nudosos como madera de deriva, se alzaron hasta sus mejillas, y en sus ojos se veía el miedo a la muerte. Esta última era lo que la escena significaba para ella: los apresurados mecánicos con sus monos blancos, las pistas numeradas, el ruido del 707 que aterrizaba. Un bebé se echó a llorar. Un hombre se pasó un peine por el pelo. Los objetos y los sonidos en torno a Coverly parecían agruparse para hacer una afirmación inmutable. Estos eran los hechos: esta música, el temor a la muerte de la anciana desconocida, la horizontalidad del aeropuerto y, allá a lo lejos, los tejados de unas casas.

El avión entró en la pista, subieron a bordo, y la azafata colocó a Coverly entre la anciana y un hombre cuyo aliento olía a whisky. La azafata llevaba zapatos de tacón alto, una gabardina y gafas oscuras. Coverly vio bajo la gabardina la falda de un vestido de seda roja. No bien cerró la puerta del aparato, se fue al lavabo y reapareció vestida con la falda gris y la blusa de seda blanca del uniforme. Sus ojos, cuando se quitó las gafas, estaban ojerosos y tenían una expresión de dolor.

—Joe Burner —se presentó el hombre sentado a la derecha de Coverly, y este le estrechó la mano y se presentó también—. Encantado de conocerte, Cove —dijo el desconocido—. Tengo aquí un regalito que me gustaría hacerte.

Sacó una caja pequeña del bolsillo y cuando Coverly la abrió, encontró un alfiler de corbata dorado.

—Viajo mucho —explicó el hombre—, y regalo estos alfileres de corbata

por todas partes donde voy. Me los hacen especialmente para mí en Providence. Esa es la capital de la joyería en Estados Unidos. Regalo dos o tres mil alfileres al año. Es una buena forma de hacer amigos. Todo el mundo usa un alfiler de corbata.

—Muchas gracias —dijo Coverly.

—Yo hago calcetines para los astronautas —intervino la viejecita sentada a la izquierda de Coverly—. Oh, ya sé que es una tontería por mi parte, pero adoro a esos muchachos y no puedo soportar imaginármelos con los pies fríos. He enviado diez pares de calcetines de punto a Cabo Cañaveral en las últimas semanas. No me dan las gracias, esa es la verdad, pero nunca me los han devuelto, y me agrada imaginar que los usan.

—Me he cogido unos días de permiso para ver a un viejo amigo que se está muriendo de cáncer —dijo Joe Burner—. En este momento tengo veintisiete amigos que se están muriendo de cáncer. Algunos lo saben, otros no. Pero a ninguno le queda más de un año de vida.

Entonces les envolvió una confusión de sonido audible e inaudible y la fuerza de la gravedad les empujó violentamente contra los asientos cuando el avión avanzó por la pista e inició el esfuerzo para elevarse. Un gran panel cayó del techo y se estrelló en el pasillo y los vasos y las botellas de la despensa entrechocaron ruidosamente. Cuando se elevaron por encima de las desperdigadas nubes, se desabrocharon los cinturones y reanudaron sus vidas, sus costumbres.

—Buenas tardes —dijo el altavoz—. Aquí el capitán MacPherson dándoles la bienvenida al vuelo 73, sin escalas a Denver. Tenemos informes de que hay un poco de turbulencia sobre las montañas, pero esperamos que se despeje antes de la hora prevista para el aterrizaje. Lamentamos el retraso, y queremos aprovechar la ocasión para darles las gracias por su paciencia al no hacer nada al respecto.

El altavoz hizo un ruido al ser desconectado. A Coverly le pareció que nadie más se quedaba perplejo. ¿Estaría equivocado al suponer que la competencia profesional implicaba un rudimentario conocimiento del idioma? Joe Burner había empezado a contarle la historia de su vida. Su estilo era casi como el de un bardo. Comenzó con el carácter de sus padres. Describió su lugar de nacimiento. Luego le habló de sus dos hermanos mayores, de su interés por el béisbol, de sus trabajos temporales, de los colegios a los que había ido, de las deliciosas tortitas de nata que hacía su madre y de los amigos que había ganado y perdido. Le informó de sus ingresos brutos anuales, de lo maravillosa que era su mujer y de la cantidad de dinero que le había costado decorar su casa de siete habitaciones y dos baños en Long Island.

—Tengo algo realmente único —dijo—: un faro en el jardín delantero. Hace cuatro o cinco años subastaron una gran finca en Sands Point por impago de impuestos, y mi madre y yo fuimos para ver si había algo que nos gustara. Había un pequeño lago con un faro, puramente ornamental, claro está, y cuando llegó el momento de comprarlo, la puja iba muy lenta. Ofrecí treinta y cinco dólares solo por diversión y ¿a que no sabes lo que pasó? Me lo adjudicaron. Bueno, tengo un amigo en el negocio del transporte por camión, hay que conocer a la gente adecuada, y él fue y sacó el faro del lago. Todavía no sé cómo lo consiguió. Tengo otro amigo que es electricista y él me hizo la instalación, así que ahora el faro está en medio de mi jardín. Queda realmente bonito. Naturalmente, hay vecinos que protestan, en todas partes encuentras gente fastidiosa, y por eso no lo enciendo todas las noches, pero cuando vienen amigos a jugar a las cartas o a ver la tele, lo enciendo, queda precioso.

El cielo tenía ahora el tono azul oscuro de las grandes altitudes, y el ambiente en el avión era tan animado como en un salón. A la azafata se le

salía la blusa cada vez que se agachaba a servir una copa. Ella volvía a metérsela dentro de la falda cuando se erguía. Los respaldos de los asientos tenían la altura de un banco de iglesia antiguo, de modo que los pasajeros tenían un grado limitado de intimidad y una vista limitada de los demás. Entonces se abrió la puerta de la cabina y Coverly vio al piloto avanzar por el pasillo. Tenía mal color y estaba tan ojeroso como la azafata. Quizá era amigo del piloto y la tripulación que se había estrellado unas horas antes en Colorado. ¿Quién podría tener la entereza de aceptar con tranquilidad este desastre? ¿Por qué habrían de importarle menos a él los huesos calcinados de setenta y tres cuerpos que al resto del mundo? El piloto le hizo un gesto con la cabeza a la azafata, y esta le siguió a la despensa. No cambiaron una palabra, pero ella puso un poco de hielo en un vaso de papel y le sirvió un whisky. Él se llevó el vaso a la cabina y cerró la puerta. La anciana estaba adormilada y Joe Burner, al terminar su autobiografía, había empezado a contar su repertorio de chistes. Sin previo aviso, el avión descendió unos seiscientos metros.

La confusión fue horrible. La mayoría de las bebidas dieron contra el techo, hombres y mujeres fueron arrojados al pasillo, los niños gritaban.

—Atención, atención —se oyó por los altavoces—. Escuchen todos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la azafata, y se fue a popa, se sentó y se abrochó el cinturón.

—Atención, atención —dijo la voz amplificadora.

Coverly se preguntó si esta sería la última voz que oyera. Una vez, cuando le estaban preparando para una operación crítica, había mirado por la ventana de su habitación en el hospital y había visto en un piso de la casa de enfrente a una mujer gorda limpiándole el polvo a un piano de cola. Ya le habían dado pentotal sódico y estaba perdiendo la conciencia rápidamente, pero se resistió al efecto de la droga lo suficiente para sentir rabia por el hecho de que quizá

lo último que viese en este amado mundo fuese una mujer gorda limpiando un piano de cola.

—Atención, atención —dijo la voz. El avión mantenía la altitud en el corazón de una nube oscura—. No les habla su capitán. Él está atado en la cabina. Por favor, no se muevan, por favor, no se muevan de sus asientos, o les cortaré el oxígeno. Volamos a setecientos kilómetros por hora, a una altitud de doce mil seiscientos metros, y cualquier alteración no hará más que aumentar el peligro en que se encuentran. Tengo registrados casi millón y medio de kilómetros de vuelo y me han descalificado como piloto solo por mis opiniones políticas. Esto es un atraco. Dentro de unos minutos, mi cómplice entrará por la puerta de proa y ustedes le entregarán sus carteras, monederos, joyas y cualquier objeto de valor que lleven. No den problemas. Están ustedes indefensos. Repito: están indefensos.

—Hábleme, hábleme —rogó la anciana—. Por favor, diga algo, lo que sea.

Coverly se volvió hacia ella y asintió, pero tenía la lengua tan hinchada por el miedo que no pudo pronunciar ni una sílaba. Movi6 la lengua desesperadamente dentro de la boca para conseguir un poco de lubricación. Los demás pasajeros permanecían inm6viles, proyectados a trav6s de la oscuridad; sesenta y cinco o setenta desconocidos, con las narices aplastadas contra el torbellino de la muerte. ¿Qué forma tomaría? ¿El fuego? ¿Acaso, como los mártires, inhalarían las llamas para acortar la agonía? ¿Serían descuartizados, decapitados, mutilados y arrojados sobre las tierras de labor? ¿Serían lanzados a la oscuridad y no perderían la conciencia durante la espantosa caída hacia la tierra? ¿Serían ahogados y, mientras se ahogaban, demostrarían su postrer talento para ser inhumanos pisoteándose unos a otros en las puertas mientras el aparato se inundaba? Era la oscuridad lo que más angustia le daba. La sombra de un puente o de un edificio puede caer sobre nuestro espíritu con todo el peso de una mala noticia, y era la oscuridad lo

que parecía amenazar su espíritu. Lo único que deseaba en ese momento era ver algo de luz, un pedazo de cielo azul. Una mujer que estaba sentada delante comenzó a cantar «Más cerca de Ti, Dios mío». Era una voz normal de soprano, femenina, decorosa, que se alzaría una vez a la semana en la iglesia en compañía de las de sus vecinos.

—Aunque sea una cruz lo que me levante —cantó—, mi canto estará más cerca de Ti, Dios mío...

Un hombre al otro lado del pasillo se sumó al himno, y a él se unieron rápidamente varios otros pasajeros, y cuando Coverly recordó la letra, cantó:

*Aunque como a un vagabundo,
cansado y solitario,
la oscuridad me envuelva,
y repose en una piedra...*

Joe Burner y la anciana también cantaban, y aquellos que no conocían la letra del himno entraban con fuerza en el estribillo. Se abrió la puerta de la cabina y apareció el ladrón. Llevaba un sombrero de fieltro y un pañuelo negro sobre la cara con agujeros para los ojos. Salvo por el sombrero de fieltro, era la antigua máscara del verdugo. Llevaba guantes de goma negra y tenía en la mano una papelera de plástico para recoger los objetos de valor. Coverly gritó:

*Haz que vea mi camino,
escaleras hacia el cielo.
Todo lo que Tú me envías,
por misericordia dado...*

Cantaban más por rebeldía que por fe: cantaban por hacer algo. Y simplemente por encontrar algo que hacer, negaban la afirmación de que

estaban indefensos. Se habían encontrado a sí mismos, y eso explicaba la extraordinaria fuerza y volumen de sus voces. Coverly se quitó el reloj y lo dejó caer en la papelera junto con su billetero. Entonces el ladrón, con sus manos enguantadas de negro, levantó de su regazo la cartera de mano de Cameron. Coverly lanzó un gemido de desesperación y quizá hubiera aferrado la cartera de no ser porque Burner y la anciana le miraron con tal expresión de horror que se dejó caer en su asiento. Cuando el ladrón hubo robado al último pasajero, se dirigió hacia la cabina, tambaleándose un poco a causa del movimiento del avión, una desventaja que hacía que su figura pareciese familiar e inofensiva. Todos cantaron:

*Entonces con mis pensamientos,
iluminados por Tus alabanzas,
de mis tormentosas penas
altares levantaré...*

—Gracias por su cooperación —dijo el altavoz—. Haremos un aterrizaje imprevisto en West Franklin dentro de unos diez minutos. Por favor abróchense los cinturones y respeten la señal de no fumar.

Las nubes empezaron a clarear, a pasar del gris al blanco, y luego salieron al cielo azul de media tarde. La anciana se secó las lágrimas y sonrió. Para disminuir el agobio de su preocupación, Coverly llegó de repente a la conclusión de que la cartera de mano contenía un cepillo de dientes eléctrico y un par de pijamas de seda. Joe Burner se persignó. El avión perdía altitud a toda prisa y pronto vieron los tejados de una ciudad que parecía obra de un pueblo maravillosamente humilde entregado a tareas útiles y a criar a sus hijos en la bondad y en la caridad. El momento en que tocaron tierra pasó con un golpe y un rugido de los motores, y por las ventanillas pudieron ver ese desierto internacional que bordea las pistas de los aeropuertos. Maleza y

matorrales, un suburbio vegetal, que había arraigado en el terreno arenoso formado por las orillas de un arroyo aceitoso.

—¡Ahí van! —gritó alguien.

Dos pasajeros abrieron la puerta. Se oyeron voces confusas y, cuando alguien pidió información, la complejidad de las relaciones humanas se restableció tan rápidamente que quienes sabían lo que pasaba se negaron con orgullo a hablar con quienes no lo sabían y el primer hombre que entró en el avión se dirigió a ellos en tono condescendiente.

—Si guardan silencio un momento —les dijo—, les contaré lo que sabemos. Hemos liberado a la tripulación y el capitán se ha comunicado por radio con la policía. Los ladrones han escapado. No puedo decirles más por ahora.

Luego, muy débilmente, oyeron sirenas que se acercaban por la pista. Los primeros en llegar fueron los bomberos, los cuales pusieron una escalera contra la puerta y la abrieron. Después llegó la policía y les comunicó que estaban todos arrestados.

—Se les dejará salir de diez en diez —les dijo un policía—. Se les va a interrogar.

Su actitud era brusca, pero ellos se sentían magnánimos. Estaban vivos y ninguna falta de cortesía podía molestarles. La policía empezó a dividirlos en grupos. La escalera del coche de bomberos era la única forma de bajar del avión, y los pasajeros de mayor edad descendían por ella quejumbrosamente, poniendo cara de dolor. Aquellos que esperaban turno parecían inmersos en la pasividad de un proceso militar, como si sufrieran esa interrupción del discernimiento y la responsabilidad que se apodera siempre de una fila de soldados. Coverly era el número siete del último grupo. Una ráfaga de viento sopló contra su ropa cuando bajaba por la escalera. Un policía le cogió por el brazo, un contacto que le desagradó de un modo intenso e instantáneo, y tuvo

que hacer un esfuerzo para no sacudirse la mano del hombre. Le metieron con su grupo en una furgoneta policial con barrotes en las ventanas.

Cuando salió de la furgoneta, un policía le cogió otra vez por el brazo y de nuevo tuvo que contenerse. ¿A qué se debía esta irritabilidad de su carne?, pensó. ¿Por qué detestaba el contacto de este desconocido? Ante él se alzaba el cuartel general de la policía, un edificio de ladrillo amarillo con unos cuantos adornos arquitectónicos bastante tímidos y unas cuantas declaraciones de amor inocentes escritas con tiza en la fachada. El viento arremolinó papeles y polvo en torno a sus pies. En el interior se encontró en la alarmante y lúgubre atmósfera del delito. Era un pasaje a un mundo que él apenas había vislumbrado; esa zona de la violencia que entreveía cuando extendía papeles de periódico en el suelo del porche antes de pintar las puertas. En Roslyn un hombre mata a su mujer y sus cinco hijos... Niño asesinado encontrado en una caldera... Todos ellos habían estado aquí y habían dejado en el aire el olor palpable de su confusión y su desaliento, de sus protestas de inocencia. Le condujeron a un ascensor, en el cual subieron a la sexta planta. El policía no dijo nada. Respiraba mal. ¿Asma?, pensó Coverly. ¿Excitación? ¿Prisa?

—¿Padece de asma? —le preguntó.

—Es usted el que tiene que contestar preguntas —respondió el policía.

Le llevó a un pasillo como el de una escuela deprimente y le metió en un cuarto que no era mucho mayor que un armario, donde había una mesa, una silla, un vaso de agua y un cuestionario. El policía cerró la puerta, y Coverly se sentó y miró las preguntas.

¿Es usted cabeza de familia? ¿Está usted divorciado? ¿Viudo? ¿Separado? ¿Cuántos televisores posee? ¿Cuántos coches? ¿Tiene usted pasaporte? ¿Con qué frecuencia se baña? ¿Tiene usted título universitario? ¿De enseñanza media? ¿De graduado escolar? ¿Sabe qué significan las palabras «marsupial»,

«sedicioso», «recóndito» y «materialismo dialéctico»? ¿Tiene en su casa calefacción de gasóleo? ¿De gas? ¿De carbón? ¿Cuántas habitaciones? Si se viera obligado a denigrar la bandera de Estados Unidos o la Santa Biblia, ¿cuál elegiría? ¿Es usted partidario de los impuestos federales? ¿Cree usted que existe la conspiración comunista internacional? ¿Ama usted a su madre? ¿Le dan miedo las tormentas? ¿Es usted partidario de que continúen las pruebas en la atmósfera? ¿Tiene una cartilla de ahorros? ¿Una cuenta corriente? ¿A cuánto ascienden sus deudas? ¿Tiene una hipoteca? Si es usted un hombre, ¿clasificaría sus órganos sexuales como de tamaño 1, 2, 3 o 4? ¿Cuál es su filiación religiosa? ¿Cree usted que John Foster Dulles está en el cielo o en el infierno? ¿En el limbo? ¿Da fiestas con frecuencia? ¿Asiste a fiestas con frecuencia? ¿Considera que cae bien? ¿Muy bien? ¿Estupendamente? ¿Los siguientes hombres están vivos o muertos: John Maynard Keynes, Norman Vincent Peale, Karl Marx, Oscar Wilde, Jack Dempsey? ¿Reza sus oraciones todas las noches?...

Coverly se puso a responder a estas preguntas —de las cuales había miles— con toda la atención de un pecador arrepentido. Como le había entregado su reloj al ladrón, no tenía ni idea de cuánto tiempo tardó en rellenar el cuestionario. Al terminar, gritó:

—¡Eh! Ya he terminado. Déjenme salir de aquí.

Probó a abrir la puerta y descubrió que no estaba cerrada con llave. El pasillo estaba desierto. Era de noche y por la ventana que había al fondo del vestíbulo se veía el cielo oscuro. Con el cuestionario en la mano, llamó al ascensor. Al salir del ascensor en la planta baja, vio a un policía sentado en una mesa.

—Me han robado algo muy valioso, muy importante —le dijo Coverly.

—Eso dicen todos —le contestó el policía.

—¿Qué debo hacer ahora? —preguntó Coverly—. Ya he contestado todo

el cuestionario. ¿Ahora qué hago?

—Váyase a casa —dijo el policía—. Supongo que querrá usted algo de dinero.

—Sí —contestó Coverly.

—Todos ustedes recibirán cien dólares de la compañía de seguros. Puede usted presentar una reclamación más adelante si ha perdido más. —Contó diez billetes de diez dólares y miró su reloj—. El tren para Chicago pasa dentro de veinte minutos. Hay una parada de taxis en la esquina. Supongo que no querrá volar por una temporada. Ninguno de los otros ha querido.

—¿Ya han terminado todos? —preguntó Coverly.

—Hemos retenido a unos pocos —respondió el hombre.

—Bueno, gracias —dijo Coverly.

Salió a una calle oscura de la ciudad de West Franklin, y sintió el polvo, el calor, el ruido distante y el anonimato de las luces de colores, la esencia de su soledad. Había un quiosco de periódicos en la esquina, y un taxi aparcado allí. Compró un diario. «Piloto descalificado secuestra un avión en vuelo —leyó—. El secuestro tuvo lugar esta tarde a las 16.16 sobre las Montañas Rocosas...» Se metió en el taxi y le dijo al taxista:

—¿Sabe? Yo iba en el avión secuestrado esta tarde.

—Es usted el sexto cliente que me dice lo mismo —contestó el taxista—.

¿Adónde vamos?

—A la estación —respondió Coverly.

A media tarde del día siguiente, Coverly consiguió finalmente llegar a Talifer procedente de Chicago. Fue enseguida a la oficina de Cameron, pero le hicieron esperar casi una hora. De vez en cuando oía la voz del viejo, a través de la puerta cerrada, alzada e iracunda.

—Nunca pondréis a un maldito hombre en la maldita luna —gritaba.

Cuando al fin hicieron pasar a Coverly, Cameron estaba solo.

—He perdido su cartera de mano —dijo Coverly.

—Ah, sí —replicó el doctor.

Le dedicó su sonrisa de mala suerte. Entonces era un cepillo de dientes y unos pijamas, pensó Coverly. ¡No era nada, después de todo!

—Hubo un robo en el avión en el que venía al oeste —explicó Coverly.

—No entiendo —dijo Cameron, sin que la luz de su sonrisa se alterase.

—Aquí tengo un periódico —dijo Coverly. Le enseñó a Cameron el periódico que había comprado en West Franklin—. Se lo llevaron todo. Nuestros relojes, los billeteros, su cartera.

—¿Quién se la llevó? —preguntó Cameron. Su sonrisa se intensificó.

—Los atracadores. Supongo que se les podría llamar piratas.

—¿Adónde se la llevaron?

—No lo sé, señor.

Cameron se levantó y se acercó a la ventana, dándole la espalda a Coverly. ¿Estaba riéndose? A Coverly le pareció que sí. Había engañado al enemigo. ¡La cartera estaba vacía! Entonces Coverly se dio cuenta de que no se reía.

Eran las dolorosas convulsiones del desconcierto y la tristeza; pero ¿por qué lloraba? ¿Por su reputación, su despiste, su puesto; por el mundo que veía fuera de la ventana, la granja en ruinas y la hilera de las torres de los misiles? Coverly no tenía forma de consolarle y permaneció allí, agobiado por su propia angustia, observando a Cameron, que en este momento parecía pequeño y viejo, desgarrado por estos incontrolables espasmos musculares.

—Lo siento, señor —dijo Coverly.

—Váyase al infierno —murmuró Cameron, y Coverly se fue.

Era la hora de cierre y el autobús que Coverly cogió para volver a casa iba abarrotado. Intentó juzgarse de acuerdo con criterios tradicionales. Si se hubiese negado a entregar la cartera, puede que el avión se hubiera estrellado y estuvieran todos muertos, pero ¿no habría sido mejor así? ¿Qué podía esperar de su futuro, o qué podía examinar de su pasado, con cierta calma? Cuando fuese a trabajar el día siguiente, ¿en qué departamento tendría que presentarse? ¿Qué había querido Cameron de él en un principio? ¿Qué significaban los sollozos del viejo ante su ventana? ¿Estaría Betsey viendo la tele cuando él llegase a casa? ¿Estaría el niño llorando? ¿Estaría la cena lista? Se le apareció una visión de Saint Botolphs a la luz de los atardeceres de verano. Era esa hora en que las amas de casa llamaban a los niños para cenar con esas campanillas que antes solían utilizarse para llamar a los criados a la mesa. Fueran o no de plata, todas tenían una nota argentina y Coverly evocaba ahora este campanilleo argentino en todos los patios traseros de Boat Street y River Street, convocando a los niños que jugaban a la orilla del río.

Su casa estaba muy iluminada. Betsey se echó en sus brazos cuando él entró.

—He estado rezando y confiando en que llegaras a tiempo para la cena, cariño —dijo—, y ahora mis oraciones han recibido respuesta. ¡Estamos invitados a cenar!

Coverly no podía encajar esto con nada de lo que le había sucedido en las últimas veinticuatro horas y tuvo que prepararse para una especie de improvisación emocional e intelectual. Se sentía cansado, pero hubiese sido cruel frustrar la única invitación que Betsey había recibido. Le dio un beso a su hijo, le lanzó al aire unas cuantas veces y se sirvió una bebida fuerte.

—Vino una mujer muy simpática, se llama Winifred Brinkley, bueno, vino a casa recaudando dinero para la Campaña contra las Enfermedades Cardíacas y yo le dije, bueno, solo le dije que pensaba que este era el lugar más solitario en la faz de la tierra. Me daba igual quién lo supiera. Entonces me dijo que a ella también le parecía solitario y que si no nos gustaría ir a su casa esta noche a cenar. Entonces le dije que tú estabas en Atlantic City y que no sabía cuándo regresarías, pero recé y recé para que volvieras a tiempo, ¡y aquí estás!

Coverly se bañó y se cambió mientras Betsey iba a recoger a un estudiante que se iba a quedar con Binxy. Los Brinkley vivían en el mismo barrio y fueron andando, cogidos del brazo. De vez en cuando, Coverly inclinaba su largo cuello y le daba un beso a Betsey. La señora Brinkley era una mujer delgada y vivaz, muy maquillada y cargada de collares. No cesaba de decir «Mierda». El señor Brinkley tenía unas entradas exageradamente profundas, defecto o enfermedad que resultaba acentuado por el hecho de que llevaba el pelo, gris y rizado, dispuesto en ondas sobre la frente como los visillos de una sala. Parecía combatir valientemente un aire de fatiga e inconsecuencia por medio de un alfiler de cuello y un alfiler de corbata de oro, una sortija con una gran piedra granate y unos gemelos de esmalte azul que destellaban como semáforos cuando servía el jerez, que bebían como si fuera agua. Había otros dos invitados, los Cranston, que vivían en la vecina ciudad de Waterford.

—Tenía que invitar a alguien de fuera de aquí —afirmó la señora Brinkley

—, para que no tuviésemos que escuchar toda esa mierda acerca de Talifer.

—Una cosa sé, una cosa he aprendido —dijo el señor Cranston—, y es que hay que tener huevos. Eso es lo que cuenta al final. Tener huevos.

Llevaba una camisa roja y tenía el pelo rubio y rizado y una cara querúbrica y amenazadora al mismo tiempo. Su mujer canosa parecía mucho mayor y más inteligente que él y, a pesar de las palabras del hombre, era más fácil imaginarle, no en el gimnástico acto del amor, sino en una actitud de desconcierto y desaliento mientras su esposa le acariciaba los rizos diciendo: «Encontrarás otro trabajo, querido. No te preocupes. Te saldrá algo mejor». El hijo menor de los Brinkley acababa de volver del hospital del gobierno después de una operación de amigdalotomía y durante el aperitivo todos hablaron de sus amígdalas y vegetaciones. Betsey estaba francamente radiante. A Coverly no le habían extirpado ni las amígdalas ni las vegetaciones y estaba un poco marginado hasta que mencionó su apendicitis. Esto les duró hasta que se sentaron a la mesa, donde hablaron de dentistas. La cena fue la acostumbrada, regada con un alegre borgoña. Después de cenar, el señor Cranston contó un chiste verde y luego se levantó para marcharse.

—Detesto irme tan temprano —dijo—, pero tardamos hora y media en volver a casa y yo tengo que trabajar por la mañana.

—No deberíais tardar hora y media —replicó el señor Brinkley—. ¿Cómo vais?

—Por la autopista —contestó el señor Cranston.

—Pues si salís de Talifer antes de llegar a la autopista —dijo el señor Brinkley—, os ahorraréis quince minutos, quizá veinte. Volvéis al centro comercial y giráis a la derecha en el segundo semáforo.

—Oh, yo no lo haría así —dijo la señora Brinkley—. Yo iría hasta el centro de cálculo, lo pasaría y me metería por el trébol justo antes de llegar a la zona restringida.

—¿Ah, sí? No me digas —dijo el señor Brinkley—. De esa forma se tropezarían con un montón de obras. Haced lo que os digo. Volved al centro comercial y girad a la derecha en el segundo semáforo.

—Si vuelven al centro comercial, se meterán en todo el tráfico de la plaza Fermi —afirmó la señora Brinkley—. Si no quieren ir por el centro de cálculo, podrían ir hasta las torres de los misiles y luego torcer a la derecha en el cruce.

—Por Dios santo, mujer —gritó el señor Brinkley—, ¿quieres callarte de una puta vez?

—Oh, mierda —dijo ella.

—Bueno, muchísimas gracias —se despidieron los Cranston, dirigiéndose a la puerta.

—Creo que cogeremos la autopista, como siempre —dijo él.

Y se marcharon.

—Ahora les has liado —recriminó el señor Brinkley—. No sé qué te hace pensar que puedes indicar direcciones. Ni siquiera eres capaz de orientarte dentro de casa.

—Si hubieran ido por donde yo les dije primero —contestó la señora Brinkley, furiosa—, lo habrían hecho perfectamente. No hay ninguna obra junto a la zona restringida. Eso te lo has inventado.

—No es cierto —dijo él—. Estuve allí el jueves. Todo eso está levantado.

—El jueves estuviste en la cama con un catarro —contestó ella—. Me pasé el día llevándote bandejas.

—Bueno, creo que debemos marcharnos —dijo Coverly—. Ha sido muy agradable, muchas gracias.

—Si aprendieras a callarte —le gritó el señor Brinkley a su mujer—, el mundo entero te lo agradecería. Deberían prohibirte conducir, y no digamos indicar direcciones a la gente.

—Gracias —dijo Betsey tímidamente, ya en la puerta.

—¿Quién tuvo un accidente el año pasado? —chilló la señora Brinkley—.
¿Quién destrozó el coche?

Fueron andando a casa, deteniéndose de cuando en cuando para intercambiar un beso, y ese paseo acabó como cualquier otro.

Coverly no había vuelto a ver a Cameron. Mató algunos días revisando su discurso de presentación sobre las joyas del cielo. Una mañana le ordenaron presentarse en el departamento de seguridad. Supuso que le acusarían de la pérdida de la cartera de mano y se preguntó si le arrestarían. Coverly era uno de esos hombres que viven con un sentimiento de culpa de un tamaño preternatural y que, como un enorme hematoma oculto bajo la ropa, puede llevarse sin dolor hasta que lo tocan; pero una vez que lo tocan amenaza con enloquecerle de dolor. Era un modelo de virtudes provincianas —sincero, puntual, limpio y animoso—, pero si un poderoso brazo de la sociedad le acusaba de haber hecho algo mal, su autoestima se derrumbaba. Sí, sí, era un pecador. Era él quien había asesinado al embajador, robado las joyas y vendido los documentos secretos al enemigo. Se dirigió a las oficinas de seguridad sintiéndose profundamente culpable. Había un pasillo largo pintado de amarillo en el cual esperaban ocho o diez hombres y mujeres. Parecía la antesala de un médico o un dentista, una antesala consular, el pasillo de un tribunal, una oficina de empleo; este escenario para la espera parecía ser una parte asombrosamente grande del mundo. Uno a uno fueron llamando por sus nombres a los demás hombres y mujeres y haciéndolos pasar por una puerta al final del pasillo amarillo. Ninguno de ellos regresó, así que debía de existir otra salida, pero a Coverly su desaparición le resultaba ominosa. Finalmente le llamaron a él y una bonita secretaria, con cara de censura, le hizo pasar a un despacho grande con aspecto de sala de tribunal antiguo. Había una tarima

con una mesa, tras la cual estaban sentados un coronel y dos hombres de paisano. Un escribiente estaba sentado junto a la tarima. La bandera era de pesada seda con un borde dorado y jamás abandonaría su mástil, ni siquiera para un desfile con buen tiempo.

—¿Coverly Wapshot? —preguntó el coronel.

—Sí, señor.

—¿Puede enseñarme su tarjeta de seguridad?

—Sí, señor.

Coverly le entregó la tarjeta.

—¿Conoce usted a una tal Honora Wapshot de Boag Street, en Saint Botolphs?

—Es Boat Street, señor.

—¿Conoce a esta señora?

—Sí, señor, la he conocido toda mi vida. Es mi prima.

—¿Por qué no informó usted a este departamento de su procesamiento?

—¿Su qué? —¿Qué podía haber hecho Honora? ¿Incendio provocado? ¿Robar algo en los almacenes de todo a cinco-y-diez centavos? ¿Comprar un coche y atropellar a una multitud?—. Yo no sabía nada de su procesamiento —dijo Coverly—. Lo último que me escribió fue acerca de un acebo que tiene detrás de su casa. El árbol tiene una especie de hongos y ella quería que lo fumigarán. Eso es todo lo que sé de ella. ¿Puede usted decirme de qué se la acusa?

—No. Puedo decirle que su tarjeta de seguridad ha sido suspendida.

—Pero, coronel, no entiendo nada de esto. Ella es una señora anciana y no se la puede considerar responsable de lo que haga. ¿Hay alguna apelación, alguna forma de que yo pueda impugnar esta decisión?

—Puede usted apelar a través de la oficina de Cameron.

—Pero no puedo ir a ninguna parte sin mi tarjeta de seguridad, señor. No

puedo ir ni al lavabo.

El escribiente rellenó un impreso que parecía una licencia de pesca y se lo entregó a Coverly. Era, leyó, un permiso limitado que expiraba a los diez días. Le dio las gracias al escribiente y salió por una puerta lateral cuando ya entraba otro sospechoso.

Coverly fue inmediatamente a la oficina de Cameron, donde la recepcionista le dijo que el viejo estaba fuera de la ciudad y que no volvería hasta dentro de por lo menos dos semanas. Entonces Coverly pidió ver a Brunner, el científico con el que había comido en Atlantic City, y la joven le hizo pasar al despacho de Brunner. Este llevaba el jersey de cachemir de su casta y estaba sentado delante de un encerado de color cubierto de ecuaciones y con una nota que decía: «Comprar zapatillas deportivas». Había una rosa de cera en un jarrón sobre su mesa. Coverly le contó a Brunner sus problemas y él le escuchó con simpatía.

—Tú nunca ves material clasificado, ¿verdad? —le dijo—. Es el tipo de cosa que el viejo quiere combatir. El año pasado echaron a un bedel del centro de cálculo porque, al parecer, su madre trabajó brevemente como prostituta durante la Segunda Guerra Mundial.

Se excusó y salió y luego regresó con otro miembro del equipo. Cameron estaba en Washington y desde allí se iría a Nueva Delhi. Los dos científicos le sugirieron a Coverly que viajara a Washington para coger al viejo allí.

—Parece que le caes bien —dijo Brunner—, y si hablas con él al menos podría prorrogar tu permiso temporal hasta que él vuelva. Ha ido para un juicio oral en el Congreso. Se celebra en la sala 763. —Brunner escribió el número en un papel y se lo dio a Coverly—. Si llegas temprano quizá puedas hablar con él antes de que entre. No creo que haya muchos espectadores. Esta es la séptima vez que le interrogan este año y ya han perdido interés.

Que Cameron le hablase a Coverly después de su última entrevista era sumamente discutible, pero esta parecía ser su única posibilidad, y decidió intentarlo, impulsado fundamentalmente por su indignación ante la arbitrariedad de los funcionarios de seguridad que confundían las excentricidades de su prima con la seguridad nacional. Voló a Washington esa noche y fue a la sala 763 por la mañana. Su permiso temporal sirvió y no tuvo dificultad para entrar. Había muy pocos espectadores. Cameron entró por otra puerta a las diez y cuarto y fue directamente al estrado de los testigos. Llevaba en la mano lo que parecía ser el estuche de un violín. El presidente del tribunal empezó a interrogarle enseguida, y Coverly admiró la calidad de su compostura y la densidad de sus cejas.

—¿Doctor Cameron?

—Sí, señor.

Su voz era, con mucho, la mejor de la sala; la más imponente, la más viril.

—¿Le suena el apellido Bracciani?

—Ya he contestado antes a esa pregunta. Mi respuesta consta en acta.

—Las actas de anteriores juicios orales nada tienen que ver con nosotros. Las he solicitado pero mis colegas me las han denegado. ¿Le suena el apellido Bracciani?

—No veo por qué razón he de venir repetidas veces a Washington para responder siempre a las mismas preguntas.

—¿Le suena el apellido Bracciani?

—Sí.

—¿Relacionado con qué?

—Bracciani era mi apellido. El juez Southerland me concedió el cambio por el de Cameron en Cleveland, Ohio, en 1932.

—¿Bracciani era el apellido de su padre?

—Sí.

—¿Su padre era un inmigrante?

—Todo esto ya lo sabe usted.

—Le he dicho, doctor Cameron, que mis colegas no me han permitido el acceso a las actas de los anteriores juicios orales.

—Mi padre era un inmigrante.

—¿Había algo en su pasado que le impulsara a usted a renegar de su nombre?

—Me cambié el nombre —dijo el doctor— por diversas razones. Era difícil de escribir, difícil de pronunciar y difícil para identificarme de manera eficaz. También, lo cambié porque todavía hay zonas en este país, y algunas personas, que sospechan de todo lo que es extranjero. Tener un apellido foráneo no es eficaz. Cambié de nombre igual que al pasar de un país a otro se cambia de moneda.

Intervino un segundo senador, un hombre más joven.

—¿No es cierto, doctor Cameron, que se opone usted a cualquier investigación más allá de nuestro sistema solar y que ha negado dinero, cooperación y asistencia técnica a quienes no compartían sus opiniones? —le preguntó.

—No me interesan los viajes interestelares —contestó Cameron tranquilamente—, si es eso lo que desea usted saber. La idea es absurda y mi opinión se basa en propiedades fundamentales, como el tiempo, la aceleración, la potencia, la masa y la energía. No obstante, desearía aclarar

que no creo que nuestra civilización sea la única civilización inteligente del universo. —Una fugaz sonrisa pasó por su rostro, una joya de forzada y falsa paciencia, y se inclinó un poco hacia delante en su silla—. Pienso que la vida y la inteligencia se habrán desarrollado más o menos a la misma velocidad que en la tierra en cualquier lugar donde se haya dado el entorno adecuado y el tiempo necesario. Los datos actuales, extremadamente escasos, sugieren que puede haber vida desarrollada en los planetas de aproximadamente el seis por ciento de la totalidad de las estrellas. Personalmente, creo que el espectro de luz que reflejan las zonas oscuras de Marte revela características que prueban la presencia de vida vegetal. Como he dicho, pienso que la posibilidad de viajes interestelares es algo absurdo; pero la comunicación interestelar es otra cosa.

»El número de civilizaciones con las cuales quizá podríamos comunicarnos depende de seis factores —continuó el doctor—. Uno: El ritmo al que se estén formando estrellas como nuestro sol. Dos: la fracción de tales estrellas que tengan planetas. Tres: La fracción de tales planetas que puedan alimentar vida. Cuatro: La fracción de planetas habitables en los que haya surgido vida. Cinco: La fracción de estos que haya producido seres con una tecnología adecuada para la comunicación interestelar. Seis: La longevidad de esta alta tecnología. Aproximadamente en una de cada tres millones de estrellas existe la probabilidad de una civilización en órbita. Sin embargo, esto podría significar millones de estas civilizaciones únicamente dentro de nuestra propia galaxia y, como todos ustedes saben, caballeros, hay billones de galaxias. —La sonrisa hipócrita pasó de nuevo por su cara—. Me parece improbable que la tecnología llegue a desarrollarse en un planeta cubierto de agua. Algunos de mis colegas están entusiasmados con la inteligencia de los delfines, pero a mí no me parece que sea probable que este animal llegue a interesarse por el espacio interestelar. —Esperó a que las indecisas y escasas

risas se apagarán—. La banda de veintiún centímetros, es decir, mil cuatrocientos veinte megaciclos, que emiten los átomos de hidrógeno al chocar por todo el espacio, ha producido algunas señales interesantes, en especial procedentes de Tau Ceti, pero soy muy escéptico respecto a su coherencia. Creo, eso sí, que los científicos de cualquier civilización avanzada habrán descubierto que el valor energético de cada unidad y quantum de radiación, sea en forma de luz o de ondas de radio, es igual a su tiempo de frecuencia, un valor que nosotros, y quizá algunos de ustedes, conocemos como la constante de Planck. Los máseres ópticos parecen ser nuestro medio de comunicación interestelar más prometedor. —Ya había adoptado su actitud pedagógica y nada le detendría hasta que les hubiera infligido todo el tedio, la emoción y el dolor de una lección—. La versión óptica de estos máseres puede producir un rayo de luz tan intenso y estrecho que, transmitido desde la tierra, iluminaría una pequeña porción de la luna. —Allí estaba de nuevo la fugaz y melosa sonrisa—. Las longitudes de onda extrañas se eliminan, de modo que, contrariamente a lo que sucede con la mayoría de los rayos de luz, este es tan puro que puede modularse para la transmisión de la voz. Un sistema máser podría ser detectado con nuestra tecnología actual si transmitiera desde un sistema solar a diez años luz de aquí. Debemos estudiar los espectros de luz de estrellas cercanas en busca de líneas de emisión de especiales fuerza y agudeza. Esto constituiría una prueba inconfundible de transmisiones máser procedentes de un planeta que orbitara dicha estrella. Las señales de luz estarían codificadas de forma muy elaborada. En el caso de un sistema a mil años luz de distancia, se tardaría dos mil años luz en hacer una pregunta y recibir una respuesta. Una civilización superior cargaría su rayo de señales de enorme cantidades de información. Una civilización sumamente avanzada, que hubiese superado el hambre, la enfermedad y la guerra, dedicaría sus energías, como es natural, a

la búsqueda de otros mundos. No obstante, una civilización sumamente avanzada también podría tomar otra dirección. —Aquí su voz se alzó con tal tono de censura y reproche que despertó a dos senadores que estaban adormilados—. Una civilización sumamente avanzada podría muy bien autodestruirse con lujos, alcoholismo, permisividad sexual, pereza, codicia y corrupción. Yo creo que nuestra civilización está seriamente amenazada por la degeneración mental y biológica.

»Pero volviendo a su pregunta. —Esta vez utilizó la sonrisa para indicar un cambio de escenario; entraban en otra parte del bosque—. El sistema tierra-luna extiende su influencia hasta una considerable distancia en el espacio. La gravedad de la tierra, su magnetismo y radiación refleja no tienen una influencia apreciable. En el punto culminante del cielo solar, el sol entra en erupción, arrojando nubes de gas al espacio. Generalmente, un día o dos después estallan en la tierra tormentas magnéticas de gran violencia. Pero la naturaleza del espacio interplanetario es absolutamente desconocida. No sabemos nada de la forma, composición y características magnéticas de las nubes del sol. Ni siquiera sabemos si se mueven en espiral o en línea recta. Cartografiar el sistema solar es prácticamente imposible por la incertidumbre respecto a la distancia precisa entre los planetas y el sol.

—¿Doctor Cameron? —intervino otro senador.

—Sí.

—Tenemos aquí declaraciones juradas respecto a lo que algunos de sus colegas han descrito como un temperamento incontrolable. El doctor Pewters declaró que el 14 de agosto, en el curso de una discusión acerca de la viabilidad de los viajes a la luna, usted arrancó las persianas de su despacho y las pisoteó. —Cameron sonrió con indulgencia—. Hugh Tompkins, soldado y conductor, afirma que cuando llegó con retraso a su oficina, sin ninguna culpa por su parte, usted le abofeteó, le arrancó los botones del uniforme y le

insultó con palabras obscenas. La señorita Helen Eckert, azafata de Pan American Airlines, asegura que cuando su vuelo procedente de Europa hubo de aterrizar en Chicago en lugar de en Nueva York, organizó usted tal escándalo que puso seriamente en peligro la seguridad del vuelo. El doctor Winslow Turner afirma que, durante un simposio sobre viajes interestelares, le tiró usted un pesado cenicero de cristal que le hizo un corte profundo en la cara. Hay una declaración del médico que le suturó la herida.

—Me declaro culpable de todos esos cargos —dijo el doctor Cameron, en tono encantador.

—¿Doctor Cameron? —preguntó otro senador.

—Sí.

—Los críticos de su administración en Talifer aseguran que usted no ha terminado, suspendido ni reducido unos experimentos que ya han costado al gobierno seiscientos millones de dólares y que parecen ser infructuosos. Dicen que ha gastado un total de cuatrocientos diecisiete millones en misiles abortados y cincuenta y siete millones en experimentos de rastreo inoperantes. Afirman que su administración se ha caracterizado por el despilfarro, el mal funcionamiento y la falta de coordinación.

—No sé, en este caso, qué entiende usted por infructuoso, abortado e inoperante, senador —dijo Cameron—. Talifer es una estación experimental y nuestro trabajo no puede reducirse a las matemáticas lineales. Creo que todas mis decisiones, vistas a la luz de todos los factores, fueron correctas en su momento y asumo la plena responsabilidad de las mismas.

—¿Doctor Cameron?

El siguiente senador que intervino en el interrogatorio era un hombre robusto que parecía extrañamente tímido para ser un político.

—Sí.

—Quizá mi pregunta no sea oportuna, pero se trata de mis electores; de

hecho, se trata de su bienestar, de su salud, ya que, como usted sabe, los microbios que se crían en el combustible de los misiles parecen ser los causantes de un brote de enfermedades respiratorias en las cercanías de Talifer.

—Usted perdone, senador, pero no existe absolutamente ninguna prueba científica que relacione esos microbios con el desafortunado brote de enfermedades respiratorias. Absolutamente ninguna prueba científica. Sabemos que en el combustible se crían microbios, un hongo del género Loremendrum que produce esporas que se transmiten por el aire y mutantes especiales. No son más significativos que los microbios que se crían en la gasolina, en el queroseno y en el combustible de los aviones. En volúmenes tan grandes, una concentración de contaminantes puede convertirse rápidamente en una molesta cantidad de residuos.

—¿Doctor Cameron?

Esta vez era un hombre viejo, delgado y con la extraordinaria palidez de una vida excepcionalmente larga. En realidad parecía más muerto que vivo. A cierta distancia sus manos parecían ser solo hueso. Llevaba chaleco y un traje bien cortado y tenía la apariencia y el aire de autoestima de un dandi. Su nariz era enorme y amoratada y sobre el puente de la misma llevaba unos quevedos de los cuales colgaba una larga cinta negra. Su voz no era débil, pero hablaba con esa vulnerabilidad a la emoción de las personas muy ancianas y, de vez en cuando, se secaba con un gran pañuelo un hilo de saliva que le corría por la barbilla.

—Sí —contestó Cameron.

—Yo nací en un pueblo, doctor Cameron —dijo el anciano—. Creo que la diferencia entre este mundo ruidoso y público en el que vivimos ahora y el mundo que yo recuerdo es real, muy real. —Hubo una embarazosa pausa mientras él parecía esperar a que su corazón enviase suficiente sangre a su

cerebro para poder continuar—. Los hombres de mi edad, lo sé, tienden a recordar el pasado de un modo sentimental, pero, aun descontando ese deplorable sentimentalismo, creo que puedo encontrar muchas cosas en el pasado que son auténticamente dignas de aprecio. Sin embargo... —De nuevo parecía haber olvidado lo que quería decir; de nuevo parecía esperar a que la sangre ascendiera a su cerebro—. Sin embargo, he vivido cinco guerras, todas sangrientas, destructivas, costosas e injustas, creo que inevitables, pero a pesar de esta evidencia de la incapacidad del hombre para vivir en paz con sus semejantes, yo espero que el mundo, con todas sus manifiestas imperfecciones, sea preservado. —Se secó las mejillas con el pañuelo—. Me dicen que es usted famoso, que es usted un gran hombre, estimado y honrado en todas partes, y yo respeto sus honores inequívocamente pero, al mismo tiempo, encuentro en su manera de pensar cierta estrechez, cierta falta de voluntad, diría yo, de reconocer esos sencillos vínculos que nos unen a unos con otros y con los jardines de la tierra. —Volvió a secarse las lágrimas y un sollozo sacudió sus viejos hombros—. Poseemos poderes prometeicos pero ¿no nos faltan el temor y la humildad con que el hombre primitivo manejaba el fuego sagrado? ¿No es este el momento del temor excepcional, de la humildad suprema? Si yo tuviera que hacer una afirmación final, y muy pronto tendré que realizarla porque me estoy acercando al final de mi viaje, tendría la forma de una acción de gracias por los amigos valientes, las mujeres encantadoras, los cielos azules, el pan y el vino de la vida. Por favor, no destruya la tierra, doctor Cameron —sollozó—. Por favor, por favor, no la destruya.

Cortésmente, Cameron dejó pasar este estallido emocional y el interrogatorio continuó.

—¿Es cierto, doctor Cameron, que cree usted que la guerra de hidrógeno es inevitable?

—Sí.

—¿Podría usted darnos un cálculo aproximado del número de supervivientes?

—No podría, lo siento. Sería pura suposición. Creo que habría un número considerable de supervivientes.

—En caso contrario, señor Cameron, ¿sería usted partidario de destruir el planeta?

—Sí —contestó—. Sí, lo sería. Si no podemos sobrevivir, entonces tenemos derecho a destruir el planeta.

—¿Quién decidiría que hemos llegado al último extremo de la supervivencia?

—No lo sé.

El anciano, después de secarse las lágrimas, se levantó de nuevo.

—Doctor Cameron, doctor Cameron —preguntó—, ¿no cree que podría existir algún lazo de cordialidad entre los pueblos de la tierra que haya sido subestimado?

—¿Algún qué? —Cameron no se mostró descortés, pero sí seco.

—Algún lazo de cordialidad humana —dijo el anciano.

—Los hombres y las mujeres —dijo Cameron— son entidades químicas, fácilmente valorables; fácilmente alterables por un aumento o eliminación artificial de las estructuras cromosómicas, mucho más predecibles, mucho más maleables, que algunas plantas, y en muchos casos, mucho menos interesantes.

—¿Es verdad, doctor Cameron —siguió el anciano—, que sus lecturas se limitan a novelitas del Oeste?

—Creo que leo tanto como la mayoría de los hombres de mi generación —respondió el doctor—. A veces voy al cine. Veo la televisión.

—Pero ¿no es verdad, doctor Cameron —insistió el anciano—, que las

humanidades no han sido parte de su formación?

—Está usted hablando con un músico —respondió el doctor.

—¿He entendido que es usted músico?

—Sí, senador. Soy violinista. Usted parece sugerir que mi falta de familiaridad con las humanidades explicaría mi frialdad respecto a la demolición del planeta. Eso no es cierto. Amo la música, que es seguramente una de las artes más ensalzadas.

—¿Ha dicho usted que toca el violín?

—Sí, senador, así es.

Abrió el estuche del violín, sacó el instrumento, lo afinó e interpretó un aire de Bach. Era una sencilla pieza de principiante y no la interpretó mejor que cualquier niño pero cuando la terminó hubo aplausos. Guardó el violín.

—Gracias, doctor Cameron, gracias. —Era el anciano, que estaba otra vez de pie—. Su música era encantadora y me ha recordado una fantasía que tengo a menudo en la que un hombre de otro planeta que ha visto nuestra tierra les dice a sus amigos: «Venid, venid, vayamos a la tierra. Tiene forma de huevo, está cubierta de fértiles mares y continentes, caldeada e iluminada por el sol. Tiene iglesias de indescriptible belleza levantadas en honor de dioses que nadie ha visto nunca, ciudades cuyos tejados y chimeneas en la distancia harán brincar vuestros corazones, auditorios en los cuales la gente escucha música de la máxima seriedad y miles de museos donde se conservan las obras nacidas del impulso de los hombres de celebrar la vida. Han inventado instrumentos musicales para despertar las más puras aspiraciones. Han inventado juegos para estimular a los jóvenes. Han inventado ceremonias para exaltar el amor entre los hombres y las mujeres. ¡Oh, corramos a ver ese mundo!».

El anciano se sentó.

—¿Doctor Cameron? —Era la voz de un senador que acababa de entrar—.

¿Tiene usted un hijo?

—Lo tenía —dijo el doctor con un magnífico tono incisivo.

—¿Quiere usted decir que murió?

—Mi hijo está en un hospital. Es un enfermo incurable.

—¿Cuál es la naturaleza de su enfermedad?

—Padece una deficiencia glandular.

—¿Cómo se llama el hospital?

—No recuerdo.

—¿Es el Hospital Psiquiátrico del Estado de Pennsylvania?

El doctor enrojeció, parecía alterado. Por un momento se puso a la defensiva. Luego recobró el ánimo.

—No lo recuerdo.

—Al discutir la enfermedad de su hijo, ¿se ha planteado alguna vez la cuestión de su forma de tratarle?

—Todas las discusiones acerca de la enfermedad de mi hijo —dijo el doctor con decisión— han sido mantenidas por psiquiatras, desgraciadamente. Estas discusiones no me son favorables porque la psiquiatría no es una ciencia. Mi hijo padece una deficiencia glandular y ninguna ociosa investigación de su vida pasada puede alterar ese hecho.

—¿Recuerda usted un incidente cuando su hijo tenía cuatro años y usted le castigó con una vara?

—No me acuerdo de ningún incidente concreto. Es probable que castigase al niño.

—¿Admite usted haber castigado al niño?

—Por supuesto. Mi vida es sumamente disciplinada. No puedo tolerar el menor signo de desobediencia o falta de responsabilidad en mi organización, en mis asociados ni en mí mismo. Mi vida, mi trabajo, que están relacionados con la seguridad del planeta, habrían sido imposibles si hubiese cedido en

esta postura.

—¿Es cierto que le azotó tan cruelmente con una vara que fue preciso llevarle al hospital y pasó allí dos semanas?

—Como ya he dicho, mi vida es sumamente disciplinada. Si yo renunciara a mi disciplina, esperaría que me castigaran. Trato a los que me rodean del mismo modo.

Replicaba con dignidad, pero el daño estaba hecho.

—¿Doctor Cameron? —preguntó el senador.

—Sí, señor.

—¿Recuerda haber tenido un ama de llaves llamada Mildred Henning?

—Es una pregunta difícil. —Se llevó una mano a los ojos—. Puede que esa mujer haya trabajado en mi casa.

—Que pase la señora Henning.

Entró una anciana de cabellos blancos vestida de luto y, una vez cumplidas las formalidades de su identificación, le pidieron que declarase. Tenía una voz rota y débil.

—Trabajé seis años para él en California —dijo—, y hacia el final me quedé solo para intentar proteger al chico, Philip. Siempre estaba metiéndose con él. A veces parecía como si quisiera matarle.

—Por favor, señora Henning, ¿quiere usted describirnos el incidente que nos mencionó antes?

—Sí. Tengo aquí las fechas. Tuve que llamar al funcionario de salud del condado, así que tengo las fechas. Fue el 19 de mayo. Él, el doctor Cameron, dejó un cambio, unas monedas, en su escritorio, y el chico cogió una de veinticinco centavos. No se le podía culpar, porque nunca le daba nada. Cuando el doctor volvió a casa por la noche contó el dinero, era muy metódico. Cuando vio que faltaba algo le preguntó al niño si lo había cogido. Bueno, el chico era bueno y sincero y lo reconoció enseguida. Entonces el

doctor le llevó a su cuarto, el chico tenía una habitación al fondo de la casa y allí había un armario empotrado grande y él le dijo que se metiera en él. Entonces él fue al cuarto de baño y llenó un vaso de agua y se lo dio y cerró la puerta del armario con llave. Esto fue a las siete menos cuarto. Yo no dije nada porque quería ayudar al chico y sabía que si abría la boca iba a ser peor para él. Así que le serví la cena al doctor con la cara seria y luego escuché y esperé, pero él no se acercó al armario donde estaba encerrado el pobre niño en la oscuridad. Entonces fui al armario, descalza, y le hablé muy bajito, pero él lloraba tanto, estaba tan angustiado que no podía hacer otra cosa que sollozar, y le dije que no se preocupara, que me echaría en el suelo junto al armario y me quedaría toda la noche, y eso hice. Estuve tumbada allí hasta el amanecer y luego le dije adiós y bajé a preparar el desayuno. El doctor se marchó al trabajo a las ocho y entonces yo intenté abrir la puerta del armario, pero tenía una buena cerradura y ninguna de las llaves que había en la casa la abría, y el pobre chiquillo seguía llorando y casi no podía hablar y se había bebido el agua y no tenía nada que comer y no había manera de pasarle agua ni comida. Así que, cuando hice las tareas de la casa, cogí una silla y me senté al lado del armario y le hablé hasta las seis y media, cuando llegó el doctor. Yo pensé que dejaría salir al chiquillo, pero él no se acercó a la habitación y cenó como si no pasara nada. Bueno, entonces esperé, esperé hasta que él empezó a prepararse para acostarse y entonces llamé a la policía. Él me dijo que me fuera de la casa, que estaba despedida, y cuando llegó la policía, trató de que me echaran pero yo hice que el agente abriera el armario y el pobre chiquillo, qué malito estaba, salió, pero yo tuve que irme, aunque se me partía el alma de dejarle solo, y nunca más he visto al doctor hasta hoy.

—¿Recuerda este incidente, doctor Cameron?

—¿Supone usted que, con las responsabilidades que tengo, puedo dedicarme a acordarme de estas cosas?

—¿No recuerda haber castigado al chico?

—Si le castigué, lo único que pretendía era enseñarle a distinguir el bien del mal.

Su voz conservaba el tono incisivo y aún se alzaba, pero no convenció a nadie.

—¿No recuerda haber encerrado a su hijo en un armario durante dos días sin comida ni agua?

—Le di agua.

—Entonces ¿recuerda el incidente?

—Solo quería enseñarle a distinguir entre el bien y el mal.

—¿Va usted a visitar a su hijo?

—De cuando en cuando.

Algo le impulsaba a continuar, alguna energía. Sonrió.

—¿Recuerda cuándo le visitó por última vez?

—No, no lo recuerdo.

—¿Hará unos diez años?

—No lo recuerdo.

—¿Reconocería usted a su hijo?

—Por supuesto.

—Papá, papá.

El hombre que habló desde la puerta parecía más viejo que su padre. Tenía el pelo blanco y la cara hinchada. Estaba llorando. Cruzó la sala, se arrodilló junto a su padre, trabajosamente porque no era ningún niño, y apoyó la cabeza en las rodillas de Cameron.

—¡Papá! —gritó— ¡Oh, papá! Está lloviendo.

—Sí, querido.

Era lo más elocuente que había dicho. Ya no veía la sala ni a sus jueces. Parecía inmerso en un equilibrio de amor y recelo, intensamente humano,

como si sus sentimientos fuesen un huracán con una circunferencia y un centro y él estuviera en la calma del centro.

—Está lloviendo, papá —dijo el hombre—. Quédate conmigo. No salgas con esta lluvia. Quédate conmigo por una vez. Ellos me dicen que tú me has hecho daño, pero yo no les creo. Te quiero, papá. Te querré siempre, papá. Te escribo muchas cartas, papá, pero tú nunca me contestas. ¿Por qué no contestas a mis cartas, papá? ¿Por qué no contestas nunca a mis cartas?

—No contesto a tus cartas porque me avergüenzo de ellas —dijo el doctor con voz ronca, pero no como si hablara con alguien infantil o loco, sino con un igual, su hijo—. Te envío todo lo que necesitas. Te mando buen papel de escribir, pero tú me escribes en papel de envolver, en las listas de la lavandería, o incluso en papel higiénico. —Su voz se alzó iracunda y resonó en las paredes de mármol—. ¿Cómo diablos esperas que conteste a tus cartas si las escribes en papel higiénico? Me avergüenza recibirlas, me avergüenza verlas. Me recuerdan todo lo que detesto en la vida.

—¡Papá, papá! —gritó el hombre.

—Nos vamos ya, Philip. Tenemos que irnos —dijo el enfermero que estaba con él, y cogió a su paciente del brazo.

—No, quiero quedarme con papá. Está lloviendo y yo quiero quedarme con papá.

—Ven, Philip.

—Papá, papá —gritaba mientras se lo llevaban, y cuando la puerta se cerró todavía le oían, como la señora Henning debió de haber escuchado su voz dentro del armario tantos años atrás.

—Propongo —dijo el viejo senador— que solicitemos, si está en nuestras manos, que el certificado de seguridad del doctor Cameron sea suspendido.

Al parecer la propuesta estaba en sus manos. La moción fue aprobada y se levantó la sesión. Cameron permaneció sentado en la silla de los testigos y

Coverly salió con los demás.

Emile y Melissa acordaron reunirse en Boston. Ella le dijo a Moses que tenía que ir al norte a ver a su tía. Esta vivía en Florida, pero Moses no discutió esa explicación.

Emile y ella volaron en distintos aviones. Él llegó una hora después que ella y se dirigió a la habitación de Melissa, donde pasaron la tarde. Luego salieron a dar un paseo. Hacía mucho frío y, contemplando las fachadas y las torres de Copley Square, a ella le conmovió pensar que en otro tiempo Boston se consideró a sí misma ciudad hermana de Florencia, ese valle de flores. El viento le azotaba la cara. Él se paró a mirar una sortija en el escaparate de una joyería. Era una sortija de hombre, con un zafiro montado en oro. A ella no le interesó, pero él parecía fascinado. Melissa temblaba de frío mientras él admiraba la piedra.

—Me gustaría saber cuánto cuesta. Voy a preguntarlo.

—No, Emile —dijo ella—. Estoy helada. Además, esas cosas son siempre carísimas.

—Voy a preguntarlo. No tardo nada.

Ella le esperó en la puerta.

—¡Ochocientos dólares! —exclamó él al salir—. Imagínate. Ochocientos dólares.

—Ya te dije que sería muy cara.

—Ochocientos dólares. Pero era bonita, ¿verdad? Y supongo que si uno necesitase dinero siempre podría venderla. Quiero decir que esas cosas

siempre conservan su valor, ¿no te parece? Sería algo así como una inversión. ¿Sabes? Si yo tuviera ochocientos dólares a lo mejor me compraba una sortija como esa. Solo a lo mejor. Cuando la gente viera la sortija, siempre sabrían que yo valía ochocientos dólares. Los camareros y gente así. Quiero decir que deben de respetarle a uno si lleva una sortija como esa.

A ella le pareció que él estaba rebajando deliberadamente la relación entre ellos y obligándola a la humillación de comprarle la sortija, pero se equivocaba; la idea no se le había pasado por la cabeza.

—¿Quieres que te compre la sortija, Emile?

—Oh, no. Ni se me había ocurrido. Sencillamente me llamó la atención. Ya sabes, a veces una cosa te llama la atención.

—Te la compraré.

—No, no, olvídale.

Cenaron en un restaurante y luego fueron al cine. Al volver al hotel él compró un periódico y se puso a leerlo en la habitación de Melissa mientras ella se desnudaba y se cepillaba el pelo.

—Tengo hambre —dijo él de pronto. Su tono era malhumorado—. En casa siempre tomo un plato de cereales o un sándwich o algo antes de acostarme. —Se puso de pie, se llevó las manos al estómago y gritó—: ¡Tengo hambre! No como suficiente en los restaurantes. Todavía estoy creciendo. ¡Tengo que tomar tres comidas abundantes al día y a veces algo más entre horas!

—Bueno, ¿por qué no bajas a comer algo?

—Bueno.

—¿Necesitas dinero?

—Más o menos.

—Toma. Aquí tienes algo de dinero. Baja a tomarte algo.

Él salió, pero no volvió. A medianoche ella echó la llave y se acostó. Por la mañana se vistió y se fue a la joyería a comprar la sortija.

—Oh, la recuerdo —dijo el dependiente—, la vi anoche. La vi en la puerta cuando su hijo entró a preguntar el precio.

Fue un golpe para ella y supuso que se le habría notado. Pensó que quizá la oscuridad invernal y las luces de la calle la habrían hecho parecer mayor.

—Es usted una madre muy generosa —comentó el dependiente al coger el cheque y entregarle el estuche.

Llamó a la habitación de Emile y, cuando él bajó, le dio la sortija. El placer y la gratitud del muchacho, pensó, no eran mercenarios ni groseros, sino únicamente la respuesta natural a las antiguas pruebas de amor, al poder inmemorial de las piedras preciosas y el oro fino. Por la tarde había niebla, y todos los vuelos estaban cancelados, por lo que regresaron en tren, viajando en diferentes vagones.

Él se sentó junto a la ventanilla, mirando el paisaje. Al sur de Boston, el tren pasó por una zona residencial. Todas las casas eran nuevas y, aunque los arquitectos y los jardineros habían logrado introducir algunos cambios aquí y allí, el efecto era monótono. Lo que le interesó fue que en el centro de la urbanización se alzaba un gran bloque de granito, feo, incoloro, en forma de barra de pan. Las carreteras tenían que circunvalarlo a un alto coste. Los lados eran demasiado escarpados para sostener los cimientos de una casa. Parecía, en su inutilidad, triunfalmente obstinado y perverso. Era la única forma en el paisaje que no había sucumbido al cambio. No podía ser dinamitado. Tampoco podía ser picado y retirado a trozos. Era inútil e invencible. Unos muchachos de su edad estaban trepando por un costado y él adivinó que era su último refugio.

Era ya tarde y hacía frío, y él recordó la sensación de esa época del año y de la hora cuando llegaba el momento de dejar de jugar y volver a casa a estudiar. Cerca de donde él vivía había una roca similar a esta, y él había trepado a ella en las tardes de invierno para fumar cigarrillos y hablar con sus

amigos sobre el futuro. Recordaba buscar con las manos puntos de apoyo en la pared vertical, y que la áspera piedra se enganchaba en sus mejores ropas del colegio, pero lo que recordaba con más claridad era que, una vez que sus pies tocaban el suelo, él tenía la sensación de despertar a una vida enteramente nueva, la llegada a un nuevo estado de conciencia, tan claramente distinto de su pasado como el sueño es diferente del despertar. Parado al pie de la roca a esa hora y en esa estación del año —a punto de marcharse a casa a estudiar, pero todavía no en camino—, miraba los patios, los árboles y las casas iluminadas con una sensación galvánica de descubrimiento. ¡Qué vigoroso e interesante le había parecido el mundo bajo la luz invernal! ¡Qué nuevo parecía todo! Probablemente conocía cada ventana, cada tejado, cada árbol, cada característica del lugar, pero se sentía como si lo viera todo por primera vez.

Cuánto había envejecido él desde entonces.

Se reunieron de nuevo diez o quince días más tarde en un hotel de Nueva York. Ella llegó primero y ordenó que le trajeran whisky y unos sándwiches de carne asada. Cuando él entró, ella se sirvió una copa y le preparó otra a él, y fue él quien se comió los dos sándwiches que ella había pedido. Llevaba una pulsera con campanillas de plata que se había comprado hacía muchos años en Casablanca. Una vieja prima rica le había ofrecido un crucero por el Mediterráneo como regalo de Navidad, y durante el viaje nunca había podido escapar a un sincero y opresivo sentimiento de gratitud hacia la anciana. Cuando vio Lisboa pensó: ¡Oh, prima Martha, ojalá pudieras ver Rodas! De pie en la casba al atardecer pensó: ¡Oh, prima Martha, ojalá pudieras ver el tono púrpura que tienen los cielos sobre África! Recordando esto sacudió las campanillas de plata.

—¿Tienes que llevar esa pulsera? —preguntó él.

—Claro que no —contestó ella.

—Odio esa clase de chatarra —dijo él—. Tienes montones de joyas buenas, esos zafiros, por ejemplo. No entiendo por qué llevas baratijas. Esas campanillas me ponen nervioso. Cada vez que te mueves, suenan. Me ponen nervioso.

—Lo siento, cielo —dijo ella.

Se quitó la pulsera. Él parecía avergonzado o confuso por su brusquedad; nunca antes se había mostrado brusco o duro con ella.

—A veces me pregunto por qué me ha sucedido esto —dijo Emile—. Quiero decir, ya sé que no podía haber tenido nada mejor. Eres guapísima y fascinante, eres la mujer más fascinante que he visto, pero a veces me pregunto por qué tenía que sucederme de esta manera. Quiero decir, hay chicos que desde el principio conocen a una chica bonita que vive cerca, sus padres son simpáticos, van al mismo colegio, a los mismos bailes, van a bailar juntos, se enamoran y se casan. Pero supongo que eso no vale para los pobres. Ninguna chica bonita vive cerca de mí. No las hay en mi calle. Oh, me alegro de que me sucediera así, pero no puedo dejar de pensar cómo habría sido de otra manera. Es como en Nantucket aquel fin de semana. Ese era el fin de semana del gran partido de fútbol americano, y yo pensaba que allí estábamos nosotros, los dos solos en aquella casa vieja y triste, era un sitio muy triste, con lluvia y frío y todo, mientras otros chicos iban al partido en coches descapotables.

—Debo parecerte muy vieja.

—Oh, no. De verdad que no. No es eso... Solo una vez. Fue en Nantucket también. Llovió durante la noche. Empezó a llover y tú te levantaste a cerrar la ventana.

—¿Y te parecí terriblemente vieja?

—Solo por un minuto... En realidad no. Pero, ya sabes, tú estás acostumbrada a las comodidades, eres diferente. Dos coches, mucha ropa. Yo

no soy más que un chico pobre.

—¿Y eso importa?

—Oh, ya sé que tú piensas que no, pero sí importa. Cuando tú entras en un restaurante, nunca miras los precios. Tu marido te puede pagar todas esas cosas. Él puede comprarte todo lo que quieras, está forrado, pero yo no soy más que un pobre chico. Supongo que soy una especie de lobo solitario. Supongo que la mayoría de los pobres lo son. Nunca viviré en una casa como la tuya. Nunca seré socio de un club de campo. Nunca tendré un chalet en la playa. Y aún tengo hambre —añadió, mirando el plato de los sándwiches vacíos—. Todavía estoy creciendo, ya lo sabes. Tengo que almorzar bien. No quiero parecer desagradecido ni nada, pero tengo hambre.

—Baja al comedor, cariño, y tómate una buena comida —dijo ella—. Aquí tienes cinco dólares.

Le dio un beso y, en cuanto él salió, ella se marchó del hotel.

Melissa paseó por las calles —no tenía adónde ir— preguntándose cuál había sido el primer eslabón de la cadena de sucesos que la había llevado al punto donde se encontraba. El ladrido de un perro, el sueño de un castillo o su aburrimiento en el baile de la señora Wishing. Entonces regresó a casa, y mirad a esta hermosa mujer que se baja del tren en Proxmire Manor. Ved lo que hace. Ved lo que le ocurre.

Lleva un abrigo de visón y va sin sombrero. Su coche es un descapotable. Lo conduce hasta su casa, cuya blancura parece dar fe de la pureza de ella. ¿Cómo puede ser una pecadora alguien que vive en un ambiente tan decoroso? ¿Cómo puede ser sacudida por incontrolables pasiones alguien que posee tantos muebles Hepplewhite en buen estado? Abraza a su único hijo con lágrimas en los ojos. Este amor por el niño parece ser una cosa más que se acumula en su alma. Sola en su dormitorio, se dobló en dos por la necesidad y gruñó como una perra en celo. Él —su fantasma— cruzó la habitación y, aunque ella conocía la fealdad de su mente, su piel parecía brillar; parecía un Adán de oro. Deseaba olvidarle. Deseaba la absolución. Se había echado un amante, pero ¿acaso era esto tan revolucionario? Puede que se hubiera equivocado en su elección, aunque ¿no era eso, en la historia de las cosas, algo tan corriente como la lluvia? Pensó fugazmente en confesárselo todo a Moses, pero conocía su orgullo demasiado bien y sabía que él la echaría de casa. Se sentía desgarrada. Había confiado en ser una mujer natural, sensual pero nada romántica, capaz de echarse un amante

alegremente y de dejarlo alegremente cuando llegase el momento. Lo que se le había revelado era la fuerza que tenían la culpa y la lujuria dentro de su temperamento. Había infringido los cánones de una sociedad decorosa y ahora parecía estar empalada en ese decoro que despreciaba. El dolor era insoportable y bajó y se sirvió una copa. Le hubiese dado vergüenza pedirle hielo a la cocinera tan temprano, así que le echó agua al whisky en el cuarto de baño y se lo bebió allí.

La bebida la hizo sentirse mejor. Se tomó otra copa rápidamente. No era capaz de exorcizar la imagen de Emile pero, poco a poco y con ayuda del whisky, pudo mirarla bajo una luz diferente. Venía hacia ella con los brazos extendidos y la abrazaba pero ahora tenía un aspecto malvado, parecía querer rebajarla y destruirla. Ella había sido inocente, ¡había sido agraviada! Eso era. El alivio de atribuirle maldad fue enorme. ¡Él había abusado de su inocencia! Pero luego, recordando el viaje a Nantucket, en el cual solo había recibido de él la más alentadora y tierna lascivia, ¿podía afirmar que ella fuera inocente, que él se hubiera aprovechado de ella? El alivio de la absolución se desvaneció y bebió más whisky. Cuando Moses llegó a casa, ella estaba completamente borracha.

Moses no dijo nada. Pensó que ella debía de haber recibido una mala noticia. Parecía soñolienta; se le cayó un cigarrillo encendido sobre la alfombra y al entrar en el comedor dio un traspie y estuvo a punto de caerse. Cuando Moses salió para meter los coches en el garaje, ella fue al bar y bebió un trago de whisky directamente de la botella. Pese a lo borracha que estaba, no podía dormir. Moses no la tocó, pero, tumbada a su lado, ella pensó que una pequeña cicatriz que Emile tenía entre el vello del vientre era más valiosa para ella que toda la enormidad del amor de Moses. Cuando este se durmió, bajó y se sirvió más whisky. Estuvo bebiendo hasta las tres, pero cuando volvió a la cama la imagen de Emile, su dorado Adán, aún era vívida. Para

distraerse planeó la renovación de su cocina. Quitó los viejos fogones, el frigorífico, el lavaplatos y la pila, eligió un nuevo linóleo, un nuevo cubo de la basura, una nueva combinación de colores, una nueva iluminación. ¿Era una estupidez suya, o de su época, el hecho de que, en medio de la angustia de un amor sin esperanza, el único consuelo que pudiera hallar fuese imaginar nuevas cocinas y linóleos?

A la tarde siguiente fue al médico para que la examinara. Se tumbó en la camilla, en bragas. La habitación estaba excesivamente caldeada. Pensó que el médico la tocaba con una suavidad que no era clínica, aunque esto podría ser, y ella lo sabía, la culminación de sus confusos sentimientos, distorsionados por los sueños lujuriosos, la borrachera y una noche casi en blanco. Cuando él le palpó los senos, ella creyó ver en su cara la inconfundible tristeza del deseo. Ella volvió la cabeza hacia el otro lado, pero ahora su respiración era profunda y agitada y sus frustraciones acumuladas, su pena por Moses y su deseo de Emile amenazaban con ahogarla. ¿Qué podía hacer? ¿Hablar del tiempo? ¿Criticar a la Junta de Urbanismo? ¿Evocar lo que entonces le parecía la frágil e hipócrita cadena de circunstancias que les apartaba del desastre? Él parecía prolongar lascivamente el examen y ella sentía que las ataduras de su sentido común cedían una tras otra hasta que sus sensaciones eran desenfrenadas. Levantó una mano y le acarició la nuca y él no hizo ningún movimiento para desalentarla. Cuando ella le oyó desabrocharse torpemente, cerró los ojos. El momento fue explosivo e instantáneo. Ella casi perdió la conciencia. Mientras él se vestía, sonó el teléfono.

—Sí, sí —dijo él—, pero como sabes, Ethel, no creemos que viva hasta mañana.

Melissa se vistió y se puso el abrigo de pieles.

—¿Cuándo puedo volver a verte? —preguntó el médico.

Ella no respondió. Seis o siete pacientes esperaban en la antesala. Uno de ellos, un viejo, gemía de dolor. Ella también sentía un gran dolor, más agudo que el suyo, pensó, porque el sufrimiento de él era inocente. Salió a la calle, a la tarde. Los parquímetros funcionaban. En una tienda vendían carne picada y beicon. Una fuente salpicaba en el parque público. Ella saludó con una sonrisa y un gesto de la mano a una amiga que pasó en un coche. La consumada habilidad con que aparentaba ser respetable era atroz y ella detestaba a los impostores. Aquí estaba la luz del atardecer —las fachadas de las tiendas parecían iluminadas con fuego— y ella parecía inalcanzable a la luz debido a su desesperación.

¿Estaba enferma? Sabía que ese sería el caritativo juicio que emitiría la calle y la gente y se rebelaba amargamente contra él, porque si ella estaba enferma, también lo estaba Moses, y Emile, y el médico, y la humanidad. El mundo, el pueblo, le perdonarían sus pecados si ella acudiera al doctor Herzog, a quien había visto por última vez bailando con una mujer gorda vestida de rojo, y se descargara de sus recuerdos y confusiones tres veces por semana durante un año o dos. Pero ¿acaso no era su rechazo a la intolerancia y a la anestesia lo que la había llevado a esta situación, su odio a la higiene mental, sexual y espiritual? No podía creer que sus penas pudieran ser blanqueadas atribuyéndolas a la locura. Este era su cuerpo, esta era su alma, estas eran sus necesidades.

Su hijito vino a recibirla cuando entró en casa y ella le cogió en sus brazos con gran ternura. Cuando él volvió a la cocina, ella se sirvió un whisky en el cuarto de baño para paliar el dolor. Entonces telefoneó a su párroco y preguntó si podía ir a verle enseguida. La señora Bascom, su esposa, que contestó al teléfono, le dijo amablemente que fuera. La señora Bascom, oliendo agradablemente a perfume y a jerez, la hizo pasar a la rectoría. Seguramente había pasado la tarde jugando al bridge. Melissa sabía que era

sentimental por su parte anhelar una vida centrada en las partidas de bridge, pero la sencillez y la alegría de otra mujer despertaron en ella un tremendo anhelo. La actitud de la señora Bascom le parecía tan sólida como una casa bien construida, con las ventanas resplandecientes de luz, mientras que Melissa se sentía expuesta a todas las inclemencias. La señora Bascom la llevó a una sala donde el rector estaba arrodillado delante de la chimenea, encendiendo unos papeles y astillas con una cerilla.

—Buenas tardes —dijo él—. Buenas tardes, señora Wapshot. —Era un hombre grueso, con el cabello manchado de un gris desalentador como las últimas nieves del invierno y con un rostro fuerte y feo—. He pensado en encender el fuego. No hay nada como el fuego para estimular la conversación, ¿verdad? Siéntese, siéntese. Tengo que hacerle una confesión. —Ella se estremeció al oír esa palabra—. El club de bridge de la señora Bascom, uno de sus *tres* clubes de bridge, tenía partida esta tarde y yo decidí concederme vacaciones y he pasado toda la tarde viendo la televisión. Ya sé que mucha gente está en contra de la televisión pero durante mis horas de, llamémosle, disipación, he visto algunos telefilmes muy interesantes y algunas interpretaciones espléndidas. No me sorprendería nada descubrir que hoy en día los niveles interpretativos en televisión son muy superiores a los del teatro. He visto una telecomedia muy interesante que trataba de una mujer que se sentía tentada, digo tentada pero no había nada pecaminoso, debido a la monotonía de su vida de clase media, a abandonar a su familia en favor de un negocio. Tenía una suegra muy desagradable. No verdaderamente desagradable, supongo, sino que era una mujer cuyo carácter, podríamos decir, había sido formado por una serie de desafortunadas circunstancias. Era una mujer posesiva. Pensaba que la protagonista descuidaba a su marido. Bueno, la suegra era rica y ellos tenían todos los motivos para esperar una sustanciosa herencia cuando ella falleciera. Hacen una excursión a un lago,

oh, estaba muy bien hecho, y durante una tormenta, la suegra se ahoga. La siguiente escena es en el despacho del abogado donde leen el testamento y descubren asombrados que solamente les ha dejado un dólar. Bueno, la esposa, en lugar de sentirse defraudada, descubre nuevas fuentes de energía en sí misma ante este giro de los acontecimientos y puede dedicarse, redoblar su dedicación, por así decirlo, a su familia una vez más. Era todo muy revelador y creo que si viéramos la televisión más a menudo y viéramos las penas y los problemas de otros, quizá seríamos menos egoístas, y nos dejaríamos abrumar menos por nuestros pequeños problemas.

Melissa había acudido a él en busca de compasión, pero comprendió que más le valdría haberle pedido compasión a la puerta de un granero o a una piedra. Por un momento, la estupidez, la vulgaridad del señor Bascom le parecieron inviolables. Pero si él no sentía compasión por ella, ¿no era entonces responsabilidad suya ofrecérsela a él, intentar comprender, intentar al menos tolerar la imagen de este hombre gordo y simple aplaudiendo las imbecilidades de la televisión? Lo que la conmovió, mientras él se inclinaba hacia el fuego, fue la antigüedad de sus devociones. Ningún mensajero vendría nunca a su puerta con la noticia de que el sacristán había sido martirizado por la policía local, y si ella utilizara el nombre de Jesucristo fuera de su contexto litúrgico, él se sentiría terriblemente azorado. Él no tenía la culpa, no había elegido este momento de la historia, no era el único a quien había desbordado la tarea de dar ardor y realidad a la pasión de Nuestro Señor. Había fracasado, sentado junto a su chimenea parecía ser un fracasado, lo mismo que ella, y merecer, como cualquier fracasado, compasión. Comprendió cuán apasionadamente deseaba él eludir las preocupaciones de ella; hablar de la tómbola de la iglesia, del campeonato mundial, de la cena, del elevado precio del cristal coloreado, de la perfidia del comunismo, de lo cómodas que eran las mantas eléctricas, de cualquier cosa que no fuera su

preocupación.

—He pecado —dijo Melissa—. He pecado y el recuerdo es doloroso, el peso es intolerable.

—¿En qué ha pecado?

—He fornicado con un muchacho. Aún no tiene veintiún años.

—¿Ha sucedido con frecuencia?

—Muchas veces.

—¿Y con otros?

—Solo con uno más, pero no puedo fiarme de mí misma.

Él se cubrió los ojos con las manos y ella se dio cuenta de que estaba escandalizado y asqueado.

—En asuntos como este —dijo, con los ojos aún cubiertos— trabajo con el doctor Herzog. Puedo darle su número de teléfono, o le llamaré yo mismo con mucho gusto y concertaré una cita para usted.

—No quiero ir al doctor Herzog —replicó Melissa, llorando—. No puedo.

Salió de la rectoría y al llegar a casa telefoneó a la tienda de Narobi. La cocinera ya había hecho el pedido de los comestibles, y ella pidió una caja de tónicas, berros y pimienta.

—Su cocinera ya pidió una caja de tónicas esta mañana —dijo el señor Narobi con un tono desagradable.

—Sí, ya lo sé —dijo Melissa—. Es que tenemos invitados.

Poco rato después llegó Emile.

—Lamento haberte dejado en Nueva York —dijo Melissa.

—No importa. —Se rio—. Tenía hambre.

—Quiero verte.

—Bien. ¿Dónde?

—No sé.

—Bueno, está la choza —dijo él—. Algunos amigos y yo tenemos una

choza cerca de la cala. Pasaré por la tienda y luego me reuniré contigo allí dentro de media hora.

—De acuerdo.

—Cruzas el puente del ferrocarril —le explicó él— y bajas hacia la cala. Hay un camino de tierra junto al vertedero. Llegaré allí antes que tú y me aseguraré de que no haya nadie.

Ella apenas miró la choza más allá de la pared junto a la cual estaba acostada.

—¿Sabes? —comentó él—. Al mediodía comí sopa de almejas, un sándwich caliente de ternera asada con dos verduras de guarnición y luego tarta y helado, y todavía tengo hambre.

Emile y la señora Cranmer vivían en el segundo piso de una casa de madera para dos familias. La vivienda estaba pintada de verde oscuro con puertas y ventanas en blanco; el verde se había vuelto negro por efecto de la lluvia y la casa pertenecía a una especie gregaria, de esas que rara vez se las ve solas. Aparecen en los alrededores de Montreal, reaparecen al otro lado de la frontera, en los pueblos madereros y textiles del norte, florecen en Boston, Baltimore, Cleveland y Chicago, desaparecen brevemente en los estados del trigo y vuelven a brotar en los barrios pobres de Sioux City, Wichita y Kansas City, formando una cadena irregular y fuerte de domicilios casi nómadas que atraviesa todo el continente.

Cuando volvía a casa andando por las tardes, al acabar el trabajo en Barnum, la señora Cranmer pasaba por delante de la que había sido su casa cuando vivía su marido. Era una casa grande de ladrillo y estuco. ¡Doce habitaciones! Las dimensiones y comodidades de la vivienda retornaban a su mente como un conjuro. El banco había vendido la casa a una familia italiana apellidada Tomasi. Pese a su esfuerzo por aceptar las doctrinas de igualdad que le habían enseñado en la escuela, experimentaba cierta amargura ante la idea de que gente de otro país, gente que aún no había aprendido el idioma y las costumbres de Estados Unidos, pudiese poseer la casa de alguien que, como ella, había nacido aquí. La realidad económica era ineludible y ella lo sabía, pero eso no aliviaba su amargura. La casa le seguía pareciendo suya, aún parecía estar bajo su custodia, aún le recordaba la riqueza de su vida con

el señor Cranmer. Los Tomasi pasaban la mayor parte del tiempo en la cocina y las ventanas de la fachada principal solían estar apagadas, pero esa tarde en una de ellas había una lámpara de flecos encendida y detrás, colgadas en la pared, la señora Cranmer vio las fotografías ampliadas de unos extranjeros: los hombres con bigotes y cuellos altos y las mujeres de negro. Experimentó una intensa sensación de otredad al mirar hacia el interior de las ventanas iluminadas de una casa en la que se había centrado su vida. Continuó su camino sobre sus zapatos de historieta cómica.

Encontró el periódico de la tarde en el cajetín de correo. Generalmente lo leía en la cocina. Las historias más sensacionales trataban de la disimulada revolución moral que se estaba produciendo entre los hombres de la edad de Emile. Robaban, saqueaban, se emborrachaban, violaban y, cuando estaban en la cárcel, arrancaban las cañerías. Razonaba que la culpa era de sus padres y elevaba al cielo una plegaria totalmente sincera de agradecimiento por el hecho de que Emile fuera un muchacho tan bueno. En su juventud también había visto alguna violencia, pero entonces el mundo parecía más vasto y compasivo. Nunca había podido determinar quién tenía la culpa de lo que estaba ocurriendo. Temía que el mundo estuviera cambiando con demasiada rapidez para su inteligencia y su intuición. No tenía a nadie que la ayudase a separar el bien del mal. Cuando terminaba de leer el periódico solía ir a su dormitorio para quitarse las galas que indicaban que había conocido el amor de un hombre bueno. Nunca iba descuidada ni desaseada. Se ponía unas zapatillas limpias y un vestido limpio de algodón y luego, por regla general, preparaba la cena. Esa noche fue directamente a su dormitorio, se tumbó en la cama a oscuras y se echó a llorar.

Volviendo de la choza en el coche, Emile pensó que estaba descubriendo en sí mismo una vena nueva de seriedad, un aspecto nuevo de madurez. La cocina estaba encendida cuando él entró, pero su madre no estaba allí y luego

la oyó llorar en su cuarto. Enseguida supo por qué lo hacía, pero le cogió completamente desprevenido. Su corazón le impulsó a entrar de inmediato en la habitación a oscuras, donde la encontró más desolada, más parecida a una niña que nunca, arrojada sobre la cama por su angustia, totalmente desconcertada y perdida. Se sintió aplastado por el dolor de ella.

—No puedo creerlo —sollozó ella—. No puedo creerlo. Yo pensaba que eras un muchacho tan bueno, le daba gracias a Dios por tu bondad, noche tras noche, y todo el tiempo, ante mis propias narices, estabas haciendo eso. Me lo ha contado el señor Narobi. Vino hoy a la tienda.

—No es verdad, madre. Diga lo que diga el señor Narobi, no es verdad.

Ella apretó la cara contra la almohada húmeda, como un niño, y él tuvo la impresión de que era una niña, su hija, tratada con crueldad por un extraño.

—Eso es lo que rogué que dijeras, eso es lo que esperé que dijeras, pero ya no puedo creer nada. El señor Narobi me lo contó todo, ¿y para qué me lo iba a contar si no fuera verdad? No puede habérselo inventado.

—No es cierto, madre.

—Pero, entonces ¿por qué me ha contado todo eso? ¿Por qué me ha contado todas esas mentiras? Dice que hay una mujer a la que has estado viendo. Dice que ella siempre está llamando a la tienda, aunque no necesite nada, y que él sabe muy bien lo que pasa.

—No es cierto.

—Pero ¿por qué me contó esas mentiras entonces? Quizá está celoso —dijo con una inquieta esperanza—. Ya sabes que hace dos años me pidió que me casara con él. Por supuesto, yo no volveré a casarme nunca, pero él pareció enfadarse cuando se lo dije.

Se sentó en la cama y se secó las lágrimas.

—Puede que sea eso —dijo él.

—Vino una noche cuando yo estaba sola. Me trajo una caja de caramelos y

me pidió que me casara con él. Cuando le contesté que no, se enfadó y me dijo que lo lamentaría. ¿Crees que es eso lo que intenta hacer? ¿Que lo lamente?

—Sí, eso debe de ser.

—¿Verdad que es raro? Pensar que alguien quiere hacerme daño a mí. ¿Verdad que es raro? Que cosa más extrañas hace la gente ¿no?

Se lavó la cara y empezó a hacer la cena. Emile se fue a su cuarto, preocupado por la sortija de zafiro, que tenía escondida en un cajón. Se sentiría más seguro teniéndola en el bolsillo. Abrió el cajón y estaba sacándola del estuche cuando se volvió y vio a su madre de pie en la puerta.

—Dame eso —gritó ella—. Dame eso, demonio. ¿Quién te ha metido el diablo en el cuerpo? ¿Quién? Dame esa sortija. ¿Así es como ella te paga, asquerosa serpiente? No creas que voy a llorar por ti. Derramé mis últimas lágrimas de verdad en la tumba de tu padre. Yo sé lo que es ser amada por un hombre bueno y eso no me lo puede quitar nadie. Quédate en tu cuarto hasta que yo te diga que salgas.

Moses abrió la puerta cuando la señora Cranmer llamó al timbre a la tarde siguiente. Llevaba sombrero, guantes y demás, y él no podía imaginar qué querría. Ella no tenía coche y debía de haber venido a pie desde la parada del autobús. Él pensó al principio que se habría equivocado de dirección. Podía ser una cocinera o una costurera que buscaba trabajo. Hablarle a él directamente, como hizo la señora Cranmer, pareció agotar su valor y su autoestima.

—Dígale a su mujer que deje en paz a mi hijo.

—No la entiendo.

—Dígale a su mujer que deje en paz a mi hijo. No sé a cuántos hombres persigue, pero si la pillo otra vez cerca de mi chico, le arranco los ojos.

—No sé...

Ella se había quedado sin fuerzas y él cerró la puerta.

—Melissa, Melissa —llamó.

¿Por qué no respondía? ¿Por qué no respondía? La oyó subir las escaleras y la siguió. La puerta estaba abierta y ella estaba sentada ante su tocador con la cara entre las manos. Él sintió que la sangre del asesinato corría por sus venas y, lo mismo que por el deseo a veces le parecía tener el cuerpo de ella bajo sus manos antes de haberla tocado, ahora le pareció notar su cuello, los tendones, los músculos, mientras le quitaba la vida. Temblaba. Se acercó a ella por la espalda, le puso las manos alrededor del cuello y cuando ella gritó, él estranguló el grito, pero entonces un temor al infierno surgió en su interior y la tiró al suelo y salió de allí.

¿Qué le había sucedido, qué le había sucedido a Moses Wapshot? Era el más guapo, el más brillante, el más natural de los dos hermanos y, sin embargo, a sus treinta y tantos años estaba envejecido, como si las crisis de su época hubiesen resultado mucho más duras para un temperamento sencillo e impetuoso como el suyo que para Coverly, con ese cuello largo, esa molesta costumbre de hacer crujir sus nudillos y esos ataques de melancolía y petulancia.

Moses llegó repentinamente a Talifer un sábado por la mañana, sin previo aviso. Encontró a su hermano limpiando los cristales de las ventanas. Una mitología que arrojase algo de luz y penetrara la densidad de la relación entre hermanos parece detenerse en Caín y Abel, y puede que sea mejor así. El auténtico placer con que Coverly y Moses se saludaron estaba salpicado de forma inconsciente de impulsos criminales. Moses sonrió con desprecio al ver los trapos de limpiar cristales de su hermano. Coverly notó que Moses tenía la cara enrojecida e hinchada. Este llevaba un bastón con el puño de plata. No bien entró en la casa, desenroscó el puño y se sirvió un dry martini del bastón.

—Contiene medio litro —dijo tranquilamente—. ¿Verdad que a papá le habría gustado tener uno?

Se bebió su ginebra a tan temprana hora del día como si el recuerdo de su padre y tantos otros bebedores empedernidos le eximiera, por ser un Wapshot, de los problemas de la sobriedad y la autodisciplina.

—Voy para San Francisco —explicó—. Y decidí pasarme por aquí. Sale un avión a las cinco. Melissa y el niño están *muy* bien. Están fenomenal.

Lo dijo en tono alto y firme porque como Coverly —como Melissa— había desarrollado la habilidad de creer que lo que había sucedido no había tenido lugar, que lo que estaba sucediendo no estaba ocurriendo y que lo que podría suceder era imposible. El misterio de Honora era la primera preocupación de ambos. Coverly había telefonado a Saint Botolphs, pero nadie contestaba. Las cartas que le había escrito a Honora se las habían devuelto. Moses había pensado que las cartas de ella hablando del acebo quizá ocultaban el hecho de que estaba enferma pero ¿cómo encajar esto con el hecho de que había infringido alguna ley? Coverly podía haberle enseñado a su hermano el centro de cálculo o haberle mostrado con los prismáticos la hilera de torres de los misiles pero, en vez de eso, le llevó en el coche a la granja en ruinas y pasearon por el bosque. Hacía un hermoso día de invierno en ese lugar del mundo y Coverly trajo a este espacio luminoso una considerable melancolía. En el huerto aún crecían algunas frutas retorcidas y el sonido y la fragancia de las frutas caídas le pareció una parte tan antigua del mundo como sus océanos. El paraíso (pensó) debía de oler a frutas caídas. Unas cuantas hojas muertas revoloteaban en el viento, recordándole las energías que mueven las estaciones. Observando las hojas impulsadas hacia delante, experimentó dentro de sí un despertar de aspiraciones y de dudas. La principal preocupación de Moses parecía ser su sed. Después de pasear un rato, sugirió que buscaran un establecimiento de bebidas. Cuando regresaban al coche, se produjo un lanzamiento abortado en la torre de un misil. Oyeron una fuerte explosión procedente de esa dirección y luego hubo señales de una alerta aérea. No se veían aviones en el cielo azul pero se oía el rugido de sus motores como el inocente rugido de una caracola marina cuando un viejo la aplica al oído de un niño.

Volvieron al coche y fueron a una tienda de bebidas en las afueras, pero la encontraron cerrada. Había un letrero en el escaparate: ESTE ESTABLECIMIENTO HA CERRADO PARA QUE SUS EMPLEADOS PUEDAN ESTAR CON SUS FAMILIAS. En Talifer cundía a veces un pánico esporádico e insensato. Un puñado de hombres y mujeres perdía la esperanza y se retiraba a sus refugios para rezar y emborracharse; pero esto no le parecía a Coverly más significativo que cuando, en su infancia, los adventistas se cubrían con sábanas de tarde en tarde, subían al monte de Parson y esperaban la resurrección de los muertos y la vida del mundo por venir. El desastre total parecía formar parte de la imaginación universal. Se dirigieron al centro comercial y encontraron una tienda de bebidas abierta. Moses dijo que necesitaba dinero en metálico y el dueño, con el aval de Coverly, le hizo efectivo un cheque por cien dólares. Al llegar a casa, Moses llenó su bastón y se dedicó a beber en serio. A las cuatro de la tarde Coverly llevó a su hermano al aeropuerto y se despidió de él en la puerta principal; una despedida que para ambos constituyó una violenta mezcla de afecto y combatividad.

Tres días después, la tienda de bebidas llamó a Coverly para decirle que les habían devuelto el cheque de Moses. Coverly pasó por allí y pagó la deuda con uno suyo. El jueves le llamaron de un motel cerca del aeropuerto.

—He visto su nombre en la guía telefónica —dijo el desconocido—, y, como es un apellido tan raro, pensé que podían ser parientes. Aquí hay un hombre que se llama Moses Wapshot. Está aquí desde el sábado y, contando las botellas vacías, calculo que se está bebiendo unos dos litros diarios. No ha armado jaleo ni nada, pero, a menos que tire el alcohol por el retrete, a este paso va a acabar mal. He pensado que si era usted pariente suyo debía saberlo.

Coverly dijo que iría inmediatamente y se fue al motel, pero cuando llegó allí, Moses ya se había marchado.

Es dudoso que Emile hubiese querido nunca a Melissa, que hubiese experimentado nunca un auténtico impulso de amor por nadie que no fuera él mismo y el fantasma de su padre. Pensaba en Melissa de cuando en cuando y siempre llegaba a la conclusión de que él era inocente; cualesquiera que fuesen los sufrimientos de ella no eran responsabilidad suya. Después de que le echaran de la tienda de Narobi anduvo una temporada matando el tiempo y luego empezó a trabajar en el nuevo supermercado de la colina, el de la torrecilla. Oficialmente, le contrataron para trabajar en el almacén pero cuando el señor Freeley, el encargado, le cogió, le explicó que tendría otra misión. El supermercado se había abierto dos meses antes, pero el negocio iba mal y las amas de casa, como niños mal criados, eran caprichosas y a veces malhumoradas, debido a la falta de las fuerzas tonificantes del deseo y la necesidad en sus vidas. El señor Freeley las había visto amontonarse en las puertas el día de la inauguración para llevarse el prendido de orquídeas frescas que regalaban a cada cliente, pero cuando se acabaron las flores, las vio regresar con una especie de insensibilidad a sus antiguos proveedores, el Grand Union y el A & P. Acudían como una plaga de langostas, agotaban los artículos en oferta y luego compraban el resto de sus comestibles en otro sitio. Su supermercado, pensaba él, era una maravilla. Las anchas puertas de cristal se abrían a un museo de vituallas; pasillos y más pasillos de productos enlatados, montañas de aves congeladas, y en la pescadería, un pequeño faro sobre un depósito de agua de mar en el que nadaban las langostas. El aire

estaba lleno de música y luces suaves. Había diversiones para los niños y exquisiteces para los gourmets, pero nadie —o casi nadie— iba por allí.

El establecimiento formaba parte de una cadena y los caprichos de las mimadas amas de casa ya habían sido calculados por las estadísticas de la oficina central. Las señoras eran incapaces de mostrar fidelidad y, más tarde o más temprano, era seguro que acabarían acudiendo al museo del señor Freeley. Bastaba con esperar y mantener el local resplandeciente. Pero las señoras tardaban más de lo que las estadísticas habían supuesto y finalmente le dieron al señor Freeley un reclamo. La víspera de Pascua esconderían mil huevos de plástico. Todos contenían certificados canjeables por una docena de huevos frescos de granja. Veinte contenían certificados canjeables por un lujoso frasco de perfume francés. Diez contenían certificados canjeables por una motora fueraborda y cinco —dorados— valían por unas vacaciones de tres semanas para dos personas, con todos los gastos pagados, en Madrid, París, Londres, Venecia o Roma. La respuesta fue tremenda y el local se llenó de clientes. Supusieron que los huevos los escondería alguien que trabajara en el establecimiento y se proponían descubrir cuál de los empleados era. «Nuestra experiencia demuestra —leyó el señor Freeley en el folleto explicativo— que entre las amas de casa de cualquier comunidad hay un gran número que no se detiene ante nada con tal de averiguar la identidad de los que esconden los huevos y la ubicación probable de estos. En algunos casos esto ha conducido a asombrosas muestras de inmoralidad.» El señor Freeley eligió a Emile para esconder los huevos. Si hubiese hablado con Narobi, nunca lo habría contratado, pero pensó que el muchacho tenía un rostro franco y hasta virtuoso. Le explicó los detalles a Emile en su despacho. Le habían dado un mapa explicando dónde tenían que esconder los huevos. Había que esconderlos entre las dos y las tres de la madrugada del Domingo de Pascua. Emile cobraría una gratificación de veinticinco dólares además de

su sueldo y, para garantizar el secreto, el señor Freeley no volvería a hablar con Emile hasta la víspera de Pascua. Mientras tanto Emile se dedicaría a pegar etiquetas en las latas.

El supermercado cerraba a las seis la víspera de Pascua. Habían vendido hasta la última maceta de azucenas, pero algunas señoras paseaban aún por las galerías del museo, intentando sonsacar a los dependientes el secreto de los huevos. A las seis y cuarto cerraron las puertas con llave. A las seis y media apagaron las luces y el señor Freeley se quedó solo en su despacho con los huevos. Sacó el mapa de la caja fuerte y lo estudió. Unos minutos después Emile subió las escaleras. Los demás empleados ya se habían ido a casa. El señor Freeley le enseñó el tesoro y le dio el mapa. Su plan era guardar los huevos en la parte de atrás del coche de Emile. Él le esperaría en la acera de delante de la casa de Emile a las dos de la madrugada y empezarían su misión desde allí. Antes de sacar las cajas de huevos del despacho del señor Freeley, examinaron cuidadosamente los cubos de basura y los embalajes vacíos que había detrás del almacén para asegurarse de que ninguna ama de casa se hubiera escondido allí. Las cajas de huevos ocuparon todo el maletero y el asiento trasero del coche de Emile. Atardecía cuando empezaron la tarea y era de noche cuando terminaron. Se estrecharon la mano con un agradable espíritu de conspiración y se separaron. Emile condujo con precaución, como si los huevos que llevaba fuesen frágiles además de valiosos. El poder de la felicidad y la emoción que contenían parecía palpable. Había un viejo garaje detrás de su casa y allí metió el coche y cerró la puerta con candado. Estaba excitado y un poco agobiado por el temor de que algo fuese mal. Sabía que había por lo menos diez personas en el supermercado que, por un proceso de eliminación, habían llegado a sospechar que él era el encargado del tesoro y había tenido que responder a sus preguntas.

La señora Cranmer, después de llegar a la conclusión de que Melissa se

había aprovechado de la inocencia de su hijo, había reanudado su plácida vida con Emile. A pesar de su edad y de las penas que había soportado, la señora Cranmer aún era capaz de entregarse a la amistad con el mismo apasionamiento que una colegiala. Se ofendía o se animaba con facilidad por las desatenciones o atenciones de sus vecinas. Recientemente había hecho una nueva amiga en Remsen Park —un barrio de casas baratas— y hablaba con ella por teléfono continuamente. Estaba en medio de una llamada cuando entró Emile. Él leyó el periódico mientras esperaba a que su madre terminara la conversación. Los especialistas en publicidad del señor Freeley habían comprado la última página del periódico y el anuncio era sensacionalista. Había fotografías de las cinco ciudades europeas y te aseguraban que lo único que tenías que hacer era mirar en tu jardín por la mañana y ya estarías en camino.

Cenaron en la cocina. Después de lavar los platos, la señora Cranmer volvió al teléfono. Ahora hablaba sobre los huevos y Emile supuso que esa noche muchas conversaciones en el pueblo girarían sobre ese tema. A la señora Cranmer no se le había ocurrido que su hijo pudiera ser el elegido y él estaba agradecido por ello. Después de la cena estuvo viendo la televisión. A eso de las nueve oyó ladrar a un perro. Cruzó el recibidor y entró en su cuarto para mirar por la ventana, pero no vio a nadie cerca del garaje. A las diez y media se acostó.

El señor Freeley se sentía feliz esa noche. El supermercado había empezado a prosperar y a él le parecía que los viajes a Madrid, París, Londres, Venecia y Roma que pronto estarían escondidos en la húmeda hierba eran el resultado de su propia generosidad, de su buen carácter. Al besar a su mujer en la cocina pensó que era tan deseable como cuando se casó con ella muchos años atrás; o si no lo era, al menos se había mantenido a la altura de los cambios que el tiempo y la edad habían producido en él. La

deseaba con ardor y alegría y miró el reloj para ver cuánto tiempo tendría que esperar hasta que se quedaran solos. Había un asado en el horno y ella se apartó de sus brazos para darle la vuelta y luego otra vez para poner la mesa, llenar el baño del pequeño y recoger los juguetes, y mientras la observaba ir de acá para allá realizando todas estas tareas necesarias, vio que la palidez de la fatiga aparecía en su rostro y comprendió que para cuando terminara de fregar los platos, planchar los pijamas, cantar nanas y escuchar oraciones probablemente no le quedarían fuerzas para responder a sus apasionadas caricias. Este conflicto de energías generativas le hizo sentirse incómodo y se fue a dar un paseo.

El cielo estaba oscuro y bajo, pero el hecho de que lloviera, pensó, sería mejor para sus propósitos que una luna luminosa. Salió de su barrio y entró en Parthenia y pensó, con un sentimiento de culpa, que muy pocos de los huevos serían colocados aquí. Los supermercados y otros cambios habían dejado a las tiendas pequeñas casi desiertas. La porquería cubría las paredes y en uno de los escaparates, detrás del letrero de SE ALQUILA, había varias coronas funerarias hechas de musgo seco y boj artificial. Una de ellas tenía forma de corazón y una cinta que decía PAPÁ Y MAMÁ cruzaba los ventrículos. Estaba en Water Street, el dominio de los gamberros. Vio a tres de ellos de pie en un portal y pensó que le parecían conocidos.

Una semana antes, el señor Freeley había ido a la fiesta de Pascua del instituto para oír cantar a su hija. Llegó tarde y se quedó de pie cerca de la puerta del auditorio, esperando, como cualquier otro padre, la aparición de su hija. Aunque ella no poseía ningunas dotes especiales, que él supiera, la habían elegido para cantar un solo. Era una lástima que él hubiese llegado demasiado tarde para conseguir un asiento. De pie cerca de él había un grupo de gamberros, cuyos murmullos y movimientos le impedían concentrar toda su atención en el canto de los niños. Los gamberros no parecían tener el

menor interés en la representación. No paraban de entrar y salir y él pensó en su falta de interés por todo. No practicaban ningún deporte, ni estudiaban, no patinaban en la pista de hielo ni bailaban en el gimnasio, pero pululaban amenazadoramente en torno a todas estas actividades, siempre en algún vestíbulo o umbral, entrando y saliendo de la zona de luz como hacían esa tarde.

Entonces el pianista comenzó a tocar la música del solo de su hija y él vio a la chica salir tímidamente de las filas del coro y dirigirse al centro del escenario. En ese momento uno de los gamberros abandonó su puesto en la sombra, junto a la puerta, para acercarse a una muchacha que estaba de pie delante del señor Freeley. Le tapaban la visión de su hija. Él se movió hacia la izquierda y luego hacia la derecha, pero el gamberro y su chica estaban siempre en su ángulo de visión y él solo conseguía entrever a su hija. En cambio tenía una buena panorámica del gamberro y sus maniobras con la chica. Le vio pasarle el brazo por los hombros y le oyó susurrarle algo al oído. Luego, a los compases de «Sé que mi Redentor vive» le vio meter la mano por el escote del vestido de la chica. El señor Freeley agarró por los hombros a ambos y los separó violentamente, diciendo en voz tan alta que su hija volvió la cabeza para ver qué pasaba:

—Estaos quietos o salid de aquí. Este no es sitio para eso.

Temblaba de rabia y, para evitar darle un puñetazo en la cara al chico, salió del auditorio y se fue a los escalones de la entrada. Encendió un cigarrillo con dificultad. Estaba tan profundamente alterado que se preguntó si lo que en realidad le trastornaba era que temía por su hija. Estaba seguro de que se había enfurecido, como padre y como ciudadano, por la improcedencia de lo que había presenciado durante un himno de Pascua dentro de un edificio que pertenecía, al menos en espíritu, a los inocentes. Cuando terminó el cigarrillo volvió a entrar en el auditorio. Los gamberros se apartaron para dejarle pasar

y él pensó que nunca había percibido una emanación de odio tan absoluto como la que venía de ellos hacia él.

Los gamberros que estaban en el portal de Water Street tenían las mismas actitudes tensas, mostraban la misma preferencia por la media luz, y él experimentó una repulsiva extrañeza hacia ellos, como si no procedieran de otra clase o de otro barrio, sino que hubiesen sido lanzados desde un planeta perverso. Al acercarse a ellos vio que se estaban pasando una botella de whisky. No podía acusarles de ilegalidad y depravación, pues estas eran sus aspiraciones. Olió a whisky al pasar ante el portal y luego le golpearon en la nuca y perdió la conciencia instantáneamente.

El despertador de Emile sonó a la una y media. Mientras se estaba afeitando, una ráfaga de viento cerró de golpe la puerta de su cuarto y despertó a su madre. Al despertar tan bruscamente, su voz sonaba débil, como la de una mujer mucho más vieja.

—¿Emile? ¿Estás enfermo?

—No, mamá —dijo él—. Estoy bien.

—¿Estás enfermo? ¿Te pasa algo, cariño? Esos pastelillos de cangrejo congelados, ¿te han sentado mal?

—No, mamá. No pasa nada.

—¿Estás enfermo? —preguntó ella, aún con voz pastosa. Luego se aclaró la garganta y al mismo tiempo pareció aclarar su mente—. ¡Emile! —exclamó—. Son los huevos.

—Tengo que irme, mamá —dijo él—. No es nada. Volveré antes del desayuno.

—Oh, es lo de los huevos, ¿verdad?

Oyó que la cama crujía cuando ella se sentó y bajó los pies al suelo, pero él

pasó ante su cuarto antes de que ella llegase a la puerta y bajó las escaleras.

—Volveré antes del desayuno —gritó—. Ya te lo contaré entonces.

Comprobó que llevaba el plano en el bolsillo y salió de la casa.

Brillaban las estrellas. Era demasiado pronto para que hubiera florecido nada excepto las campanillas blancas y algunas flores silvestres en la hondonada, pero en el aire había una suave fragancia a tierra, tan delicada como la de las rosas, y él se detuvo para llenar sus pulmones y su cabeza con ella. El mundo parecía hermoso a la luz de los faroles y las estrellas, y joven también, a pesar de su pobreza, como si el destino del lugar no hubiese hecho más que empezar. La tierra, ligeramente cubierta de hojas, musgo, hierba y trébol temprano, esperaba el tesoro que él tenía.

Cuando a las dos y cuarto el señor Freeley no había aparecido, él empezó a preocuparse. Todo estaba tan silencioso que hubiese podido oír un coche desde muy lejos y no escuchaba nada. Necesitaba ayuda en su misión, no quería realizarla solo, pero a las dos y veinte decidió que tendría que hacerlo. Abrió las puertas del garaje, que, mal ajustadas, se arrastraron ruidosamente sobre la gravilla. Miró en el asiento trasero. Su carga estaba a salvo. Cuando su viejo coche salió a la calzada marcha atrás, la única luz encendida en la calle era la de la sala de su madre. Estaba demasiado nerviosa para imaginar qué lío estaría armando, y estaba armando uno bueno. Había llamado a su nueva amiga de Remsen Park.

—Emile acaba de salir para esconder los huevos —le dijo—. Ahora mismo. No lo sé, pero tengo la impresión de que los va a esconder en el barrio de Delos Circle. Quiero decir, ¿no te parece típico del señor Freeley dárselo todo a esos ricos finolis y olvidarse de sus amigos de Remsen Park? ¿A que sería típico de él?

Dentro de dos horas, pensó Emile, cambiando a primera, su misión estaría cumplida y, tan cerca ya del éxito, se dio cuenta de cuánto le había pesado la

responsabilidad. Había una luz encendida en una casa de la esquina pero era en una ventana pequeña y estrecha, con las cortinas echadas, y supuso que era un cuarto de baño. Mientras la miraba, la luz se apagó. Desde lo alto de Turner Street, cerca del campo de golf, se observaba todo el pueblo, y vio lo perfecta y tranquilizadora que era la oscuridad y lo profundamente que dormía el lugar, y la idea de tantos hombres, mujeres, niños y perros vagando por entre sus laberínticos sueños le hizo sonreír. Se puso ante los faros de su coche para leer las instrucciones. Ocho huevos en la esquina de Belwood Avenue y Alberta Street, tres en Alberta Street, diez en el cruce de Delos Circle y Chestnut Lane.

Los Hazzard vivían en la esquina de Delwood con Alberta. La señora Hazzard estaba despierta. Se había despertado a eso de las dos después de una pesadilla y estaba sentada ante la ventana abierta, fumando. Estaba pensando en los huevos —en los que contenían vales de viajes— y preguntándose si esconderían alguno en Alberta. Ella quería ver Europa. Había más envidia que deseo en ese sentimiento. No era tanto que deseara ver el mundo como que deseaba ver lo que otros habían visto. Cuando leyó en el periódico que Venecia se estaba hundiendo en el mar y que la torre inclinada de Pisa acabaría derrumbándose, lo que sintió no fue tristeza por la desaparición de tales maravillas, sino una intensa amargura ante la imagen de Venecia sucumbiendo bajo las aguas antes de que ella, Laura Hazzard, la hubiese visto. También pensaba que ella estaba particularmente bien dotada para disfrutar los placeres de viajar. Era lo que le gustaba. Cuando los parientes y amigos volvían de Europa con sus fotos y recuerdos, ella escuchaba sus relatos con la sensación de que sus impresiones hubieran sido más vívidas y sus recuerdos y fotografías más bellos y de que ella iría con más elegancia en una góndola. Pero había también sentimientos más tiernos mezclados con la envidia. Los viajes se asociaban en su mente con la

magnificencia y la intensidad del amor; sería como una revelación de los afectos. Ella había intuido, en el amor, un cielo mucho más profundo que el cielo azul del hemisferio norte: salas, escaleras, arcos y cúpulas más espaciosos, toda la parafernalia del enorme pasado. Estaba pensando en esto cuando vio que un coche daba la vuelta a la esquina y se paraba. Reconoció a Emile y le vio empezar a esconder los huevos en el césped. Toda esta secuencia de sucesos —la pesadilla que la había despertado, sus pensamientos sentada ante la ventana abierta y la repentina llegada del joven a la luz de las estrellas— le pareció maravillosa e, impulsada por la excitación, le llamó desde la ventana.

La desesperación se apoderó de Emile cuando oyó su voz. ¿Cómo podía, excepto retorciéndole el cuello, anular el hecho de que ella le había visto realizando su tarea secreta?

—Shh —dijo, mirando hacia arriba, pero ella había desaparecido y al cabo de un minuto abrió la puerta y se acercó corriendo descalza y en camisón.

—Oh, Emile, yo sabía que tenía que encontrar uno —dijo—. No podía dormir y estaba sentada en la ventana cuando tú has llegado. ¡Tienes que darme uno de los dorados, Emile! Dame uno de los dorados.

—Se supone que es un secreto, señora Hazzard —susurró Emile—. Nadie debe saberlo. Usted no debe buscarlos hasta mañana. Tiene usted que volver a su casa. Váyase a la cama.

—¿Qué te has creído que soy, Emile? —preguntó ella—. ¿Crees que soy una niña o algo así? Si me das un huevo dorado, me iré a la cama, pero no pienso moverme de aquí hasta que me entregues uno.

—Va usted a estropearlo todo, señora Hazzard. No esconderé ningún huevo más hasta que usted se meta en su casa.

—Dame un huevo dorado. Si no me das uno, lo cogeré yo misma.

Las voces de la señora Hazzard despertaron a la anciana señora Kramer,

que vivía en la casa contigua. Instantáneamente alertada, se colocó la dentadura, se puso unas zapatillas y se asomó a la ventana. Comprendió enseguida el sentido de la escena. Fue al teléfono y llamó a su hija, Helen Pincher, que vivía a tres manzanas de allí, en Millwood Street. Helen despertó de un profundo sueño y confundió el timbre del teléfono con el del despertador. Intentó pararlo, sacudió el reloj y finalmente encendió la luz antes de caer en la cuenta de que era el teléfono.

—Helen, soy mamá —dijo la anciana—. Están escondiendo los huevos de Pascua. Justo delante de mi casa. Los veo desde mi ventana. ¡Ven corriendo!

El timbre no había despertado al señor Pincher, pero la luz y la conversación sí. Vio a su mujer colgar el teléfono y salir corriendo de la habitación. Desde hacía un mes o cosa así, el señor Pincher estaba alarmado por la conducta de su esposa. Por tres veces había dejado la cuenta corriente en números rojos, se había quedado sin gasolina tres veces en la misma semana, se había olvidado de ponerse las medias para ir a la boda de los Gripser, había perdido la pulsera en forma de serpiente y le había destrozado la cazadora de cuero metiéndola en la lavadora. En cada una de esas ocasiones había dicho: «Creo que me estoy volviendo loca». Cuando él oyó pasos en la calle, miró por la ventana y la vio corriendo por la acera en camisón, quedó convencido de que efectivamente se había vuelto loca. Se puso la bata, pero no encontró las zapatillas, así que salió corriendo tras ella, descalzo. Ella le llevaba una ventaja de una manzana o más y la llamó a gritos:

—Helen, Helen, vuelve, cariño. Vuelve a casa, cariño.

Despertó a los Barnstable, los Melcher, los Fitzroy y los DeHoven.

Emile se metió en su coche. La señora Hazzard trató de abrir la puerta del otro lado pero tenía el seguro echado. Él intentó poner el coche en marcha, pero estaba nervioso y el motor se le caló. Entonces en el rayo de luz de sus

faros apareció Helen Pincher corriendo. Su camión era transparente y los rulos que llevaba en la cabeza parecían una corona. Su madre tenía medio cuerpo fuera de la ventana y la animaba:

—¡Son ellos, Helen! ¡Ahí están!

Tras ella, venía su marido gritando:

—Vuelve, cariño, vuelve, cielo.

Emile consiguió poner el coche en marcha justo cuando Helen llegó hasta él y metió la cabeza por la ventanilla.

—Yo quiero el de París, Emile —dijo.

Él puso la primera y cuando empezaba a soltar despacio el embrague, les alcanzó el señor Pincher gritando:

—¡Para el coche, imbécil! Ella está enferma.

Ahora, a la luz de sus faros, Emile vio aproximarse a una docena o más de mujeres en camión. Todas parecían llevar coronas. Continuó avanzando poco a poco, pero algunas de ellas se ponían directamente en su camino y tuvo que parar dos veces para evitar atropellarlas. En una de estas paradas, la señora DeHoven le desinfló uno de los neumáticos traseros.

Emile notó que el coche bajaba. Sabía lo que había pasado pero siguió avanzando despacio. El neumático desinflado golpeaba contra la rueda y el coche no podía coger mucha velocidad, pero pensó que quizá lograra deshacerse de sus perseguidoras. En ese punto, Alberta Street descendía en una pronunciada pendiente de casi un kilómetro. A la izquierda había un gran trecho de tierra baldía. La propietaria (la anciana señora Kramer) pedía veinte mil dólares por hectárea y el terreno no se vendía. Estaba cubierto de rastrojo y matorrales y en cada cerezo silvestre y zumaque habían clavado un letrero con el nombre de un agente inmobiliario. Emile pensó que si llegaba a Delos Circle quizá estaría a salvo. Aceleró en la cuesta abajo, pero justo cuando sus faros iluminaban Delos Circle, vio a las amas de casa de Remsen Park, treinta

o cuarenta, la mayoría con batas largas y lo que parecían enormes coronas. Giró bruscamente a la izquierda, saltó el bordillo de la acera, se metió en las parcelas en venta y siguió hasta el límite de la propiedad. Estaba atrapado pero aún disponía de un poco de tiempo. Apagó el motor y las luces, corrió a la parte de atrás del coche, abrió el maletero y empezó a arrojar los huevos entre la alta hierba. Tenía un buen saque y lanzándolos lejos de sí pudo desviar a la multitud que avanzaba. El brazo se le cansó pronto y entonces comenzó a sacar las cajas y vaciar el contenido en la hierba. Se deshizo de todos los huevos menos de uno antes de que las mujeres llegaran hasta él, y se irguió para verlas, tan parecidas a ángeles con sus ropas de cama, y oír sus suaves gritos de ansia y excitación. Entonces con un solo huevo en el bolsillo —uno dorado— regresó por el bosque.

El dolor del golpe que había dejado inconsciente al señor Freeley le hizo volver en sí. Sentía como si tuviera la cabeza rota. Se encontró atado con cables a un poste, dentro de un sótano. Temblaba de frío y vio que no llevaba puesto más que el calzoncillo. Al principio pensó que había perdido la razón pero la fuerza centralizadora del dolor en su cabeza confería una terrible claridad y realidad a sus circunstancias. Era un hombre robusto, con el cuerpo alfombrado por el vello entrecano de la madurez. Los cables que le sujetaban se clavaban profundamente en sus brazos carnosos y tenía las manos dormidas. De repente gritó pidiendo socorro, pero no obtuvo respuesta. Le habían robado y golpeado y ahora estaba atrapado e indefenso en un lugar que parecía subterráneo. La indignación —y el pánico— provocados por su situación le hizo sentir que se le partía el cráneo y, al temblar, el cable le hería la piel. Entonces oyó pasos y voces arriba, las voces de los matones. Bajaron al sótano de uno en uno. Eran los mismos. Estaba el jefe, luego uno

de cara gorda y otro delgado y pálido de pelo largo.

—Gallina —dijo el jefe, mirándole.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó el señor Freeley—. Ya tenéis mi dinero. ¿Es por lo de la chica del instituto?

—No sé nada de ninguna chica de ningún instituto —dijo el jefe—. Pero no me gusta tu jeta, gallina, nada más. ¿Qué te pasa, gallina? ¿Por qué tiemblas? ¿Tienes miedo de que te torturemos con cerillas y todo eso? —Encendió una cerilla y la acercó a la piel del señor Freeley, pero no le quemó—. Mirad al gallina. El gallina tiene miedo de morir. Por eso no me gusta tu jeta, gallina. Joder, escuchad cómo ruge el gallina.

El señor Freeley gritaba con todas sus fuerzas. El suelo pareció inclinarse primero a un lado y luego al otro y se desmayó de nuevo. Más tarde notó que le tocaban. Le estaban soltando. Notó que los cables se aflojaban y la sangre corría por sus brazos. Estuvo a punto de caerse, pero alguien le cogió y le sostuvo. Era el muchacho pálido del pelo largo y grasiento. Llevó al señor Freeley a un rincón donde había un viejo asiento de coche y él se derrumbó allí.

—¿Dónde están los otros? —preguntó.

—Se han ido —dijo el muchacho—. Se acojonaron cuando te desmayaste.

—¿Y tú?

—Yo siempre estoy acojonado.

—¿Qué quieres?

—Nada. Es lo que él dijo. No le gusta tu jeta. ¿Quiere agua?

—Sí.

El chico le trajo agua y le sostuvo el vaso para que bebiera.

—¿Cuándo puedo marcharme?

—Vete —dijo el chico—. Tu traje está arriba. No nos sirve a nadie. Harry cogió tu reloj. Yo no cogí nada. Adiós.

Salió rápidamente y el señor Freeley le oyó subir corriendo unas escaleras. La cabeza le daba vueltas y luego se palpó los brazos y las piernas. Al parecer no tenía nada roto y subió las escaleras con paso inseguro. Su traje estaba junto a la puerta y al salir vio que estaba en una casa abandonada a las afueras del pueblo.

El señor Freeley se fue a casa andando. Lo mismo hizo Emile, pero fueron por distintos caminos. Emile acertó atravesando algunos patios traseros de Turner Street y luego empezó a subir la colina. El escenario era apocalíptico. Se oía llorar a niños desamparados en las casas vacías y la mayoría de las puertas estaban abiertas al amanecer como si hubiese sonado la larga trompeta de Gabriel. Al llegar a lo alto de la cuesta, se metió por el campo de golf, caminó hasta la calle más alta y se sentó a esperar el día. Se sentía cansado, feliz, divertido y aliviado de su responsabilidad y de una carga mucho más pesada. Algo había sucedido. Algo había cambiado. Como cualquiera que lea el periódico, había llegado a albergar en su mente el temor a que un cabo borracho incinerase el planeta y en otra parte de su mente albergaba el más apasionado anhelo de una vida pacífica para su generación. A pesar de su juventud, había absorbido este concepto de enfermedad generalizada. A veces parecía escuchar los latidos del planeta como si la tierra fuese un hipocondríaco melancólico en posesión de gran fuerza y belleza y, junto con ellas, un presentimiento incurable de muerte súbita y sin sentido. Ahora le parecía que el momento de peligro había pasado y tenía la gozosa sensación de que las obras ilustres y pacíficas del hombre continuarían para siempre. No podía describir sus sentimientos, no podía describir la aurora, ni siquiera podía describir el pitido de un tren que oyó a lo lejos ni la forma del árbol bajo el cual estaba sentado. Solo podía contemplar y admirar el vasto barril de la noche llenándose hasta los bordes con la hermosa luz del día y escuchar a todos los pájaros cantando en los árboles

como una banda de ángeles que silbaran a su jauría.

Camino de su casa, se detuvo en el jardín de Melissa y dejó en su césped el huevo dorado con el viaje a Roma.

TERCERA PARTE

Para una persona tan vieja, nacida y criada en un mundo lejano, la familiaridad de Honora con las fotografías de los monumentos de Roma hicieron que su entrada en la ciudad fuera, en cierto sentido, una especie de vuelta al hogar. Una gran fotografía marrón de la Tumba de Adriano colgaba en la pared de su dormitorio cuando era niña. Esperando el sueño, sufriendo enfermedades y convalecencias, esa forma y ese ángel rampante habían ocupado un lugar sólido en sus fantasías. En el vestíbulo de atrás había una fotografía del Puente de los Ángeles y dos grandes fotografías del Foro Imperial habían ido pasando de habitación en habitación hasta que acabaron en el cuarto de la cocinera. Por lo tanto, algunos lugares de Roma le resultaban muy conocidos. Pero ¿qué hacía uno en Roma? Ver al Papa. Honora preguntó en las oficinas de American Express cómo podía concertar esta visita. Fueron muy amables, en consideración a su edad, y la pusieron en contacto con un sacerdote del colegio americano. Este se mostró cortés e interesado. Le podía conseguir una audiencia. Recibiría la invitación dentro de las veinticuatro horas anteriores a la cita. Tenía que llevar ropa oscura y sombrero, y si deseaba que le bendijera algunas medallas, él podía recomendarle una tienda —le dio la dirección— donde había un buen surtido de medallas con un veinte por ciento de descuento.

Le explicó con tacto que si bien el Santo Padre conocía el inglés, lo hablaba con más soltura que lo entendía y que en el caso de que él olvidara bendecir sus medallas, debía considerarlas bendecidas por su presencia.

Honora, naturalmente, estaba en contra del uso de medallas pero tenía muchos amigos que apreciarían una medalla bendecida y compró una buena cantidad. Al regresar una tarde a su pensión le entregaron una tarjeta del Vaticano anunciando que su audiencia era a las diez de la mañana siguiente. Se levantó temprano y se vistió. Cogió un taxi para ir al Vaticano, donde un hombre con impecable traje de gala le preguntó su nombre y le pidió la invitación. Pronunció el apellido de Honora como «Whamshang». Le rogó que se quitara los guantes. Hablaba el inglés con un fuerte acento y ella no le entendió. Fueron necesarias algunas explicaciones para aclararle que no se podían llevar guantes en presencia del Santo Padre. Luego la condujo por unas escaleras. Ella tuvo que detenerse dos veces para dar descanso a sus piernas y recobrar el aliento. Esperaron en una antesala durante media hora. Eran más de las once cuando un segundo ujier abrió unas puertas dobles y la hizo pasar a un enorme *salone*, donde vio al Santo Padre de pie junto a su trono. Ella le besó el anillo y se sentó en una silla que le ofreció otro ujier. Observó que este tenía en las manos una bandeja en la cual había varios cheques. No se le había pasado por la cabeza que se esperase de ella una contribución a la Iglesia durante su audiencia, pero puso unas cuantas liras en la bandeja. No estaba azorada pero se sentía en presencia de la santidad, la esencia de un poder espléndidamente organizado, y contempló al Papa con auténtica reverencia.

—¿Cuántos hijos tiene usted, señora? —preguntó él.

—Oh, no tengo hijos —contestó ella en voz bastante alta.

—¿Dónde está su hogar?

—Soy de Saint Botolphs —dijo ella—. Es un pueblecito. No creo que haya oído hablar de él.

—¿San Bartolomeo? —preguntó el Santo Padre con interés.

—No —dijo ella—. Botolphs.

—San Bartolomeo di Farno —dijo el Papa—, di Savigliano, Bartolomeo il Apostolo, il Lepero, Bartolomeo Capitano, Bartolomeo degli Amidei.

—Botolphs —repitió ella, con poca convicción. Luego, de pronto, preguntó—: ¿Ha visto Su Santidad alguna vez el este de Estados Unidos en otoño? —Él sonrió y pareció interesado pero no contestó—. ¡Oh, es algo magnífico! —exclamó ella—. No creo que haya nada igual en el mundo. Es como una cosecha de amarillo y oro. Naturalmente las hojas no valen nada y yo me he vuelto tan vieja e inútil que tengo que pagar a alguien para que las barra y las queme, pero son tan hermosas y dan tal impresión de riqueza, oh, no me refiero a nada material, pero allá donde uno mire ve árboles dorados, oro por todas partes.

—Me gustaría bendecir a su familia —dijo el Papa.

—Gracias.

Honora inclinó la cabeza. Él pronunció la bendición en latín y cuando ella estuvo segura de que había terminado, dijo «Amén» en voz alta. La entrevista había concluido; un ujier la acompañó abajo y ella pasó ante la Guardia Suiza y volvió a la columnata.

Melissa y Honora no se encontraron. La primera vivía en el Aventino con su hijo y una *donna di servizio* y trabajaba en un estudio de doblaje cerca de Piazza del Popolo, doblando películas italianas al inglés. Le prestó su voz a María Magdalena, fue Dalila y la favorita de Hércules; pero padecía la melancolía romana. Esta no es más virulenta que la melancolía neoyorquina o parisina pero tiene sus propias características y, como cualquier otra forma de náusea emocional, puede, cuando está presente, hacer que algo tan corriente como un ratón muerto en una ratonera parezca apocalíptico. Si había en ello una parte de nostalgia de la patria, a Melissa no se le presentaba como una clara serie de imágenes evocadoras del patetismo, la dulzura y la fuerza de la vida norteamericana. No anhelaba ir una vez más en canoa por el Delaware o

escuchar, una vez más, música de armónica en las orillas del Susquehanna al atardecer. Caminando por el Corso, su melancolía era la de no entender el comentario más simple y la tristeza de ser víctima de un timo. Era el Campidoglio en un día lluvioso, con un guía siguiendo sus pasos en torno a la estatua de Marco Aurelio, quejándose de la temporada y del negocio. Era una lluvia invernal tan fría que ella sentía pena por la pléyade de dioses y héroes desnudos en los tejados sin siquiera una hoja de parra para protegerles de la humedad. Eran las humedades del Foro, el frío en las escaleras del siglo XVII y las tristes cocinas de Roma, con su mármol de carnicero, sus paredes manchadas por las moscas y sus pringosas estampas de la Santísima Virgen colgadas sobre el hornillo de gas. Era el otoño en una ciudad europea con la guerra para siempre en el ambiente; era el marchitarse de esas matas de flores que crecen en los orificios más altos del Muro de Aurelio, esos matojos de heno y hierba que aparecen entre los dedos de los pies de los santos y los ángeles que se alzan en torno a las cúpulas de las iglesias romanas. Era esa sala del Capitolino donde se hacían los bustos de los antiguos romanos que, en lugar de ofrecerle la esencia o una sombra del poder imperial, le recordaban a la rama de su familia que se fue al norte de Wisconsin para cultivar el trigo. Allí estaban la tía Barbara y el tío Spencer y los primos Alice, Homer, Randall y James. Tenían las mismas facciones marcadas, el mismo cabello abundante, la misma expresión pensativa, estoica y preocupada. Sus reales esposas eran abnegadas, y estaban sentadas en sus tronos de mármol como si las empanadas estuvieran en el horno y ellas esperaran a que sus hombres regresaran del campo. Melissa trataba de andar por las calles con ese aire alerta y apresurado —envuelta en la tragedia de la historia europea moderna— que parecían tener la mayoría de las personas que iban por la calle, pero la dulzura de su sonrisa dejaba claro que ella no era romana. Paseaba por los jardines de Villa Borghese sintiendo el peso de

la costumbre que una mujer de su edad, o de cualquier edad, lleva consigo de un país a otro: costumbres de comida, de bebida, de vestimenta, de descanso, de ansiedad, de esperanza y, en su caso, de temor a la muerte. La luz de los jardines parecía iluminar el volumen de su equipaje, como si todo el escenario y las lejanas colinas hubiesen sido dispuestos para alguien que viajara más ligero. Paseaba junto a las fuentes asfixiadas por el musgo, y las hojas caían entre los héroes de mármol: héroes con gorros de aviador, héroes con barbas, héroes con laureles y peplos y héroes cuyos rostros marmóreos el tiempo y las inclemencias habían seleccionado caprichosamente para desfigurarlos. Preocupada e inquieta, paseaba y paseaba, hallando cierto placer en la tranquilidad que cae con la sombra de los grandes árboles sobre los hombros del hombre. Vio a un búho salir volando de unas ruinas. En una vuelta del sendero notó el olor de las caléndulas. El jardín estaba lleno de enamorados, muy tiernos el uno con el otro y cándidos en sus placeres, y vio a una pareja besarse al lado de una fuente. Luego, de repente, el hombre se sentó en un banco y se sacó una piedrecilla del zapato. Cualquiera que fuese el significado de este gesto, Melissa se dio cuenta de que quería marcharse de Roma y esa noche cogió un tren para las islas.

Emile estuvo sin trabajo la mayor parte del verano y, en el otoño, el hermano de su madre, Harry, vino a visitarles aprovechando que asistía a un congreso en Nueva York. Era un hombre gordo y simpático que tenía un negocio de aprovisionamiento de buques en Toledo. Gracias a su influencia como proveedor, podía conseguirle a Emile un puesto como marinero sin licencia en alguno de los barcos que navegaban la ruta de Rotterdam o Nápoles, y este aceptó la oferta enseguida. Cuando el tío Harry volvió a Toledo escribió diciendo que Emile podía embarcar como marinero de cubierta en el *Janet Runckle* a final de esa semana.

Emile sacó su billete de autobús para Toledo en una agencia de viajes de Parthenia, se despidió de su madre y se fue a Nueva York. El autobús tenía su hora de salida a las nueve de esa noche pero a las ocho ya había más de una docena de pasajeros esperando en la estación. Eran viajeros y se les notaba por su elegancia, su aire tímido y sus maletas nuevas. Cada pueblo parece tener un lugar, un campo de batalla, tumba o catedral donde la esencia y el objetivo nacionales quedan más de manifiesto, y las estaciones de ferrocarril, los aeropuertos, las estaciones de autobuses y los muelles del país de Emile parecían ser el escenario donde sus compatriotas encontraban su grandeza. Iban vestidos, en su mayoría, como si su destino fuese un suntuoso tribunal. Los zapatos les apretaban, sus guantes estaban tiesos, sus tocados eran recargados, pero este cuidado en el vestir sugería que aún recordaban, por muy vagamente que fuese, las antiguas leyendas de viajes: Teseo y el

Minotauro. Sus miradas estaban totalmente indefensas, como si un intercambio de miradas entre dos sinvergüenzas pudiera arrojar a ambos a un abismo erótico, y mantenían la vista fija en sus regazos, sus maletas, el sueño o el letrero apagado que había sobre el andén. A las nueve menos veinte se encendió el letrero —ponía TOLEDO— y todos se removieron, se levantaron, avanzaron, con los rostros iluminados como si se hubiera alzado el telón a una vida nueva, un paraíso de urgencia y belleza, aunque en realidad se alzaba a las marismas de Jersey, los restaurantes abiertos toda la noche, las llanuras de Ohio y algunos sueños inquietos. Las ventanillas del autobús tenían el cristal verde y, al salir de la ciudad, todas las luces de las calles parecían del mismo color como si el mundo entero fuese un parque.

Emile durmió bien y se despertó al amanecer. Pasaron el día cruzando Ohio. El cristal verde daba al paisaje un aspecto funesto, como si el sol se hubiera enfriado y estas fueran las últimas horas de la vida en el planeta, y en esta extraña luz la gente continuaba haciendo autostop, segando los campos y vendiendo coches usados. A última hora de la tarde llegaron a las afueras de Toledo, pero a él le pareció como si volviera a Parthenia. Había puestos de hamburguesas y otros de verduras frescas y solares de coches usados con hileras de bombillas y un hospital para perros y gatos y una mujer en bañador empujando un cortacésped de gasolina y una mujer embarazada tendiendo la colada y los olmos y los arces eran iguales, observó, y no se podía saber, hasta que llegaron al centro de la ciudad, si estabas en Parthenia o en Toledo.

Los demás pasajeros se desperdigaron y Emile se quedó parado con su maleta en una esquina. El aire, pensó, olía a hierba. Quizá de las granjas próximas o del lago. Los faroles y los escaparates ya estaban encendidos pero todavía se veía la luz rosada del sol poniente y él sintió esa emoción que siempre experimentaba en el estadio cuando, durante la cuarta o quinta entrada, encendían las luces mientras el cielo aún estaba azul. No hacía nada

de frío, pero se estremeció como si a esta hora y en esta tierra llana hubiera una sutil crudeza en el aire. Le preguntó a un policía cómo llegar al sindicato. Era una caminata. La luz del día se había retirado de los edificios y luego del cielo y caminó a la luz de las tiendas, los restaurantes y los bares. Cuando llegó allí, el edificio, un lugar con paredes verdes, suelos encerados y bancos para esperar, parecía estar vacío. Un hombre detrás de una ventanilla le cobró treinta dólares de cuota y le dijo que su tío lo había arreglado todo. Embarcarían esa noche y zarparían en cuanto terminaran de cargar. Emile se sentó en uno de los bancos y esperó a que llegara la tripulación.

El primero en llegar fue el cocinero, un hombre bajo con un traje marrón, que saludó al hombre de la ventanilla como a un amigo, y se presentó a Emile. Tenía la piel cetrina y la nariz partida. Eso era lo primero en que uno se fijaba, eso y el brillo simiesco de sus ojos. La nariz rota dominaba su cara, esas aletas extendidas que hacían que el astuto brillo de su mirada pareciese simiesco, unas veces travieso y otras reflexivo como los ojos de cualquier mono del zoo en una tarde de domingo.

—Eres igualito a un tipo que navegó con nosotros el año pasado —le dijo a Emile—. Se llamaba Paff. Consiguió una beca para una universidad y dejó de navegar. Eres igualito a él.

Emile se alegró de parecerse a un tipo que había conseguido una beca, era como si se le hubiera transmitido algo de la inteligencia del desconocido. El resto de la tripulación empezó a llegar poco a poco y uno por uno le fueron diciendo cuánto se parecía a Paff. El primer oficial era un joven que se echó la gorra hacia atrás como un jugador de béisbol, y parecía alegre y agresivo, pero en absoluto belicoso. El segundo oficial era un hombre de edad con un bigote fino que sacó de la cartera una foto de su hija para enseñársela a Emile. En la foto se veía a una chica en traje de ballet, posando en un tejado. Luego el camarero se reunió con Emile y el cocinero. Era un joven con esa

reconocible finura que se da en las chozas de Nebraska; una forma de elegancia que nace de una desesperación absoluta. Eran treinta y cinco en total. El último en llegar fue un hombre de piel oscura que llevaba unos extensores.

Salieron de la ciudad en varios taxis. Emile se sentó delante con el taxista y el cocinero, intentando ver algo de Toledo. Había luces, edificios, un río a lo lejos, y debía de haber una playa cerca porque muchas de las personas que iban en los coches en dirección contraria llevaban bañador. Emile sintió, con intensa inquietud, que su presencia en Toledo no había sido una realidad; se había dejado lo mejor de sí mismo en Parthenia. Cruzaron unas vías de ferrocarril y entraron en una zona oscura iluminada por fábricas de gas, con un bar en una esquina aquí y allí. Se detuvieron ante una verja en la que un hombre uniformado les dejó pasar al ver al cocinero y luego se encontraron en un terreno desierto hasta que, después de una curva, entraron en un amplio círculo de luz y un estruendo de motores, donde estaban cargando el *Janet Runckle* en un mundo nocturno independiente del hecho de que el sol se hubiera puesto en las orillas del lago Erie dos o tres horas antes y donde, como la música de una agonía romántica, el ruido de las grúas, los tornos, las cargadoras de mineral, las elevadoras transportadoras, las tolvas y las sirenas de los barcos inundaban el aire.

Los pasajeros subieron a bordo a medianoche. El primero fue un anciano con su esposa o su hija. Él subió directamente la larga pasarela, pero la mujer parecía temerosa. Finalmente le sugirieron que se quitara los zapatos de tacón alto y con un marinero delante y otro detrás recorrió la pasarela. Después vino un hombre con su mujer y tres niños. Uno de los chiquillos iba llorando. El último fue un joven que llevaba una guitarra. Emile entró de guardia a las cuatro y baldeó las cubiertas con los demás marineros del turno. Llevaba las botas de agua de Paff. El capitán había ordenado un remolcador para las

cinco de la madrugada pero como se retrasaba, puso a dos hombres a los costados del buque y sacó el barco al canal con ayuda de cabos y tornos. Tocaron la sirena al amanecer y Emile le pidió a la estrella matutina que les concediera una buena travesía.

El turno de la mañana baldeaba las cubiertas y lavaba con agua y jabón la superestructura y la camareta alta. El turno de tarde desconchaba la pintura vieja. El trabajo era fácil y la compañía alegre, pero la comida era terrible. Era la peor que Emile había tomado nunca. Había huevos para desayunar, carne grasienta con patatas para almorzar y queso y fiambres todas las noches. Emile estaba hambriento todo el día y su hambre adquiría las dimensiones de un profundo malentendido entre él y el mundo. El plato de queso y fiambre al que se enfrentaba cada noche parecía representar, como en un sacramento, la estupidez y la indiferencia. Sus necesidades, sus aspiraciones y su época habían sido mal entendidas y el queso y los fiambres exacerbaban ese hecho. Una noche salió furioso de la cocina y se fue a popa. Simon se reunió con él; Simon era el de los extensores.

—Este *Runckle* —dijo Simon— es famoso en todo el mundo por su mala comida.

—Tengo hambre —replicó Emile.

—Yo abandono el barco en Nápoles —dijo Simon—. Tengo cuatrocientos dólares en cheques de viaje. Vente conmigo.

—Tengo hambre —repitió Emile.

—Hay un restaurante americano en Nápoles —dijo Simon—. Tienen carne asada con puré de patatas. Puedes tomarte hasta un sándwich club. Vente conmigo.

—¿Adónde? —preguntó Emile—. ¿Adónde iremos?

—A Ladros —dijo Simon—. Hay un concurso de belleza en el que voy a participar. Tal y como yo lo veo, uno tiene solo ciertas posibilidades, y sé una cosa, yo soy guapo. Soy muy guapo. Es la única cosa que tengo y más me vale aprovecharla antes de que sea tarde. En Ladros se pueden conseguir dos o tres mil dólares en este concurso.

—Tú estás loco —dijo Emile.

—Bueno, no hay duda de que soy vanidoso —dijo Simon—, soy muy vanidoso. Nunca paso delante de un espejo sin mirarme y pensar: Ahí va un tío guapísimo. Nunca. Pero vente conmigo. Iremos a ese restaurante. Tarta de manzana. Hamburguesas.

—Mi favorita es la tarta de moras —dijo Emile—. Después la de limón con merengue. Luego la de albaricoque.

Emile vio las Azores delante de un plato de queso y fiambres. Gibraltar fue para él un rollo de carne. Comió espaguetis a lo largo de la costa española y cuando atracaron en Nápoles una mañana temprano comprendió, pese a su indiferencia a las ambiciones de Simon, que no tenía elección. Dejaron el *Runckle* a media mañana y fueron a un restaurante norteamericano donde Emile se tomó dos platos de jamón y huevos y un sándwich club y por primera vez desde que salió de Toledo se sintió bien. Por la tarde cogieron un barco que les llevó a Ladros a través de un mar picado. Simon se mareó. Las oficinas del concurso estaban en un café de la *piazza* principal y, aunque Simon tenía la cara verde, lo primero que hizo fue inscribirse y pagar su cuota. Consiguieron camas en un dormitorio cerca del puerto donde se alojaban veinticinco o treinta concursantes. Simon trabajó concienzudamente sus músculos. Se embadurnó de aceite y tomó baños de sol y se puso, como los otros, algo llamado «eslip», que era una especie de taparrabos. Alquiló un bote y hacía ejercicios en él por las mañanas. Después de la siesta practicaba con los extensores. Emile, que llevaba un enorme bañador americano, remaba

con él por las mañanas y luego pasaba un rato agradable nadando cerca de las rocas.

Hacía mucho calor y Ladros estaba lleno de gente, pero el mar tenía un color que él nunca había visto antes, y había algo en el aire, una suspensión de conciencia, que hacía que las playas blancas y los mares oscuros de su país le pareciesen intolerantes y remotos. Al cruzar la bahía de Nápoles parecía haber perdido sus escrúpulos. El concurso se celebraba el sábado y el viernes Simon cayó enfermo con una grave intoxicación alimenticia. Emile le compró una medicina en la farmacia, pero Simon se pasó la mayor parte de la noche de aquí para allá y por la mañana estaba demasiado débil para levantarse. A Emile le dio verdadera lástima y deseó poder ayudarle. Simon había desperdiciado sus ahorros y, aunque su única ambición fuese ridícula, ¿se le podía reprochar? Simon le pidió que le sustituyera y al final Emile accedió. Fue la fuerza bruta del aburrimiento lo que determinó su decisión. No tenía otra cosa que hacer. Se puso su bañador y el número de Simon y se fue a la *piazza* un poco después de las cuatro. Al principio de la calle se veía la fuerte luz del sol pero la plaza estaba en sombra. La espera fue larga. Luego llegó un cargamento de turistas ingleses que llenaron las mesas que había en el borde de la plaza y entonces, por orden numérico, comenzó el desfile.

No quería parecer malhumorado, después de todo eso hubiera sido injusto con Simon, pero sí quería parecer distante, dejar claro que esto no era idea suya, que no era lo que él deseaba. No miró las caras que estaban abajo, sino que fijó la vista en un anuncio de agua mineral San Pellegrini que había en una pared más allá del café. ¿Qué pensarían su madre, su tío, el fantasma de su padre? ¿Dónde estaba la casa oscura de Parthenia en la que él había vivido? Después de cruzar *la piazza*, esperó con los otros y luego el propietario le llevó al café y hasta ese momento no se dio cuenta de que solo

quedaban diez y él era uno de los ganadores.

Ya estaba oscureciendo, el cielo adquiriría ese color de uva que, más que ninguna otra cosa, le hacía sentirse lejos de casa de un modo que no era desagradable. Ahora la *piazza* estaba abarrotada de gente. Los diez hombres permanecieron en la barra bebiendo café y vino, unidos por el lazo de una experiencia común y una discutible victoria, y distanciados por las barreras del idioma. Emile estaba entre un francés y un egipcio y lo más que podía hacer era chapurrear un poco de italiano y sonreír, de manera animada pero fatua, para demostrar que era simpático y seguro de sí mismo. A medida que oscurecía en la *piazza*, a medida que la luz del día se desvanecía y ellos permanecían bajo las desnudas luces del café, instaladas con sensatez y economía para iluminar el trabajo de los camareros y no para favorecer a nadie, podían haber pasado, de no ser por la falta de ropa, por un grupo de trabajadores, oficinistas o jurados que se habían detenido a tomar una copa antes de volver allí donde transcurrían sus vidas, al lugar donde se les esperaba y quería. Emile no entendía qué iba a suceder ahora y le pidió por señas al propietario que se lo explicara. La explicación fue larga y Emile tardó mucho en comprender que los diez ganadores iban a ser subastados a la multitud de la *piazza*.

—Pero yo soy americano —afirmó Emile—. ¡Nosotros no creemos en esas cosas!

—*Niente, niente* —dijo el juez amablemente, y le explicó a Emile que si no quería que le vendieran era libre de marcharse ahora.

En su país, Emile se hubiera marchado a casa indignado, pero no estaba allí y la curiosidad o algo más profundo le retuvo allí. Le horrorizó pensar que un entorno, unas luces y unas circunstancias inhabituales pudieran influir en su moralidad. Para reforzar su personalidad intentó evocar las calles de Parthenia pero estaban a mundos de distancia. ¿Sería cierto que su

personalidad estaba formada en parte por habitaciones, calles, sillas y mesas? ¿Su moralidad estaba influida por los paisajes y los tipos de comida? ¿No había podido traer su personalidad, su sentido del bien y del mal, al otro lado de la bahía de Nápoles?

En la *piazza* comenzó a tocar una banda y detrás del café dispararon unas salvas. Entonces el *padrone* llamó a un hombre de nombre Iván, el cual sonrió a sus compañeros y salió a la terraza, donde había un podio al que subió. Parecía acceder gustosamente a este giro en los acontecimientos. Emile salió a la terraza y se quedó de pie al amparo de una acacia. La puja empezó de forma despreocupada, parecía una broma, pero, a medida que las ofertas subían, él se dio cuenta de que la piel del joven estaba en venta. Las pujas subieron rápidamente a ciento cincuenta mil liras; pero luego se hicieron más lentas y la agitación en la multitud era erótica. Iván parecía impasible, pero los latidos de su corazón eran visibles. ¿Era pecado?, se preguntó Emile. Y si lo era, ¿por qué parecía tan profundamente expresivo en todos los que estaban allí? Esta era la venta de las supremas delicias de la carne, de su atormentador olvido. Aquí estaban las cuevas y los hermosos cielos del erotismo, los palacios y las escalinatas, el trueno y el rayo, el gran rey y el marinero ahogado, y por las voces de quienes pujaban se diría que nunca habían deseado otra cosa. La puja se detuvo en doscientas cincuenta mil liras e Iván se bajó del podio y se perdió en la oscuridad, donde alguien, Emile no pudo ver quién, le esperaba en un coche. Oyó que el motor arrancaba y vio que los faros iluminaban los muros ruinosos cuando se alejaron.

El siguiente fue un egipcio llamado Ahab, pero algo no funcionó. Sonreía de una forma demasiado cómplice, parecía demasiado dispuesto a ser vendido y a realizar lo que se esperara de él, y en pocos minutos lo adjudicaron en cincuenta mil liras. Un hombre llamado Paolo restableció la atmósfera de sexualidad, y las ofertas, como había sucedido con Iván,

llegaban despacio y con voces roncas. Luego subió al podio un hombre que se llamaba Pierre y hubo cierto retraso antes de que comenzaran a pujar.

Algo iba mal. Le faltaba lozanía. Había bebido demasiado vino o estaba demasiado cansado y permanecía en el podio como un palo. Su eslip era tan pequeño que revelaba el vello púbico y su pose era vagamente clásica —las caderas ladeadas y una mano curvada sobre el muslo—, clásica e inmemorial como si hubiera aparecido repetidas veces en las pesadillas de los hombres. He aquí el rostro del amor carente de rostro, de voz, de aroma, de memoria, he aquí un roce y un revolcón sin la chispa de una personalidad, he aquí un recordatorio de toda la estupidez, la venganza y la lujuria que hay en el amor, y parecía provocar en la depravada multitud un obstinado amor a la decencia. Preferían mirar los precios de la carta que a él. La mirada de Pierre era taimada y perversa, era más descaradamente lascivo que los otros pero a nadie parecía importarles. Se produjo un sutil cambio en el ambiente. Diez mil. Doce mil. Luego la puja se detuvo. Para Emile esto era lo peor de todo. Iván se había vendido a Dios sabe quién, un rostro en la oscuridad, pero parecía más vergonzoso y más pecaminoso que a Pierre, que estaba deseoso de realizar los misteriosos y sagrados ritos por la menos sagrada de las recompensas, no le quisiera nadie y que, a pesar de su voluntad de pecar, pudiese acabar pasando una noche tranquila en el dormitorio contando ovejas. Algo estaba mal, una promesa, por obscena que fuese, había sido rota, y Emile sudaba de vergüenza por su compañero, porque desear y no ser deseado era la más grosera indecencia. Al final Pierre fue rematado por veinte mil liras. El *padrone* se volvió a Emile para preguntarle si quería reconsiderar su decisión y, por una intoxicación de orgullo, una determinación de demostrar que lo que le había sucedido a Pierre no podía pasarle a él, Emile se adelantó y subió al podio mirando desafiante a las luces de la *piazza*, como si de este modo hubiera logrado enfrentarse al mundo.

La puja fue bastante animada y lo adjudicaron por cien mil liras. Se bajó del podio y se dirigió por entre las mesas al lugar donde le esperaba una mujer. Era Melissa.

Le llevó en coche a las colinas y cruzaron las puertas del jardín de una villa, donde oyó el ruido de una fuente y el canto de los ruiseñores en los árboles y donde descubrió que no había traído su sentido del bien y del mal al otro lado de la bahía. Esta erupción de sus sentidos, esta liberación de las cargas de su vida, fue tan completa que él parecía volar, nadar, vivir y morir independientemente de todos los hechos conocidos, parecía destruirse y renovarse con violencia, demoler y reconstruir su espíritu en un plano elevado y sensual que estaba al margen de la tierra y su calendario.

En el jardín había una piscina en la que nadaban, y tomaban las comidas en una terraza. Con ella, esta vez, no parecía alcanzar nunca la conciencia; o quizá había descubierto un nuevo nivel de esta. Había seis perros negros que les observaban, y los criados iban y venían con bandejas de alimentos y licores. Él no tenía idea del paso del tiempo pero calculó que llevaría una semana o diez días allí cuando una mañana ella dijo que tenía que ir a Ladros pero que volvería antes del almuerzo.

A las dos, ella aún no había vuelto y él comió solo en la terraza. Después de recoger la mesa, las criadas se fueron a dormir la siesta. Todo el valle estaba en silencio. Se tumbó en la hierba junto a la piscina, esperando su regreso. Se sentía drogado por una aguda sensación sexual y, como con la ausencia de la droga, su retraso le provocaba dolor. Los perros negros estaban echados en la hierba cerca de él. Dos de ellos se empeñaban en traerle palos para que se los arrojara. Sus demandas eran insistentes y tediosas. Cada pocos minutos dejaban caer un palo a sus pies y si él no se lo tiraba enseguida, aullaban para llamar su atención. Oyó un coche en la carretera y pensó que al cabo de cinco minutos ella estaría a su lado, pero el coche siguió

a una villa que había más arriba. Se tiró a la piscina y nadó un largo, pero cuando salió del agua fría al cálido sol, este contacto solo sirvió para agudizar su necesidad de ella. Las flores del jardín le parecían afrodisíacas y hasta el azul del cielo era como parte del amor. Nadó de nuevo un largo y se echó en el césped en una parte umbría del jardín, donde los perros se reunieron con él y los sabuesos aullaron para que les lanzara los palos.

Se preguntó qué estaría haciendo ella en Ladros. La cocinera traía el vino y la comida, así que ella no necesitaba nada, pensó. La incapacidad de Melissa para resistir a su contacto y a su físico le hizo pensar si podría suceder lo mismo con cualquier otro hombre y si no estaría ahora subiendo unas escaleras en compañía de un desconocido de brazos velludos. El grado de su placer en la inmersión de Melissa en la sensualidad era el grado exacto de sus celos. No podía fiarse de su constancia; y continuó arrojando palos a los perros.

Continuó arrojando palos a los perros como si esto constituyera una clara obligación, como si el bienestar y el entretenimiento de los animales fueran responsabilidad suya. Pero ¿por qué? Ni le gustaban ni le disgustaban. Su sensación era lo bastante definida como para ser analizada. Al parecer, sentía un deber hacia los perros. Existía una reciprocidad en ello, como si en el pasado él hubiera sido un perro, dependiente de los caprichos de un extraño en un jardín, o como si en el futuro pudiera ser transformado en un perro pidiendo que le dejaran entrar para que escapara de la lluvia. Había obligaciones y recompensas, aparentemente, por la paciencia con que lanzaba los palos. Pero ¿dónde estaba ella? ¿Por qué no estaba con él? Intentó imaginarla ocupada en alguna inocente tarea, pero no pudo. Entonces se incorporó bruscamente, enfurecido y dolido, y los perros se sentaron para vigilar. Sus ojos dorados y el gemido de los sabuesos le enfureció más y subió los escalones para ir al *salone* y servirse una copa, pero dejó la puerta

abierta y los perros le siguieron y se sentaron a su alrededor sobre los cuartos traseros, mientras él estaba de pie en el bar, como si esperaran que les hablara. La casa estaba en silencio; las criadas dormían. Entonces tembló de ira por la promiscuidad, inutilidad y corrupción de ella, y la mirada de los animales le pareció más interrogante, como si esta hora les precipitase a una culminación que conocía bien; como si viajasen hacia un instante crítico en el que todos estaban implicados; como si la mudez de ellos y la lujuria, los celos y la ira de él convergieran. Corrió escaleras arriba y se vistió. Era una caminata de una hora al pueblo, pero no esperaba cruzarse con su coche porque estaba convencido de que cuando ella regresara sería con otro amante y él quedaría transformado en un perro. Pero cuando ella le adelantó y se detuvo y él vio que había bolsas de comestibles en el asiento de atrás, su indignación moral se vino abajo. Volvió con ella a la villa y regresó con ella a Roma al final de la semana.

Al regresar a su *pensione* una mañana, Honora se encontró a Norman Johnson esperándola en el vestíbulo.

—Oh, señorita Wapshot —dijo—, me alegro tanto de verla. Es estupendo ver a alguien que hable inglés. Me habían dicho que aquí todo el mundo aprendía inglés en el colegio, pero la mayoría de los que yo he conocido no hablan nada más que italiano. ¿Podemos sentarnos aquí?

Abrió su cartera y le mostró una orden para la extradición de Honora, una copia del procesamiento dictado por el tribunal de Travertine y una orden de confiscación de todos sus bienes; pero a pesar de tener tanto poder legal en sus manos parecía avergonzado y fue ella la que sintió pena de él.

—No se preocupe —le dijo, tocándole ligeramente una rodilla—. No se preocupe por mí. Es todo culpa mía. Fue por el miedo que me daba el asilo de los pobres. Toda la vida me ha dado miedo la granja-asilo. Incluso cuando era pequeña. Cuando la señora Bretaigne me llevaba en coche al campo para ver el follaje otoñal, yo cerraba los ojos cuando pasábamos por la granja-asilo, del miedo que me daba. Pero ahora siento nostalgia y quiero volver. Iré al banco a retirar mi dinero y volveremos a casa en una de esas máquinas voladoras.

Fueron andando a las oficinas de la American Express, no como carcelero y culpable, sino como grandes amigos. Él esperó abajo mientras ella cerraba su cuenta y luego Honora se reunió con él, llevando un gran fajo de billetes de veinte mil liras.

—Iré a buscar un taxi —dijo él—. No puede usted ir por la calle con todo ese dinero. Le robarían.

Salieron a la Piazza di Spagna. Era un luminoso día de invierno. En Fregene los catamaranes estarían en la orilla sobre rodillos, las casetas de baño estarían cerradas, la luz en los olivos sería una luz triste, los letreros de *zuppa di pesce* estarían caídos o colgando de un solo clavo. Las golondrinas se habrían ido. En Roma hacía calor al sol y frío a la sombra, la luz suave y brillante resaltaba el curioso aspecto de marea baja de esa vieja y atestada ciudad como si, en alguna época del pasado, el Tíber hubiese desbordado sus orillas —una inundación de agua oscura— y manchado los edificios y las iglesias hasta el frontón, dejando la piedra caliza de la parte superior aún clara y aún, a pesar de ser invierno, con espesos matojos de hierba y alcaparras en cada grieta, tan parecidas al vello púbico que le daban a la celebrada plaza un aspecto cómico. Los norteamericanos se alejaban de la oficina leyendo las noticias del hogar, dulce hogar. La mayor parte de ellas parecían ser divertidas ya que la mayoría de ellos sonreía de vez en cuando. Caminaban, al revés de los italianos, como si acomodaran su paso a algún terreno recordado y explícito —una pista de tenis, una playa, un campo arado— y parecían situados aparte a causa de un aire de total falta de preparación para el cambio, la muerte o el propio paso del tiempo. Había, quizá, unas ciento cincuenta personas en la plaza cuando Honora entró en ella y miró al cielo. Un turista danés fotografiaba a su esposa en la escalinata. Un marinero norteamericano metía la cabeza en la fuente. Había flores frescas en los monumentos a la Virgen. El aire olía a café y a caléndulas. Dieciséis turistas alemanes tomaban café en una cafetería al otro lado de la calle. Eran las 11.18.

Una mendiga descalza que llevaba un vestido verde rasgado y tenía un niño en los brazos se acercó a Honora. Ella le dio un billete de mil liras.

Luego le dio uno a un hombre con un delantal de rayas, a un niño con chaquetilla blanca que llevaba una bandeja con tazas de café, a una prostituta guapa con un abrigo cerrado en el cuello, a una mujer encorvada que llevaba un sombrero en forma de papelera, a tres sacerdotes alemanes de sotanas rojas, a tres jesuitas de sotana negra con ribetes malva, a cinco franciscanos descalzos, a seis monjas, a tres chicas vestidas con los uniformes negros de las criadas romanas, al dependiente de una tienda de souvenirs, a una peluquera, a un barbero, a un chulo, a tres oficinistas con los dedos manchados con la tinta morada que usaban las oficinas gubernamentales; a una marquesa arruinada, con un bolso viejo abarrotado de fotografías de las cosas, los caballos y los perros perdidos; a un violinista, a un clarinetista y un violonchelista que iban a un ensayo en la Via Athenee; a un ratero, a un seminarista, a un anticuario, a un ladrón, a un idiota, a un vago, a un siciliano que buscaba trabajo, a un carabiniere que no estaba de servicio, a una cocinera, a una niñera, a un novelista norteamericano, a un camarero del Inglese, a un batería negro, a un representante médico y a tres floristas. No había el menor asomo de caridad en sus dádivas. El bien que su dinero pudiera hacer no se le había pasado por la cabeza. El impulso de repartirlo era tan profundo como su amor por el fuego y buscaba, egoístamente, una intoxicante sensación de limpieza, ligereza y utilidad. El dinero era suciedad y esto era su ablución.

Ahora los tejados de la plaza estaban negros de gente. Un empleado de la oficina de correos salió por la ventana, se deslizó por el toldo y se dejó caer en la acera a los pies de Honora. Los transeúntes se metían en el agua de la fuente hasta las rodillas. Entonces unos carabinieri montados aparecieron por Via Condotti y Honora dio media vuelta y subió la escalinata mientras miles de voces la bendecían en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, mundo sin fin.

El certificado de seguridad de Coverly fue renovado hasta que Cameron regresara de Nueva Delhi, pero Brunner se había ido a Inglaterra y Coverly no tenía medio de saber cuándo volvería el viejo. Luego, debido a algún confuso e irreversible proceso burocrático, recibió un aviso de desahucio en un plazo de diez días enviado por el departamento de la vivienda. Los sentimientos de Coverly eran contradictorios. Su vida en Talifer había concluido, si es que se podía decir que hubiese comenzado alguna vez. Podría encontrar trabajo fácilmente como subprogramador en algún otro sitio y a Betsey la idea de dejar Talifer le parecía como una promesa de una nueva vida. Más o menos por entonces recibió un telegrama de Saint Botolphs. VEN ENSEGUIDA. Esta franqueza sin precedentes por parte de su anciana prima le alarmó, así que hizo la maleta y se fue para allá. Llegó a última hora de la tarde siguiente. El día era lluvioso, pero a medida que se acercaban al mar, la lluvia se convirtió en nieve. La nevada cubrió de blanco los árboles desnudos y los suburbios próximos al ferrocarril, dándoles, pensó Coverly, un patetismo y una belleza que no tendrían en ningún otro momento de su historia. Toda esta blancura le alegró. Cuando se apeó, el señor Jowett no estaba allí y la estación parecía abandonada. No vio a nadie a quien saludar en las ventanas de la Casa del Viaducto, ni en la tienda de comestibles. Al cruzar el parque le detuvo una procesión de hombres y mujeres que salían de la casa parroquial de la iglesia de Cristo. Eran ocho y caminaban de dos en dos. Todos los hombres, menos uno que iba con la cabeza descubierta,

llevaban gorras de punto. Supuso que había habido una merienda, una conferencia o algún acto de caridad, y que estos eran los internos del asilo de los pobres. Uno de ellos, un hombre anguloso que parecía loco o tonto, iba mascullando:

—Arrepentíos, arrepentíos, vuestro día está cerca. Voces angelicales me han dicho cómo hacerme agradable al Señor...

—Cállate, cállate, Henry Saunders —le dijo una negra corpulenta que caminaba a su lado—. Cállate hasta que llegemos al autobús.

Junto al bordillo estaba aparcado un autobús en cuyo costado se leía INSTITUTO HUTCHENS PARA INVIDENTES. Coverly vio que el chófer les ayudaba a subir y luego él siguió su camino por Boat Street.

Una enfermera le abrió la puerta en casa de Honora. Le sonrió a Coverly como si hubiera oído hablar mucho de él y ya se hubiese formado una opinión desfavorable.

—Ha estado esperándole —murmuró—. La pobre lleva todo el día esperándole.

No había motivo para el reproche. Coverly le había enviado un telegrama a su prima y ella sabía exactamente cuándo llegaba.

—Estaré en la cocina —dijo la enfermera, y se fue por el pasillo.

La casa estaba sucia y fría. Las paredes, que él recordaba en tono liso, estaban ahora cubiertas con un papel estampado con una celosía negra y rosas rojo oscuro. Abrió las puertas dobles del cuarto de estar y al principio pensó que ella estaba muerta.

Estaba dormida en una sobada butaca de orejas. Durante los meses transcurridos desde la última vez que la había visto, había perdido su corpulencia. Estaba terriblemente consumida. Había sido robusta —fuerte, habría dicho ella— y ahora resultaba frágil. Su rostro leonino y la postura infantil de sus pies era lo único que no había cambiado. Ella siguió

durmiendo y él miró la habitación, que, como el vestíbulo, parecía descuidada. Había polvo, telarañas y papel floreado. Las cortinas habían desaparecido y él vio caer la nieve a través de las altas ventanas. Entonces Honora se despertó.

—Oh, Coverly.

—Prima Honora.

Él le dio un beso y luego se sentó en un taburete cerca de ella.

—Me alegro tanto de que estés aquí, querido, me alegro tanto de que hayas venido.

—Yo también me alegro de estar aquí.

—¿Sabes lo que hice, Coverly? Me fui a Europa. No pagué mis impuestos y el juez Beasley, ese viejo bobo, me dijo que me meterían en la cárcel, así que me fui a Europa.

—¿Lo pasaste bien?

—¿Recuerdas las peleas con tomates? —preguntó Honora, y él se preguntó si había perdido el juicio.

—Sí.

—Después de las heladas yo os dejaba entrar a ti y a los otros en mi huerta de tomates para pelearos con ellos. Cuando os habíais tirado todos los tomates, cogíais las tarjetas de visita que dejaban las vacas y os la tirabais. — Que esta formidable anciana le llamara «tarjeta de visita» a un humeante montón de estiércol de vaca era un recordatorio de las excéntricas finuras del pueblo—. Bueno, después de tiraros todas las tarjetas de visita y todos los tomates, solíais estar hechos un asco, pero si alguien os hubiera preguntado si lo habíais pasado bien, supongo que habríais dicho que sí. Así es como me siento después de mi viaje a Europa.

—Entiendo —contestó Coverly.

—He cambiado —dijo Honora—. Se me nota que he cambiado, ¿verdad?

Había cierta ligereza, cierta esperanza, incluso un ruego, en su voz, como si él fuera a decir persuasivamente que no había cambiado nada y entonces ella saldría al jardín y recogería unas cuantas hojas con el rastrillo antes de que la nieve las cubriese.

—Sí.

—Sí, supongo que sí. He adelgazado mucho. Pero me *siento* mucho mejor. —Esto lo dijo en tono belicoso—. Sin embargo, ahora no salgo porque he notado que a la gente no le gusta verme. Les entristece. Lo veo en sus ojos. Soy como el ángel de la muerte.

—Oh, no, Honora —dijo él.

—Oh, sí, lo soy. ¿Por qué no iba a serlo? Me estoy muriendo.

—Oh, no —dijo él.

—Me estoy muriendo, Coverly, y lo sé y quiero morirme.

—No deberías decir eso, Honora.

—¿Y por qué no?

—Porque la vida es un don, un don misterioso —dijo Coverly débilmente, a pesar del peso que las palabras tenían para él.

—¡Vaya! —exclamó ella—. Debes de ir mucho a la iglesia últimamente.

—Voy algunas veces.

—¿A la alta o a la baja? —preguntó ella.

—La baja.

—Tu familia siempre perteneció a la alta.[2]

Era una afirmación áspera, categórica, ese viejo espíritu de la contradicción que siempre había utilizado para expresarse, pero ahora parecía estar demasiado débil para mantenerlo. Siguió la mirada de Coverly al feo papel de las paredes y dijo:

—Veo que te has fijado en mis rosas.

—Sí.

—Bueno, me temo que fue una equivocación, pero cuando volví a casa llamé al señor Tanner y le pedí que me trajera un papel con rosas para que me recordara el verano. —Encorvada y echada hacia delante en su butaca, levantó la cabeza y la vista y le lanzó una mirada muy cansada a las rosas de la pared—. Me hartó de mirarlas, pero ya es demasiado tarde para cambiarlas.

Coverly miró la pared, la equivocación de Honora, y observó que las flores no tenían en absoluto los verdaderos colores y formas de las rosas. Los capullos eran fálicos y las rosas en sí parecían plantas carnívoras, una especie de papamoscas con pétalos y la boca abierta. Si se pretendía que le recordaran las rosas que florecen en verano habían fallado. Sugerían oscuridad y corrupción, y él se preguntó si no las habría elegido porque correspondían a su propia sensación de esta etapa de la vida.

—¿Quieres traerme un whisky, Coverly? —le dijo Honora—. Está en la despensa. No me atrevo a pedirselo a *ella*.

Honora hizo un gesto con la cabeza indicando el fondo de la casa, donde debía de estar la enfermera. Luego se llevó la mano izquierda a un lado de la boca en forma de pantalla, probablemente para desviar su voz de la puerta, pero cuando habló lo hizo en un tono tan silbante y condenatorio que debió de llegar al otro lado del vestíbulo.

—Ella *bebe* —silbó Honora, girando los ojos en dirección a la cocina por si acaso Coverly no había entendido.

Le sorprendió que su anciana prima le pidiese un whisky. Ella solía tomar una copa en las fiestas familiares, pero siempre con grandes dudas y reservas verbales, como si un solo trago largo pudiese dejarla inconsciente en el suelo, o todavía peor, inducirla a bailar una jiga sobre la mesa. Coverly cruzó el comedor y entró en la despensa. Los dos cambios que había advertido, deterioro y una obsesión por las rosas, continuaban aquí. Las paredes estaban empapeladas con rosas de oscuros cuellos y en la mesa se veían cercos sobre

una espesa capa de polvo. En el asiento de una de las butacas había una pata y un brazo rotos. La casa estaba descuidada, pero si, como ella había dicho, se estaba muriendo, al igual que un caracol o un nautilo, se aproximaba a la tumba en el caparazón de su propio hogar, proyectando su falta de visión y su pérdida de memoria en telarañas y cenizas.

—¿Puedo ayudarle, señor Wapshot? —preguntó la enfermera, sentada en una silla junto al fregadero con las manos vacías.

—Estoy buscando una botella de whisky.

—Está en el armario de las jaleas. No hay hielo, pero a ella no le gustan las bebidas con hielo.

Había whisky en abundancia, media caja de bourbon y por lo menos una caja de botellas vacías tiradas por el suelo de cualquier manera. Esto constituía un completo misterio. ¿Había encargado la enfermera estas cajas de whisky y se las había bebido a solas en la cocina?

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja usted para la señorita Wapshot? —le preguntó Coverly.

—No trabajo para ella —dijo la enfermera—. Solo he venido hoy para causar buena impresión. Ella ha pensado que usted se preocuparía si la encontraba sola, por eso me ha pedido que viniera para causarle un buen efecto.

—¿Está sola todo el tiempo?

—Lo está cuando quiere. Hay mucha gente que vendría a prepararle una taza de té, pero ella no les abre. Quiere estar sola. Ya no come nada. Solo bebe.

Coverly miró con más atención a la enfermera para ver si, como afirmaba Honora, estaba borracha y le atribuía sus vicios a la anciana.

—¿Lo sabe el médico? —preguntó Coverly.

—¿El médico? Ja. Ella no le deja entrar en la casa. Se está matando. Eso es

lo que está haciendo. Está intentando matarse. Sabe que el médico quiere operarla y a ella le da miedo el bisturí.

Hablaba con absoluta falta de compasión, como si fuera la abogada del bisturí, su sacerdotisa, y Honora la apóstata. Así que esa era la situación, ¿y qué podía hacer él? Su tiempo en la cocina se estaba agotando. Si se quedaba más, Honora sospecharía. Era impensable volver al cuarto de estar y acusarla del fraude de la enfermera y de las botellas vacías. Lo negaría todo con rotundidad y, lo que es más, se sentiría profundamente dolida porque él hubiera roto las reglas de ese absurdo juego dentro del cual se desarrollaba su relación.

Volvió a pasar por la despensa y el comedor y su deterioro le recordó la muerte, como una realidad evidente con la que ella parecía estar luchando con valentía. Recordó ir andando por la playa de Cascada con una bolsa de almejas a la espalda. ¿A qué suena el mar? A leones fundamentalmente, a destino manifiesto, al reparto de una última mano de cartas, con los ases del tamaño de lápidas mortuorias. Buum, dice el mar. ¿Y de qué servía toda su piadosa introspección sobre la metamorfosis? Creyó ver en la playa el cambio de una forma de vida a otra. Las hierbas de la playa mueren, se secan, vuelan como una gaviota en el viento y ese turista de expresión enfadada se hará un pie de lámpara con el pedazo de madera de deriva que lleva en la mano. La línea de la marea alta de anoche está señalada con malaquita y amatista, la playa está marcada con las mismas líneas que el cielo; parecía que uno estuviera parado en un fulcro de cambio, aquí estaba la barrera, aquí, donde rompía la ola, estaba la línea entre una vida y otra, pero ¿acaso algo de esto le evitaría pedir clemencia a gritos cuando llegara su hora?

—Gracias, querido. —Bebió ávidamente y le lanzó una mirada inquisitiva—. ¿Está borracha?

—Creo que no —contestó Coverly.

—Lo disimula. Quiero que me prometas tres cosas, Coverly.

—Sí.

—Quiero que me prometas que si pierdo la conciencia no harás que me trasladen al hospital. Quiero morir en esta casa.

—Te lo prometo.

—Quiero que me prometas que cuando yo me vaya no te preocuparás por mí. Mi vida ha terminado y yo lo sé. He hecho todo lo que tenía que hacer y muchas cosas que no tenía que haber hecho. Lo confiscarán todo, por supuesto, pero el señor Johnson no lo hará hasta enero. He invitado a algunas personas agradables para la comida de Navidad y quiero que estés aquí y les hagas los honores. Maggie cocinará. Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Y además quiero que me prometas, que me prometas que... Oh, había algo más, pero no recuerdo qué era. Creo que ahora me voy a echar un rato.

—¿Puedo ayudarte?

—Sí. Puedes ayudarme a llegar al sofá y luego puedes leerme. Ahora me gusta que me lean. ¿Recuerdas que yo lo hacía para ti cuando estabas enfermo? Te leía *David Copperfield* y los dos llorábamos tanto que yo no podía seguir. ¿Te acuerdas de aquello, Coverly?

La plenitud de los sentimientos contenidos en este recuerdo reanimó su voz y la hizo retroceder en el tiempo hasta que sonó como si fuera una joven. Él la ayudó a levantarse y la acompañó al viejo sofá, donde ella se tumbó y dejó que la tapara con una manta.

—Mi libro está en la mesa —dijo ella—. Estoy leyendo *El conde de Montecristo* otra vez. Capítulo veintidós.

Cuando ella estuvo instalada, él cogió el libro y empezó a leer. Su recuerdo de cuando ella le leía no era una imagen, sino una sensación. No recordaba sus lágrimas mientras estaba sentada junto a su cama, pero sí las confusas y

violentas emociones que dejaba tras ella cuando se iba. Ahora, mientras leía, se sentía incómodo y se preguntó por qué. Ella le había leído cuando él estaba enfermo siendo niño; ahora él le leía mientras ella se moría. El ciclo era bastante evidente, pero ¿por qué sentía que ella, tumbada en el sofá, totalmente indefensa y frágil, tenía el poder de lanzar un hechizo que le atrapara? Nunca había recibido de ella más que generosidad y amabilidad, entonces ¿por qué realizaba este sencillo servicio con desasosiego? Admiraba el libro, quería a la anciana y ningún lugar de la tierra le era tan familiar como esta habitación, entonces ¿por qué le parecía que se había metido inocentemente en una trampa formada por una enfermera fraudulenta, una caja de whisky y un viejo libro? A mitad del capítulo, Honora se durmió y él dejó de leer. Un poco después la enfermera apareció en la puerta con un sombrero negro y un abrigo del mismo color sobre su uniforme.

—Debo marcharme —murmuró—. Tengo que hacerle la cena a mi familia.

Coverly asintió con la cabeza y luego escuchó los pasos de la mujer dirigirse a la parte de atrás de la casa y el ruido de la puerta al cerrarse.

Se acercó al sucio ventanal para ver la nieve. Había una luz amarilla en el horizonte, no color limón, ni limitada a su color; la luz de un farolillo, el brillo de la luz en el papel, algo que le recordaba su infancia y las fiestas en el jardín, aislada ahora por lo tardío de la hora y de la estación.

—¿Coverly? —preguntó Honora, pero hablaba en sueños.

Él volvió a su silla. Observó lo terriblemente demacrada que estaba, pero le agradaba pensar que esto no había alterado la fuerza de su espíritu. No solo había vivido de modo independiente, sino que a veces parecía haber desarrollado su propia cultura. No había ningún paliativo en su forma de enfocar la muerte. Sus ritos eran audaces, singulares y arcanos. La tristeza y el abandono de su amada casa, la falsa enfermera, las rosas carnívoras, parecían haberlos distribuido de forma satisfactoria a su alrededor como los

pueblos más primitivos se habían rodeado confiadamente, a la hora de morir, de suficientes alimentos y vino para un largo viaje.

—¡Coverly!

Honora se despertó de repente, levantando la cabeza de la almohada.

—Sí.

—Coverly. ¡Acabo de ver las puertas del cielo!

—¿Cómo eran, Honora, cómo eran?

—Oh, no puedo explicártelo, no podría describir algo así, eran tan bellas, pero las he visto, Coverly, las he visto. —Se sentó, radiante, y se secó las lágrimas—. Oh, eran tan hermosas. Vi las puertas y multitud de ángeles con las alas de colores. ¿A qué es bonito?

—Sí, Honora.

—Ahora sírveme otro whisky.

Él cruzó alegremente las habitaciones oscuras, tan contento como si hubiera compartido la visión de ella, y preparó las bebidas, con el consuelo de pensar que, después de todo, ella no moriría nunca. Dejaría de respirar y la enterrarían en la tumba de la familia, pero en el recuerdo de Coverly la frescura de su imagen no se alteraría y estaría siempre entre ellos a la hora de las decisiones. Mucho después de que fuese polvo, se movería libremente en los sueños de él, castigaría su maldad y la de su hermano, premiaría sus buenas obras con un corazón alegre, juzgaría a sus amigos y amantes aunque en su lápida floreciera el musgo y su ataúd estuviera ladeado por las heladas invernales. La bondad y la maldad de la anciana eran imperecederas. Le llevó la bebida en la oscuridad y luego puso otro tronco en la chimenea. Ella no dijo nada más pero él le llenó el vaso dos veces.

Llamó al doctor Greenough a las seis y media. El médico estaba cenando pero vino aproximadamente una hora más tarde y certificó que había muerto de inanición.

Como los demás no deseaban regresar a un lugar que había cambiado y se había vuelto extraño, Coverly fue el único miembro de la familia presente en el entierro. No tenía forma de encontrar a Moses, y Betsey estaba muy atareada cerrando la casa de Talifer. Melissa había desaparecido y la última vez que la vemos va en un autobús, volviendo de uno de los barrios residenciales de los alrededores al centro de Roma. Casi es Navidad pero no hay muchos signos de ello. Emile —o el barbero— ha dejado crecer un mechón de pelo que le cae sobre la frente y le da un aire pícaro, juvenil y un poco estúpido. Parece algo bebido y, por supuesto, tiene hambre. Melissa se ha teñido el pelo de rojo. Como consecuencia de vivir con alguien mucho más joven —y ahora viven juntos— ha adoptado una actitud aniñada. Ha adquirido la costumbre de encogerse de hombros y de inclinar la cabeza a un lado o al otro. No es uno de esos expatriados que se avergüenza de hablar en inglés. Su voz es musical, educada, y se oye por todo el autobús.

—Ya sé que tienes hambre, cielo —dice—. Lo sé, pero no es culpa mía en realidad. Yo entendí que nos habían invitado a almorzar. Recuerdo *perfectamente* que ella dijo que fuéramos a comer. Supongo que lo que pasó es que después de que ellos nos invitaran a comer, los Parlapiano les invitaron a *ellos* a comer y decidieron librarse de nosotros, deshacerse de nosotros con un aperitivo. Cuando llegamos me fijé en que la mesa no estaba puesta. Entonces *comprendí* que algo no marchaba. Habría sido mucho mejor que nos hubiera llamado para cancelar la cita. Eso ya habría sido una grosería, pero hacernos ir hasta allí, creyendo que vamos a almorzar, y luego decirnos que tienen otro compromiso es la mayor grosería que he visto en mi vida. Lo mejor que podemos hacer es olvidarlo, olvidarlo, es una cosa más que hay que olvidar. En cuanto llegemos a Roma haré la compra y te prepararé la comida.

Y eso hace. Va al Supra-Marketto Americano de la Via delle Sagitarius.

Aquí desengancha, con un repique metálico, un carrito de una cadena de cientos y va empujándolo por entre las paredes de comestibles americanos. Apenada, desconcertada por los golpes que le ha dado la vida, esto le proporciona algo de solaz, es la senda que toma. Está pálida. Un rizo despeinado le cuelga contra la mejilla. Las lágrimas hacen que el brillo de sus ojos sea vidrioso, pero el mercado está lleno de gente y ella no será la primera ni la última mujer en la historia del lugar que haga sus compras con las mejillas húmedas. Se mueve con indiferencia entre la masa extranjera como si estos fueran los arroyos y canales de su día. Ningún sauce crece inclinado sobre este río de hombres y mujeres y, sin embargo, es a Ofelia a quien más se parece, haciendo su fantástica guirnalda no con ranúnculos, ortigas y purpúreas, sino con sal, pimienta, pañuelos de papel, albóndigas de bacalao congeladas, chuletas de cordero, hamburguesas, pan, mantequilla, mayonesa, un tebeo americano para su hijo y un ramo de claveles para ella. Canturrea, como Ofelia, trozos de viejas canciones. «Winston sabe *bien*, como debe saber un cigarrillo. Señor Limpio, señor *Limpio*», y cuando su corona o guirnalda fantástica parece terminada, paga la factura y se lleva sus trofeos, una imagen del sufrimiento no menos digna que cualquier otra.

Betsey y Binxey llegaron la víspera de Navidad y Coverly fue a recibirlos a la estación.

—Estoy tan cansada —dijo Betsey— que podría *morirme*.

—¿Ha sido malo el viaje, cielo? —preguntó Coverly.

—Malísimo —dijo ella—, malísimo. No me hables de ello. Además no veo por qué teníamos que venir hasta aquí para pasar las Navidades. Podíamos haber ido a Florida. Yo no he estado en Florida en toda mi vida.

—Le prometí a Honora que pasaríamos la Navidad aquí.

—Pero me has dicho que estaba muerta, muerta y enterrada.

—Se lo prometí.

Por un momento se sintió inerme ante esta incompatibilidad; sintió como si la ira o la desesperación hubiera convertido su sangre en un líquido dulzón y efervescente, como la Coca-Cola. Para él era inconcebible romper su promesa a la anciana, esto formaba parte de su dignidad, pero veía claramente que para Betsey era inconcebible que se tomase la molestia. Coverly caminó al lado de su esposa con el ligero encorvamiento del combatiente sexual que está perdiendo la batalla, mientras Betsey iba más erguida, con la cabeza más alta, recogiendo cada migaja de autoestima que él dejaba caer. Coverly había hecho todo lo que había podido por arreglar la casa. Encendió las chimeneas, decoró un árbol y puso bajo el mismo regalos para su mujer y su hijo.

—Tengo que acostar a Binxey —dijo Betsey con tono de indignación—. Me imagino que no habrá agua caliente para darse un baño, ¿verdad? Ven,

Binxey, sube con mamá. Estoy tan cansada que podría *morirme*.

Después de cenar, Coverly esperó a los cantores de villancicos pero o habían suprimido esa ceremonia o Boat Street ya no estaba en su recorrido. A las diez y media comenzaron a tocar las campanas de la iglesia de Cristo y él se puso el abrigo y se dirigió al parque. El repique de las campanas se detuvo cuando él se acercaba a la puerta. Le precedían tres mujeres, a ninguna de las cuales conocía. No parecían ir juntas y las tres habían pasado de la madurez. La primera llevaba un sombrero en forma de tambor, cubierto con discos metálicos en los que reflejaban las luces de la calle con un brillo de anuncio. ¿Compre Ginger-Fluff? ¿Texadrol? ¿Neumáticos Fulpruff? La miró a la cara buscando el texto, pero no encontró más que el texto del matrimonio, los partos, cierta alegría y cierto desaliento. Las otras dos llevaban sombreros parecidos. Esperó a que entraran y luego entró él y descubrió que ellos cuatro eran los únicos feligreses de la Nochebuena.

Se dirigió a uno de los primeros bancos, hizo una genuflexión con un fuerte crujido de sus rodillas y rezó sus oraciones, inmerso en el olor inmemorial y episcopaliano de antiguas lluvias. El señor Applegate entró sin sotana y encendió las velas. Volvió al altar un momento después, llevando la Sagrada Forma.

—Dios Todopoderoso —entonó—, para Quien todos los corazones están abiertos, todos los deseos son conocidos y a Quien no se le oculta ningún secreto, limpia nuestros pensamientos con la inspiración de Tu Santo Espíritu...

La resonancia de la misa de Nochebuena se extendió por la sombría iglesia con la magnificencia de una procesión isabelina. Las oraciones de la perorata se desarrollaban con amplitud y esplendor tras la súplica o confesión principal y las respuestas susurradas parecían bordadas en oro y carmesí. Continuarían, pensó Coverly, con el Cordero de Dios, el Gloria y la

Bendición hasta que el último amén se cerrase como una puerta sobre esta pompa verbal. Pero entonces percibió algo extraño e inadecuado. El tono del señor Applegate era teatral, pero lo más notable era una actitud de cortesía, un tratamiento aburrido y altanero de las palabras sagradas por las que el señor Cranmer había arduo. Cuando se volvió hacia el altar para orar, Coverly le vio tambalearse y agarrarse al encaje en busca de apoyo. ¿Estaría enfermo? ¿Estaría débil? La mujer del sombrero con discos brillantes se volvió a Coverly y murmuró:

—Ya está borracho otra vez.

Así era. Dijo la misa con desprecio y afrenta, como si su embrutecimiento fuera una forma de sabiduría. Sus movimientos eran vacilantes, confundió la confesión general con la oración de maitines y no cesaba de repetir: «Cristo, ten piedad de nosotros. Oremos», hasta que pareció que se había quedado con la mente en blanco. Las formalidades de la Sagrada Comunión no tienen sentido cuando, en caso de semejante desastre, los comulgantes pueden intervenir y no se podía hacer nada más que verle tropezar hasta el final. De repente abrió los brazos, cayó de rodillas y exclamó:

—Oremos por todos aquellos que han muerto o han quedado gravemente heridos en las autopistas, las autovías y las carreteras. Oremos por quienes han muerto abrasados en aterrizajes defectuosos, colisiones en el aire o estrellados en las montañas. Oremos por los que se han herido usando cortacéspedes, sierras, podaderas y otras herramientas eléctricas. Oremos por todos los alcohólicos que miden los días que hizo el Señor en litros, medios y quintos. —Aquí sollozó audiblemente—. Oremos por los lascivos y los impuros...

Encabezadas por la mujer del sombrero resplandeciente, las otras feligresas se marcharon antes de que acabara esta oración y Coverly se quedó solo para apoyar al señor Applegate con su amén. Llegó hasta el final, se desvistió,

apagó las velas y corrió a su botella de ginebra oculta entre las vestiduras. Coverly regresó a Boat Street. El teléfono estaba sonando cuando llegó.

—Coverly, soy Hank Moore, de la Casa del Viaducto. Ya sé que no es asunto mío, pero pensé que a lo mejor te estabas preguntando dónde andaba tu hermano y está aquí. La viuda Wilston está con él. No quiero meterme donde nadie me llama, pero se me ocurrió que quizá te gustaría saber dónde estaba.

Era Nochebuena en la Casa del Viaducto, pero la escena en el piso de arriba era flagrantemente pagana. Aquí no había ninguna arboleda sagrada y el único sonido de agua corriente provenía de un grifo que goteaba, pero Moses, el sátiro, miraba de forma impúdica a su bacante a través del aire cargado. Los rizos de la señora Wilston estaban despeinados, tenía la cara enrojecida, y su sonrisa era la extática y lasciva propia del olvido mientras sostenía en la mano izquierda un precioso vaso de preciado whisky. Sus mandíbulas —la primera nota de flacidez que se repetía masivamente en sus senos— eran muy carnosas.

—Ahora escúchame, Moses Wapshot —dijo ella—, escúchame tú a mí. Vosotros los Wapshot siempre os habéis creído que estabais por encima de los demás, pero quiero decirte, quiero decirte... No me acuerdo de lo que quiero decirte.

Se echó a reír. Había perdido la capacidad de pensar de forma coherente y con ella los agujones y las penas del vivir. Estaba despierta pero todavía soñaba.

Moses, desnudo como buen sátiro, hizo un ruido con los labios y se levantó de la silla. Su andar era pesado, belicoso y un poco huidizo; por una parte era agresivo y por otra tenía la ligereza, la rapidez, el matiz de sigilo de los pasos de un hombre que sale de una tienda después de pagar una botella de ginebra con un cheque sin fondos. Se acercó a ella, le dio unos besos húmedos y

sonoros en varios sitios y la cogió en brazos. Ella suspiró y se meció en su abrazo. Él se dirigió a la cama con su alegre carga. Se escoró a la derecha, recobró el equilibrio y se escoró de nuevo a la derecha. Se iba, se iba, se vino abajo. Zas. Toda la Casa del Viaducto se estremeció por el golpe y luego hubo un espantoso silencio. Quedó atravesado encima de ella, con la mejilla contra la alfombra, que tenía un agradable olor a polvo, como los bosques en otoño. ¡Oh! ¿Dónde estaban su perro, su escopeta, su sencilla alegría de vivir? Ella, tirada aún en el suelo, fue la primera en hablar. Lo hizo sin rabia ni impaciencia.

—Vamos a tomar otro trago —dijo, sonriendo.

Entonces Coverly abrió la puerta.

—Vente a casa, Moses —dijo—. Ven a casa, hermano. Es Nochebuena.

La mañana de Navidad, cuando Coverly se despertó y se puso cariñoso con Betsey, era deslumbrante. El hielo en el cristal de la ventana, en forma de metralla, destilaba y amplificaba la luz. Maggie llegó temprano y encendió la caldera de carbón y al poco rato el aire caliente empezó a salir por los respiraderos. Binxey vació su calcetín y abrió los regalos que Coverly le había comprado y todos desayunaron en la cálida cocina sobre una mesa de madera tan pulida y gastada como una pastilla de jabón. La cocina no era una habitación oscura pero la fuerza de la luz sobre la nieve reciente en el exterior hacía que pareciese tenebrosa.

Moses se despertó en un angustioso paroxismo de ansiedad, de agudísima melancolía. La luz radiante, el nacimiento de Cristo, todo le parecía un juego fatuo inventado para engañar a un idiota como su hermano, mientras que él veía el vacío que se ocultaba tras las cosas. El daño que le había hecho a sus nervios y a su memoria era menos doloroso que la sensación que tenía de

aproximarse al desastre, de una implacable fatalidad que le destrozaría sin darse a conocer. Habían comenzado a temblarle las manos y dentro de unos quince minutos rompería a sudar. Era la agonía de la muerte, con la diferencia de que conocía el camino de la vida eterna. Estaba en las botellas de bourbon que Honora había dejado en el armario de la jalea. Pensó en el bourbon mientras se afeitaba y se vestía, pero cuando bajó a la cocina y se los encontró sentados a la mesa, no los vio como miembros de su familia, sino como crueles obstáculos que se interponían entre él y los paisajes alpinos contenidos en una botella de whisky. El café y el zumo de naranja que le dio Maggie le parecieron inocuos y nauseabundos. ¿Cómo podría echarlos de la cocina? Si se le hubiera ocurrido comprar unos regalos y dejarlos debajo del árbol, quizá habría podido quedarse solo un minuto.

—¡Jalea! —exclamó—. Quiero un poco de jalea para las tostadas.

Se metió en la despensa y cerró la puerta.

Al pasar por el comedor después de desayunar, Coverly vio que Maggie había puesto la mesa para doce invitados y se preguntó quiénes serían. Honora siempre había tenido muchos invitados en la comida de Navidad. A partir del día de Acción de Gracias empezaba a buscar en los lugares públicos —trenes, autobuses y salas de espera— los rostros que llevaban la imborrable huella de la soledad y les invitaba a comer en su casa el día de Navidad. La intuición y la práctica la habían hecho discernir y seleccionaba a su presa infaliblemente y, sin embargo, sabiendo como sabía que la pasión de la soledad cruza las vidas de todos los hombres, más a menudo rechazaban que aceptaban su invitación esos desconocidos que, lo comprendía cuando le daban la espalda, preferían pasar la fiesta solos en una habitación desnuda antes que reconocer ante ella e incluso ante sí mismos que no tenían multitud de amigos y parientes y una mesa cargada de viandas. Un orgullo equivocado había sido su adversario, un adversario poderoso, pero el deseo de Honora de

llenar su mesa parecía ser, como su amor por el fuego y su desinterés por el dinero, algo innato, y en una ocasión se había ido a la sala de espera de la estación la mañana de Navidad y había recogido a los vagabundos que se calentaban junto a la estufa de carbón.

Coverly limpió la acera y el sendero después del desayuno. El ruido metálico de la pala contra el pavimento tenía un singular y absurdo encanto, como si esta música ruda, esta tarea sencilla, evocaran el espíritu de Leander en un papel más feliz del que había parecido condenado a interpretar en el naufragio de la vieja casa de River Street. La luz cegadora sobre la nieve parecía resonar una y otra vez alrededor de los límites del pueblo como la vibración de una copa cuando se frota el borde, pero ya desde tan temprano se veía cambiar el resplandor de la luz, se veía que era la luz de uno de los días más cortos del año.

Los Bretaine y los Dummer vinieron a las once. Maggie les sirvió jerez y pastel de frambuesa. A esta hora había ya un brillo tan duro y peligroso en los ojos de Moses que no se quedaron mucho rato. Poco después del mediodía, Coverly estaba junto a la ventana cuando vio el autobús amarillo que había visto la noche que volvió al pueblo. Allí estaba el mismo chófer, los mismos pasajeros y el letrero INSTITUTO HUTCHENS PARA INVIDENTES. El autobús se detuvo delante de la casa y Coverly bajó corriendo los escalones y dejó la puerta abierta.

—¿Wapshot? —preguntó el chófer.

—Sí —contestó Coverly.

—Pues aquí tiene a sus invitados a la comida de Navidad —dijo el chófer—. Me han dicho que les recogiera a las tres.

—¿No quiere usted entrar? —preguntó Coverly.

—Oh, no, gracias, no —contestó el chófer—. Estoy mal del estómago y lo único que quiero es un plato de sopa. Me darán algo en el pueblo. Pavo y

todo eso, que me sienta fatal. Tendrá usted que ayudarles a subir los escalones. Le echo una mano.

Coverly abrió la puerta del autobús y le dijo a la negra que había visto en el parque:

—Feliz Navidad. Soy Coverly Wapshot. Estamos encantados de tenerles aquí.

—Feliz Navidad, feliz Navidad —contestó ella mientras en una radio portátil que llevaba un coro de cientos de voces cantaba el «Adeste Fideles».

—Hay siete escalones y luego uno más para entrar en la casa —dijo Coverly.

La mujer le cogió del brazo con la confianza de la costumbre y de la indefensión y levantó el rostro hacia la luminosidad del cielo.

—Veo un poco de luz —dijo ella—. Solo un poco. Debe de hacer un día espléndido.

—Sí, sí —confirmó Coverly—. Cinco, seis, siete.

—*Joyeux Noël* —dijo Moses, haciendo una reverencia—. ¿Quiere darme su abrigo?

—No, gracias, no, gracias —respondió la mujer—. He cogido algo de frío en el autobús y me lo voy a dejar puesto hasta que entre en calor.

Moses la condujo a la sala mientras el chófer traía al profeta anguloso, que iba diciendo:

—Ten piedad de nosotros, ten piedad de nosotros, Padre misericordioso, concédenos Tú paz.

—Cállate, cállate, Henry Saunders —dijo la negra—. Le vas a aguar la fiesta a todo el mundo.

En su radio sonaba «Noche de paz».

Eran ocho en total. Los hombres llevaban gorros de punto calados hasta las orejas con impaciencia y severidad por las manos de algún empleado que

estaba deseoso de marcharse a disfrutar de su propia comida de Navidad. Cuando Coverly y Betsey los hubieron sentado a todos en la sala, él miró a su alrededor buscando la sabiduría de la elección de Honora y pensó que estos ocho invitados ciegos sabrían mucho sobre la materia prima de la bondad humana. Esperando a que invisibles desconocidos les ayudasen a cruzar la calle, distinguiendo a los humildes de los orgullosos por el toque de una mano, soportando la indiferencia de quienes temen tanto llamar la atención que no quieren ayudar a los indefensos, dependiendo de la amabilidad de los demás a cada paso, parecían traer consigo un paisaje cuya oscuridad superaba en intensidad la luminosidad del día. Habían asestado un golpe a su vista, pero esto no parecía ser una enfermedad, sino que parecía darles una visión más penetrante y aguda, como si el hombre primitivo hubiese sido ciego y esto formase parte de una antigua condición humana; trajeron consigo a la sala los misterios de la noche. Parecían ser los abogados de quienes sufrían; del sabor de la desgracia cuando es tan excesiva como el éxtasis, de los perdedores, de los muertos, de los fracasados, de quienes sueñan en términos de cosas perdidas —aviones, trenes, barcos y oportunidades— y al despertar ven la pista vacía, la sala de espera vacía, el agua del muelle vacío, maloliente como el Túnel del Amor cuando el barco ha zarpado; de todos aquellos que temen a la muerte. Estuvieron sentados allí, silenciosos, pacientes, tímidos, hasta que Maggie se acercó a la puerta y dijo:

—La comida está servida y si no vienen a comer enseguida, se enfriará.

Guiaron a los ciegos, uno a uno, por el luminoso vestíbulo hasta el comedor.

Pues esto es todo y ya es hora de marcharse. Es otoño aquí, en Saint Botolphs, donde he estado viviendo, ¡y con qué rapidez cambian las

estaciones! Al amanecer oigo el graznido de los gansos, ese sonido estremecedor y enloquecido, ronco como la sirena de los viejos cargueros B & M. Guardo el bote de goma en el cobertizo y retiro la red de la pista de tenis. La luz ha perdido sus componentes estivales y es penetrante y clara; el cielo parece haber retrocedido sin perder luminosidad. El tráfico es intenso en los aeropuertos y mi pueblo nómada se ha puesto unos pantalones y unos rulos y está en marcha una vez más. El sentido de la vida como movimiento migratorio parece haber llegado incluso a este atrasado lugar provinciano. La señora Bretainne ha colgado una piscina de plástico azul a secar en el tendedero. Una señora de Travertine ha encontrado un cadáver en su macizo de hierbabuena. En la tumba donde están enterrados Honora y Leander hay una alfombra de césped, que se extiende como una sonrisa sobre la tumultuosa conversión en polvo. Hago el equipaje y voy a darme un último baño en el río. Amo esta corriente y sus orillas; las amo absurdamente como si pudiera casarme con esta vista y llevármela a casa y acostarme con ella. La sirena de la fábrica de plata de mesa toca las cuatro y las gaviotas que cruzan el cielo azul chillan como gallinas ponedoras que se hubieran vuelto locas. En esta época del año los Williams todavía van en coche a Travertine para nadar en ese mar, oscuro y nutricio, y, después de cenar, la señora Williams coge el teléfono y le dice a la telefonista: «Buenas tardes, Althea. ¿Quieres ponerme con la heladería de Wagner?». El señor Wagner le recomienda el helado de café y unos minutos después le lleva un cuarto litro en una bicicleta que hace tanto ruido en el anochecer otoñal que parece que llevara campanillas. El señor Williams, atormentado por la estremecedora, atroz y agobiante necesidad de amor, sueña que tiene entre sus brazos a la camarera china que trabaja en el restaurante La Périgola de Travertine. La señora Williams, insomne, envía al cielo una serie de encantadoras oraciones como nubecillas de humo coloreado. La señora Bretainne sueña que está en un pueblo

desconocido llamando al timbre de una casa de madera a las tres de la madrugada. Está buscando su colada, al parecer, pero la desconocida que abre la puerta grita de repente: «¡Oh, pensé que era Francis, creí que Francis había vuelto!». El señor Bretaigne sueña que está pescando truchas en un arroyo cuyas piedras tienen una distribución tan coherente como las de cualquier ruina y un sentido del pasado tan profundo como las calles y basílicas de cualquier ciudad antigua. La señora Dummer sueña que navega por uno de los explícitos canales del sueño, mientras el señor Dummer, a su lado, escala el Mattherhorn. Jack Brattle sueña con un césped sin malas hierbas, un jardín sin maleza ni gusanos ni pulgón y un huerto sin orugas. Su madre, en la habitación contigua, sueña que el gobernador de Massachusetts y el director de tráfico del estado la coronaban por su escrupulosidad sin precedentes al respetar los límites de velocidad, los semáforos y las señales de stop. Lleva un vestido largo blanco y miles de personas aplauden su virtud. La corona es sorprendentemente pesada.

Poco después de medianoche hay una tormenta y veo el pueblo por última vez a la luz de los relámpagos, sabiendo cuán duramente tratará el tiempo a este ingenuo lugar. Los relámpagos iluminan la torre de la iglesia de Cristo, el símbolo de nuestra absorbente lucha con el bien y el mal, y repito las palabras que se encontraron en la cartera de Leander cuando se ahogó: «Consideremos que el alma del hombre es inmortal, capaz de soportar cualquier clase de bien y cualquier clase de mal». Una cavernosa estructura de sonido, una especie de abismo en la quietud de la noche provinciana, se abre a lo largo de todo el cielo, y el tejado de madera bajo el cual estoy amplifica el ruido de la lluvia. No volveré nunca, y si lo hago, no quedará nada, no quedará nada salvo las lápidas mortuorias para recordar lo que ha sucedido, realmente no quedará nada en absoluto.

A modo de epílogo

Apuntes para una teoría de la expulsión del paraíso

Por Rodrigo Fresán

TIEMPO Y ESPACIO En 1956, a los ochenta y seis años de edad, la madre de John Cheever murió no sin antes comunicarle a su hijo una última enseñanza: «No debes entristecerte cuando me vaya. Estoy muy feliz por la cercanía del final. He hecho en mi vida todo lo que me propuse e, incluso, mucho que ni siquiera imaginé que haría». Pronunciada semejante declaración, Mary Deveraux Liley Cheever mandó comprar una caja grande de botellas de whisky y no exhaló su último suspiro hasta no haber vaciado todas y cada una de ellas.

O al menos eso contaba Cheever acerca del fin de su progenitora, a quien gustaba de llamar «Madame President».

Se sabe, sí, que Cheever gustaba de mejorar la realidad, corregirla, redactarla mejor de lo que suele venir escrita, eso que suelen hacer los escritores.

En cualquier caso, lo que sí es rigurosamente cierto es que Cheever no pudo sentarse a pensar *en serio* una novela sino hasta la muerte de sus progenitores. Su padre, Frederick Lincoln Cheever, había fallecido diez años antes y, ahora, la desaparición de la matriarca le abría las puertas de par en par a una trama que llevaba incubando durante dos décadas a lo largo de múltiples borradores y que por fin —libre de la presencia censora de sus mayores y sin ninguna culpa a la hora de invocar y reescribir episodios selectos de la vida de su familia— parecía surgir como un torrente imparable de su máquina de escribir. Un inesperado premio de veinte mil dólares

cortesía del National Institute of Arts and Letters que le daba tiempo y tranquilidad para acometer la empresa terminó de decidir a Cheever: ahora o nunca, pensó.

Ahora.

TINTA Y SANGRE Hay muchas y muy grandes novelas familiares. Hawthorne, Eliot, Tolstói, Dickens, James, Mann, Galsworthy, Faulkner, Lampedusa, Updike, García Márquez, Wallace... Contar una familia es contar un mundo entero atrapado por los funcionales confines de un apellido. Un mundo que —es ley casi siempre— se narra remontando y precipitándose por un camino establecido e inevitable: el ascenso, el esplendor y la caída de una misma sangre.

La crónica de los Wapshot (1957) y *El escándalo de los Wapshot* (1964) se desentienden desde el principio de este lugar común. De algún modo, ambas son anti-novelas familiares, ya que la Familia como ente/personaje se nos presenta desde el vamos en permanente estado de licuación. Y optan —como suele ocurrir tanto en la novelística como en los cuentos de John Cheever— por dotar a la ficción del gozoso desorden de la realidad donde aparecen claramente establecidas varias de las obsesiones y diversiones clásicas de su autor.

Ahí y aquí están las alucinaciones desesperadas de los padres, la competencia de espejo entre hermanos, las sombras de la homosexualidad, los peligros insalvables del matrimonio, el espanto de la tecnocracia, el desprecio a los acólitos de la psicología como ciencia exacta y —véase ese recuerdo de infancia deportiva que es el inédito en español «The National Pastime» de 1953 o el relato de 1961, «La muerte de Justina», donde reaparece un atribulado Moses escritor de esloganes publicitarios^[3]— los

horrores burocráticos del mundo profesional.

Todo esto perfumado —como corresponde en Cheever— con la inquietante fragancia de lo casi legendario confundiendo con el vulgar hedor de lo cotidiano.

Así, las vidas, pasiones y muertes de los Wapshot —que en una primera versión se llamaban Field— transcurren como arrastradas por un viento misterioso que parece soplar desde el fondo de la Historia y que enseguida dota a lo moderno de un aliento mítico.

La crónica y escándalos de los Wapshot empiezan con la celebración de un desfile del Cuatro de Julio y terminan con unas extrañas Navidades; pero, más allá de estas efemérides, se hace difícil ubicarlas en un tiempo y en un espacio firmes.

De acuerdo, estamos en Estados Unidos y parece correr la década de los cincuenta; pero nada es *tan* preciso. Al contrario de lo que suele ocurrir con otras sagas familiares —firme y claramente enclavadas en un momento histórico—, en las novelas de los Wapshot no hay alusiones a acontecimientos o situaciones puntuales o a titulares de periódicos. A diferencia de muchas de las familias escritas por sus contemporáneos, los Wapshot parecen habitar un mundo cierto pero casi mágico. Un paisaje donde el presente aparece siempre como un campo de batalla donde luchan con potencia de dioses antiguos el lirismo del ayer y el estruendo de lo que vendrá. Tal vez de ahí surgió la idea de algunos escritores de considerar a Cheever como el primero y más sutil realista mágico de las letras norteamericanas así como, también, el más intuitivo y primigenio de los posmodernos, creando una galaxia de pueblos costeros y barrios residenciales que pueden llamarse Shady Hill, Remsen Park, Proxmire Manor, Talifer, Maple Dell o Bullet Park, donde Frank Capra y Franz Kafka se zambullen en la misma oceánica piscina.

PUEBLO Y PLANETA Saint Botolphs, en Nueva Inglaterra, es el Paraíso y — como bien señaló con cierta malicia un crítico— es «ese pueblo que nadie jamás podrá heredar, porque nadie tiene un abuelo que haya vivido allí». Saint Botolphs —según John Cheever construido a partir de fragmentos de Quincy, Newburyport, Bristol, New Hampshire y «la geografía de mi imaginación»— es Camelot y Shangri-La y Brigadoon. Un territorio idealizado que —aunque imperfecto— se las arregla para mantener en alto ciertos valores eternos.

«Sentí el irrefrenable impulso de fundarlo una noche que me asomé a la ventana de un hotel de tercera clase en Hollywood Strip y contemplé un mundo tan bárbaro y entregado al nomadismo que el atractivo de una vida provinciana enclavada en una tradición firme se me hizo irresistible», explicó el escritor.

Allí viven los Wapshot y de allí parten —con energía picaresca e iniciática— los hermanos Moses y Coverly Wapshot. *La crónica de los Wapshot* y *El escándalo Wapshot* tratan de sus aventuras, penurias, pruebas a superar y deslumbramientos en el mundo exterior. Como en las tradiciones más y mejor añejadas, Moses y Coverly solo podrán regresar a Saint Botolphs luego de haber superado o sucumbido a varias difíciles pruebas. Saint Botolphs como punto de partida y centro del universo. Como Paraíso que hay que abandonar para solo así poder apreciar su divino y bucólico y, digámoslo, un tanto sospechoso encanto de —Cheever *dixit*— «tarjeta de felicitaciones con un mensaje obsceno en clave».

Saint Botolphs es el punto de salida —y de retorno— desde el que los «héroes» de ambas novelas se proyectan hacia las grandes ciudades, los suburbios de clase media, una isla top secret en algún pliegue del océano

Pacífico, una base de lanzamiento de cohetes en la Costa Oeste y el Viejo Mundo, para Cheever siempre representado por su amada Italia. Desde Saint Botolphs parten los hermanos Moses y Coverly Wapshot —tanto más dionisiacos que los apolíneos hermanos Glass de J. D. Salinger con quienes compartieron época y páginas en *The New Yorker*—, siempre amparados por las figuras totémicas y tutelares de sus padres Leander y Sarah Wapshot, la formidable prima y tía Honora y una serie casi alucinada de amantes, esposas, hijos y jefes (entre los que se cuenta el terrible y formidable profesor Cameron, quien parece anticipar a varias de las criaturas del apocalíptico Kurt Vonnegut) en las profesiones más extrañas e imprevisibles al punto que llegan a ser algo «tan secreto que no podemos comentarlo aquí».

El capitán sin barco Leander Wapshot —primero como marino castigado en tierra firme y enseguida como consciencia fantasmal que guía el presente de sus hijos desde su propio pasado contenido en un diario o en mensajes que aparecen como por arte de magia— representa la veneración de Cheever por lo que fue y ya no se recuperará. Leander es la memoria histórica humillada y agonizando en los bordes mismos de la inminente Edad de la Amnesia hacia la que se precipita un país tan satisfecho de su propia grandeza que, creyéndose infinito, olvida su verdadera situación en el mapa. Contra esa idea lucha Leander y lucha Cheever en dos libros que abogan por la permanencia del Viejo Orden y sus valores sin que eso equivalga a decir que se tratan de novelas conservadoras, aunque sí dotadas de un reverencial puritanismo pagano que las relaciona con las ficciones fundacionales de Nathaniel Hawthorne. Esta forma lírica y un tanto maniquea de denunciar los rigores de la modernidad —que convirtió a Cheever en un escritor muy popular en la Unión Soviética de entonces, que entendía a sus relatos como protestas contra el American Way of Life— es, en realidad, más interesada que generosa. Y está firmemente enraizada en una necesidad del autor por inventarse un ayer

respetable que le ayudara a creer en un propio y mejor presente aunque también Cheever advirtiera, a la hora de la verdad absoluta, que «Saint Botolphs fue creado más por mandato de la ironía que de la nostalgia».

VERDADERO Y FALSO Se sabe que John Cheever —quien gustaba de impostar modales y acento aristocráticos— sufría su condición de hombre sin clase, de intruso en todas partes y de expulsado original desde el nunca del todo aclarado episodio que determinó su expulsión del instituto y la inspiración para su primer cuento publicado a los dieciocho años. Se sabe también que Cheever despreciaba a los que entendían a la literatura como «forma de cripto-autobiografía» y a los que todo el tiempo escarban en las catedrales de la ficción buscando las ruinas de lo verdadero.

Dijera lo que dijera, es difícil evitar la tentación de buscarlo y encontrarlo en novelas y relatos, él mismo ofreció buena parte de las claves autorizando a sus familia la publicación *post-mortem* de esa caja de Pandora que son sus formidables *Diarios* (1991).^[4]

Sí: los lazos que unen a los Cheever con los Wapshot son fuertes y atendibles.

Se sabe que —al igual que Ezekiel Wapshot— el célebre y reverenciado maestro Ezekiel Cheever llegó a Nueva Inglaterra en 1630 y fundó la colonia de Massachusetts (en realidad John Cheever, al contrario de lo que declaraba y probablemente acabó por creerse, era descendiente no de Ezequiel, sino de Daniel Cheever, primo de Ezekiel y carcelero de profesión); que a lo largo del siglo XIX los Cheever gozaron de muy buena posición dentro de la sociedad; que con el siglo XX llegaron las penurias económicas.

Se sabe también que el padre de Cheever perdió su negocio durante la Depresión y que se distanció de su esposa cuando esta puso una tienda de

regalos; que Cheever —como ocurre con Moses y Coverly— se sentía extremadamente cercano a su hermano Frederick^[5] y que acabaron separándose y viéndose muy de vez en cuando. Y se sabe que Cheever recibió de su padre como herencia las obras completas de Shakespeare y un cuaderno con un intento de autobiografía escrita con una sintaxis espasmódica que Cheever —combinándolo con un estilo que recuerda al de su gran amigo y poeta E. E. Cummings— utilizó para crear el excepcional diario de Leander: contrapunto narrativo que sueña extraño leído en silencio pero —al igual que cualquier cosa escrita por Cheever— maravilloso al ser leído en voz alta.

CUENTISTA Y NOVELISTA En 1956, John Cheever ya era un escritor reconocido por la crítica y apreciado por los lectores a partir de los relatos que habitualmente publicaba en el semanario *The New Yorker*. Para entonces Cheever ya contaba y había contado en relatos unas cien historias agridulces de jóvenes parejas oscilando entre Manhattan y las afueras de la gran ciudad, luchando siempre contra las tentaciones de la melancolía, la infidelidad, el alcohol, las ganas de hacer volar todo por los aires en medio de un estallido epifánico. Varios de esos relatos habían sido reunidos en dos libros —*The Way Some People Live* (1943) y *The Enormous Radio and Other Stories* (1953)— que le habían otorgado a Cheever cierto prestigio y un buen pasar pero, también, el estigma crítico de «escritor de revista», obligado por su medio a contentar determinadas necesidades de un lector promedio.

Y lo más grave de todo: para 1956, Cheever —quien había nacido en 1912, publicado su primer relato en 1930 y superado los cuarenta años—no había escrito ninguna novela.

Y, se sabe, por desgracia siempre serán demasiados los que piensan que si

no hay novela no hay escritor.

Pero también era verdad que publicar una novela equivalía a ascender — tanto en prestigio como a la hora de pedir un adelanto— en el escalafón de la vida literaria.

Así, Cheever escribió una primera novela, *La crónica de los Wapshot*, por obligación de artista: para crear un mundo. Y una segunda novela, *El escándalo de los Wapshot*, también por obligación de artista; pero una de signo opuesto: destruir ese mundo que había creado con tanto amor y que ahora, sin comprender del todo por qué, parecía odiar tanto.

En realidad, Cheever ya lo había intentado a mediados de los años treinta. Incluso había recibido un adelanto de cuatrocientos dólares y, es más, había escrito un primer atisbo de saga familiar: se llamaba *The Holly Tree* (su título alternativo era *Empty Bed Blues*). La entregó a la editorial Simon & Schuster en el otoño de 1936. Y le dijeron que el libro necesitaba correcciones a fondo: estaba compuesto por episodios más que por capítulos, no había un narrador sino que el argumento avanzaba con sinuosas marchas y contramarchas, punto de vista y lenguaje cambiantes, cronología espasmódica. Cheever entendía que cierta falta de respeto o «una violación» a las coordenadas temporales era un signo distintivo de las mejores y más grandes novelas y ponía a *Guerra y paz* y a *En busca del tiempo perdido* como ejemplos. Sus editores, sin embargo, esperaban algo más convencional y no tan «vanguardista». Algo más parecido a lo que habían leído en *The New Yorker*. Cheever prometió corregirlo, se puso a escribir nuevos cuentos para pagar deudas, guardó la novela en un cajón y, una mañana terrible en una estación de tren (uno de los escenarios cheeverianos por excelencia), el escritor arrojó el manuscrito en el cubo de la basura y volvió a su casa caminando y, es más que probable, se sirvió un scotch doble en las rocas de su descontento.

Cabe pensar —Cheever nunca habló demasiado del tema a no ser en cartas y de forma general; no ha aparecido ninguna copia de la novela en los archivos de Simon & Schuster ni bosquejo alguno entre los papeles del escritor— que *The Holly Tree* bien podía tratarse de un antepasado no tan lejano de las novelas posteriormente protagonizadas por la familia Wapshot.

Lo que sí está muy claro es que las sugerencias que le hicieran sus desconcertados editores inauguraron entonces un reflejo casi automático que perseguiría a todas y a cada una de las novelas del Cheever Novelista provocando una suerte de tan ingrato como imbécil conflicto con el Cheever Cuentista. Un espejismo encandilador y falso, un reflejo casi automático, que se constituiría en una de las maniobras críticas infaltables a la hora de juzgar a un escritor que solo quería contar historias sin importar el tamaño. Lo que importaba para Cheever era la intensidad de todas y cada una de sus partes; y así sus novelas «atomizadas» —que también incluyen a *Bullet Park* (1969), *Falconer* (1977)^[6] y la *nouvelle-coda* titulada *¡Oh, esto parece el paraíso!* (1982)—^[7] parecen incluir, cada una, argumentos e ideas suficientes para nutrir a otras muchas novelas.

Esta forma centrífuga y maximalista de contar —que es uno de los elementos distintivos del *Cheever Style*— siempre irritó y fascinó a críticos y lectores a partes iguales; y a esto se refiere Cheever en uno de los últimos cuentos que escribió, «The Leaves, the Lion-Fish and the Bear»: «Lo obsoleto de una narración en línea recta, en un mundo que se distingue por sus curvas, en ocasiones nos obliga a la disertación. Cualquiera de nosotros puede poner por escrito una tormenta en altamar o una persecución por un paso de montañas (al atardecer), pero más allá de eso existe, me parece, una forma interna que trasciende al suspense clásico y al mobiliario típico de la novela».

Los fiscales acusadores —entre los que se contaron nombres de prestigio

como Elizabeth Hardwick y Cynthia Ozick— apuntaron una y otra vez, hasta la muerte del autor, que Cheever nunca escribió «verdaderas novelas», sino que se dedicaba a enhebrar cuentos con mayor o menor pericia. Ofrecían como prueba incontestable de ello que Cheever solía ir publicando varios «capítulos» de sus novelas antes de la salida del libro.^[8] Y añadían que el autor no era otra cosa que un alumno aventajado de la escuela de *The New Yorker*: ficciones domésticas para consumo masivo con una pátina de sofisticada manipulación supuestamente transgresora a la hora de disimular fábulas de rancias moralejas.

Los abogados defensores —cabe mencionar a John Gardner y a John Updike entre ellos— argumentaron que esta actitud caleidoscópica y aleccionadora no hacía más que trasladar a nuestros días el carácter atemporal y la eficacia de los irreales pero *verdaderos* cuentos de hadas y odiseas con héroes nadadores en busca de santos griales, vellocinos de oro y, finalmente, el camino de regreso al hogar.

En cualquier caso, ambos libros se vendieron bien.

La crónica de los Wapshot —que había sido rechazada por Random House y «rescatada» por Harper and Row— llevó en su portada frases elogiosas de Saul Bellow, Robert Penn Warren y Malcolm Cowley y mereció el National Book Award en 1958 (imponiéndose a títulos como *Pnin* de Vladimir Nabokov, *El villorio* de William Faulkner, *El dependiente* de Bernard Malamud y *Una muerte en la familia* de James Agee); mientras que *El escándalo de los Wapshot* —a la que Cheever siempre le profesó una rara antipatía y consideró inexplicablemente «poca cosa»— mereció una portada de la revista *Time* en marzo de 1964 (donde se definía a Cheever como el «Ovidio de los suburbios») y le valió la Howells Medal.

Cuando años más tarde la editorial Time-Life reeditó *La crónica de los Wapshot*, Cheever añadió un prefacio donde definía al género de la novela

como «uno de los pocos lugares —una de las contadas formas—donde podemos registrar la complejidad del ser humano y la decencia y las fuerzas de sus deseos; el sitio donde describir, paso a paso, minuto a minuto, nuestra nunca del todo ingrata lucha para conseguir ser parte de una relación viable y devota con nuestro tan amado como confundido mundo [...] La literatura, así lo veo yo, acaba dándote más de lo que te quita; y yo he sentido eso escribiendo a los Wapshot».

PEQUEÑA Y GRAN AGONÍA Teniendo en cuenta que este texto funciona como posfacio —y partiendo de la base de que el lector ya las ha leído *La crónica de los Wapshot* y *El escándalo de los Wapshot* antes de alcanzar estas páginas— no abundaré en detalles sobre los acontecimientos que se narran en las dos novelas que tienen a los Wapshot como protagonistas. Tampoco sería sencillo: son libros difíciles de domar a la hora de arrancarles una sinopsis y una simple enumeración de lo que en ellos ocurre no basta para revelar su profundo carácter y su auténtica maestría siempre apoyados en una prosa elegante y, al mismo tiempo, decididamente *freak*.

Apuntaré, sí, que *La crónica de los Wapshot* (1957) puede ser definida como una «novela de amor» en la forma más amplia de ese sentimiento y que *El escándalo de los Wapshot* (1964) ofrece la contracara de una «novela de desamor». Así, la primera puede ser entendida como un paraíso —la nostalgia de una América idealizada como telón de fondo para una celebración de la vida acechada por las llamas del infierno— y la segunda —la América Tierra Baldía donde nada crece— como un infierno al que de tanto en tanto ilumina algún relámpago celestial.

La crónica de los Wapshot está surcada por las anotaciones del ya mencionado diario íntimo de Leander Wapshot funcionando como

consciencia à la Rey Lear condenando el presente y añorando el pasado. *El escándalo de los Wapshot* aparece surcada por la ausencia de Leander: el gran patriarca ya no está y con él ha desaparecido la mirada lírica y sensual de un soñador. Ahora Leander es apenas un espectro de suicida vagando por los pasillos de una casa oscura y todo es puro pesimismo, no hay respiro, las parejas se separan, las mujeres enloquecen, los hombres alucinan, el amor se ha convertido en lujuria y la virtud en pecado, todos parecen siempre al borde de la asfixia y solo la súbita aparición de luminosos secundarios (como el anciano senador rogando, casi poseído por el espíritu evangélico de Leander, en la interpelación al doctor Cameron por la preservación del planeta) arrojan algo de esperanza en un paisaje que parece muy ocupado en una apocalipsis en cámara lenta.

El escándalo de los Wapshot concluye donde empezaba *La crónica de los Wapshot*: Saint Botolphs; pero ya no es el mismo sitio por más que lleve el mismo nombre.

Ahora Saint Botolphs es el perfecto palco desde donde oír los primeros compases de la sinfonía del fin de un mundo.

Cheever explicó el arco que trazan estas dos novelas sobre su propia vida en una entrevista con *The Paris Review*: «Cuando hube terminado mi primera novela, *La crónica de los Wapshot*, yo no podía sentirme más feliz... *El escándalo de los Wapshot*, en cambio, fue algo muy difícil. Nunca llegué a sentir cariño por el libro y para cuando escribí la última página, yo no estaba pasando por mi mejor momento. Quise quemar el libro. Me despertaba por las noches oyendo la voz de Hemingway... Yo nunca había oído la voz de Hemingway pero no tenía duda alguna de que se trababa de la suya, diciéndome una y otra vez: “*Esta no es más que la pequeña agonía. La gran agonía llegará más adelante*”».

George W. Hunt, especialista en Cheever, recuerda en su libro *The*

Hobgoblin Company of Love (1983) que, en una conversación, el autor le confesó que había llegado al edificio de la editorial Harper and Row con el manuscrito de *El escándalo de los Wapshot* y que, antes de subir, lo arrojó — otra vez, todo parece indicar que Cheever era adicto a semejante momento— a una papelería en la calle. Luego caminó unos metros, regresó sobre sus pasos, lo recuperó y se metió en un cine para intentar recuperar la calma y vencer su angustia. Cheever vio la película con la novela apoyada en sus rodillas. Después volvió a la editorial y, sin anunciarse, se coló en la oficina de su editor, dejó la novela sobre el escritorio y huyó a toda velocidad sin mirar atrás.

Su primer editor, Malcolm Cowley, alabó el libro pero, en una carta a Cheever, le señaló: «Te estás convirtiendo en un hombre cada vez más furioso y atormentado».

Malcolm Cowley tenía razón.

LUZ Y SOMBRA El John Cheever que recibe en su autoexilio italiano un ejemplar de su primera novela acompañada por cartas y críticas generosas es, todavía, un hombre feliz, bastante humilde, satisfecho con el curso de los acontecimientos, y así lo asienta en sus *Diarios*: «Me siento intoxicado o al menos molesto, sobre todo porque estoy a punto de cometer un pecado de soberbia; me resulta difícil ser humilde. Pero si el libro es bueno se debe a la pura suerte y de nada sirve suponer que es producto de mi esfuerzo y talento, de la pasión aplicada al trabajo, etc. Pero mareado por el éxito, salí a comprar tabaco y la hermosa chica del café, que es muy coqueta, me aplastó con su indiferencia y me devolvió a mi estado natural. Pero tal vez al ver el libro impreso pueda olvidarlo. Ha sido como el ojo de la cerradura, una visión muy restringida, y me gustaría desdeñarlo para pasar a algo mejor. Es lo que sentí

con mi cuento “Adiós, hermano mío”. Durante un año me pareció una expresión exacta de mis sentimientos y un día, cuando lo releí, pude desdeñarlo y a otra cosa». Y días después agrega: «Mary me dice que si el libro tiene éxito perderé la cabeza, lo que me hace pensar en la naturaleza del éxito. Uno no quiere fracasar, ser flor de un día, pero me aterran las posibilidades del éxito. Aparentemente, anhelo el anonimato. Pero es verdad que cuando no puedo dormir —cuando me siento triste y solo— imagino cuartas y quintas ediciones y la aparición de mi nombre en las listas de best sellers, del mismo modo en que, cuando estoy triste, me consuelo imaginando buenas noticias [...] Sueño con la Casa Blanca. Es después de cenar en un dormitorio que he visto en postales. Ike y Mamie están solos. Mamie lee el *Washington Star*. Ike lee *La crónica de los Wapshot*».

Siete años después, las anotaciones en sus *Diarios* son pesimistas y muestran a un hombre disgustado con su entorno, con su oficio y consigo mismo: «Estoy a la búsqueda de un mundo más sencillo y al que rara vez encuentro... y en mi corazón solo laten las profundas confusiones de mi país y mi época [...] Levanto las pesas y me miro al espejo, me pregunto cuando aparecerán los músculos. Leo a Nabokov [...] Viernes Santo. No observo el ayuno ni ningún otro rito de ese día triste. Voy del correo a la iglesia; no estoy sobrio [...] Tomo una copa y voy con los dos perros a la estación a esperar a Philip Roth. Es inconfundible y de lejos lanzo un aullido jubiloso. Joven, acomodaticio, brillante, inteligente, tiene el aire juvenil de quien contempla casi todas las cosas como si generaran un calor insoportable [...] Sueño que estoy paseando con John Updike [...] Updike juega con una pelota de tenis que es mi vida y mi muerte. Cuando la deja caer no puedo moverme hasta que vuelve a cogerla, pero a la vez tengo la dolorosa sensación de que va a matarme con la pelota. Parece un asesino frío [...] Esta reseña de *El escándalo*... no me parece tanto un juicio serio para ponerlo en el lugar que

corresponde, como un alarde de generosidad y entusiasmo destinado a asegurarle el éxito financiero y permitírnos vivir en paz durante año y pico [...] De modo que uno parece adaptarse a la oscuridad».

Publicada *El escándalo de los Wapshot* —en cuyas últimas páginas el autor se refiere a Saint Botolphs como un sitio al que nunca regresará y, de hacerlo, ya no habrá nada allí salvo lápidas que registren lo sucedido—, Cheever se adapta a la oscuridad: alcoholismo, desprecio por su mujer y su familia, odio a su obra y a los que la compran y lo obligan a seguir escribiendo sobre el Homo Suburbanis, envidia desaforada ante la buena suerte de ciertos colegas a los que considera —con razón— tan inferiores a él, culpa por su bisexualidad rampante, adicciones varias, internamientos en clínicas de desintoxicación, arranques de furia casi asesina y la sombra de un eclipse (o *cafard*, como gustaba diagnosticarlo Cheever) que no lo dejaría en paz hasta su casi milagroso renacimiento y éxito masivo a finales de los años setenta y el posterior el redescubrimiento por nuevas generaciones de escritores que hoy incluyen a nombres como Michael Chabon, Melissa Bank, Jeffrey Eugenides, David Gates, Lorrie Moore, Matthew Klam, Denis Johnson, David Gilbert, Charles Baxter, Ann Beattie, Lee K. Abbott, Donald Antrim, Rick Moody, Dave Eggers y tantos otros.

Antes de eso —mediados de los sesenta— la Gran Agonía predicha por aquel Hemingway de pesadilla ha llegado. Y lo cubre todo y aparecerá claramente sentida y explorada en un breve retorno a un degradado y corrupto Saint Botolphs en el relato «Las joyas de los Cabot», donde se menciona, de pasada, a «los Cheever». Y, sobre todo, en su siguiente y agónica novela de 1969: la sombría y psicótica *Bullet Park*, que sería recibida por una crítica desconcertada por este viraje hacia lo infernal de un escritor hasta entonces, como mucho, agridulce. Una crítica que de golpe le reprochaba el haber dejado atrás las plácidas colinas de ese edénico pueblito

para mudarse a las urbanizaciones del Sueño Americano devenido en Pesadilla Cósmica que anticipa las perturbaciones del cine de David Lynch.

Cheever —cuyos relatos cada vez más oscuros empezaban a ser rechazados por *The New Yorker* como poco apropiados para sus lectores y aparecían ahora en revistas más *risqué* como *Esquire* y *Playboy*— suspiró entre resignado y divertido: «Dicen que he perdido mi oportunidad de convertirme en uno de los grandes por haber renunciado a Saint Botolphs. Si me hubiera quedado en mi territorio como Faulkner, parece que ahora sería tan grande como él. Pero cometí el error de marcharme de ese lugar que, por si no lo saben, nunca existió. Es raro que te aconsejen volver a un sitio que nunca ha sido otra cosa que la más absoluta de las ficciones».

Mientras tanto y hasta entonces *La crónica de los Wapshot* y *El escándalo de los Wapshot* ofrecieron —y ofrecen— un interesante y acaso más intuitivo que meditado experimento. Ambas conforman un díptico, comparten personajes y paisajes; pero no se puede hablar de una pareja rigurosa, de una primera y segunda parte. Tampoco se las puede considerar dos novelas independientes. La sensación que producen son la de ofrecernos dos caras de una moneda, anverso y reverso, celebración y elegía, amanecer y crepúsculo. Y —casi como un eco de ciertos preceptos científicos y fantásticos que asoman sus cabezas y aquí y allá— dos dimensiones donde las cosas ocurren de un modo ligero pero decisivamente distinto.

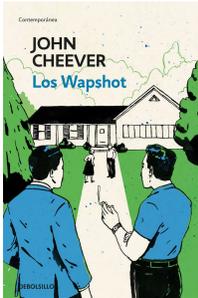
En *La crónica de los Wapshot*, Leander le advierte a sus hijos que «El hombre no es un ser sencillo. La espectral compañía del amor está siempre con nosotros». En *El escándalo de los Wapshot* el doctor Cameron diagnostica que «los hombres y las mujeres son entidades químicas, fácilmente valorables, fácilmente alterados por un aumento o eliminación artificial de las estructuras cromosómicas, mucho más predecibles, mucho más maleables, que algunas plantas, y en muchos casos, mucho menos

interesantes».

A lo largo y ancho de estas dos categóricas afirmaciones aparentemente irreconciliables pero complementarias —cruzando una y otra vez la fina línea que separa a la sagrada familia de la familia maldita, a los Estados Unidos de la cálida posguerra de los Estados Unidos de la Guerra Fría, al pasado perfecto del más imperfecto de los futuros— discurren las vidas de los Wapshot y la de aquel genial escritor que, habiéndolos creado a su imagen y semejanza, no demoró en expulsarlos de su paraíso para invitarlos a conocer nuestro mundo. Ese mundo tan tristemente divertido donde hombres y mujeres y ángeles y demonios hacen todo lo que se propusieron hacer e, incluso, muchas cosas que ni siquiera imaginaron que harían.

Y que solo sueñan con partir para así poder desear volver sin tener del todo claro si ese infernal, paradisiáco, dantesco y divino, mediante «*Lasciate ogni speranza, voi ch'intrate*» es un cartel que está en la puerta de entrada o en la puerta de salida.

«Formado por *La crónica de los Wapshot* (National Book Award, 1958) y *El escándalo de los Wapshot*, este ómnibus recoge la historia de una prestigiosa familia venida a menos»



Las raíces de los Wapshot se hunden en Saint Botolphs, un pueblo pesquero donde la única persona que conserva patrimonio es la excéntrica tía Honora. Cheever nos presenta a Leander Wapshot, entrañable padre de familia; su respetable mujer, Sarah, y sus dos hijos, obligados a labrarse el futuro en la gran ciudad: Moses, un triunfador nato, y Coverly, un joven dubitativo ante su bisexualidad que bien podría ser un alter ego del autor.

Cálida e irónica, la mirada de Cheever despliega aquí su comprensión hacia nuestras debilidades y disecciona con lucidez el ocaso de los privilegios.

«Su voz es tan rica y distintiva como las principales voces de la literatura estadounidense de posguerra.»

PHILIP ROTH

«Uno tiene la sensación al leerlo que, además de saberlo todo sobre sus personajes, lo sabe todo sobre nosotros, sus lejanos lectores. Cheever es indudablemente uno de los grandes.»

El País

John Cheever (Quincy, Massachusetts, 1912 – Ossining, Nueva York, 1982) es uno de los escritores estadounidenses más destacados del siglo xx. Con apenas veinte años empezó a escribir relatos en *The New Yorker* con un éxito inmediato que le llevó a ser conocido como «el Chéjov de los barrios residenciales» por la maestría con la que retrató el espejismo del sueño americano, buscando siempre algo de luz entre el caos, y el desencanto y la melancolía. Autor también de una sólida obra novelística, destacan *La crónica de los Wapshot* (National Book Award, 1958), *El escándalo de los Wapshot* (publicados por DeBolsillo en el ómnibus *Los Wapshot*), *Bullet Park*, *Falconer* y *¡Oh, esto parece el paraíso!* Sus *Diarios* y sus *Cartas* forman parte también de una obra monumental que le mereció el Premio Pulitzer en 1979 y la Medalla Nacional de Literatura en 1982, poco antes de morir.

Título original: *The Wapshot Chronicle / The Wapshot Scandal*

Edición en formato digital: enero de 2018

© 1954, 1956, 1957, John Cheever. Todos los derechos reservados

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Maribel de Juan, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan

Ilustración de portada: © Carmen Segovia

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-4530-9

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Juego de palabras intraducible. *A lay*, que se traduciría por «un polvo», se pronuncia igual que *lei*. (*N. de la T.*)

[2] Se refiere a dos ramas de la Iglesia anglicana. (*N. de la T.*)

[3] No está de más puntualizar aquí que en la serie de televisión *Mad Men*, el muy cheeveriano Don Draper comienza viviendo en Ossining, el mismo paraje residencial en el que John Cheever vivió buena parte de su vida y escribió casi la totalidad de su obra.

[4] En Literatura Random House.

[5] Biografías de Cheever como la de Scott Donaldson y la de Blake Bailey y el propio escritor con un par de copas de más no tienen problema alguno en asegurar que fue Frederick quien inició sexualmente a John a lo largo de un viaje por Europa. El vínculo fraterno como territorio riesgoso aparecería una y otra vez en relatos de Cheever como «The Brothers», «La cómoda» y «Adiós, hermano mío», y en novelas como *Falconer*.

[6] Ambas de próxima publicación en Debolsillo.

[7] Publicada en Debolsillo.

[8] Las últimas reediciones en Estados Unidos de *La crónica de los Wapshot* y de *El escándalo de los Wapshot* —de 2003 y con sendos prefacios de Rick Moody y de Dave Eggers— se refieren al asunto e intentan darlo por zanjado, seguramente, en vano. Escribe allí Moody, autor de la muy recomendable y tan cheeveriana *La tormenta de hielo*: «Si la estructura del libro resulta francamente episódica —como uno de esos cuentos a cargo de un excelente invitado entre la cena y el postre— su lenguaje no lo es en absoluto. Es un lenguaje que demoró veinte años en refinarse y perfeccionarse, veinte años de entrenamiento, veinte años de vivir, veinte años de luchar». Y Eggers: «¿Es esta una colección de relatos estirándose hasta parecer una novela? En absoluto. *El escándalo de los Wapshot* es una novela completamente lograda, y no solo dueña de un ritmo magistral y de una prosa

exquisita, sino que también se adscribe al mejor aspecto de la forma novelística: su voluntad de ser grande, confusa, desgarrada y sinuosa».

Índice

Los Wapshot

La crónica de los Wapshot

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Segunda parte

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Tercera parte

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Cuarta parte

Capítulo 36

Capítulo 37

El escándalo de los Wapshot

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Segunda parte

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Tercera parte

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

A modo de epílogo

Apuntes para una teoría de la expulsión del paraíso

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos

Notas